



00560

Felix de Espinosa
autor

Cronica
de la
Provincia Franciscana

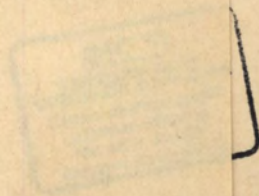
DE LOS APOSTOLES
SAN PEDRO Y SAN PABLO DE
MICHUACAN

CRONICA FRANCISCANA
DE MICHUACAN

Conservar

Ho!
Nos

MEXICO D. F.
1943



Crónica de la Provincia Franciscana

DE LOS APOSTOLES
SAN PEDRO Y SAN PABLO DE
MICHUACAN

escrita por el
R. P. FR. ISIDRO FELIX DE ESPINOSA, O. F. M.

SEGUNDA EDICION
ampliamente mejorada e ilustrada

Apuntamientos bio-bibliográficos por el Dr.
NICOLAS LEON

Prólogo y notas de
JOSE IGNACIO DAVILA GARIBI



MEXICO, D. F.

1945



Esta obra es una obra de homenaje en México por el
centenario de las ciencias físicas y sus ciencias.

El libro es el resultado de investigaciones que se reali-
zaron en todo el país y que representan los frutos de sus
personas y por sus fines en sentido físico.

El libro es un estudio de investigación, la obra de
los y el libro es un estudio de investigación y los libros de
investigación en física.

En México, los autores y editores procuran dar a
los libros una presentación interesante lo mejor que se
puede y hacerlos de manera que sean útiles para los
lectores.

En México los editores procuran dar a los libros una
presentación interesante a los lectores un libro interesante es
un libro que sea útil para los lectores.

Los libros de ciencias físicas no deben fallar
en ninguna biblioteca moderna, ya que en la actualidad el
estudio de las ciencias físicas es uno de los que se
estudian y se enseñan en las escuelas y en los colegios
por lo que es necesario que los libros de ciencias físicas
sean de buena calidad.

PROLOGO

Cada día se nota mayor entusiasmo en México por el estudio de las ciencias históricas y sus anexas.

Muchos son los trabajos de investigación que se realizan en todo el país y muy importantes los frutos de esa paciente y por mil títulos encomiable labor.

Los métodos modernos de investigación, la sana crítica y el buen gusto artístico se refinan y las artes linotipográficas se perfeccionan.

En nuestros días, autores y editores procuran dar a los libros buena presentación, ilustrarlos lo mejor que se puede y facilitar su consulta por cuantos medios les es dable.

Un libro bien presentado convida a la lectura y atrae irresistiblemente a los bibliófilos; un libro interesante es, en los tiempos que corren, algo indispensable para los eruditos.

Obras que reúnen ambas cualidades, no deben faltar en ninguna biblioteca moderna, ya que en la actualidad el intelectual, el hombre de ciencia, no sólo tiene que ir al día en lo que a su especialidad se refiere, sino en todo aquello que se considera necesario dentro de lo que ha dado en llamarse cultura general.

La producción científica y literaria de México ha aumentado considerablemente en los últimos veinte años. Se han multiplicado las imprentas, las casas editoriales y las librerías; con mayor frecuencia se organizan y llevan al cabo las exposiciones y ferias del libro; las bibliotecas públicas y privadas día a día se enriquecen con nuevas obras y en general se nota en nuestro país un ambiente muy favorable para el estudio, una sed muy grande de saber y un noble afán de superación.

Durante muchos años, sólo los ricos podían poseer ciertas obras raras que desde antaño habían quedado completamente agotadas y alcanzado precios prohibitivos en el mercado. Nadie se preocupaba por hacer nuevas ediciones de esas joyas bibliográficas en bien de los estudios. Lo mismo puede decirse respecto de valiosos manuscritos históricos que nada más los privilegiados tenían oportunidad de consultar.

En los últimos veinte años, repito, todo ha cambiado: El panorama bibliográfico de México es bastante halagador: Intelectuales, autores, editores y libreros, se preocupan por hacer extensivos los tesoros de la ciencia al mayor número posible de individuos; se escribe mucho para el público y se reimprime mucho de lo que en pretéritos tiempos se había escrito.

En las nuevas producciones de carácter histórico, se procura aclarar conceptos, rectificar errores, proporcionar nuevos datos debidamente comprobados, abrir nuevas rutas en el campo de la investigación y, en una palabra, hacer obra de superación.

En las reproducciones de libros antiguos, se nota particular empeño en mejorarlas por medio de notas, índices onomásticos, ilustraciones y, en general, cuanto puede contribuir a dar mayor importancia a la nueva edición.

PRÓLOGO

La Editorial Santiago recientemente fundada en México inicia la serie de sus publicaciones con la de la CRÓNICA DE LA PROVINCIA FRANCISCANA DE LOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO DE MICHOACÁN, escrita a mediados del siglo XVIII por el ilustre queretano Fray Isidro Félix de Espinosa, de la Seráfica Orden, varón insigne en ciencia y virtud, que a la nobleza de su sangre supo aunar la de sus buenas acciones, laboriosidad infatigable y bien comprobada sapiencia.

La primera edición de esta Crónica fué ilustrada con unos interesantes APUNTAMIENTOS BIO-BIBLIOGRÁFICOS referentes al autor, los cuales se encargó de escribir el docto michoacano, Doctor D. Nicolás León, quien, para mayor abundamiento, hizo además varias anotaciones de importancia en colaboración con los editores.

De esa primera edición que vió la luz pública el año de 1899, se hicieron tan pocos ejemplares que innumerables intelectuales se quedaron sin conseguir alguno de ellos aun a raíz de la publicación.

La Crónica de Espinosa —como tan acertadamente ha escrito el erudito historiógrafo D. Federico Gómez de Orozco— “presenta mejor redacción que otras y aporta como la mayoría un amplio conjunto de documentación histórica”. (Crónicas de Michoacán, pág. 145).

Contiene importantes noticias referentes al pasado gentilicio de Michoacán, a la conquista del reino tarasco por los españoles, a la obra civilizadora de los misioneros, a diversos aspectos de la vida provinciana durante la dominación española.

De especial interés son los datos que contiene para la historia de la Iglesia en lo que hoy son Estados de Querétaro, Michoacán y Jalisco y sus disquisiciones biográficas acerca de los más destacados religiosos de esa Orden que

tomaron parte activa en la conquista espiritual y la conservación de la fe y de las buenas costumbres en tantos y tan diversos pueblos que estuvieron sujetos a la gran provincia franciscana a que vengo refiriéndome.

Testigo ocular de muchos hechos; bien documentado en los que no presencié; recto en sus juicios; menos pródi- go en los elogios que otros cronistas de la época, el P. Espinosa supo dar a sus obras amenidad e interés.

Por estas y otras varias razones que por brevedad omito, nos pareció oportuno a los miembros de la Editorial Santiago, hacer una segunda edición ampliamente mejorada.

Se modernizó la ortografía para comodidad del lector; se adoptó para las notas el sistema de numeración progresiva y debidamente ordenadas se pasaron al fin de la obra, algunas de ellas con aclaraciones, rectificaciones o nuevas aportaciones que me parecieron pertinentes y, para mayor abundamiento puse otras cuarenta y tantas notas, en su mayoría relacionadas con asuntos referentes a la Nueva Galicia; formé un cuidadoso índice de nombres, que facilita la consulta de la obra y gracias a la bondad del M. R. P. Provincial, Fray Leopoldo Campos, O. F. M., esta Crónica se ve enriquecida con una lista de los Ministros Provinciales que ha tenido dicha Provincia Franciscana de San Pedro y San Pablo desde su origen hasta la fecha; lista que ha sido formada por el Reverendo Padre Cronista de la Orden, Fray Odorico Peñaflor, con vista de los Libros de Gobierno de la expresada Provincia, por lo cual merece plena fe.

Esta lista corrige la publicada por el Dr. Nicolás León. Comparando ambas listas se advierte desde luego que hay

notables diferencias, principalmente en lo relativo a las fechas de origen que en la lista que hoy reproducimos están tomadas de los documentos originales, debiendo advertir que como no existen libros anteriores al año de 1607, fecha en que se dividió la Provincia de Michoacán de la de Jalisco, las fechas correspondientes a ese lapso, son las mismas que dió a conocer en la primera edición el Dr. León.

En esto tomó particular empeño el señor licenciado Manuel Septién y Septián, así como en todo lo concerniente a la ilustración de la obra.

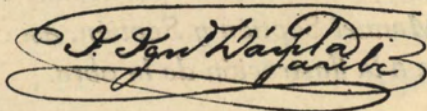
No debo dar por terminado este breve prólogo sin expresar cuánto estima y agradece esta editorial las valiosas aportaciones de D. Federico Gómez de Orozco y D. Manuel Toussaint. Al primero se debe que en la portada de esta nueva edición, aparezca el bellissimo grabado en cobre del escudo de la Provincia Franciscana de San Pedro y San Pablo de Michoacán, que fué tomado directamente del original de la Crónica Seráfica de Gonzaga; y al segundo, la tricromía y demás ilustraciones tomadas del precioso códice llamado *Relación de Michoacán*.

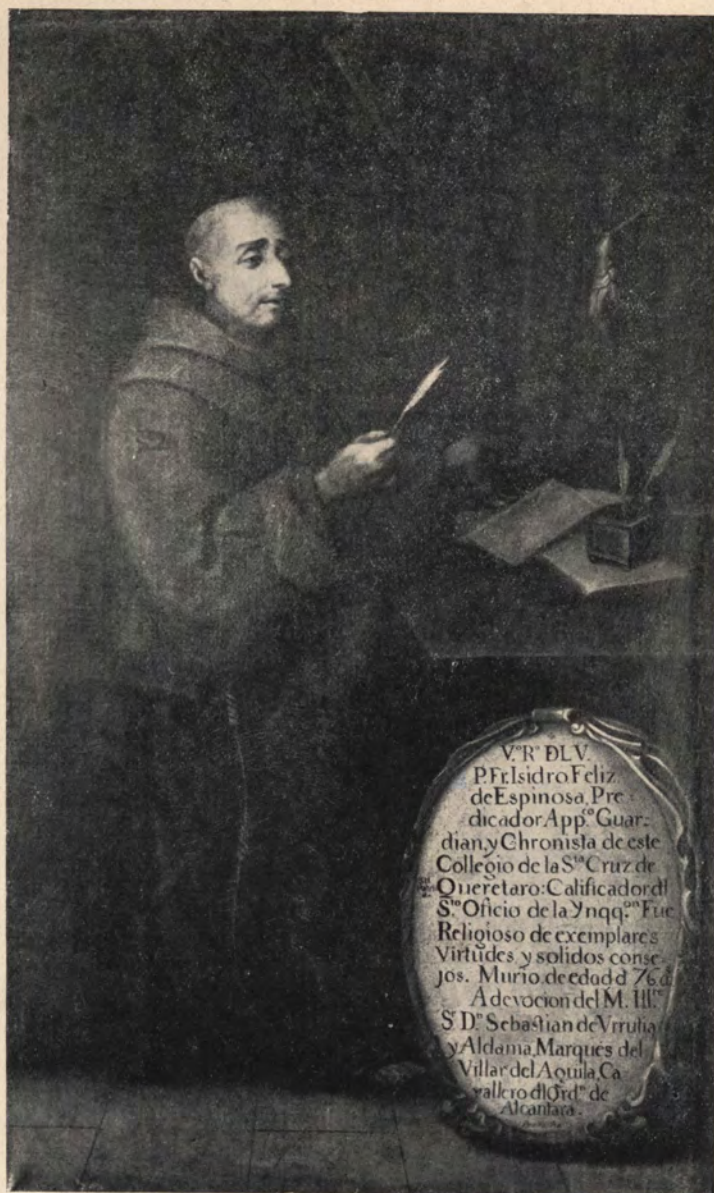
Igualmente hace patente su gratitud a los ilustres sacerdotes queretanos, D. Ramón Camacho y D. Ramón Martínez, que tanto se interesaron en que se realizara esta obra en bien de su patria chica; al M. R. P. Mariano Cuevas, S. J., por haber facilitado a la Editorial las ilustraciones de los mártires de Etzatlán, y, en general, a las demás personas que en cualquier forma contribuyeron al mejoramiento de la presente edición y de manera muy especial al Sr. Lic. Septián, cuya colaboración fué tan importante.

IGNACIO DÁVILA GARIBI

Quiera Dios que esta nueva edición que presentamos al público, cuidadosamente preparada y profusamente ilustrada, tenga la mejor aceptación en el campo de la intelectualidad mexicana, lo cual será un poderoso estímulo para proseguir con creciente entusiasmo la labor que nos hemos impuesto al fundar la Editorial Santiago.

México, D. F., agosto 22 de 1945.





FRAY ISIDRO FELIX DE ESPINOSA O. F. M., autor de esta Crónica.—Fot. de G. Patiño.

FR. ISIDRO FELIX DE ESPINOSA

O. F. M.

APUNTAMIENTOS
BIO-BIBLIOGRAFICOS

Por el Dr. NICOLAS LEON



A ciudad de Querétaro, capital del hoy Estado del mismo nombre, madre fecundísima de sujetos en virtud insignes, eminentes en letras, en hechos hazañosos legendarios y teatro de acontecimientos dignos de remembranza eterna, fué el lugar en que viera la luz primera el infatigable misionero y diligente cronista, Fr. Isidro Félix de Espinosa. Nació en ella el día 26 de noviembre del año 1679 (1) y fueron sus padres D. Isidro de Espinosa, originario de Temascaltepec, y Da. Gertrudis de Mira el Río Tovar, nativa de la ciudad dicha.

Sabemos que tuvo varios hermanos y hermanas, entre ellos al V. P. Dr. Juan Antonio Pérez de Espinosa, fundador del Oratorio de San Felipe Neri en la ciudad de San Miguel de Allende por 1712. (2)

Criado y educado en su misma ciudad natal, cursó las aulas de Gramática, Retórica y Filosofía, con gran aprovechamiento, en el Colegio de la Compañía, adquiriendo con los conocimientos científicos de su tiempo las cristianas y piadosas costumbres de sus progenitores y maestros, descollando en sólida piedad. Fruto de ella fué su inclinación a la vida monástica, y así le vemos vestir el sayal franciscano de los religiosos de *propaganda fide*, en el Colegio de la Cruz, el 19 de marzo de 1696 a las cuatro y media de la tarde y a la edad de 16 años 4 meses y 2 días. Pasada la dura prueba del noviciado, y encontrándole con vocación

y espíritu verdaderamente evangélico, se le dió la profesión el 19 de marzo de 1697 a las 11 de la mañana. Achaques de salud incompatibles con la secuela del instituto que había abrazado, le obliqaron a pasar del *Colegio apostólico* a la Provincia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de la regular observancia: corto tiempo permaneció en ella; pues mejorada su salud, pidió y obtuvo la reincorporación a su primitivo asilo, ingresando a él el día 2 de octubre de 1698.

Su estricta observancia, su incansable celo, su dedicación al ministerio y su gran amor al estudio, le llevaron, como de la mano, a los más importantes y notables cargos de su colegio; y así pronto le vemos de Maestro de Novicios, Predicador, Guardián, Lector de Teología, Presidente de Misiones, Calificador y Revisor de libros por la Inquisición, y finalmente, Cronista de su Instituto y de la Provincia Franciscana de Michoacán. Discípulo en el noviciado del V. P. Fr. Francisco Frutos tomó de él su gran virtud y celo por la salvación de las almas.

El año 1709 se le nombró ministro de la Misión de San Juan Bautista de Río Grande y de ahí se lo llevó, como su compañero, el P. Fr. Francisco Hidalgo, en la segunda entrada que hicieron los PP. del Colegio de la Cruz, de Querétaro, a la conquista espiritual y temporal de Tejas. Falta de lo necesario para la vida, fracasó la expedición a poco tiempo, y con ella regresó a su Misión. En 1715 se volvió a organizar otra entrada a Tejas, y en ella recibió nuestro Fr. Isidro Félix el nombramiento de Presidente de los religiosos que con tal objeto fueron enviados. Se efectuó lo proyectado el año de 1716, y desde luego, como fruto de ella, fueron 4 Misiones que fundó. En esta época aprendió el principal idioma de los indios tejanos, y por este medio tuvo la fortuna de catequizar, bautizar y ayudar a morir, a dos de los principales caciques de aquellas gentes.

Grandes penas morales y sufrimientos físicos tuvo que padecer, principalmente en los años de 1717 y 18, a causa de la pérdida de las pocas sementeras de aquella región y las enfermedades que a consecuencia del hambre se desarrollaron.

Tantas fatigas y penalidades sirvieron bien poco, pues mezquinos intereses inutilizaron los esfuerzos de los misioneros y su abnegado presidente. Vino a empeorar tan aflicta situación la guerra entre España y Francia el año 1719, con la que aterrados los pocos colonos y milicia de Tejas, por las hostilidades de los franceses del fuerte de Nachitooz, emigraron a Río Grande quedando solos, y al frente de aquellas misiones, los PP. Venerable Margil y Fr. Isidro Félix. Permaneció en San Antonio hasta el año 1721 sin querer desamparar del todo la tierra tejana, regada con la sangre de sus hermanos y el sudor de su frente; mas al fin tuvo que sucumbir ante la carencia completa de recursos en que los abandonó el gobierno virreinal. Para proporcionárselos y dar noticia exacta del estado de las misiones, vino a Querétaro y de aquí a México.

El resultado de su viaje fué el arreglo de una nueva entrada a Tejas, con regulares elementos y ésta se efectuó a mediados del año 1721. En 8 de agosto de este año, se restableció la misión de la Purísima Concepción, y en 18 del mismo mes se bendijo la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, celebrándose suntuosa fiesta, en la que predicó nuestro fray Isidro Félix.

Nombrado Guardián del Colegio de la Cruz, de Querétaro, dejó de servir en las misiones de Tejas. Desempeñaba tal cargo cuando, a causa de negocios referentes a misiones entre infieles, le llamó a México el Comisario General, fray Fernando Alonso González (3), y le preceptuó orden terminante de que buscarse lugar apropiado para fundar en la ciudad de México un hospicio de su instituto y que hasta no encontrarlo no regresaría a su colegio. Hizo empeñosas diligencias sin alcanzar resultado alguno, y habiendo obtenido al cabo de cierto tiempo, la venia de encargar a otro religioso tal comisión, se restituyó a Querétaro a cumplir su oficio. En 1730 le volvemos a encontrar ocupándose del mismo asunto por conducto de sus hermanos; y vencidas al fin por ellos todas las dificultades y salvados los tropiezos, a la sazón que nuestro Espinosa residía en la celda del vicario y capellán de las monjas de Santa Clara

de Querétaro, oficio que suplía por enfermedad del propietario, el año 1731 se le comisionó para que arreglase todo lo concerniente a la edificación de la casa y fundación del Hospicio que se llamó San Fernando. Elegido el sitio fué nombrado Presidente de la nueva casa que edificó e inauguró el 29 de abril de 1731, predicando el sermón el día en que se dedicó la iglesia, en honor del Rey San Fernando. Un año más duró en este cargo, y después volvió a su patria y colegio.

Predicador infatigable, elocuente y lleno de unción, era solicitado por todos los pueblos de México, tanto de parte de los seculares como de los eclesiásticos. Testimonio del gran aprecio en que como misionero se le tenía lo vemos en una carta del Ilmo. Sr. Escalona y Calatayud, Obispo de Michoacán, fechada en San Miguel de Allende a 9 de marzo de 1734 y que se conserva entre los pocos papeles que aún restan, en el archivo del Convento de la Cruz, en Querétaro.

Nuestro bibliógrafo Beristáin sintetiza sus méritos en el elogio subsecuente: "Fué tan infatigable en la predicación de la palabra divina, como en perpetuar los hechos apostólicos de sus hermanos; y digno por esto de que se le llame el Julio César del Evangelio en la Nueva España, pues como aquel romano, de día peleaba, aunque mejores batallas, y de noche escribía".

Fruto de estas vigiliias fueron varias obras, en su mayor parte impresas, y algunas inéditas que casi en su totalidad hoy nos cabe la satisfacción de dar a las prensas.

Lleno de años, merecimientos y trabajo apostólico, falleció en el Colegio de la Santa Cruz, de su patria, el 12 de febrero de 1755, a la edad de 75 años, 8 meses y 2 días.

Sus obras impresas son las siguientes:

I.—El Cherubin || custodio || de el árbol de la vida, || la Santa Cruz || de Querétaro. || Vida del Ve. siervo de Dios || Fr. Antonio de los Angeles, || Bustamante, || Exemplarísimo Portero || de el Colegio de la Santissima Cruz de los Milagros, de la Santa Provincia de S. Pedro, y S. Pablo || de Michoacán; erigido en la Ciudad de Santiago de Queréta-

ro || por Misioneros Franciscanos observantes, de *Propaganda* || Fide, con Autoridad de la Silla Apostólica, y especial || mandato de la Religión Seraphica. || Conságrase || al Cherubin de la Iglesia || el Taumaturgo Seraphico || San Antonio de Padua, || á expensas de un singular devoto suyo. || Y la escribe || *El P. Fr. Isidro Félix de Espinosa*, || *Predicador, y Misionero Apostolico, Ex-Guardián, Chronista, y menor Hijo del mismo Colegio.* || Con licencia de los Superiores. || *En México.* Por Joseph Bernardo de Hogal, Ministro, || é Impresor de el Real, y Apostolico Tribunal de la Santa || Cruzada. En la calle de la Monterilla. Año de 1731.

4o.: portada orlada y vuelta blanca. 10 hojas preliminares sin numerar con Dedicatoria, Pareceres, Licencias y Protesta del autor. Sigue una hoja con un grabado en cobre, retrato del biografiado. Págs. 1 a 187 la obra; 188 a 216 Elogios latinos del P. Eugenio López, S. J. 1 hoja sin numerar con el Indice.

II.—Compendio || de la vida maravillosa || del gloriosísimo Padre || S. Francisco || de Assis, || Patriarca, y fundador || primero de la orden de los menores: || deducido || de la *Chronica Seraphica*, || y entresacado || de lo que escribió el Ilustrísimo Sr. || D. Damián Cornejo, || por || Fray Isidro de Espinosa, || indigno fraile menor. || Con licencia de los superiores: || Impreso en México por Joseph Bernardo de Hogal, Ministro, é Impresor de el Real, y Apostolico || Tribunal de la Santa Cruzada en toda esta || Nueva-España. Año de 1735.

4o.: portada a tintas roja y negra con vuelta en blanco. 8 hojas preliminares sin numerar con Dedicatoria, Aprobaciones, Licencias y Erratas. Una hoja con un grabado en cobre representando a San Francisco de Asís. Págs. 1 a 770 la obra; 18 hojas, sin numerar con la Tabla e Indice de las cosas más notables.

III.—El Peregrino || Septentrional Atlante: || delineado || en la exemplarissima vida || del Venerable Padre || F. Antonio Margil || de Jesús. || Fruto de la frondissima Ciu-

dad de Valencia, || Hijo de su Seraphica Observante Provincia, Predicador || Misionero, Notario Apostolico, Commissario del Sto Officio, || Fundador, y ex-Guardián de tres Colegios, Prefecto de las || Misiones de *Propaganda Fide* de todas las Indias || Occidentales, y aclamado de la piedad || por Nuevo Apostol de Guatemala: || Dedicase || al Atlante de mejor cielo || San Antonio de Padua: || A expensas de los amartelados del V. Padre: || Escribela || El P. Fr. Isidro Felix de Espinosa, || Predicador, || y Misionero Apostolico, ex-Guardian del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, || su Chronista, y menor Hijo. || Impressa con licencia de los superiores: || En México por Joseph Bernardo de Hogal, || Ministro, é Impessor del Real, y Apostolico Tribunal de la || Santa Cruzada en todo este Reyno. Año de 1737.

4o.: portada orlada y a tintas roja y negra con vuelta en blanco. 18 hojas preliminares con Dedicatoria, Aprobaciones, Licencias, Prólogo y Protestas del autor. Una hoja con un grabado en cobre representando al V. biografiado; págs. 1 a 456 la obra, más 2 hojas sin numerar con el Índice. No obstante la ortodoxia del autor, el libro se corrigió en las páginas 426 y 27, por orden del Santo Oficio de la Inquisición.

IV.—Nuevas empressas || del peregrino americano || septentrional Atlante, || Descubiertas en lo que hizo quando vivía, y aun || después de su muerte ha manifestado || el V. P. F. Antonio || Margil de Jesús. || Casos admirables || de nuevo averiguados, que no están en la Vida || de este Siervo de Dios, estampada en el año de || 1737 y pueden desear los afectos de este || Varón memorable. || Dalos recopilados por orden || de sus prelados superiores. || El P. F. Isidro Felix de Espinosa || Predicador Apostolico de Propaganda Fide || del Colegio de la Santa Cruz de la Ciudad de || Querétaro, quien escribió su exemplarissima || Vida: Y afectuosamente consagra este com- || pendioso Resumen a la protección de la || incorrupta Lengua del Taumaturgo || en los prodigios || San Antonio de Padua. || Impressas en Mexico, en la Imprenta Real del Su- || perior Gobierno,

y del Nuevo Rezado, de Da. || María de Rivera, en el Em-
pedradillo. Año 1747.

4o.: portada orlada, con vuelta en blanco, 10 hojas pre-
liminares con Dedicatoria, Aprobaciones, Licencias y Pró-
logo. Págs. 1 a 46 la obra.

V.—Chronica || Apostolica, || y || Seraphica || de todos
los colegios || de Propaganda Fide || de esta Nueva-Espa-
ña, || de Misioneros Franciscanos observantes: || erigidos
|| con autoridad pontificia y regia, || para la reformación de
los fieles y conversión || de los gentiles. || Consagrada || a
la milagrosa Cruz de Piedra, || que como titular se venera
en su primer Colegio de Propaganda || Fide de la muy
Ilustre Ciudad de San- || Tiago de Querétaro, || sita en el
Arzobispado de México. || Escrita || Por el R. P. Fr. Isidro
Felix de Espinosa, || Predicador, y Misionero Apostóli-
co, Hijo, y ex-Guardian de dicho || Colegio, Qualificador,
y Revisor del Santo Officio, Chronista de la || Santa Pro-
vincia de S. Pedro, y S. Pablo de Michoacán, y de todos
los || Colegios de Misioneros Apostólicos observantes de
esta || Nueva-España. || Parte Primera. || Con licencia en
México: || Por la Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal,
Impressora del Real y || Apostólico Tribunal de la Santa
Cruzada en todo este Reyno. || Año de 1746.

Folio; portada orlada con tintas roja y negra y vuelta
en blanco. 49 hojas preliminares sin numerar con Dedic-
toria, Censura, Aprobaciones, Pareceres, Licencias, Prólo-
go, Protesta del Autor y Prefación. Págs. 1 a 590 la obra.
12 hojas sin numerar con los Indices.

Esta obra, según el mismo autor lo dice, duró escribién-
dola cinco años y la terminó el día 2 de septiembre de 1744.

De sus escritos inéditos conocemos y sabemos existie-
ron estos:

I.—Según Beristáin: "Sermones morales y panegíricos".
4 tomos. Nada se sabe hoy día de su paradero.

II.—"Vida del V. P. D. Juan Pérez de Espinosa, fun-
dador del Oratorio de S. Felipe Neri de la villa de S. Miguel
el Grande. . ." (4). Así en Beristáin, que no expresa si se
imprimió tal obra o quedó inédita (5). Entre los millares

de libros que han pasado por mis manos, nunca he visto un ejemplar de ella. En las bibliotecas Andrade, Agreda, Icazbalceta, Fischer, Ramírez y Lafragua, que han sido las más ricas en cosas de México, nunca se encontró. En el minucioso examen que he hecho de las bibliotecas públicas de los Estados de México, Michoacán, Guadalajara, Guanajuato, Querétaro, Puebla, Oaxaca, Zacatecas, Chiapas, San Luis Potosí y las más notables pertenecientes a particulares y colegios seminarios de ellos, no ha aparecido.

En atención a esto, no creo aventurado afirmar que permaneció inédita y hoy, del manuscrito, nada se sabe.

III.—“Diario derrotero de la nueva entrada a la Provincia de los Texas, año de 1716; de 25 de Abril a Junio 30”. Folio; 8 hojas y parte del frente de la 9a. Encontré este manuscrito entre los papeles del archivo del Colegio de la Cruz de Querétaro, y se publicará al fin de la *Crónica*, mediante copia de él que debo a la bondad del M. R. P. Guardián de la Cruz, de Querétaro, Fr. Bernardo Fernández.

IV.—“Origen del ilustre colegio de Sta. Rosa de Viterbo”. Año 1752. 8o. diez hojas; quedó sin terminar. Lo descubrí con el anterior y también se dará a luz al fin de la *Crónica*.

V.—“Derrotero de la entrada que hizo a Texas el año 1709, acompañando al P. Fr. Franco. Hidalgo”. Así en la *Crónica de los Colegios*; se ignora el paradero de este escrito.

VI.—Chronica || de la Provincia, || por antonomasia, || apostolica || de los || Apóstoles || S. Pedro i S. Pablo de Michoa || cán. || Esmaltada de Vidas Exemplares, i santos Empleos de sus esclare- || cidos Hijos, escrita después de dos siglos, i augmentada de noti- || cias a costa de trabajos i diligencias, que se deseaban en la || Chronica antigua. || A solicitud y desvelo || Del P. Fr. Isidro Felix de || Espinosa, Predicador, i Missionero Apostólico, ex-Guardián del Colegio de la Santissima Cruz, de Querétaro, fundado || en la misma Santa Provincia, Revisor de Libros, i Califi- || cador

del Santo Oficio, Chronista General de dicha || Provincia i de todos los Colegios de Missione- || ros Observantes de esta Nueva-España. || Conságrala reverente || a la misma || Santa Apostólica Pro- || vincia. || Como su menor alumno, por espe- || cial Título, que archiva en || su pecho.

4o.: portada y 232 páginas de la obra. Comprende desde la llegada de los primeros franciscanos a Michoacán, a raíz de su conquista, hasta el año 1751, quedando incompleta a causa de la muerte del autor.

Esta Crónica la conoció y utilizó para escribir la suya el P. Fr. Pablo Beaumont, y así lo confiesa en el Prólogo de su obra (6) en donde a veces la exalta y a veces la deprime, aunque al final de todo declara que lo substancial de su *Crónica* es la *Crónica* de nuestro Espinosa. Asevera, v. gr., que está escrita la obra de Espinosa "con suma diligencia, pero sin ningún método, y estilo demasiado ampollado y clausulado". "Debo con toda sinceridad (dice en otra parte) advertir al público, que la disposición del *Aparato* que antecede á mi *Crónica*, es obra mía, pero que el MS. del citado P. Espinosa me ha servido de guía para la composición del cuerpo de esta *Crónica*, y que casi es una misma, menos la combinación histórica y colocación de algunas especies geográficas, botánicas y de varia erudición . . ."

Cotejando ambas crónicas se ve que Beaumont no solamente utilizó noticias del manuscrito de Espinosa, sino que copió literalmente la mayor parte de ella, al grado que si ingenuamente no confesara haber hecho tan amplio uso de ese trabajo ajeno, nos veríamos en el caso de acusarle de plagiarlo, como Betancourt lo hizo con Torquemada.

La *Crónica* de Beaumont llega apenas al año 1565, y ésta de Espinosa nos da noticias del año 1751; es, pues, más completa, y en nuestro concepto más concisa. El lector juzgará al comparar entrambas.

Dr. León

del Santo Oficio Chronista General de dicha Provincia
de todos los Capitanes de Misiones - los Obispos de
esta Nueva España - Copias de los expedientes de la misma
Santa Apostolica Sede - y de las Cronicas de otros algunos
por saber que todo el archivo en su orden
de la llegada de los primeros navegantes a Michoacan
con su conquista hasta el año 1521 quedando incom-
pleta a causa de la muerte del autor.

Esta Cronica es la cronica y historia para escribir la vida
el P. Fr. Pablo Beaumont, y así lo consta en el Prologo
de su obra (o) en donde a veces se habla y a veces se de-
quiere aunque al final de todo declara que lo substancial
de su Cronica es la Cronica de nuestra España. Aves-
ta y por que esta escrita la obra de España con suma
diligencia pero sin mucha metodo y estilo demandado am-
pliado y clarificado. Dicho con toda sinceridad (esto en
otra parte) advertir al publico que la disposicion del Ape-
rto que antecede a mi Cronica es otra cosa pero que el
MS. del citado P. Espinosa me ha servido de guia para la
composicion del cuerpo de esta Cronica y que casi es una
copia hecha de la composicion historica y colocacion de al-
gunas especies geograficas, botanicas y de otras croni-
cas.

Cotizando ambas cronicas se ve que Beaumont no so-
lamente utilizo noticias del descubrimiento de España sino
que copio literalmente la mayor parte de ella, al grado que
si ingenuamente no confesara a esta hecho tan amplio uso
de ese trabajo aca no veriamos en el caso de acasarse
de plantar como Beaumont hizo con Tinquenda.

La Cronica de Beaumont llega apenas al año 1507 y
esta la Espinosa por la noticia del año 1521: es pues
mas completa y en nuestro concepto mas sencilla. El
los trabajos al comparar ambas.

En el archivo de la Real Academia de la Historia
se conserva un manuscrito de la Cronica de
nuestro autor, que es el original de la obra
que se ha publicado en esta Coleccion.

del Santo Oficio Chronista General de dicha Provincia
de todos los Capitanes de Misiones - los Obispos de
esta Nueva España - Copias de los expedientes de la misma
Santa Apostolica Sede - y de las Cronicas de otros algunos
por saber el todo que se archiva en el dicho
de la llegada de los primeros navegantes a Melchioran
con de su conquista hasta el año 1521 cuando incom-
pleta a causa de la muerte del autor.

Esta Cronica es la cronica y historia que se escribio la Nueva
el P. Fr. Pablo Beaumont, y así lo consta en el Prologo
de su obra (o) en donde a veces se cita y a veces se de-
quiere aunque al final de todo declara que lo substancial
de su Cronica es la Cronica de nuestro Espinosa. Aves-
ta y por que esta escrita la obra de Espinosa con suma
diligencia pero sin mucha metodo y estilo demandado am-
pliado y clarificado. Dicho con toda sinceridad (esto en
otra parte) advertir al publico que la disposicion del Ape-
rto que antecede a mi Cronica es otra cosa pero que el
MS. del citado P. Espinosa me ha servido de guia para la
composicion del cuerpo de esta Cronica y que casi es una
reimpresion de la composicion historica y coleccion de al-
gunas especies geograficas, botanicas y de otras croni-
cas.

Cotizando ambas cronicas se ve que Beaumont no so-
lamente utilizo noticias del descubrimiento de Espinosa sino
que copio literalmente la mayor parte de ella, al grado que
si ingenuamente no confesara a esta hecho tan amplio uso
de ese trabajo acaudalamos veriamos en el caso de acasarse
de Espinosa como Beaumont hizo con Tinquenda.

La Cronica de Beaumont llega apenas al año 1507 y
esta la Espinosa por la noticia del año 1521: es pues
mas completa y en nuestro concepto mas sencilla. El
los trabajos de comparar ambas cronicas.

Beaumont

AL LECTOR



L tiempo mismo, que cercado de enfermedades me faltaban los alientos para vivir, me hallé con mandato de mi Superior Prelado en que me ordenaba tomase a mi cargo la Crónica de la Santa Provincia de Michoacán, teniendo entre manos la de todos los Colegios Apostólicos. El cordial afecto que siempre he profesado a Provincia tan santa me suavizó el precepto, tirando la línea más allá los deseos, de lo que alcanzan las fuerzas. Este conato me dió aliento a procurar no se supriman con el tiempo las cortas noticias, que después de dos siglos pueden, sacadas a luz y coordinadas, ser lustroso crédito de los gloriosos trabajos de tantos hijos, como en todos los tiempos la honraron con sus virtudes y santos ejemplos. Muchos días me he dilatado en tomar la pluma por conciliar noticias, ajustar relaciones que den fundamento a lo escrito, y sacar de entre las ruinas, materiales para la historia. Este trabajo puede con razón llamarse deslucido, pues, sin dejarse ver, consume el tiempo y el cuidado; pero es indispensable para dar sin confusión las noticias niveladas a la sencilla verdad que es alma de una crónica. Un arquitecto amontona materiales antes que fabrique y del embrión de ellos forma la ejecución de su idea, sacando poco a poco del polvo y

tierra de la oficina la hermosura y proporción del edificio. Mucho ha costado a mi debilidad el sacar y entretejer noticias cuya memoria oculta el conocimiento de dos siglos, mas valiéndome de los autores clásicos que de paso dejaron esparcidas algunas noticias, me persuado no quedará defraudado mi intento.

Verdad es que ya se cumplió un siglo en que se dió a luz la crónica de esta Santa Provincia por el M. R. P. Fr. Alonso de la Rea, mi compatriota; y si entonces se vió precisado el muy erudito cronista a epilogar las noticias históricas en un tomo tan pequeño que deja a la curiosidad sedienta, vencer después de cien años la inopia de papeles y acrecentar notablemente las noticias, será claro indicio del empeño con que me he dedicado a trabajar en tan dificultosa empresa. Todo sea para que el Señor sea alabado en sus ejemplarísimos Siervos y para que los alumnos de Provincia tan santa se alienten a la imitación de sus ilustres fundadores, emulando a Quinto Máximo y Escipión, de quienes afirma Salustio, estudiaban en las estatuas de los héroes romanos el valor y virtud para gloriosas empresas: "Cum majorum imagines intuerentur, vehementissime sibi animum ad virtutem accendi". (Salust. Jugurt, in proem). En cosas arduas basta haberles dado principio: si a la vida septuagenaria se dignase el Cielo prestarle alientos, confío dar la última mano a esta Crónica y que servirá de recuerdo para los que llegasen a leerla tengan presente en sus oraciones a quien con entera voluntad se sacrificó a tomar sobre sus débiles fuerzas un trabajo que basta para agobiar los hombros más robustos. Y si antes de conseguir mis deseos llegare la hora del Señor les será notorio me pudo faltar como a mortal la vida, mas que se dilató el afecto de ejecutarla aún más allá del sepulcro. Del estilo sólo puedo advertir, que he procurado no afectar y usarlo con sola aquella corta reformatión que insensiblemente

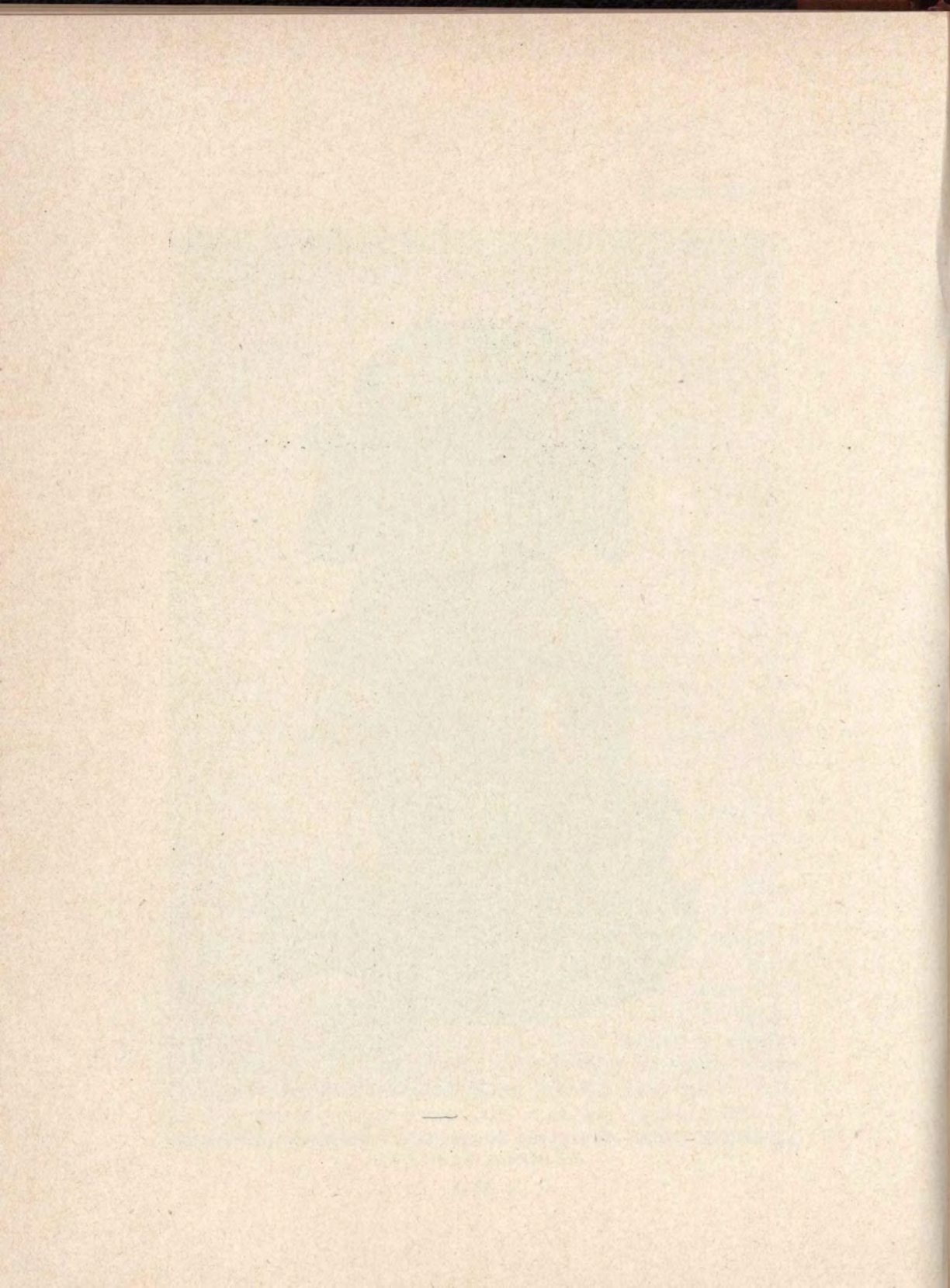
I N T O D U C C I Ó N

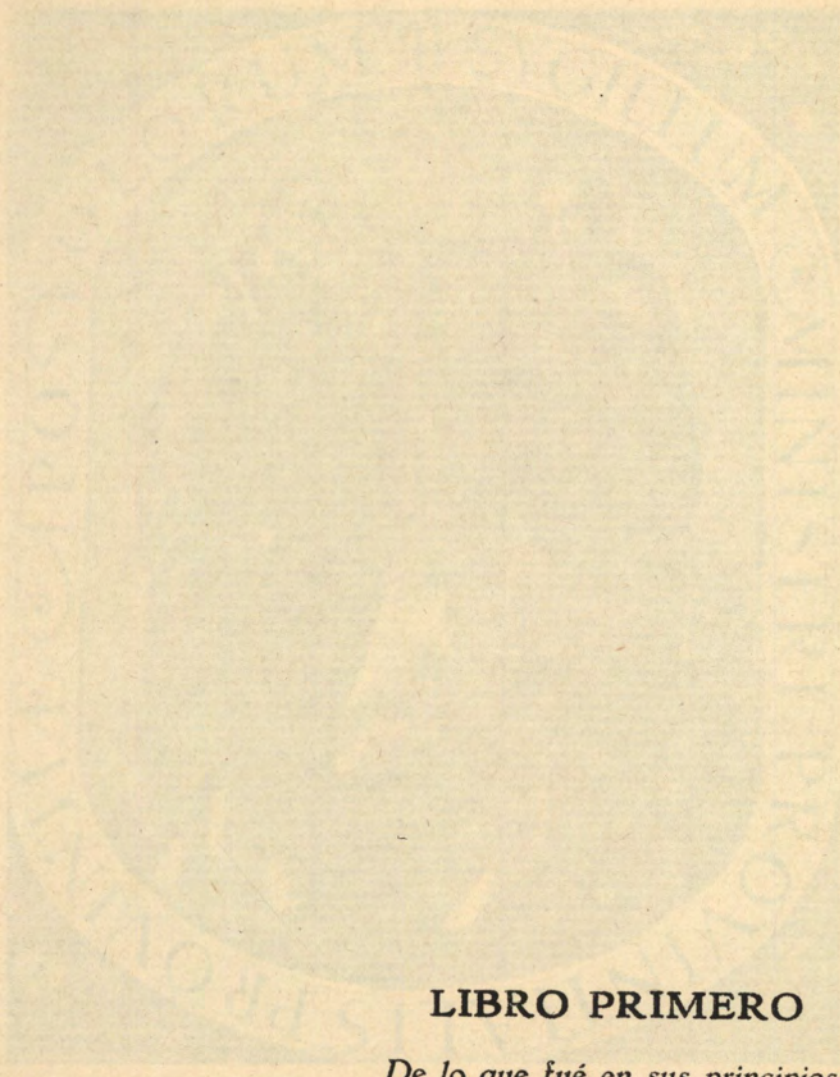
trasfunde el manejo de libros eruditos de estos tiempos. En términos y expresiones castellanas me procuro declarar: si los críticos encuentran en qué ocupar su ingenio, tomen sobre sí esta ocupación y háganlo mejor, que no he puesto estanque a la Historia. Concluyo con aquella tan antigua como enfática sentencia: "Felices fore artes, si de eis soli artifices judicarent". Vale. (Aye. in Arbor Vitoe. Tom. 3 in proem).

D. Pedro Felix D'Espinosa
Presid. in capite =

LIBRO PRIMERO

*De lo que fue en sus principios la
provincia antes de ser dividida
en varias y de sus primeros fun-
dadores.*





LIBRO PRIMERO

*De lo que fué en sus principios la
provincia antes de ser custodia
separada y de sus primeros fun-
dadores.*



SELLO DEL MINISTRO PROVINCIAL DE LA PROVINCIA DE LOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.—Pintura al óleo por Nicolás Rodríguez Juárez.—Fot. de P. Sosa.

CAPITULO I

Descripción del reino de Michoacán antes de la entrada de los Ministros Evangélicos



A tierra, madre fecundísima de escogidos partos, de ningún fruto de los que produce su dilatado seno se gloria tanto, como de los encumbrados montes. No puede negarse, empero, que en producir y alimentar sus productos se muestra parcial y como si fuese madrastra, negándoles a muchos el alimento y fuerzas para sus creces, dejándolos pigmeos, casi sin levantarse de la tierra. Por el contrario, derrama sus vitales alientos en otros con tan fértil abundancia, que descuellan como gigantes sobre las más altas eminencias. Produce esta diversidad de efectos este elemento enseñado de la sabia naturaleza que, con particular instinto, la inclina el sacar a luz efectos tan prodigiosos, que sirvan a la admiración y por su vista sea conocido el soberano Autor de tan estupendas maravillas. El monte Etna, coloso de admiraciones, fué empleo de las plumas más eruditas, contando por una de sus raras maravillas ver en sus alturas mezclado el fuego con las nieves, sin que el uno del otro le inquiete su posesión pacífica. El Olimpo celeberrimo en Tesalia, el Cáucaso y otros que mencionan las historias pasó en silencio y deseo se conviertan las atenciones a la celebrada serranía de Michoacán, que es la que me toca describir en este capítulo. Tiene su situación esta sierra en el centro del reino y provincia de Mi-

choacán, parte muy principal de esta Nueva España, y entre sus montes emulando al Etna, conserva dos volcanes en que suelen verse cerca de Colima el fuego y la nieve sin estorbar uno al otro su domicilio. En sus entrañas no ocultan estos montes la oficina de Vulcano, sino ricos minerales de oro, plata, cobre, bronce y exquisitas piedras.

Sus campiñas se ven esmaltadas de flores y yerbas medicinales y sus montes cubiertos de frondosos árboles que impiden al sol el que penetre con sus rayos aquel terreno. Sus frutas por abundantes y exquisitas, se hacen lugar en todas las historias. Toda está circunvalada de hermosos y cristalinos ríos y tiene varias lagunas, que en sus dilatados ámbitos parecen pequeños mares. Los peces de sus aguas son tantos y de calidad tan saludable, que por la multitud le dieron nombre a toda la provincia; no siendo otra cosa Michoacán, que tierra de mucho pescado, en lengua mexicana (7). Descendiendo a individuar por menor lo que es Michoacán y su sierra, es en esta forma: tiene su asiento en la tórrida zona, entre los dos trópicos de Cancer y Capricornio, pasando el sol con sus rayos perpendicularmente dos veces sobre esta tierra, y aunque los antiguos la hacían inhabitable, ya la experiencia ha mostrado no sólo estar toda poblada, sino ser una región saludabilísima: siendo benévolo el estelaje que hay debajo de la equinoccial región. Hállase lo principal de Michoacán, respecto de la ciudad de México, al poniente. Dista su primera población más de cuarenta leguas, y su altura y elevación de polo es en diecinueve grados y diez minutos, con poca diferencia. Su longitud de oriente a poniente son casi cien leguas; de norte a sur ciento veinte; de circunferencia trescientas cincuenta. El sitio, lugar y disposición de este clima es por causa de las lluvias tan apacible, que en el verano refrigera los ardores del sol y atempera con su temple, los rigores del invierno. Los cielos se muestran alegres sin aquellas continuas nieblas que hacen su aspecto melancólico. Los aires son templados y en la sierra por lo ordinario húmedos y hay partes de tierra en donde no se conocen los hielos por todo el curso del año.

Los ríos memorables que como venas fecundas refrigeran este reino y provincia, son por la parte del mediodía, el Río Grande, cuyo manantial brota en el valle de Toluca en un pueblo nombrado San Mateo Atenco; corre de oriente a poniente por la mayor parte y antes de incorporarse en la famosa laguna de Chapala se hace ma-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

yor con las aguas del río Angulo, que en Santiago Conguripo se le hace contradizo. Delante de Peribán corre el caudaloso río de Talpacatepeque, y es de tal fondo, que sirve su profundidad de criadero a descomunales caimanes, monstruos acuáticos que suelen hacer horrosas carnicerías en los hombres. El río de Zacatula, que juntando con éste sus corrientes se hace para el tránsito formidable, corre a precipitar sus aguas como a su centro al Mar del Sur, que no dista de él mucho lugar.

El río de Uruapan se forma de un ojo de agua con circunferencia como de doce varas y brota con tal afluencia, que a un tiro de piedra no permite vadear sus corrientes, enderezando su rápido curso al occidente. En Valladolid hay otro río que cría bagres y truchas y sus aguas son cristalinas. En Jauna se deja ver, cercado de copados árboles, otro río famoso, que es el recreo del amenísimo pueblo. El de San Gregorio, el de San Felipe y otros, que ha tiempo se hacen por las aguas respetables, deben enumerarse entre los socorros que el elemento del agua da en corriente beneficio a muchos lugares de este fertilísimo reino de Michoacán. Entre las lagunas que hermocean a esta provincia, tiene el primer lugar la de Pátzcuaro, mayor que la de México y ventajosa en la dulzura de sus aguas, siendo aquéllas salobres. Boguea quince leguas y es de profundidad tan considerable, que permite transitarse con canoas y aun es capaz de sufrir sobre sus espaldas barcos luengos. Existe en ella abundancia de pescado blanco, tan saludable, que lo comen con seguridad los enfermos y es de mucho gusto; también se coge en abundancia pescadillo menudo a modo de sardina, que hace en muchas mesas, frito, un regalado plato. Forma en su centro una isleta, que hace punto fijo a su cristalina máquina. Suele al levantarse el viento encrespar sus olas y es preciso esperar la calma para navegar sin peligro sus ondas.

A la parte septentrional se forma la laguna de Sirahuén, que no consiente navegarse por un remolino que hace en el medio, capaz de sorberse un navío de alto bordo, y es tradición que por ocultos veneros se comunica con la laguna de Pátzcuaro. Por el oriente se encuentra la laguna de Cuitzeo, que no siendo profunda, se explaya mucho trecho por las lluvias, cría mucho pescadillo llamado Charari, y le entra el río de Valladolid, que con sus aguas y las muchas que a su tiempo vierten los cerros, dilata los términos de su circunferencia. Al poniente, la laguna de Magdalena; cría mucho pescado

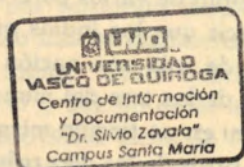
y se explaya en tres leguas de circuito. Comunicase con la de Quitupa a distancia de media legua, y tributa en peces el beneficio de acrecentarles las aguas. La laguna, que muchos nombran mar de Chapala, tiene más de veinte leguas de largo y de ancho, por la parte del norte siete leguas y tres por la del sur; sus aguas son dulces y la abundancia de pescado bagre y blanco es copiosa. Entrale por medio el Río Grande y se dejan conocer en muchas leguas la diferencia de las aguas en tiempo de lluvias, porque las del río son turbias y corren haciendo línea, mientras las de la laguna están quietas, claras y serenas. Saliendo de la laguna este caudaloso río forma un salto de muchos estados, que hace horroroso a la vista el precipicio. Véanse en nuestro Torquemada otras cosas memorables de esta gran laguna.

A competencia de un volcán de fuego que está en Colima se halla un volcán de agua en la cumbre de un cerro, dos leguas de Tzacapo. Tiene forma de un vaso descomunal rotundo, pero en su simetría tan perfecto, que es milagro de la naturaleza. Todo el cerro, que le sirve de base, es redondo y por dentro hueco y lleno de agua: desde el borde a la superficie del agua hay como un tiro de piedra; no permite lo plano y perpendicular del labio bajar por parte alguna al centro, ni cría yerba en todo aquel distrito. Tiene de latitud más de un tiro de escopeta, siendo a este respecto la circunferencia, que podrá medir el matemático curioso. La calidad de las aguas es sobre muy claras, muy gustosas. Llámase la Sierra del Agua, y aunque se ha procurado ver correr sus cristales a tajo abierto, ninguno lo ha conseguido. La divina omnipotencia, que enclaustró estas aguas, las encerró en términos tan elevados como ocultos. Al pie de este prodigio natural se ve la ciénega Tzacapo enclaustrando muchas lagunas a trechos en su centro. Allí abunda el pescado y volatería de patos diversos, que abastecen todo aquel distrito para el sustento. Tiene aquí su fontal origen el ya mencionado río de Angulo, que confunde sus aguas con el Río Grande y antes de incorporarse con él, haciendo como alarde de sus cristales, se precipita de la cumbre de un cerro con tal ímpetu, que entre los peñascos del plano y el golpe del agua, pasa cualquier viandante a pie enjuto.

Muchos ojos de agua de que se forman baños tiene este reino. El de Chucandiro nace de venero de alumbre, gustoso al beber y para bañarse muy sano. Cerca de Valladolid está el baño de Cuin-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

cho y otro en Tzinapécuaro, sin otros de menos nombre. El manantial sulfúreo de Araró es tan caliente, que no permite a ninguno en sus aguas lavarse. Y por último, en la cercanía del Valle de Santiago, se registra un estanque murado de peñas; sus aguas son dulces y su profundidad inapelable, teniendo de circuito como un cuarto de legua, sin crecer ni menguar sus aguas. Después de éstas, tienen como fruto de las aguas, los árboles su lugar, entre éstos se cuentan no sólo los útiles para fábricas y obras de mano, si también los medicinales y de gustoso fruto. El cedro, el ébano, el tampintzirán, el pino, el fresno, el ciprés, son adorno hermoso de esta sierra. El tamarindo, cañafistola y el palo de los polvos, abastecen las boticas de éste y el otro reino. El ate (8), la chirimoya, el plátano, chicozapote, chicos, mameyes, cocos, guayabas, árboles de cacao, con otra tan numerosa variedad de frutas nativas, cual no es fácil hallar juntas en algún otro terreno. Esto demuestra la sierra en lo superficial, pero en sus entrañas oculta el oro, la plata, cobre, bronce, plomo, estaño y piedras tan exquisitas como el Tzinapo negro y con visos de espejo y tan grandes, que de una se pudo formar la mesa de un altar. Dejo entre las cortinas del silencio otras cosas memorables, por no ser molesto: sirva esto dicho de sólo bosquejo, para rastrear lo que fué la provincia y reino de Michoacán antes que la poblasen los que vinieron del norte, dejando de exponer lo que fué después para darle los coloridos y hacer resaltar su pintura.



CAPITULO II

De la gente que pobló Michoacán y de dónde vinieron

LA población primera de los indios en las islas y tierra firme del mar océano es tan oculta a la perspicacia humana, que no da lugar a formar dictamen cierto entre las confusas tinieblas de tanta variedad de opiniones. Es asunto tan raro, que el mayor desvelo le confunde; porque no hallando apoyo firme en el discurso, parece lo presumido entre las obscuridades de lo ignorado. Un libro entero sacó a luz de esta materia el doctísimo padre presentado Fray Gregorio García Dominicano, nuevamente reimpreso (9); y después de referir y probar multitud de varios pareceres, instándole expresase el suyo, se resolvió a decir que los indios que hay hoy en este nuevo mundo no proceden de sola una nación y raza, ni aportaron a estas partes de una sola de las tres del mundo viejo, ni vinieron todos de un mismo modo, ni en un tiempo mismo. Proceden, dice, unos indios de cartagineses, otros de las diez tribus, otros de los que mandó poblar Ofir, otros de griegos, fenicios, chinos y tártaros y otras naciones, como verá el erudito los fundamentos de cada opinión en este curioso libro.

Pobladas las Indias antes y después del diluvio, como afirman los escritores de Indias, viniendo por la parte del norte se fueron explayando por toda la tierra aquellas naciones bárbaras, siendo los

gigantes, los chichimecas y otros los que habitaron estas vastísimas regiones que ahora ocupan las ciudades y villas de españoles. Es de parecer el gran historiador Torquemada, que los primeros moradores de este nuevo mundo vinieran a él por tierra y que los estrechos o brazos de mar se pudieron pasar fácilmente. Coligese esto, de las pinturas que conservan los mexicanos y tarascos de su venida a estas tierras, delineando un pequeño brazo de mar o río navegable, con barcas, balsas de madera y carros de cañas gruesas y tupidas. Después de largos años, habiendo otros muchos venido antes, salieron los que llaman mexicanos de la Provincia de Aztlán (10), (que ahora es el reino de la Nueva México), que es lo mismo que tierra de garzas y el motivo que tuvieron para salir con los que después se llamaron tarascos, lo refiere Torquemada en esta forma:

Apareció, según fabulan los indios, un fingido pájaro sobre un árbol, que cantando repetía esta voz: "ti hui", vamos, vamos. Dos capitanes movieron toda aquella multitud de gente y la pusieron en marcha. Salieron, pues, los aztecas, trayendo en un arca de juncos cuatro sacerdotes principales al ídolo, mejor diré demonio, Huitzilopuchtli, que era su oráculo. No se movían un punto sin su parecer, y en cada mansión que hacían fabricaban casa y altar para su veneración. Con este principio que el demonio tuvo en este pueblo idólatrico, marchó guiando a los bárbaros para otro lugar, donde cuentan los naturales había un árbol muy grande y grueso, en cuyo pie pusieron el altar de su ídolo y a su sombra se sentaron a comer gustosos. A ese tiempo reventó por medio el árbol, dejándolos casi atónitos el estruendo, y cuando se desembarazaron del asombro, consultaron a su ídolo o falso dios: que dió por respuesta despidiesen a las ocho familias de nueve que eran y sólo una se mantuviese. Esto sucedió en un lugar nombrado de los indios "*Chicom'oztoc*", lo mismo que sitio o paraje de siete cuevas (11), que no es de aquí su origen, como muchos refieren, sino de la provincia dicha de Aztlán, como lo afirma y prueba nuestro erudito Torquemada, con eminentes razones.

En este mismo sitio usó con sus engañados caminantes el demonio una estratagema que, como suyo, fué seminario abundante de contiendas, alteraciones y discordias. Hizo su natural presteza aparecer de repente en medio del real dos pequeños envoltorios atados,

que ocultaban lo que contenían. Curiosos solicitaron desafiar el enigma y abriéndolos, encontraron en el uno una muy rica y preciosa piedra con visos de esmeralda, que arrebató con sus vislumbres, la atención y codicia de cada uno de los que la miraban atentos, deseando cada cual hacerla suya. De esto se dimanó una contenciosa división, que en dos parcialidades o bandos, cada parte alegaba razones por su imaginario derecho. Entonces Huitziton, caudillo de los dos más principales de aquella engañada plebe, como quien era el que recibía del ídolo los oráculos, los sosegó diciendo: Desenvolved ese otro envoltorio, que será posible sea cosa más apreciable que las luces aparentes de esa piedra. Así lo hicieron los que se veían de la piedra desposeídos, y descubrieron sólo dos palos, que motivaron a suscitar de nuevo la contienda. El astuto caudillo los apaciguó, aconsejando a los mexicanos se diesen por contentos con los palos, porque encerraban el secreto de sacar lumbre a todas horas, restregando uno con otro; que mucho más que la piedra les era provechoso para la jornada, que les duró ochenta y dos años desde la salida primera. Quisieron los de la piedra conmutar con los otros sus áridos palos, pero no tuvo efecto, estimando más éstos un fuego verdadero virtualmente encerrado, que el aparente en los fulgores de su piedra tan manifiesto.

Prosiguiendo, pues, los mexicanos con la misma prolijidad que las otras naciones, aunque ya algo discordes por el pasado disturbio, sembrando y cogiendo y al mismo tiempo poblando varios parajes, de que hoy se conservan muchos vestigios, llegaron pasados muchos trabajos, transitando por lo que ahora es Guadalajara y Jalisco, a aportar a la provincia llamada Michoacán por el mucho y regalado pescado que se cría en sus hermosos ríos y espaciosas lagunas. Contentóles a todos en extremo la amenidad del sitio y frescura de toda aquella tierra y discurriendo ser ésta y no otra la que su ídolo les tenía prometida, determinaron conformes todos de hacer perpetua mansión en ella. Consultaron su resolución con su falso oráculo y no sólo no convino en ello, sino que se mostró muy sentido. Pidióronle, no obstante, les diese permiso para dejar en tan fecundo país algunas familias de las muchas que venían en tan numerosa tropa, y se les otorgó lo que pedían, pero que había de ser usando de cierta industria para entresacar los que habían de quedar allí de pobladores.

Cuéntala el R. P. Presentado Fray Gregorio García en el citado libro en esta forma:

Prevínoles el ídolo que entrándose a bañar en la hermosa laguna de Pátzcuaro, así hombres como mujeres, todos los que quedasen fuera, les hurtasen las ropas, y luego, sin dilación ni estruendo, marchasen a largos pasos, alzasen el real y se fuesen a donde los guiaban sus caudillos. Todos los que se habían divertido mucho tiempo en sus baños, cuando salieron fuera, se hallaron sin su ropa, burlados, vergonzosamente desnudos y de los otros compañeros muy sentidos. De aquí rastreará el curioso de dónde pudo tener origen el mortal encono, con que después se hacían cruda guerra los mexicanos y los de esta parcialidad de los tarascos. Este modo de separarse los que tantos años habían caminado unidos, es más verosímil que el que les prohijan de haberse quedado por mandato del ídolo, sólo los viejos y enfermos: mal se ajustaba con esto lo mucho que se multiplicaron, como se verá a su tiempo y así, mientras no me descubrieren cosa más ajustada, debe prevalecer la relación de dicho padre presentado en su escritura.

Separados ya de los mexicanos los tarascos, se unieron con los de otras naciones comarcanas a la sierra y con su trato y el aborrecimiento que se les infundió con el desaire de sus antiguos compañeros, se fué poco a poco mudando la materna lengua. Verdad es que aunque las lenguas mexicana y tarasca convienen en tal cual partícula, son, como es manifiesto, en vocablos y pronunciación muy diversas. Con la noticia antes referida, salimos de las conjeturas de cómo poblaron Michoacán los tarascos y se viene a los ojos que en esta ocasión salieron de hacia el norte, juntos con los mexicanos, por haberles quedado el mismo culto y adoración del ídolo, que los condujo Huitzilopochtli. Añádese el haber dado al lugar de su primera población el nombre de Tzintzuntzán, que quiere decir, según la crónica del R. P. Larrea, pueblo del pájaro verde, figura con que pintaban el origen de su ídolo (12). La mutación de la lengua, si hiciere a alguno fuerzas, debe advertir, que si se mudan los reinos, las poblaciones, los hombres y cuanto hay en este mundo con el tiempo, las palabras solas no han de ser estables ni perpetuas: también, como lo demás, se sujetan a mudanzas. En Roma sus mismos ciudadanos, como advirtió Quintiliano, hubo tiempo en que muchas cosas no se

entendían por los vocablos. Corren parejas las lenguas y los trajes: obsérvense los antiguos respecto de los modernos y verán más mudanzas que las de la luna. Nuestro romance hace hoy burla de los dialectos antiguos: mudáronse con los años y aún cada día se desconocen muchas voces. Así pudo suceder en la variación de lengua de nuestros tarascos, de quienes, aunque con no poco trabajo, hemos descubierto el origen y procurado sacar en limpio cuándo y cómo vinieron y de la manera que se separaron de los mexicanos (13).

CAPITULO III

Pueblan la sierra de Michoacán los tarascos, eligen su rey, trátase de su gobierno, política y distribución de oficios militares y mecánicos.



O siendo menos activos que los mexicanos los tarascos, como aquéllos fundaron su ciudad en la laguna de México, éstos construyeron la suya en la de Tzintzuntzan y Pátzcuaro, que es de aguas dulces y abundante de regalados peces. Tuvieron curiosidad los mexicanos de conservar en sus pinturas los nombres y sucesión de sus reyes: en esto sólo excedieron a los tarascos, de quienes ni entre los indios se descubrieron memorias, ni se hallan relaciones en los autores de la Monarquía Indiana; siendo así, que más de dos siglos se gobernaron separados ya de los mexicanos. Lo que no se puede dudar es que tuvo Michoacán muchos reyes con absoluto dominio y que Tzintzuntzan fué siempre la corte de su gobierno, de que hasta hoy se ven las ruinas del palacio real cerca de esta ciudad antiquísima, antes del pueblo de Ihuatzio y se conserva la hermosa plaza ya casi arruinados sus muros de piedra labrada, y en las orillas de la laguna de Sirahuén se registran antiguos monumentos de las casas que serían de placer a los reyes y señores, con otros arruinados edificios que se hallan en varios lugares. Trataron luego los nuevos pobladores de fertilizar la tierra para sus alimentos y de sembrar con algodón los campos para vestirse, que trayendo con-

sigo todo género de semillas de la tierra, no les costó mucha fatiga el ver sus sudores bien logrados.

Comenzaría su reinado como el de todas las naciones de las Indias, eligiendo por cabeza al que más se señalaba en valor y fuerzas y que descubría mayor entereza para el gobierno; después, como se vió en los últimos reyes, se fueron sucediendo por herencia y cuando tuvieron la mayor parte de Michoacán habitada, entabló su política (leyes) para su más acertado gobierno. Diéronse luego a ejercitar varios oficios: trabajaban minas de cobre, que suplía en las labranzas por el hierro. Fueron estos tarascos los primeros inventores de la pintura, hasta hoy no imitada en cosas de madera, que todavía se aprecia en bateas de Peribán, y en lo que se trabaja en Cupapao, siendo el barniz tan constante, que apuesta con la misma pieza labrada su duración y permanencia. Inventó el ingenio del tarasco las cosas singulares de pluma, con sus mismos nativos colores, asentada de la misma manera que lo hacen en un lienzo los más diestros pintores con delicados pinceles. Solían en su gentilidad formar de estas plumas aves, animales, hombres, capas y mantas para cubrirse; vestiduras para sus sacerdotes y templos, coronas, mitras y rodela; mosqueadores, con otros curiosos instrumentos, que les sugería su imaginación. Estas plumas eran verdes, azules, rubias, moradas, pardas, amarillas, negras y blancas, no teñidas por industria, sino como las crían las aves que cogían y mantenían vivas al intento, valiéndose hasta de los más pequeños pajarillos. El modo de engarzar las plumas era cortarlas muy menudas y en lienzo de maguey, que es planta de la tierra, con cola muy templada iban organizando las plumas, según pedía la imagen que querían figurar; cada partícula se ponía de por sí, con tal presteza, que seguían la línea y círculo del bosquejo y la iluminación formaba en la pintura una vistosa primavera.

Hubo en este reino de Michoacán escultores de primorosa cantería, labrando en piedra cuanto querían con guijarros y pedernales, saliendo la obra tan pulida, como la que hoy pulen los de este oficio con escodas y picos, y se vió este primor en los ídolos que encontraron los religiosos primitivos. Los carpinteros y entalladores labraban la madera con instrumentos de cobre. Los lapidarios cortaban las piedras preciosas con cierta arena que a ellos era conocida. Había plateros y la falta de martillo y yunque suplía dando con una piedra sobre otra. Fundían una joya de oro o plata, un pájaro

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

u otro animal, vaciaban un pez con las escamas de oro y el cuerpo de plata. Labraban loza y vasijas de barro muy bien hechas; y de madera hacían jícaras, bateas, tecomates y otras cosas para su uso y servicio. Tejian sus ropas y vestidos a la manera que los usaban; en especial para los reyes y señores, eran de algodón unas mantas blancas, otras negras y algunas muy pintadas de diversos colores; éstas eran muy sutiles y delgadas. Tejian otros vestidos de pelo de conejo y de algodón, de mucha curiosidad y ésta era vestidura de caciques y de gente muy principal: con que en la forma de vestirse se daba cada uno a conocer.

Otros oficiales hacían esteras de palma y de tule, que llamamos enea, y les servían de alfombra; algunas tan bien labradas que podían servir de tapices. Curtían cueros de todo género de animales, adobados con pelo y sin él, con mucho primor. Tenían sandalias de cuero y otros las usaban del hilo del maguey y el calzado de los magnates era muy pintado y curiosamente compuesto. Construían y fabricaban navajas de cierta piedra negra, que ellos llamaban tzinapo, en la forma que refiere nuestro curioso Torquemada, diciendo ser cosa de admiración ver (como él vió) sacar estas navajas, que son tan agudas, como se vieron en los principios de la conquista de estos reinos: pues llegaron los españoles a hacerse con ellas la barba, sin la menor molestia. Asentado el gobierno en lo mecánico, descubrió en lo militar el rey tarasco su valiente orgullo.

En tiempo de su infidelidad, dice el cronista general de estas Indias, Antonio de Herrera, por maravilla perdió batalla. Tenía el rey sus guardias en las fronteras para la guerra con los mexicanos, jaliscos, colimas y matlatzingas, y usaban de las mismas que los otros. Iban a la campaña vestidos de su natural fiereza en carnes, embijados de colorado, negro y amarillo, con petos de maguey; y todo su empeño era apresar cautivos para sacrificarlos a sus dioses. Llevaban grandes músicas de bocinas, caracoles y otros rústicos instrumentos: sus estandartes eran labrados de pluma con variedad de colores, había premio para los que se señalaban en la guerra. Al capitán que había hecho alguna acción gloriosa, daba uno de los grandes señores una mujer de las veinte que cada uno tenía por esposa, y esto se tenía entre ellos por muy colmada honra; después trataremos de esta materia. Usaban los de Michoacán sus bailes y mitotes, bebiendo vino de maíz hasta caer. Ejercitaban el juego de la pelota, que es el de la Chueca entre los bárbaros. Tenía el rey gobernadores

en cada lugar para que mandasen prender al que hurtaba o cometía otro delito y examinado, se remitía al mismo rey para el castigo.

Si la maldad era haber hecho fuerza a alguna mujer, rasgábanle la boca hasta las orejas con una navaja de pedernal y después lo clavaban sobre un palo. El primer hurto se perdonaba al ladrón reprendiéndole; al segundo lo despeñaban y dejaban tirado para pasto de las aves. No había castigo señalado para el homicida, porque por el gran miedo no lo había. Los ministros principales de justicia traían unas varas gruesas como de ébano, con plumas de colores encima y una pedrezuelas engastadas en las varas, que sonaban como cascabeles; y cuando pasaban por la calle salían de sus casas los hombres para acompañarlos. Todo lo que tenía de prendas naturales el ingenio tarasco, lo tuvo pervertido en idolatrías mientras no tuvo luces de católico. Adoraba el engañado pueblo un ídolo principal y éste tenía su metrópoli en el pueblo de Tzacapu, como matriz de aquel reino. Estaba su templo en la cumbre de un monte, cuyas faldas están contiguas a dicho pueblo. En este adoratorio asistía el sumo sacerdote *Curinacneri*, que así era su nombre y a quien todos adoraban como cosa suprema. El mismo rey le mostraba tan respetuosa atención, que le visitaba cada año, hablándole de rodillas, al tiempo que iba a ofrecerle las primicias; y al ejemplo de su monarca, hacían lo mismo los grandes y señores, con todo el resto del reino.

El modo que se guardaba en la oblación de las primicias, era éste: salía el rey de Tzintzuntzán, que era su corte y se embarcaba en la hermosa laguna, caminando al pueblo de Tzirondaro. Dista éste dos leguas, en donde saltando en tierra, comenzaba su camino de cinco leguas a pie al lugar donde residía el sacerdote sumo, por una calzada de piedra tan curiosamente labrada (como en parte se alcanza), tan aseada y limpia, como sólo hecha para huellas reales. Besaba de rodillas la mano al sacerdote, entregándole donativos como de su real grandeza y ofrecía otros al ídolo en señal de su rendimiento obsequioso. Lo mismo ejecutaban en pos del rey los señores y el pueblo, ofreciendo cada cual a medida del caudal el sacrificio. Era el ídolo descomunal y ostentaba con singulares adornos su fiereza: a cada joya que orlaba su vestidura, correspondía un haz de condenados de los que le ofrecían en sacrificios. Este simulacro del demonio que sepultó la introducción del evangelio en aquel puesto, se vió despojado de todas sus joyas y ornatos, que quedaron

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOCÁN

por todo aquel espacio sembrados y dispersos. Poco tiempo después, un vecino, registrando aquella cumbre y el antiguo templo, halló tres platoncillos de plata a modo de patenas, aunque mayores, con toda curiosidad laboreados. Eran éstos las arracadas o zarcillos que colgaban de las orejas del infame ídolo y a imitación de esta estatua usaban muchos tarascos horadarse las narices y orejas, especialmente los del pueblo de Araró, que significa esta acción misma.

No sólo ofrecían estos bárbaros a los muchos ídolos que adoraban las primicias, sino que también inciensos, mantas, joyas, esteras, flores y cuanto de precioso tenían. El sacrificio verdaderamente horroroso era ofrecer corazones humanos, cuya inhumana acción describe en breve la pluma, por no manchar con abominaciones la historia. Salían los idólatras sacerdotes atezados de negro, con los cabellos enmarañados y ceñida la frente con una cinta de cuero, y rodela en las manos de varias plumas. La vestidura era blanca, labrada de negro. Ponía sólo su vista asombro y espanto, y en esta funesta figura, haciendo al ídolo acatamiento, se iban al lugar del sacrificio. Sacaban desnudo al que había de ser sacrificado, y tendido sobre una piedra, sin poder moverse, llegaba el que tenía oficio de mayor sacerdote y con una tajante navaja de piedra le abría el pecho, sacándole el corazón palpitante y lo ofrecía a su falso dios, puesto en un vaso muy pintado; y después tenían libertad los infames ministros del demonio de comerse los tales corazones: haciendo vianda otros muchos con los cuerpos en un regocijado banquete. Paso en silencio otro cúmulo de abusos y bárbaras costumbres, que según la prolija narración de la "Monarquía Indiana", tomo II, eran comunes en estos políticos reinos y sólo haré mención de haberse acostumbrado en Michoacán tomar el hombre a la suegra por mujer y si se casaba con mujer mayor, si ésta tenía hija, la daba al marido por que no la repudiasse por anciana: conque tenía a madre e hija por mujeres; mas esto no se tenía por buena costumbre, sino por abuso abominable.

CAPITULO IV

*Solemnidad de los entierros que se hacían a los reyes tarascos,
muy memorables.*



OSTUMBRE fué siempre loable en todas las gentes, que se señalaron en la política racional, dar honrosa sepultura a sus difuntos. No eran tan negados a la razón los naturales de estos reinos que ignorasen la inmortalidad del alma, aunque erraban en la creencia de los lugares a que eran llevadas las almas después de separarse de sus cuerpos. Por esto, cuando moría algún señor, daban aviso a todos sus amigos y parientes y lo enterraban con particulares aparatos. A los demás no les faltaba por pobres darles la honra de que no careciesen sus cenizas de humana sepultura. Pero en donde más que en otros reinos de esta América se ostentó la magnífica pompa de dar sepultura a los reyes, fué en Michoacán, en tal grado, que el gran historiador Torquemada se halló compelido a formar de estas ceremonias obsequiosas, particular capítulo, de que haré relación sucinta. Luego que el rey sentía los cansancios de la vejez, nombraba por sucesor uno de sus hijos y haciale que comenzase a gobernar a su vista para darle instrucciones en su reinado, y que a su sombra se imprimiese el señorío sobre sus vasallos. Cuando le acometía la enfermedad última acudían todos sus médicos, que era crecido número y creciendo el peligro llamaban otros de todo el reino. Si esto no obstante, se advertía de muerte el enfermo,

LAMINA No. 3.



CURINACANERI.—Idolo tarasco existente en el Museo Regional Michoacano.
Fot. cortesía del Sr. Limón.

daba aviso el nuevo caltzontzi (14) por todo el distrito de su gobierno, mandando acudiesen todos los magnates a hallarse presentes a su muerte y entierro.

Venían con presteza los caciques, capitanes y cuantos tenían algún cargo honroso y el que en esta ocasión no acudía era reputado por traidor. Conforme iban llegando daban al rey mozo sus pésames de la enfermedad de su padre y le ofrecían ricos presentes. Cuando ya le desahuciaban los médicos, se prohibía a todos el entrar a visitar al doliente; ponían a los huéspedes en unas salas de palacio, allí los entretenían hasta que el caltzontzi expirase; y los presentes que traían poníanlos en un portal, que estaba allí, en lugar patente, donde tenía el rey y estaban las armas o insignias de su reinado, como en las salas de los reyes el dosel y silla vuelta a la pared, que representa la majestad real, con que son conocidos. Muerto el rey, el sucesor daba aviso a los demás señores concurrentes al espectáculo, para que entrando dentro llevasen las voces y llorasen a su rey difunto; y todos juntos le amortajasen, con las pompas ceremoniales que usaba su profesión gentil. Lo primero que hacían era lavar todo el cuerpo y luego vestirle una camisa y después calzarle el cacle, timbre heroico de su valor: poniéndole en los tobillos unos cascabeles de oro, y en las muñecas unas sartas o manillas turquesas. Poníanle en la cabeza un tranzado de pluma, con mucha argentería, arriates y apretadores de gran valor, y en la garganta muy ricos collares y gargantillas y en las orejas sus zarzillos y orejeras de oro.

Atábanle en los molledos dos brazaletes de oro y en la boca un broche de esmeralda, pendiente del labio inferior, que llama el tarasco tentetl, que significa la piedra en la boca (15). Hecho este adorno fantástico, estaba ya compuesta una cama, de mantas de diversos colores, sobre un tablado alto. Puesto el cuerpo sobre la cama, o desmentida tumba, lo cubrían con una manta, en que estaba pintado o retratado el cadáver con los mismos adornos. Entonces salían las mujeres y lloraban con muchos suspiros y amargos sentimientos. Hecho ya el túmulo y el cuerpo en las andas, se empezaba a ejecutar la ley de que muerto el rey muriesen los que le habían de servir en el otro mundo: los cuales señalaba el que quedaba gobernando, así hombres como mujeres. De éstas se se-

ñalaban siete señoras para que cada una se ocupase en el oficio que le daban. La primera, los besotes que usaba el difunto rey los llevaba al cuello, los cuales eran de piedras muy preciosas y de infinito valor. Después de ésta señalaban camarera o guarda joyas, servidora de copa y otra que diese agua de manos y una cocinera con sus criadas. De los varones se señalaban de todos oficios: ropero, peinador, el que le trenzaba el cabello y otro que le tejiese las guirnaldas y otro que le llevase la silla, leñador, mosqueador y aventador, zapatero y otro que llevase los olores, un remero y un barquero, barrendero y encalador, un portero para su real persona y otro para sus damas, un plumajero, platero y oficial de arcos y flechas, dos o tres monteros y algunos de los médicos, de los que acá le erraron la cura: un truhán para referir novelas, porque no faltase en el infierno oficio tan ocioso: un tabernero y últimamente los músicos. Estos eran los que morían con él, para servirlo en el otro mundo, como si allá se habían de ver la cara: sin otros muchos que de su voluntad se ofrecían a la muerte, pensando granjear la voluntad, para que les hiciese mercedes: si bien no se les permitía que muriesen.

Hecha la pompa y junto el acompañamiento, a medianoche en punto sacaban de palacio el cuerpo y por delante todos los que habían de morir, con guirnaldas en las cabezas y ungidos todos con una tinta amarilla, en hileras, componían una larga procesión delante de las andas del difunto. El doble en lugar de campanas era tañendo con unos huesos de caimanes en ciertas rodelas de tortugas. Iban las andas o féretro en hombros de los señores más principales, que aparecían vestidos de las insignias con que habían servido a su rey. En medio de muchas luces resonaban clarines y trompetas, interpe-ladas estas voces con las canciones que en tono lúgubre se habían compuesto en alabanza del difunto. Otros se ocupaban en barrer y limpiar las calles y caminos hasta llegar a los patios del templo, donde estaba preparada una gran pila de leña seca y dando al contorno cuatro vueltas, colocaban sobre el fuego el difunto cuerpo con todo el aparato y atavío, y entonces renovaban sus cantos los parientes; y pegando fuego a la leña, que era de pino muy seca, levantaba la llama con gran presteza, y en tanto que ardía la carne y huesos del desventurado rey, mataban con porras y macanas a

todos los criados que habían de servirle en la otra vida, embriagándolos primero para quitarles el temor, que es tan natural de morir.

Estos que perdían la vida ofreciéndose de su voluntad al sacrificio, los enterraban detrás del templo con todos los adornos, joyas e instrumentos que llevaban, arrojándolos de tres en tres y de cuatro en cuatro en unas hoyas profundas para pasar de ellas al abismo. Duraba esta función desde la medianoche hasta rayar el día; sin cesar, todos aquellos que habían acompañado al cuerpo, de atizar el fuego para que se quemase más presto. Reducido finalmente en ceniza al tiempo de salir el sol, juntaban aquellos despojos de la muerte con las joyas ya derretidas y las piedras preciosas que habían escapado del fuego con algunos huesos, y de todo formaban un bulto adornado con las mismas galas y ceremonias del entierro, figurándole rostro con una máscara, una rodela de oro en las espaldas, poniéndole al lado un arco y flechas, y hecha una sepultura de más de doce estrados de proporción cuadrada, la adornaban con muy finas esteras, y en el medio de una cama de madera en que le ponían, tomando el bulto en sus brazos el sacerdote, que solía llevar sus dioses a cuestas. Este lecho se componía de rodela de oro y otras muchas cosas de plata: poníanle asimismo muchas ollas, jarros con vino y diversas viandas. Dentro del sepulcro en una tinaja grande metía el sacerdote aquel bulto, y lo sentaba vuelto el rostro al oriente, y cubierta la tinaja se salía: se echaban luego sobre esta tinaja y cama muchas mantas, y llenaban el hueco de petacas de caña, llenas de plumajes y aderezos de aquellos con que solía bailar el rey y salir a fiestas, poniendo otras muchas cosas de grande valor y precio, con que enriquecían el sepulcro.

Cubríanle después curiosamente con vigas y tablas embarnizadas por encima, quedando como bóveda, a diferencia de las otras sepulturas que se rellenaban de tierra. Concluso el entierro, todos los que habían tocado al caltzontzi y a los demás cuerpos, se iban a bañar por preservarse de alguna enfermedad, y luego volvían todos los señores y otra mucha gente que los acompañaba al patio del palacio real, y allí sentados todos por su orden en curiosos asientos les ministraban una espléndida y muy larga comida; ésta acabada, daban a cada uno un poco de algodón con que se limpiasen el rostro, y estábanse en aquel patio asentados tristes, y con las cabezas bajas con mucho silencio, cinco días. En este tiempo

ninguno de la ciudad molía maíz en piedra, ni se encendía lumbre en los hogares; cesaban los mercados y comercios, y ninguno cruzaba las calles, retirados todos a sus casas, haciendo el duelo y ayudando en memoria del rey difunto. Los señores de la provincia iban a la sepultura a llorar y velar el sepulcro por su orden y concierto; y en la guarda de estas cosas y ceremonias andaba muy solícito el hijo, que le sucedía en el reino, para que la ostentación de tan solemne aparato fuese sólo consuelo de los vivos y en tales circunstancias como éstas para mayor tormento de los muertos.

segunda parte :

signese la hystoria como fueron señores el cañon
 y sus mrepasa oco enesta puv bpu ca semerhuan
 J. de la Justia general qñese hzia



La uia vna fiesta llamada Xquata cons qñcao que
 quiere decir de las flechas luego el siguiente dia despu
 es de la fiesta hazia se Justia de los mal hechizos que avian
 sido rrebel des / o deso bedientes y hechaban los atosos pre
 sos en vna carcel grande y a dia vn carcelero dipn ta do pa
 guacardalos y heran estos los que quatro vezes avian de
 xado de traer lena pica a los fogones quando el cañon en
 biaba mansamiento general por tosa la provincia que tru
 xen en laña qñien la dexava de traer le hechaban preso,

2.

CAPITULO V

En que se demuestra el valor de los tarascos, y se cuenta un ardid memorable de guerra contra los mexicanos.



A mejor ejecutoria para probar el esfuerzo y valentía del rey de Michoacán, y de sus militares escuadrones, es haberse opuesto siempre al emperador mexicano; que como consta de la Monarquía Indiana, tenía sujetos a su vasallaje casi a todos los reyes comarcanos, consiguiendo a fuerza de repetidos embates muy esclarecidas victorias. Esto mismo deseaba conseguir su orgullo en el dilatado reino de Michoacán; pero encontró tal resistencia a sus designios en el rey tarasco, que se dió por contento con reforzar las fronteras en la raya de ambos reinos, teniendo siempre fortificados sus presidios, y en continua vela sus centinelas. En tiempo que gobernaba el Imperio de México el famoso emperador Motecuhzoma, habiéndole presentado un capitán de los tlaxcaltecas cautivado en la guerra, y de tan famoso nombre, que al oírlo nombrar los enemigos huían despavoridos de su presencia, no permitió lo sacrificasen a sus dioses; mas antes lo puso en su libertad, y le hizo muchas y aventajadas mercedes, dándole permiso para volverse a su tierra; pero nunca el capitán Tlalhuicole (que así se nombraba) quiso aceptar la libertad, antes pedía con constancia le ofreciese a los dioses. Motecuhzoma complacido de su valor no asintió a la petición del tlaxcalteca, y en este tiempo que le prolongó la vida, se le ofreció hacer guerra a los del reino de Michoacán.

Fiando, pues, de la valentía de este cautivo, lo mandó llamar, y le hizo capitán general del ejército; el cual, aunque enemigo de la gente que llevaba, la gobernó y rigió como si fuera propia. Marchó con todo su campo y plantando sus banderas en las fronteras del tarasco, que eran Tlaximaloyan, Maravatio, Tzitácuaro, Acámbaro, Tzinapécuaro, presentó la batalla a su enemigo. Oída la publicación de guerra por el tarasco, acalorado de su furor nativo, tocó al arma, y se arrestó a la pelea con tan gran denuedo, que llegada la hora del combate no hizo poco el mexicano en reprimirlo. Hubo de ambas partes muchas muertes, y heridas, y no hizo retroceder el gran tlaxcalteco al ejército tarasco del lugar que le halló prevenido. Nuestro insigne Torquemada dice (16): "les quitó mucha plata y oro el valiente capitán a los tarascos"; pero si batallaban cuerpo a cuerpo en el campo, sin petos ni coseletes, poco pudo ser el oro que cogiesen, fuera de algunos collares o manillas de oro que usaban los magnates, y otro tanto es verosímil dejarían los mexicanos en las vueltas y refriegas que trabaron con los tarascos. Lo que es digno de ponderar en este hecho, es que un ejército del señor más poderoso del occidente, comandado de un general tan valiente, no le hiciese dar un pie atrás al tarasco, ni le invadiese alguna de sus fronteras, con que se ve claro que competía el un valor con el otro, y que si no se conocía ventaja en el esfuerzo, quedarán iguales en las militares empresas.

Muy digna de celebrarse fué la ardidosa batalla, y la más ilustre victoria, que consiguió el rey de Michoacán contra el poderoso orgullo de Motecuhzoma (17); pues cuando más colérico y picado de los pasados encuentros esperaba ocasión oportuna para desahogar sus iras, se le ofreció una a su parecer muy del intento, y para darle expediente alistó cuadrillas y dispuso el más numeroso ejército que hasta entonces se había visto. La noticia de este formidable ejército llegó con presteza a los oídos del tarasco, y conociendo ventajas en lo numeroso de la gente, que no equivalía en la tercera parte, le puso en consternación su corona, y advirtiéndole que no le bastaban las manos de los suyos, aunque tan esforzadas, por ser respecto de las enemigas tan diminutas, se valió de un ardid de guerra en que era muy ingenioso. Mandó juntar con abundancia bastimentos de comida y bebida, y haciéndola conducir en hombros de indios, fué marchando su ejército hasta hacer rostro al campo del

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOCÁN

emperador mexicano, y en vez de encuadronar sus soldados, plantar sus estandartes y fijar sus pabellones, fueron tendiendo en el campo la comida y bebida, por todo el lienzo que cogía la copia militar de México, y al embestirles dieron en correr los tarascos, fingiéndose fugitivos, y los mexicanos los seguían ya como victoriosos. Dieron de improviso en la comida y bebida abundante, que el campo les ofrecía, y ellos más hambrientos que belicosos, soltando las armas se entregaron a comer y beber muy de propósito. Cuando ya les pareció a los tarascos tendrían enervadas las fuerzas con la abundancia del vino, volvieron muy de pensado sobre ellos haciendo tal destrozo en el ejército, que los más quedaron muertos, y muchos cautivos de los tecos y matlatzingas; siendo hasta hoy funesto monumento de esta victoria los innumerables huesos que se ven en el campo que media entre Maravatio y Tzitácuaro.

Los tecos cautivos que eran de ánimo belicoso fueron llevados a la corte del rey Caltzonci, y a la ciudad de Pázcuaru, donde permanecieron muchos años con mucha lealtad, como inferiores y sujetos a la valentía industriosa del rey tarasco. Los matlatzingas, primeros fundadores del grande y copioso pueblo de Charo, parece dar a entender el M.R.P. Fr. Alonso de la Rea fundarían a Charo en esta ocasión, aunque no lo expresa por lo claro; pero me asienta más la fundación que el V. P. Fr. Diego de Basalencque describe en la historia de su muy santa provincia de San Nicolás de Michoacán, y es en esta forma: La gente de este pueblo no es tarasca, y es de una lengua singular que se llama pirinda, por estar en medio de los tarascos; por otro nombre se llama matlantzinga (18), trayendo denominación de Toluca, de donde eran nativos. Llamábanles así los mexicanos porque les hacían las redes con que pescaban en sus lagunas. Su venida a esta provincia de Michoacán se halló escrita en un libro antiguo, que uno de los primeros bautizados escribió en lengua pirinda. En tiempos antiguos de la gentilidad (dice la relación) hubo un rey en Tzintzuntzán a quien llamaban Characu, que quiere decir el rey niño, en cuyo tiempo les iban haciendo guerra y entrando por su reino, por la parte del poniente, los indios tecos y otros parciales suyos, que lo ponían en aprieto.

No bastando sus soldados para reprimir a estas gentes enemigas, se valió de los vecinos de su reino, cuales eran los matlaltzingas, gente belicosa y adversa a los mexicanos, a quienes por fuerza re-

conocían con los tributos. Pidióles socorro y salieron del partido de Toluca seis capitanes con su gente, hechos los conciertos de lo que les habían de dar por esta expedición militar. Llegaron a Michoacán y fueron muy bien recibidos del rey que les despachó bien provistos a la guerra con otros de sus soldados. Portáronse los Matlaltzingas con tanto esfuerzo en la batalla que conocidamente ellos alcanzaron la victoria, dejando muchos de los enemigos muertos en aquellos campos, y muy escarmentados los que escaparon con la vida. Volvieron a verse con el rey haciéndole por menuda relación de sus triunfos, y queriendo éste remunerar sus hazañas dándoles los premios concertados, pidieron se les diese la paga de su trabajo concediéndoles tierras para avecindarse en su reino por cuanto les agradó mucho el temple benigno de aquella tierra, y el agrado que experimentaban en los tarascos, obligándose por este beneficio que solicitaban de servir al rey en todas las guerras que se le ofreciesen. Túvole el rey a muy buena suerte y les dió a escoger las tierras y lugares que fuesen más de su gusto, teniéndolo él muy especialmente de que se quedasen en su reino capitanes tan valerosos.

Señalaron éstos para su domicilio y población desde los términos de Tirepetio hasta la raya de Andapárapeo. Las familias más nobles fundaron en Charo, contentándoles aquel sitio más que otro, por los tres ríos que fecundan su circunferencia; las familias menos nobles se situaron en Santiago Undameo, motivándoles a elegir este puesto el cristalino río que baja de aquellas sierras; del resto de los indios plebeyos se compuso la población de los altos que en estos tiempos se nombran de Jesús y Santa María. Quedó el nombre de Charo al pueblo principal, porque quiso el rey niño honrarle con su mismo nombre, y de la voz Charao, que quiere decir tierra del rey niño, quedó sincopado el Charo que ha conservado hasta los tiempos presentes. Para conclusión de este capítulo, sólo resta saber de qué armas se valían unos reinos contra otros, y el trágico fin que tenían los cautivos apresados en la batalla. Usaban de arcos y flechas, teniendo para rebatir las de los contrarios petos y rodelas, y también se valían de macanas, que son como alfanjes muy anchos de madera fuerte y tostada, y en ocasiones que llegaban a estrecharse era horrendo el estrago que hacían con las cachiporras, quebrantando de un solo golpe los cascos al más valeroso y fuerte. El tiempo que destinaban para la guerra era después de las cose-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

chas, siendo en esto avisados para que no padeciesen los sembrados, ni se talasen sus campos, como sucede en las guerras de continuo.

Tenían en mucho que su señor y rey fuese esforzado, y para dar muestras de serlo acostumbraban que ni los señores ni sus hijos se pusiesen joyas de oro, ni de plata, ni mantas ricas de labores, ni plumajes en la cabeza, hasta que hubiesen hecho alguna valentía matando a prendiendo por su mano a alguno, o algunos en la guerra; por lo cual cuando la primera vez el rey o señor prendía por su brazo a alguno, luego despachaba sus mensajeros para que de su casa le trajesen las mejores joyas y vestidos que tenía, y que corriese la voz de que el rey o señor había prendido por su sola persona en la guerra un prisionero o más, y vueltos los mensajeros con las ropas, vestían con ellas al prisionero, y poniéndole en unas andas lo traían como en triunfo y salían a recibirlo con trompetas, bailes y cantos, saludándolo primero que al rey o señor que lo había cautivado. Toda esta honra fingida duraba hasta la fiesta del sacrificio, en que lo vestían de las insignias del dios de la guerra, y subido al lugar común de los sacrificios, lo sacrificaba el ministro más principal por ser ofrenda del rey o señor supremo. Con la sangre del corazón rociaban las cuatro partes del mundo, y la otra sangre recogida en un vaso remitían al señor que lo había prendido, y con ella mandaba rociar todos los ídolos de su patio en hacimiento de gracias por la victoria. Sacado el corazón echaban a rodar por las gradas abajo el cuerpo y allí, cortada la cabeza, la ponían sobre un palo, como hoy lo hacen con los ajusticiados. Desollábanle el pellejo, y relleno de algodón, llevábanlo a colgar a la casa del rey o señor por memoria del hecho; de las carnes hacían otras ceremonias, que por ser tan crueles no son dignas de que se expresen. Después de esto podía el señor o rey ataviarse y usar de ricas joyas en las fiestas, y guerras, y ponerse en la cabeza ricos plumajes, que era la insignia de los valientes.

Cuando estas gentes registraban por sus ojos esta llama, daban gritos y palmadas en la boca, multiplicando sacrificios a sus dioses para que les descubriesen la significación de tan monstruosos portentos. En la cabeza de este nuevo mundo rompió sus márgenes la gran Laguna de México, que sin haber aire o temporal, a qué atribuir este movimiento, comenzó a hervir y a espumar como agua agitada del fuego. Encendióse de sí mismo el principal templo, y cuando comenzó a arder, parecía que las llamas del fuego salían del corazón y entrañas de la madera, y esto sucedió en una noche apacible y clara, sin preceder relámpago, ni trueno que pudiese ser indicio de aquel incendio. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas que pronosticaban el fin de esta monarquía indiana, y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en la respuesta de los ídolos. Aparecieron en el aire hombres armados que peleaban unos contra otros, y se destruían y aniquilaban. Cogieron unos pescadores en la Laguna de México un pájaro monstruoso a manera de grulla, de extraordinaria hechura y tamaño; y dando estimación a la novedad se lo presentaron al rey. Era horrible su deformidad y tenía sobre la cabeza una lámina resplandeciente, a manera de espejo, donde reverberaba el sol, con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella el emperador, y acercándose a reconocerla mejor, vió dentro una representación de la noche, entre cuya obscuridad se descubrían algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol como quien no acabara de creer el día; y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció a la vista un ejército de gente armada, que venía de la parte del oriente haciendo gran estrago en los de su nación. Llamó a sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y el ave estuvo inmóvil, hasta que muchos de ellos hicieron la misma experiencia; pero luego se les fué, o se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agujero en el asombro de la fuga.

Trajeron en otras ocasiones a la presencia del rey mexicano diferentes monstruos de horrible y nunca vista deformidad; que a su parecer contenían significación y denotaban grandes infortunios; y si se llamaron monstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad, que los puso este nombre, no era mucho, que se tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban jun-

CAPITULO VI

Prodigios y señales que precedieron antes de la venida de los españoles, y temor del rey de Michoacán del acabamiento de su reino.



AS señales y prodigios que en ciertos tiempos se dejan ver en la tersa plana de los cielos, suelen pronosticar sucesos fatales o felices, según el aspecto en que se dejan ver sus fenómenos. Funestísimos fueron los que precedieron a la destrucción de Jerusalem, de que hace menuda relación el antiguo Josefo, y se lee a cada paso en los anales de aquel tiempo. Parecidos fueron los que se observaron en todos estos reinos de las Indias, que ocasionaron notable consternación no sólo en el imperio mexicano, mas también en el reino de Michoacán, en donde antes de la entrada de los españoles predijeron los ancianos, que eran tenidos por oráculos, estar ya muy cerca el fallecimiento del reinado gentilico. El primero que todas estas gentes observaron, con grande horror y admiración, fué una llama de fuego notablemente grande y resplandeciente, de forma piramidal, que descubriéndose a medianoche, caminaba lentamente hasta lo más alto del cielo, donde se deshacía con la presencia del sol. Vióse después, en medio del día, salir por el poniente otro cometa o exhalación, a manera de una serpiente de fuego, que despedía centellas tan espesas que parecían chispas de pólvora encendida y se desvanecían en el aire.

tas la ignorancia y la superstición. Dos años antes de la llegada de los españoles se oía de noche una voz continua de una mujer, que a grandes gritos decía: "Hijos míos, ya vuestra destrucción se ha llegado, ¿adónde os llevaré para que no os acabéis de perder?" Otras veces vieron dos hombres unidos en un cuerpo, y otros con cuerpos de dos cabezas; los cuales llevados a la sala negra, que era la de los agüeros, desaparecían y se hacían invisibles.

Ultimamente, en el año que llegaron los españoles a esta tierra (que fué el de 1519), apareció un cometa grande en el aire, de gran resplandor, que no se movía de un sitio, y duró en esta postura por muchos días, causando nuevos asombros en los ánimos ya conturbados con las visiones antecedentes.

Otros especiales avisos tuvieron estas gentes para conocer el error en que vivían, y que era falsa la adoración de sus dioses; que no sólo les dejaron aviso los padres ancianos a sus hijos de que había de fenecer el culto de sus ídolos, y sus ceremonias y ritos, quedando sujetos a las gentes blancas, que vendrían del oriente, y a quienes éstos llamaban hijos del sol; más dos reyes de Texcuco (19), contemporáneos de Motecuhzoma, tuvieron por falsa la adoración de los ídolos, y así lo daban a entender en obras y palabras. Aunque es verdad que los pronósticos y señales espantosas poco ha referidas, podían servir de anuncio al acabamiento que amenazaba de la gentilidad como lo eran demostrativos de ésta porque no daban claridad de lo que significaban, para que cuando llegase la ejecución de la ruina supiesen no ser acaso sino por disposición divina, quiso nuestro Dios soberano manifestarlo en esta forma: el emperador Motecuhzoma, al principio de su gobierno, casó una hermana suya con el rey de Tlatilulco, que a pocos años quedó viuda, servida y asistida de señores y plebeyos. Adoleció de una grave enfermedad de la cual murió, y se hizo el entierro con majestuosa pompa, asistiendo a los funerales el emperador y toda la nobleza de su corte. Viéronla sepultar en una bóveda que estaba en el jardín donde solía bañarse; cubierto el sepulcro con una loza no muy pesada. Al rayar el día siguiente la vió una niña de cinco a seis años, y sin cobrar susto, porque no la tenía por muerta, vino llamada de la difunda, y ésta le dijo llamase a su mayordoma. La dueña teniendo a ilusión, procuraba divertir a la niña, pues ésta proseguía en sus instancias tirándola de la ropa, hasta conseguir que fuese adon-

de la llamaban. Al ver a la difunta sentada en un escalón del baño, cayó desmayada en tierra, y avisando la niña a otras dueñas de la casa vinieron, y visto el caso, se mandó llevar la resucitada a su aposento. Otro día hizo llamar al que había sido su mayordomo, y le mandó llamase a su hermano, que tenía que decirle cosas de importancia. Mas no atreviéndose éste a ir con la embajada al emperador, hizo le llamasen a su tío el rey de Texcuco, hombre de gran corazón y esfuerzo; y éste oyendo las razones de su sobrina, se fué a palacio y le dió de todo noticia al emperador. Oyólo con admiración y espanto, y acompañado de sus grandes vino al aposento, y en presencia de todos le habló su hermana con voz clara y sosegada en esta forma:

“Todos los presentes tendrán por cosa nueva ver viva a la que antes dejaron enterrada; sepan que morí, y los que no lo creyeren, ténganlo por parasismo. En este tiempo que estuve en el sepulcro, quiero decir, por ser voluntad de Dios lo que vi, y las cosas que me pasaron. Halléme en un valle muy espacioso y llano, y por medio de él se veía un camino dividido en diversas sendas; a un lado de este valle pasaba un caudaloso río, que queriendo vadearle me lo impidió un gallardo mancebo resplandeciente como el sol, y en la frente esta señal (haciendo la cruz con dos dedos), y tomándome por la mano me dijo, aún no es tiempo que pases este río, que Dios te quiere bien aunque no le conoces, y me llevó por aquel valle, donde vide muchas cabezas y huesos de hombres muertos, que se quejaban con gemidos muy dolorosos. Más adelante vide muchas personas negras con cuernos en la cabeza, que se estaban dando prisa en edificar una casa, y volviendo a mirar al oriente vi que venían por las aguas del río arriba unos navíos con muchas personas de otro traje diferente del nuestro, los ojos garzos, de color bermejo, y con pendones en las manos, y capacetes en las cabezas, y el mancebo que me guiaba me dijo: éstos han de publicar la verdadera fe, y el verdadero Dios; ha de haber muchas guerras, y aquellos que ves con cuernos, tan feos y negros, preparan aquellas casas donde han de penar los que murieren, y que cuando apaciguasen las cosas, y se publicase el lavatorio del bautismo, fuese yo la guiadora de las gentes que habían de ir a él”.

Con atención y silencio oyó Motecuhzoma a su hermana; pero atribuyéndolo a locura lo redujo a desprecio; ¡qué tanto puede la

CAPITULO VII

Cómo quiso confederarse el emperador con el rey Sinzicha contra los españoles, y lo que éste ejecutó sobre este punto.



ESPACHADO el inclito capitán don Fernando Cortés de la Isla de Cuba para el descubrimiento de nuevas tierras, llevando en su estandarte las armas reales, y una cruz con un letrero en latín, que decía: Sigamos la Santa Cruz, que con ella venceremos, después de haber descubierto la isla de Cozumel, el Cabo de Catoche, y haber registrado el río de Tabasco, por los mismos rumbos que antes había navegado Juan de Grijalva, llegó Viernes Santo a desembarcar en el puerto de San Juan de Ulúa, y por ser el día tan señalado nombró aquel paraje La Vera Cruz. De todo esto tuvo específica noticia Motecuhzoma, porque al instante que los indios de Tabasco vieron los navíos y reconocieron a los extranjeros españoles, llenos de alboroto que la novedad causa en pechos ignorantes y noveleros, al punto pintaron en mantas a su usanza, los navíos, armas, trajes y color de los soldados, y por la posta lo remitieron todo al emperador. Este, ya conturbado con los pronósticos que habían precedido, conjeturaba si acaso eran dioses los que surcaban las aguas en aquellas casas de madera, o si acaso eran hijos del sol por venir del oriente. Conmovido de esta novedad, despachó por sus gobernadores un rico presente con diferentes piezas de oro, ropas sutiles de algodón y plumas de varios colores, todo con intento de que no pasasen adelante.

ceguedad obstinada !Esta señora vivió después muy recogida, y fué la primera que recibió en Tlatilulco el santo bautismo y se llamó doña María Papantzin, la que haciendo vida de buena cristiana, acabó sus días loablemente. Este caso tan memorable, dice nuestro Torquemada, se remitió por escrito a España, y fué cosa muy cierta entre los antiguos, y doña María muy conocida en Tlatilulco.

Bien se deja conocer, que estos pronósticos y novedades tan exquisitas no se quedarían dentro de los límites del imperio mexicano, pues muchas cosas de las señales del cielo fueron vistas por todos estos reinos, y de las otras, que pasaron en México tuvieron especiales noticias; y como con la venida de los españoles se iban verificando los vaticinios, concibió el rey de Michoacán con todos los magnates, agoreros y sacerdotes de su reino, que sería lo mismo introducirse en sus dominios la corona de España que caérsele la suya de la cabeza. Reinaba por este tiempo que aportaron los españoles a la Vera Cruz. Sinzicha, hijo del rey Sihuanga, y le quedaron cuatro hermanos que pudieran disputarle la corona. Como ésta no admite compañía, dice la crónica de M. R. P. La Rea, les hizo quitar la vida, aunque no me persuado fuesen todos muertos, por cuanto en las décadas de Herrera, cronista general de las Indias, haber enviado al rey Sinzicha un hermano suyo con legacía para el invictísimo don Fernando Cortés, y pudo ser que por menor de edad se libertase de la muerte que padecieron los otros hermanos. Asegurado ya en el reino, gozaba de prosperidad; aunque zozobraban el gusto de esta posesión las continuas batallas con el emperador, que émulo de su corona no cesaba de inquietar sus dominios. En estas competencias forcejeaban los dos monarcas, cuando entraron los españoles en esta tierra, que fué el año de 1519, en que, como cometas refulgentes del oriente, y como rayos e hijos, no del sol material, como decían los indios, sino del verdadero Sol de Justicia por su cristiandad, desvanecieron las sombras del gentilismo.

Admitió el capitán Cortés el regalo, y retornó con un presente proporcionado a la grandeza del emperador. Y viendo que determinaba pasar a su presencia, trató segunda y tercera vez con muchos más ricos presentes de instarle que se volviese. Pero no bastó todo el conato del emperador, para impedir los designios que tuvo siempre el de pasar adelante el generoso caudillo. Dejando fundada la villa rica de Vera Cruz, dispuso su jornada para México, y en las primeras facciones de los de Zempoala llegó el rumor de las armas a la corte de México; y esta noticia de venir caminando todo el ejército con el designio de venir y hablar al emperador, le causó tal consternación y le hizo entrar en cuidados tan grandes, que hizo junta y llamó a consejo a los mayores de su reino con todos los ancianos para ver la resolución que debía tomar en caso tan apretado. Ya en esta sazón el gran Cortés estaba confederado con el señorío de Tlaxcala, y entrando en nuevos temores el emperador, por ver a los españoles auxiliados de sus mayores enemigos, consultó, por medio de sus hechiceros a sus oráculos, y todos le respondían que por ninguna manera permitiese entrar en México a los españoles, pues de su venida era cierta su destrucción y ruina. Ya el agua llegaba a la boca porque la determinación del español caudillo estaba declarada de entrar en la imperial ciudad, retando a morir o vencer hasta conseguirlo.

Viendo, pues, Motecuhzoma, que ni dádivas, ni súplicas, ni todas las diligencias que había puesto para impedir los designios de Cortés eran suficientes a estorbarlo, y con tener tantos millares de indios guerreros, para poner temor en los españoles, pues todo el orgullo de su imperio no bastaba a reprimir el valor de tan formidable caudillo, determinó buscar fuera de su reino nuevo auxilio militar, aunque fuese menos decoroso a su opinión y a la fama de su conocido valor. Oprimido de estos aprietos el imperial monarca, con toda solemnidad y aparato (envió) a uno de sus principales por embajador al rey de Michoacán, proponiéndole la violencia de los hijos del sol, y el desacato de unos extranjeros, que se querían alzar con sus tierras despojándolos de sus coronas, y profanar el culto y religión de sus dioses. Y que por tanto, temiendo la indignación de ellos y que no les castigasen la omisión en su defensa, dejase antiguas enemistades y tratasen ambos de la restauración de sus tierras por cuanto sentía algunas emulaciones y odios ocultos (que le



Don Fernando Cortés de Monroy



Cap. Cristóbal de Olid.



Don Juan de Villaseñor Orozco.



Don Fernando de Tapia.

CONQUISTADORES Y PRIMEROS POBLADORES DE LA PROVINCIA
FRANCISCANA DE MICHOACAN

daban más cuidado que el suyo siendo declarado) que habían de ser el cuchillo del imperio y el incendio de los demás; porque rendido él, se habían de sujetar todos, y consiguientemente el gran Calzontzi de quien no sería bien que se dijese que abatía el valor a cuatro extranjeros que no pudo sujetar el mayor monarca. Estas y otras razones, que más parecen efectos del temor que reconocimiento al esfuerzo del tarasco, le propuso para moverle a su defensa y reducirle a la resistencia de los españoles: porque ya Motecuhzoma, como se veía en las uñas del león, por dondequiera que volvía los ojos, no miraba sino angustias, que eran los aprietos de la guerra, cuyo estruendoso ruido resonaba a sus oídos, y el estrago lo iba experimentando en muchas tierras de su gobierno.

Siendo, como es, de derecho natural defender cada uno lo que es suyo, y resistirse aunque sea con armas al que intenta quitarle aquellas cosas a que tiene derecho, posesión y dominio, movió de manera el emperador al rey de Michoacán, que determinó confederarse con él y declarar la liga para levantar de la una y otra parte numerosos ejércitos, que no sólo resistiesen el curso violento del que llamaban hijo del sol, sino que lo debelasen y prendiesen para sacrificarlo a los dioses. No es dudable que el consentimiento que mostró a los principios el rey Sinzicha de unir sus armas con las del imperio diese nuevo aliento al emperador, por la satisfacción que tenía del esfuerzo del tarasco, para que con empeño tratase de la expulsión de los españoles, que le iban poniendo en durísima opresión por todas partes.

Estaba el imperio mexicano tan ardiente y orgulloso, que la sangre no le cabía en las venas y alterado con el nuevo socorro que el rey de Michoacán le había prometido, concebía nuevas aunque confusas esperanzas de ver destruído con su caudillo todo el ejército español, puesto que era tan crecido el número de sus soldados y los de Michoacán, que sin hipérbole podían poner mil contra uno de los de la Europa.

Pero como el estruendo no para adonde da el rayo, sino que pasa amenazando a todas partes con el estrago, así el invictísimo capitán Cortés daba el golpe en la cabeza de este mundo americano, y el estruendo pasaba amenazando a los reyes y provincias, con que todos antes de experimentar el golpe escarmentaban en cabeza ajena. Esto se vió cumplido en el rey de Michoacán, quien cada

día se informaba del estado en que se iba poniendo la guerra, y le venían repetidos avisos por los correos que despachaba, de las hazañas, valor y militares esfuerzos que le referían de los españoles, el estrago que hacían en los enemigos las armas de fuego, la ligereza de los caballos, y todo junto le hizo formar concepto de que era en vano oponerse a unos hombres que tanto tiempo antes tenían pronosticado sus antepasados habían de venir de las partes del oriente y habían de dominar a todos estos reinos y gentes de occidente. No podía olvidar los funestos anuncios que se vieron en la plana de los cielos, con otros desengaños de fatalidades experimentadas en su reino; y para resolverse a dar auxilio con sus armas, que tenía puestas y prevenidas a punto de guerra, hizo juntar todos los sátrapas y magistrados para consultar los daños que pudieran seguirse, o conveniencias que pudiesen lograrse de hacer un cuerpo con los batallones del imperio; y todos uniformes, recurriendo a los vaticinios antiguos, reconocieron la declinación de la monarquía y fueron de parecer, no tomasen las armas, sino que esperando a ver lo que sucedía en la imperial de México, si quedasen (como temían) los españoles victoriosos, le darían de paz, por hacer voluntarios lo que habían de obedecer violentos. Este consejo les salió tan bien logrado, que, como iremos viendo, el reino de Michoacán se conquistó sin sangre y sin fuego.

CAPITULO VIII

De qué manera se descubrió la provincia de Michoacán y quién lo hizo.



En la materia de este capítulo no hizo mención la crónica de Michoacán, acaso por no parecerle necesario; pero hallando en el Cronista general de estos reinos, Antonio de Herrera, cosas muy especiales que conducen a esta historia, no me pareció defraudar a los lectores de tan curiosas noticias.

Después de haber ganado el general Cortés la gran ciudad de México, solicitaba tener nuevas de otras provincias, y para esto remitió a un soldado que llamaban Villadiego con algunos indios y cosas de rescate, con orden que recorriese las tierras comarcanas; pero ni él ni los indios parecieron más.

(20) "A otro soldado llamado Parrillas, a quien solía enviar para proveer de gallinas el ejército, llevado de los moradores del pueblo de Matlalzinco, tocó en la raya de Michoacán, y los indios se alegraron mucho de verle, tocándole con las manos como cosa nunca vista, representándoseles que muchos como aquél eran bastantes para superar mayores ciudades que México, y por señas, y por intérprete, respondió a lo que le preguntaban, y se enteró de la tierra de Michoacán, informándose si tenían plata u oro y con alguna labrada que le dieron y dos indios que acompañasen, se fueron a la presencia de Cortés muy contentos. Mandó los tratasen muy

bien, y que los llevasen por todo el ejército, que hizo escaramucear delante de ellos, de que quedaron no poco espantados. Dióles algunas cosas de Castilla, y por el intérprete les dijo: que los cristianos siendo tan valientes para sus enemigos, así amparaban a los que se hacían sus amigos, y que presto los irían a ver y enseñarles cuán errados vivían en adorar falsos dioses, y en sacrificar hombres, y que se podían ir en buena hora a su tierra.

Mandó que los acompañasen algunos indios mexicanos, y recelándose de ellos los tarascos, admitieron por compañeros a algunos tlaxcaltecas hasta llegar a su pueblo. De allí pasaron los tarascos a noticiar a su rey de todo lo sucedido. Determinó entonces el español caudillo descubrir esta tierra, y para ello escogió al soldado Montaña y a otros tres castellanos, que tenía por hombres de discreción y de valor, y dándoles veinte señores indios que les acompañasen con un intérprete que sabía las tres lenguas, la mexicana, la otomí, la michoacana, mandóles dar muchas cosas de rescate y encargóles que procurasen ver y hablar al señor y tratar amistad con él, informándose de la gente, las armas, fuerzas, contrataciones, fertilidad y disposición de la tierra y que pudiendo hablar despacio con el señor le diesen razón de quiénes eran el Sumo Pontífice y el rey de Castilla, desengañándoles de muchas cosas en que estaban ciegos; y que por no haber querido los mexicanos recibir tanto bien había permitido el gran Dios de los cristianos que fuesen destruidos, como haría a todos los que le imitasen. Prometió a Montaña y a sus compañeros, si traían buen recado, de hacerles grandes mercedes, y luego delante de ellos dijo muchas cosas a los veinte señores; y entre otras, lo que principalmente les rogó y encargó fue "que yendo con aquellos castellanos que eran muy valientes y "hermanos suyos, los guardasen y que nunca los dejasen, porque de esto recibiría gran contento y le pondría en obligación de que volviendo los haría mayores señores; y como para tal negocio convenía encargarles mucho que en las demandas y respuestas dijese y tratasen toda verdad; y que si se viesen con el señor de Michoacán, como testigos de vista le contasen el poder de los cristianos, y que cuán bien les estaría darse por vasallos del emperador de ellos, que era el rey de Castilla".

"Partieron, pues, todos juntos muy alegres; caminaron cuatro días sin apartarse los unos de los otros hasta que llegaron cerca del

pueblo que se llama Taximaroa, raya de Michoacán; y como los vecinos y el señor de él tenían tan buena relación de los castellanos, por lo que los indios habían dicho, el señor y gobernador de él, con muchos principales que le acompañaban y con mucha gente popular, por ser el lugar grande, les salieron a recibir. Abrazó a los cristianos, dióles (como tenían de costumbre), rosas y ramilletes y luego abrazó a aquellos indios señores. Pararon un rato, y por el intérprete, el señor les dió la bienvenida, diciendo: "Que se holgaba mucho que a su ciudad y casa hubiesen llegado tan buenos huéspedes, que se holgasen porque él los serviría y regalaría cuanto pudiese; y que estuviesen ciertos de que él deseaba mucho conocer a su capitán, y por él, ser criado y vasallo del señor de los cristianos, porque veía que su poder era tan grande que estando su persona tan lejos de México, con pocos criados y vasallos, hubiese sujetado la más fuerte ciudad que en aquellas partes había, y que tenía entendido que lo mismo podría hacer de todos los demás reinos de aquella tierra; y que supiesen que desde aquel pueblo adelante comenzaba el reino de Michoacán, sujeto a un gran señor, que era capital enemigo de los mexicanos, y que la tierra era grande y fértil, y muy poblada de hombres, y muy diestros en las flechas; y que creía que aquel gran señor enviaría presto sus embajadores a Cortés, ofreciéndole su persona, casa y reino".

'Los castellanos recibieron de esto gran contento, porque vieron que de tales muestras no se podía seguir sino próspero suceso; dijéronle que con el tiempo vería el gran valor de Cortés, y que por él y sus compañeros conocería el gran poder del emperador de los cristianos y que comunicándose todos se desengañarían de los errores en que estaban. En éstas y otras pláticas, todos muy alegres, dieron la vuelta hacia la ciudad, la cual por la guerra con los mexicanos, (aunque era muy grande), estaba cercada de trozos muy gruesos de encina, cortados a mano. Tenía esta trinchera o muro de alto dos estados y uno de ancho, y parecía muy antigua; renovábase siempre sacando los trozos muy secos y metiendo otros recién cortados, para lo cual había maestros y peones diputados que en ninguna otra cosa se ocupaban, pagados del dinero del reino. Por lo alto y por el lienzo de afuera y de adentro, iba tan igual y tupida la cerca, que no pudiera ser mejor labrada de cantería. Acostumbraban desde su principio, por la victoria que contra los mexicanos

tenían, de no quemar la leña vieja y seca que sacaban de ella, sino en sacrificio de sus dioses. Hacían ciertas ceremonias cuando metían la nueva, significando que con su favor se haría aquel muro tan fuerte, que sus enemigos nunca entrarían por él, y que de él saldrían los amigos y volverían victoriosos. Entrados que fueron en el pueblo, les llevaron mucha comida y les hicieron muchos regalos, y tan buen tratamiento que los castellanos quedaron espantados; pero con todo y eso, aquella noche estuvieron despiertos y en vela, como hombres de guerra que querían estar seguros.

Otro día los castellanos avisaron a Cortés de lo que pasaba y prosiguieron su camino a Michoacán; tardaron en llegar seis días acompañándolos cada día más gente de los pueblos comarcanos, que al camino salían a ver los que tan gran negocio habían acabado con sus enemigos los mexicanos. De la llegada de los castellanos a Taximaroa, el gobernador avisó al rey, y a los gobernadores de los otros pueblos por donde pasaban, hasta enviar pintados a los castellanos cómo iban, cómo comían, cómo dormían, las armas y vestidos que llevaban; y cuando llegaron a media legua pequeña de la ciudad de Michoacán, el rey, para mostrar su poder y su buena voluntad, mandó salir a ochocientos señores vestidos de fiesta, que cada uno tenía diez o doce mil vasallos; salieron con ellos tanta gente, que cubrían los campos.

Llegados los castellanos, los abrazaron; y uno de ellos que parecía tener más edad y más autoridad, dándoles primero unas rosas, dijo: El gran señor nuestro, cuyos vasallos somos los que aquí estamos, nos mandó os saliésemos a recibir, y que os dijésemos fuédes muy bien venidos y que por particulares mensajeros, desde que llegasteis a Taximaroa, hasta adonde ahora estáis, os ha enviado a visitar, significando el contento que con vuestra venida tiene; díjonos que entrando en su gran ciudad seréis tratados como en la vuestra, donde os ruego reposéis y descanséis, y que os hace saber que de lo que deseáis entender de él y de su reino, os dirá gran parte, y que así recibirá gran merced en que de Cortés y del muy gran señor suyo, el emperador y rey de Castilla, le deis cumplidas nuevas, porque desea mucho ser amigo del uno y vasallo del otro. Los castellanos respondieron en pocas palabras; después de lo cual guiáronlos a unos aposentos bien grandes y extrañamente labrados, que parecían

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

bien ser de tan gran príncipe. Llevábanlos con grandes ceremonias de crianza y reverencia, diéronles a comer variedad de manjares, tocaron sus instrumentos músicos, que son muchos y hacen mucho ruido, y en comiendo, el gran señor los fué a ver, (aunque dice Montañón en su relación que antes que les trajesen de comer), salió con gran majestad a verles, y haciéndoles señal de paz, no consintiéndoles llegar a él, les dijo que reposasen y que volvería luego a hablarles despacio.

CAPITULO IX

Lo que pasó a los españoles con el rey de Michoacán, que intentó sacrificarles, si no se lo estorba un caballero de su consejo.



E ahí a dos horas, que comieron los castellanos, se presentó el rey, y aunque ellos le salieron a recibir, no consintiéndoles llegar a él, les dijo por el intérprete con gran severidad: ¿quién sois?, ¿de dónde venís?, ¿qué buscáis?, ¿para qué venís de tan lejos? ¿por ventura en la tierra donde nacisteis no tenéis qué comer ni beber, sin que vengáis a ver y conocer gentes extrañas?, ¿qué os hicieron los mexicanos que estando en su ciudad los destruisteis?, ¿pensáis hacer lo mismo conmigo? Pues yo, tan valiente y poderoso soy, que no lo consentiré, aunque he tenido siempre guerra con los mexicanos y han sido grandes enemigos míos. No se holgaron nada los castellanos con estas palabras, y con todo eso, Montaña por el intérprete dijo: Gran señor a quien tus dioses prosperen y en mayores reinos adelanten, no hay por qué te receles, que tus amigos somos, enviados por el capitán Cortés, no a otra cosa sino para que le conozcas y le tengas por amigo, que le hallarás tal en todo lo que se ofreciere a ti o a los tuyos, y pues en pocas palabras me has preguntado muchas cosas, a que no te podemos responder sino suplicándote nos oigas despacio, que después que lo hayas hecho no te pesará. Nosotros somos cristianos, nacidos en una tierra que llaman Castilla, venimos por mandato de un muy gran señor, que se



LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A MICHOCACAN.—De la
Relación de Michoacán.

dice el emperador de los cristianos, a quien nuestro Dios puso en su corazón que viniésemos a ver estas tierras nuevas, no porque en la nuestra nos falte lo que hemos menester, que antes nos sobra para la vida humana. Venimos después que tuvimos noticias de las tierras que hemos descubierto, a dos cosas principalmente: la una a comunicaros y teneros por amigos, dándoos de lo que nosotros tenemos y vosotros no tenéis acá, recibiendo de vosotros por vía de contratación y amistad lo que en nuestra tierra no tenemos como se hace y usa en todas las tierras del mundo; y vosotros según hemos entendido, lo usáis, lo cual es causa que los reinos se ennoblezcan.

“Pero la segunda causa es la que más importa y que resulta del trato y comunicación que con vosotros deseamos tener; el desengañaros de una gran ceguedad y error en que el demonio os tiene metidos, haciéndoos adorar dioses falsos y quebrantar en muchas cosas la ley natural que acerca de todos los hombres tanta fuerza tiene; y aunque al principio os parezca áspero por las costumbres que en vuestro error tenéis, cuando nos halláis comunicado se os hará fácil y sabroso; y si hicimos guerra y destruimos a los mexicanos, fué porque nos quebrantaron muchas veces la amistad, y con traición nos quisieron matar y por castigar las injurias y tiranías que hacían contra muchas naciones que nos pedían socorro; y así, aunque eran muchos y muy poderosos y puestos en ciudad tan fuerte, no fueron parte para defenderse ni para ofendernos, porque nuestro Dios, que es uno, y sólo poderoso, peleaba contra ellos y contra sus dioses. Y si queréis, gran señor, saber más claro cómo no procuramos hacer mal a nadie, infórmate de cuán buenos amigos y favorecedores hemos sido de los que se nos han encomendado, y así entenderás que queriendo tú ser nuestro (como lo has enviado a decir), te holgarás mucho con nuestra amistad, y no hay para qué des oídos a los malos consejeros, para que hagas otra cosa de lo que debes a tu real persona, que nosotros en lo dicho te hemos tratado toda verdad; y si no lo crees, pues tienes intérpretes mexicanos, pregúntalo aparte a los que con nosotros vienen, que ellos te lo dirán, aunque no son de nuestro linaje ni nación.

“Muy atento estuvo el Caltzontzin, resolviendo en su pecho grandes cosas, porque de las que había oído unas le daban contento y otras le ponían temor, y reparando un poco como pensando en alguna cosa, respondió: que se holgaba de haberlos oído y que reposasen,



que él daría la respuesta. No mostraron punto de flaqueza por no caer de la reputación en que estaban puestos, que era tenerlos por invencibles hijos del sol. Trataban entre sí lo que harían, y finalmente, como los que no podían salir a parte alguna de noche ni de día que no fuesen sentidos, determinaron de esperar lo que les sucediese.

“Había mandado el Caltzontzin que mucho número de gente, disimuladamente, con armas secretas guardasen a los castellanos en los patios del palacio, y así estaban unos sentados y otros paseándose, cuando ordenó a dos señores que dijese a los castellanos que ni de noche ni de día, por ninguna causa, pasasen sin licencia una raya que les hicieron, de que mucho se alteraron, pero disimulando lo mejor que pudieron, uno de ellos con rostro muy alegre, dijo: Decid a su majestad que en su casa y reino estamos, que mensajeros somos, y que con voluntad de servirle venimos, y que no discreparemos un punto de lo que manda, y que si quiere que no salgamos de este aposento, lo haremos con tanta voluntad, como lo que ahora nos manda. Con esta respuesta volvieron a su señor, el cual, a la hora de vísperas, mandó hacer grandes fiestas por toda la ciudad, y encender en todas las torres de los templos muchos fuegos, y quemar cosas olorosas, sacrificando en ellas a sus ídolos gran cantidad de hombres, mujeres y niños, con gran estruendo y ruido de cornetas y caracoles, con continuos bailes y danzas de noche y de día y con canciones tan tristes, que parecían del infierno.

“Estas fiestas y sacrificios se hicieron en dieciocho días que duraron, con pensamiento de sacrificar a los castellanos; pero como Dios quería que cesase el sangriento señorío del demonio queriendo guardar aquellos castellanos y otros que habían de ser instrumento del remedio de aquellos infieles, puso en el corazón de un gran señor anciano, del consejo del rey y que gobernaba sus estados, estas palabras, que una noche, al cabo de los dieciocho días, le dijo: que sería bien que con todo acuerdo pensase primero lo que intentaba, porque era cosa cruel y no digna de tan gran rey, matar a los que iban a visitar y conocer, sin que primero estuviese muy cierto si iban con buen ánimo o con malo, y que mirase que aquellos hombres y los que tenía su Capitán eran muy valientes, pues siendo tan pocos habían sujetado a una ciudad tan poderosa como México, y que su Dios (que decían) no era más que uno, debía de ser omnipo-

tente, pues que los dioses mexicanos y aquel gran dios llamado Huitzilopochtli, que con tanta reverencia adoraban, no había bastado a defenderla, y que creía que aquellos cristianos eran hijos del sol, pues tan victoriosos habían quedado de sus enemigos, y que pues siempre había seguido su consejo le rogaba que se detuviese, pues en ello no había inconveniente, y que podría mejor considerar que era bien tener por amiso aquellos de quienes le podía resultar mucha ayuda y mucha ofensa.

“Estas palabras contentaron al rey, y agradeciéndole el consejo, mandó que cesasen las fiestas, y que los sacrificios no pasasen adelante. Envió a cuatro principales caballeros al aposento de los castellanos por cuatro de los caballeros mexicanos para informarse, y habiendo los castellanos escogido para ello los que tenían por de mejor entendimiento, les dijeron que advirtiesen que el rey los quería sacrificar a todos y que para remediar este peligro era necesario, cuando algo les preguntase, que le dijesen la manera de pelear de los castellanos y le diesen a entender cuáles eran sus armas, el efecto de las escopetas y ballestas, la furia y bravura de los caballos, el ánimo y coraje de los hombres; que una pieza de artillería de una vez mataba cien indios, y el gran destrozo que los perros hacían en los indios enemigos de los cristianos, y que eran de tal calidad, que no se cansaban en la guerra, pasándose sin comer ni beber dos y tres días, y que los hombres sabían no dormir cuando era menester, y que como en las cosas de la guerra eran tan venturosos jamás eran vencidos, y que asolaban con fuego y sangre a sus enemigos, pero que cuando pedían perdón y paz la daban y la guardaban no menos que si fuesen como ellos. Y que su rey cada día les proveía de armas y nueva gente, para que ningún rey ni señor, por poderoso que fuese, ni muchos juntos, se atreviesen a ofenderlos, y pues eran testigos de vista, le persuadiesen que procurase la amistad de Hernando Cortés si quería conservar su reino y ampliarle en lo ajeno, y que no hiciese cosa de que después se arrepintiese; y que si todavía vieses que tenía mal propósito, le dijesen que solos los cuatro caballeros eran bastantes para matar a todos cuantos los guardaban, aliende de que su capitán iría luego y le mataría, y destruiría su reino. Y si fuesen con Dios y hablasen con gran ánimo y no tuviesen pena, que allí quedaban ellos que morirían por ayudarles, sin faltarles en ninguna cosa como se los había mandado Cortés.

“Fueron los cuatro señores mexicanos con los que habían ido por ellos a presencia del rey, al cual, según su modo, como a los dioses hicieron reverencia, y llamados los intérpretes, delante de algunos de su consejo y de aquel prudente gobernador, preguntó muchas cosas, a las cuales respondieron tan bien y con tanto esfuerzo, como si Cortés con todo su ejército estuviera a las puertas de la ciudad. Mucho se espantó el rey y aquellos señores de lo que los mexicanos dijeron, y creyéronlo todo porque ya de mucha parte de ello tenían relación; mandó el rey tratar bien a aquellos indios porque le dijeron que eran caballeros; dijoles lo mucho que se había holgado de hablar con ellos, y de estar cierto de lo que antes estaba dudoso, y que se estuviesen en su palacio hasta que él mandase que fuesen con los cristianos. En el entretanto, los castellanos, habiendo pasado día y medio que los mexicanos no volvían, estaban temerosos de que los hubiesen muerto, y muy determinados de vengar su muerte, de tal suerte, que el rey y los suyos cuando se desengañasen que no eran inmortales entendiesen qué caro les costaba ofenderles.

“No tardaron en presentarse los cuatro señores muy alegres, y ellos, no menos contentos, les preguntaron lo que había pasado. Tres horas después fué el rey acompañado de cuarenta o cincuenta señores, y por pajes diez o doce mancebos muy bien dispuestos, y en seguimiento suyo más de veinte mil hombres, todos con arcos y flechas y engalanados, gritando como gente vencedora. Bien pensaron los castellanos que por ceremonia iban de aquella manera para matarlos y sacrificarlos a sus ídolos, apercibiéndose disimuladamente; y uno de ellos tuvo de traer un perro muy bravo, cebado en indios, con el propósito, si los acometían, de soltarlo. Entró el rey por el patio hacia donde ellos estaban con muy buen semblante; llevaba su arco en la mano, engastadas en él muchas esmeraldas, y a las espaldas una aljaba de oro, cuajada de pedrería que con el sol, el arco y aljaba relumbraban mucho; iba en medio solo, y algo apartados de él, y por los lados y espaldas, iban los caballeros más privados. Los castellanos le recibieron hasta la raya e hicieronle grande acatamiento con rostros alegres; entonces, apartándose a un lado, mandó apercibir gran cantidad de venados, conejos, codornices y otras muchas aves de caza, muertas y vivas, que pusieron a los castellanos en gran admiración, porque era la montería y caza mejor que habían visto. Estando el rey todavía en pie, llamando a los intérpretes, y

mirando a los castellanos, les hizo un razonamiento. Otros dicen que por grandeza mandó llamar a su capitán general, y que el capitán lo declaró al intérprete, y esto es lo más cierto.

“Lo que contenía el razonamiento era: Pedir perdón a los castellanos por haberles detenido tantos días, y que la causa había sido haber estado aquel tiempo ocupado en las fiestas y sacrificios de sus dioses, que cada año acostumbraba hacer en aquel mismo mes; y que en lo que tocaba a pasar ellos más adelante, a ver la tierra de Cihuatlán, que no lo consentiría, porque si algo les sucediese en que fuesen heridos o muertos, no quería ser la causa, sino enviarlos tan sanos y tan buenos a su capitán como habían ido; a lo cual les rogaba le dijese que era muy aficionado a su valentía, y que deseaba servir en todo y ser vasallo del rey de Castilla, que tan poderoso era; pues enviaba a tal capitán y a tales hombres que más parecían dioses, pues que siendo tan pocos, según había oído, en tan poco tiempo habían sujetado al imperio mexicano, que tantos reinos y provincias tenía. Y que porque era costumbre de los reyes sus antepasados no enviar vacíos a los mensajeros que los venían a visitar, que otro día por la mañana los despacharía con dones para ellos y uno preferente para el capitán Cortés, al cual besaba las manos y suplicaba recibiese lo que enviaría más por prenda y señal de amistad, que por el valor, porque todo su reino era poco para quien tanto merecía, y que lo más presto que pudiese iría a darle la obediencia, y en el entretanto quería enviar con ellos ciertos señores. Hecha esta plática, les dió toda la caza y les dijo que a su voluntad la repartiesen. No se puede decir el contento que los castellanos recibieron, porque cuando pensaban morir, verse libres y tan regalados, les parecía sueño. Y así les respondieron aunque no con muchas palabras. Que besaban los pies a su alteza, y que en todo había mostrado quién era, de lo cual harían relación a su capitán y que de ello serían buenos testigos los señores que con ellos enviase, cuando volviesen con la respuesta de la embajada. Fuese el rey, mandó que les diesen de comer; llevaron tanto que había para cuatrocientos hombres; envióles a decir que holgasen, porque sin duda a otro día los despacharía sin más dilación, y que él quedaba escogiendo los caballeros de su reino que con ellos habían de ir, los cuales llevarían el pescado de comida que para todos era necesario, hasta llegar a México, y que también enviaría cazadores que los fuesen entreteniendo.

Parecieron otro día muchos caballeros con veinte indios cargados de ropa, de la muy estimada, y veinte asientos de madera por maravilla bien labrados, y cinco cargas de calzado, que ellos usan, de muy lindo cuero de venado blanco, y amarillo y colorado; y cincuenta marcos de joyas de plata, y oro bajo; y descargado en el patio, todo lo pusieron sobre muchas esteras, que los indios llamaban petates, muy ricas, y delgadas, y muchas mantas blancas y ricas, sobre las cuales pusieron en medio del patio tanta cantidad de piezas de plata y oro bajo y fino, que valdrían cien mil castellanos (21). Llegó el rey y por medio de su capitán general, y éste por otro privado, y el privado por el intérprete, dijo a los castellanos: que la ropa y joyas que estaban descargadas en los cuatro ángulos del patio, el gran señor les hizo merced de ella, y que la que estaba en medio del patio, la diesen a Cortés su capitán, y le dijese que le suplicaba que tuviese más cuenta con la voluntad y amor del que enviaba aquel presente, que lo poco que valía; y que como tenía prometido, cuando más lugar tuviese iría en persona a besarle las manos. Dichas estas palabras, se apartó con ocho señores de los que allí estaban, y les ordenó que fuesen a visitar a aquel gran capitán de los cristianos, y los entregó a los cuatro castellanos, y a los mexicanos a los cuales mandó decir: que aunque sabía que tenían tan buen corazón que no era menester encomendarles aquellos ocho señores, que eran de los más queridos y favorecidos de su casa, que todavía, por lo que él debía a su persona, y a lo que a aquellos caballeros quería, les encargaba mucho los tratasen muy bien, y que después que hubiesen llegado donde su capitán estaba, les suplicaba mucho de su parte se los tornase a enviar, sin hacerles mal ninguno, sino que cuando ellos se quisiesen volver, lo pudiesen libremente hacer, y que desde aquella hora, quedaba por su amigo y vasallo del rey de Castilla; y que vueltos que fuesen aquellos mensajeros, él mismo, como tantas veces había dicho, quería hacer aquella jornada.

“A esto, con mucho comedimiento y reverencia (porque aun no veían lo que irían, según habían estado atemorizados los cuatro castellanos), con muestra de alegría, respondieron: “que no eran tan malos, que habiendo recibido tantas mercedes en su casa, y a la postre haberles dado, tantas y tan buenas joyas, no mirasen por aquellos señores, como estaban obligados, como si fueran sus hermanos; y que llegados que fuesen donde su capitán estaba, verían el buen tra-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

tamiento que les haría y las cosas que les daría, porque no sabía recibir sin luego gratificar, y que vueltos que fuesen a su casa real, le dirían con verdad haber ellos en este prometimiento quedado cortos, y su alteza holgaría de haberlos enviado; y se arrepentiría de no haber ido luego". El Calzonzin, delante de los castellanos, dijo pocas y muy breves palabras al despedirse de aquellos señores, que en suma fueron: "mi autoridad y crédito llevais para visitar a este hijo del sol, hacerlo heis, con mucha cordura, dándole a entender lo que otras veces os he dicho, que le soy servidor y amigo y que así me hallará, cuando menester sea, y miraréis bien en su persona y tratamiento para que a la vuelta me deis cuenta". Mandó también ir ochocientos hombres para que llevasen las cargas y la comida, los cuales conforme a su uso encargándose salieron de la casa real uno detrás de otro, y por aquellos llanos hacían un hilo tan largo, que no se acababa de divisar.

CAPITULO X

Salen los castellanos de Michoacán con los embajadores del rey, y llegan a donde estaba Don Fernando Cortés.



A que los castellanos querían partir, el rey envió ciertos señores a mucha prisa rogándoles con muy gran insistencia que por cuanto a aquel lebrel que tenían, le había parecido el más hermoso animal que jamás había visto, le hiciesen tan gran placer de se le enviar, que por él enviaría todo el oro y plata que le pidiesen, porque animal tan valiente que había venido en compañía de tan fuertes hombres no podía dejar de ser muy bueno para la defensa y guarda de su persona y casa, que a ellos no les faltaría otro, porque sabían que en el ejército de Cortés había muchos que peleaban, y que en ninguna manera le dijesen de que no, porque lo sentiría mucho. Este mensaje dió pena a los castellanos, porque era tan bueno el lebrel que en aquel tiempo no tenía precio por ser muy grande, muy animoso, muy diestro en la gran guerra, y tan temido de los indios, que en soltándole aunque hubiese diez mil delante, no osaban parar, y era con esto tan presto y tan ligero, y tan cebado con los indios, que lo primero que hacía era devorar todos los que topaba y después que se le alejaban mucho los que iban adelante, revolvía sobre los que se levantaban, haciendo siempre presa en la garganta.

“Estuvieron dudando qué harían, y Peñalosa, que era el dueño del lebrel, estuvo gran rato muy duro en darle, y aunque mucho se

LAMINA No. 8.



LOS DOCE PRIMEROS FRANCISCANOS.



ESCUDO DE ARMAS DE
VALLADOLID



ESCUDO DE ARMAS DE
TZINTZUNTZAN.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

lo porfiaban sus compañeros, decía que más quería morir que dar el lebrel; pero temiendo como todos, que si no lo diera habían de ser sacrificados, siendo hombre de buena razón se dejó convencer. Los caballeros mexicanos decían que sin duda el rey entendía que tenía enojados a sus dioses, por no los haber sacrificado en aquellas fiestas, pues eran tan grandes enemigos suyos, y que por aplacarlos quería sacrificar aquel lebrel, y que si no se lo daban, entendían que todos morirían y también el lebrel, y que mejor era que a costa del lebrel se salvaran todos. Peñalosa dió el perro muy contra su voluntad, pudiendo más (como era razón) el temor de la muerte que su excusada porfía, y porque no estaba para responder, uno de los compañeros dijo: que aunque aquel animal era el más apreciado que tenían, de muy buena gana servirían con él al rey, para que tuviese alguna prenda suya y se acordase de ellos, y que si de lo que tenían, otra cosa le parecía bien, se sirviese de ello, pues mucho más le debían, y que en lo que decía que enviaría oro y plata, que harto les había dado, y que no eran hombres que a quien tanto debían habían de vender aquel lebrel. Y en el entretanto que el lebrel no los vió, salieron del patio como hombres encarcelados, no viendo la hora de verse fuera, y fué causa haber dejado el lebrel que por todo el camino fuesen temerosos, creyendo que ya que el rey le tenía en su poder, enviaría por ellos para sacrificarlos; acrecentoles este temor saber al cabo de dos días que caminaban, que se habían hecho solemnes fiestas en las cuales, con grandes ceremonias, pidiendo perdón a sus dioses, habían sacrificado el lebrel, al cual sacrificio concurrió mucha gente para ver cómo moría aquel animal tan bravo que tantos indios había muerto; hicieron este sacrificio particularmente los sacerdotes, con nuevas ceremonias, diciendo al perro, como si los entendiera: "Ahora con tu muerte pagarás las muertes de muchos, cesarán las de los que más matarás, y nuestros dioses perderán la saña que contra los nuestros tenían, por no haber sacrificado a los cristianos que en nuestro poder teníamos". Dicho esto, tendiéronle como hacían a los hombres, de espaldas sobre las gradas del templo, en la piedra piramidal; tentándole el lado del corazón, con gran destreza con una navaja se lo abrieron, y sacándose untaron con él los rostros de sus ídolos, haciendo luego un baile, cantando con la tristeza que sabían en las muertes de los sacrificados.

“Los castellanos prosiguieron su camino, y aunque se veían fuera de la cárcel, que tal lo era aquella casa real, iban tan cuidadosos, que no pudieron gozar del pasatiempo del camino y de los servicios que los indios de Michoacán les hacían, sospechando que todo era falso para llamarlos, cuando menos pensasen, o para que descuidándose, aquellos ocho señores michoacanenses los matasen, pues llevaban consigo sin los de carga, los ochocientos hombres, y a esta causa, de día iban con cuidado sin apartarse uno de otro, y de noche se velaban. De esta manera acabaron su jornada hasta llegar cuatro leguas de Coyoacán, donde Cortés estaba, a quien avisaron de su llegada, de que recibió grandísimo contento porque los tenía por muertos; envióles cuatro hombres de a caballo, con algún refresco; holgose mucho con los castellanos y mexicanos, hizo mucha honra a los michoacanenses, mandóles aposentar y regalar, y después que hubo recibido el presente trató muy particularmente con Montañó y sus compañeros lo que les había parecido de la tierra y de la gente, y cómo el rey los había querido sacrificar y pedido el lebrél, y todo lo demás que sucedió; envió a llamar a los embajadores y para representar el autoridad que convenía, cosa que con aquellas naciones era el gran momento, se vistió una ropa larga de terciopelo; sentándose en una silla de espaldar, mandó que en la sala donde estuviese, todos los castellanos estuviesen en pie; entraron los embajadores de dos en dos, hicieron a la entrada de la sala un gran comedimiento, y otro a la mitad de ella; y cuando llegaron donde Cortés estaba, se levantó a ellos, y uno a uno, con muy buena gracia, los abrazó y vuelto a sentar; el más anciano, haciendo a su modo cierta ceremonia, que al mismo tiempo hicieron los demás, dijo: “que el gran rey de Michoacán le besaba las manos y decía que por la gran fama de sus maravillosos hechos, que por todo aquel mundo volaba, no había cosa que tanto desease como verle, y que le había espantado mucho que con tan poca gente de cristianos, hubiese vencido la más fuerte ciudad del mundo cuyos moradores estaban tan soberbios que les parecía que el poder de sus dioses no bastaba a humillarlos; de que se siguió, que por no hallar contradicción, sino en su rey dilataron tanto su imperio, que por algunas partes se extendía más de trescientas leguas, y que lo más presto que pudiese le iría a besar las manos y a ofrecer su persona, reino y amigos, que tenía muchos y muy buenos; y que de la comunica-

ción y amistad resultaría el entender lo que acerca de su religión le quería decir. Y porque de los cristianos que le envió, se informaría más largo de la voluntad y amor que tenía, no decían más de suplicarle, que les respondiese y despachase cuando le pareciere". Cortés agradeció su venida, diciendo: "Que se holgaba mucho que tales caballeros, criados de tan gran príncipe, hubiesen ido a él para pagar en parte lo mucho que le debía por el buen tratamiento que a sus castellanos hizo, y por el presente que le enviaba, y que así les rogaba que aunque podían irse cuando quisiesen, descansasen algunos días y viesen despacio el asiento de su real, las armas, los caballos y los ejercicios de guerra de sus soldados; y que en lo demás, deseaba por extremo ver personalmente a tan gran señor que tan poderoso fué contra el imperio mexicano, y que de haber venido no le pesaría, porque sabría y entendería cosas que a él y a su reino mucho conviniesen, y que en el ofrecerse por amigo suyo y vasallo del rey de Castilla, hacía más de lo que pensaba, y porque por esta vía sería más poderoso señor que nunca; y que en prendas de amistad, como él decía, le enviaría algunas cosas de Castilla, que aunque no fuesen muy ricas, por su novedad y extrañeza le darían gran contento".

Mandó luego hacer una escaramuza de a caballo y otra de a pie, y disparar algunos tiros y escopetas, que fueron cosas extrañas para aquellos señores, que con muy gran atención y admiración la miraban. Y recibidas las joyas que Cortés enviaba, y saliendo con ellos algunos castellanos, los despidió muy contentos".

CAPITULO XI

*Envía el rey un hermano suyo a visitar a Cortés, y después
fué a verle en persona.*



ESPACHADOS los embajadores referidos con los cuales envió Cortés dos castellanos, que tomasen lengua, por aquella parte de la mar del sur, que es el poniente de México, determinó de hacer alguna buena demostración con el intérprete que fué a Michoacán, hizolo gobernador y cacique del pueblo Xocotitlán, por la verdad y fidelidad con que había procedido; y con los otros caballeros hizo lo que era razón. Llegados los michoacanos a su rey, dijeron tantas y tan grandes cosas en honra de Cortés, que le pusieron en gran admiración; preguntóles muy particularmente por todo lo que habían visto, y como ellos no fueron a otra cosa, hiciéronle tan particular relación de todo como si muchos meses hubieran estado con los castellanos, de que le nació tanta voluntad, que quiso ir luego a ver a Cortés si no se lo estorbaran los de su consejo; y habiendo hecho ciertos sacrificios para que su jornada fuese con voluntad de los dioses. Los más fueron de parecer que enviase a un hermano suyo que se llamaba Uchichilzi, el cual acompañó a Cortés cuando hizo la jornada de Honduras”.

Debo advertir antes de pasar adelante, que cuando entró heredando Sinsicha el reino de su padre Sihuinga, afirma la crónica de esta provincia que quedaron con él otros cuatro hermanos y que los hizo matar temeroso de que le quitasen la corona, y esto mismo

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

refiere nuestro ilustrísimo Gonzaga tratando de la provincia de Michoacán; pero siendo todo lo que relaciona Herrera sacado de los papeles auténticos que se remitieron al consejo, me persuado poderse ajustar la diferencia con decir que quitó la vida a los cuatro hermanos mayores, y pudo a éste de que hablamos perdonarlo por ser de menos edad y confrontar con su natural y cariño.

“Con este parecer envió el rey con su hermano más de mil personas de servicio y muchos caballeros, que para su servicio llevaron más de otras mil personas; diole para presentar a Cortés mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro bajo, mil marcos de plata revuelta con cobre, todo en piezas de aparador y joyas. Ordenose que mirase con cuidado si era tanto lo que de Cortés se decía como sus embajadores le referían, y si era así que el imperio mexicano estaba deshecho enteramente y en qué manera se gobernaba. Era este hermano del rey, valiente, discreto, y como llevaba gran voluntad de ver a hombre tan famoso como Cortés, dióse la mayor prisa que pudo en el camino. Entendiendo Cortés que iba, envió algunos caballeros con el intérprete a recibirle y darle bienvenida. Cuando supo que el huésped entraba en su palacio, le salió a recibir a la primera sala, abrazole e hizole grandes caricias, y tomándole por la mano asentolo consigo, mandole traer de comer, hizo buen rostro al vino castellano; en comiendo por la lengua le dijo: “que aunque deseaba mucho ver al rey, se holgaba con su venida, pues era su hermano; y porque tenía gran noticia de su valor y de cuán bien se había habido en las cosas de la guerra, especialmente contra los mexicanos”. Uchichilzi holgó mucho con esto y lo agradeció con demostraciones y palabras a Cortés, diciendo que delante de él no había ningún valiente, pero con su persona y con todo cuanto tenía, le serviría todas las veces que se lo mandase, y que le suplicaba le oyese lo que de parte de su hermano y señor le iba a decir. Pidióle primero con grandes cortesias que recibiese aquel presente que allí le traía, y que muchos días había, después que sus castellanos fueron a su tierra, que su hermano y él le deseaban ver y hablar, por los maravillosos hechos que de su persona y de los suyos se contaban, y que su hermano fuera luego, si ciertas ocupaciones de su reino no se lo estorbaran; pero que a lo que entendía iría muy presto, y que le certificaba que era tan servidor suyo, y le sería tan buen amigo, que en lo que se ofreciese los tlaxcaltecas, de quien había

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

conocido tanta voluntad, no le harían ventaja, y que también le decía que quedaba con tanta satisfacción de él, que no le habría cosa de que tanta merced recibiese, como en que le emplease en algo de su servicio, porque entre los de su nación le podrían hacer algún servicio como los capitaneses tlaxcaltecas; y porque los embajadores que su hermano le envió contaron extrañas cosas de las armas, cosas y manera de pelear de los castellanos, recibiría gran merced en que se lo mandase mostrar todo, y aquellas grandes canoas con que combatió la gran ciudad de México por los barcos.

“Cortés, que no deseaba otra cosa, después de haberle con muy buenas palabras dado a entender lo mucho en que tenía su ofrecimiento, le dijo que el día siguiente, después que hubiese descansado, le mostraría todo lo que deseaba; mandó a sus capitanes que aperciesen la gente para que otro día escaramuceasen a pie y a caballo, y que se aparejase la artillería y arcabucería. El día siguiente, estando la gente con muy buena orden mandó que escaramuceasen. Partiose la gente en dos bandos, y en habiendo escaramuceado la infantería hecho escuadrón, hizo contra ella la caballería algunas arremetidas, jugando la artillería a su tiempo. Acabada la fiesta, Hernando Cortés con el huésped, en una canoa bien entoldada, fué a México acompañado de muchos caballeros que iban en otras canoas; vió la destrucción de aquella gran ciudad que antes vió muy floreciente, y le pareció espectáculo miserable y digno de compasión, con que mucho se enterneció. Fueron a ver los bergantines; mandó Hernando Cortés que se echase uno al agua en el cual entraron cuarenta o cincuenta hombres, navegaron un rato, notábalo todo el indio con mucha atención y maravilla. Vueltos a Coyoacán, determinó de partirse a su tierra, y con los presentes que le dió Cortés, y mucha honra y buen tratamiento que le hizo, fué contento; refirió al rey cuanto había visto, engrandeciendo tanto el valor de los castellanos, la cortesía que le había hecho, que se determinó luego de ir a ver a Cortés, y aparejó grandes presentes que llevarle. Dos cosas afirman que le movieron para esta jornada; la una, la novedad y grandeza de ver deshecho tan gran imperio por hombres que mientras eran menos en número, tanto más parecía cosa milagrosa; y por confederarse con ellos para mantener su estado, y si posible fuese, acrecentarse juzgando ser esto cosa muy honrosa. La otra por el parecerle que triunfaba de un reino con que había tenido mortal

enemistad, gozándose de verle sujeto y destruido con su ciudad tan famosa y que solía ser el espanto de todas las naciones comarcanas.

“Partió, pues, Sinsicha (22), dicho Tangajuan (23) por sobre nombre rey de Michoacán, con gran majestad, enviando cada día desde la parte a donde se alojaba, mensajeros a Cortés avisando cómo iba, y a dónde quedaba, con grandes cortesías y comedimientos; y acercándose al ejército castellano, Hernando Cortés le salió a recibir con la nobleza castellana muy bien aderezada y con la música, porque sabía que el rey llevaba la suya, poco más de media legua; y cuando los unos reconocieron a los otros, fué cosa muy de ver la salva, que con la música se hicieron, no cesando hasta que el rey y Cortés se juntaron, habiendo gran silencio como si no hubiera persona en el campo; el rey se humilló mucho a Cortés, el cual le abrazó con grande amor y reverencia, y por los intérpretes dijo: “Muy valiente y muy esforzado caballero, capitán y caudillo de muy valientes y esforzados caballeros, enviado por el mayor señor, que jamás he oído, suplicote cuanto puedo, perdonés mi tardanza en no haber venido a verte cuando prometí, porque cierto muchas veces, como te habrá acontecido, los hombres (especialmente los que gobiernan) piensan uno y hacen otro. Yo vengo a servirte, y a ser vasallo, como tú lo eres del rey de Castilla tu señor, y así puedes mandarme de hoy en adelante, en todo lo que se ofreciere, que toque al servicio de tu gran príncipe; y porque lo que te ofrezco han de dar testimonio las obras, en prueba que corresponderán con mis palabras, recibirás hoy ciertos presentes de oro, plata, joyas y otras cosas que en mi reino hay, para que entiendas que ofreciéndote mi persona, es lo mismo servirte con mi hacienda”. Cortés, tan alegre de las palabras y obras, como era razón, le tornó a abrazar y respondió: “que no se maravillaba de que no pudiese haber ido antes a verle, aunque lo hubiese prometido por la razón que él decía, que era muy justa, y que cada día solía suceder; y que de esto no tuviese pena, porque él con su venida estaba tan alegre y regocijado que no quería que le hablase más de aquello, y que le besaba las manos, y tenía en mucho así el ofrecimiento, como las obras, y que el rey su señor, le haría muy grandes mercedes, y que de la comunicación que adelante tendría, conocería muy bien el beneficio que a él y a su reino había de resultar, y desengañándose de los grandes errores con que el demonio, por tantos años, los tenía engañados”.

CAPITULO XII

Vuelve Calzonzin a Michoacán quedando muy afecto a todas las cosas de los españoles.



ON estas y otras pláticas volvieron hacia los aposentos de Coyoacán, con mucho regocijo. Aposentole Cortés lo mejor que pudo, hizole toda la fiesta, que su posibilidad y aquella tierra sufría, mandó a todos los castellanos principales que en lo que pudiesen, diesen contento a los señores y deudos, que con él venían para que todos con el buen tratamiento se aficionasen a la conversación y amistad de los castellanos, y estos caballeros que llevaba el rey, iban a su usanza ricamente vestidos, con joyas y con penachos; pero el rey llevaba vestidos humildes y plebeyos para con esto mostrar a Cortés mayor humildad y obediencia, de donde los mexicanos burlando de él por verle (siendo como había sido capital enemigo suyo) entrar en su tierra (cosa que jamás él había imaginado) le llamaron Calzonzin, que significa alpargata vieja, y este nombre se le quedó para siempre, sin que jamás los castellanos le llamasen otro. Comía con Cortés con algunos de los más principales caballeros que llevaba, y a todos sabían bien las viandas de Castilla, y mejor el vino, al cual son todos tan aficionados que es menester gran rigor para que no se emborrachen. Mandó Cortés, como lo había hecho con su hermano, en aquellos días que allí estuvo el Calzonzin que hubiese escaramuza de a pie y de a caballo, y algunas salvas de artillería y escopetería, que no menos que a su hermano le pusieron espanto. Aca-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHUACÁN

badas las fiestas, muy contento de los servicios y regalos de Hernando Cortés y agradecido de los presentes que le dió, se volvió a su tierra, dejando acordado que siempre que Cortés quisiese, enviase castellanos a ella, adonde serían bien recibidos, porque con gran maña y astucia iba siempre Cortés procurando de establecer y ampliar aquel estado (24). Algunos meses después de vuelto el Calzonzin, rey de Michuacán a su tierra, continuando Hernando Cortés en el cuidado de fundar bien en todas partes la obediencia de la corona de Castilla, pues seguía a esto la introducción de la religión, porque sin ella no había esperanza de plantarla, y porque con las guerras pasadas, muchos indios espantados de ellas, se retiraban a otras muy apartadas, pareciendo que no era bien dar lugar a que se despoblase lo habitado y que el remedio de ello era que la gente entendiese, que en cualquier parte había de obedecer, envió al capitán Cristóbal de Olid, para que poblase en Huitzitzita, que decían los mexicanos y los michuacanes Tzintzuntzan, silla real de aquel reino; llevó cuarenta caballos, y cien infantes. Fué bien recibido del rey que le dió mucha ropa muy rica, joyas de oro y plata, aunque mezcladas con cobre. Cristóbal de Olid asentó su población con este buen recibimiento y pacíficamente se fué entreteniendo por algún tiempo, procurando con el trato y comunicación de traer a los bárbaros al conocimiento de lo que les convenía; y poco después pasó a las provincias de Colima, para abrir camino por ellas al mar del sur, y sujetarlas”.

El cronista Herrera da por asentado que se hizo población en la corte del rey; pero es constante en las historias que hablan de este reino, haber sido los religiosos de nuestro Padre San Francisco los que poblaron con sólo los tarascos la ciudad de Tzintzuntzan con todo lo demás de la sierra; y si después de muchos años fueron poblando los españoles, y llegó a tener asiento allí la primera catedral de aquel reino, sólo se puede asegurar se mantuviese pacíficamente Cristóbal de Olid en aquella corte, puesto que como dice el mismo Herrera, poco después pasó a las provincias de Colima para abrir por ellas camino al mar del sur y sujetarlas.

Por este tiempo que corría el año de 1522, deseando el muy católico don Fernando Cortés, que tantos reinos sujetos a la corona de España reconociesen obedientes a la suprema cabeza de la Iglesia, no pudiendo esto conseguirse sin muchos ministros evangéli-

cos, los pidió a la majestad católica con insistencia, y concluye en su carta diciendo: "así mismo V. M. debe suplicar a Su Santidad, que conceda su poder, y sean sus subdelegados en estas partes las dos personas principales de religiosos que a ella vinieren, uno de la Orden de San Francisco, y otro de la de Santo Domingo, los cuales tengan los más largos poderes, que V. M. pudiere." (25)

Este capítulo de carta cuadró mucho al emperador; porque lo mismo le aconsejaron en España las personas que consultó sobre este negocio, diciéndole que para la conversión de estos indios enviase ministros, que no recibiesen de ellos sino sólo la comida y vestuario; porque de otra manera no harían en ellos fruto alguno espiritual; y así lo cumplió el emperador en todo tiempo que reinó, que fueron más de treinta años. Tardó en ponerse en ejecución la venida de los ministros; porque antes hizo su majestad junta de teólogos, y juristas para satisfacerse si podía en conciencia retener en sí el señorío de estos reinos y tierras, y asegurado de serle lícito su dominio, resolvió el emperador que los primeros ministros de esta nueva gente fueran frailes menores, no pudiendo venir los venerables padres Fr. Francisco de los Angeles y Fr. Juan Clapion, que habían conseguido motu proprio grandes facultades del Papa León X, por haber recaído el generalato de toda la orden en el V. P. Fr. Francisco de los Angeles y Quiñones, que después fué Cardenal del título de Sta. Cruz (26), señaló doce ministros, varones apostólicos, para que en su lugar viniesen a las Indias.

Nombró por comisario de esta primera misión al V. P. Fr. Martín de Valencia, a quien la piedad le ha dado el título de santo, y de primer apóstol de estas Indias Occidentales (27); señalósele doce compañeros de su mismo espíritu, diez sacerdotes (28) y dos legos.

Dioles por escrito una instrucción, que parece copiada de las epístolas de San Pablo, de ella me pareció conveniente copiar estas devotísimas cláusulas: "Lo primero que por vuestra consolación debéis notar, es que sois enviados a esta santa obra por el mérito de la santa obediencia, y no solamente mía en cuanto vicario de San Francisco, y ministro general pero Su Santidad, por un breve a mí dirigido, dice que los que yo señalare, él mismo les envía Auctoritate Apostólica, como vicario de Cristo. Y así al presente no envió más de un prelado con doce compañeros, porque este fué el nú-

mero que Cristo tomó en su compañía para hacer la conversión del mundo, y San Francisco nuestro padre hizo lo mismo para la publicación de la Vida Evangélica". Esta instrucción firmó y selló en el convento de Santa María de los Angeles el día de nuestro Padre San Francisco de 1523. Este mismo año a 30 de dicho mes de Octubre dió la patente y obediencia para el P. Fr. Martín y sus compañeros.

Salieron de la provincia de San Gabriel estos doce apóstoles de las Indias, y tomando la bendición de su general prelado, que quiso hallarse presente trayendo consigo la del Sumo Pontífice Adriano VI, se dieron a la vela martes 25 de Enero, año de 1524, día de la conversión del apóstol San Pablo. Navegaron con próspero suceso y a 13 de Mayo del mismo año entraron en el puerto de Veracruz un día antes de la vigilia de pascua de Espíritu Santo, con cuyo celestial faunio les sopló viento tan favorable en todo el viaje, que siempre caminaron con suavidad nunca vista, ni oída en aquella carrera. Tuvo noticia de su feliz arribo el inclito gobernador don Fernando Cortés, y dando muchas gracias a Dios por esta merced, envió algunos de sus criados para que los recibiesen, y regalasen, y cuando llegaron a México, el gobernador Don Fernando Cortés, acompañado de todos los caballeros españoles e indios principales, que para el efecto se habían juntado, los salió a recibir. Traían cada uno una cruz de palo en las manos, y al encontrarse con ellos el cristianísimo capitán se quitó la capa de los hombros, y la puso a los pies del santo Fr. Martín de Valencia, caudillo de esta pequeña grey de Jesucristo, para que pasase sobre ella, como hicieron con nuestro Redentor en Jerusalén, y poniendo las rodillas en tierra de uno en uno les fué besando a todos las manos, sin consentir que los ministros de Dios se inclinasen. Hizo lo mismo Don Pedro de Alvarado, y los demás capitanes y caballeros españoles, cuyo ejemplo siguieron todos los indios que presentes estaban, besando las manos de rodillas a los nuevos huéspedes y sacerdotes de Jesucristo. Tanto como esto puede en los súbditos el ejemplo de sus mayores.

Puestos ya estos venerables religiosos en el fin de su jornada, comenzaron a esparcir las luces de su predicación apostólica, y a entregarse enteramente en la conversión de tantos infieles, como el Señor les ponía delante. Tuvieron su capítulo, y fué electo en Cus-

FR. ISIDRO FÉLIX DE ESPINOSA, O. F. M.

todo el santo Fr. Martín de Valencia, y considerando el celoso prelado haberlo destinado el cielo y a sus compañeros para fundadores de la fe y religión cristiana en todo este Nuevo Mundo, hizo repartición de ellos a imitación de Cristo, y quedándose él en México con cuatro religiosos, repartió los otros doce de cuatro en cuatro por las ciudades de Tetzcuco, Tlaxcala y Huexotzinco, dije, con advertencia haber repartido doce; porque a este tiempo había juntado otros cinco religiosos, que habían venido a estas partes antes que sus doce compañeros (29). Tenía en aquel tiempo la ciudad de Tetzcuco más de treinta mil vecinos, sin 15 provincias que le eran sujetas, Tlaxcala con sus contornos tenía más de 200,000; Huexotzinco ochenta mil. Habiéndose despedido de su prelado con tiernas lágrimas, tomaron la derrota, que se les señaló a cada uno.

CAPITULO XIII

Teniendo el rey de Michoacán noticia de haber venido religiosos, fué personalmente a pedirlos para su reino.



STANDO ya confederado el rey de Michoacán con los castellanos; y prestada la obediencia al monarca de Castilla, luego que se supo con toda individualidad la venida de los doce primeros religiosos, y el recibimiento tan honorífico que se les había hecho en México, lo respetuoso de sus personas, y cómo los habían repartido para que doctrinasen aquellas provincias más cercanas a México, no quiso ser el último en solicitar para su reino ministros evangélicos, que le alumbrasen con la luz de la fe, y desterrasen de todo punto los errores, y supersticiones en que él y los suyos se habían criado y vivido. Ya tenían algunos crepúsculos de luz con las conferencias que tuvo con Cortés, y deseando gozar de lleno las hermosas luces del sol que alumbraba a los cristianos, y que ya comenzaba a esparcir sus rayos sobre el horizonte mexicano, determinó venir segunda vez en persona para llevar consigo alguno o algunos de los religiosos para que introdujesen la fe en su reino. Premióle Dios su buena voluntad, y diligencia, pues fué el primero que lavó su alma en las aguas del santo bautismo entre todos los de Michoacán, como sucedió después de poco tiempo, estando completamente catequizado, se le administró el santo bautismo, poniéndole por nombre Francisco, al que en otros tiempos era conocido por Sinsicha, y por el gran Calzontzin, que quiere

decir el calzado cacle, porque no siendo tributario del emperador, usaba como él, a distinción de otros reyes tributarios que se calzaban en la presencia de Moctezuma.

Quiso también la Majestad divina premiarle sus pasos, y diligencias en venir a buscar a sus ministros, pues habiendo llegado a verse con el V. P. Fr. Martín de Valencia, a quien hizo patente sus deseos pidiendo con instancia que le diese uno de sus compañeros para que enseñase la ley de Dios a sus vasallos, halló su petición acogida en las piadosas entrañas del varón apostólico. Hízole cargo de ser muy justificado lo que se le pedía, y que era persona real quien lo suplicaba, y que no fué necesario derramarse una gota de sangre para sujetarse al rey de España, él con todo su reino, y por estas razones aunque era corto el número de sus compañeros, le señaló al V. P. Fr. Martín de Jesús por otro nombre de la Coruña, uno y de los primeros de los doce apóstoles indianos con otros cinco cuyos nombres menciona el memorial de la orden, del ilustrísimo Gonzaga, y fueron éstos: Fr. Ángel de Saliceto, o Saucedo, después conocido por Fr. Ángel de Valencia, por ser de esta provincia; Fr. Jerónimo de la Cruz, de la provincia de Andalucía; Fr. Juan Vadiano o Vadilla, francés, de la provincia de Aquitania la Antigua (30); Fr. Miguel de Bononia, flamenco; y Fr. Juan de Padilla, de la provincia de Andalucía. Estos cinco memorables varones fueron a Michoacán a fines del año de 1525, y aunque nuestro Torquemada y con él el M. R. P. La Rea ponen en duda haber podido ir cinco ministros para un solo reino, por ser solo 17 los que estaban en la tierra, y no haber venido misión en forma hasta el año de 1527, en contra, salida (es) de esta dificultad en el mismo R. P. Torquemada, quien en el libro XV de su Monarquía, tomo III, capítulo 25, dice lo siguiente:

"A cabo de ocho, o nueve meses, que habían llegado los doce primeros, a México, vinieron a ayudarles, en la segunda barcada, los padres Fr. Antonio Maldonado, Fr. Antonio Ortiz, Fr. Antonio de Herrera, Fr. Diego de Almonte, y otros muy esenciales religiosos, de la misma provincia de San Gabriel"; sin decir cuántos, con que de éstos que no nombra, pudieron ser los que fueron con el V. Fundador de Michoacán sean de éstos, o de los que venían poco después, es cosa asentada que fueron estos cinco las columnas de la cristiandad primitiva de todo el reino de Michoacán. Luego que

fué asignado el V. Padre Fr. Martín de la Coruña o de Jesús, tomando con sus compañeros la bendición al Custodio, siempre digno de alabanza, Fr. Martín de Valencia, sin más aparato que el ornamento y todo lo necesario para celebrar el santo sacrificio de la misa, a pie con su báculo y cruz en la mano, el breviario colgado de la cuerda, y sin más abrigo de ropa que su hábito y manto, emprendió su viaje acompañado del rey Francisco y de toda su comitiva, que todos marchaban a pie por este tiempo. En todos los lugares, con aviso de su rey, salían a recibirlos con extrañas demostraciones de alegría, y a imitación y ejemplo de su príncipe, trataban a los religiosos con suma atención y reverencia.

Llegaron todos a la grande población de Tzintzuntzan, y los llevó a hospedar el mismo rey a su palacio, y habiéndoles cortejado con real magnificencia le pidieron les asignase lugar para fundar su iglesia, y pobre hospicio. Para ésto dieron vuelta por todos los barrios, y escogieron el lugar que les pareció más a propósito, y con la industria y trabajo de los indios, en breve tiempo hizo su iglesia de madera, y formó su pequeño convento con celdas pajizas al tamaño y nivel de la santa pobreza. Puso por titular de aquella primera iglesia a la gloriosísima señora Santa Ana, por ser su muy especial devoto, y para que de la gracia que encierra su nombre, se difundiese en todos los que se habían de convertir a la fe de Jesucristo. Puesto ya nuestro fundador con el rey Francisco en la ciudad de Tzintzuntzan, acabada su iglesia celebró en ella su primera misa, estando todo el nuevo templo adornado de flores y acompañando la festividad con todos aquellos géneros de instrumentos, que antes habían servido para festejar a los ídolos. Levantó el estandarte de la fe, erigiendo, muy altas, y bien labradas cruces de madera, para que a su vista se ahuyentase el fuerte tirano, que por tantos siglos había tenido la posesión de aquel reino. Viendo la plebe que el rey y todos los señores se mostraban tan afectos a la nueva religión, comenzó a conturbarse y resolvió ponerse en armas para defender la inmunidad de sus templos y de sus falsos dioses. Pero el respeto y temor de su rey, y el ver de su parte a los grandes y señores, apagó todo el orgullo con que se habían amotinado, y dieron lugar para escuchar a su nuevo apóstol Fr. Martín que valiéndose de la lengua del intérprete, les representó con mucha viveza y eficacia los abominables errores en que habían vivido, lo

horrendo de los sacrificios que hacían de los hombres contra todo el derecho de la naturaleza, y la falsedad de sus ídolos, y dioses, y retratos del demonio. Manifestóles la suavidad de la ley de gracia, y les hizo conocer la verdad de un solo Dios todo poderoso, en cielo y en tierra, y que todas las naciones del mundo fueron, y son hechura de sus manos, que a El sólo le tocaba el dominio de todos los reinos, y que el demonio con sus engaños había procurado hasta ahora tenérselos en esta tierra usurpados; pero que movido este gran Dios, y Señor absoluto, de su infinita piedad y misericordia, enviaba a sus ministros para que los libertasen de la esclavitud del demonio, y que para esto la primera diligencia era detestar la adoración de los ídolos, asolar y destruir todos los templos, execrar los inhumanos sacrificios, y enterados de las verdades de nuestra santa fe, arrepentidos de la abominación de sus culpas, lavasen todas sus manchas con las aguas saludables del santo bautismo.

Dificultaban aquellos primeros días dar crédito al ministro evangélico, porque se les hacía cosa imposible desamparar aquella ley en que se habían criado, y habían observado todos sus antepasados, a que se juntaba la suma dificultad que les costaría ajustarse, ya bautizados, a guardar la ley de Jesucristo, por la cual se verían constreñidos a dejar la multitud de mujeres que tenían en su gentilidad, la venganza de sus enemigos, y mudar en un todo lo licencioso de sus costumbres, y esto sólo porque se lo persuadían aquellos cuatro pobres extranjeros, que entonces miraban con desprecio a vista de sus sacerdotes, que no eran los que menos se resistían, y los que más procuraban mantener al pueblo en sus errores; pues una vez introducida la fe verdadera quedaban para ellos perdidas todas sus conveniencias, y estimaciones. Contra todo este tropel de dificultades se vistió de fortaleza el bendito campeón, y como tenía ya ganada la voluntad del rey, y de la mayor parte de los caciques y principales, consiguió su fervoroso celo arruinar todo el imperio del demonio.

Fueron entregándole todos los ídolos de oro y plata, y piedras preciosas, y quebrantándolos con gran desprecio, haciendo de ellos un gran montón, los arrojó a vista de todos, en lo más profundo de aquella laguna que es la misma de Pátzcuaro. Otros de madera, y de curiosas piedras hizo juntar en medio de la plaza, y en una grande plaza hizo que el fuego los redujese a cenizas, para que éstas, arre-



LA EVANGELIZACION DE LOS TARASCOS.—De la Crónica de Michoacán de Beaumont.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

batadas del viento, les diesen en los ojos y los sacasen de su ceguedad en que tan largos años se habían mantenido. Destruídos los ídolos, para que no quedase algún asilo al demonio en los templos, consiguió que los mismos que antes les habían fabricado con tanto esmero, los demoliciesen, y arrojasen sus piedras por aquellos suelos; y para que ni aun de ellos quedase memoria, hizo que el fuego consumiese toda la madera de las puertas, y techos, y las piedras que antes servían para los sacrificios; con que pudo libremente ir introduciendo en aquellos corazones el catecismo y mediante el santo bautismo, pegar y encender en ellos aquel fuego que vino a encender Cristo a la tierra.



CAPITULO XIV

Comienza el V. Fundador su ministerio bautizando a todos los indios de la corte de Tzintzuntzan.



O con menos velocidad que aquella que gasta el sol en su carrera, iba el venerable y el esclarecido P. Fr. Martín desterrando las opacas sombras de la gentilidad en aquella corte de Tzintzuntzan, que era su población tan numerosa que casi se extendía por dos leguas, como lo publican hasta hoy las ruinas de los antiguos edificios, que alguna vez registró mi cuidado. Siguieron a su rey Francisco no sólo los de su familia, sino los principales mostrando la fina voluntad con que habían recibido a los ministros evangélicos en ser los primeros que recibieron el santo bautismo. Cada día se agregaban nuevos hijos a la iglesia católica, y tenía bien en que explayarse el celo de los operarios de aquella nueva viña. Fué mucho el esmero que pusieron los religiosos en la enseñanza de la doctrina cristiana, valiéndose en los principios como hacían en México, y sus contornos, de los niños pequeños, porque aprendiendo éstos con facilidad las oraciones, las enseñaban después a sus padres, y mayores; y fuera de esta diligencia todos los días juntaban la gente a mañana y tarde y en voz alta iba diciendo palabra por palabra el ministro, y la repetía todo el pueblo en la forma que hasta hoy día se conserva en las nuevas conversiones de estos reinos.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

En algunos adultos que por su rudeza no podían tan fácilmente aprender las oraciones, se ponía especial cuidado en que muchas veces al día los enseñasen por sí, o por otros indios de los que ya estaban bien instruidos. Fueron poco a poco quitándoles la multiplicidad de mujeres luego que se bautizaban, dejándoles sólo aquella que más querían, y estimaban, por esposa. Bien se deja entender lo que trabajarían los ministros del Señor en persuadir a gente tan brutal, poder contenerse la corriente de un ciego apetito en el margen de una sola fuente, los que vivían acostumbrados a bañarse en tantos ríos asquerosos cuantas eran no solamente asignadas por consortes, sino las que les brindaba su apetito. Mayor maravilla es ésta que conseguía la gracia, que cuantos portentos puede obrar toda la naturaleza. Demás de esto impusieron aquellas gentes desde los principios en la veneración, culto y amor que debían tener a la santa Cruz, árbol de la Vida por haber muerto en ella la misma Vida, librándonos a todos de la eterna muerte; y así en los cerros más eminentes, en las plazas, en los barrios y en todas las casas les ponían cruces, con que se ahuyentaban los demonios, y el uso de santiguarse con tan divina señal les servía de defenderse de las continuas acechanzas del enemigo.

Siendo los operarios evangélicos sólo cinco, ya que no podían hacer nueva fundación en otros pueblos, se contentaron por entonces con algunas visitas, o ermitas pequeñas, que fabricaron en los contornos de la laguna, por ser tanta la gente poblada en ella, pues como dice la crónica de esta provincia, no hubo palmo de tierra que no estuviese ocupado. Fueron por entonces visitas de Tzintzuntzan, lo que es ahora la ciudad de Pátzcuaro, el pueblo de Erongarícuaro, el de San Andrés Tzirondaro, y de San Jerónimo Purenchécuaro, Sta. Fe, y últimamente el pueblo de Cocupao, que todos estos pueblos están alrededor de la laguna, que tiene 15 leguas de contorno. Por todos estos pueblos, en ligeras canoas iban los religiosos a bautizar a los enfermos, a convertir a los idólatras, a enseñar la doctrina cristiana, y después que los tuvieron reducidos, habiendo adquirido nuevos ornamentos de la ciudad de México, les decían misa, y después les predicaban, y recibían para ser bautizados a todos los que hallaban capaces de este sacramento. Los trabajos y ocupaciones de estos siervos de Dios, y de los que a los dos años vinieron de la Custodia del santo evangelio a acompañarlos

nos las dejó la antigüedad ocultas con el silencio, y habiendo de ceñirme no a las voluntariedades del discurso, sino a la verdad de los sucesos, me contentaré con poner en limpio lo que hallare escrito, sin poner cosa que repugne a la historia.

El año 1527, según dice Torquemada, vino otra misión, y de los religiosos que llegaron a México pasaron algunos a Michoacán, y en los años siguientes, conforme iban viniendo para la custodia del santo evangelio, se aumentaba el número de ministros en esta provincia, con que se facilitó la fundación de otros conventos. El orden con que fueron fabricando, según la tradición de los antiguos religiosos, tuvieron primer lugar todos los conventos que hay hoy en la sierra, de algunos que se sabe su principal fundador, se dirá cuando se ofrezca hablar de ellos, y de todos aquellos que se fueron fundando en el reino de Xalisco consta haber sido el primero que introdujo la fe con su predicación y ejemplo, el V. P. Fr. Martín de Jesús, y los compañeros que le fueron sucediendo, y éstos fundaron todos aquellos conventos que tuvo Michoacán mientras fué una custodia con la de México, y duró en esta unión hasta el año 1536 en que se hizo provincia, y esta de Michoacán custodia, como diremos en el siguiente libro.

Uno de los primeros memorables varones, que para lustre de estas Indias Occidentales pasó a estos reinos, fué el V. P. Fr. Juan de San Miguel, cuya vida dará bastante materia para esta crónica.

Estaban ya fundadas muchas iglesias por el V. P. Fr. Martín, y sus primeros compañeros con sus conventitos pobres y estrechos, y faltaba dar a los pueblos leyes de política y ponerlos en forma. Todo esto suplió la diligencia de este varón seráfico que fué el nuevo Licurgo que estableció leyes a todos los moradores de la sierra de Michoacán. Este fué, el que ya fundada gran parte de la sierra, llegando al sitio de Uruapan, y viéndolo tan ameno, y vistoso lo fundó, y puso sus casas con tal orden, que será necesario expresar la en su particular capítulo. Fundado el pueblo, hizo la iglesia de calicanto, con todas las circunstancias que después diremos. El pueblo de Querécuaro fué fundación del V. P. Fr. Jacobo Daciano, y el convento de Tzacapu, con su iglesia, se hizo también por diligencia de este admirable siervo de Dios, y en el de Tarequato trabajó para darle a la iglesia y convento toda su perfección, y en él vivió muchos años.

De los otros conventos no encuentro, ni en la crónica ni en otros libros, sus legítimos fundadores, hablando de los que construyeron en aquellos diez años primeros, basta saber que todo fué una maravilla del poder de la gracia soberana, pues considerando lo que hicieron aquellos religiosos primitivos de esta santa provincia de Michoacán, desfallece el ánimo, y no encuentra palabras adecuadas para explicar su concepto; y sólo le queda el recurso a hacer memoria de aquellos dorados tiempos en que comenzó la religión seráfica, siendo estos religiosos paralelo de los compañeros de N. S. P. San Francisco. Vivían estos siervos de Dios que poblaron la sierra en estos principios, con tal gravedad en sus personas, que su vida entre tanta multitud de infieles fué una viva predicación, y suplió la falta de milagros que hubo en la primitiva iglesia, el ver virtudes apostólicas en los ministros que les predicaron el evangelio; porque el mayor milagro y la prueba más evidente de la fe católica es, en sentir del señor Solórzano y del P. Josef de Acosta, el ver al que la enseña ajeno de codicia, con descargo de las cosas temporales, manso, humilde, mortificado y casto. El mismo Dios que había escogido al Profeta Ezequiel para predicador de su pueblo, le dice: que ha de ser un milagro para los israelitas, los cuales como a cosa sagrada y portentosa, como prodigio nunca visto lo han de traer sobre las manos. Conforme a la ordenación divina, y a la capacidad de estas gentes bastó la pureza de vida, y santas costumbres que en aquestos ministros de Dios estos indios conocieron, para creer que verdaderamente eran sus mensajeros, y venían de su parte enviados del cielo, para remedio y salvación de sus almas, como ellos se los habían dicho y queda ya referido.

El que quiere asentar una razón conforme a la autoridad de su criterio, procura que todas sus acciones vayan al compás de sus palabras. De esta manera se mueven los corazones humanos a cualquiera cosa de imitación de aquellos que primero hacen lo que enseñan. Por esta causa fácilmente se inclinaron estos indios a las cosas que los religiosos les predicaban, y les cobraron grandísimo amor; porque veían en todos ellos una grande mortificación en sus cuerpos, andar descalzos y desnudos, con hábitos de grueso sayal, cortos y rotos; dormir en una sola estera, con un palo o manojo de yerbas secas por cabecera, cubiertos con solo sus mantillos viejos, sin otra ropa, y no tendidos sino arrimados, por no darle a su cuer-

po tanto descanso; su comida era tortillas de maíz, pimientos y frutas de la tierra. Cuando hacían sus moradas no querían que fuesen suntuosas, y esto era de no menos edificación para los indios, por ser de ordinario sus viviendas tan pobres, y tan estrechos sus tugurios, que pudieran servir de emulación a la pobreza de un San Francisco: pero en respecto de lo que veían usar, y buscar a los españoles seculares, de abundancia, aderezo, y regalo en sus personas, cama y comida, y grandes palacios, bien notaban la diferencia de lo que pretendían los unos y los otros; sobre todo el menosprecio de sí mismos, mansedumbre y humildad, inviolable honestidad, no sólo en obras sino en vista y palabras; desprecio del oro y de todas las cosas del mundo, paz, amor, y caridad entre sí, y con todos, ésto era lo que más estimaban los indios, y les parecían calidades de hombres del cielo, y que eran superiores en el tenor de su ajustada vida a los otros moradores de la tierra.

CAPITULO XV

*Raro ejemplo con que se portaban estos siervos de Dios
en aquellos principios.*

A dulzura de San Bernardo dejó escrito, que el hacer memoria de los siervos de Dios conduce para tres cosas de mucho provecho para nuestras almas. La una es el buen ejemplo que nos dieron con su vida. La otra de cotejar las nuestras con las suyas para nuestra confusión. Y lo tercero para esperar nos favorezcan desde el cielo, a que fueron acreedores sus heroicas virtudes. Por todos estos motivos no será razón se omitan aquellas noticias que ha podido recoger la diligencia después de dos siglos que ilustraron con sus raros ejemplos los términos de esta santa provincia. Aunque estaban los indios tarascos, que son por su natural vivos de ingenio, hechos Argos de todas las acciones de los religiosos, siempre les causaba admiración ver el poco sueño que tomaban, la mucha oración que tenían, las disciplinas rigurosas con que se atormentaban, el ferviente deseo que mostraban en enseñarlos, y los muchos pasos y caminos que emprendían a pie, y descalzos, sin reparar en los temporales por ir a buscarlos en aquellas intrincadas serranías. Cuando los encontraban en los caminos los veían ir cada uno por su parte rezando con los brazos puestos en cruz, y otras veces arrodillándose; y cuando llegaban a donde estaba colocada alguna cruz, de las muchas que habían puesto en los lugares eminentes, se postra-

ban delante de ella poniendo la boca en tierra; y si no iban muy de prisa se detenían delante de ella en oración prolija.

Donde quiera que iban, si era hora de vísperas o completas, se paraban en el camino de propósito a rezarlas, y lo mismo hacían con las otras horas canónicas, si no les precisaba a no detenerse la necesidad de algún enfermo. En todo tiempo, y para con todos eran estos apostólicos varones muy humildes, mostrando singular mansedumbre y benignidad a los indios. Si algunas culpas de ellos venían a su noticia procuraban reprenderlos y corregirlos en secreto, y en especial a los principales; porque la gente común no les perdiese el respeto, y los tuviese en poco. Con estas operaciones hijas todas de la caridad y prudencia, se edificaban aquellos naturales, y quedaban tan satisfechos de la vida y doctrina de aquellos verdaderos frailes menores, que no dudaban ponerse totalmente en sus manos y regirse por sus saludables amonestaciones y consejos. Cobraronles tan entrañable amor, que era mayor que el que mostraban a sus propios padres y madres que los habían engendrado. Y no era mucho mostrarse en este afecto a los que, como verdaderos padres de sus almas los engendraban en Cristo por el santo evangelio, pues vemos que los niños criados a los pechos de sus madres, y acostumbrados ya a alimentarse con su leche, no pueden arrostrar otra diferente, por más que otra madre los acaricie; y claman por la propia con las voces elocuentes, aunque mudas, de sus lágrimas. De esto se vieron repetidos ejemplares en los principios de la conquista de estos reinos, y se pueden hallar muchos en la Monarquía Indiana, que no pueden leerse con los ojos enjutos.

Ya que en común hemos insinuado la mucha pobreza y penitencia de nuestros venerables antecesores, justo será expresar algunos ejemplos, de los muchos que nos dejaron, de su mortificación y abstinencia; en los cuales veremos el espíritu de Dios con que andaban ocupados en su ministerio, y lo poco que cuidaban de regalar sus cuerpos, causa de traer tan endiosadas sus almas. El P. Fr. Diego de Almonte, que fué de los segundos que vinieron a la Nueva España, testificaba de aquellos primeros religiosos que cuando llegaba el Adviento, que por precepto de su regla ayunan los religiosos menores desde Todos Santos hasta la vigilia de Natividad del Señor, por no tener coles, y otras hortalizas, que ahora sobran, guisaban manzanilla silvestre de la tierra, que son ásperas como

nisperos antes de madurar, y apenas con mucha hambre se pueden comer, y faltaba manteca y aceite para en algún modo sazonarlas. A otros religiosos muchos años después les acaecía que no encendían fuego en su pobre convento, sino que a la hora de comer, iban a la plaza o mercado de los indios, y pedían por amor de Dios algunas tortillas de maíz, y chile, y si les daban alguna frutilla, aquélla comían. No por esto tenían menos estimación entre los indios, antes si les veneraban más, porque los menospreciaban todos, y querían voluntariamente padecer por amor de Dios aquella penuria. El buscar mendigando en las plazas su sustento, antes era gloria que vituperio; pues por tal la dejó calificada en su regla el Seráfico Patriarca diciendo, pidiésemos limosna de puerta en puerta.

Como estos benditos varones se habían criado en tanta mortificación y abstinencia, no sólo lo que comían querían que fuese áspero y desabrido, sino que también fuese buscado, por ser más conforme a la perfección de su regla. Cúmplese con el voto de la pobreza franciscana con no tener cosa propia en común, ni en particular; pero se ilustra más con que aun las cosas necesarias para el sustento de la vida, se busquen y adquieran a los tiempos forzosos y necesarios. Esta era la comida de aquellos ejemplares varones, no queriendo más; porque si lo quisieran no les faltara, pues tenían los indios muchas gallinas de las que llaman de la tierra, que les sobraba en abundancia. Si acaso en el tiempo que no era de ayuno comían ave de éstas, era una sola en toda la semana, repartiéndola en esta forma: el domingo cocían el menudo, que es pescuezo, cabeza, hígado y molleja, y ésto comían los dos o tres que estaban en el convento, porque en aquellos tiempos no pasaban de este número por ser tan pocos los religiosos. Los otros cuatro días guisaban cada día un cuarto de la ave, sin otra carne, y a la noche no cenaban por esto, era general costumbre en toda la provincia, no cenar sino sólo el domingo. De tanta abstinencia y falta de comida, acaecía a algunos religiosos venir a tanta flaqueza, que se caían de su estado en los caminos de los pueblos que andaban visitando. Uno certificó de sí, que todas las veces que tropezaba caía en el suelo; porque no tenía fuerzas para sostener las piernas; y es para alabar a Dios, que con todo esto trabajaban mucho más que ahora en su santo servicio.

Siempre tuvieron aquellos padres antiguos por vicio grande el

beber vino, así por lo mucho que costaba viniendo de España, como porque en esta tierra si se continúa es muy dañoso; por lo cual los religiosos manifiestamente necesitados cocían la agua que habían de beber, con hojas de las muchas medicinales que hay en esta tierra. Solía decir el V. P. Fr. Francisco de Soto, uno de los doce primeros apóstoles de esta América, que el vino en esta tierra había de estar en las boticas para darlo por medicina a los enfermos. Tanto escrupulizaban aquellos primitivos padres, no sólo en beber el vino, sino aun tenerlo de reserva en su convento, que siendo guardián el V. Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo de el convento de San Francisco de México, no quiso recibir una botija de vino que el Sr. Arzobispo Zumárraga le enviaba en una pascua para regalo de sus frailes; y se la volvió dándole las gracias y diciéndole juntamente; que pues tanto amaba a sus religiosos, le suplicaba no se los relajase, ni pusiese en malas costumbres. Otra vez el siervo de Dios Fr. Martín de Valencia, que iba caminando con el mismo Ilmo. señor, le tuvo a mal llevarse una botija de vino para dar a los religiosos que iban con él, considerando su debilidad, y cansancio en caminar a pie, y sin prevención de bastimento. Por conservar siempre esta rigurosa abstinencia no consentían aquellos venerables varones, aunque lo ofreciese algún bienhechor el tener juntas dos botijuelas de vino en el convento, sino una sola para las Misas.

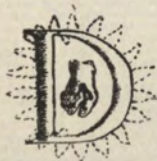
Cerca del vestuario fué tanta la pobreza entre aquellos padres de la primitiva, que de uno de ellos se cuenta por cosa memorable, que teniendo ya el hábito que trajo de España tan roto, que no lo podía traer de hecho pedazos, hizo que los niños que enseñaba en el convento deshiciesen, y destorciesen el hilo hilado, y lo volviesen, como cuando la lana está en pelo, y en esta forma lo dió a hilar y tejer a unas indias, como ellas tejen su algodón, y de esta rica tela hizo un hábito tan de poco provecho como se deja discurrir. Hizo esto este pobre religioso, porque entonces aun no había lana de qué hacer otro, y por no mudar la materia del paño de que andaba vestido. Todos en común los religiosos padecían esta mengua y desnudez, que fué muy grande en aquellos primeros tiempos, porque los religiosos que venían de España no usaban más ropa que la que traían vestida, y ésta se les acababa en poco tiempo con el trasiego de los caminos, y no había sayal de que hacer otra; sino eran mantas de algodón teñidas de pardo. Esta penuria tan grande de ropa

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

que tuvieron aquellos primeros ministros de esta iglesia, sentían mucho algunos de estos indios, en especial los señores y principales, y era mayor su dolor cuando crecía la carestía de la materia del vestuario; y que los religiosos no querían vestirse de otro modo, y por esto andaban rotos y desnudos. Remedióse esta necesidad en parte, con haber pasado a esta tierra un castellano que hacía sayales; pero pedía mucho por su trabajo, y se remedió por los indios que le servían de oficiales, que después de haber observado con industria el modo de fabricarlo, lo hicieron sin tanta costa.

CAPITULO XVI

Pobreza extremada de estos varones apostólicos y los muchos gentiles que bautizaron estos primeros años.



DESNUDOS aquellos primitivos padres de todas las cosas temporales, se aprestaban para luchar a brazo partido con los príncipes de las tinieblas, quienes no tienen en este mundo cosa propia. Arreglados a las órdenes que el Soberano Maestro dió a sus discípulos cuando los envió a predicar entre las gentes sin fardel, alforja, ni calzado, sin dos túnicas, ni otro socorro temporal, arrojados en la Divina Providencia usaban de todas las cosas de la vida con tal moderación, que cada uno retrataba en sí mismo la efigie de un apóstol. La pobreza evangélica fué siempre la más preciosa margarita con que se enriquecieron; con ella adornaban sus vestidos, hermoseaban sus ornamentos, fabricaban las celdas de su convento y cubrían las mesas de su refectorio; que todo lo comprueban los estatutos que se hicieron recién fundada la provincia del santo evangelio de México, y alcanzaban a Michoacán como su primera Custodia, y son de la forma siguiente: Ordénase que todos los frailes de nuestra provincia, en su vestido usen de la tela que vulgarmente se llama sayal, y anden los pies desnudos; y los que fueren necesitados podrán usar de sandalias, con licencia de sus superiores. Item se ordena, que en cada convento puedan tener los frailes dos casullas de seda, una que sea blanca para las festividades de Nuestra Señora, y otra de color, y donde

no las hubiere de seda, sean de paño honesto con la cenefa labrada, como se acostumbra en la provincia; y no se permita que los indios de aquí adelante nos den casullas bordadas. Item, ordenamos que los predicadores y confesores puedan usar de un libro quel quisieren con todos los escritos de sus manos; y a los demás frailes se concede un libro de devoción por su especial consuelo. Item, los edificios que se edifican para morada de los frailes sean paupérrimos, y conforme a la voluntad de N. P. S. Francisco, de suerte que los conventos de tal manera se tracen, que no tengan más de seis celdas en el dormitorio, de ocho pies de ancho y nueve de largo; y el claustro no sea doblado, y tenga siete pies de ancho. Estas ordenaciones enviaron en latín al general de la orden Fr. Vicente Lunel (31) para que las confirmase, y él las mostró a N. SSmo. P. Paulo III, quien echó su bendición a los frailes que las guardasen, como lo testifica el mismo general diciendo:

"Nos Fr. Vicente Lunel, ministro general y siervo de toda la orden de los frailes menores, deseando cuanto nos es posible, en N. Señor Dios, que las sobredichas ordenaciones todas, así como muy convenientes a la observancia de nuestra regla, sean guardadas de todos los frailes que moran y residen en las partes de las Indias, aprobamos y confirmamos las dichas constituciones, y queremos que la cláusula o capítulo de la pobreza, que en ellas se contiene, se guarde inviolablemente de todos los frailes de la provincia de el Santo Evangelio, presentes y futuros; y así mismo, de los de las otras custodias y provincias cualesquiera que adelante se erigieren; porque desnudos de las cosas de este siglo, allegándose a Dios con su ejemplo, así los fieles, como los infieles (a los cuales también somos deudores) puedan con más facilidad poseer a Cristo. Lo cual así como será muy agradable a nuestro inmenso Dios y Señor, y a N. P. San Francisco, así nuestro Santísimo Padre el Sr. Paulo (por la divina clemencia Papa tercero) de la benignidad apostólica, dió su bendición a todos, y cada uno de los frailes, moradores de aquellas partes y regiones, aficionados a la guarda de los sobre dichos estatutos. En cuya fe y testimonio lo firmamos y sellamos, con el sello mayor de nuestro oficio. En Roma, en Ara-coeli, a 5 de Mayo de 1541 años.

Confieso ingenuamente que al ir escribiendo estas cosas lleno de admiración y ternura, convierto los ojos de mi atención a aque-

llos venerables varones que sanjaron los primeros cimientos de la apostólica provincia de Michoacán, y no puedo dejar de prorrumpir en las voces de aquellos exploradores de la tierra de promisión, que cotejando aquellos fervores de nuestros padres antiguos con nuestra tibieza, parecemos langostas delante de tales gigantes en la virtud. Bien considero que habiéndose multiplicado el número de religiosos, fué necesario ampliar las celdas y conventos, pues lo halló conveniente en su tiempo la celestial prudencia y economía regular del seráfico doctor San Buenaventura. Pero aunque ajustados a este seráfico nivel, y al de un San Bernardino de Sena, y San Juan Capistrano, pudieron nuestros venerables fundadores con toda seguridad de conciencia fabricar sus iglesias y conventos de materia más sólida y permanente, y con más amplitud que la que dejó referida, no quisieron seguir otro dibujo que es el que les dejó estampado en la santa casa de Porciúncula su Patriarca Seráfico. Y si este serafín humano, como vemos en su portentosa vida, formaba la estrecha celda en que habitaba de ramos, y otras veces de rudas tablas; azorados con este ejemplar, estos verdaderos hijos de aquel espíritu apostólico y seráfico, emprendieron obras tan heroicas que más sirven para exitar nuestra admiración que para obligarnos a su ejemplo.

Dicho ya el ejemplo con que se portaban estos obreros evangélicos de la nueva viña de Michoacán, resta decir algo de los frutos primeros que recabaron sus afanes y sudores de estas gentes idolátricas que yacían en las tinieblas de una obscura infidelidad. La puerta por donde les entró la luz para agregarse al rebaño de Jesucristo fué la del santo bautismo. Luego que llegaron a conocer, por la predicación y doctrina de estos varones apostólicos, la necesidad de este santo sacramento, se venían a buscar la sagrada fuente con más ansias que aquella con que buscan la agua los animales sedientos en los arenales de la Libia. El orden que tuvieron los primeros religiosos era bautizar primero a los niños que criaban cerca de los monasterios conforme el aprovechamiento que hallaban en cada uno de ellos. A los otros que estaban fuera del pueblo, si eran infantes los cuales traían, luego los bautizaban por el peligro que podían correr, y con la seguridad de que llegando a ser adultos no podían pervertirse; puesto que la ley evangélica estaba generalmente promulgada en las cabezas, que eran los señores y principales, y

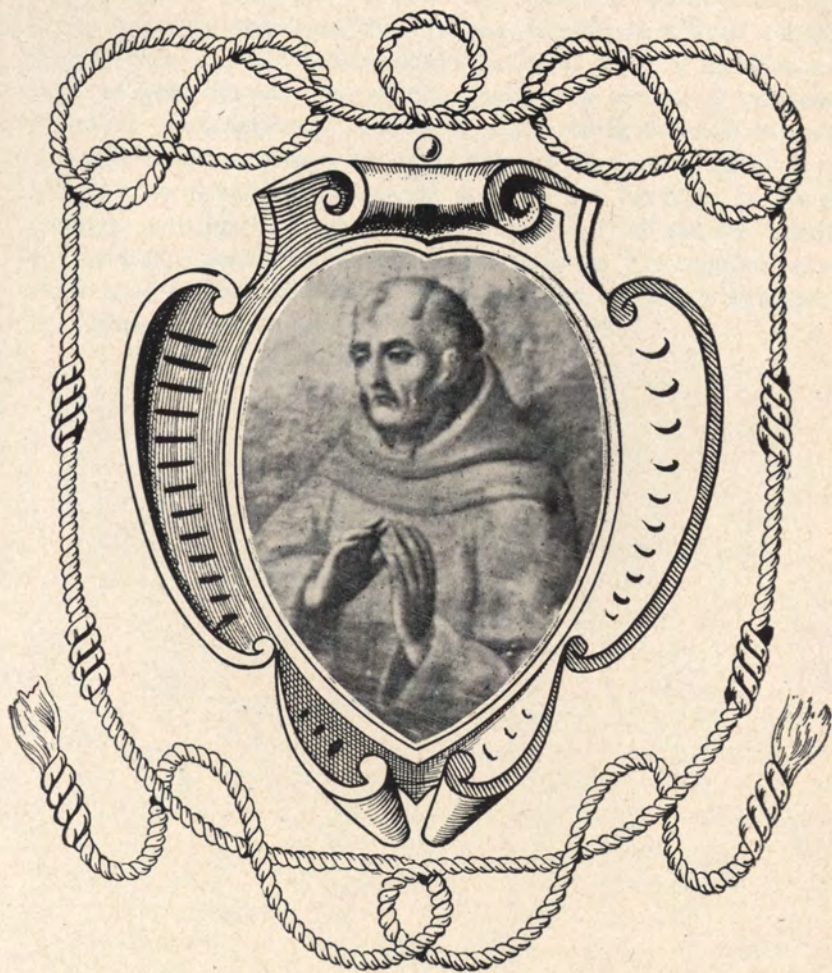
CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

por éstos, en nombre de todos sus vasallos, admitida sin contradicción alguna. Con los adultos se detenía más en conferirles este beneficio, hasta que estaban bien instruidos y catequizados. Con los enfermos no se observaba tanto rigor, sino que se contentaban los ministros con que diesen muestras de creer las verdades de nuestra santa fe seriamente, y que demostrasen devoción al bautismo, detestando sus antiguos errores y falsas credulidades, con dolor de sus culpas, que a lo menos fuese de atrición sobrenatural, suficiente para la digna recepción de este sacramento, que lo es de regeneración espiritual; y con estas condiciones bien examinadas los iban bautizando, y después los instruían en los preceptos de nuestra santa ley que debían observar.

Muchos adultos en aquellos principios se bautizaban con sola agua, y las palabras sacramentales, sin óleo y crisma, porque entonces no lo había; pero después que hubo obispos consagrados, de uno en uno se les suplieron estas ceremonias del santo bautismo, como consta de lo que dejó escrito nuestro insigne historiador Torquemada. Poco después algunos mal informados de lo que practicaban los religiosos, dijeron que bautizaban a muchos indios con hisopo; pero se desvanece esta calumnia con el dicho de uno de los doce primeros apóstoles de este reino que fué testigo ocular, y de virtud eminente, como lo fué el V. P. Fr. Toribio de Benavente o Motolinía, por estas palabras: de ningún fraile menor he sabido que en esta tierra bautizase a muchos juntos con hisopo. El estilo que en aquellos dos años primeros observaron era mantenerse en sus conventos por aprender la lengua, y sólo se bautizaban los que venían a pedirlo, con las condiciones que en el adulto se requieren. De los niños que juntaban en los seminarios, que eran muchos, después de bien doctrinados les enviaban a sus tierras para que enseñasen la ley que habían aprendido, dando orden de que se juntasen en ciertos días para ser enseñados por estos discípulos de los religiosos, con que iban todos teniendo noticia de la nueva ley de gracia, y de los intentos con que habían venido los religiosos a morar sus tierras. Todo lo sucedido hasta el año de 1531 de aquel siglo lo expresó el primer apóstol de esta América, Fray Martín de Valencia, siendo segunda vez custodio del Santo Evangelio en una carta que dirigió al Rmo. P. Fr. Mathias Weinssens, comisario ge-

neral de la provincia Cismontana de la orden de N. P. S. Francisco en que recopila lo más memorable de estos años, cuya carta dice así:

“Rmo. P. Fr. Martín de Valencia, custodio de la custodia del Santo Evangelio, y los demás frailes de la orden de los menores de la regular observancia, que al presente están en esta Nueva España, hijos y súbditos de V. P., damos la fiel obediencia, y besamos las manos de V. P. Nosotros ciertamente estamos puestos en las últimas partes del mundo, en Indias, en la Asia Mayor, adonde primeramente se ha comenzado a predicar por nuestros hijos y súbditos el evangelio de Cristo, y a brotar las nuevas plantas de la fe en los sulcos que antes estaban secos, porque la gracia del Salvador, embriagando con el vino de su divino amor sus arroyos, esto es, los predicadores de su evangelio con las goteras de sus palabras, ha multiplicado los frutos de su labranza; porque hablando verdad, y no por vía de encarecimiento, más de un millón de indios han sido bautizados por nuestros hijos, cada uno de los cuales, principalmente los doce que juntamente conmigo fueron enviados, ha bautizado más de cien mil. Todos ellos, salvo yo, han aprendido la lengua de los indios, o por mejor decir, diversas lenguas de ellos, y en ellas predicán y enseñan los misterios de nuestra santa fe a la innumerable multitud de gente que hay entre los mismos indios. Los niños, hijos de los grandes y principales, nos dan muy buena esperanza de su salud espiritual. Son éstos instruídos de nuestros frailes, y en vida y en costumbres religiosamente criados en nuestros conventos, que casi veinte tenemos ya edificados, con muy ferviente devoción, por mano de los mismos indios. En otras casas que también han edificado junto a nuestros conventos, tenemos más de 500 niños; en unas poco menos, y en otras muchos más; los cuales están ya instruídos en la doctrina cristiana, y los hijos predicán a sus padres en particular, y en público en los púlpitos maravillosamente, y muchos de ellos son maestros de los otros niños. Cantan cada día las horas de Nuestra Señora, y la misa con mucha solemnidad y devoción. Levántanse cada noche a maitines en las iglesias, a la misma hora que los frailes. Son de tenacísima memoria, dóciles y claros, sin doblez alguna. Son pacíficos, y tanto, que no se oye entre ellos contienda ni alteración. Hablan mansamente, con los ojos bajos. Las mujeres son de mucha honestidad y tienen naturalmente una mujeril vergüenza. Sus confesiones (en especial de las mujeres) son de increi-



FRAY MARTIN DE VALENCIA O. F. M.

ble pureza, y de una nunca oída claridad. Reciben el Santísimo Sacramento de la Eucaristía con grande abundancia de lágrimas. Tienen en mucho y respetan a los religiosos, principalmente a los nuestros, porque fueron los primeros que vieron y conocieron en su tierra, y por la gracia de Dios reciben de ellos muy buen ejemplo. A ellos más en particular obedecen que a los otros, y de ellos reciben con gran devoción los ayunos que han de ayunar, y los demás ejercicios penitenciales. Aprovechan mucho en la doctrina cristiana, y tienen mucha afición a las cosas que son de nuestra santa fe católica, y las aprenden más presto y mejor que los hijos de los españoles, para honra y gloria de nuestro Señor, el que sea bendito en los siglos, amén.—De nuestro convento de Tlalmanalco, cerca de la gran ciudad de México, de la custodia del Santo Evangelio, a 12 días del mes de junio, año del Señor de 1531.

CAPITULO XVII

Fúndanse otros conventos y se refieren cosas memorables de estos tiempos.



L cronista general de las Indias, Antonio de Herrera, da por asentado que Cristóbal de Olid pobló en algunas partes del reino de Michoacán, y que después pasó a las provincias de Colima. El Teatro Eclesiástico de Gil González Dávila lo hace primer fundador de la ciudad de Valladolid, y es constante en las historias de esta Nueva España ser esta ciudad obra del magnífico Sr. Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de México. Pudo el Maestre de Campo Olid estar algún tiempo en este valle, y que de haber asistido con los cien soldados que le dió el insigne Don Fernando Cortés en esta tierra, aunque sin formalidad de población, le quedase la etimología de Valladolid, de Valle de Olid, como quieren algunos. En este valle se fundó convento por los religiosos franciscanos, tan a los principios del descubrimiento de aquella tierra, que nuestro Ilmo. Gonzaga lo pone inmediato al de Tzintzuntzan. Casi al mismo tiempo se fundó el de Pascuaro, el de Tarecuato, y otros muchos que están en el centro de la sierra. Era por entonces la tierra de Michoacán la más rica de metales de toda la nueva España, como lo testifica nuestro insigne Torquemada, así de cobre, y de estaño, como de oro y plata. En el año de 1525 se descubrió una mina de plata riquísima, nombrada de Morcillo; y por ser de tanta abundancia, no se contentaron los oficiales

reales con los quintos, que tocan a la real corona, sino que quitándosela a su dueño, se la aplicaron y adjudicaron toda al rey, acaso para después tomársela ellos. Fué cosa maravillosa que desde aquel día se desapareció de los ojos de todos y nunca más se supo de ella. Unos dicen que cayó encima una sierra; otros que la cegaron los indios, ello fué castigo de lo alto ciertamente.

Sobre la feracidad y abundancia de esta tierra en frutos, que podemos llamar nativos, causa admiración. Lo fecundo de este terreno en producir después de poblado frutos castellanos de todos géneros. Por cosa rara cuenta el M. R. P. Torquemada haber visto en el pueblo de Periban, sacar por Febrero de la huerta del convento una canasta de membrillos, tan corpulentos y amarillos, como se dan en los meses de Agosto y Septiembre, que es en todas partes su tiempo. En Tacámbaro se cogen manzanas todos los meses del año, muchas y buenas. Lo que pobló mucho la sierra fueron los ingenios de azúcar, que hasta hoy se conservan muchos, y abastecen de este género muchos lugares de todo el reino. Por el año de 1530 se había provisto de España por primer presidente de la Audiencia de México a Nuño de Guzmán, que era gobernador de Pánuco, y a poco tiempo de su desconcertada presidencia se compuso con los nuevos oidores, que eran cuatro para salir a hacer la guerra a los indios teules chichimecas que vivían en las sierras adentro hacia el poniente. Salió de México, dice Herrera, con más de ocho mil indios amigos, con muchos de carga, y quinientos infantes, muchos de los cuales llevó por fuerza. Encaminose con su gente a Michoacán, por ser por allí el paso, y el rey Caltzonzin, ya en el bautismo Francisco, lo regaló con diez mil marcos de plata, y mucho oro bajo, y seis mil indios para carga, y servicio de su ejército. No saciada su codicia, formó procesos contra el infelice en lo humano rey de Michoacán, y le mandó prender, y dar tormento; y pasando su crueldad a exceso lo hizo matar, y lo echó en una hoguera con otros muchos indios principales, caso el más cruel que decirse puede, y fué la causa, dice Torquemada, porque no pudiese quejarse de éstos tan manifiestos agravios, que justificadamente se pueden llamar robos y tiranías (32). Esta justicia, escribe Herrera, se juzgó por tiranía; ninguno, añado yo, puede leerla sin quebranto y compasión católica.

Entró luego en la provincia de Xalisco, y fué sujetando todas

aquellas gentes comarcanas, y a Xalisco llamó la Nueva Galicia, por ser región y tierra áspera, y de gente recia; pobló allí a Compostela, porque conformase el nombre con la de España, y después de haber fundado muchas villas y lugares en todo aquel dilatado reino, pobló la ciudad de Guadalajara, dándole este nombre por haber nacido en esa ciudad en España, como puede verse en el Historiador General Herrera en la década cuarta. He referido por mayor esta entrada de Nuño de Guzmán, porque la hizo en compañía de algunos religiosos franciscanos, y entre ellos el que más trabajó en estas partes de la Nueva España fué el V. Primer apóstol de Michoacán, Fr. Martín de la Coruña, como se dirá en su vida.

El año 1531, habiendo venido por presidente de la Real Audiencia de México Don Sebastián Ramírez Fuenleal, entre otras cosas que esta segunda Audiencia comenzó a tomar entre manos, fué una de las principales la residencia de Nuño de Guzmán, y saber si la guerra, que hacía en la Nueva Galicia, era necesaria, y aunque se le probaron muchos desórdenes, se halló que aunque al principio se comenzó con fines muy diversos, convenía que se prosiguiese, ya que se había comenzado, poniéndose ante todas cosas remedio en los términos perjudiciales, con que se procedió en ella, y que se procurase tener mayor cuidado en el servicio de Dios, y del rey, y que debía pasar adelante el ejército para que seguramente los religiosos pudiesen estar en la conversión de aquellas gentes. De aquí se conoce con evidencia que estos religiosos eran todos frailes franciscanos, porque este año de 1531, confiesa el mismo Herrera, no había en toda esta Nueva España más que cien religiosos de las órdenes de Santo Domingo y de San Francisco, y los de N. P. Sto. Domingo no entraron en muchos años después a fundar conventos en la Nueva España.

Repartió Nuño de Guzmán muchos capitanes por toda la costa del Mar del Sur, y en este tiempo fundaron conventos los religiosos de Michoacán en Colima, y otros muchos lugares, que hoy pertenecen a la provincia de Jalisco, y aunque no se saben los nombres de los religiosos que se ocuparon gloriosamente en tan dilatadas provincias en estos años primeros, consta haber fallecido algunos en demanda de su apostólica empresa. Tratando el insigne historiador Herrera de una jornada que hizo el Marqués del Valle por la costa del mar del sur, arribó a la provincia de Motín una nao

que echó en tierra algunos heridos, y a dos frailes franciscanos. Como éstos y otros de que no sabemos, se entraban con celo intrépido en los mayores riesgos y eran tan continuos los trabajos, de hambres y necesidades, en peregrinaciones tan prolijas, muchos daban fin a la vida temporal, para lograr la eterna. Por este tiempo habiendo venido después de los doce primeros obreros el V. P. Fr. Francisco de Facuencia, pasó a las partes más remotas del reino de Michoacán, y predicó a muchas bárbaras naciones con tan estupendo fruto, que bautizó por su mano más de cien mil indios gentiles. Fueron viniendo nuevos operarios a trabajar en esta mies copiosísima de Michoacán y Nueva Galicia, porque desde el año de 1530 en adelante eran más frecuentes las embarcaciones que venían de España, y en todas ellas pasaban muchos religiosos con el deseo de la conversión de estas gentes, y con el celo santo de propagar la fe y lograr, si pudieran con dar su vida por Cristo derramando la sangre de sus venas, el que estos miserables consiguiesen la vida eterna.

Descubriose por la parte del sur la provincia de Zacatula, y ésta más que otras abundada de ídolos y supersticiones, y así tuvieron mucho más que trabajar los primeros misioneros que introdujeron la fe en aquella tierra. Acrecentaba su trabajo la aspereza de aquellas incultas montañas y altas serranías, tolerando los destemplados calores de aquel clima, y pasando con mucho riesgo ríos muy caudalosos y peligros de animales feroces que se ocultan en aquellas breñas, que para todo les daba Dios esfuerzo.

Para cerrar este primer libro del reino de Michoacán, me pareció no privar a la curiosidad de una noticia peregrina, que parece particular milagro de la naturaleza y de este raro pájaro de quien así los mexicanos, como los tarascos derivaban el nombre de su dios principal, es en esta forma. Entre las maravillas de Dios se cuenta por muy singular, y rara la naturaleza, que puso en un pajarito que hay en estas tierras de la Nueva España, llamado de los indios huitzitzilin, el cual es muy pequeño, y tanto que no hay alguno a que compararlo. Tiene el pico delgado y largo, casi como la mitad de un dedo; su pluma es muy preciosa, en especial la del pescuezo y pecho, es muy poca y menuda, es verde, y conforme las diferentes posturas en que se pone, hace los visos unas veces pardia, otras, vuelta a la vislumbre, parece naranjada, y en otras posturas tiene



LA CIUDAD DE TZINTZUNTZAN, EL LAGO
Plano publicado en la C



PATZCUARO Y SUS CONTORNOS.
a de Beaumont.

CAPITULO I

Primeros esfuerzos en agricultura y las profecías que se
cumplieron luego de la guerra

En esta provincia se desarrolló el trabajo agrícola
de la gran hacienda de Michoacán en el estado her-
mano de la vida. Observar muchos cambios en este
que hicieron un cambio de la fertilidad más por-
tante. Por esta razón, empezaron a surgir, como
dice Pizarro, grandes en sus ciudades que son y que

son fecundidad. Los romanos se apoderaron de esta fértil
zona, porque con el sol crecieron y todas las profecías de las co-
sas sagradas. En este estado, los gentiles la llamaban Ihu y Lu-
ca porque era la esposa de los padres. Solamente cuando la
fertilidad de esta gran zona

LIBRO SEGUNDO

*Progresos que tuvo Michoacán
mientras fué Custodia.*

CAPITULO I

Erígese Michoacán en custodia, y los prelados que la gobernaron todo ese tiempo.



ON rara propiedad veo simbolizarse el rebaño pequeño de la grey franciscana de Michoacán en el astro hermoso de la luna. Observan muchos curiosos ser este gran luminar un diseño de la fecundidad más portentosa. Por esto Cornelia, emperatriz augusta, como dice Purio, grababa en sus monedas una luna y este lema: Fecundidad. Los romanos la apellidaron madre fecunda del orbe, porque con el sol concurre a todas las producciones de las cosas sublunares. En este sentido los gentiles la llamaban Juno, y Lucina porque era la adjutriz de los partos. Señaladamente expresa la fecundidad de esta grey franciscana ocupada en el reino de Michoacán y en las provincias de Xalisco, pues en solos dos lustros no cabales de corto número se vió lucida custodia. Estuvieron aquellos ejemplares religiosos unidos y sujetos a la custodia del Santo Evangelio, desde el año 1524 hasta que en el capítulo general de Niza, fué erigida en provincia el año de 1535, y en el de 1536 se celebró el primer Capítulo Provincial, y en él fué electo el V. P. Fr. García de Cisneros, uno de los doce compañeros del santo Fr. Martín de Valencia. Diósele el nombre de provincia, porque se habían ya aumentado sus casas en mucho número, y porque era razón que le tuviese la que fué y ha sido madre de todas las que hay en esta Nueva España. Fueron casas sujetas a esta provincia de México.

las del reino de Michoacán desde el año de 1525 hasta el de 1535 en el cual fué erigida en custodia, y en el de 1536, cuando levantó cabeza la que había de ser la suprema de las provincias, se le dió el título de custodia a la de Michoacán, siendo el primer parto de su propagación y primicias que la religión en los anchos senos del occidente ofreció a la Iglesia, para que jamás le faltasen ministros que la extendiesen.

Desde entonces veneró por madre a la que lo es de tan ilustres provincias, teniendo por uno de sus mayores blasones el ser la primogénita, y como tal, hija de sus cariños, que desde los principios la colmó de bendiciones. Tuvo siempre cuidado de proveerle de religiosos, así como iban viniendo de España; y por ser tan observantes los que en aquellos principios venían, fundaron su custodia con grande pobreza y rigor de penitencia. Y después de esta provincia del Santo Evangelio, dice nuestro historiador Torquemada, siempre tuvo aquella de Michoacán más copia de varones santos que otra alguna de las Indias. Resolviéronse aquellos venerables padres, dignos de toda alabanza, a formar esta nueva custodia, por evitar el mucho trabajo y dificultad con que venían a los capítulos de la provincia, en especial porque venían a pie, y eran muchas las leguas que habían de transitar desde tan remotas tierras; pues muchos de los que eran prelados vivían en las provincias de Xalisco. Ordenaron que para la erección de la custodia quedase concertado y firmado fraternal pacto, de que les diesen a los de Michoacán la tercia parte de los religiosos que viniesen de España a la conversión de estas gentes. No he encontrado los nombres de los custodios que gobernaron por espacio de treinta años esta religiosísima custodia, pues lo pasa en blanco el M. R. P. cronista de Michoacán, a quien le hubiera sido más fácil adquirir la noticia, pues escribió más ha de ciento cuatro años; por no dejar quejosos a mis lectores tomé el trabajo de trasegar cuanto había escrito sobre este punto, y pondré el número cierto de custodios, nombrándolos uno por uno, aunque no podré asegurar cuál fuese el primero o el segundo.

Contando en la vida del V. P. Fr. Antonio de Beteta haber sido custodio dos veces de Michoacán, y que fué de los primeros que pasaron a la conversión de los tarascos, me persuado, sería el primer custodio, porque cuando vino a esta tierra era ya de edad pro-
vecta, y había sido maestro de novicios en la Recolección del Abrojo.

El segundo custodio, tengo fundamento para discurrir que lo fué el M. R. P. Fr. Alonso de Rosas, de quien hace honorífica memoria nuestro Torquemada en esta forma: (33) "como ya en aquellos primeros tiempos crecía el número de los ministros evangélicos, se determinó por los prelados generales de la orden, que hubiese uno en estas partes con nombre de comisario general de ellas. Fué electo en este oficio el P. Fr. Alonso de Rosas, de la santa provincia de Castilla, por su mucha prudencia y religión, y vino a ella el año de 1531. Y como en esta tierra hubiese tanta observancia de los religiosos de aquel tiempo, renunciando el oficio, por parecerle cosa muy cargosa, y de grande impedimento para su quietud, se quedó en la provincia del Santo Evangelio, viviendo con mucha penitencia y santidad de vida y ejemplo, sin aprender la lengua de los indios, o porque la memoria no le ayudaba, o porque le debía de ser el trato, y comunicación de ellos, estorbo para su recogimiento y oración continua. Y como nuestro adversario satanás anda de ordinario rodeando a los hombres (como dice San Pedro) para ver a quién se podrá tragar, viendo que a este bendito religioso no le podía entrar por ninguna culpa, de las muchas que debía de persuadirle, se contentó con inquietarle, usando de sus mañas antiguas, que son de procurar con más violencia, inquietar a los varones más perfectos. Fué tan fuerte la tentativa con que le acometió, que le venció, haciéndole dejar la tierra. . . y se fué a España. Ido a España, donde le pareció que había conseguido todo lo que podía desear, en orden de su quietud, volvió de nuevo a hallarse más inquieto . . . se daba a la oración, en ella no sentía el gusto que deseaba, antes le parecía que Cristo desde la cruz le hablaba y le decía: ¿que por qué lo había dejado así en aquella cruz, y le había vuelto las espaldas, buscando su propio consuelo?" Fué tal la batería de estas voces e inspiraciones internas, que conoció era voluntad de Dios viniese a trabajar entre los gentiles. Dejó luego la quietud de su santa provincia de Castilla, y en la primera ocasión se embarcó con otros religiosos para cumplir la voluntad del Señor que le llamaba de nuevo para trabajar en su viña, y apenas había llegado a la provincia del Santo Evangelio, alcanzó licencia de los prelados para hacer tránsito a la custodia de Michoacán, en donde era más copiosa la mies de la gentilidad, y se extendía por todo el reino de Xalisco. Era tanta su religión, virtud, méritos y pru-

dencia, que como dicen uniformemente los historiadores, fué dos veces electo en custodia de Michoacán y Xalisco, ejercitando su ministerio con mucho ejemplo, y consuelo de aquellos ejemplares varones, que tanto se afanaban por dilatar las glorias de la cruz en aquellas regiones. A los últimos años de su vida viéndose cargado de días, se fué al convento de N. P. S. Francisco de México, y con una disposición llena de ejemplares acciones dió el alma a su Creador el año de 1570. Nuestro Arturo pone su muerte el día 6 de febrero, y le da el título de beato. Ya con esto tenemos ajustados doce años en que fueron en distintos tiempos custodios los VV. Fr. Antonio de Beteta y Fr. Alonso de Rosas.

Poco antes de ser custodia, cuando lo era la de México, vino a visitar la tierra de Michoacán el V. y esclarecido Fr. Jacobo de Testera, y puso diligencia para que todas se poblase de religiosos.

El tercer custodio fué el V. Fundador Fr. Martín de Jesús, o de la Coruña, que antes andaba ocupado en varias jornadas, hijas de su celo apostólico, como diremos en su vida.

Sucedióle en el oficio el V. P. Fr. Jacobo Daciano que le dió, así en lo espiritual como en lo temporal, muchos auges a la custodia.

El quinto que llenó dos veces la línea de las custodias, fué el apostólico varón Fr. Antonio de Segovia, hijo de la santa provincia de la Concepción, y criado en las casas recoletas de donde vino a las Indias, siendo ya de cuarenta años, y como se verá después, fué uno de los que más trabajaron en las partes de Xalisco y Guadalajara, y en la segunda vez que fué custodio, muy entrado en la vejez, perdió la vista de los ojos, y así, ciego, vino a asistir al Capítulo Provincial de México, que entonces celebró en Huexocingo, caminando a pie, trayéndole de diestro el compañero.

Ilustró la nueva custodia siendo prelado de ella el V. P. Fr. Maturino Gilberti, que fué el Cicerón de la lengua tarasca, y dejó en todo Michoacán tan dulces memorias, que darán materia para llenar la plana de su vida.

El último que para completar los custodios he podido conjeturar, es el memorable varón Fr. Pedro de Reina, que floreció entre los más antiguos ministros de Michoacán, y mereció por sus grandes virtudes y observancia de la regla, ser colocado entre los atlantes del místico cielo de la nueva custodia, que con el riego de su predicación y ejemplo tuvo tantas creces, que pudo aumentar mu-

chos conventos, y quedar en tal disposición que pedía de justicia pasar de custodia a una muy lucida provincia.

Bien sacada la cuenta de los años que fué Michoacán custodia, se ajustan al número de treinta y uno, pues el 1536 se hizo custodia y el de 1567 se celebró el primer capítulo provincial, ya hecha provincia. Ajustando los años que llevo dichos de los custodios, corresponde cabalmente al tiempo, y podrá correr la relación con más claridad, pues esta individual noticia de los custodios estaba cubierta debajo de las cortinas del olvido. En el tiempo que fué custodia se fundó el convento de Valladolid, que por ser de los más principales que después ha tenido la santa provincia de Michoacán, me pareció dar juntas todas las noticias que se encuentran en todos los historiadores, acerca de su primera fundación. Esta la atribuye el historiador Antonio de Herrera al Maestro de Campo Cristóbal de Olid; pero debió permanecer poco, por lo que voy diciendo. El año de 1541 se alzaron unas naciones en el reino de Xalisco, y entrando en cuidado el Exmo. Virrey Don Antonio de Mendoza, salió en persona a pacificar la sierra. Llegó al pueblo de Tzinapécuaro, y dejó allí puesto un presidio de soldados; caminando adelante llegó al puesto donde está Valladolid, y vió que era no sólo a propósito para presidio, sino para una muy buena población. Dejóla para concluir su fundación a la vuelta de Guadalajara. Después de haber dejado pacificadas las naciones revueltas, volvió al puesto de Valladolid, y viéndole de tan buenas y lindas calidades, determinó hacer una ciudad con el nombre de su patria.

Había en la provincia mucha gente noble, así de encomenderos como de señores de haciendas, a los cuales obligó a que fundasen casas en esta ciudad de Valladolid, no obstante que las tuviesen en sus haciendas y encomiendas; a otros de nuevo obligó a fundar, dándoles merced de tierras y oficios, y otras raciones considerables, de modo que juntó muy buena cantidad de gente de la más noble que había en la tierra, como eran Villaseñores, Bocanegras, Cervantes, Orozcos, Infantes, Avalos, Contreras, Rangeles, según el Teatro Eclesiástico de Gil, Gonzalez Dávila, eran familias nobles de Michoacán; fuera de las dichas los Alvarez de Toledo, Cisneros, Chávez, Carranza, Covarrubias, Castillo, Espinosa, Fuenllana, Figueroa, Hurtado, Herrera, Lara Loaiza, Mendoza, Monzón, Maldonado, Marín, Montezuma, Patiño de Herrera, Pantoja, Ruiz, Solór-

zano, Sotelo, Solís, Saucedo, Vázquez, Villalobos, Velázquez, Vargas y Zúñiga.

De modo que puso más de cincuenta familias de nobleza, sin la gente que se juntó para oficiales. Fundó por entonces una ciudad pequeña, pero muy noble, que acabó de tomar asiento por los años de 1546.

En todo este tiempo estuvieron administrados los españoles por los religiosos de San Francisco, como lo da por asentado el V. P. Maestro Fr. Diego Basalengué en la historia de la provincia de Michoacán.

El año de 1580 se pasó la silla episcopal a Valladolid; todo el demás tiempo, que fueron 24 años, estuvo administrada la ciudad (dice el V. Padre) por las dos religiones de N. P. S. Francisco y de N. P. San Agustín; primero estuvo sola la religión de N. P. San Francisco hasta que vino a visitar esta provincia el P. Maestro Veracruz, y esto acaeció por el año de 1550. El Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga hizo la merced al P. Maestro Veracruz de que partiese la administración de los españoles, y por no agraviar a la religión de N. P. San Francisco que tenía posesión de ella, y la había administrado a gusto de la ciudad, hizo cura a los dos preladados semaneros, que cada uno hiciese su semana en sus dos conventos, comenzando el sábado a vísperas.

Aquí era la demostración del amor, porque los que tenían el corazón en la una iglesia más que en la otra, guardaban sus bautismos y casamientos para aquella semana, mas los curas siempre se quisieron mucho (34).



FRAY MARTIN DE LA CORUÑA O. F. M.

CAPITULO II

Vida admirable del primer caudillo, fundador y apóstol de Michoacán y de Xalisco, el bendito padre Fr. Martín de la Coruña, o de Jesús, piedra fundamental de esta santa provincia.—Patria y provincia donde tomó el santo hábito y empleos religiosos antes de venir a las Indias.



UANDO una dicha y felicidad permanente se deriva a los venideros, que la gozan y disfrutan, a aquéllos se debe agradecer principalmente que fueron el origen, y principio de la próspera fortuna, pues aunque otros la sustenten, acrecienten y perpetuen, siempre se deben las primeras veneraciones y aplausos a los que dieron feliz estreno a las empresas heroicas.

El memorable Padre Fr. Martín de la Coruña fué el primer apóstol de Michoacán y de Xalisco, como caudillo del ejército seráfico, Marte, según su nombre de Martín, que guarnecido con las armas de la luz derrotó la idolatría, desterró las sombras del gentilismo, y sujetó innumerables almas a la obediencia de Cristo. Señaló el dedo de Dios a este héroe apostólico por capitán y maestro de los gentiles del reino de Michoacán y de Xalisco, cumpliéndose a la letra en él el vaticinio de Isaías (cap. L, V.). Y si el título es índice de las obras en estos dos elogios se cifran de varón tan memorable todas las grandezas. Caudillo y maestro de toda la vasta

gentilidad fué el V. P. Fr. Martín; como caudillo se ostentó Marte invicto, peleando contra todo el infierno en tantos ministros suyos, como eran los mágicos hechiceros y sacerdotes gentiles; como maestro enseñó a los párvulos, catequizó a los adultos, instruyó a los ignorantes, y abrió la puerta a la fe, para que la llevasen adelante tremolando el estandarte de la Cruz tantos ardientes seráficos ministros como le siguieron en la predicación del evangelio. En uno y otro se ostentó Martín; pero aun desentrañando más la etimología de su nombre podemos enumerarlo entre los mártires, pues imitando al glorioso obispo San Martín, tantas veces mereció la palma del martirio, cuantas se opuso constante y valeroso a los enemigos de la fe con riesgo manifiesto de la vida, y disputó con los bárbaros gentiles las verdades de nuestra fe católica. Permítaseme este desahogo encomiástico para acallar el sentimiento de las cortas noticias que reservaron las historias de un hombre que, en mi corto juicio, era benemérito de los altares.

Dió feliz cuna a este lustre de la Galicia, la ilustrísima ciudad de la Coruña, plaza de armas, ceñida de muros, y fuerte llave del galiciano reino. Está plantada a la marítima costa septentrional, con puerto capacísimo y famoso en Europa para todo el orbe, guarnecido con dos castillos, San Martín y Sta. Cruz, de donde nuestro apóstol Santiago, habiendo predicado en España, fletó para Jerusalem. Sus armas en escudo son la memorable torre de Hércules sobre peñascos; y el farol, con una calavera coronada de Gerión vencida por Hércules. Hace a este castillo y ciudad más memorable aquel espejo que servía de explorar los mares, y el farol que continuamente lucía para conducir con acierto las naves al hermoso puerto. Otras muchas excelencias de esta ciudad podrán leerse en Rodrigo Méndez Silva, y muchas más en Ludovico Nonio, que yo más la debo celebrar por este hijo Martín, que por el castillo de su nombre, o por el agregado de las grandezas que la ennoblecen tanto. Los insignes héroes a las famosas patrias les añaden crédito, a las humildes las ilustran.

No tenemos la menor noticia de los dichosos padres que merecieron tal hijo, ni de su genealogía y apellido, con que nos contentaremos diciendo, fué como Melchisedec, de quien la escritura sagrada nos dice fué un hombre sin padre, sin madre y sin genealogía; no porque uno y otro careciesen de progenitores, sino porque lo

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

que en Melchisedec fué misterio, en nuestro Martín ha sido poca curia en los historiadores, pues no puede dudarse, que si en tanto tiempo se hubieran registrado los archivos de la santa provincia de Santiago, supiéramos por la fe de hábito sus padres y apellido. El que mantuvo hasta venir a estas partes fué el de la Coruña, porque era estilo en la santa provincia de San Gabriel donde estuvo incorporado, tomar todos los religiosos el apellido de la patria, dejando el que heredaban de sus padres, como hasta hoy día lo acostumbra muchas provincias de la seráfica descalcés, y es uso común en toda la familia capuchina.

Dejando en silencio su crianza y juventud, que se supone sería muy ajustada, en lo más florido de su edad tomó el santo hábito y profesó en la santa provincia de Santiago, que como madre le alimentó con virtud y letras, dándole consumado en la filosofía y teología para que pudiese servir en cualquier ministerio a que le destinase la obediencia de sus prelados. Ordenado de presbítero, y concluidos sus estudios, sirvió bastantes años aplicado al púlpito y confesonario, y fué tan amante de la santa pobreza, y tan amigo de la soledad y abstracción de seculares, que siempre solicitaba vivir en los conventos más retirados de la provincia.

Por los años de 1517 era custodia nuevamente formada la de San Gabriel, en que vivía ya el V. P. Fr. Martín de Valencia, que antes se había criado en la provincia de Santiago, y por lograr su santa compañía, y juntamente conseguir la quietud de la soledad, el retiro de seculares, el trato interior con Dios, y guardar con más perfección el voto de pobreza que había profesado, solicitó licencia de sus prelados para mudarse a la custodia de San Gabriel, cuando el año de 1519 ya era provincia. El rigor en la disciplina regular fué en estos principios austerísimo, como se puede ver en nuestro Ilmo. Gonzaga, y siempre se procuró fundar los conventos de esta nueva provincia en lugares solitarios y remotos de toda comunicación secular, para que se entregasen sus moradores con más veras a la santa oración y contemplación, siendo su principal empeño restaurar la hermosura de la santa pobreza, que en todas sus acciones resplandecía. En esta provincia permaneció pocos años, dando siempre raro ejemplo de virtud, y guardando tan literalmente la regla que había profesado, como lo hacían todos aquellos primitivos religiosos que ilustraron esta santa provincia en los prin-

cipios, y por eso merecieron ser escogidos de Dios, para la espiritual conquista de todas las Indias.

Luego que el Rmo. P. General Fr. Francisco de los Angeles señaló por custodio de la custodia del Santo Evangelio de la Nueva España al V. P. Fr. Martín de Valencia después de mucha oración en que pidió a Dios el acierto para la elección de compañeros, puso los ojos en nuestro Fr. Martín, que fué el segundo de los escogidos para tan santo ministerio, y al punto correspondió a la voz del Señor intimada por su siervo, y se sacrificó en las aras de la obediencia, para tolerar cuantos trabajos se le podían ofrecer entre gentes incógnitas y tan ciegas en las tinieblas de la idolatría, esperando que pudiera en esta demanda ser tanta su dicha, que vertiera la sangre de sus venas por dar a conocer a Cristo. Juntos los doce compañeros fueron a la presencia de su prelado general, y estuvieron consolándose espiritualmente con él, y él con ellos el mes de octubre en el convento de Sta. María de los Angeles. De allí les dió licencia para irse a despedir de su santa provincia. Con lágrimas muy tiernas se dieron los últimos abrazos, los que quedaban, y los que se partían, y pusieron principio a su jornada sin admitir descanso en el camino, y llegaron a Sevilla tres o cuatro días antes de la Concepción de Nuestra Señora. Aquí permanecieron hasta el día 25 de enero de 1524, que se embarcaron en el puerto de San Lucar de Barrameda. No carece de misterio que esta embarcación fuese día de la Conversión del Apóstol San Pablo, porque parece quiso el Señor concordase el día señalado de su embarcación con la obra que iba a hacer de la conversión a su santa fe de un mundo nuevo de gentes, a imitación del santo apóstol, para que se verificase en estos apostólicos ministros, que la palabra divina resonó por toda la tierra, y es de creer que el deseo que tuvo siempre el vaso de elección de ver convertidas todas las almas, ya que no pudo ponerlo en ejecución por su misma persona, viviendo después de su santa muerte, cuando goza de la bienaventuranza eterna, está suplicando a la Divina Majestad convierta a los que no le conocen, y traiga a su rebaño las ovejas que, sin Dios, viven descarriadas, así como él se convirtió aquel día a él y lo redujo a su voluntad debajo del yugo del Santo Evangelio.

Todo el viaje de este venerable varón y sus compañeros fué muy próspero, haciendo escala primero en la isla de la Gomera, des-

pués en Puerto Rico, de allí pasaron a la Isla Española, y después que se detuvieron en ella seis semanas, se embarcaron para la Isla de Cuba, y la última vez dieron consigo en el deseado puerto de San Juan de Ulúa, siempre con tiempo tan favorable, que todos se admiraban, y daban gracias a Dios, por haber sido su embarcación tan próspera. Es mucho de considerar el salir este siervo de Dios tan gustoso de su patria, de su provincia y del convento de su morada, para ser imitador del patriarca Abraham, que por mandato de Dios salió de su tierra a peregrinar en otra extraña, que le mostró el Señor, donde le hizo caudillo de innumerables gentes, y engrandeció su nombre llenándole de bendiciones. Esto vemos cumplido en este varón memorable, que cumpliendo lo que Dios le mandó, desamparando por su amor la tierra donde había nacido, y la región donde era tan conocido y estimado, por venir a tierras tan remotas y extrañas, como las sierras de Michuacán y Xalisco; le pagó el mismo Dios haciéndole padre, caudillo y apóstol de innumerables pueblos y gentes, y bendijo, y engrandeció su nombre con perpetua memoria, y será bendito en el cielo donde mostró el Señor el premio de sus grandes trabajos, como diremos, después de su muerte; y en la tierra se conserva su dulce memoria, verificándose lo que dijo David, que en memoria eterna permanecerá el justo (Ps. CI., 7). Es muy de notar que este obrero evangélico y todos sus compañeros, viniesen sanos y salvos, cuando en aquel tiempo por la novedad de las tierras y diversidad de los climas solían enfermar muchos, y morir, queriendo Dios que tan necesarios ministros llegasen con descanso y sin achaque de dolencia para que luego se entregasen al cuidado que traían y al ministerio que se les había encomendado.

Hicieron su viaje a pie y descalzos, y llegados a la gran ciudad de Tlaxcala, viendo tanta multitud de almas juntas, ya que no pudieron predicarles con la lengua, lo hacían con las señas, señalando al cielo, queriéndoles dar a entender que ellos venían a enseñarles los tesoros y grandezas que allá en lo alto había. Llegados a México los recibió don Fernando Cortés, hincado de rodillas, y besando la mano a cada uno de los religiosos, y esta fué la mayor hazaña de cuantas de él se cuentan. Luego que tomaron algún descanso, comenzó nuestro Fr. Martín a aprender la lengua, y se entregó a los ejercicios espirituales de oración, ayuno, disciplina, cilicio y

mortificación continua. Aquel primer año se quedó el V. P. Fr. Martín de Valencia con cuatro compañeros en México, y los 12 otros repartió de cuatro en cuatro en las provincias más principales en contorno de 20 leguas de México. Es de advertir, que cuando llegó este nuevo apostolado se le agregaron otros cinco religiosos (35), que habían venido antes que ellos a esta tierra, no con autoridad apostólica, ni con mandato del ministro general, sino con sola la licencia de sus provinciales, y permiso del emperador Carlos V, y por esta razón no se cuentan por primeros (36). Es de creer que nuestro Fr. Martín perseveró casi un año sin salir de México, ocupado con su amado custodio en dar pasto espiritual, así a los españoles como a los que se iban convirtiendo, y ayudó mucho para que se edificase el templo y primera iglesia que hubo en todas las Indias, que quedó enteramente acabada el año de 1525. Las acciones memorables que ejerció este varón apostólico el primer año de su venida al reino, como están mezcladas con las de sus ejemplares compañeros no se permiten a la individualización; pero leyendo el curioso el cap. XIII y todo el libro XV de la Monarquía Indiana (37) podrá hacer concepto de la ocupación que tenían aquellos operarios evangélicos, que ya desde el año de 1525 veremos en particular en lo que se ejerció el V. P. Fr. Martín, destinado para nuevo apóstol de Michoacán, como expresará el capítulo siguiente.

CAPITULO III

Porte de vida ejemplarísimo que observó después que pasó a Michoacán y peregrinó por Xalisco.



ENGO expresada la venida de este siervo de Dios a Michoacán con todas sus circunstancias en el libro I, cap. XIII y XIV, y fuera molesto el reproducir estas noticias, por lo cual sólo haré mención del porte religioso, y de las claras luces de su ejemplo.

Ya dijimos haber postrado la idolatría, y que los ídolos de oro y plata los arrojó en lo profundo de la laguna, y que en la corte de Tzintzuntzan erigió el primer templo dedicado a Santa Ana, y por todo lo que trabajó en esta espiritual conquista se dió a conocer por varón adornado como de preciosas piedras de virtudes apostólicas. La que más resplandecía sobre todas fué la paciencia, que como piedra de toque descubrió el valor de su constancia y ésta le fué necesarísima para vencer las dificultades, que a cada paso se le ofrecían en la fundación de esta nueva iglesia de Michoacán, y en la de Xalisco, así de parte de los indios ignorantes y rústicos, como por las muchas dificultades que se le ofrecían como la demasiada licencia que se tomaban los españoles, que entraban a las poblaciones y conquistas. No se cansaba el siervo de Dios de predicarles y persuadirles cuan necesaria es la buena vida de los cristianos antiguos, para que tomen ejemplo los que de nuevo se alistan en las banderas de Cristo; pero como el oro y la

plata suelen volver los corazones de bronce, no podía su santo celo recabar de los españoles el que mirasen con lástima a los indios. Prueba de esta verdad es lo que sucedió cinco años después, que estaba muy gustoso el V. Padre en su convento de Tzintzuntzan, cuando por la entrada de Nuño de Guzmán vió, sin poderlo remediar, a su querido hijo el rey Francisco muerto por orden del gobernador tirano, y el gran peligro de sublevarse todos los tarascos convertidos; que todo junto le hacía derramar lágrimas sin consuelo; pero este torbellino de males inconsolables, halló resistencia en la roca de su invencible constancia.

Pasó el varón de Dios innumerables trabajos e increíbles aflicciones de espíritu por defender a los indios, y libertarles de los agravios, y vejaciones que les hacían los que gobernaban la tierra, y por evitar los malos ejemplos que les daban, en notable perjuicio de la fe de Cristo que se les comenzaba a predicar. Por esta ocasión tuvo mucho que ofrecer a su Majestad, y siempre se mostraba pacífico, y compuesto en sus acciones y jamás le vió hombre alguno de cuantos le conocieron y trataron, que dijese haberle advertido alguna vez impaciente ni desasosegado, que es muy propio de una alma que está llena de Dios, porque como Dios la hinche, no queda vacío donde quepa inquietud alguna.

Es consejo santo que da el Eclesiástico diciendo: cuanto mayor y más estimado eres, tanto más humillate en todo y hallarás gracia delante de Dios, porque grande es su poder, y en esto los humildes le honran. (III, 19 y 20). Tenía el bendito padre este consejo muy presente, y no presumiendo de humilde procuraba hacer las cosas que son de humildad, mostrándose ministro, y siervo, no sólo con sus súbditos, sino con los pobres indios, que a su cargo tenía, sabiendo que dice Cristo: El que quisiere ser mayor entre vosotros, sea vuestro ministro, y el que primero sea vuestro siervo, (Math. XXIII, 11). La verdadera humildad, como dice el Padre San Agustín, no se ahoga, ni queda dentro del alma, sino que sale en obras, y se muestra en efectos visibles. Alcanzó esta virtud de ser manso y humilde de corazón, como buen discípulo de Jesucristo, en grado tan eminente, que su misma vida, y todas sus acciones eran el más vivo dechado de la humildad más profunda, y de la paciencia más heroica. Toleró con magnanimidad los desprecios, sufrió las injurias con que algunos a quienes daba saludables con-

sejos volvían mal por bien, haciéndose sordos a sus caritativas amonestaciones, porque como en aquellos principios solía entrar acompañado de gente militar en las tierras de los gentiles, le era preciso corregir algunos yerros, y de aquí le resultaban pequeñas mortificaciones.

Su austeridad y penitencia fué siempre rara, teniendo tan domada su carne, y tan vencida, que nunca pudiese revelarse contra el espíritu.

Su pobreza era como dejamos dicho, tan extremada que sólo tenía un hábito viejo, y remendado, y un manto, que era toda la ropa que llevaba para los caminos, y para descansar en las jornadas, y cuando le cogía algún aguacero, y quedaba su pobre ropa mojada, tomaba lo primero que de caridad le prestaban los indios mientras se secaba su ropa al sol, o al fuego para proseguir su camino.

Toda su vida anduvo a pie y descalzo sin que jamás le pudiesen hacer montar a caballo, ni por pantanos que se ofreciesen, ni por lagunas que se atravesasen, ni por montañas y riscos que le impidiesen los pasos, antes si, cuando eran mayores las dificultades, se empeñaba en trasegar las montañas con pies desnudos y apostólicos, dejando muchas veces señaladas las piedras por donde transitaba con la sangre que vertía herido de las espinas, y de los guijarros del camino. Tenía entonces a su cargo no sólo el reino de Michoacán, sino el de la Nueva Galicia, que como dice nuestro Ilmo. Gonzaga, tiene lo que entonces era custodia 360 leguas de longitud, y 150 de latitud y toda esta distancia midió por sus pies repetidas veces, porque como un rayo abrasador, apenas estaba en unas partes, cuando se disparaba para otras, siempre alumbrando a los gentiles, fundando pueblos y encendiendo los corazones en aquel fuego que Cristo vino a encender en el mundo. Dejó aparte los muchos caminos que con tanto trabajo hizo viniendo desde Michoacán a México, para asistir en los Custodiales Capítulos, pues en aquellos primeros años se mantuvo como prelado comisario especial de Michoacán y Xalisco. En tanta prolijidad de caminos ni llevaba bastimento, ni prevenía para las posadas otro aposentador que la santa pobreza, ella le hacía todos los gastos, y la mendicación gastaba los costos.

Para tener fortaleza en este género de vida tan penosa, solicitaba esfuerzos soberanos en la oración, en que fué tan continuo. que andando por los caminos, y sentado a la mesa no se apartaba de ella. De este continuo orar le sucedió muchas veces salir fuera de sí, y quedarse extático y elevado, como le vieron muchos, y en muchas ocasiones. Esto certificaron varones santos de mucho crédito, en especial refiere nuestro Torquemada que siendo guardián de la villa de Quaunahuac, que es conocida por Cuernavaca, después que volvió de una larga y trabajosa jornada que hizo con el capitán don Fernando Cortés a la california, un religioso gran siervo de Dios llamado Fr. Juan Quintero, morador del dicho convento, le halló dos veces apartado en oración, encendido el rostro a la manera que está el fuego, del fervor con que oraba y estaba hablando con Dios. Y no es maravilla que de tan continuo trato y comunicación con El, saliese tan encendido, pues de una vez que Moisés subió al monte a hablarle, bajó con tanto resplandor en el rostro, que para que pudiesen verle los hijos de Israel, se lo cubría con su velo. Si esto vió el compañero en el breve espacio que le comunicó, ¿qué sería en el discurso de su predicación, en que pasó la mayor parte de su vida entre gentiles, y montes comunicando en su cumbre con Dios el rescate de estos miserables para que fuese esta de Michoacán la cumbre del monte Oreb donde Dios en la zarza habló al gran profeta, dándole la Ley, para trocar el yugo de la servidumbre en el de la libertad? Quien duda, haría lo mismo con este nuevo apóstol en el retiro de estos montes, hablándole al corazón, entre sombríos y funestos pinos, dándole el modo de predicar su ley, y propagar su Iglesia trocando la servidumbre de la gentilidad, en la libertad de cristianos. Todo el día, sin olvidar la oración, se ocupaba en el catequismo de los recién convertidos y en los silencios de la noche descansaba en los brazos de la contemplación, en amorosos coloquios con su Divino Dueño.

Ya el celo de este nuevo apóstol estaba en su pecho como el fuego en su propia esfera sin parar un punto en la conversión de tantas almas, ya en una, ya en otra parte, tan distantes entre sí, que eran menester muchos ministros; pero a todo acudía como quien bastaba para todos; sin comer carne, ni pescado en tierra donde todo sobraba, moviéndose al paso que el espíritu ardía. Como todo era fuego de caridad, no bebió jamás vino, siendo así que toda la con-

versión a que asistía estaba en temples muy fríos como Michoacán, y muy calientes como Xalisco, y que cualidades tan contrarias des-templarían no sólo a un hombre roto, desnudo y postrado, como este siervo de Dios, sino al más robusto. Al paso que le favorecía el Señor con tanto caudal de soberanas mercedes e ilustraciones, le perseguía el común enemigo con acechanzas ya valiéndose de los mismos hombres, ya peleando con las propias armas de su malicia; pero fué tan constante en resistirle que al cabo vino a vencerle. Suelen entre los combates del espíritu ser los más fuertes los que se ofrecen en puntos de castidad; peleó siempre sin dejar las armas de la mano este varón purísimo, hasta rendir las rebel-
días de la carne, y en premio de su constancia muchos años antes de su muerte le quitó N. Señor los movimientos de la sensualidad, haciéndole tan señor de sí, que en estas cosas no parecía hombre, gozando desde entonces las delicias de esta virtud de la castidad en pacífica procesión; merced tan singular y soberana que sabemos haberse concedido por favor especial al angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, y que el doctor de las gentes San Pablo (según muchos santos y expositores) andaba pleiteando con ella, y rogó a Dios por tres veces, que le librase de sus continuas e impertinentes acechanzas, y le fué respondido que confiase en la Divina Misericordia que no le faltaría su gracia. A costa de muchas mortificaciones mereció le concediese el Señor este raro privilegio, viviendo desde entonces más vida angélica que humana, y si era casto por no sentir ya estímulos de la carne, podemos tenerlo por dichoso; pero antes, cuando le combatían tentaciones, se le debe dar el blasón de vencedor.

Para coronar tan lucidos trabajos le premió el Señor con que viera por sus ojos tanto número de almas convertidas, que apenas se hace creíble lo que refieren los autores. El santo Fr. Martín de Valencia en una carta que escribió al Comisario General de la Familia Cismontana, aseguró que había bautizado más de cien mil almas; y esto era el año de 1531. ¿Cuántos serían los que después bautizó hasta su muerte? Fueron tantos que nuestro Ilmo. Gonzaga, dice, ser casi infinitos los que convirtió, así con sus sermones, como con santísimas exhortaciones y con su modo de vivir tan admirable que más puede decirse angélico que humano. Esto mismo testifica con las mismas voces N. V. Aarturo, y contestan todas las historias

generales de la orden, y otros muchos extraños lo confirman. Era tal la fama de santidad de este siervo de Dios, que el V. P. Fr. Francisco Soto, que fué uno de los segundos ministros de las Indias, daba testimonio de ella diciendo, que lo tenía por tan santo como a Fr. Martín de Valencia. Este elogio es dignísimo de todo aprecio, porque quien lo dijo fué un varón santo, y quien escribió como ocular testigo la vida de su santo fundador Fr. Martín de Valencia, y hacer paralelo con el santo Fr. Martín de la Coruña, es la mayor alabanza que puede desear un cronista; pues aquél fué el padre universal del occidente, fundador de sus iglesias, apóstol de este nuevo mundo, en quien concurrió el celo de Elías, como la mansedumbre de Moisés, la prudencia de David, la fe de Abraham, y la gracia de San Pablo. Y si el un Martín fué tan grande como el otro, seguirían las virtudes la misma igualdad para componer tan hermosos ministros.

CAPITULO IV

Jornadas trabajosas que emprendió el siervo de Dios en solicitud de la salvación de los gentiles.



ONOCIENDO el V. P. que le tenía Dios destinado para que llevase la luz del Evangelio por el mundo, y que entre bárbaras naciones manifestase la gloria de su nombre, y enarbolase la triunfante bandera de la Cruz, haciendo nuevas levas de gente, para hacer guerra al infierno, y enriquecer con los despojos de la infidelidad vencida a la militante iglesia; después que hubo predicado y enseñado la palabra de Dios en las provincias de Michoacín y Xalisco por espacio de siete años, sabiendo que se aprestaba el V. P. Fr. Martín de Valencia, que era su custodio, para ir a descubrir nuevas provincias por la costa del mar del sur, solicitó ser uno de sus compañeros, y como era tan conocido su espíritu lo admitió el V. prelado con mucho gusto. Asignó, fuera de él otros siete (38) y con ellos se fué a Tehuantepec, puerto en el mar del sur que dista de México 150 leguas, para embarcarse allí e ir adelante con la Cruz del Señor, que siempre traía sobre sus hombros, y no descansaba con lo hecho hasta este tiempo, sino que deseando ensanchar los límites cristianos en esta nueva Iglesia vivía desasosegado hasta saber cuáles fuesen las nuevas gentes que por revelación divina sabía habían de ser traídas al conocimiento de la Fe santa. Para este viaje, que tanto deseaba, le había prometido el Marqués del Valle navíos para ir, y que le pusiesen a él y a sus

compañeros en la derrota que su espíritu le dictaba a donde Dios le guiase, y allí libremente predicase el evangelio de Jesucristo sin preceder conquista por armas. Estuvieron los religiosos esperando los navíos siete meses en Tehuantepec, que para aquel tiempo habían quedado los oficiales de darlos acabados. Para mejor cumplir su palabra el Marqués del Valle fué en persona desde su villa de Cuernavaca donde de ordinario residía, al despacho de los navíos. Mas con toda la diligencia que él pudo tener, no se acabaron en aquel tiempo, porque en esta tierra con mucha dificultad y costa, y muy a la larga se echan los navíos a la mar. Parece que aun no era llegado el tiempo de que aquellas gentes se descubriesen; ni quiso Dios que faltase la presencia de tal padre a estas plantas tan tiernas en la fe, ni que de los doce que él había escogido para fundamento de esta nueva conversión, alguno de ellos se ocupase en otra ninguna empresa.

Viendo el siervo de Dios Fr. Martín que los navíos le faltaban, y que el capítulo de la custodia se acercaba, se volvió a México, dejando en el puerto tres de sus compañeros, siendo el principal nuestro Fr. Martín de la Coruña, para que acabados los navíos fuesen a descubrir las tierras que deseaba. En el tiempo que estuvieron juntos en Tehuantepec no estuvieron ociosos, sino que además de su acostumbrado ejercicio de la oración en que entonces más que nunca se ocupaban, aparejando sus almas para los trabajos que se les prevenían, pidiendo al Señor cumpliese en ellos su divino beneplácito, ayudaron a los naturales de aquella comarca, predicándoles por toda ella, y volviéndoles en su propia lengua que llaman tzapoteca, la doctrina que les enseñaban. Lo mismo hicieron en todos los pueblos que encontraron desde su partida de México hasta aquel puerto. Despedidos los dos VV. PP. partió el uno para México y el otro esperó con dos compañeros a que se acabasen los navíos, y habiéndose embarcado al cabo de algunos días que navegaron como iban a tiento, y no sabían la derrota que habían de llevar, cansáronse los marineros y también ellos mismos; y así los hubieron de echar en tierra en la costa de esta Nueva España. Cosa es muy de maravillarse ver a este siervo de Dios atajado en sus buenos deseos sin poder salir con su intención, que era recta y santa, y sería por ventura por no privar a la tierra de Michoacán de este varón memorable, a quien se le había encomendado el ser

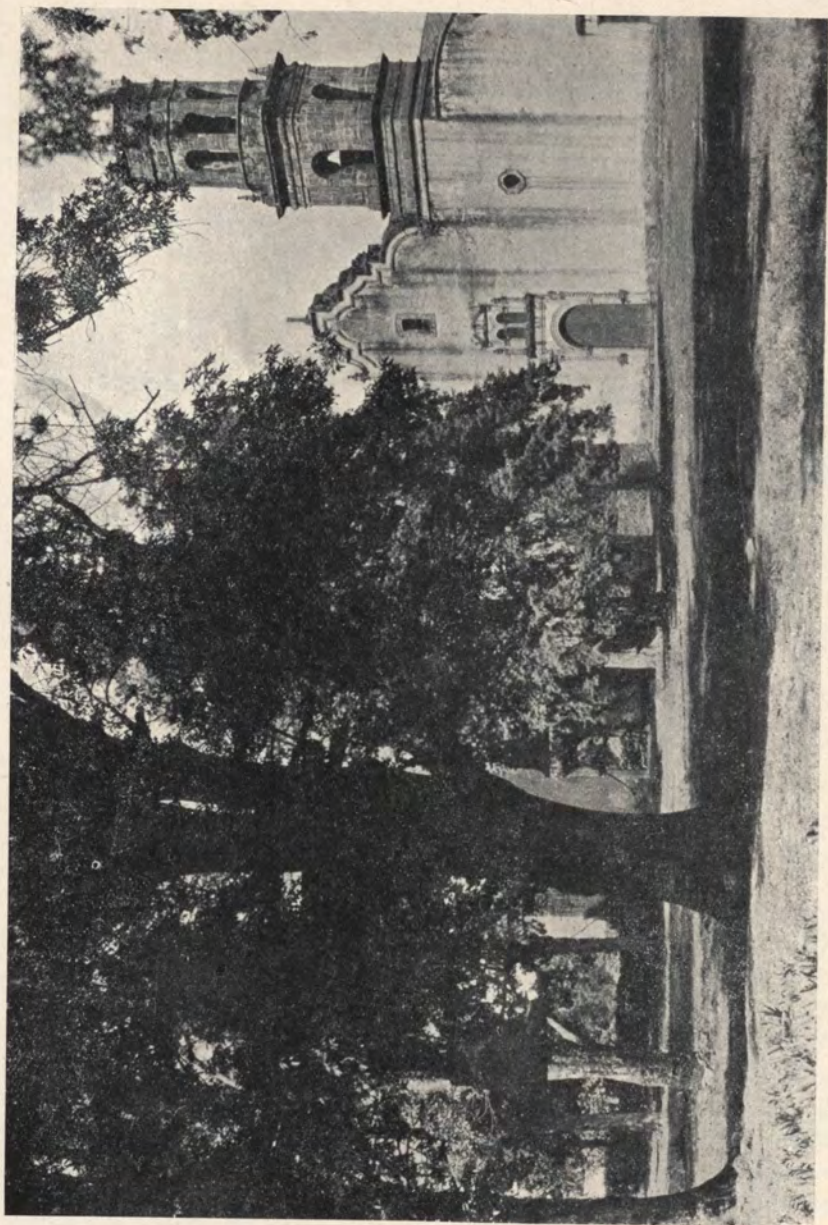
apóstol de aquellos reinos; por lo cual le ponía el Señor estorbos en sus nuevos designios, para que volviese a su primer llamamiento, como al fin hubo de volver, y acabar la vida en Michoacán. Los trabajos, hambres y fatigas que en esta jornada se le ofrecieron, se quedaron en su pecho archivados; pero el Señor, que tiene prometido a sus siervos no perecerá un cabello solo de su cabeza, las tendrá muy presentes para remunerarlas en el cielo, y aun en esta vida, viendo empeñado a este celoso ministro en empresas tan arduas y en que iba la suma de las glorias de su nombre, le dió ayudas de costa en divinas consolaciones muy poderosas y abundantes.

No escarmentó con las penalidades referidas este espiritual varón, porque era tanto el fervor de su espíritu, que quiso probar segunda vez lo que Dios ordenaba de él, anhelando siempre por descubrir nuevas gentes de las que no tenían luz del evangelio, ni habían tenido la dicha de conocer a los ministros apostólicos. Por el año de 1535 determinó el Marqués del Valle D. Fernando Cortés, hacer una jornada para descubrir nuevas tierras por el mar del sur. Para esto envió tres navíos que tenía armados, y él fué por tierra por la Nueva Galicia, bien acompañado de gente de a pie y de a caballo, y muy abastecido de armas. Encontróse en uno de los conventos del camino con el V. P. Fr. Martín de la Coruña, y como ya eran tan conocidos, fácilmente se concertaron para ir juntos a estos nuevos descubrimientos; el Marqués con el designio de dilatar la corona de España en nuevos dominios, y de ampliar sus generosas hazañas, y el caudillo apostólico por amplificar la fe de Cristo, y agregar nuevas gentes al rebaño de la Sta. Iglesia, que era el fin de todas sus jornadas y peregrinaciones. Me será preciso reducir a mapa todos los acontecimientos altos y bajos de esta jornada para que se vea lo que padecería en ella N. Marte franciscano Fr. Martín. Llegó el Marqués al paraje donde estaba un navío que lo había tomado Nuño de Guzmán, y estaba en las costas de Xalisco, y habiéndosele juntado los otros dos navíos que envió por Acapulco, se embarcó con toda la gente y caballos que pudo caber en los tres navíos, y navegó hasta unas tierras altas que llamó de San Felipe, y a una isla tres léguas de tierra, que dijo de Santiago; y el día de la Santa Cruz de Mayo entró en aquella bahía, y la llamó de Santa Cruz, y está en $23\frac{1}{2}$ grados al polo ártico. Desde allí envió por más gente y caballos, y atravesando la bahía, les

tomó un temporal que les derrotó, y estuvieron muchos días con gran necesidad de bastimento, manteniéndose de lo que podían cazar y de algunas frutas campestres.

Después de esto se vieron en manifiestos peligros de perderse todos, y conociendo el riesgo, trató el animoso capitán de componer una nao que halló surta en el puerto, y navegando en ella con buen tiempo cayó la entena y mató al piloto, que se había echado a dormir al pie del mástil de la mesana; y no habiendo otro piloto, guió el Marqués la navegación hasta llegar a tierra donde había dejado su gente. Desde aquí, habiendo corrido muchos puertos, y en todo el tiempo tolerado los inmensos trabajos hubo de volverse a la Nueva España, dejando algunos de sus navíos para que prosiguiesen descubriendo la tierra. Con éstos se fué el V. P. Fr. Martín, después de haber probado tantas penalidades, fueron a parar a una isla donde no hallaron que comer, y padecieron mucha hambre, tanto que de ella murieron muchos españoles e indios que llevaban consigo, de suerte que compelidos del gran trabajo y necesidades que padecían, hubieron todos de volverse a esta tierra. ¿Quién no admira, y se suspende con el abismo de los juicios de Dios? Ver a un varón todo apostólico que por buscar almas deja el rincón de su celda, y las conveniencias que pudiera lograr manteniéndose en uno de los conventos que con su sudor y trabajo había edificado, estimado de sus hijos los indios, venerado por su ejemplarísima vida de los españoles, y que hacían tanto aprecio de él todos los religiosos, que le tenían por oráculo; todas estas estimaciones las abandonaba, por la mayor gloria de Dios, que era siempre el blanco a que se dirigían sus acciones; y aunque miraba como a hijos primogénitos de su espíritu, a todos los que había bautizado en todo Michoacán y Xalisco, teniendo ya éstos suficientes ministros para su espiritual cultivo, miraba con mayor lástima las bárbaras naciones, de que tenía noticia, vivían distantes, y sepultados en las sombras del gentilismo, y por eso deseaba con mayores ansias descubrir las para comunicarles la verdadera luz de la eterna vida, antes que se apagase la luz de su vida mortal, que por lo avanzado de su edad conocía no poderle durar mucho.

Volvió después de esta jornada a la ciudad de México, en tiempo que se celebró el primer Capítulo Provincial en que salió electo el P. Fr. García de Cisneros, uno de los doce, y esto fué el año de



CONVENTO FRANCISCANO DE SANTA ANA DE TZINTZUNTZAN.
Fot. de la Dir. de Monumentos Coloniales.

1536, y en la tabla del Capítulo lo eligieron por guardián del convento de la villa de Cuernavaca, que era perteneciente al Marqués del Valle, y en ella vivía de asiento, porque se hace muy creíble que aquellos venerables religiosos, para remunerar lo mucho que le debían al ínclito capitán Don Fernando Cortés, le diesen el consuelo de tener en su compañía a este varón tan ejemplar, de quien hacía tanta estimación y le veneraba como a santo desde que le conoció recién venido de España el año de 1524, y se había estrechado nuevamente con él en la jornada que llevamos dicha de la California. Verdad es que el V. P. Fr. Martín nunca tuvo ánimo de desamparar la Custodia de Michoacán; pero como ésta y todos sus religiosos eran verdaderos súbditos de la provincia del Santo Evangelio, no hubo dificultad para que se valiesen de su persona, señalándole por prelado en este primer Capítulo. Obedeció rendido, y luego que llegó a su convento teniendo súbditos tan ejemplares como lo eran todos los religiosos de aquel tiempo, poco tenía que trabajar en su regular gobierno, y sólo servía su luz como antorcha sobre el candelero para alumbrar, no sólo a los domésticos, sino a los de fuera, que admiraban las claras luces de su ejemplo. En este convento fué donde le vieron varias veces (como queda dicho), no sólo transportado en la oración, sino despidiendo luces de su rostro, con que se inflamaban sus súbditos cada día más y más en el amor divino. Lo activo de estas luces se comunicaba a los españoles de aquella villa, y a los naturales, que eran muchos; a unos y otros predicaba continuamente con un celo verdaderamente apostólico, y les admitía con entrañas de padre, siempre que se venían a confesar.

No sabemos si acabó el trienio de esta guardianía, porque no lo dice la historia; pero consta que el tiempo que se mantuvo en ella, cumplió con todos los oficios de buen prelado, y que dejó memoria de su virtud y fama de santidad por mucho tiempo en aquella tierra. Restituyóse a su custodia de Michoacán, porque siempre le robó sus cariños, y tuvo singular complacencia de verla tan aumentada así de religiosos, como de muchos conventos que había fundado de nuevo. Recibiéronle todos los de la custodia celebrando su venida, como pudieran hacer unos amantes hijos con un padre anciano que se les hubiera ausentado por largo tiempo. Renovose en todos los indios la alegría de volverle a ver en sus tierras; pues era el primer padre que conocieron, y los había sacado como otro Moisés a los

hijos de Israel de la servidumbre de Egipto, a ellos del tirano dominio del demonio. Cada día se iba aumentando la luz de sus ejemplos, y para que creciese en virtudes aquella nueva custodia, pusieron todos los ojos en él para colocarle por Custodio, antes que sus muchos años les privasen de este consuelo.

Condescendió, como tan humilde y amante de sus hijos, a sus ruegos, y rindió el cuello a la obediencia del prelado que le eligió, librando en ella todos sus aciertos. Gobernó todo su trienio como debía prometerse de una virtud tan heroica, y de un celo seráfico dando muchos aumentos a la fábrica de los conventos, y dilatando la doctrina de los indios con maravillosos efectos. Conocía el varón de Dios que ya le quedaban pocos días de vida por hallarse en los últimos términos de una vejez cansada, y se daba prisa para trabajar, sabiendo que un leve momento de tribulación temporal, padecida por Cristo, consigue un peso eterno de gloria inmarcesible. No dejó ni en los últimos años de su vida caer la disciplina de su mano para macerar su cuerpo, ni se descuidó hasta el último instante de tener a raya sus sentidos; pero en lo que más se esmeró fué en gastar los más de los días en una profundísima oración, en que arrebatado su espíritu, gozaba de aquellos consuelos que los siervos de Dios saben sentir, y no saben explicar, y deseaba ya desatarse de las prisiones de la carne para ir a gozar de Cristo.

CAPITULO V

Muerte preciosa del V. Varón, y lo que sucedió después de ella.



OZOSA llega al puerto la nave, cuando cargada de riquezas deja vencidos los peligros del golfo. Alegre el labrador en los ardores del estío coge en macollas el premio de su trabajo, compensando las dilaciones de la esperanza con la dulce posesión de los frutos.

Los varones justos después de haber trajinado en el peligroso mar de este mundo, llegan con felicidad a tomar puerto en la muerte, ricos de merecimientos, que se les conmutan en cambiar la corona inmortal. Como el labrador arroja a la tierra el grano más puro, alentado de una firme confianza para que se le hiciesen más ligeros en el tiempo de la cosecha.

El venerable siervo de Dios, Fr. Martín de Jesús, que desde que entró en estos reinos ennoblecíó su apellido con este soberano nombre, había navegado no sólo por las aguas salobres de los mares, a cuya inconstancia se entregó tantas veces, sino a otros más dificultosos, como son los de esta mortal vida, y los trajinó con tanta felicidad que llegó al puerto de la muerte cargado de riquezas espirituales. Sembró toda su vida apostólica el grano de la palabra divina en la tierra de los humanos corazones, y al tiempo de morir tenía recogida tan abundante cosecha que le prometía seguridad de premios eternos.

Hallábase en la ciudad de Pátzcuaro cuando le asaltó la última enfermedad, y conociendo que era llegada su hora, se preparó pa-

ra ella como quien había estudiado en toda su vida el arte de morir bien, que ésta es la ciencia de las ciencias. No temió los formidables seños de la muerte, porque la tenía bien premeditada y prevenida con el ejercicio de las virtudes, que éstas le daban seguridad sin desconfianza del premio que le esperaba y el amor firmísimo que siempre tuvo al Esposo de su alma, le quitaba en aquel último conflicto las frialdades del temor que trae consigo la muerte.

Conocido su peligro, y oyendo la voz de Dios en esta enfermedad con que le llamaba para la eterna vida, respondió sin sobresalto lleno de celestial júbilo; porque asegurado con el testimonio de su buena conciencia, y puesta en Dios toda su confianza, esperaba mediante la misericordia divina ir a gozar de la retribución eterna. Como tan católico pidió como hijo de la Santa Iglesia los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía; y los recibió con tanta devoción, fervor y lágrimas como puede considerarse de aquel singularísimo espíritu. Con el Sagrado Viático recibió su corazón dulzuras inefables que quien en toda su vida fué tan favorecido del cielo gozando favores y dulzuras celestiales, no podían faltarle en aquella última hora, que es en la que más favorece Dios a sus escogidos. No se olvidó de ejercitar actos profundísimos de humildad pidiendo a sus hermanos y amados hijos le perdonasen sus malos ejemplos, y le tuviesen muy presente en sus oraciones, cosa que a todos les hacía desatarse en abundantes lágrimas, conociendo su inculpable vida, y que nunca advirtieron en él sino acciones santas, que todas les provocaban a su imitación y eran dignas de perpetua alabanza. Agravándose la enfermedad recibió la Unción Extrema, y como consideraba tan cercana su partida, se despidió de sus amados hijos haciéndoles una plática tan tierna, eficaz y amorosa, que no podían contener las lágrimas y suspiros, y les dió por despedida muy saludables consejos, encomendándoles la perfecta guarda de su regla, y que siempre procurasen mantenerse en vínculo estrecho de perfecta amistad, sin olvidarse de la necesidad de los gentiles, que faltaban por agregar al gremio de la Santa Iglesia; que éste había sido su mayor deseo en tantos caminos como había emprendido, y que partía con el consuelo de dejar en su lugar tan fervorosos ministros, que darían cumplimiento a lo que no habían alcanzado sus fuerzas. En esto se fué llegando la hora, y con mucha

paz y sosiego, entregó su espíritu al Señor, dejando a los circunstantes anegados en un amargo llanto (39).

Luego que expiró el bendito padre, declaró el cielo ser su alma presea suya, por lo que sucedió con su cuerpo, que tratando de amortajarle despedía grande fragancia de olor y suavidad, y sus carnes tan hermosas y tiernas como las de un niño, que hasta en esto quiso Dios descubrir la santidad de su siervo; porque el olor y fragancia de Cristo, que dice el apóstol, son los justos y santos obreros suyos, esa misma quiso que quedase en aquel bendito cuerpo, para que así como lo sujetó al alma viviendo, después de muerto le diese esa misma alma el suave olor que tenía en ser de Cristo. El día de su muerte lo asigna en su Martirologio el venerable Arturo a 25 de septiembre sin señalar el año; pero estando a la conjetura de la crónica del M. R. P. La Rea, se deduce legítimamente haber fallecido el año de 1558, y de edad de 75 años, dándole 40 cuando vino a estos reinos. pues ya era de edad tan proveya, que se cuenta el tercero de los doce apóstoles de este reino, entrando en este número el V. P. Fr. Martín de Valencia.

Considera la piedad que viendo en aquel cuerpo difunto todos los religiosos tan prodigiosas señales de bienaventurado al mismo tiempo que lloraban la pérdida de tan amable padre, se congratulaban considerando estaría su alma gozando de la fruición eterna con muchos dotes de gloria, cuando se le participaban al cuerpo tales señales de predestinado.. Como sobre estas maravillas caía la fama de santidad que sus grandes virtudes, y heroicos hechos le habían granjeado, corrió la voz de su muerte por toda la ciudad, y se extendió en toda la comarca que tantos beneficios había recibido de este obrero incansable, y todos desalados corrían a venerar difunto al que siempre estimaron como santo, y eran tantas las demostraciones de sentimiento de ver a su amado padre difunto, que no eran bastantes las diligencias que hacían los religiosos para enjugar sus lágrimas, ni acallar sus dolorosas quejas, pues se consideraban huérfanos, y que en aquel santo varón habían experimentado siempre cariños de amorosa madre.

Es muy de notar que el año que falleció el siervo de Dios estaba la ciudad de Pátzcuaro tan notablemente aumentada que ya tenía su asiento en ella el primer Obispo D. Vasco de Quiroga, y fundada su iglesia catedral, y había crecido en tanto número, que llegó

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

a tener 30 mil vecinos, y los indios eran tantos que, como dice la crónica del M. R. P. Larrea, sólo la arena de la tierra y estrellas del cielo pudieran ser símbolo de su multitud. He traído esta noticia para que se vea cuan solemnes y bien lloradas serían las exequias del V. Varón, en que para darle sepultura concurrió tanta multitud de españoles, y naturales que no podía caber en todo el ámbito de la iglesia y capacísimo cementerio. Si los religiosos hubieran apuntado siquiera por mayor las cosas tan dignas de memoria que para mí tengo por indubitable sucederían en el ocaso de este sol de occidente, pudiera correr la pluma en sus merecidas alabanzas con libertad histórica, sin ser necesario valerse de conjeturas que sólo tienen una probabilidad muy tenue; pero siendo cierto que se hallaba ya la ciudad de Pátzcuaro ennoblecida con la mitra episcopal, y siendo su Venerable el Ilmo. Obispo tan venerador de aquellos primitivos religiosos, es muy creíble, o que hubiese hecho el entierro por su persona, o que a lo menos hubiese honrado su tumba con su asistencia, y la de todo su venerable Cabildo, pues es cosa muy natural entre los siervos de Dios, como lo era el señor Obispo, honrar el funeral de un varón tan benemérito, que había fallecido con aclamaciones de santo. Con las señales tan portentosas que se veían en aquel yerto cadáver, que desmentían los funestos aparatos de la parca, todos llegaban a darle veneración, y cuando acabados los oficios entregaron el cuerpo a la desnuda tierra, no es ponderable los suspiros y exclamaciones que hacían los pobres indios, que provocaban la ternura a todos, expresando en sus lamentos lo mucho que le amaban, por lo que el siervo de Dios les había servido sacándolos del abismo de la gentilidad, y transformándolos de lobos carniceros en mansas ovejas del rebaño de Cristo. Pudiera decir con razón a todos los naturales de Michoacán y Xalisco (40) el V. Fr. Martín, lo que San Pablo a los de Corinto; yo fui y he sido el que os engendré para Cristo, el que os procuré en más de 33 años formar a la idea del evangelio; así porque fui el primero que os lo anuncié, como porque mi trabajo y perseverancia en procurar vuestro bien no ha tenido igual, aunque os ha dado Dios tan celosos ministros, que os dejó por pedagogos.

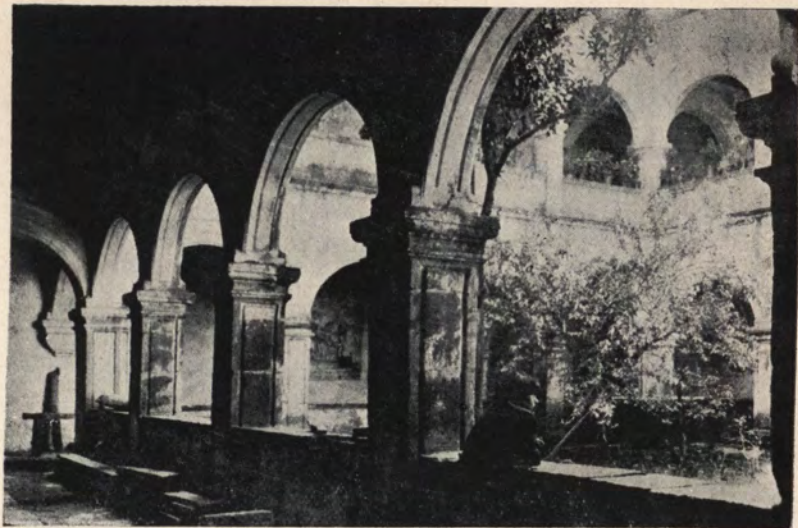
Algunos días después de haberle enterrado, afirman todos los escritores de su vida que, muchos eclesiásticos, y otros varones de Pátzcuaro un sábado por la mañana le vieron vestido de vestidu-

ras blancas puesto sobre un altar en la iglesia donde estaba enterrado, y a sus lados dos candelas encendidas en el mismo altar, y otras cuatro ardiendo sobre su sepultura. Lo mismo dicen que vieron otra segunda vez muchas personas con admiración, porque se dejó ver sobre su sepultura en su mismo traje de religioso cercado de mucha luz, y resplandor; en lo cual quiso mostrar Nuestro Señor la gloria que este su siervo gozaba, concediéndole lo que al bendito P. Fray Martín de Valencia, a quien, como se dice en su vida, vieron con semejantes señales sobre su sepultura, y con esto se confirma más lo que había dicho el varón de Dios Fr. Francisco Soto comparando la santidad del fundador de México al que lo fué de Michoacán, en que parece haber querido Dios que los que fueron participantes de un mismo nombre, y tan parecidos en la pureza de la vida, y en lo heroico de sus virtudes y tan favorecidos en maravillosos raptos, en que les vieron muchas veces cercados de luces, cuando eran vivos, se manifestasen con señales gloriosas después de muertos. Me llama la atención el haber aparecido este bendito varón en vestiduras blancas sacerdotales, porque con esta divisa se dejó ver después de muerto el gran padre del Oratorio San Felipe Neri, y lo mismo se lee de otros grandes santos; y si los que escribieron sus vidas infieren que el haberse manifestado gloriosos, y con vestiduras blancas sacerdotales, fué para declarar el cielo la gloria especial que gozan por la pureza y candidez con que celebraron el Incruento Sacrificio de la Misa, podemos conjeturar que el siervo de Dios Fr. Martín de Jesús, celebró siempre con pureza de armiño, cuando vemos lo viste el cielo con candideces después de su muerte, poniéndolo como sacerdote sobre el altar.

Pasados más de 80 años después de su muerte, y hecha iglesia y convento nuevo en otro lugar, el año de 1638 siendo ministro provincial el M. R. P. Fr. Cristóbal Vaz, que asistió al estreno de esta nueva iglesia, determinó trasladar el cuerpo de este apóstol de Michoacán y colocarlo en lugar decente a sus merecimientos. Para esta función convocó todo lo más florido de la ciudad de Pátzcuaro, y los viejos y ancianos de toda la comarca para acertar con la sepultura, que ya el tiempo había borrado su memoria. Encontró con los cimientos de la antigua iglesia, y cavando todo el cuerpo de ella descubrieron las gradas del altar mayor, y hallaron una osamenta de cadáver atravesado junto a la peaña todo comido; y según algu-

nas circunstancias, todos juzgaron que era religioso de San Francisco, porque tenía la cuerda tendida a lo largo, y llegándola a tocar se deshizo como ceniza; y al parecer tenía capilla, cuyos bosques se señalaban en los hombros, y por los pechos. Tenía los pies cruzados y últimamente se hallaron unos pedazos de raso azul, que preguntando a los ancianos lo que sería, afirmaron ser fragmentos de la casulla con que lo habían enterrado, porque sabían haber sido costumbre en aquellos primeros tiempos enterrar a los religiosos sacerdotes de nuestra Orden con casulla, como se hace con los sacerdotes de algunas religiones, y con los sacerdotes clérigos seculares. Pareciéndole al M. R. P. Provincial suficientes las congruencias de ser aquellos huesos los del bendito fundador, los trasladó a la nueva iglesia con magnífico aparato de Misa y Vigilia. Hoy totalmente se ignora el lugar de su sepultura, porque el tiempo que consume hasta los mármoles ha borrado de nuestra noticia la memoria, que sólo Dios pudiera con un milagro remediarlo.

Hacen mención honorífica de este siervo de Dios el Ilmo. Gonzaga, nuestro Torquemada con los demás historiadores de la Orden, y el venerable Arturo en su Martirologio Franciscano le pone el día 25 de septiembre "memoria del beato Martín de Jesús, confesor, que con sus ferventísimos sermones y obras casi admirables, convirtió muchos millares de indios a Cristo", a quien sea toda la gloria de haberle dado a Michoacán tan escogido ministro.



CLAUSTROS DE LOS CONVENTOS DE TZINTZUNTZAN
Y ERONGARICUARO.—Fot. de la D. M. C.



FRAY JUAN DE SAN MIGUEL O. F. M.
Fot. cortesía de F. de la Maza.

CAPITULO VI

Vida del insigne varón Fr. Juan de San Miguel, uno después de los primeros apóstoles de Michoacán.



INO este admirable varón a este reino de las Indias después de los doce atlantes de esta conversión indiana y todos los escritores de estas partes no señalan la santa provincia de donde vino, siendo así que todas podían pelear con noble codicia sobre la posesión de joya tan preciosa; pero mientras no se descubre la mina de donde se sacó este oro aquilatado, puede enriquecerse con él toda la santa provincia de Michoacán que lo incorporó entre sus hijos y se gloria de contarle entre sus primeros padres y fundadores. Desde que pasó de España fué destinado para el reino de Michoacán y luego que llegó a él, viendo que para aprovechar las almas de los naturales de este reino era necesario saberles hablar en su idioma nativo, aprendió su lengua con toda perfección y en ella les predicó muchos años con gran fruto y aprovechamiento de los indios. Empleóse con tanto esmero en aquella conversión, que se levantó con la universal aclamación de los tarascos, substituyendo el lugar de su primer fundador en la vida, ejemplo y observancia y juntamente en propagar y extender lo comenzado. Fué muy penitente, casto y de mucha abstinencia, con que su predicación hería cuando enseñaba y en ella conocieron todos los gentiles los motivos de su conversión. Como verdadero ministro del Se-

ñor, se mostraba siervo de todos con una humildad muy profunda y de este centro se levantaba a buscar a Dios en la contemplación y en ella era confortado para emprender pasmosas hazañas en servicio de Dios y bien espiritual de sus prójimos. Estaban en aquellos primeros tiempos los gentiles dispersos en lugares ásperos y entre la maleza de las montañas, y llevado de los fervores de su celo trasegaba los montes y se arrojaba a los despeñaderos para buscar almas que convertir y muchas veces como tuzas acosadas quisieron despedazarle; pero era tanta la eficacia y suavidad de sus palabras, que amansaba sus iras, y los convertía en mansos cordeiros y al retirarse a su convento le salían a buscar balando por aquellas sierras.

Tuvo la palabra de este nuevo legislador la eficacia de su espíritu, pues como luz fogosa no le quedó gruta, peña, ni monte en donde no penetrasen los rayos de su predicación apostólica. Es constante que el santo fundador Fr. Martín de Jesús fundó las primeras iglesias y destruyó los templos de los ídolos dejando extinguidos sus ritos y diabólicas ceremonias; pero no tuvo lugar de fundar los pueblos y darles leyes de política, porque hartó hizo en introducir la fe, dejando lo que faltaba por hacer, a este venerable padre que fué su sucesor y lo cumplió tan exactamente que fué el primero que puso todos aquellos pueblos en política. Para mejor efectuar el celo grande que tenía de la conversión de aquellas gentes, los persuadió el que dejasen los lugares ásperos y montuosos en que vivían y los hizo bajar a tierras más llanas, fértiles y frescas, donde fundó pueblos muy ordenados; haciendo a sus moradores dignos del nombre de hombres, porque carecían de él en las montañas donde vivían, por estar muy dispersos y apartados unos de otros, en lo cual padeció muchos trabajos. Y lo que más se debe encarecer en este hecho, es la eficacia que su palabra tuvo en aquellas bárbaras gentes, pues pudo persuadirles cosa tan dificultosa a los que se habían criado como brutos, haciéndoles dejar los lugares de su nacimiento y venirse a otros, que aunque muy amenos eran para ellos desconocidos. Luego que los tenía congregados, emprendía la fundación, dividiéndola en calles, plazas y edificios, que aunque no eran muy costosos, eran de mucha decencia y servían de ornato al nuevo pueblo. Instruía en el modo que habían de observar en su gobierno, componiendo sus repúblicas y trayendo maes-

tros de todos oficios para que los aprendiesen y así salieron los tarascos tan grandes oficiales.

Ordenó que los niños se juntasen a la doctrina y de ellos escogiesen las mejores voces para la capilla y para que aprendiesen a tocar órgano y con esta diligencia quedaron en todos los pueblos muchos maestros de música y muy diestros organistas; por su industria se introdujeron los instrumentos que sirven para cantar en los coros y los mismos indios los labraban con tanto primor como se ve hasta los tiempos presentes. Puso para estas cosas fiscal, mayordomo y demás oficiales, que conservasen los aranceles que les dispuso para su gobierno y estos son los mismos que han seguido después acá todos los ministros de Michoacán. Fué este siervo de Dios el legislador, como el que pedía el santo rey David, para que estas gentes indómitas supiesen que eran hombres y no del número de las bestias. Lo que más le costó fué el reducir muchas naciones de bárbaros chichimecos, gente bruta y montaraz y que el sacarlos de los montes es reducir una fiera a la quietud de la cadena. Sólo podrá hacer digno aprecio de lo costoso de esta reducción el que considerare la dificultad con que cada uno deja su patria y natural asunto: porque privar a uno de su gusto no lo sabe bien, sino el que se ve forzado a hacer lo que naturalmente le repugna. Tan natural es en todas las criaturas buscar su nativo centro, que hasta una insensible piedra si la tira a lo alto, luego que se acaba la fuerza del impulso se vuelve a la tierra de donde se arrancó con violencia. De aquí conoceremos las grandes dificultades que este venerable varón tendría para arrancar estos indios de su natural asiento y de aquellos brutales gustos y delicias que gozaban en su barbarismo, sin sujetar su libertad a una ley que le quitaba las libertades de su apetito y que forzosamente se habían de sujetar al gobierno de una cabeza los que jamás supieron tenerla.

Cosa es esta la más repugnante, al natural del chichimeco, pues sólo los que han comerciado con ellos pueden dar razón de la vida y trato de ellos, contrario a todas las naciones, que usan alguna política en el mundo. El doctísimo Torquemada hace descripción de los chichimecos y dice son unos indios infieles, bárbaros, que no teniendo asiento cierto especialmente en verano andan discurriendo de una parte en otra, no sabiendo qué son riquezas, ni deleites, ni contrato de política humana. Traen los cuerpos del todo desnudos

y duermen en la desnuda tierra aunque sea empantanada y viven en perpetua soledad, sufren mortales fríos, nieves, calores, hambres y sed y por estas y otras cosas adversas que les suceden no se entristecen. Comen carnes de venados, vacas, mulas, caballos, víboras y de otros animales ponzoñosos, y estas carnes cuando más bien aderezadas las comen sin lavar y medio crudas, despedazándolas con las manos, dientes y uñas, a manera de lebreles. Diferéncianse de los indios de paz y políticos, en lengua, costumbres, fuerzas, ferocidad y disposición de cuerpo por la vida bestial en que se crían. Son dispuestos, nerviosos, fornidos y desbarbados y en alguna manera pueden ser tenidos por monstruos de la naturaleza. No tienen reyes, ni señores, mas entre sí mismos eligen capitanes, grandes salteadores con quien andan en manadas movedizas, partidas en cuadrillas; no tienen ley ni religión concertada, aunque reverenciaban al demonio y lo consultan para sus guerras que las tienen entre sí muy sangrientas. Pelean desnudos untados con matices de diferentes colores y con arcos y flechas con puntas de pedernales, armas que por ser de caña parecen débiles; pero es increíble el estrago, que puestas en sus manos hacen en los hombres armados y en los caballos, aunque vayan cubiertos. Entre estos crueles bárbaros se entró muchas veces el animoso soldado de Jesucristo, sin más armas que las de la cruz que llevaba en el báculo y en el pecho y consiguió muchas conquistas espirituales, a que no hubieran bastado soldados muy armados, con espadas y fusiles; pues enseñaba la experiencia que estos salvajes se burlaban de ellos. Baste por prueba, el haber este venerable padre fundado el lugar que hoy es insigne villa de San Miguel el Grande, y consta por testimonios auténticos que he registrado, fué su primera fundación con indios otomíes y chichimecos, hecha por este venerable padre como lo testifica el crónista general de las Indias, Antonio Herrera, quien asegura en la Década 8a. que se dió después el nombre de San Miguel a la villa, por una iglesia que fundaron unos religiosos franciscos, que fueron de Xilotepec a aquel lugar y primero se llamaba Itzcuinapan, que quiere decir "agua de perros". Esta noticia combinada con las que saqué del becerro del convento de Santa Clara y lo que dice la crónica de Michoacán, hacen fe de que el V. P. Fr. Juan de San Miguel fué el fundador primero y que le dió el nombre del santo príncipe, que hasta hoy se conserva y se mantuvo en aquel

lugar con otros religiosos mientras se fundó presidio para defenderse de los chichimecos, dejando con los militares un capellán que les administró en aquellos principios. Por sólo esta empresa se puede rastrear el espíritu apostólico con que trabajaba este siervo de Dios, que se hubiera mantenido allí mucho más tiempo, si la necesidad que había de operarios en Michoacán no le hubiese obligado a levantar la mano de aquella labor dejando en otros hombros su cultivo.

En lo que pudiera repararse sobre lo dicho, es en la noticia del cronista Herrera que asienta fueron religiosos de Xilotepec los que fueron a fundar el sitio de San Miguel; pero no obsta que fuese uno de ellos y el principal nuestro Fr. Juan de San Miguel, pues en aquel tiempo era una sola custodia la del Santo Evangelio y tenía por suyos los conventos que se iban fundando en Michoacán, con que pudo haber salido este venerable padre de Xilotepec y tener hecha la iglesia de San Miguel, cuando se hizo custodia Michoacán. La crónica de esta provincia refiere, que después de haberla dejado este venerable varón y que se hizo villa de españoles, se mudó el sitio de la iglesia un cuarto de legua más arriba, hacia el oriente, por la comodidad de las aguas. El nombre que da al sitio Herrera, de Izcuinapan, diciendo que significa "agua de perros", no he podido encontrar en autor alguno la significación de dicho vocablo, porque ni es de la lengua mexicana, ni los otomíes tienen esta voz como le he preguntado a personas muy inteligentes de este idioma y pudo ser voz bárbara que usasen los chichimecos que había por entonces en aquel puesto (41).

Volviendo a la narración de lo que trabajó el venerable padre le fué muy costoso el reducir a los bárbaros a que se contentasen con tener sólo una mujer, que es lo que permite la ley de Cristo, repudiando la multitud de ellas con que los tenía embelesados el demonio. Cosa fué ésta que apuró más la paciencia de los ministros, que toda la conversión; porque ya el amor en ellos como había echado raíces se estaba inmóvil, cuando oía que el evangelio no admitía muchas mujeres sino una, no miraba su barbaridad sino las conveniencias de su apetito y así no acababan de resolverse, luchando el espíritu con la carne sin determinarse a lo que les era tan conveniente. En fin, las palabras de este predicador evangélico fueron llamas abrasadoras que destruyeron todas las dificultades que se

les oponían y convirtió tantas almas como pinos tiene la montaña y repudiando todas las mujeres que tenían en su gentilidad, se casaban con una según el rito de la santa romana iglesia. A las dificultades que se les ofrecían preguntándole si era válido el matrimonio contraído con mujer estéril uno, respondía con la autoridad del gran padre San Agustín, que debía mantenerse, pues aunque fallara la fecundidad, se podían verificar los honestos fines para que se instituyó el matrimonio, que son la unión, gracia matrimonial y la propagación de la naturaleza, que si por accidente falta no puede anular lo válido del matrimonio.

CAPITULO VII

De otras cosas muy memorables que emprendió el siervo de Dios.



ENCIDAS estas primeras dificultades, prosiguió en la demanda de su ministerio corriendo personalmente las cumbres de toda la sierra de Michoacán en busca de los indios, siendo el caudillo que abría el camino por aquellas serranías y desiertos a pie, desnudo y hambriento, ayunando casi todo el año, sin perder un punto las horas del Oficio Divino, aunque fuese entre tigres y leones y en los mismos bosques donde habitan estas fieras, hacía sus disciplinas ordinarias todos los días, pidiendo a nuestro Señor el acierto de sus designios. Muchas veces iba rompiendo la nieve en tierras tan frías como hay en la sierra que era menester el espíritu de nuestro padre San Francisco para caminar adelante; otras veces experimentaba los bochornos de la tierra caliente sin yedra que lo albergase, como al profeta Jonás, sino un roto sombrero que le defendía para no quedar más tostado de los rayos del sol. Quien le viera en estos momentos correr como sierva amorosa al socorro de los hijos, diría que era violencia y rapto de un espíritu celestial y no de un hombre descalzo, desnudo y falto de toda conveniencia humana. A su incansable trabajo atribuye la crónica la mayor parte de todo lo que se pobló en Michoacán, que fué el principal ministro que pobló las cabeceras de los pueblos y a su imitación se fueron poblando y congregando todos los demás con la misma política y observando el mismo estilo en la fábrica de las iglesias, en

la doctrina y asistencia de los niños para aprenderla y en todas las demás cosas temporales.

En donde dejó más señaladas las huellas de su fervoroso espíritu y en lo material más perpetuas memorias de su aplicación a lo político, fué en el pueblo de Uruapan. Fundada ya gran parte de la sierra, llegó el siervo de Dios a este sitio y viéndolo tan ameno, fecundo y vistoso, le pareció que el mismo cielo con su alegre semblante miraba aquel paraje con especial agrado. Hizo alto allí el colono seráfico, caudillo del pueblo, apóstol de su iglesia y tiró las líneas para fundarlo en el mejor lugar que contenía todo aquel valle, y que tiene todo el reino de Michoacán, repartiendo la población en sus calles, plazas y barrios, con tan linda disposición que pudiera emular la aristocracia de Roma. Dió a cada vecino su posesión, mandando que desde luego hiciesen casas y que en cada una pusiesen su huerta, plantando todo género de frutas, plátano del muy pequeño y exquisito, ate, chicozapote, mamey, lima, naranja, limón real y ordinario, y no sé si desde entonces se plantó un limón grande y exquisito que tiene dentro otro limón pequeño con corteza y pepitas como el mayor, que a cuantos lo han visto les ha causado curiosa admiración. No hay casa de indio, que no tenga de todas estas y otras muchas frutas de Castilla y agua de pie para la verdura, con tan linda disposición y arte que todo el pueblo parece un país flamenco, de frutales tan levantados que compiten con los pinos para subirse al cielo. A un lado del pueblo está un ojo de agua de doce varas poco más o menos de circunferencia, tan profundo y corpulento, que discurriendo hacia el poniente a tiro de piedra es ya un río tan caudaloso, que impide el vadearse y sirve de cinta o muralla a la población. De allí a dos leguas enfrena su curso en una montaña tan espesa que como esponja sedienta se bebe todo el raudal y no despide gota hasta verse harta. Lo que causa admiración a la vista, es el que desmenuzándose toda la copia de agua por entre los pinos, riscos y peñascos se despide gota a gota por la otra parte de la montaña, y parece como lluvia de aljófár o un grande copo de nieve, que pudieran enriquecer a los poetas de sus fingidas perlas, aljófár y cristales. Apenas gana pie de agua y recoge sus desperdicios cuando vuelve a formarse hermoso río que corre hacia el poniente y cría en sus cristales muchas truchas y otra variedad de pescados. Demás de este río hay dentro de Uruapan

otros muchos ojos de agua, con que le fué fácil al siervo de Dios encañarla por todas las calles y casas del pueblo, sin que haya alguna que no tenga: y así todo el año se ve fruta y verdura por ser la tierra tan fértil en tanto grado, que en todo su circuito se está sembrando, cogiendo, espigando y naciendo el trigo en todos los tiempos del año; con que siempre está dando fruto y es cosa bien de notar que en aquel terreno a quien el cielo hizo tan fecundo, se ven a un mismo tiempo unos segando, otros sembrando y otros aventando el trigo en las eras. La razón de esta hermosa fecundidad es porque a las cinco de la tarde se levanta una marea tan suave y fresca, que estorbando las inclemencias del cielo, dura hasta las cinco de la mañana y así nunca hiela: con que se ha conservado el pueblo con la misma abundancia que en su primera fundación. Antiguamente se mantenían más de mil fuegos, que eran otras tantas familias; aunque con las pestes que después han sucedido se han minorado los habitantes; pero no el comercio, que como es de todo el reino, no cesa la contratación de todos los géneros de la provincia y de la tierra. Es tan numeroso el concurso que hay de todas partes, no sólo de la sierra, sino de tierra afuera, que obligó al pueblo a que introdujera todos los días el tianguis a quien nosotros llamamos feria, donde se compra y vende desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche.

Para evitar la confusión de la obscuridad que trae consigo la noche y poder libremente comerciar y volverse los indios e indias a sus casas, usan el atar en unos quiotes, que son como maderos huecos y largos, manojos de ocote, o tea que encendidos hacen una llama muy hermosa y son tantos que parece todo el pueblo estar como en fiestas iluminado y con esta claridad compran y venden y se pueden volver con mucha facilidad a sus casas. Fundado el pueblo y repartido con la disposición que hemos visto, trató el siervo de Dios de fabricar una iglesia a todo costo, pues la que antes tenían aunque era muy capaz, era toda de tablas y madera. Como los indios eran tantos y la devoción que profesaban al venerable padre era mucho mayor, apenas lo propuso cuando comenzaron a juntar materiales y a poner por obra una iglesia muy grande, suntuosa, como para concurso tan crecido, siendo su labor de calicanto y tan costosa, que pudiera consumir un patrimonio, si el del venerable padre no fuera el de Cristo. Concluída la fábrica la adornó de re-

tablos, órgano, ornamentos, como pudiera un gran potentado. Después de esto, emprendió la obra de un hospital para la curación de los indios enfermos y lo concluyó a toda satisfacción, que por sí solo bastaba a hacer memorable su nombre y hasta hoy en día se mantiene mucha parte del edificio antiguo, de que puedo ser testigo ocular cuando hice misión en aquel pueblo. Púsole su retablo y órgano, fundándole su renta, como hizo en los demás hospitales, de que hablaré después. Fundado el pueblo, hecha la iglesia, y acabado el hospital, repartió él la población en sus barrios, dándole a cada uno de ellos su capilla con el retablo del santo, para que todas las noches se juntasen todos los del barrio, después de la oración, a cantar la doctrina y parecía coro de religiosos.

Como cada capilla está en los remates de las calles, unas a otras se están mirando y hermoseando la disposición del pueblo; y como está dividido en nueve barrios, son nueve las capillas, cada una con sus ornamentos y órgano, menos una que no lo tiene. Hecho ya todo lo material de la fundación, puso sus conatos en lo espiritual y político asistiendo en persona al examen de la doctrina, criando alcaldes, mayordomos y fiscales, adornando el pueblo de todos los oficios y poniendo en ellos a los muchachos de la doctrina para que los aprendiesen: y juntamente escuelas de canto y música, para que siempre la iglesia hubiese cantores y organistas. Este ejemplo siguieron después todos los ministros de Michoacán en la educación y aumento de sus iglesias. Fundado este pueblo y otros a que asistía el venerable padre dejando hechos conventos, vivían ya los indios con aquel consuelo que goza el que después de una larga noche ve rayar el día; y así esta tranquilidad conmovía aun a los que estaban en los montes a que bajasen y se avecindasen en los pueblos, porque veían en ellos el orden y concierto que ellos en su gentilidad jamás tuvieron. Como eran muchos, venían entre ellos bastantes enfermos, que habitando con los demás en sus casas les ocasionaban grandes pestes. Lastimado el caritativo padre de la mortandad que iba experimentando, discurrió, ayudado de Dios, hacer en todos los pueblos hospitales junto a los mismos conventos para que así el extranjero como el morador hubiese recurso en sus enfermedades: quien hubiere visto y experimentado la pobreza de los indios y la cortedad de sus ánimos, echará de ver el fondo de este acuerdo, que fué el más acrisolado empleo que pudo inventar la

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

caridad para el mayor servicio de Dios y mayor consuelo de los prójimos, dando a los enfermos alivio en sus enfermedades y que tuviesen a mano los santos sacramentos los que morían y entierro de limosna a quien no tenía con qué costearlos y a los sanos dió margen para la caridad asistiendo a los enfermos.

El orden que tuvo el siervo de Dios fué edificar una iglesia o capilla capaz para administrar los santos sacramentos y después unos salones con sus patios y cocinas: ordenando que cada semana entrasen por su turno los oficiales así hombres como mujeres ocupándose cada uno en su ministerio. En llegando la enfermedad a declararse de peligro se confesaba el enfermo y en la iglesia del mismo hospital se le daba la comunión, juntamente con la extrema unción, con la decencia que en su parroquia iglesia. Dispuso que todos los semaneros a prima noche se juntasen en la iglesia y repartiéndose a coros las mujeres en uno y los hombres en otro, cantasen la doctrina en el tono que la iglesia canta sus himnos y lo mismo al amanecer, añadiendo el himno de AVE MARIS STELLA y PANGE LINGUA, dando la alborada con estas alabanzas divinas. Concluida la doctrina salían de la iglesia y se iban cada uno a su oficio. Instituyó que los sábados se hiciese procesión con una imagen de la purísima concepción de María santísima señora nuestra llevándola en hombros cuatro indios los más principales, con coronas o guirnaldas en las cabezas a la iglesia principal y allí se le cantaba solemnemente su misa, adornada la iglesia con verdes ramos y flores, como si cada sábado fuese la fiesta titular. Acabada la misa daba vuelta la procesión al hospital cantando las letanías de la Señora. Y porque costumbre tan loable y negocio de tanta importancia no desfalleciera con el tiempo, dispuso que en cada un año se juntase toda la comunidad del pueblo sin excusarse alguno y que beneficiasen una sementera de trigo, maíz y otras semillas y que recogidas, en el pueblo las vendiese para medicinas, ropa y sustento del hospital. En otros hospitales fundó la venta en ganados mayores y menores, que con el tiempo se fueron criando hasta llegar, algún hospital, a tener tantas reses como pudiera un hombre bien hacedado. Hasta ahora se conserva esta orden, que con tanta prudencia dispuso este bendito religioso y es de mucho consuelo para los que ven su permanencia después de tantos años.



CAPITULO VIII

Concláyese la materia del capítulo pasado y se dice la feliz muerte del venerable padre y cómo le levantaron estatua los indios de Uruapan.



UCHA gloria le granjeó a este venerable varón el haber sido el primero que trató de hacer hospitales en todos los pueblos de Michoacán y Xalisco; pues como dice nuestro Torquemada, él fué el que los fundó generalmente, así en los que ahora están sujetos a la doctrina de los religiosos de nuestro padre San Francisco, como en todos los otros que administran religiosos, hoy curas seculares; no sólo a fin de que se curasen los enfermos del pueblo, sino los pasajeros que enfermasen. Sirven también estos hospitales de dar posada a los peregrinos y de darles graciosamente el sustento según la posibilidad de cada uno. Pero lo que le granjeó mayor crédito y que puede servir a su cabeza de corona, es haber puesto en todos los hospitales la advocación de nuestra señora de la Concepción y en todos fundó cofradía de la misma denominación, entrando en ella todos los que querían voluntariamente, sin pagar asiento, ni entrada. Ordenó que de estos cofrades entrasen sirviendo cinco o seis cada semana con sus mujeres para el regalo de los enfermos: fué de tan feliz efecto esta providencia en aquella tierra, que en la pestilencia grande que hubo el año de 1577 donde murió la mayor parte de los indios, estuvieron en algunos hospitales de éstos más de cuatrocientos enfermos donde eran servidos y

proveídos con mucho cuidado y caridad y se les administraban con facilidad los sacramentos: lo cual era de todo punto dificultoso fuera de allí, respecto del mucho número de los enfermos y pocos los ministros que andaban administrándolos. Lo mismo se usa en la provincia de Jalisco, así en tener todos los pueblos hospitales, como ser de la misma advocación, cofradía y servicio, porque entonces era todo una provincia; y así ambas provincias deben a este bendito padre este beneficio. Hasta aquí son expresas razones de Torquemada, quien dió más por extenso las noticias de esta fundación de hospitales, obra de varón tan insigne.

El primero que imitó lo heroico de estas fundaciones fué el que por sus muchas virtudes mereció ser el primer obispo de Michoacán, el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Vasco Quiroga, que entró a fundar su iglesia catedral el año de 1537 y después de haber mudado la silla episcopal a Pátzcuaro pasados algunos años, fundó el hospital de Pátzcuaro con el título de la Concepción y Santa Marta, alcanzando para él grandes jubileos e indulgencias y juntamente cédula de su Majestad, en que reserva a los indios e indias que sirven en el servicio personal. Valiéronse estos dos ínclitos fundadores de hospitales, de las concesiones del eminentísimo señor don Juan de Poggio, cardenal de Santa Anastasia (42) legado *a latere* de la santidad de Julio III, en cuya virtud se fundaron todos los hospitales de la Nueva España; pues por este decreto se les daba facultad de poder gozar todas las gracias y privilegios que estaban concedidos al hospital de la Concepción de la ciudad de México. En el Teatro Eclesiástico del maestro Gil González Dávila, tratando de este Ilmo. Señor, pone entre sus grandezas la fundación de los hospitales y siendo cosa constante el haber puesto mano a ellos el venerable Fr. Juan de San Miguel, para conciliar las noticias, baste decir que este señor obispo fundó el de Santa Fe cercano a México, otro en la laguna de Michoacán y también el de Santa Fe del Río, con el de Pátzcuaro, teniendo éstos la grandeza a él solo debida, pues lo fundó con su propia renta y pudo después fundar otros de que no hallo especial noticia en los autores. Muchos años trabajó incansablemente este apostólico padre, no sólo en el reino de Michoacán, sino en el de Xalisco, que en uno y otro tenía muchos conventos la custodia de San Pedro y San Pablo y juntamente se afaná su celo en la reducción de los bárbaros chichimecas, teniéndole de costo

muchos sudores y fatigas y derramando muchas veces su sangre al rigor de las disciplinas, ofreciéndola al Señor muy gustoso, para que diese luz a los que vivían en sombras de muerte y se alistasen por hijos de la iglesia.

Como este venerable religioso había venido de España en edad ya proveya y madura, y se había afanado en la labor apostólica con un tesón inimitable, hubo de rendirse oprimido del peso de la mortalidad sintiendo en la misma debilidad de sus fuerzas que ya le faltaban alientos para empeñarse en nuevas empresas y trató de la más importante, cual era poner en cobro la cuenta que había de dar a Dios de los muchos talentos que le había entregado para comerciar en la contratación de las almas. Duplicados y quintuplicados en las ganancias reconocía por sus cuentas los talentos; pero como el justo siempre se persuade, que es muy poco todo cuanto ha trabajado en servicio de su Dueño, reconociendo que le faltaba poco para despedirse de este mundo, se vino a su querido pueblo de Uruapan, que era el Benjamín de sus cariños, para descansar en paz donde con tanta paz había trabajado gloriosamente. Estando en este convento lo cogió la última enfermedad y habiendo recibido todos los santos sacramentos con aquella disposición que de sus muchas virtudes debe creerse, resignado enteramente en la voluntad divina, dió el espíritu a su Creador el día 3 de marzo, según el martirologio franciscano del V. Arturo, aunque el año que apunta me parece estar errado, pues pone por número el de 1535 y consta que vivió muchos años después por las muchas memorias de los conventos y hospitales que fundó, lo cual no pudiera ser si hubiera fallecido en ese año y saco por conjetura muy probablemente, que por poner 1555, puso el 3 en lugar del 5 con esto podrá verificarse lo mucho, que en tan distantes partes y lugares, dejó señalado en sus memorias. Otro reparo histórico se ofrece desatar y es que en tres autores clásicos se dice murió en Tarequato; pero yo debo estar a lo que dice la crónica de esta santa provincia.

Fué muy llorada su muerte de todos los tarascos y con especialidad de los que había congregado en el ameno sitio de Uruapan, que cotejando la vida que tenían de racionales, viviendo tan gustosos y acompañados, con la que antes habían tenido en su ciega gentilidad, metidos en las cavernas de la sierra, no se hartaban de dar gracias a nuestro Señor, y después a su fiel siervo Fr. Juan de

S. Miguel, por haberlos sacado como otro Moisés del cautiverio del Egipto de su gentilidad, pudiendo decir que ya estaban tan contentos en su pueblo como en la Tierra de Promisión. Crecía su agradecimiento al considerarse amparados en el gremio de la santa iglesia y con el conocimiento del verdadero Dios, que antes no conocían, bautizados y casados por la iglesia y todos estos bienes juntos hacían recuerdo que les habían venido por mano de este bendito varón, a quien tomó Dios por instrumento de su dicha. Esta memoria seguía los pasos del tiempo y porque no la borrasen los años, determinaron los tarascos levantar estatua a su fundador para que siempre estuviese recordando a los venideros los beneficios recibidos. Estilo loable que en todas partes se observó fué el de levantar estatuas a los varones insignes. Los egipcios pusieron en su templo la estatua del patriarca Joseph, por memoria de haberles mantenido con trigo en los años de esterilidad y sobre la cabeza de la imagen colocaron la medida del celemin. Los hebreos pusieron sobre el sepulcro de Josué la estatua del sol, en memoria de aquel portento maravilloso de haberlo hecho parar en lo más fogoso de su carrera, para dar cumplimiento a la victoria de sus enemigos. Estos y otros muchos ejemplares que se leen a cada paso en las historias, parecen haber querido imitar los agradecidos tarascos, poniendo estatua a su Joseph seráfico, que les proveyó del mejor trigo de la doctrina evangélica y del pan de los sacramentos.

Labraron, pues, una piedra retratándolo con todo el primor que les dió el arte y levantaron la estatua sobre el frontispicio del hospital, en memoria de haber sido su primer fundador y de la iglesia y demás fábricas del pueblo, para que allí fuese perpetuo padrón de sus obligaciones y memorial eterno de su agradecimiento. No cuidó este apóstol seráfico mientras vivió de granjear honras en su vida; pero sus muchas virtudes y merecimientos le granjearon después de muerto, tantas estimaciones aun de los mismos indios, que no hallaron otro modo de explicar su agradecimiento, que levantando la estatua, con la cual hasta hoy confiesan mudamente que lo tuvieron por padre y por restaurador de todos sus pueblos y conveniencias. La han mantenido en discurso de tantos años con tan gran veneración, que temerosos no viniesen de otros pueblos que fundó el venerable padre y les hurtasen la estatua, la tapiaron a calicanto en el mismo nicho en que antes la habían colocado. Al-

gunos años después sucedió que habiéndose fraguado una tempestad desecha cayó un rayo en el hospital, e hizo tan fatal estrago que dejó muertas treinta y tres personas. Quedaron asombrados los indios con la vista de tantos muertos en un instante y cuando les dió lugar el espanto de volver en sí, daban voces lastimeras y decían a grito en cuello, que aquella mortandad tan impensada les había venido por castigo del cielo, por haber ocultado la estatua de su verdadero padre y fundador, y así determinaron luego descubrirla como lo hicieron con muchas lágrimas pidiéndole perdón como si estuviese vivo; pues lo estaba en su memoria y agradecimiento; y desde entonces la miraron con más veneración y la velan hasta hoy con tanta solicitud y cuidado por no verse en otro peligro semejante; pues siendo los indios tan hijos del temor y la sospecha, les presenta su imaginación que al menor descuido que tengan los ha de castigar aquel retrato.

Hacen memoria de este insigne varón nuestro Ilmo. Gonzaga cuando trata de la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán y le llama predicador elocuentísimo en la lengua tarasca y lo da sin controversia por primer fundador de los hospitales con el título de la Concepción Purísima, y dice, que aunque no tuviera hecho otra obra memorable, esta sola no hay palabras con que dignamente pueda alabarse. Pone su fallecimiento en el convento de Tarequato, que según su narración era entonces en orden el décimo sexto, pero se debe estar a lo que dicen los domésticos de que está su sepulcro en el pueblo de Uruapan y que fué enterrado al lado del evangelio. Nuestro V. Arturo en su martirologio franciscano hace mención de él y le da el título de beato, diciendo que fué muy esclarecido en palabra y ejemplo y que fué causa de la salvación de muchos indios. Cita a Rapinep en su Historia General y a nuestro Mariano Florenlín, que ambos escribieron las virtudes de este venerable padre. Nuestro Torquemada escribió compendiosamente su vida y sólo cifra sus elogios en decir que fué religioso de mucho nombre en la provincia de Michoacán en aquellos primeros tiempos y que falleció como hombre apostólico y gran ministro de esta indiana iglesia (43).

Con no poca mortificación me he ceñido en la vida de un varón a todas luces tan digno de que no se ignorasen sus prodigiosas hazañas; pero por lo poco que descubren las noticias referidas, se



CAPILLA DEL HOSPITAL DE URUAPAN, con la estatua de Fray Juan de San Miguel.—Fot. de la D. de M. C.



FRAY JACOBO DACIANO O. F. M.
Foi. de Manuel Septiën S.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

podrá conocer la especial obligación en que puso a esta santa provincia de Michoacán de tener siempre muy vivas sus memorias para imitar sus heroicos hechos y pueden tener mucho consuelo todos los ministros de doctrina, que se ocupan en los conventos de toda la sierra, cada vez que en sus iglesias y hospitales encuentran vestigios de lo mucho que trabajó este incansable operario, que les sirva de animarse en su laborioso ministerio y el venerable padre negociará con Dios a todos los que imitaren su ejemplo, especiales esfuerzos para ganar muchas almas y que después le acompañen en el cielo.

CAPITULO IX

Vida admirable del extático y V. P. Fr. Jacobo Daciano.



A prodigiosa vida del V. P. Fr. Jacobo Daciano puede servir de piedra preciosa para el esmalte de toda esta crónica, siendo como espejo claro en que se ven recogidas todas las virtudes que componen la perfección religiosa. Fué como la piedra de la esmeralda que de ella se hacian antiguamente espejos, como lo tenía Nerón para ver los juegos gladiatorios. Esta hermosa piedra, dice San Isidro, no padece peregrinas impresiones, porque sea puesta a la luz, o en el sol, en la sombra o en el fuego de un mismo modo despide un lento y suave resplandor.

Tuvo su origen no menos que de sangre real heredada de los reyes de Dacia, que le empeñaba por la misma naturaleza en acciones heroicas, y conduce mucho para acreditar la virtud la sangre noble; pues es cierto que si un hombre habiendo nacido grande, baja por el conocimiento propio a los abatimientos de una humildad cristiana, sirve de poderoso ejemplar, que eficazmente persuade a los de alta calidad para el empleo de la virtud, y que con ella hagan más gloriosa su fama. Desde sus primeros años nos le pintan las escasas noticias de su vida muy virtuoso. Descubrió muy tierno una índole maravillosa, porque era su mansedumbre y afabilidad un dulce atractivo de los afectos, su ingenio dócil, el natural vivo y perspicaz y su voluntad inclinada a todo lo que era bueno, con

que sus nobles padres no tuvieron otro trabajo sino el de pulir esta esmeralda con santos consejos, y con darle maestros que le enseñasen, y con la mucha aplicación de la criatura, en breve supo leer y escribir y después lo entregaron a un preceptor de quien aprendiese la latinidad en que hizo tan buen logro, que salió en ella consumado. Todos los ratos que le sobraban de su estudio los ocupaba en tareas de devoción, ocupado en los templos, sirviendo las misas, asistiendo a los sermones y su principal cuidado puso en huir de las malas compañías pues no admitía por familiares sino sólo los mancebos que conocía virtuosos.

Con esta buena crianza fué creciendo en la edad, como en el temor de Dios hasta que llegó a cumplir los quince años, y cuando pudiera por las conveniencias que le brindaba la abundancia de su familia, y la nobleza de su sangre tirar por la línea de las grandezas del mundo, tocado de la mano poderosa de Dios quiso dejar el mundo, y todas las conveniencias de sus padres, por sólo buscar a Cristo. Pidió con toda humildad el hábito de N. P. S. Francisco en la misma provincia de Dacia, que era entonces una de las más religiosas, doctas, y graves que hermozeaban la religión seráfica. Con mucho consuelo de los religiosos, fué admitido al noviciado, y después a la profesión que hizo con mucho consuelo de su espíritu. Ayudado de la divina gracia fué creciendo en virtud deseando ser pobre en la casa del Señor, antes que rico en los palacios de los reyes, no queriendo poner su confianza en el favor de los príncipes en el cual no se halla la salud, porque algunos o tienen limitado el gobierno, que cuando menos piensan se les acaba, o ya que lo tengan perpetuo son mortales, y con larga o corta vida cubren las cenizas la corona. Por esto se preció este verdadero seguidor de Cristo N. Redentor de unirse más a su divina gracia, que al favor de la sangre real de donde procedía. Entró a cursar artes y Teología y después se ejercitó en aprender las lenguas hebrea y griega para poder entrar mejor en inteligencia de la sagrada escritura, en que fué muy versado, y en todas estas facultades adquirió tantos créditos, que fué uno de los más insignes teólogos de todo el reino, y en las lenguas tuvo la inteligencia en aventajadísimo grado, teniendo los hombres más doctos por un oráculo. Por este tiempo había sacado la cabeza, como dragón infernal, el monstruo de la herejía Lutero, y con sus malditos secuaces disputó muchas veces,

oponiéndose a la libertad de conciencia, que éstos publicaban, y esto duró algunos años, contra estas furias del abismo, entró como nuevo Hércules de la iglesia nuestro Daciano refutando sus errores con tanta energía y espíritu, que los dejaba confusos y vencidos, pero no enmendados, porque la herejía es como la hidra de siete cabezas, que cortada una luego le nace otra. Mucho fruto hizo este V. P. así en los seculares, como en los religiosos, a quienes mantenía con su predicación y consejos para que perseverasen constantes en la obediencia de la Santa Madre Iglesia; y primero diesen la vida que apartarse de la fe católica. Donde más hería el golpe de los herejes era en los religiosos, procurando atraerlos con las falsas apariencias de sus licenciosas doctrinas, esperando de sus astucias, que como el rayo en la roca hace mayor estrago sería mayor el escándalo, si pudiesen vencer en los religiosos la constancia. Pero como la presencia del sol ahuyenta las tempestades, así ahuyentó Jacobo las de la herejía, y preservó a sus hijos con el escudo de sus letras, siendo preservativo del veneno, luz de aquellas tinieblas, y padre de aquella provincia así en defenderla como en enseñarle, pues muchos años regentó sus cátedras, y sacó muchos discípulos en virtud y letras consumados. Todo este agregado de prendas, virtud y merecimientos, obligaron a la provincia Daciana, que se hallaba muy oprimida con las persecuciones de los herejes a poner los ojos en el V. Fr. Jacobo eligiéndole su ministro provincial librando la religión en sus aciertos los reparos de aquella iglesia; porque los balances que daba amenazaba llevarse a pique aquella barquilla seráfica. Y para que a su sombra se amparasen, y con su valor se resistiesen a tanto tropel de infortunios ocasionados de la novedad de los sectarios, le dieron todos los religiosos la obediencia con el aplauso que merecían sus muchos merecimientos. Aceptó la dignidad, no para honrarse con ella, sin para trabajar con más esforzado aliento.

En este tiempo que era prelado de aquella santa provincia, sucedió que un obispo indigno de serlo por estar tocado de la diabólica lepra de la herejía procuró en diversas ocasiones atraerlo al error de su desventurada ceguera, pareciéndole que estando tocado de ella, siendo provincial, podría fácilmente inficionar a otros religiosos para que aquella secta como mancha cundiese. Pero el varón

de Dios que seguía la Ley verdadera de Jesucristo mostrándose siervo leal suyo, no sólo no consintió con esta inicua persuasión que le hacía este mal enseñado prelado; pero se la condenó refutando con eficacia sus errores. Viendo, pues, el hereje que sus razones embobaban el filo en la firme constancia de Jacobo, remitió a las manos lo que no podían conseguir las palabras y determinó quitarle la vida. Estando un día el V. provincial tratando con el obispo de la reparación del pueblo, viéndole tan constante en la fe, y que su santidad se le asomaba al rostro a reprobárselo su determinación, ciego de cólera volvió el rostro, y mandó a uno de sus criados, con la cautela que se requería, en la presencia de este Abel inocente que le matase al salir de su sala, lo cual dijo en lengua italiana, que el bendito varón no entendía. El compañero que en esta ocasión llevaba era un religioso laico muy entendido en ella; y despidiéndose el provincial del obispo, que quedaba lleno de turbaciones, le detuvo el compañero diciéndole: "Deténgase, padre, que ha mandado el obispo que le maten al salir de aquí". A éste respondió con mucha serenidad el V. P.: "no es llegada la hora de Dios, que más trabajos he de padecer que éstos, porque es voluntad suya que pase por estos trances, quien ha de convertir tantas almas, y ser luz de un mundo". (Profecía con que entonces aseguró la gloria a Michoacán). Salió Jacobo de la sala del obispo, y rompiendo por medio de los ministros quedaron todos asombrados sin saber cómo les faltó el valor para ejecutar el orden que tenían.

En la respuesta que dió el siervo de Dios se descubre particular espíritu que lo ilustraba, y predicción de lo que en adelante le había de suceder, pues vemos que aunque estaban avisados los ministros luteranos para matarlo sin recibir mal, ni daño alguno se salió a vista de todos no de otra suerte, que cuando el toro sacude del cuello la coyunda, y sale libre, y denodado por en medio de la gente, que le tenía echado el cerco, cosa que a todos los dejó llenos de espanto. Gran mal descubre este trágico suceso; pues en él vemos lo que ciega la malicia cuando no se refrena con el temor santo de Dios, pues hace dar de ojos al que debiera ser luz para enderezar su rebaño por las sendas del cielo, e intenta apagar la luz que difundía este varón apostólico para quedarse más de asiento en sus tinieblas. Representó esta vez el caso de Daniel cuando por no ha-

ber querido hincar la rodilla a la estatua de Nabuco, por dar adoración a su Dios verdadero, fué condenado al lago de los leones; pero así como refrenó el Señor la furia de estas hambrientas fieras, quedando Daniel libre de sus garras, a este modo ató el mismo Dios las manos a estos leones infernales, para que no ofendiesen a quien tanto cuidaba de su honra, y no quiso doblar la rodilla a la imagen de la herejía. Conociendo, pues, el varón de Dios el riesgo en que estaba metido, entre tantos enemigos de la fe católica, que como otros presumidos fariseos interpretaban mal la ley de Dios por seguir los caminos errados y de perdición, determinó, como el Santo Loth, salir huyendo como de Sodoma para no perecer en el incendio que iba por todas partes atizando la herejía, y el ausentarse de aquella tierra no era por temor de la muerte, pues estaba pronto a rubricar con su sangre las verdades de nuestra santa fe, sino porque se hallaba llamado con claras inspiraciones de Dios para dejar la compañía de los herejes, que lo desmerecían.

Teniale Dios destinado, como al Santo Patriarca Abraham, para padre espiritual de muchas gentes; y como allá le mandó salir al Santo Patriarca de entre los idólatras, con quienes vivía, y le señaló la tierra donde había de habitar, así le intimó el mismo Señor a nuestro Jacobo salir de entre los herejes, y le señaló esta tierra de Nueva España donde había de reengendrar en Crsito tantos hijos como fueron los que convirtió, y redujo a la fe con su doctrina. Con este oculto llamamiento de Dios renunció el oficio que tenía de provincial, y se salió fugitivo como quien escapa de la tormenta a favorecerse en tierra de católicos, desnudo, solo, a pie y descalzo pidiendo limosna de puerta en puerta ¿quién no se pasma al ver una mutación tan monstruosa?; el que antes era la mayor persona del reino de Dacia, ahora se mira fugitivo, desamparando su misma sangre, parientes y conocidos. El que de todos era tenido por oráculo, venerado por su virtud y letras, sale desterrado, y sin la menor comitiva, quien antes despreció la púrpura no saca más defensa para los fríos y escarcha, que los remiendos del sayal y la jerga. Muchos fueron los trabajos de que hizo sacrificio a Dios en esta jornada, pues caminando por tierras extrañas y desconocidas como eran para él todas las que hay desde el reino de Dacia, hasta nuestra España, le era preciso en muchas partes armarse de paciencia.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

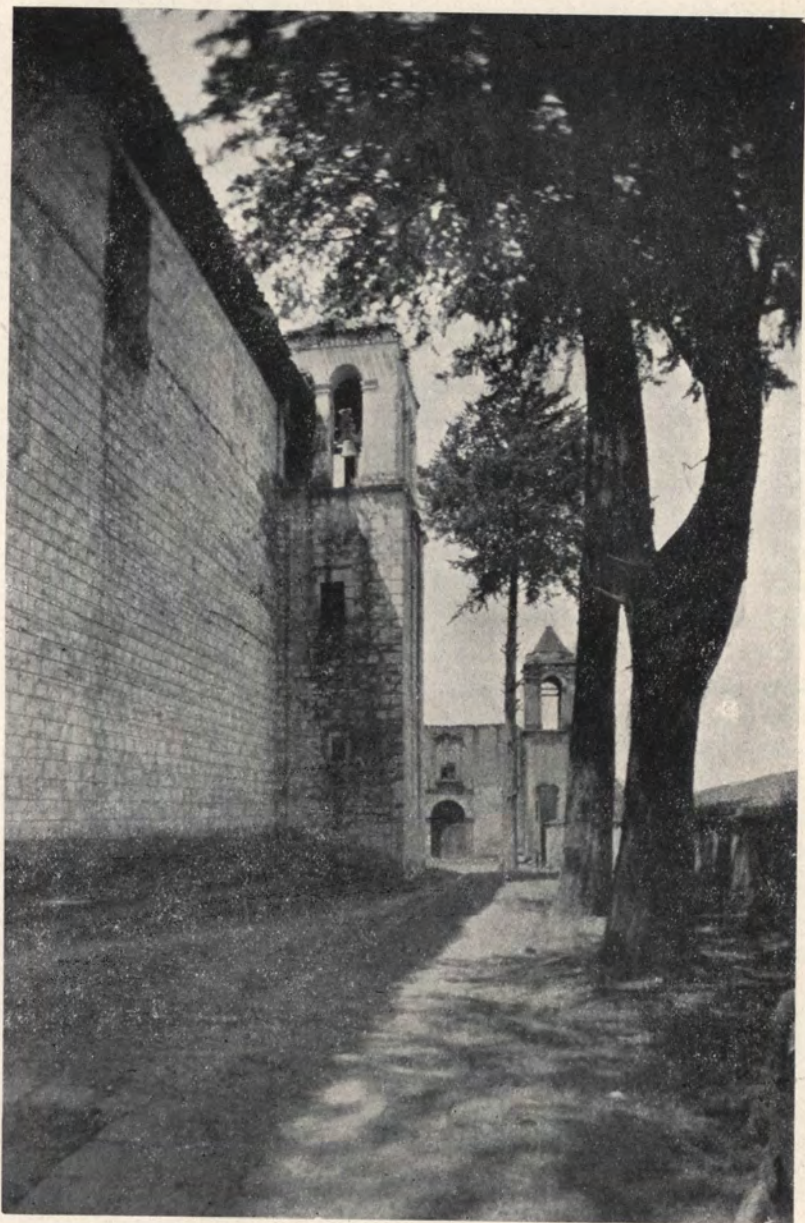
porque en lugar de hospedarlo lo ultrajaban y menospreciaban como a extranjero y desconocido, y los muchachos lo escarnecían viendo tan pobre y despreciado y le tiraban con lodo. En medio de tanto tropel de trabajos le hizo el costo de su viaje la Soberana Providencia, que nunca falta a los que ponen en Dios toda su confianza y atesoró muchos méritos en las varias penalidades de toda esta jornada.

CAPITULO X

Pasa el V. P. a estas Indias y viene a ocuparse en el reino de Michoacán.



UE nuestro Jacobo una viva imagen del santo patriarca Jacob, y si éste huyendo de Esau se ausentó de sus padres y parientes para ir a Mesopotamia, quiso el Señor remunerarle este trabajo con muchas bendiciones, y se le manifestó en aquella misteriosa escala; a este Jacobo seráfico, fugitivo de sus parientes, y de su real sangre, lo veremos colmado de bendiciones en tierras extrañas, favorecido de Dios con celestiales visiones. Llegó a la corte del monarca católico, que a la sazón lo era el invictísimo Carlos V, a quien representó los destinos de su jornada, y los incendios de su abrasada Troya, y como este cristianísimo emperador fué tan acérrimo impugnador de la herejía, se compadeció mucho de ver una persona de sangre real, tan ultrajada, y desconocida, y le dió toda aquella honra que merecían su alto nacimiento y prendas decorosas. En este tiempo no se trataba de otra cosa entre los religiosos que de la mucha necesidad que había de ministros en estas Indias Occidentales, y valiéndose nuestro Daciano del favor del rey católico, le pidió con instancia facultad para pasar a estos reinos, y ocuparse en la conversión de los naturales. Entendida por su majestad su singular virtud, letras y nobleza, y con esto su muy ardiente deseo de emplearse en el servicio de Dios, y en la salvación de los



CONVENTO DE SAN FRANCISCO EN PATZCUARO.
Fot. de la D. de M. C.

nuevamente convertidos, le alcanzó patente de sus preladados, y de su parte le dió cédulas reales muy favorables de recomendación para el Virrey, y Real Audiencia de esta Nueva España encargando el decoro de tan gran persona. Conseguidos ya todos sus despachos se entregó a las inconstancias del golfo trayendo por norte seguro el de la mayor gloria de Dios y celo de las almas, deseando que la nave en que venían tuviese alas para llegar más presto al fin de su destino, que era convertir muchas almas para Cristo.

Llegó a las Indias como el sol, en la mañana, que alegra el occidente, e hizo alto en la provincia del Santo Evangelio, que entonces era la madre de todos los conventos que había fundados en estos reinos, y fué recibido de todos con especial aclamación; porque en todo se mostraba el conjunto de prendas que en tal varón concurría. No se valió de los favores reales, para otra cosa más que el ser admitido entre los operarios seráficos de esta viña, pues venía huyendo de las honras que pudiera lograr manteniéndose en la Europa. Ocupose algún tiempo el verdadero siervo de Dios en aquella santa provincia administrando a los naturales de ellas dilatando la santa fe católica en todo cuanto podía, y enseñando a los indios la Ley de Dios, con afectos de encendida caridad; porque en esto fué muy vigilante y cuidadoso. Estos fueron como ensayos de su abrasado espíritu, porque deseando servir y trabajar más en la viña del Señor, se pasó a la custodia de Michoacán, donde era innumerable la mies, y pocos los operarios, siendo esta región la que Dios le tenía reservada para que se ocupase en su cultura. Apenas llegó a ella viendo su cielo, su región y esfera, se llenó de espirituales regocijos con la esperanza que le prometía la mucha mies que Dios le ponía delante, de llenar los graneros de la iglesia con la conversión de muchas almas. Para poder doctrinarlas aprendió luego la lengua tarasca y la supo con tal primor como la latina, griega, y hebrea y comenzó a predicar en ella con tan gran celo y fervor que abrasaba los corazones haciendo grandísimo fruto en la conversión de los indios, de los cuales bautizó tantos que su vida no le puso guarismo y ganando cada día tierra al demonio libértó a muchos de sus garras, haciéndolos cristianos, y derrocando por toda aquella sierra los ídolos que aún se conservaban muchos entre las cavernas escondidos.

Discurriendo este siervo de Dios por las fragosidades de la

sierra de Michoacán, llegó al pueblo de Querécuaro, donde había mucha gente, y convocando sus moradores y circunvecinos, les hizo un alto sermón, y en él los exhortó el que sería muy conveniente fabricar una iglesia, donde todos se congregasen a oír misa, y recibir los demás sacramentos, consagrand en ella su devoción al Criador del cielo, y de la tierra. Todos le escucharon con gusto, y se ofrecieron a obedecerle; y luego previniendo instrumentos para desmontar el sitio que al padre le pareciese conveniente, salieron todos juntos en su compañía y bajando la sierra de Cheran les anocheció en el mismo sitio donde está la Iglesia de Tzacapu, y haciendo alto el siervo de Dios con el pueblo, todos se acostaron a dormir. Algunos malévolos y de poca credulidad que nunca faltan en comunidades, más curiosos que devotos, se estuvieron toda la noche en vela acechando todas las acciones del siervo de Dios, porque unos le tenían por hechicero viéndole decir y hacer muchas cosas que a ellos les parecían imposibles, otros le reputaban por endemoniado, y algunos le tenían por alguno de los brujos. Habiendo, pues, descansado el bendito padre pocas horas sobre la desnuda tierra, se levantó a la medianoche como lo tenía de costumbre, e hincándose de rodillas levantó las manos al cielo, y se puso en oración. Fuéle encendiendo el corazón en las puras llamas del amor divino, y arrebatado en un maravilloso éxtasis la violencia del fuego interior le arrebató el cuerpo en el aire, y allí duró suspenso hasta dejarse ver muy despacio de los espías curiosos que llenos de temor y asombro se quedaron dormidos hasta por la mañana. Luego que amaneció los llamó a todos, y les dijo que allí era voluntad de Dios que se hiciese la iglesia, y al punto desmontaron el sitio.

Abriéronse después los cimientos para la iglesia, y se tiró el cordel para formar el convento de Tzacapu, que con el calor del bendito padre y con la multitud de indios que se juntaron, una y otra fábrica se acabó en buen tiempo. Pero no es de maravillar el que tardase poco en hacer el convento, cuando eran tan pequeñas las celdas como las que hoy se ven, que servían de noviciado en Tarécuato, que más parecen sepulcros de muertos que habitación de vivos, de haber visto al siervo de Dios arrebatado en el aire, y puesto de rodillas se les mudó el corazón a aquellos malévolos que lo habían acechado, y le cobraron tanto amor, que ellos mis-

mos publicaban a los otros indios la virtud del siervo de Dios, y eran sus continuos panegiristas. De muchas leguas venían los indios a comunicarle sus trabajos, que como son tan pusilánimes, cualquiera pena para ellos es grande, y la que es grande la hacen mucho mayor, el V. P. los consolaba, y animaba con eficasísimas palabras, en lo cual tenía gracia admirable, y especial don de Dios. Como entonces estaban los miserables indios acosados de los españoles, cual niños destetados en poder ajeno, no había razón que los aplacase, ni cariño que los redujese, hasta que se consolaban con él, porque era tan benigno y afable que robaba los corazones de todos los que le comunicaban, como se dice del seráfico Doctor San Buenaventura. El fuego de su caridad prendía en los corazones de los indios, y al mismo tiempo que los encendía, los ilustraba desengañándolos de todas sus ilusiones, y dándoles documentos muy saludables para conocer los engaños del demonio, y libertarse de las trágicas imaginaciones que tiraba de imprimir en su fantasía. Tan venerado fué generalmente de todos los tarascos este bendito padre, que no tenían aprieto, trabajo ni dolencia que no acudiesen a él como a común refugio y como a padre universal de todo su remedio.

Mostró la Majestad Divina con este siervo fiel su liberalidad, concediéndole para que más se ejercitase su caridad, el don de sanidades de enfermos, y era tanta la opinión que con los indios tenía de santo, que con mucha fe y devoción le traían los niños enfermos para que los bendijese y valía tanto con Dios, que con sola su bendición sanaban. Bendecía también pan para repartir a los enfermos, y muchos de ellos sanaban de grandes y rigurosas enfermedades, y así sanó tantos que se asentó por declarada esta virtud en él. Resplandeció en todas las virtudes con tanto lustre que en cada una ponía tanto cuidado como si fuese sola. Fué muy ilustre, y famoso por letras y nobleza, y mucho más sin comparación lo fué por haber alcanzado la verdadera ciencia de la profundísima humildad y conocimiento de sí mismo, como quien sabía que a los humildes da Dios gracia, y resiste a los soberbios; por lo cual tiró a encubrir todo cuanto podía sus buenas obras de los ojos de los hombres, haciéndolas manifiestas a sólo Dios, que registra lo más oculto de los corazones y sabe reservarles el premio de la distribución eterna. Fué muy señalado en la virtud de

la abstinencia, y nunca bebió vino aunque estuviere metido entre copos de nieve, siempre trajo el hábito a raíz de las carnes, y anduvo descalzo aunque fuera por montes y peñascos. Toda su vida desde que tomó el hábito, anduvo a pie viniendo como un apóstol desde Dacia a Michoacán sin querer ni aun calzarse; querella que pudiera formar la real sangre de Dacia, por verse tal vez entre guijas y pedernales salpicada, cuando aquel penitente cuerpo o tropezaba o caía por accidente en los caminos.

Fué admirable la ligereza con que caminaba de una parte a otra, llevado de la necesidad de sus prójimos, y se conoció que le ayudaba otra fuerza superior, pues caminaba tan ligero y veloz, que sucedió muchas veces salir de un convento para otros con indios, que por el amor que le tenían no lo dejaban, y yendo ellos a caballo caminando tras él al galope, no le podían dar alcance, yendo el V. P. a pie descalzo, y desnudo, y cuando ellos legaban, ya el P. había descansado, y ellos y sus caballos venían rendidos, y tomándole la bendición con admiraciones internas respetaban su prohoj se conserva la memoria, que teniendo su vivienda en un convento que servía de cabecera para otras visitas muy distantes, por ser tan contados los religiosos, decía la primera misa en aquel convento, y después segunda y tercera en partes muy distantes, y muchas veces se volvía el día mismo a su convento, lo cual no podía ser sino prestándole sus vuelos algún alado espíritu. Tenía tan aligerado el cuerpo al golpe de los azotes y disciplinas, que cada noche parecía haber venido de las garruchas, y suplicios de los tiranos; y no eran sino azotes propios, que como fuego encerrado en la fragua de su pecho reventaba la llama por cada ramal de la disciplina, escribiendo con su sangre las finezas del amor que tenía a Cristo, por su amor agotado. Así mismo se trataba con esta aspereza cuando para todos era una pura caridad y mansedumbre, y por esto buscado de muchos españoles que venían de lejos a confesarse atraídos de su santidad y letras, a los cuales oía con grande paciencia, y volvían muy contritos y consolados.

CAPITULO XI

Cómo este V. P. fué el primero que administró la Sagrada Eucaristía en Michoacán a los indios, contra lo que entonces comúnmente se dificultaba.



IENDO cosa muy usada entre los hijos de Adán no conformarse en una misma sentencia en cosas que no están definidas por la fe, es necesario para evitar contiendas, usar de la virtud de la discreción,, que es la que pone medio en los extremos. Hubo en los principios de la conversión de estas gentes diversos pareceres en cuanto a administrar la Sagrada Eucaristía a los indios, diciendo unos, que generalmente no se les debía conceder este beneficio, no fundándose en más razón que en decir "eran los indios incapaces, rudos y tan ignorantes, que muchos los tenían por irracionales, y casi no los distinguían de los brutos". Pero cuan errada sea esta opinión, se hace manifiesto por lo que con tanta erudición escribió el señor Solórzano en su "Política Indiana", y el señor Montenegro, siguiendo a nuestro Torquemada y a Fr. Juan Bautista en sus advertencias para los naturales de este reino. Y dejando las decisiones de los Sagrados Concilios, especialmente el Santo Concilio de Trento, que dispone a quienes se deba conceder; es cierto que se hallan entre los indios muchos con todas las circunstancias que los hace dignos de la recepción de este sacramento. Esto supuesto resta ver las razones

que concurren para no privar a estos pobres naturales de tan gran beneficio, pues es cierto estar obligados los indios adultos capaces de razón a recibir este Santísimo Sacramento por derecho divino y humano. Por el divino, pues son redimidos con la sangre de Jesucristo como todos los demás, y deben ser participantes de los remedios que dejó Cristo en su Iglesia. Por el humano, porque siendo bautizados tienen acción a este Soberano Manjar, como dice el angélico Doctor en la 3a. P., art. VI.

No se puede negar la comunión sino por causa grave y manifiesta y parecía a algunos que los indios eran infames notorios, y públicos pecadores; pero no hay razón, ni verdad para que a todos generalmente se les impute esta culpa, ni están privados por juez eclesiástico, ni seglar de la comunión, que para esto es menester que haya manifiesta infamia. La segunda razón era la embriaguez; pero ésta, según los concilios, ha de ser muy usada y frecuentada. La tercera razón que algunos alegaban, era ser inhábiles, rudos y faltos de capacidad; pero la experiencia ha enseñado, que saben hacer distinción del pan material al consagrado, y que llegan con un temor muy grande a pedir la comunión, y se confiesan para recibirla con mucha devoción, y por la política que tuvieron cuando eran idólatras, y los oficios mecánicos que ejercitaban, se echa de ver que la rudeza en ellos no es natural, sino falta de instrucción, pues no hay indio de tan corto ingenio, que bien enseñado y doctrinado en los misterios de este divino sacramento deje de tener reverencia y devoción para recibirlo. La última razón que alegaban era decir que no saben lo necesario para comulgar, y a esto se les podía responder que si no lo saben era bien enseñárselo, o por caridad si el ministro no tiene a su cargo la administración, o si la tiene se lo debe enseñar de justicia. En un concilio provincial, que se celebró en Lima, los venerables preladados de aquella iglesia hicieron un decreto en esta forma: Aunque es verdad que todos los cristianos adultos, así hombres como mujeres están obligados por mandamiento a recibir este Santísimo Sacramento de la Eucaristía, todos los años a lo menos por Pascua florida; pero los obispos de esta provincia, teniendo atención a que estas gentes indianas son nuevos en la fe y por convenirles y serles muy necesario, determinaron que hasta que estén muy fir-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

mes en ella no reciban este Sacramento, pues es Manjar de perfectos; salvo aquel que se hallase ser idóneo para recibirlo.

Años después se modificó esta constitución por cuanto ya muchos de los indios (dice el mismo concilio) han recibido la fe y doctrina cristiana mejor que hasta aquí, y que no solamente desean muy de corazón recibir este Santísimo Sacramento, pero que lo piden con grande eficacia y devoción, por esto ha parecido a esta Santa Synodo amonestar, como lo amonesta a todos los párrocos y curas, que habiendo oído de penitencia a los indios, y hallándolos idóneos para recibirlo se lo den, por no ser cosa justa negar a los indios el Sacramento, que a todos los cristianos les es concedido. Todas estas razones que después de muchas contiendas sirvieron de pacificar los ánimos después de largos tiempos, las tuvo como hombre tan docto y leído, muy presentes nuestro V. Jacobo, y así luego que predicó el evangelio a los tarascos, como quien estaba tan diestro en su lengua, y sabía todas sus inclinaciones y costumbres, hallando en ellos un rendimiento sencillo, y una fe ciega y obediente con que confesaban la verdad de este Sacramento, se los comenzó a administrar a los indios adultos que hallaba capaces, así en tiempo de pascua, como en artículo de muerte, y se levantó con la gloria de ser el primer ministro que en todo el reino de Michoacán admitió a la sagrada mesa a los indios, no pudiendo disputársele esta primacía, pues hasta nuestro erudito Torquemada dice en su Monarquía, que fué el primero que les administró el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, de donde se tomó principio para administrárselas de allí adelante.

El R. P. Vetancour dice: fué el primero que introdujo el dar la comunión a los indios. Nuestro Ilmo. Gonzaga de quien trasladó en su Martirologio Arturo, dice en la Crónica Seráfica que fué el primero así entre los religiosos de todas las demás órdenes, como entre los sacerdotes seculares, que administró a los indios de Michoacán el M. V. Sacramento de la Eucaristía; con que ya no puede dudarse las muchas dificultades que le costaría romper el nombre en esta ardua empresa. Es verdad que no a todos universalmente concedía este beneficio, sino solamente a los que conocía tener todas las disposiciones necesarias, y que con ardiente

devoción deseaban llegar a aquella Fuente de la Vida, mas como les predicaba continuamente las excelencias de este soberano misterio, eran muchísimos los indios que se disponían para la Sagrada Comuni6n, y muchas más las indias, que por más dóciles entraban con mayor brevedad, y mayor afecto en las cosas de devoci6n en que las imponía este apost6lico maestro. Pudiera traer por confirmaci6n un caso maravilloso sucedido con una piadosa india el a6o de 1540; pero le dejo de prop6sito para expresarlo con todas sus circunstancias en la vida del P. Fr. Pedro de Reina que (Dios mediante) escribiré muy presto. Para que se vea con cuánto fundamento se resolvi6 este V. P. a hacer participantes a los tarascos de la Sagrada Mesa, quiero referir compendiosamente, por la historia de aquellos tiempos, cómo se disponían los indios para comulgar en la pascua. Preveníanse en aquellos principios con mucha oraci6n, ayunos y limosna los que tenían con que hacerla, y los que comulgaban fuera de la cuaresma primero ayunaban una semana. Indio hubo que con su mujer disponiéndose a comulgar en la pascua, ayunaba toda la cuaresma y sólo una vez comía martes, jueves y sábado.

Antes de comulgar hacen su confesi6n los indios, tres y cuatro días antes, y después se reconcilian para comulgar o lo que se les olvid6 en la confesi6n, o lo que han cometido de nuevo, y pueden asegurar los ministros de los indios que están bien doctrinados, que después de haberse confesado hasta la reconciliaci6n no han cometido pecado alguno. Todos se previenen confesándose antes y no aguardándolo para el mismo día de la comuni6n, descuido que es de lamentar entre muchos espa6oles, que el mismo Jueves Santo vienen a confesarse de un a6o entero para comulgar aquel día, y les parece que van santificados, no haciéndose cargo que la memoria es flaca y que lo que ayer se hizo hoy se olvida, y mejor se olvidará lo que se ha hecho en todo un a6o. De uno hace memoria el R. P. Torquemada, que estando él para predicar un Jueves Santo lo llamaron para una reconciliaci6n, y encontrándose con un espa6ol, que le pidi6 le oyese dos palabras, y a la primera le pregunt6 el P. cuándo se había confesado, y le respondi6 que el Jueves Santo antecedente, y diciéndole el padre que su confesi6n quería tiempo, instaba a que le oyese porque quería comulgar

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

con los demás. El padre, que estaba de prisa, le dijo que aquello no podía ser confesión, sino confusión, y lo dejó en el puesto; y cierto es así verdad (dice el mismo padre), que él era hombre libertado, y de opinión trabajosa en el pueblo; porque se vea si estos indios, aunque los tienen por indignos de este Sacramento, son más dignos de El que este español referido. Era en aquellos primeros años tanta la devoción con que comulgaban los indios, que la primera vez que lo hacían les ponían una guirnalda de flores en la cabeza, y se vestían de las mejores ropas, y muy limpias, y habiéndose confesado y comulgado se estaban en la iglesia hasta el mediodía, que se iban a su casa a recogerse en un oratorio.

No comulgaban la cuaresma todos juntos el Jueves Santo, sino desde la primera semana, porque no sería posible en pueblos grandes el conseguirlo, y el día que cada uno comulga aunque sea de trabajo se abstiene de él, y se está en la iglesia dando gracias, y yéndose a su casa a comer se vuelven a la tarde al templo, y en caso de notar que todo el tiempo que asisten a la iglesia el día de comunión no hablan palabra unos con otros, sino que cada uno se está mirando las imágenes o con los ojos bajos en el suelo, que todo arguye devoción, temor, y reverencia al Divinísimo Sacramento. Ninguno hay de estos que comulgan, sean hombres o mujeres que no sepa muy bien la doctrina cristiana, y lo que toca al misterio que reciben, y tienen de memoria los que llamamos ladinos, por estar más versados entre los españoles; muchas oraciones muy devotas con que dan gracias al Señor por el beneficio recibido. A los enfermos si son caciques se les administra en sus casas por la pascua florida; pero todos los demás que son pobres se hacen traer a la iglesia ellos mismos, o cargados en hombros de sus deudos o en la manera que pueden por no privarse de este sacramento. La devoción con que algunos indios comulgan, lo dirá este caso sucedido en Huexotzingo el año de 1528, y lo cuenta el V. P. Fr. Toribio Motolinía.

Un mancebo casado por la iglesia habiendo enfermado de peligro, se confesó con muchas lágrimas y pidió con mucha instancia le diesen el Sagrado Viático; mas viendo que no se lo concedían, clamó al cielo, y a deshora de la noche vió entrar dos frailes fran-

ciscanos y le dieron el Santísimo Sacramento, el que recibió con grande devoción, y luego desaparecieron quedando el enfermo muy consolado. Entró su padre con otros a darle algún alimento y respondió que ya había comido lo que era menester. Preguntóle el padre quién se lo había traído, y respondió: ¿No visteis aquellos dos padres que salieron de aquí ahora? Pues ellos me dieron lo que yo tanto deseaba que era el Santísimo Sacramento. Y de allí a poco tiempo falleció con muestras de singular consuelo.

CAPITULO XII

Tiene revelación el V. Fr. Jacobo de la muerte del emperador Carlos V, y sabiendo antes de la suya propia, muere con mucha edificación, en opinión y fama de santo religioso.



USO hermoso sello a todas sus virtudes este varón bendito con la contemplación en que fué extático, teniendo raptos admirables, despidiendo resplandores del rostro, y andaba a veces tan absorto que más parecía ave en el aire que hombre en la tierra. Dotole el Señor de singularísimas gracias, y entre ellas parece haber tenido el espíritu de profecía, pues estando de guardián en un convento de Santa María de Jesús de Tarecuato, una noche que estaba en oración vió por revelación divina cómo el emperador con su muerte daba fin a lo caduco del imperio humano. Púsose al punto a pedir al Señor por su alma, y luego que amaneció, después de haber rezado prima con los otros religiosos, mandó poner un túmulo tal cual lo permitía la grandeza del difunto en la corta esfera de aquella iglesia, y le cantó una misa de requiem con la mayor solemnidad, que se vió en aquellos principios. Los religiosos, admirados de oír nombrar en la misa al emperador difunto, le preguntaron qué motivo tenía para ello, y respondió que ciertamente era ya difunto (44). Suspendieron el juicio conociendo su santidad, y después de algunos meses que vino la flota y trajo la triste nueva, se supo con certeza que había muerto a la misma hora y el día mismo en que el V. P. le había

hecho las exequias. Quiso Dios a lo que parece, según nuestro discurso que este bendito religioso le pagase luego a los principios de su fallecimiento con esta buena obra, y otras muchas que hizo en lo oculto, las muchas honras que había recibido en la Europa de este cristianísimo príncipe, dándole licencia, y favor para pasar a estas partes donde tanto deseaba. Todos los autores que tratan del V. Daciano están en este punto contestes.

Llegó el término en que la muerte apagó la luz más resplandeciente que tenía el candelero de la provincia de Michoacán, en que había trabajado tantos años que llegó a la última vejez. Sobre sus muchos años le ocurrió una enfermedad mortal, y apenas reconocieron sus amados compañeros que había caído de peligro, le comenzaron a aplicar cuantos remedios les ocurrían en aquel páramo, que no es otra cosa el convento de Tarecuato donde enfermó, y los padres que le amaban tiernísimamente lloraban sin consuelo, y de su parte procuraban con remedios caseros dar algún alivio a la mortal dolencia; pero los desengañó a todos el siervo de Dios diciéndoles manifiestamente no se cansasen en aplicarle medicinas, porque era voluntad de Dios el que muriese de aquella enfermedad, y que una vida tan larga como la suya hiciese curso en aquel convento donde había morado tantos años. Viendo que por instantes se les iba de entre las manos aquella vida tan digna de eternizarse, a instancia del mismo paciente le administraron todos los Santos Sacramentos con imponderable ternura, y después de haber exhortado a los religiosos a la perfecta guarda de su regla, y al celo de la conversión de las almas, entre tiernos coloquios con Cristo Crucificado le entregó su dichosa alma con una paz y serenidad como la que le tenían granjeados los gloriosos trabajos de su apostólica vida. Luego que se divulgó su preciosa muerte, acudieron los indios de aquellas montañas para despedirse del cuerpo difunto del padre más amado que habían tenido, y todos bañados en lágrimas le besaban los pies y las manos, y entre los lamentos y suspiros de los pobres huérfanos, le dieron sepultura los religiosos, que no sólo sentían la falta que a ellos les hacía con su raro ejemplo, sino que se lamentaban en la común pérdida de toda la sierra de Michoacán, que había ilustrado con su doctrina, había enseñado con su ejemplo, y se había granjeado el título de padre universal de estos indios.

No hacen mención todos los que escribieron de este V. P. del año en que murió, y sólo dicen que llegó a su última vejez, con que podemos conjeturar el que habiendo venido a Michoacán antes de ser custodia, después de haber sido provincial en la Santa provincia de Dacia, pasó de los 80 años, trabajando casi la mitad de su vida en la conversión de los tarascos. Nuestro V. Arturo en su martirologio señala su muerte el día 29 del mes de octubre, sin hacer mención del año, (45) y le pone este elogio diciendo: "en Tarecuato, en el reino de Michoacán (de la India Occidental) se hace memoria del beato Jacobo de Dacia, confesor, el cual resplandeció en sangre real, y fué tanta erudición, humildad, prudencia, y caridad en procurar la salvación de los indios, que convirtió a muchísimos de ellos a Cristo, y fué ilustrado con la gracia de sanidades". Nuestro Ilmo. Gonzaga dice que murió este gran padre en el convento de Tarecuato cargado de buenas obras, en madura senectud, y con muy grande opinión de santidad. Nuestro insigne historiador Torquemada cierra el compendio de su vida diciendo: "Verificose en su muerte el fervor de fe con que siempre sirvió a Nuestro Señor, y defendió la verdad de su santa Ley contra los herejes confesándola como muy católico cristiano. Fué temido y estimado de todos los que le conocieron, por muy santo, y cuando le nombraban decían, el santo Fr. Jacobo". Por último, el R. P. La Rea dice que está enterrado con la mayor veneración que puede consagrarle aquella pobre montaña en reconocimiento de haberla enriquecido con sus reliquias; virtudes, milagros, y que dejó la capa con Elias al partirse a sus discípulos, habiéndolos primero llenado de bendiciones, como el patriarca Jacob a sus hijos para que fuesen herederos de su espíritu.

Las memorias que hasta hoy en día se conservan de este V. varón son la mejor recomendación de sus virtudes, y de padres a hijos se ha ido extendiendo la fama venerándolo todos, como uno de los más ejemplares varones, que ilustraron todo el reino de Michoacán, y por esto cuando era Custodia se honró por tenerlo por prelado, y ejercitó su oficio con tanta prudencia, y con caridad tan fraternal, que se mereció las aclamaciones de aquellos primitivos religiosos, y todos ellos, según es común voz, y fama, pudieron haber sido compañeros de N. P. S. Francisco. En lo que fué singularísimo, y que no puede dejar de admirarse es el haber sido tan

pobre, no sólo en su persona, sino en la fábrica de los pobres conventos que fundó, que por los vestigios que hoy se descubren se conoce haber tenido presente la voluntad de su santo patriarca edificando iglesias y conventos tan pobres, y estrechos como los que se usaron en los principios de la religión seráfica. Siendo así que el magnánimo emperador de eterna memoria, D. Carlos V, como patrono de todas las iglesias de las Indias se esmeró en favorecer los pobres conventos de Michoacán enviando para las iglesias cálices muy costosos, que de cada uno pendían campanillas de plata, y custodias para el Divinísimo Sacramento, y fuera de esto se conserva en el convento de Tarecuato un ornamento entero bordado a lo antiguo; reservaba este bendito padre esta alhaja preciosa para las fiestas principales, y para todos los días usaba de ornamentos de lana de todos colores sin querer admitir ornamentos de seda que fácilmente los pudiera tener, pues era tanta la aceptación que con todos tenía, así en la corte de México como en Michoacán, que le darían cuanto pidiese.

Siendo así, que estos ornamentos pobres se usaban en aquellos principios, es cosa rara que sólo los del V. Daciano se han guardado hasta el tiempo presente en señal de la mucha veneración que le han tenido los tarascos finísimos en conservar su memoria, pues en el convento de Tarecuato mantienen en el claustro alto del convento una caja muy grande, y curiosa en que se guarda el ornamento entero que dió Carlos V, y juntamente algunas casullas de las que usaba para decir misa el V. Fr. Jacobo; y para que por el descuido no se pierda su memoria, tiene la caja dos llaves, que guarda la una el gobernador del pueblo, y siempre que se abre es con asistencia de todos los principales, para que no les falte cosa alguna de las que allí se encierran. Por gran favor y con muchos ruegos, e instancias dándoles ornamentos de seda han negociado algunos de los muy reverendos padres provinciales, dos o tres casullas del V. Fr. Jacobo, y tengo noticia haber una, o dos en el convento grande de N. P. S. Francisco de Querétaro soy testigo después de ser religioso, que habrá poco más de treinta años que un M. R. P. provincial en día de N. P. S. Francisco para cantar la misa solemne de aquel día se vistió con una casulla de paño blanco de las que habían sido del V. P. Daciano, y sirvió de mucha devoción, y ternura a todos los que supieron de quién había

sido, y alababan a Dios por su gran espíritu de pobreza. Hoy se guarda en la sacristía entre los ricos ornamentos que tienen para perpetuar memoria de varón tan memorable. Otras memorias conservan los indios del pueblo de Arancaracua, que tienen en una caja muy decente el báculo y sombrero de su V. P., y para mostrarlo, aunque sea a religiosos, se juntan todos, y no lo dejan tocar sino sólo ver, porque les parece que se lo han de quitar de los ojos.

En donde son más perpetuas, y vivas las memorias, con la fama de santidad de este varón insigne, es en el mismo pueblo de Tarecuato donde fué su fallecimiento. Fué enterrado en la sepultura común de los religiosos, pero es tradición constante que los indios lo sacaron después de algún tiempo y lo colocaron en un nicho de la pared maestra de la iglesia tras del retablo del altar mayor, y que allí se conservaba seco, y entero, y puesto en pie, y que cada cuatro o cinco años con mucho secreto traían sayal y le hacían su hábito nuevo, y se lo mudaban guardando los despojos del antiguo como reliquia. Extrañas diligencias han hecho en todos tiempos muchos prelados de esta santa provincia para saber de los indios dónde le tenían, y ni con ruegos ni con dádivas, ni temores ha sido posible el que los indios descubran este secreto; porque es entre ellos voz común haberles dicho el V. P. que mientras se conservase así su cuerpo se conservaría el pueblo y se libertaría de pestes y de otros infortunios. Otros religiosos particulares con alguna luz que tenían de la parte donde decían estaba encerrado el venerable cuerpo, registraron las señales del nicho, y estando ya con una barra para abrirlo, no se atrevieron a proseguir temiendo el alboroto de los indios, y por no tener prevenidos materiales para volverlo a cerrar sin ser sentidos. A un religioso muy anciano le descubrió una india vieja que lo quería mucho el que ella sabía dónde estaba, pero que no podía descubrirlo por los otros indios, y que era cierto que estaba entero, y sólo tenía comida la punta de la nariz. Por última memoria asegura persona fidedigna que en la huerta del convento se conserva verde y fresco un árbol, que es tradición haber sido báculo de tronco seco, y que lo plantó el V. Fr. Jacobo, que siendo cierto, el mismo pregona la santidad de su dueño.

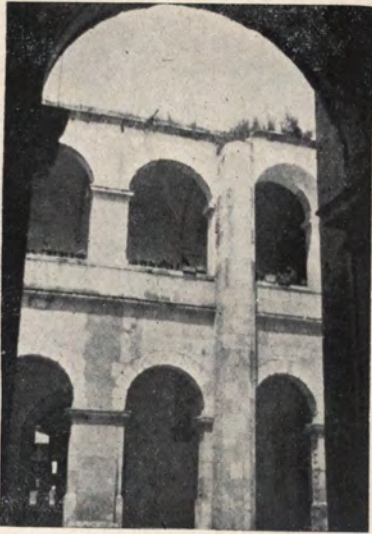
CAPITULO XIII

Vida del V. P. Fr. Pedro de las Garrovillas, insigne misionero de Michoacán.



AS cortas memorias que dejaron los antiguos, de este ilustre varón, no pudiéndose acallar las quejas de la devoción nos contentaremos con decir algo de sus relevantes operaciones.

Nació este siervo de Dios, según conjetura de nuestro Torquemada, en la villa de Garrovilla, que está situada en la Extremadura; y se funda para afirmarlo en que en aquellos tiempos tomaban los religiosos el apellido de su patria, por excusar la nobleza que les podía venir de sus padres por el apellido. Según la descripción del cronista de España, Rodrigo Méndez Silva, estaba la villa de Garrovilla distante a Mérida dieciséis leguas a la parte occidental, abundante de pan, y ganados, con ciento y veinte vecinos, una parroquia y dos ermitas. Eximiose de aldea de Mérida, y se hizo villa año de 1588. Pobláronla moros llamándola Garra, interpretado pelea, por haberla tenido en este sitio, quedando vencedores contra cristianos; a cuya memoria la cimentaron; y juntándose la voz villa, se dijo Garrovilla. Un siglo ha que se hizo esta descripción, y hoy en día puede haber crecido o minorado, con que no me pueden culpar si no digo lo que es de presente, pues no tengo autores de donde sacarlo. Volviendo a mi principal asunto, y dejando entre las cortinas del silencio la crianza y juventud de nuestro mancebo, como hacen los que escribieron



Convento de San Buenaventura de Valladolid.



La Asunción de Erongaricuro.



Convento de San Pedro y San Pablo de Zinapécuaro.



Convento de Tajimaroa.

su vida; en edad conveniente tomó el hábito en la santa provincia de San Miguel, y en ella profesó, estudió y se ordenó de sacerdote, manteniéndose en ella muy observante, y con edificación de los religiosos.

Llegó a sus oídos la noticia que entonces corría por toda la Europa de la necesidad que había de ministros para los indios, y encendido en un santo celo de la honra de Dios, y dilatación del santo evangelio, pasó en misión a esta Nueva España, y luego fué asignado a esta parte de Michoacán donde era crecida la mies, y muy contados los segadores evangélicos. Luego que tuvo a la vista tantas almas en que lograr sus buenos deseos aprendió la lengua tarasca, en que salió muy cabal, y así predicaba con mucho provecho de los naturales, enseñándoles las cosas necesarias para su cristiandad y salvación, obrando en su persona lo que predicaba con muy grande y esclarecido ejemplo. Fué observantísimo religioso, y observó los ápices de ministro evangélico, en no perdonar trabajo alguno por extender y ampliar esta viña del Señor. Aunque es verdad que en aquellos tiempos andaba suelto y bramando por todas partes el león infernal con rabia de ver su tirano reino destruido; con todo eso no le temió este santo religioso, el cual olvidado de su fiereza se metió entre muchos bárbaros gentiles que había en estas nuevas conversiones y facilitó tanto su reducción, que los hizo reconocer por verdadera madre a la Iglesia Católica. En donde puso mayor conato, fué en la costa del mar del sur, tierra en extremo áspera, y muy caliente, que sólo podían habitarla los que se habían criado en ella, y allí encontró la tierra que llaman de los motines, que en su mismo nombre trae lo amotinado de sus habitantes, y la provincia de Zacatula, donde usaban horriblos y abominables sacrificios de los más espantosos que usaban los bárbaros en toda esta parte occidental. A esta tierra entró este nuevo apóstol, a pie, desnudo, descalzo y hambriento, sin más alivio que un poco de maíz tostado, y discurriendo por grutas, montes y sierras, hizo tanto fruto que todos quedaban maravillados cuando llegaban a verlo.

Como esta obra era de Dios, mostró el mismo Señor el que andaba su Mano poderosa para favorecerlo, porque desarraigó casi totalmente la idolatría, que tantos años tenía el demonio sembrada en los corazones de aquellos idólatras, y a vista de todos ellos, sin temer la rabiosa zaña de los ministros de los ídolos, que muchas

veces quisieron quitarle la vida, se arrojó con denuedo apostólico, y arrebatando aquellos vanos simulacros en que adoraban al demonio en pública hoguera; hubo día en que quemó más de mil ídolos juntos, haciendo la causa de Dios sin recelar la muerte, predicándoles en su misma lengua la verdad de un solo Dios vivo y verdadero, Criador de todas las cosas, y desengañándoles, que aquellos maderos y piedras eran estatuas insensibles, y sin alma; y que si algunas veces les hablaban, y respondían a sus preguntas, todo era artificio del maligno espíritu, que tenía en ellos su asiento para mantenerlos en su ceguedad, y después llevárselos con los ojos cerrados al infierno. Y no sólo el esforzado soldado de Cristo hacía estos heroicos y cristianos hechos por solas sus manos, sino que vencía con eficacia del cielo los corazones de los infieles, para que ellos mismos por sus manos los arrojasen al fuego haciendo este baldón al demonio; y cuando se estaban quemando les decía con alentadas voces: levantad los ojos al cielo, y veréis quién hace esto, porque si estas fueran imágenes de Dios verdadero, no consintiera quemarlas con tanto vilipendio; pero como son del demonio, que os trae engañados, por eso arden tan aprisa. Atónitos miraban este incendio los indios, y muchos de ellos enteramente desengañados se levantaban a soplar el fuego, porque ya el de la divina palabra soplabá en sus corazones, y los rendía a las luces de la verdad, socorriendo Dios a este nuevo apóstol para que triunfase de las tinieblas, y ahuyentase los demonios de toda aquella tierra.

Lo que le costó inmenso trabajo fué reducirlos a que no sacrificasen sangre humana al demonio que estaba tan sediento de ella, porque en esta tierra caliente de los Motines y Zacatula concuerdan las historias en que eran tan frecuentes, y tan horrendos los sacrificios de gente humana, que en ninguna otra parte de todo este reino eran más execrables por el mucho dominio que en ellos, por ser tan crueles, y bárbaros, había adquirido el demonio. En estas cosas del acrecentamiento de la santa Fe de Jesucristo Señor Nuestro, se ocupaba en tierras de Zacatula este varón de Dios por algún tiempo, bautizando muchos infieles; pero como los ministros eran pocos en aquellos principios, y no dejaba compañero en el monasterio de Tzinzunzan donde tenía su asistencia, volvíase a él a doctrinar a los nuevos convertidos que por aquella laguna había dejado, porque no le sucediese, que por ir adelante a evangelizar a otros que-

dasen flacas en la fe las gentes que antes la habían recibido; y si por algún tiempo las desamparaba era porque ya reconocía que los tarascos de Tzinzunzan tenían bien admitida la doctrina evangélica, y cuando se ausentaba de ellos alguna temporada tenía el seguro de dejar en su lugar indios fiscales buenos cristianos que celasen la asistencia a la doctrina, y que velasen en mantener las buenas costumbres, con que se habían criado desde que tuvieron la dicha de ser los primeros entre todos los tarascos a quienes se predicó la Fe de Cristo, y con quienes asistió su primer apóstol el V. P. Fr. Martín de la Coruña. En la jornada que solía hacer a la tierra caliente gastaba algunos días por ser de más de cien leguas de camino, y éstas las transitaba repetidas veces a pie, y sin humano socorro arrojando toda su confianza en Dios que sustenta las avecitas de los aires, y mantiene con su Providencia los gusanitos de la tierra.

Para desterrar de la sierra de Zacatula al infernal espíritu puso en lo más alto y fragoso de la montaña una Cruz de piedra, para que todos le diesen adoración, y fué acción animosa, y que le granjeó mucho crédito; porque según la parte en donde está colocada no parece ser posible haber podido subirla a aquella eminencia manos humanas, porque según pondera nuestro Torquemada, que la vido, eran menester alas para volar a aquel sitio. Empresa fué ésta de un pobre religioso remendado, que nunca usó más ropa que la ordinaria que se le concedía por su Regla, muy obediente, y siempre sujeto a la más leve insinuación de sus prelados. En todo género de virtudes se mostró ser siempre claro espejo. Fué muy humilde, no confiando para cosa alguna de sí, y esperando de Dios todo el auxilio; de condición benigna, y apacible, y mostraba en la serenidad de su rostro la quietud interior de su alma. Tenía gracia muy especial en persuadir a todos la paz, que nos dejó a todos tan encomendada nuestro Maestro Cristo, y la persuadía con santas y eficaces amonestaciones, experimentándose su buen efecto muchas veces en negocios arduos, y graves. Fué muy amartelado del silencio excusando todas las pláticas demasiadas e inútiles, y reprendía a los que hablaban palabras ociosas, con lo de San Mateo de que se ha de dar cuenta de ellas en el día del juicio. Todas sus delicias las tenía libradas en el ejercicio santo de la oración en que fué muy favorecido del Señor. Siempre tuvo su cuerpo tan mortificado, que se tuvo por creíble haber perseverado por todo el tiempo de su vida

en la virtud de la virginidad, y así parece haber tenido el fin que su inculpable vida merecía.

Habiendo llegado a la edad cansada de más de setenta años sin haber hecho pausa en la santa obra de la predicación evangélica, queriendo el Señor coronarle, según pedían sus apostólicas tareas, le llamó para sí con el toque de la última enfermedad estando en el convento de Tzinzunzan, y prevenido con todos los Santos Sacramentos dió su feliz alma al que por redimirle dió su vida, dejando en el buen olor de su fama mucho que sentir a sus hermanos, y mucho que llorar a los indios, con quienes había conversado tantos años, y que siempre lo habían mirado como a padre. El día de su tránsito lo señaló nuestro Arturo a 19 de julio, sin señalar el año; por la edad de que murió podemos conjeturar sería el de 1571. Diósele sepultura en la misma iglesia de Tzinzunzan donde descansan los restos de otros insignes varones, que después ilustraron la santa provincia de Michoacán con muchas virtudes y prodigios.

Hace mención honorífica de este V. P. nuestro Ilmo. Gonzaga llamándole varón de religión admirable, y colmado de méritos. Nuestro V. Arturo dice de él en su martirologio franciscano: "en Tzinzunzan, reino de Michoacán se hace memoria del bendito Fr. Pedro de Garrovillas Confesor, varón de admirable religión y observancia; que colmado de muchos trabajos en convertir los pueblos de la India Occidental con ancianidad venerable, muy esclarecido con crecidos méritos hizo su partida a los reinos celestiales." Así concluyó su vida este gran ministro digno de los mayores elogios, y por las cortas líneas que quedan expresadas se podrá conocer sólo por mayor, y en compendio su virtud admirable; pero el Señor que lo escogió para ministro suyo le tendrá remunerado su trabajo.

CAPITULO XIV

Vida del ilustre varón y V. P. Fr. Maturino Gilberti.



OMPITEN en este varón insigne tantas proezas, que hacen muy recomendable su memoria; porque juntó en él la Mano liberal de Dios un agregado de perfecciones religiosas. Tuvo su oriente en el cristianísimo reino de Francia, sin decirnos su historia, ni sus padres, ni patria, y sólo nos refiere haber nacido para la religión seráfica en la santa provincia de Aquitania. Estudió artes y teología con tan grande aprobación que salió teólogo eminentísimo, y muy versado en las divinas letras, como que lo disponía el Señor para ser después en estas Indias Occidentales un oráculo. Aprendió con gran cuidado la sabiduría de los antiguos, siguiendo las verdades teológicas de los Santos y sabios, vacando de ordinario en los profetas, y escrituras sagradas. No dejó por estas ocupaciones de seguir estudios de las demás virtudes, siendo muy temeroso de Dios, y muy escrupuloso en cualquier género de culpa; porque sabía lo que dice Lactancio, que todo el oficio de la virtud en no pecar; del cual ninguno puede tener buen uso, no conociendo a Dios con temor reverencial. Particularmente se esmeró en la humildad en que fundó su saber y virtudes, para asegurarlas de los vientos de la presunción que podía nacer de sus grandes prendas, y divertirle del primer intento de su vocación. Mostró siempre notable desprecio de todas las cosas que el mundo estima, y sólo deseaba agradar a Dios y vivir más para el provecho del prójimo que para

si mismo, teniendo muy de memoria que el Instituto Seráfico se le había revelado a su Patriarca San Francisco, que no sólo era para el propio provecho sino para el bien de todas las almas.

En este tiempo que ya nuestro Maturino era consumado varón, llegó a aquellas partes de Francia la voz publicando las muchas gentes que se habían descubierto en estas dilatadas provincias de las Indias, y que siendo tan crecida la mies no podían recogerla los pocos operarios que había. Como belicoso en la milicia espiritual se alborotó al son de sus clarines, y trató luego de vestirse las armas, que fueron cilicios, desnudez, y mortificaciones y pedir licencia para ponerse en camino. Como eran tantas las recomendaciones, que consigo se traía por su conocida virtud, y muchas letras, le dió el prelado general su grata bendición, esperando que su venida sería, como fué, de mucho crédito para toda la religión, y de singular provecho para la conversión de tantas almas. Ofrecióse ocasión oportuna para lograr sus intentos con haber ido por custodio para el Capítulo General de Mantua el V. P. Fr. Jacobo de Testera, y esto fué el año de 1541, que siendo de nación francés, tuvo mucho lugar de conferir las materias de este reino con el V. Maturino que luego se resolvió a venirse con él, y en esta ocasión había concedido el gran emperador Carlos V 50 religiosos para la misión a estas Indias. Entre los que vinieron entonces fué uno de ellos nuestro Gilberti, que luego fué destinado para la Custodia de Michoacán, donde se dedicó con tanta eficacia a aprender la lengua de los tarascos, y se hizo tan dueño de ella que la hablaba con tanta propiedad y elegancia, como si hubiera nacido entre los indios, y pudo ser tenido con razón por maestro de ella, como otro Jerónimo o Cicerón lo fueron de la latina. Compuso en la lengua tarasca muchos y elegantes libros, y fueron arte y vocabulario con que facilitó la dificultad que había en aprenderla, y predicarla, y fuera de esto escribió en tomos de a folio los Diálogos de la Doctrina Cristiana, obra muy erudita.

Fué tan consumado en esta lengua, que hasta ahora no ha habido ministro alguno, así religioso como clérigo, que con mucho le iguale, no teniendo en poco todos imitarle, y seguirle en algo; y todos en general se aprovechan de sus libros impresos, llenos de muy santa y sana doctrina, como dejó escrito nuestro Torquemada. Verificose en sus obras y escritos lo que dice el Espíritu Santo del sa-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

bio, que como lluvias que envía el cielo a la tierra para hartarla de agua, así él da a la sabiduría de sus palabras en grande abundancia para hartarla a los ignorantes que la necesitaban; toda su vida se ocupó este santo varón en esto, teniendo por descanso en los grandes trabajos, que en otras cosas padecía, gastar lo restante del tiempo en estos ejercicios. El año que imprimió su Diálogo, fué el de 1559, y lo dedicó al Exmo. Sr. Virrey D. Luis de Velasco, y tuvo aprobaciones del P. M. Fray Alonso de la Veracruz y del V. Jacobo Daciano. Por el año de 1557, dice en su Teatro Mexicano el R. P. Cronista Vetancour que estaba en México, que se hayan firmas suyas en las profesiones, de que infiero que habiendo sido custodio en Michoacán pudo serlo en este tiempo, y como tal haber tenido voto entre los discretos del convento grande de México, pues no consta que fuese conventual incorporado en aquella santa provincia. Compuso arte de latinidad, muy elegante para el aprovechamiento de los estudiantes del colegio de Santiago Tlaltemulco, y refiere el mismo R. P. Vetancour que cuando escribía tenía dicha arte con mucho aprecio y estimación el Lic. D. Carlos de Sigüenza y Góngora; aprovechó mucho a los naturales tarascos, porque fué el mayor predicador que tuvieron de su lengua, y fué de ellos muy amado y querido, y con mucha facilidad ponían en ejecución sus santas amonestaciones, porque veían que hacía lo mismo que predicaba.

Es cosa muy necesaria en los que enseñan, especialmente a indios recién convertidos el ejemplo exterior que lo dejó amonestado el mismo Cristo por San Mateo a sus predicadores: "Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, de tal manera que campeen en todas vuestras obras, para que por ellas sea glorificado vuestro Padre Dios que está en los cielos". Y San Pablo dice a los filipenses: sea vuestra compostura y modestia muy clara, y conocida de los hombres, porque en todo les sirvais de ejemplo, así en la doctrina; como en la integridad, y gravedad de la vida. Esto ejecutaba el V. Gilberti, pues cuando veía afligidos a los indios que doctrinaba, lloraba con ellos de compasión, diciendo con San Pablo: ¿Quién de vosotros está enfermo que no esté yo juntamente con él? Los consolaba con las más tiernas y amorosas palabras que podía. Estando predicando en la ciudad de Pátzcuaro, cuando los indios eran tantos que sólo la arena de la tierra podía simbolizar su mul-

titud, en medio del sermón se quedó en un profundo éxtasis arrebatado, y cuando volvió les dijo a los indios bañado en lágrimas con espíritu profético: Ya os habéis acabado, y ahora vendrá una peste que consume la mayor parte de vosotros. Esto se vió cumplido en aquella grande peste del año de 1577 que casi asoló la Nueva España, y así se van acabando y consumiendo todos los indios. Fué muy observante de la Regla Seráfica que había profesado, muy honesto, pobre, y obediente, y anduvo siempre a pie hasta que el Señor para acrisolarlo le envió una enfermedad de gota en que se portó con mucha paciencia y sufrimiento, y no tenía otro desahogo en sus agudos dolores, que repetirle a Dios muchas alabanzas porque lo regalaba de su mano, y le daba ocasión de acrecentar mucho mérito con la paciencia.

No por estar cargado de dolencias con su continua enfermedad de la gota se excusaba de trabajar, y para ir a predicar a otros pueblos distantes cuatro y cinco leguas lo cargaban los indios en hombros, y lo tenían por carga muy gustosa y ligera.

Para mantener el tesón de sus ejercicios tuvo por apoyo segurísimo el de la santa oración, en que gastaba todos los ratos que podía hurtar del ministerio de las almas; y que cuando le tenían rendido en el lecho de sus dolores sus males de la gota, entonces era cuando con mayores veras al compás de sus penas consideraba los dolores de Cristo en la Cruz, y le hacía grato sacrificio de su dolencia, teniéndose por dichoso de parecerse en algo a su atormentado dueño. Rogaba con grandísima instancia a su Divina Majestad que le llevase de esta vida en el convento de la ciudad de Tzinzunzan para acabar el curso de ella, donde tenía el vínculo de su predicación, y donde había tenido principio su apostolado. Y como las oraciones de los justos son oídas de Dios, le concedió a éste su siervo su petición que con tanta humildad le tenía hecha. En esta ocasión que le agravaban sus achaques, por disposición divina, le ordenaron los prelados que se fuese a vivir a Tzinzunzan; y cuando iba cargado en hombros ajenos a todos los que le preguntaban que adónde iba, respondía con rostro muy sereno que se iba a morir a Tzinzunzan entre sus hijos. Poco después de estar en este convento se declaró la enfermedad de la muerte, y como quien ya tenía sabido de Dios que desde allí había de ser su partida, se previno con todos los Santos Sacramentos, y coronó todas sus virtudes

con una muerte tan preciosa que no dejó duda a cuantos le asistieron de que su bendita alma desde el lecho había hecho tránsito al descanso eterno para colocarse entre el coro de los bienaventurados, que le era tan debido.

¿Cómo podían los amigos piadosos dejar de inferir la especial gloria de este varón insigne, cuando antes de morir le oían decir con grandes ansias, y muy vivas lágrimas, por el ardentísimo deseo de la salvación de los indios, las mismas palabras con que lloró en sus trenos Jeremías: "Pidieron los pequeñuelos pan, y no había quien se los repartiese?" Después de muerto le quedó el rostro tan sereno, rutilante y hermoso, que más parecía estar durmiendo que difunto. Fué muy llorado de todos, y especialmente de los indios, que causaban lástima ver los extremos que hacían por su difunto padre. Está su cadáver enterrado en el mismo convento de Tzinzunzan con universal aclamación de todo el reino. Después de haberlo sepultado habiendo pasado más de ocho años de su fallecimiento, fué forzoso cavar su sepultura para mudar el altar mayor, y hallaron el cuerpo tan fresco y entero como si lo acabaran de enterrar, y llegando todos los que le conocieron en vida le hallaron con todos los miembros tan enteros, que parecía estaba durmiendo, y que la tierra le había servido más de cuna que de sepulcro. El guardián que era entonces Fr. Antonio Hernández, lleno de ternura devota hizo una fervorosa plática renovando las memorias del siervo de Dios, y con ella renovaron sus lágrimas los agradecidos indios, gozándose de ver incorrupto el cuerpo de su apóstol y maestro.

Hacen memoria de este V. varón nuestro Gonzaga, Torquemada, Vetancourt, y Arturo el día 3 de octubre que debió de ser el día de su muerte, y entre otros elogios dice: fueron tantos los frutos que congregó en el horreo del Señor, que apenas se le halló semejante, y que luego que expiró su rostro antes renegrido apareció después lleno de claridad y resplandor. Gloríese la santa provincia de Michoacán de haberle merecido por hijo, y no dude que desde el cielo la está mirando como padre. (46).

CAPITULO XV

Admirable vida del siervo de Dios Fr. Pedro de Reyna.



OR dicha puede tenerse que perdonase el rigor del olvido al nombre de este varón extático, cuyas virtudes individuales quedaron cubiertas en sus sombras, por descuido o por poca curia de los que le conocieron; pero en lo poco que quedó de su feliz memoria puede conjeturarse lo excelente de su virtud, aunque siempre quedará sedienta de su especial noticia la devoción curiosa. Su nombre de Pedro, nos manifiesta su constancia de piedra en la virtud, y el haber sido en la conversión de los tarascos una de las piedras fundamentales que sirvieron de cimentar la nueva iglesia que edificó en Michoacán la religión seráfica, pues ni se sabe de dónde tuvo su origen, ni en qué provincia tomó nuestro santo hábito; con que no le podemos quitar a Michoacán el que lo tenga enteramente por hijo. Menos se sabe de su apellido, y esta ignorancia me da margen para discurrir arrojado al tenor de su vida que el apellidarse de Reyna no es aludiendo a ninguna corona terrena, sino que el llamarse así le viene con más propiedad por haber sido cordialísimo devoto de la Reina de los Angeles, de quien en vida y en muerte disfrutó singularísimas mercedes y favores.

Fué de los más antiguos ministros de esta provincia, y se aplicó al cultivo de la viña del Señor con tanto esmero, que mereció ser contado entre aquellos primitivos religiosos que fundaron tan santa provincia, y puso el hombro entre aquellos atlantes de esta nueva

iglesia. Fué observantísimo de la regla seráfica, procurando ser fiel trasunto de su primer ejemplar, en la obediencia rendido; en la pobreza extremado; y en la castidad purísimo; siendo sus palabras modestas, y sus acciones tan ajustadas, que servían de espejo de pureza.

Fué muy penitente, y dieron muestras del mucho rigor con que trataba su cuerpo las sangrientas disciplinas, cilicios, y muchas mortificaciones que tomaba por su mano, y andaba siempre desnudo, con sólo el hábito, los pies descalzos y todos sus viajes y jornadas, que no fueron pocas, las hizo a pie. Pero en lo que más se esmeró fué en la oración, oficina en la que se han logrado los mayores Santos de la Iglesia, y era en ella tan frecuente que no perdía tiempo ni coyuntura para darse a este santo ejercicio, quitándose del descanso del cuerpo todas las horas que podía para dar alimento a su espíritu.

En la secuela del coro fué tan observante que aunque estuviera muy fatigado de los caminos y rendido con el trabajo de las administraciones asistía al coro a medianoche, y rezaba su Oficio Divino con tanta devoción que servía de componerse los que le acompañaban, y de levantar a Dios sus pensamientos dándole devotas alabanzas. Cuando por haber ido a algún pueblo de visita se hallaba solo, no perdonaba el levantarse a la medianoche a rezar sus maitines en la iglesia, y cuando era día clásico o festivo cantaba las divinas alabanzas como si estuviese en medio de una comunidad muy grave. Quién podrá dudar que le acompañarían en este divino obsequio los ángeles, cuando sabemos que se recrean estos soberanos espíritus de estar presentes donde se alaba a Dios, como se lee en muchas vidas de los santos, y aunque este era muy especial favor que hace Dios a quien quiere, podemos piadosamente creer que se le concediera a este fiel siervo, porque fué tan querido de la Reina del cielo, que como ya dije le apareció muchas veces, y no es mucho persuadirse visitasen los ángeles a quien favoreció tanto su Reina, y por interesarse en alabar a tan Divina Aurora.

Como era varón de tanta madurez, le ocuparon en varios oficios siendo guardián muchas veces con universal aprobación de todos los religiosos, y no teniendo la custodia de Michoacán otra cosa con que premiar los méritos de los religiosos venerables que elegirlos por su prelado y custodio, pusieron en este oficio a nuestro Reina, y dió tan buena cuenta de su persona, como se esperaba de su mu-

cha virtud y prudencia, siendo conocidos los aumentos así temporales como espirituales con que cada día iba descollando la nueva custodia.

Siendo guardián del convento de Tzinzunzan le sucedió aquel maravilloso caso, que se ha hecho tan memorable en la historia. Estando un día, después de haber dicho misa, este V. P. dando la comunión a mucha gente, y ayudándole a la misa Fr. Miguel de Estivales, religioso laico de mucha virtud y religión, vió este acólito que de entre las formas sagradas se había levantado una, y que volando por el aire se fué a la boca de una india de las que esperaban la comunión, y ella la recibió devotamente. Viola también volar el guardián, y entendiendo que se le había caído en el suelo, la quiso buscar y entonces le dijo F. Miguel cómo él había visto que la Forma se había ido derechamente a la boca de la india que la había recibido. Llegóse a ella el guardián para satisfacerse del caso, y la india confesó haberla recibido con mucho consuelo de su alma. Esta india era muy cristiana y devotísima del Santísimo Sacramento, y acaso por su mucho temor, y reverencia a comulgar, el mismo Señor se le vino a la boca, favor tan raro como el que se cuenta del seráfico Doctor San Buenaventura (47).

Está este caso autenticado ante escribano real y testigos españoles, depuesto el año de 1591 por el dicho Fr. Miguel de Estivales, cuyo testimonio trae Torquemada en su Monarquía, Parte III, Lib. 17, Cap. XVI.

Este mismo caso refiere el R. P. Juan Baptista en sus Advertencias para indios, y la Crónica de Michoacán advierte que sucedió el año de 1546, por donde se conoce ser muy antiguo el V. Fr. Pedro, pues ya por este tiempo ejercía el oficio de guardián en la custodia. En este convento de Tzinzunzan se ocupaba el V. P. después de maitines en dulcísimos coloquios con la Madre de Dios, y de los pecadores, que era el imán de sus cariños. Tan de antemano se valió de esta puerta del cielo para que se le franqueasen las misericordias de Dios, que como él mismo descubrió a Fr. Alonso Ortiz, religioso de singular espíritu, hallándose novicio se vió muy atribulado por tentaciones del común enemigo y acudiendo a la casa de refugio de su Reina y Señora le apareció acompañada de dos santas vírgenes, y con sólo poner sus benditísimos ojos en él, le dejó sumamente consolado, y le desterró de su entendimiento las som-

bras que le tenían el corazón oprimido. Otra noche en este dicho convento de Tzinzunzan estando en la oración profunda, se dejó ver de sus ojos la aurora de la gracia, y entre muchos consuelos que inundaban su espíritu con las palabras de tan divina Reina, oyó de su boca que cuando otra vez le apareciese, era cierta señal de que se acercaba su muerte. Quedó el siervo de Dios tan fuera de sí con el seguro de tan soberana promesa que todo se le iba en suspirar, porque se le dilataba el tiempo del destierro de esta mortal vida, deseando conmutarla por la eterna. Procuró el tiempo que le restaba, trabajar con mayor solicitud en el bien de las almas, sin descuidarse un punto de la propia antes si adornándola con las preciosas joyas de las virtudes para que pudiese parecer en la presencia de la Reina de los Angeles, como se lo tenía prometido. Pasaron algunos días, y se sintió enfermo, y para acudir a los remedios necesarios, que se deben poner de nuestra parte, dejando a Dios que obre en ellos, se fué al convento de Tarimbaro, que en aquella sazón era la enfermería común de todos los conventos de la sierra. Despidiose de aquel convento donde había morado tantos años, con mucha ternura, teniendo ya presagios de que no volvería otra vez a verle. Luego que llegó adonde estaba la enfermería subiendo por la escalera, al hacer la reverencia a una imágen de Nuestra Señora que está pintada en la pared, advirtió que se le sonreía la aurora de la gracia, y que le inclinaba un tanto cuanto la cabeza y para prueba de que no sólo fué imaginación se quedó así inclinada desde entonces; y los religiosos que después supieron el suceso le pusieron a la imagen un marco curioso con su velo, para mayor decencia, y su lámpara. Hoy en día está esta imagen con mucho mayor culto por los muchos milagros que vocea la devoción haber hecho, y por el esmero que puso en su adorno el Ilmo. D. Juan José de Escalona, dignísimo obispo de Michoacán, que estuvo haciendo ejercicios delante de esta Santa imagen, poco tiempo antes de su muerte. (1737).

Después que el siervo de Dios se dió por entendido de la interna locución de su Reina, y que con las acciones exteriores confirmaba lo que le tenía dicho, se fué derecho a la enfermería diciendo a todos que venía a acabar sus días en aquel convento. No les parecía a los religiosos que traía mal ejecutivo, y así le daban esperanzas de poder recobrar su salud con las medicinas; pero él, que tenía ya confirmado el oráculo, los desengañó diciendo con mucha ente-

reza, que ya iba llegando su hora, y que le concediesen todos los Santos Sacramentos para morir como verdadero hijo de San Francisco, como en vida lo había deseado.

Prevenida la jornada que había de hacer a la eternidad con el Soberano Viático, y la Unción Extrema que recibió con suma reverencia, y abundancia de lágrimas, pidió a sus hermanos religiosos perdón de sus malos ejemplos, que como tan humilde hacia juicio de estar muy cargado de defectos, porque aunque la intención con que había obrado era buena, siempre quedaba receloso de su fragilidad, y de su tibieza. Convirtiose después a su Soberana Reina MARIA Santísima, y eran tan dulces y tiernos los coloquios que con Ella tenía, que parecía al enfermero, que era su íntimo amigo Fr. Alonso Ortiz, que no podía hablar de aquella suerte el moribundo sino teniendo presente a la Madre de las misericordias. Estaba el siervo de Dios gozando en la realidad gajes de bienaventuranza, porque aquella Señora que tantas veces lo había visitado en vida, vino a asistirle en su muerte, y se le mostró con tanta benignidad y dulzura que no cabiéndole el gozo por exorbitante en el pecho, hubo de manifestarlo a su fiel compañero diciéndole: "¿No ve a la Virgen Santísima mi Señora?" Entonces el enfermero se hincó de rodillas, y dió el enfermo su espíritu al Señor, poniéndole en manos de MARIA Santísima que estaba presente, para que lo presentase delante de su Santísimo Hijo. Con tales circunstancias fué muy aplaudida su muerte, y se le hizo su entierro con toda la pompa que permitió la estrechez del convento, a que acudieron muchos religiosos de la Ciudad de Valladolid, que está muy cerca, y todos eran panegiristas de las virtudes de este escogido siervo de Dios, de quien ni se sabe el día ni el año de su muerte, por incuria de los escritores. Sólo sí quedó noticia que después de muchos años se abrió su sepultura para enterrar otro religioso, y hallando un cuerpo entero, dijeron todos los viejos que era del santo Fr. Pedro de Reyna.

CAPITULO XVI

Vida del apostólico varón Fr. Antonio de Segovia.



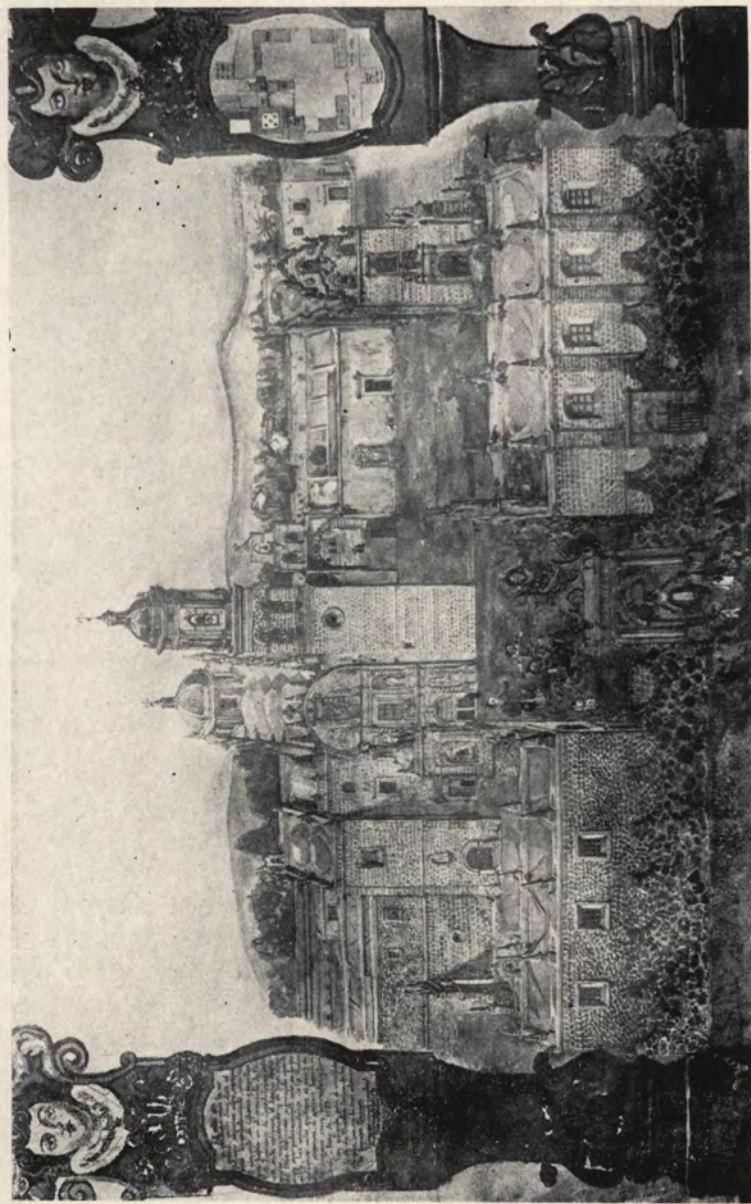
ENTRE los frutos más ópimos con que se enriqueció la custodia de Michoacán, tiene especial lugar el varón de Dios Fr. Antonio de Segovia, pues fué el primero que se levantó después del santo fundador con la veneración de todo el reino de Xalisco. Criose para la religión en la Santa provincia de la Concepción, tomando el hábito en uno de los conventos recoletos, que entonces estaban florecientes, como plantados de un San Pedro Regalado, y aunque ahora se mantienen con todo rigor, no podemos negar que cuando vivió en ellos el V. P. estaba su observancia más estrecha, como lo testifican los cronistas de aquel tiempo. Cuarenta años contaba de edad viviendo muy gustoso en la vida recoleta, cuando lo llamó el Señor para la conversión de estas gentes de las Indias, y luego puso en ejecución sus buenos deseos, puesto que apenas llegó a la provincia del Santo Evangelio, aprendió la lengua mexicana en muy breve tiempo, y en ella predicó y enseñó a los indios otros cuarenta años poco más o menos, que vivió entre ellos (48). Y aunque como otra Ruth que siguió a los segadores de Booz, fué tras los primeros de esta mies evangélica indiana, no dejó en el rebusco de la siega de hallar manojos de espigas, muy colmados de indios infieles en las partes de Xalisco, y Guadalajara que trillar en las eras del Señor; en las cuales tierras se ocupó apostólicamente. En estas partes que tocaban a la custo-

dia de Michoacán, y en ellas se habla la lengua mexicana aunque más toscamente como es notorio, convirtió muchas bárbaras naciones, que como son confines de esta Nueva España, no habían podido los ministros evangélicos, que hasta entonces había, asistir ni residir de ordinario en ellas (49).

Por esta inopia de sujetos se mantenían los indios en su infidelidad aguardando el rocío del cielo, como los pollos de los cuervos cuando en el nido los desamparan sus padres. Hizo muchas entradas entre los infieles a pie, y descalzo (50), sin más compañía que la de algunos muchachos indios sacristanes, fiándose en medio de la ferocidad de tantos bárbaros de sólo el abrigo y amparo de Dios, creyendo que El solo bastaba contra todo lo criado, cuando presta su favor al que en El confía. De estos indios infieles alumbró mucha multitud, y les arrancó de sus corazones la adoración de los ídolos, y extinguió las abominaciones que usaban, alcanzando cada día muchas victorias del demonio. Era (dice nuestro Torquemada) este varón santo de suma honestidad y limpieza, observantísimo de su profesión, muy entero y constante en el rigor de la penitencia, con que dió grandísimo ejemplo a todos los que le conocieron. Fué templadísimo en el comer, y en el beber, y nunca bebía vinos y aunque había abundancia de aves, que le ofrecían para comer los indios que doctrinaba, nunca quería sino unas yerbas mal guisadas, o raíces de hortaliza, y otras veces alguna fruta con el pan del maíz, que es el ordinario sustento de los indios. Jamás comía carne, y fuera de los ayunos obligatorios, tenía otros de devoción, en que traía todo el tiempo del año repartido. Si alguna vez, que era muy rara, comía algún otro manjar extraordinario, y fuera de su costumbre, lo destemplaba con agua fría, o con ceniza, o con hiel de vaca, que siempre la tenía de respecto para mezclarla en los manjares que comía; pudiendo decir con el penitente Rey: la ceniza comía en lugar de pan, y mi bebida era mezclada con lágrimas y gemidos. Ps. CI. Este género de mortificaciones era con mayor exceso los viernes en los cuales hacía más particular memoria del vino mirrado, y amargo que dieron a beber a Cristo en la cruz.

Vestía muy pobremente y de un sayal vil y grosero, y todo el hábito muy roto y remendado. Tomaba muy poco sueño y dormía sobre una tabla dura, y desnuda de ropa, más propia para dar tor-

LAMINA No. 20.



EL ANTIGUO CONVENTO FRANCISCANO DE GUADALAJARA Y SUS SIETE TEMPLOS Y CAPILLAS.—Reconstrucción del R. P. Fr. Luis de Palacios y Basave O. F. M.—Fot. cortesía del Licenciado José Ignacio Dávila Garbí.

mento al cuerpo, que para servirle de descanso, y por sumar su mortificación en breves palabras, baste decir que era un vivo espectáculo de penitencia, y sus obras tenidas por maravillosas, y más que humanas. Traía por túnica perpetuo cilicio de cerdas de caballo anudadas de espantable aspereza, y paños menores de lo mismo, vistiéndolo sus carnes al modo que Adán, cuando fué desterrado del paraíso, que se cubrió de una túnica de pellejos de animales muertos, que es la ropa ordinaria de los santos penitentes. Esta interior vestidura del cilicio es tan antigua que el rey David cuando se hallaba perseguido de sus enemigos, deponiendo la púrpura real, se vestía de un cilicio, después de haber cometido el adulterio. El erudito P. Le Blanc dice, que comenzó la vestidura del cilicio en tiempo de Jacob, cuando lloraba por su hijo querido José. De esta arma se han valido en todos tiempos los amigos de Dios; pues como dice San Jerónimo, son los cilicios armas de los santos. De esta arma se vestía este varón penitente domando con ella su carne, y sujetándola a la servidumbre del espíritu. Azotábase de día, y de noche muchas veces cruel y despiadadamente, porque con la penitencia del cilicio hace en los oídos de los bienaventurados muy armoniosa consonancia el azote y disciplina. Repartía el tiempo muy concertadamente acudiendo a la caridad del prójimo a sus horas determinadas, doctrinando con mucho cuidado a los naturales, los cuales tenía tan bien enseñados que mucho tiempo después se echaba de ver la buena leche con que se habían criado.

Compadecíase de ellos, y los consolaba en sus trabajos, como la madre que ve en necesidad al hijo que mucho quiere. Y cuando el caso lo requería los reprendía, y castigaba ásperamente, por lo cual era de ellos tan amado como obedecido. Hacía una cosa muy nueva, y peregrina en esta tierra que le procedía de su grande espíritu y devoción, y era que en los pueblos de los indios donde residía, iba a pedir de puerta en puerta por amor de Dios lo que había de comer, y de las yerbas cocidas que le daban, tomaba muy tasadamente lo necesario para su sustento; en manera que con mucha moderación satisfaciese su necesidad, y decía que no era razón que él comiese mejor que los indios que se lo daban, y ya se sabe cuán poco regalo usan éstos consigo, y quiso conformarse con ellos, por no parecer escandaloso a estos pobres ignorantes, en su mantenimiento.

Era tanta su abstinencia que cuando llegó a la edad avanzada, viéndole los prelados tan debilitado le mandaron por obediencia que en lo tocante a la comida se subordinase a otro religioso que le señalaron por procurador de su sustento. Nunca llevaba prevención de comida para sus jornadas, y caminos por largos que fuesen (51, dejándose en las manos de la Divina Providencia, no como temerario apeteciendo milagros, sino confiando en el Señor que, como dice David, ostenta su misericordia dando sustento a toda carne (Ps. 135 V. 25).

En pagar a Dios las divinas alabanzas del Oficio Divino se extremaba tanto su devoción, que iba contemplando el sentido de cada verso en que sentía dulzuras inefables, y lo rezaba puesto de rodillas, y con las manos juntas en señal de mayor reverencia, el rostro levantado y muy alegre, como quien estaba hablando con Dios.

Como estaba su mente tan ocupada en Dios al pronunciar el verso del Gloria Patri, le comunicaba el Señor aquel nectar soberano, con que sabe regalar a las almas que son sus fieles esposas. En la oración y contemplación tenía todas sus delicias, y todo el tiempo que le quedaba después de rezar maitines hasta la hora ordinaria de comer empleaba ocho horas, si no se ofrecía alguna obra de caridad que lo estorbase; pero aunque interrumpía el ejercicio, como salía de él tan enardecido en el incendio del perfecto amor, traía presente a los ojos de su consideración a su amado. Todas sus potencias racionales se empleaban en la vida, pasión y muerte de Cristo, que es la escuela práctica de todas las virtudes, y por esta escuela visible de la humanidad unida a la divinidad, se levantaba su corazón al conocimiento del Ser infinito de Dios, y en esta contemplación eran sus ojos fuentes de lágrimas que mudamente explicaban sus interiores sentimientos. A todas horas tenía abiertas las puertas de su corazón para todos los que le buscaban en el confesionario, dejando a Dios por Dios, por darle al mismo Dios restituido el fruto precioso de su sangre, porque la caridad verdadera no busca lo que le es conveniente para sí, sino que antepone las cosas que son de Jesucristo. Del trato continuo que tenía con Dios llegó a un estado altísimo de contemplación, y era arrebatado en éxtasis admirables, quedando tan fuera de sí, que parecía innoble e insensible. Viose esto en diversas ocasiones, y especialmente viviendo en el convento de Guadalajara, sucedió que buscando un retraído

la justicia de la ciudad, registrando el convento antes de las Aves Marías, entraron en el coro en donde estaba puesto en oración el V. anciano con el estrépito que acostumbran los ministros de justicia en casos semejantes, no lo sintió.

Para que se conozca lo más admirable de este suceso es preciso referir todas sus circunstancias. Llegaron los ministros a trasegar todo el coro, y no encontrando lo que buscaban, viendo al V. Padre de rodillas haciendo juicio que se hacía del dormido por tener debajo de las faldas del hábito oculto al reo, le registraron toda la ropa, que no fué poco desacato, sin que el siervo de Dios hiciese movimiento alguno, ni sintiese nada, porque estaba arrobado, y absorto todo en Dios. Pasó aquel tropel, y se fué desairada la justicia sin encontrar lo que buscaba, y ya sosegados los religiosos tocaron la campanilla para cenar, y a la voz de esta lengua de la obediencia bajó con los demás el V. Fr. Antonio, y después que habían cenado en el refectorio confabularon con el guardián los religiosos todo lo que había pasado, y puso atención el V. Padre en escucharlo; porque para él era cosa nueva el oírlo; y pareciéndole que no habían entrado en el coro, dijo en voz que todos lo entendieron: "tan seguro hubiera estado el retraído en el coro, como donde lo estuvo de la justicia, porque yo estaba allá a esa hora, y no los vi, ni senti su ruido, ni entraron dentro". Miráronse unos a otros los religiosos, y siendo cierto que habían entrado todos los ministros de Justicia dentro, porque algunos de ellos los habían acompañado conocieron que el bendito padre había estado en elevación mental arrebatados en éxtasis sus sentidos en aquella hora, y que por eso no los había visto, ni sentido, y alabando a Dios admirable en sus siervos no lo quisieron sacar de su santa ignorancia, y quedó muy creído de que no habían entrado en el coro. Otra noche le vieron los religiosos, que estando en oración, se elevó de la tierra, y suspenso en el aire estaba su cuerpo todo cercado de resplandores. clara demostración de su mucha santidad, y no menor indicio de lo que Dios le amaba.

CAPITULO XVII

Prosiguen otras cosas bien raras de este V. varón hasta su dichosa muerte.

NA de las cosas que más acreditaron la eminente virtud de este siervo de Dios, y la mucha aceptación que se había granjeado con los indios por su doctrina bautizados y convertidos, fué lo que sucedió el año de 1541 en que hubo una sublevación casi general en el reino de Xalisco, porque se amotinaron las belicosas y feroces naciones que se contienen en los valles de Xuchipila, Tlaltenanco, y Nochistlán, negándose a la obediencia que tenían prestada a los reyes de Castilla, y que confederaron de secreto con otros muchos indios que había de paz, de que se vino a temer un incendio que abrasase toda la tierra, y en este alzamiento se arresgaba toda la cristiandad de lo conquistado que pudiera seguir tan mal ejemplo. Llegó la noticia infausta al Exmo. Sr. Virrey D. Antonio de Mendoza, y como tan celoso de la paz pública de todos estos reinos se vió obligado a ir en persona al remedio de este grande y conocido daño, y llevó consigo gente muy lucida de valerosos españoles, y más de cincuenta mil indios de guerra (52).

Llegó a aquellas tierras, y los indios levantados con la noticia que tuvieron del formidable ejército con que iba a pelear contra ellos el mismo capitán general de toda la Nueva España, se salieron de la fuga, y se empeñaron en una sierra que llaman el

Mizton (53) de increíble y espantable aspereza, y peñas tajadas, donde era imposible subiera ninguno de los nuestros, sin riesgo notable de la vida; y aunque el valeroso capitán y Virrey puso toda su industria para acometerlos, no halló por dónde sino muriendo los que hiciesen la entrada.

Viéndose atajado el generoso adalid sin tener en qué emplear lo lucido de sus armas, se valió de su discreción y prudencia, que muchas veces ha conseguido la industria lo que no han alcanzado las fuerzas de la guerra, tuvo noticia muy individual de que aquellos indios habían sido bautizados por mano del ejemplar varón Fr. Antonio de Segovia, y que a él lo miraban como a su verdadero padre y pastor, y le suplicó que fuese a verse con ellos; y los redujese a bajarse de paz, prometiéndoles todo buen tratamiento a los que llana y mansamente se volviesen a sus lugares y pueblos. El siervo de Dios para quien bastaba el ser servicio de Dios lo que se intentaba, y no era necesario el estímulo de humanas, aunque tan soberanas recomendaciones, tomando en las manos el báculo adornado con la Cruz, que le servía de arma, y de insignia, renovó la hazaña de Jonatás, subiendo por lo áspero y fragoso de las peñas casi arrastrándose hasta la cumbre de la sierra con grande trabajo y fatiga. El ver a Jonatás con su escudero asombró a los filisteos, porque discurrían venir tras de ellos todo el ejército de Saúl; pero al contrario sucedió con estos indios rebelados que desde lo alto atalayaban todo el español ejército, y sabían que no podían escalarles la cumbre, que sólo se hizo accesible al valor santo de su V. padre. Apenas le vieron, cuando se alegraron con su presencia (54) y lo recibieron de paz, y entonces con mucha prudencia, y entereza, les reprendió su mal acuerdo, y oyéndole con mucho amor y reverencia, los guió como un pastor a sus ovejas, y los puso en sus mismas casas dando la obediencia que antes habían negado a Dios, y a su rey; de que quedó el Exmo. Príncipe muy gustoso, y creció el crédito de la santidad de un varón memorable en todos los siglos.

Fué diversas veces guardián así en Guadalajara como en otros conventos de Xalisco (55), y ejercitó el oficio de Custodio de Michoacán y el de comisario de aquellas partes, a que no podía acudir el Prelado de Michoacán, cuando eran ya muchos los conventos; y aunque nuestro Ilmo. Gonzaga, de quien lo sacó Arturo, dice que fué varias veces provincial así en Michoacán como en otras partes,

no puede esto componerse con lo que dice Torquemada, de que siendo Custodio perdió la vista; y no es creíble que cuando fué provincial de Michoacán lo eligieran por su ministro con tan notorio impedimento, y no lo hubiera llamado ni el mismo Torquemada en su vida, ni la crónica de Michoacán cuando habla de los oficios de este V. Padre. En sus prelacías se portó con grande rectitud y ejemplo, teniendo siempre a Dios (presente) en todo cuanto hacía y encomendándole el acierto de su gobierno.

En su última vejez vino a perder la vista, ocasionándole esta falta el rigor de su penitencia, vigiliias, y continuas lágrimas. Después de haberle quitado Dios los ojos del cuerpo, era tanto su fervor que no descaecía de confesar, y predicar a los indios haciendo que lo sacaran de la mano al púlpito. Su estudio para predicar era leerle un indio, que traía consigo para este efecto, el sermón, o materia que había de predicar, y con esto y con las muchas noticias que tenía, daba saludable doctrina a sus oyentes. Esta ceguera que Dios le envió fué en tiempo que era custodio de Michoacán, antes que se erigiera en provincia, y como en aquella sazón se celebraba Capitulo en la del Santo Evangelio vino a asistir a él caminando a pie, y trayéndolo de diestro su compañero, que parece cosa de milagro, por la gran distancia que hay en medio, con camino áspero y montuoso hasta la ciudad de Huexocinco donde era el Capitulo, y sólo podemos inferir que lo guiaba Dios por un Angel, para que no vacilasen sus pies, ni le ofendiesen las piedras en tan largos caminos.

La falta de vista le quitó el consuelo de poder decir misa, y comulgaba tres días de la semana, y todas las festividades principales, y para premiarle Dios su grande fe y devoción al Augustísimo Sacramento le daba vista cuando llegaba al altar para ver claramente la Hostia Consagrada, como él mismo lo descubrió a su confesor, que lo fué el P. Fr. Diego de Aguilar, hombre de conocida santidad. Quien le hacía esta rara merced de ver el Pan Sacramentado que recibía sin tener ojos para todas las cosas visibles de la tierra, ¿qué factores y gustos tan soberanos tendría esta bendita alma, que ni él acertaría a decirlos aunque quisiese? Diríale en su corazón aquellas tiernas palabras de la Esposa: "Veislo allí que está detrás de aquella pared de blancura, mirando por las ventanas de aquellos accidentes derramando sobre mí por los huecos de aquellas celosias infinitos dones, y bienes de gracia. Veis allí a mi ama-

do, que me está diciendo: levántate, y ven a mí con presteza, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, que ya es pasado el invierno de tus trabajos, que porque descansaras de ellos, no te he dejado ojos, más que para esta ocasión donde me alegro de regalarme contigo. Ya es llegada la primavera en estos cansados años en que te hallas. Ya comienzan las flores a dar fragancia de olor, y todos los árboles fructíferos de gloria retoñocerán en ellas." Estas y otras semejantes caricias se estarían diciendo este Soberano Esposo y esta escogida alma en estas ocasiones, que mejor se contemplan que se dicen. En confirmación de que pasaría esto, y mucho más entre Dios, y esta bendita alma, podemos traer lo que certificó muchas veces un religioso laico de profesión, gran siervo de Dios que tuvo la dicha de vivir en el mismo convento donde estaba ciego el V. Padre, y pudo observar la santidad de su vida.

Yendo cierto devoto religioso una noche a encender la lámpara del coro a la hora de las Ave Marias, dejaba en el refectorio haciendo colación a los religiosos que había en casa, y cuando llegó cerca del coro oyó voces de gente que rezaban versos, y asomándose a la puerta vió al V. varón Fr. Antonio hincado de rodillas en medio de dos muy hermosos mancebos, los cuales le estaban ayudando a rezar completas, diciendo los salmos a versos y el coro estaba tan claro y resplandeciente como si el sol con sus lucientes rayos lo bañara. Quedó el religioso maravillado de esta visión, y no advirtiendo el raro prodigio, dudó si aquellos mancebos que ayudaban a rezar al V. anciano habían subido del refectorio, bajó a él con presteza a certificarse y halló que estaban en él los que antes había dejado. Volvió a subir y cuando llegó al coro por certificarse si era ilusión lo que había visto, ya faltaba el resplandor y el V. P. permanecía hincado y en profundo silencio. Se persuadió el devoto religioso, y todos los demás que lo supieron, que aquellos lucidos mancebos no eran hombres mortales, ni los había en todo el convento, pues de puertas adentro no moraban otros que los religiosos, que entonces eran pocos, y estaban todos cenando al tiempo que sucedía esta maravilla. No se puede atribuir a otra causa que al que lo es de todas las cosas criadas, y como le daba ojos a este fiel siervo suyo para que le viese Sacramentado, cuando comulgaba, así le enviaba de la capilla celestial ángeles que con el disfraz de mancebos alternasen con él las divinas alabanzas, que es el oficio que

tienen de continuo los espíritus soberanos, y en ninguna cosa pueden los hombres en la tierra retratar los gozos del cielo que en ocuparse de todo corazón en las divinas alabanzas.

Con tan rara y portentosa vida era tanta la opinión de santo que tenía entre todos los que le trataban y conocían que estando el extático varón y muy V. Fr. Alonso de Escalona una vez haciendo memoria con otro religioso de su mismo espíritu, de muchos religiosos que tenían por muy perfectos, le dijo al V. Fr. Alonso llamándole la atención: ¿Cómo nos eludimos del P. de Segovia? A lo cual dándose el santo viejo una palmada en la frente, respondió: Verdaderamente es el más santo, y más perfecto de cuantos hemos nombrado. Baste este testimonio para prueba irrefragable de haber sido el V. P. Segovia en eminente grado perfecto, pues un hombre, que el que leyere su vida no dudará ser muy santo, y que conocía todos los religiosos de aquel tiempo, que no podemos negar haber sido cada uno un espejo de santidad, con todo le da a este insigne varón la primacía que es el mayor elogio que puede imaginarse para crédito de una virtud de todos cuatro costados acrisolada. Finalmente ilustró el Señor a este su fiel siervo con el espíritu de profecía, y entre muchas cosas que dijo antes que sucediesen, fué una el que habiendo fallecido D. Fr. Pedro de Ayala, Obispo de la Nueva Galicia, y religioso franciscano (56), afirmó que el que lo había de suceder no había de venir de fuera y que estaba ya en la tierra; lo cual se verificó cuando mucho después (57) fué electo en su lugar D. Francisco Gómez de Mendiola, que fué un prelado verdaderamente, en la opinión de todos, santo. Cuando el V. P. anunció este futuro obispo se hallaba en el honorífico puesto de oidor de la Real Audiencia de Guatemala; y pidiendo el siervo de Dios a su Majestad proveyese el más conveniente para aquella iglesia, que en aquellos tiempos necesitaba de prelados benignos y misericordiosos para la conversión de los indios, que estaban tan tiernos en la fe, le descubrió el Señor el que tenía su alta Providencia electo con todo el lleno de prendas para tan alto oficio.

Entre las cosas memorables de que ha quedado noticia de este V. varón es la milagrosa imagen de Ntra. Señora de Tzapopan, cuyo origen escribió el P. Maestro Francisco de Florencia en esta forma: Dos leguas poco más o menos de Guadalajara está el pueblo de Tzapopan, que se fundó el año de 1541 de los indios encomen-

dados que en Xaloxtitlan tenia Nicolás de Bobadilla su encomendero por tenerlos más cerca de Guadalajara. En su fundación tuvo este pueblo por primer ministro al V. Fr. Antonio de Segovia, a cuyo celo después de deber su cristiandad y fe, debieron estos indios la devoción a Ma. Santísima, y para que se les radicase más en los corazones, les dió esta milagrosa imagen cuya advocación es de Nuestra Señora de la O, que es de talla, poco menos de vara y media de alto, de hermosa proporción, y talle bien formado. Han sido tantos los milagros que obró la Señora desde sus principios con los indios que si ellos no los hubieran ocultado por temor de que no les quitasen su imagen, se pudiera escribir de ellos un copioso libro, y después que se manifestó a la común devoción de los españoles se pueden leer muchos en el sobre dicho P. Florencia (58).

Después de tantos trabajos quiso el Señor que descansase su siervo y al golpe de ochenta y cuatro años de edad, habiendo gastado los cuarenta y cuatro en la conversión y enseñanza de los indios, cayó rendido en la cama, y reconociendo que era llegado el tiempo de su partida se fortaleció para ella con todos los Santos Sacramentos, y como su vida había sido tan ajustada, hizo eco una muerte muy pacífica, sosegada y dichosa dejando mucha envidia de sí a sus hermanos, que tiernos y compasivos le asistieron hasta que de entre sus manos voló su espíritu al descanso eterno, que prometían sus virtudes.

En el mismo convento de N. P. S. Francisco de la ciudad de Guadalajara donde había resplandecido como el sol del occidente se puso en el ocaso de la muerte, y el día de su fallecimiento lo señala el V. Arturo el día diecinueve de diciembre, y el año que yo saco por conjetura fué el de 1575, cuando ya se hallaba con privilegios de provincia la de San Pedro y San Pablo de Michoacán.

Como gozaba ya la muy noble ciudad de Guadalajara de estar tan populosa y engrandecida con la erección de su Santa Iglesia Catedral, fué el entierro de este V. religioso con lucido acompañamiento y muchas aclamaciones de su santidad, porque todos universalmente lo veneraban por hombre santo y tan amigo de Dios que aun siendo viador enviaba para consolarle muy de continuo sus celestiales paraninfos, y que su vida fué siempre un claro espejo en que se miraban sin sombra todas las virtudes, que componen a un verdadero hijo de S. Francisco. Sirvele de elogio sepulcral el que le

pone nuestro Arturo en su martirologio diciendo: "En Guadalajara, reino de Xalisco, se conserva la memoria del B. Antonio de Segovia, confesor y predicador eminente, que adornado de humildad, castidad y pobreza ejerció muchas veces con mucho crédito sus prelacías, y deseando con mucho anhelo la salvación de los indios, y trabajando hasta el extremo de su vida en la dilatación del evangelio lleno de días y de buenas obras descansó en el Señor con el sueño suave de su muerte. Fué muy llorado de los indios de quienes era amado y reverenciado como verdadero padre.

N. Ilmo. Gonzaga dice de él muchos elogios, y entre ellos pone, que con lo raro de su vida era para todos los religiosos la norma y regla de vivir bien; y lo mismo da por asentado nuestro erudito Torquemada.

CAPITULO XVIII

*De algunos insignes religiosos que florecieron en santidad
en estos primeros tiempos.*



RIMORES ingeniosos del pincél fueron dibujar cosas grandes en estrechos lienzos, dando a conocer a un todo por una de sus partes como el león por la uña, y por el dedo al gigante; dejando así dilatado campo al discurso para que por una de estas partes infiera la grandeza del todo. El Ilmo. Cornejo de quien tomé esta erudición, prosigue quejándose de la omisión de los antiguos, con estas eruditas palabras: Ya les perdonaremos esta ingeniosidad a nuestros cronistas, y les estimariamos que nos atasen la imaginación con noticias individuales dándoles lienzo en que pudiera correr la pluma por las virtudes que conducen al común ejemplo, porque éstas no surten efecto por nuestra especulación, sino por su práctica. Los sujetos que dan materia a este capítulo darán justificación a la queja.

El primero que tiene lugar es el V. P. Fr. Juan Babia o de Baddilla (59), que fué uno de los cinco primeros compañeros que vinieron a la fundación de Michoacán, y éste era de nación francés, y había profesado la Regla Seráfica en la provincia de Aquitania la antigua, y movido del celo de la salvación de estos infieles, dejando su patria y provincia vino a estos reinos y pasó a los principios de la conquista de Michoacán en donde convirtió innumera-

bles indios a Cristo lleno del espíritu de piedad y religión y por su diligencia, y solicitud se levantaron muchas iglesias y se construyeron conventos. Como en aquellos principios no eran más que seis por todo los religiosos que como operarios apostólicos cultivaban toda aquella agreste viña de la sierra, bien se deja conocer el mucho trabajo que a cada uno tocaría siendo la mies tan copiosa. Entregose a la labor con tanto empeño que en breves años llenó muchos tiempos, y consumiendo las fuerzas corporales le acabó la vida, que para todos era tan estimada, y hallándose de custodia el V. P. Fr. Alonso de Rosas al tiempo de su fallecimiento, exclamó todo bañado en lágrimas con estas sentidas razones: "Páreceme que con la muerte de Fr. Juan de Babia ha quedado sola esta custodia", que siendo dicho de un varón tan memorable suben de punto los quilates de virtud, predicación y trabajo del V. difunto. Nuestro Arturo le da título de beato, y dice haber fallecido el día ocho de octubre, en el año de 1548, según probable conjetura.

El segundo compañero de los que vinieron con el V. Fundador Fr. Martín de Jesús, fué el apostólico varón Fr. Jerónimo de la Cruz, que había profesado en la santa provincia de Andalucía, y siendo todavía mozo lo trajo a estas partes el Señor para la conversión de muchas almas. Luego que llegó a Michoacán procuró aprender la lengua, y en ella aprovechó mucho a sus naturales, y después lo destinó la obediencia a las bárbaras naciones que se iban descubriendo en el reino de Xalisco, cuyo idioma aprendió muy presto, (60), y fué copiosísimo el fruto que logró con sus apostólicos sudores, sediento siempre de la conversión de aquellas almas redimidas con la sangre del Divino Cordero. Estaba adornado de insigne piedad, y de caridad admirable, y por defender de la tiranía que solían usar con los neófitos, algunos de los conquistadores, se opuso a ellos con intrépido valor, y algunas veces se puso en peligro de perder por esta causa la vida. Padeció muchas persecuciones, y trabajos en defensa de sus hijos, y todos los sufrió con admirable constancia, acordándose de lo que dijo Cristo a sus discípulos, que por su nombre serían acusados en los tribunales, y que les impondrían muchas calumnias; de todo salió victorioso haciéndole la costa su admirable tolerancia. Acabó felizmente su carrera el día veintiuno de febrero en el convento de N. P. S. Francisco de Guadalajara, cuando todavía Michoacán era custodia, y después de

su muerte por su santidad e inculpada vida quedó venerado, no sólo de los indios, que había convertido, sino lo que es más, confesado por amigo de Dios de los que antes lo habían calumniado. (61).

El muy esclarecido Fr. Miguel de Bolonia, fué de los cinco primeros que trabajaron en abrir los cimientos para la santa custodia de Michoacán. De él hace honorífica mención nuestro Ilmo. Gonzaga, supliendo la cortedad de noticias de los cronistas de otras partes. Vino ya hombre provecto de la provincia de Bolonia donde había vestido nuestro santo hábito, y apenas desembarcó en estas partes, cuando haciendo reflexión que para aprovechar en la conversión de los infieles era el medio más oportuno el hacerse capaz de sus lenguas, aprendió con mucha perfección el idioma de sus naciones, como fueron la mexicana, tarasca, othomita, cascanica, tequejana y cacunica (62). En todas ellas predicó con admiración de los naturales, que lo escuchaban como a un oráculo. Todo el ejercicio de estas lenguas lo empleó este venerable varón en la custodia de Michoacán, donde por comprender entonces las naciones de Xalisco donde se habla la lengua mexicana, aunque más tosca y menos pulida, y fué de los más señalados ministros que ilustraron en toda esta parte del occidente. Con su predicación y admirable ejemplo redujo innumerables pueblos del culto de la idolatría a que doblasen la rodilla al verdadero Dios, y por su mano bautizó tanta multitud de gentiles, que los reduce el guarismo a innumerables. Fué además de esto, este religiosísimo padre muy observante de la santa pobreza, celador acérrimo de la religión franciscana, estudiosísimo de todas las virtudes, por lo cual fué siempre muy grato a los indios, y tenido en grande veneración, pues no le llamaban con otro título que el santo, el amigo de Dios, y en muchos tiempos fué venerado de los indios como verdaderamente bienaventurado. En el monasterio que hoy toca a la santa provincia de Xalisco, llamado de Chapala por su laguna tiene su sepulcro este insigne varón, y allí espera la resurrección de sus helados huesos su bendita alma (63). El día de su tránsito lo señala nuestro Arturo el día 15 de septiembre, y aunque no pone el año, saco de deducción fué antes que Michoacán se erigiese en Provincia (64).

El V. y muy digno de especial mención, que pudo ser en su humilde estado honra de la Italia, es Fr. Daniel, de quien en poco se

ofrece mucho que decir. Tomó nuestro santo hábito en la parroquia de Santiago, para el estado religioso lego, y como fuese muy dado a la oración, en ella se le encendió el deseo de la salvación de las almas, y viendo que otros religiosos de aquella santa provincia se aprontaban para venir a estas partes, pidió ser admitido en su santa compañía, y con mucho gusto del que traía la misión fué admitido con sólo la recomendación de su raro ejemplo. Después de haber estado algunos años en la provincia del Santo Evangelio, fué enviado a la custodia de Michoacán, donde se ocupó en su humilde ministerio todo el tiempo de su vida, enseñando a los indios la doctrina cristiana. Era de mucha caridad, y fué el primero que enseñó a bordar a los indios por ser muy diestro en el arte; y nuestro Torquemada dice que cuando él escribía, se conservaban algunos ornamentos de su mano, en la provincia del Santo Evangelio, que aunque no eran de mucha costa, tenían mucha curiosidad. Por sus singulares virtudes, aspereza de vida, candor de costumbres, y ardentísima caridad, coronando todas sus obras con una muerte felicísima, dejó la fama de varón santo, así entre españoles como entre indios, y con mucha razón, pues por cincuenta años continuos trajo ceñida a las carnes una cota de malla que lo penetraba todo, y siempre caminó con los pies desnudos, en perpetua oración, continuas vigilas, y asperísimos ayunos. Voló su alma al cielo el 28 de febrero, y en el convento de Guadalajara se sepultó su cadáver con gran aclamación de sus virtudes, y siempre será aplaudida su duce memoria. A este siervo de Dios estando en un pueblo de Xalisco distante setenta leguas de México le apareció el V. P. Fr. Francisco Ximénez, que era uno de los doce primitivos, a la misma hora que acababa de expirar, y este mismo día dijo Fr. Daniel a otros religiosos: "Hoy ha sido N. S. servido de llevar a su gloria al P. Fr. Francisco Ximénez", y piadosamente se creyó que había venido a avisarle en virtud de la hermandad espiritual que ambos tenían, que todo cede en mayor crédito de este varón religioso.

El V. P. Fr. Bernardino Marmolejo, que trabajó incansablemente en la provincia de Xalisco, cuando todo era uno con Michoacán, vino de la santa provincia de la Concepción, donde había morado algunos años con mucho crédito de perfecto religioso, y con deseo de hacer a Dios N. S. mayores servicios, huyendo de las muchas estimaciones que le granjeaban su noble sangre, y parentela,

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

se vino a estas partes de las Indias, y llevado de la voz común que por todas partes corría de ser mayor la necesidad de operarios en la parte que toca a Xalisco, se dedicó a la conversión de estas gentes, con admirable tesón, y por su cuidado, y solicitud agregó innumerables infieles al gremio de N. Santa Madre Iglesia. Fué varón consumado en todo género de virtudes, y puntualísimo en la observancia de la Franciscana Regla, y sólo con su ejemplo predicaba más que con las palabras, siendo de todos venerado como norma de la perfección más sublime. Siendo morador del convento de Ahuacatlán, murió para pasar a mejor vida el día 11 de octubre de 1560, según Arturo, que le da el título de beato, por su heroica y rara virtud.

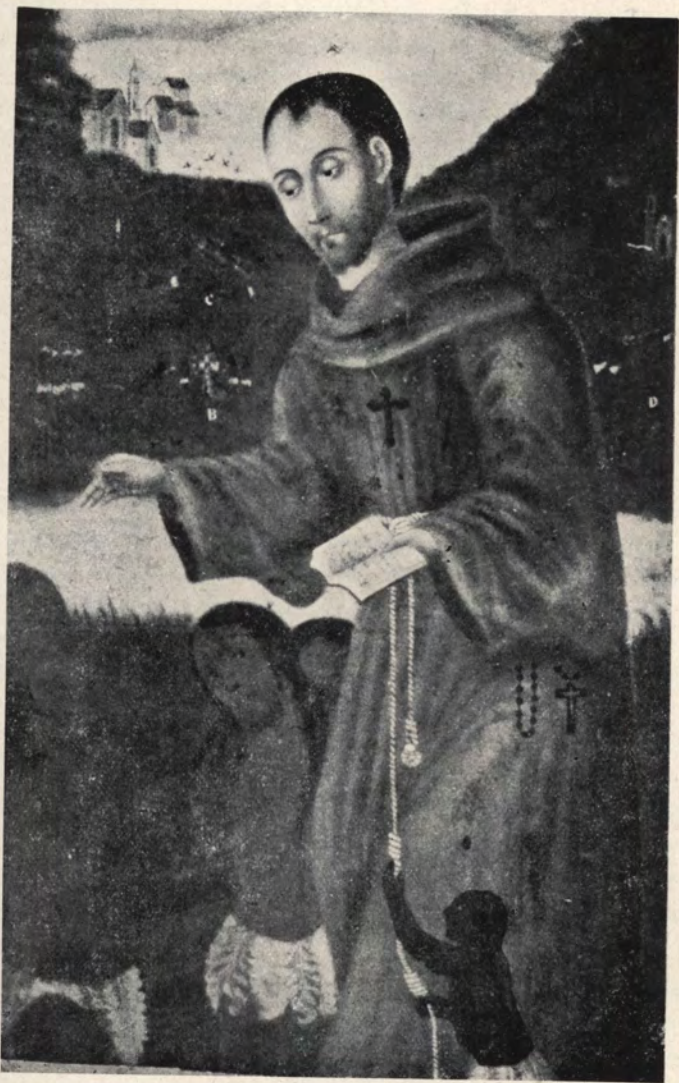
CAPITULO XIX

Del V. Fr. Juan Calero, primer mártir franciscano en esta América Septentrional de las Indias.



L primero en todas facultades siempre se mereció las antelaciones, condigno premio de sus gloriosas hazañas, Judas hijo de Jacob, y sus descendientes fueron los príncipes de las tribus de Israel, y le granjeó a Judas el principado haber sido el primero en entrarse sin temor en las sendas del Mar Bermejo sin recelar (se) le opusiesen las detenidas corrientes. Siéntelo así el Exmo. Hugo, aunque otros dan esta gloria a Aminadab de la misma tribu. Llama el grande Nacianceno a Eleazaro primicia de los mártires que murieron antes de Cristo (Orat. XXV) siendo así que antes murió Abel, y muchos de los profetas, con razón le llama primero no en orden de tiempo sino en la excelencia, y merecimiento de su martirio, dice su Escoliastes. Esta prerrogativa de primogénito en haber merecido la aureola del martirio en estas Occidentales Américas Indias, no puede sin agravio usurpársele al bendito Fr. Juan Calero, criado en la apostólica y santa provincia del Santo Evangelio, en el humilde estado de religioso lego; quien aunque le antecedieron en orden de tiempo aquellos tres niños mártires, que refiere nuestro insigne Torquemada, en su Monarquía, Parte 3a., Lib. 15. Cap. 30 hasta 33 no concurrieron en estos inocentes las tres maneras que hay de martirio; uno con solo

LAMINA No. 21.



FRAY JUAN CALERO O. F. M., primer mártir de América.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

obra, como en los Inocentes, que celebra la Iglesia; otro con solo espíritu y voluntad tal como el del V. P. Fr. Martín de Valencia; otro de voluntad, y efecto consumado, tal como en el héroe de quien escribo. Antes de cantarle la primacia me veo precisado a satisfacer la narración histórica de la crónica de N. P. S. Francisco de Zacatecas en que su muy erudito cronista da por asentado, ser el primero que con su sangre ilustró el sayal seráfico en estas tierras de la Septentrional América el V. P. Fr. Bernardo Cossin (pág. 211). Hágome cargo de sus razones, y aun le doy otras para afirmarlo; pues así lo asienta nuestro Ilmo. Gonzaga, y el martirologio de nuestro Arturo; pero yo que en esta crónica debo averiguar lo que de derecho toca a la santa provincia de Michoacán, tomando la venia, que me da el M. R. P. Cronista, diciendo: "que sin perjuicio "de otro, que pueda alegar mejor derecho afirmar ser el primero de "los mártires Fr. Bernardo Cossin", afirmo yo no poder componerse esta primacia con el cómputo de los años en que se afianza la verdad de los hechos. La custodia de N. P. S. Francisco de Zacatecas, según la crónica pág. 41, col. 2, se erigió el mes de diciembre de 1566. En el cap. I, parte 2, se lee haber sido enviado el V. Mártir Fr. Bernardo Cossin por el M. R. P. Provincial del Santo Evangelio Fr. Francisco Bustamante a la disposición del P. Fr. Pedro de Espinareda, prelado del convento del Nombre de Dios año de 1554. Esto asentado sin la menor controversia pongo el año puntualísimo, en que convienen todos nuestros historiadores haber padecido por Cristo el V. Mártir Fr. Juan Calero. Nuestro Ilmo. Gonzaga en el convento de Etzatlán, Custodia entonces de Michoacán, pone su martirio en la Pascua del Espíritu Santo año de 1541. Nuestro V. Arturo en su martirologio franciscano el día 30 de octubre pone su muerte año de 1541 en que se ve claro concuerda el año, y se olvida del mes y día, que pudo registrar en el Rmo. Gonzaga, pues lo cita en el epitome de su martirio.

Nuestro célebre autor de la Monarquía Indiana Torquemada, pone por primer mártir de los cristianos viejos a Fr. Juan Calero. Lo mismo el muy R. P. Cronista Fr. Agustín de Vetancour en su Menologio el 10 de junio de 1541 diciendo, fué el primero de los religiosos que derramó su sangre en estas partes por Cristo, cita el martirologio franciscano hablando del V. Mártir Fr. Bernardo Cossin que asigna su muerte el 19 de enero de 1550 y de Nro. V.

Calero convienen todos haber sido martirizado el año de 1541 con que según el unánime sentir de todos estos clásicos escritores antecedió nueve años el V. Calero al V. P. Cossin en el martirio, y ajustándose al año asignado por el M. R. P. Ex-Provincial y cronista que pone haber sucedido la muerte del V. P. Fr. Bernardo el año de 1554, son ya trece años de antelación en favor del V. Fr. Juan Calero para cantarle la primacía de protomártir entre los franciscanos de esta América. El testimonio más irrefragable de esta verdad, es el que dejó el V. P. Fr. Toribio de Benavente, uno de los primitivos doce apóstoles de esta América, conocido por Fr. Toribio Motolinía, a quien se debe dar entero crédito por haber pasado en su tiempo uno y otro martirio. Después de haber contado, y celebrado con palabras de gozo espiritual el triunfo y martirio de nuestro V. Fr. Juan Calero, prosigue su narración diciendo: Dos cosas saco yo de aquí para mí, por las cuales querría mucho alabar y bendecir a Dios, la una es que el primer mártir de este Nuevo Mundo tomó Dios del humilde estado de Menores y de los legos, donde había tantos y tan antiguos sacerdotes, con tan grandes deseos de morir por Jesucristo, y que con esta hambre y sed pasaron el mar, y vinieron entre estos infieles del occidente, y que da Dios aqúeste humilde lego la primera corona de martirio. La otra es que este primer mártir fué hijo de esta nueva iglesia, y que en esta provincia del Santo Evangelio tomó el hábito trece años antes que lo martirizasen; de lo cual tomo yo argumento, y señal que Dios quiere hacer grandes mercedes a esta su Nueva España. Estas son (dice Torquemada) las palabras formales del P. Fr. Toribio, donde claramente parece como primero fué muerto Fr. Juan Calero, que Fr. Bernardo Cossin, y también se entiende como llamándolo primer mártir, habla de los que de Europa pasaron a estas partes, y no de todos en general; pues el mismo P. Fr. Toribio como testigo de vista que en aquellos tiempos estaba en el convento de Tlaxcala, cuenta también el martirio del indio Cristobalito que pasó muchos años antes. Cuando pudiera quedar alguna leve duda en la narrativa de otros escritores, opuesta a la verdad de ser el V. Calero, todo se desvanece con esta relación del V. P. Motolinía, quien como se dice en su admirable vida, escribió las primeras historias en castellano, de lo sucedido en aquellos tiempos, de que se han valido los cronistas; y fué el último que murió de los doce memorables

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

campeones, que ilustraron con su apostólica predicación todo este orbe americano. Falleció año de 1566 a 9 de agosto.

Asentada esta base de la primacia en el martirio del ínclito Fr. Juan Calero, no será salir de sus proezas averiguarle en lo que se pueda sus principios. Nació, dice el M. R. P. Vétancour, en la Coruña, y sólo él hace mención de su patria. No refiero la mucha copia de grandezas que ennoblecen a la Corte de Galicia, la populosa ciudad de la Coruña, a quien alguno dió, según Ludovico Nonio la etimología de columna, para levantar la estatua del mártir Fr. Juan Calero, sobre esa lustrosa columna, me valgo de la noticia del mismo Nonio, médico, cosmógrafo peritísimo, quien dice hallarse cerca de esta ciudad las ricas minas del más apreciado jaspe de toda España. En el jaspe matizado de colores sanguíneos, halló materia para labrar la estatua de nuestro Calero, hermoseaada con lo purpúreo de su sangre en el martirio. Vino de Galicia a esta Nueva España en la flor de su edad, con candidez de jaspe, a buscar las temporales conveniencias, que tanto ruido hacían en los ánimos a los principios de la conquista. Era puro gallego en la sencillez de su natural, cumpliéndose en él el cándido, de que hizo etimología San Isidro de la voz Galloeco. Poco arraigaron en su corazón las espinas de los intereses temporales; pues encontró su vocación a la religión seráfica por los años de 1528, cuando era custodia muy reciente la del Santo Evangelio de México. Vivió algunos años en el regazo de la santa provincia, y cuando ésta se erigió, que fué año de de 1535, este mismo año se hizo custodia en el reino de Michoacán; y como florecían por entonces, tantos varones santos en la nueva custodia, cuando venían a los capítulos del Santo Evangelio daban razón por extenso de la mucha mies que cada día se iba descubriendo de nuevas gentes en aquellos páramos de la parte de Xalisco.

Tocado del Soberano Espíritu se partió nuestro Calero con uno de aquellos apostólicos obreros para la custodia, deseando emplear todas sus fuerzas en la conversión de los gentiles. Por el año de 1539 se comenzó a fundar un monasterio de frailes en un pueblo llamado Etzatlán, que cae en la gobernación de la Nueva Galicia o provincia de Xalisco. En este monasterio fué el primer guardián Fr. Antonio de Cuéllar, venido en misión de la santa provincia de Santiago.

Este varón memorable (como se verá en su vida), trabajó apostólicamente en doctrinar, reducir a nuestra santa fe los naturales de aquel pueblo, dilatándose su ardiente celo a los comarcanos vulgarmente conocidos por montaraces y chichimecos, que hasta entonces los de aquellas partes, poco o nada habían oído de la doctrina del santo evangelio; y en espacio de año y medio con la gracia de lo alto y con su buen ejemplo trajo muchos pueblos a la obediencia de nuestra Madre la Santa Iglesia confesando la fe católica; y en este tiempo bautizó muchos párvulos y algunos adultos, según se disponían para la recepción del santo bautismo. Recogió a pueblos muchos que como brutos sólo gustaban de morar entre los montes y cavernas. En este tiempo que más enardecido iba dilatando los términos de la conversión de estas gentes, se ofreció celebrarse el Capítulo Provincial en la ciudad de México, y para votar como guardián actual en la capitular congregación, dejó en su lugar por presidente a otro sacerdote su compañero, y con él a nuestro Fr. Juan Calero, en cuya coyuntura sucedió lo que expresará el capítulo siguiente.

CAPITULO XX

Ilustre triunfo de la fe santa con el martirio del V. Fr. Juan Calero.



HUERTO florido fué siempre la religión franciscana, como la elogiaron muchos Romanos Pontífices. Este huerto que en las divinas letras se llamó huerto cerrado, dice el doctor Almonacir, son los monasterios de monjes y religiosas, fértiles de granados, y fructíferas plantas. Con mucha propiedad se compara la vida monástica al árbol de la granada; porque debajo de una áspera corteza, se encierran unidos muchos granos de suavidad gustosa. A los principios son estos granos blancos antes de llegar a la última sazón; y a este modo los religiosos amantes de su profesión se mantienen cándidos, hasta que con el rocío de la gracia a fuerza de mortificaciones se transforman en granos rubicundos; pero con más propiedad son rubicundos granos los que derraman su sangre por la predicación de Cristo, y de su fe santa, y de éstos ofreció las primicias en esta iglesia indiana la pobre religión de San Francisco, a la sombra de la santa provincia de Méjico, en su pobrecita custodia de Michoacán y Xalisco, que siempre fué sólo una.

En el nuevo convento de la Purísima Concepción de Izatlán (65) se hallaba el año de 1541 el V. Fr. Juan Calero acompañando a su presidente, a tiempo que ausente su guardián el V. P. Antonio Cué-

llar, que había ido al Capítulo a México, se sublevaron ciertos indios de aquella provincia de Xalisco, llamados caxcanes, quienes desamparando sus pueblos, a que con la predicación del V. Cuéllar y de nuestro Calero (que era en lenguaje perito) estaban reducidos, apostataron de la fe, que habían profesado, y se subieron rebeldes a las serranías de Tequila, siguiendo su mal ejemplo los de un pueblo visita de Iztatlán, sujetos ya a la doctrina. El sacerdote que presidía en el convento no debía de saber la lengua de los indios, por lo cual Fr. Juan que los había doctrinado, viendo la grande ofensa, que aquellos hacían a su Dios en apostatar de su fe, y recelándose que si no volvían a poblado habían de ser muertos por los españoles, o a mejor librar, dados por perpetuos esclavos, movido con celo de la salvación de aquellos bárbaros, y con caridad cristiana, pidió licencia a su presidente para ir a aquellas serranías, a reducirlos y a traerlos a sus pueblos donde antes estaban. El sacerdote que tenía las veces del prelado, túvolo por bien, considerando que la obra que quería hacer Fr. Juan era piadosa y santa, y él mismo le animó a ello, y se lo mandó, y como el primer paso en los peligros es hacer oración a Dios, y pedirle el favor y ayuda de su Mano Diestra, como lo hizo Judith para vencer a Holofernes. acudió este fervoroso siervo suyo a El, y aunque siempre era muy cuidadoso en su servicio, y en la oración, ahora dobló sus vigiliass, sus disciplinas y ayunos, y con esta preparación se dispuso este bendito lego para la jornada, día primero de la Pascua del Espíritu Santo se confesó con tiernas lágrimas, y recibió la Sagrada Comunión con tal afecto, como de quien ya presagiaba le había de servir de Viático. Fortalecido su corazón con el Divino Fuego, que en tal día bajó sobre los sagrados apóstoles en el Cenáculo, confiando le asistiría el Espíritu Santo encendiendo en llamas de fuego su lengua; tomó el camino para la serranía donde se habían refugiado los alzados. Llegado que fué a Tequila, los llamó amorosamente con la caridad que siempre había usado con ellos; y ya que los tuvo juntos les hizo un razonamiento muy eficaz, persuadiéndoles no dejasen la fe de Cristo, que ya habían profesado; ni se dejasen engañar del demonio que procuraba llevarles consigo al infierno, que se volviesen a su pueblo donde sus padres espirituales, que como a hijos los amaban los habían puesto; que él prometía alcanzarles perdón de sus pasados yerros, cuales eran haberles quitado la vida a

ciertos españoles, y haber levantado un idolo invocando en él a los demonios. Los chichimecos que oyeron esta plática, como conocían a Fr. Juan por hombre de vida inculpable y sabían que los amaba, recibieron sin alteración sus palabras, y le dieron por respuesta que se volviese a su monasterio, que ellos sabían lo que les convenía, y mirarían lo que habían de hacer, vista su determinación, y que no era posible llevarlos consigo, resolvió Fr. Juan volverse a su convento traspasado de dolor de ver la terquedad de sus antiguos hijos.

A este tiempo en que meditaba su partida, llegaron otros de aquellos bárbaros, que no habían asistido a su exhortación amorosa; y como eran los más culpados en la muerte de los españoles y en la idolatría de los ídolos, tomaron por afrenta que aquel religioso hubiese ido a predicarles otra vez la fe de Cristo y sacarlos de sus antiguos errores y así determinaron quitarle la vida, incitados por una india que restadamente les dijo no serían hombres si no mataban aquel Fraile que iba a venderlos y engañarlos; iba ya el bendito religioso caminando para su convento, cuando sintió el tropel de aquellos bárbaros que venían armados de arco, flechas y macanas (que son palos anchos y tostados de encina) y conociendo venían a matarlo se volvió a ellos y con eficaces palabras les predicó la ofensa que a Dios hacían en no creerlo y quitarle la vida porque les aconsejaba aquella santa doctrina; los indios que nada entendían más que a derramar su sangre, le dijeron restadamente que venían a matarle; púsose de rodillas el fiel siervo de Dios dando gracias a Su Majestad por la singular merced de morir por su amor y por la confesión de su fe santa.

Los crueles bárbaros sin guardarle el respeto que hasta entonces le habían guardado, dispararon sobre él tanta lluvia de flechas que atravesado por todas partes cayó en tierra confesando el nombre de Dios entre aquellos incrédulos. No contentos con esto aquellos furiosos tigres le quebraron con las macanas los dientes y muelas diciendo con irrisión: ya no nos predicarás más cosas del cielo, ni del infierno, ni hemos menester ni queremos tu doctrina. Pasó más adelante la crueldad, pues le dieron con las macanas muchos golpes en la cabeza aunque de muchas partes le corría sangre, viendo que no estaba del todo muerto lo acabaron de matar a pedradas.

Fué este bienaventurado mártir, imitador glorioso en los tormentos de un San Esteban en las piedras, de un San Sebastián asae-

teado, de una Santa Apolonia quebrantados los dientes, y de un Santo Tomás Cantuariense, a quien fué rajada la cabeza.

Llevaba este santo religioso en su compañía cuatro indios cristianos de los que servían en la iglesia, dos niños que ayudaban a misa y otros dos ya mayores, el uno de estos llamado Francisco se escapó de entre las manos de aquellos crueles lobos, y se fué a su pueblo de Izatlán a dar noticia de lo sucedido.

Los otros tres, no quisieron desamparar a su querido P. y maestro, y con muchas lágrimas se abrazaron con él, y los bárbaros les quitaron la vida cubriéndolos de flechas; y piadosamente podemos creer que el santo mártir se llevó consigo sus ánimas al cielo para que como fueron consortes de sus penas lo fuesen de sus glorias. Llegaba la triste nueva a Ezatlán haciendo cuenta los cristianos que el cuerpo del dichoso mártir se lo habían llevado los crueles bárbaros para sacrificarlo a sus ídolos no fueron a buscarlos, hasta que al cabo de cinco días se supo que estaban los cuerpos todavía tirados en el campo. Aprestose para ir a traerlos el capitán Diego López de Zúñiga con la gente que le acompañaba, y encontraron el cuerpo del bendito Fr. Juan, no sin grande admiración, fresco, sin corrupción alguna, y la sangre tan fresca, como si entonces lo acabaran de martirizar; y los cuerpos de sus tres compañeros estaban ya destrozados por los animales y aves carniceras que abundan en aquellos campos. Quiso Dios ostentar sus grandes maravillas en conservar el cuerpo muerto de éste su siervo incorrupto, puesto al sol, en la fuerza de los calores y con la sangre fresca, no permitiendo llegasen a destrozarlo las aves, ni los animales silvestres que tanto apetecen las carnes muertas; lo cual para mayor prodigio no se verificó en los otros cuerpos de sus compañeros; para que todos conociesen quería su Majestad Suprema manifestar que su siervo fué digno de alcanzar con su gracia el mérito del martirio confesando su santo nombre. Llevaron con muchas lágrimas el capitán y los soldados el sangriento cadáver, cubriéndolo con una capa por que los bárbaros se habían llevado el hábito para memoria de su carnicero triunfo, y el presidente del convento le vistió un hábito para poderle dar honesta sepultura. Queriéndolo enterrar era tal la fragancia que de sí despedía aquel dichoso cuerpo, que los españoles le quitaban a pedazos el hábito y fué necesario antes de que lo dejasen desnudo entregarlo a la sepultura. Celebróse su funeral

con muchas aclamaciones de su virtuosa vida, llamándolo todos los circunstantes a voz en cuello Santo y quedó sepultado honoríficamente en la iglesia y convento de dicho pueblo de Ezatlán, habiendo sucedido su feliz martirio el día diez de junio, primero de pascua del Espíritu Santo, año de mil quinientos cuarenta y uno.

Para evitar toda equivocación, que pueda ofrecerse a los eruditos en nuestras crónicas, advierto que nuestro Ilmo. Gonzaga y el venerable Arturo dan a entender que fué Fr. Juan Calero sacerdote, pues los indiecitos, que le acompañaron en su martirio dicen le servían para ayudarle a misa; mas en esto se debe estar a lo que llevo dicho, con los autores que más de cerca escribieron en estas partes. Es también para evitar confusiones digno de saber que el bendito protomártir Fr. Juan Calero, tuvo tres nombres: el de Calero, que era el propio que mantuvo en el siglo. Llamose en la religión Fr. Juan de Esperanza, y con razón, pues nunca perdió la que tuvo de morir por la confesión del Nombre y Fe de Jesucristo. Otros le llamaron Fr. Juan del Espíritu Santo; cuya gracia siempre moraba en su dichosa alma, y tenía ordenado el mismo Divino Espíritu, que acabase su vida con martirio en su santa festividad, que para él fué verdadera pascua y el día de la alegría mayor de su corazón (66).

CAPITULO XXI

Vida y martirio del V. P. Fr. Antonio de Cuéllar, Guardián del convento de la Concepción de Izatlán.



ARA dar a conocer al invictísimo mártir Fr. Antonio de Cuéllar se me vino a las manos aquella galante comparación del Libro de los Cantares, en que se compara el cuello de la Iglesia a la Torre de David de quien estaban pendientes mil escudos, y todo género de armas militares. Este cuello, en pluma del muy erudito Padre Flores Lib. 5 Cap. 2, son los mártires y todos los escudos y armas de guerra con que hermocean la torre de la Santa Iglesia, son las heridas con que fueron martirizados por Cristo y las armas colgadas por trofeo los instrumentos con que les quitaron la vida los tiranos. Entre la variedad de instrumentos es singular la versión de Genebrardo; que en lugar de escudos y armas pone pendientes del cuello de esta Torre multitud de alforjas, llenas de saetas, Estos escudos y armas, dice el citado Padre Flores, se comparan con los collares con que hermosea su cuello la Esposa, que es la Santa Iglesia. Cuan ajustada le venga toda esta misteriosa comparación al mártir de Cristo y Venerable Padre Fr. Antonio de Cuéllar lo expresará la serie de su glorioso martirio.

Habiéndose ausentado este venerable Padre de su convento de Ezatlán donde era prelado para ir a votar al Capítulo que se celebraba en la ciudad de México, (como queda insinuado) concluida

LAMINA No. 22.



FRAY ANTONIO DE CUELLAR O. F. M., mártir de Etzatlán.

la elección dió la vuelta a Ezatlán poco después de la muerte de su amante compañero Fr. Juan Calero y como cuando Moisés bajando del Monte Sinaí halló al pueblo idolatrando, así este siervo de Dios cuando volvió del Capítulo a Ezatlán halló la tierra muy alborotada, muchos pueblos alzados, y puestos en arma vueltos a la idolatría los que antes eran cristianos por estar ya unidos con los indios infieles; y porque habían sido éstos los refugiados en la sierra por la muerte de Fr. Calero, por este motivo se ofrecieron varios encuentros entre los españoles y los indios en que quedaron muertos muchos de los apóstatas e infieles y cerca de treinta de los españoles. Como el bendito Fr. Antonio era padre de toda aquella república por haberla comenzado a poner en política y por haber predicado la palabra de Dios a sus moradores, luego que llegó, como iris de paz, procuró establecerla entre los españoles y entre algunos pueblos de los menos culpables y de éstos volvió muchos pacíficamente a sus antiguas poblaciones. No era mucho pacificase los ánimos de los españoles e indios, pues su amoroso trato (mediante la gracia de Dios) lo tenía granjeado el título de verdadero padre. Por esta causa habían rogado mucho a los prelados en el Capítulo, que no se lo mudase a otra parte, mas que le mandasen volver a Ezatlán, porque tenía puesta muy buena orden en lo espiritual y también en lo temporal y en todo le daba Dios gracias, y entonces más particularmente convenía mucho su vuelta para pacificar la tierra que tan alborotada estaba. Pues como él anduviese en aquellas obras de ángel de paz, procurándola entre todos y aumentando amor y caridad, y destruyendo la discordia y guerra, que los demonios sembraban, le llegó obediencia de su provincial, para que fuese a llevar un Fraile a otro monasterio, de un pueblo llamado Tzapotlán, porque en su compañía iría consolado; hizolo así el santo guardián, y dejando el fraile en su monasterio, volvióse a su casa, y a la vuelta fuese con algunos indios que lo acompañaban, por un pueblo llamado Ameca, que está cuatro leguas de Ezatlán. Este pueblo de Ameca, era uno de los que el siervo de Dios Fr. Antonio, había recogido poblado en un buen asiento, trayendo allí los indios de los montes, por donde estaban derramados, como salvajes, para que juntos cerca de su iglesia, viviesen como hombres en política, y fuesen enseñados en la doctrina cristiana. Cuando entró en el pueblo lo halló casi despoblado, porque los indios se habían alzado a los montes por

el motivo de la guerra; hizolos llamar el venerable padre, y como los convidaba con la paz acudieron muchos a su llamado; mas otros tercios en su rebeldía no quisieron venir a su presencia. Gustosos los que como mansas ovejas oyendo la voz de su pastor se habian juntado en dicho pueblo tuvieron el consuelo de oírle predicar, y decirles misa, día de la gloriosa Santa Clara, viernes doce de agosto, y quien podrá dudar el fervor de espíritu y las tiernas lágrimas con que celebró aquel Santo Sacrificio presagiándole su corazón que había de ser el último. Bautizó después muchos niños, y habiendo gastado algunas horas en dar saludables consejos a aquellos sus amados hijos, después de comer se despidió de ellos, para volverse a su monasterio, costándole esta última despedida mucha abundancia de lágrimas.

En medio del camino que hay de este pueblo al de Etzatlán se ofrece una serranía áspera y montuosa, y en ella como leopardo le esperaba acechando un capitanejo de los alzados con otros indios, llamados ihualucos revestidos de su misma zaña y fiereza. Saliendo de aquellas breñas cargados de sus armas a encontrarse con el santo religioso al camino y aunque por la mucha algazara con que venían y el traje con que se dejaban ver eran indicios manifiestos de la muerte que le maquinaban, ni se alteró su corazón magnánimo, ni se demudó su semblante, antes si volviendo el rostro a ellos, los saludó y habló con palabras llenas de mansedumbre. Pudieran éstas amansar a un tigre; pero en éstos, más crueles que los mismos brutos, no hicieron mella las palabras amorosas del siervo de Dios; antes si renovando en el hecho la infame traición de Judas poseídos como él del espíritu diabólico no lo entregaron en manos de sus enemigos, porque ellos fueron los traidores y los verdugos que le dieron muerte. Dispararon sobre el bendito Padre muchas saetas que lo atravesaron por todo el cuerpo, y otros por mostrarse más diestros le encajaron tres flechas en el rostro y una de ellas le entró por la boca y le salió por el cerebro. Desangrado por tantas y tan fieras heridas cayó medio muerto en tierra, y para acabarle del todo, descargaron sobre él muchas piedras, y le dieron muchos golpes con palos en la boca y por todo el cuerpo. Ya creyeron con esto, los crueles apóstatas, que quedaba muerto y dejando tirado su cadáver para que fuese pasto de las aves, se volvieron ale-

gres y ufanos a la serranía, como si hubiesen alcanzado una grande victoria.

De los indios fieles que habían salido de Ameca acompañando al Santo mártir cuando le vieron cercado de aquellos carniceros lobos, huyeron con presteza a dar aviso de lo que pasaba, unos a Ezatlán y otros a Ameca. Los de este pueblo por estar más cercano acudieron más presto y hallaron al venerable Padre batallando todavía con las agonías de la muerte. Lleváronlo cargado en hombros a su pueblo y quisieron sanar sus heridas con lágrimas de sus ojos, y toda aquella noche y el sábado siguiente le estuvieron aplicando cuantos remedios alcanzó su industria, y con ellos se pudo mantener todo aquel día llamando y bendiciendo a Dios por tan gran beneficio como morir por la fe santa que había predicado a aquellos apóstatas, y pidiendo les perdonase aquel sacrilegio, imitando en rogar por sus enemigos al glorioso mártir San Esteban, y lo que es más al Rey de los Mártires, que clavado en la Cruz rogó a su Eterno Padre por los mismos que lo crucificaron. Otro día que fué domingo, vigilia de la Asunción de la Reina de los Cielos, por la mañana entre fervorosos actos de amor Divino entregó su espíritu a su Dueño Crucificado sacrificándole todas sus heridas y sangre derramada por la que por sus Sacrosantas Llagas se dignó verter por su remedio, y de todo el mundo. Poco después de haber expirado el siervo de Dios, llegaron los religiosos de Etzatlán con algunos españoles e indios deseosos todos de encontrarle vivo para lograr su última bendición; mas viéndole ya difunto sólo les sirvió aquel sangriento espectáculo de renovar sus dulces memorias, y alabar al Señor por la fortaleza que le había dado para morir con tantas heridas, publicando por cada una de ellas como por bocas elocuentes, aunque mudas, las glorias de su Santísimo Nombre.

Ofreciose una piadosa contienda entre los moradores del pueblo de Ameca, y los que habían venido de Etzatlán, porque cada uno de los dos pueblos alegaba derecho sobre aquel rico despojo de la mortalidad; los de Ameca por haberlo traído a morir a su pueblo; los de Etzatlán por ser prelado y guardián que había salido de aquel convento.

Los religiosos compusieron el litis con suaves y persuasivas razones alegándoles ser muy puesto en razón lo llevasen a enterrar al mismo monasterio donde estaba sepultado su compañero antiguo Fr.

Juan Calero. Fueron todos los de uno y otro pueblo cargando sobre sus hombres aquel bendito cuerpo, y llegados a Etzatlán trataron de darle sepultura el día de la Asunción de María Santísima a que concurrió gran número de gente, llorando todos con amargura su cruel muerte. Fueron tantos los llantos y gemidos con que lo enteraron, que ni los religiosos podían hacer el oficio, ni alguno se podía contener sin derramar muchas lágrimas acordándose del buen Padre que perdían; y todos, grandes y pequeños, lo predicaban y aclamaban por Mártir de Jesucristo. Uno de los españoles que se hallaron presentes a los entierros de Fr. Juan Calero, y de su guardián Fr. Antonio de Cuéllar, considerando las mercedes que Dios hace a sus siervos, no solamente en la vida más, también en la muerte, honrándolos con la corona del martirio, compungido de devoción, y deseoso de imitar a aquellos bienaventurados, determinó dar libelo de repudio al mundo, y tomar el hábito de los frailes menores, con que se habían honrado aquellos venerables difuntos; y en cumplimiento de su vocación se fué luego a la presencia del R. P. Custodio de Michoacán, que con su licencia tomó el hábito y profesó para religioso lego en uno de los conventos de aquella santa custodia. Llamábase Fr. Miguel de Estivales, y fué siempre religioso de singularísimo ejemplo y grande operario, no sólo en los oficios de su humilde estado de lego, mas también en la conversión de muchos infieles, por haber sido dotado del Señor con singular espíritu, y ardiente celo de la salvación de los gentiles, como se verá en su vida, y en la del V. Mártir de Cristo Fr. Francisco Lorenzo.

Escribieron sucintamente del Venerable Fr. Antonio de Cuéllar nuestro Ilustrísimo Gonzaga, escribiendo del convento de Etzatlán y le da el título de beato en el catálogo de los mártires. El martirologio franciscano de Arturo pone el martirio de nuestro Cuéllar a 15 de noviembre, señala el año de 1541, y en ambas partidas padece engaño, que suele ocasionarlo la mucha distancia, puesto que este venerable religioso escribió en la Francia, y en los trasuntos que llegaron a sus manos pudo ocasionarse la errata del año y mes en los números, aunque con los demás escritores no discrepa en la sustancia del martirio; sólo añade que se venera en el dicho convento su cuerpo por los grandes milagros, que obraba el Señor en aquellos tiempos por su intercesión, de los cuales hoy no tenemos memoria. El mes que pone Arturo es el de noviembre el día 15. Es

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

muy digno de notar el que no vaca de misterio el significado del nombre mexicano Etzatlán, que quiere decir en los arroyos de sangre (67), puesto que fué Nuestro Señor servido de comprobar con la verdad del hecho el significado del nombre, no sólo porque de este lugar de Etzatlán salieron cuatro mártires para matizar lo pardo del sayal franciscano con la púrpura de su sangre, sino también porque fué este lugar y convento el depósito, como dejamos dicho, del protomártir Fr. Juan Calero, y de su guardián Fr. Antonio de Cuéllar, sino de otros dos, como adelante veremos en la vida del V. P. Fr. Francisco Lorenzo, cuyas gloriosas hazañas darán bastante materia para lustre de esta crónica.

CAPITULO XXII

*Vida toda apostólica del insigne mártir de Cristo
Fr. Francisco Lorenzo.*



UCHO se remontaron las bien cortadas plumas de los escritores cuando intentaron hacer la descripción de la nobilísima y siempre merecedora de coronas, la ciudad de Granada. Todas sus armas, escudos y blasones se cifran esmaltando en un escudo de plata una granada verde, descubriendo los rubicundos granos, teniendo por timbre una real corona. En esta corte de todo el reino de Granada tuvo su feliz cuna el venerable siervo de Dios Fr. Francisco Lorenzo, a quien el silencio de los escritores de su maravillosa vida con la cortedad de noticias le cercenaron la primera letra de su sobrenombre, privándonos de saber la nobleza de su familia, y los nombres y apellidos de sus progenitores, que todos estos títulos eran otros tantos laureles, con que pudiera después de las victorias que consiguió en su vida coronarse. Mas ya que emulando aquella saeta, que bajando de lo alto y dando el estallido sobre una piedra, en que estaba gravado el nombre César le borró la letra primera, que era la C sobre que discutieron los agoreros, era presagio que moriría el César cumplidos los cien días que en la aritmética latina se cifran en la letra C; nos quitaron con el silencio la L. de Fr. Lorenzo, nos dejan bastante campo en su nombre de Francisco y en las letras latinas que quitada la L suenan lo mismo en pluma del erudito Paoletto que espada de oro, pues por Francisco, según su etimología en la lengua francesa, es espada o cuchilla



FRAY FRANCISCO LORENZO O. F. M.
mártir de los chichimecos.

de dos filos; y lo fué nuestro Francisco, pues con su predicación y ejemplo, obras y palabras, hizo sangriento destrozó de los ídolos, y con su ardiente caridad doró los filos de su espada, para dar el lleno a su nombre y apellido. Hallábase nuestro gallardo mancebo D. Francisco en la florida edad de dieciocho años, dotado de naturales prendas y bien instruído en la latinidad, y a este tiempo en que podía disfrutar las conveniencias que le brindaban su nativa nobleza, y el caudal que como hijo único le tocaba de sus padres, lo llamó con fuerte inspiración el Señor para la religión de los menores. Dió cuenta de su determinación a sus queridos padres para que con su beneplácito y bendición, fuese su entrada en la religión, más acertada. No les pareció bien a sus nobles progenitores privarse de su hijo, en quien tenían depositados todos sus cariños, no sólo por sus amables prendas, sino por ser el único de su familia. Divirtiéronle con buenas razones su propuesta y para que mudase su determinación, sin voluntad del mancebo solicitaron buscarle por esposa una doncella hija de padres nobles, pareciéndoles que con este nuevo estado desistiría de sus primeros propósitos dándoles gusto en esto, y se conservaría la fama de su noble familia. Disimuló Francisco su siempre constante vocación por mostrarse obediente a sus padres, y éstos dispusieron con toda brevedad se ejecutasen los desposorios ya concertados entre las dos familias. Llegado el día de las bodas se vistió ricamente el mancebo, y sin dar parte a persona alguna de sus intentos, se fué desalado al convento de N. P. S. Francisco, teniendo antes prevenidos a los religiosos, y con mucha complacencia de todos se desnudó de las vestiduras de boda, y se vistió el sayal pardo tomando el hábito de novicios.

Ya se viene a los ojos el dolor y sentimiento que esta repentina mudanza ocasionaría en sus padres, y la consunción y diversidad de pareceres que habría entre los ciudadanos con un caso pocas veces visto; pero sus padres, como buenos cristianos, le ofrecieron a Dios su rubor y sentimiento, y dieron satisfacción a los deudos de la doncella diciéndoles que sólo por las bodas del cielo había abandonado los desposorios de la tierra; y que ellos no podían desbaratar lo que Dios había hecho con su hijo; pasó este su año de novicio con el mismo fervor que había tomado el hábito y profesó con singular complacencia de aquella comunidad santa. Pusieronlo a su tiempo a los estudios y corrió esta línea en artes y teología con tanta apli-

cación que mereció la aprobación de sus maestros. Fuese ordenado a sus tiempos, y por sus grados hasta llegar al supremo del sacerdocio; y en todo este tiempo se mantuvo dando singular ejemplo a todos los religiosos que lo trataron, y conocieron. Corría por estos tiempos en todas las provincias de España la noticia del descubrimiento de este nuevo mundo y la mucha necesidad de operarios evangélicos para cultivar tan copiosa mies como cada día se iba descubriendo; y tocado este siervo de Dios de su Soberana Mano en la misión primera que ofreció el tiempo, aunque los cronistas no tuvieron curiosidad de señalarnos el año; pero por el cómputo de lo que trabajó en estas partes, se conoce vino cuando la provincia de Michoacán era reciente custodia. Puesto ya en la palestra de la predicación apostólica por conseguir la conversión de los infieles padeció inmensos trabajos, caminando siempre a pie y descalzo, sin abrigo de sandalias por tierras incultas y calurosas, tolerando la multitud de mosquitos que de día y de noche le molestaban con sus punzantes agujones, transitando caminos fragosos, y sierras tan encumbradas, y de tanta aspereza, que sólo de mirarlas ponían grima al más animado. No descansaba este joven apostólico aun en tiempo de invierno pasando crecidos ríos, profundas barrancas y horrendos despeñaderos con admiración de los mismos indios, que asombrados no se atrevían a seguirle. Todas estas dificultades vencía el incansable deseo que tenía el siervo de Dios de liberatar de la opresión del demonio tanta infinidad de almas, poniendo en peligro y notorio riesgo su vida temporal, por ganar al prójimo la eterna; y esto sólo por el amor de Cristo, de que cuidaba inflamado con caridad cristiana. Causaba espanto a los naturales su tolerancia y sufrimiento, con serles a ellos tan usado el andar a pie y descalzos por caminos ásperos y pedregosos, cuando el santo varón caminaba con ellos no podían darle alcance, porque ya tenía uso convertido en naturaleza.

Hizo notable fruto en la conversión de los indios infieles con su predicación y vida ejemplar, y destruyó en muchas partes la idolatría con sus ritos, y sacrificios gentílicos, arruinó los templos de los ídolos, levantó iglesias, y colocó en ellas imágenes sagradas e introdujo en la gentilidad ritos cristianos y políticos. En este divino ministerio (porque con la virtud de su ánimo era parco, y en el tratamiento de su cuerpo austero, fuerte y extremo) toleraba in-

sufribles aflicciones corporales, muchas persecuciones y cosas adversas, como son hambre, sed, frío y calor, cansancios, y otras muchas penalidades, que es fácil de discurrirse. Su vestido era un hábito sin túnica, y un manto vil sin otra cosa alguna. Tenía de noche hora y media de ferventísima oración, derramando su corazón como agua delante del Señor, y jamás la dejaba por cansado, y fatigado que llegase del camino, ni por alguna otra incomodidad que el tiempo ofreciese, a sus cansados miembros no daba otro descanso en los campos, más que sobre ramas o sobre la tierra desnuda. Su ejercicio ordinario era convertir almas a su Creador, y poner en pueblos, y política la gente convertida, haciéndoles iglesias y dándoles imágenes para que rezasen delante de ellas y tributasen adoración a Dios en sus Santos. Derrocó muchos templos de ídolos, y le hubieran muerto muchas veces por ello, si N. Señor no lo guardara para obra tan santa y apostólica. Andaba de ordinario acompañado con otro religioso, y dormían siempre o en el campo en chozas, que hacían de ramas de árboles, o entre los ídolos en sus propios templos, que entre aquella gente bárbara de chichimecas no eran más que unos montones, o cerros de tierra grandes y altos, con poco edificio, donde habían de descansar bien fatigados del camino y cuestras, y a las veces mojados de aguaceros y lluvias, desmayados de hambre, y a medianoche, y el descanso del siervo de Dios Fr. Francisco era rezar luego sus maitines, y tener su hora y media de oración mental. Cosas son éstas que no se alcanzan por fuerzas humanas si la gracia Divina no hace toda la costa, fortaleciendo la flaqueza humana, y haciendo fácil lo que según la prudencia del siglo, se hace insuperable y dificultoso. Si dormía en el campo, el manto le servía de colchón y frezada, un manojo de yerbas de cabecera. Una estera de la tierra tendida en el suelo era la mesa y manteles en que comía, y los manjares maíz tostado, que los mexicanos en su lengua llaman cacalotl.

Este V. P. fué el primer fundador del monasterio de Ahuacatlán en el reino de Xalisco, y en este mismo convento fué su primer guardián, teniendo por singular compañero al V. Fr. Miguel Estivales, religioso lego de singularísima virtud, en quien resplandeció especial celo de la salvación de las almas, y sobrevivió muchos años después del martirio de su guardián. Lo primero que establecieron en este pueblo los dos amantes compañeros, fué poner



escuela para enseñar la doctrina cristiana a todos los niños de aquella comarca, conforme a la costumbre que todos los religiosos tenían en esta Nueva España. Antes de que el apostólico padre viniera a este pueblo, se habían sublevado los moradores de él, retirándose a las serranías, entre ellos el indio sacristán, que guardaba las cosas de la iglesia que antes según cuenta, había sido visita de otro convento. La madre de éste, luego que vió llegar al pueblo los dos religiosos, se fué a ellos y les preguntó si se venían allí a vivir de asiento. Respondiéronle que para qué lo preguntaba. A lo cual replicó ella que si habían de perseverar en aquel pueblo les daría ciertas cosas del servicio del altar que tenía guardadas en su casa, porque un hijo suyo se las había llevado siendo sacristán de aquella iglesia, y que ahora estaba viviendo entre los alzados. Los padres le dieron a entender que habían venido a hacer allí su convento y enseñar la Ley de Dios a los moradores de aquel pueblo. Entonces la devota mujer les trajo dos casullas de damasco y dos cálices de plata, unos corporales, y otras cosas del servicio de la iglesia. Agradecido el V. P. mirando en aquella pobre india tan singular fe y devoción, dió alabanzas al Señor y se animó diciendo a su compañero que sería gran servicio de Dios comenzar sembrando la palabra divina por aquellas sierras donde andaban remontados los indios. Tomó el camino para ir en busca de ellos, y con la suavidad de sus palabras los fué poco a poco recogiendo, y fueron tantos los que se redujeron, que formó en aquel valle de Ahuacatlán dieciséis pueblos, todos muy pacíficos, y levantó otras tantas iglesias para administrarles los sacramentos. Después determinó pasar a otro valle llamado Ahuaxcotlán, habitado de indios feroces, y conociendo los españoles que por allí vivían, y los indios que tenían ya pacíficos el evidente riesgo a que exponían su importante vida, procuraron por todos los medios posibles disuadirlo de empresa tan arriesgada. No pudieron estas amorosas instancias disuadir el dictamen del siervo de Dios, que siempre fué buscar a todo riesgo aquellas ovejas descarriadas para reducirlas al rebaño de la Iglesia. Fuése con su compañero en busca de ellos, y apenas lo vieron, les infundió el Señor a aquellos bárbaros tal respeto, que los recibieron con demostraciones de paz, siendo esta gente la más feroz y brava que hay por toda aquella tierra. Después de haberles predicado les formó cinco pueblos con sus iglesias, estableció la en-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

señanza de la doctrina cristiana, y cuando le pareció quedaban ya bastante instruidos se volvió victorioso a su monasterio de Ahuacatlán. Mantúvose algunos días en su convento, y como el fuego que ardía en su pecho no le permitía descanso, determinó con su fiel compañero Fr. Miguel partirse para otros indios bárbaros, llamados tecoxquines, que estaban doce leguas de allí, y llegados a su pueblo llamado Oztoticpac, los indios de él lo desampararon y se huyeron a la sierra. Viendo que nadie les salía al camino, se fueron a aposentar a la casa donde los indios tenían el ídolo del sol; y como con cuidado mirasen si aparecía alguno, encontraron a la tarde un indio que se ocultaba entre unos matorrales; acariciáronlo cuanto pudieron y le rogaron se fuese con ellos donde estaban los fugitivos. Adelantose el indio, y les dió noticia de cómo sólo venían los dos religiosos sin compañía de españoles que había sido el motivo de desamparar su pueblo, y que así podían venir muy seguros. Aun no había pasado una hora cuando volvió el mensajero con otros veinticinco indios, a los cuales dió a entender el V. Fr. Francisco no venían a sus pueblos a hacerles mal alguno más antes mucho bien; pues venían sólo a darles a conocer el verdadero Dios, y el seguro camino de salvarse. Con esta seguridad, otro día por la mañana vinieron al pueblo como seiscientas personas de hombres y mujeres; y tuvieron la reserva de dejar en el monte los niños mayorcitos, temiendo no se los quitasen los padres para ponerlos en las escuelas (como lo acostumbraban) para que aprendiesen la doctrina cristiana. Como vió el siervo de Dios aquella gente junta, los consoló mucho, proponiéndoles la palabra de Dios, y moviéndoles a recibir la fe santa. Ellos en agradecimiento del amor que les mostraba, le dijeron se holgaban mucho con su venida, porque bien sabían que eran padres espirituales, y que no hacían mal a nadie, ni querían cosas del mundo; pero que habían tenido recelo de los cristianos (así llaman ellos a los españoles seglares) porque era gente codiciosa y los afligían para sacarles oro y plata. Para mostrar su alegría dieron de comer a los religiosos de sus groseros manjares, y en su presencia dispusieron un baile con mucho contento y regocijo. Los padres les trazaron los sitios donde habían de congregarse, y en la primera iglesia pusieron una imagen del Apóstol Santiago, que después permaneció con la advocación del mismo Santo.

CAPITULO XXIII

Prosigue continuando sus laboriosas tareas este incansable operario.



DACIFICADOS los de Tecoxquines hicieron tránsito para otro pueblo de la misma lengua, donde los recibieron con mucha alegría, y los saludaron según es costumbre. Edificaron allí otra iglesia consagrada a San Miguel Arcángel donde colocaron una imagen del mismo Santo Príncipe, y en otros cinco pueblos levantaron iglesias, y se volvieron muy consolados a su primer monasterio. Después que hubieron descansado algunos días, como el principal descanso del siervo de Dios Fr. Francisco no era otro sino trabajar por la conversión de las almas, dió en breve la vuelta con Fr. Miguel para Ahuaxcotlán donde antes habían estado, y puesto doctrina. La segunda noche después que llegaron fueron avisados de los del pueblo, cómo otros indios vecinos y enemigos suyos los querían venir a matar así a los religiosos como a ellos por haberlos recibido en su pueblo. Parecioles a los siervos de Dios ser por entonces conveniente ausentarse, como lo hicieron, porque no recibiesen daño aquellos pobres, que los habían acogido, y lo mismo ejecutaron los indios mansos, que estaban con ellos. No fué en vano el temor, pues al alborar el día cayeron los enemigos, y no hallando con quién emplear su rabiosa zaña, prendieron fuego en los cinco pueblos de doctrina, y con feroz rabia quitaron la vida a seis muchachos cristianos, que eran los maestros de la escuela.

Sabida esta tragedia el día siguiente de los religiosos, se condo-
lieron lastimándose de la muerte de aquellos tiernos corderos; y
dentro de pocos días volvieron a edificar los cinco pueblos, y pusie-
ron de nuevo doctrina en ellos.

Viendo Fr. Miguel los abundantes frutos, que el venerable Fr.
Francisco recogía en la mies del Señor, y temeroso no se apagase
aquella luminosa antorcha que daba luz a toda aquella vasta gen-
tilidad, se empeñó en persuadirle se ausentase de aquel lugar, pues
no ignoraba estar muy cerca los enemigos, y que encontrándolo a
las manos, sin duda a uno y a otro les quitarían las vidas. Respon-
dió con rostro sereno el V. P., que bien sabía que aquellos indios
le habían de matar, mas que no por eso había de dejar de predi-
carles por si acaso, algunos con sus diligencias se hicieran capa-
ces de conocer a Dios, y salvarse. Bien sabía Nuestro Redentor, (di-
jo él) que había de morir a manos de los judíos, mas no por eso
los desamparó, ni dejó de predicarles, y hacerles buenas obras, y
pues tan alta Majestad murió por mí a manos de su pueblo, no será
mucho que muera yo por El a manos de estos bárbaros. Tornole a
decir Fr. Miguel que con todo aquel espíritu sería lo más acertado
dejar aquel valle y no tentar a Dios. A esto, lleno de celo santo,
con virtuoso enojo, respondió el siervo de Dios que no le tratase
más de aquella materia, porque le daba mucha pena con ella, y di-
ciendo esto, se partieron ambos a su primer domicilio.

Experimentaba este apostólico varón, que muchas de aquellas
naciones por donde había peregrinado, aunque se reconocían por
fuerza de la razón convencidas, no acababan de quedar en la fe
bien radicadas. Ingenió su celo otra nueva entrada por tierra de los
Tecoxquines, que habían dejado de paz, y con doctrina; y consul-
taron con ellos si sería conveniente entrar en busca de los bárbaros
de Ahuaxocotlán. Los indios amigos les respondieron que el inten-
tar esto era manifiestamente ponerse a peligro de que les quitasen
las vidas, porque eran los de aquella nación crueles y enemigos de-
clarados. No por esto los venerables varones desistieron de su em-
presa; mas consultando a Dios en la oración se determinaron a en-
trarse entre aquellos bárbaros a todo riesgo; y aunque lo sentían
los del pueblo, les dieron un indio para intérprete, y guía de su

camino. Enviáronlo los religiosos a Ahuaxocotlán, para que de su parte dijese a los indios que iban a verlos, visitarlos y consolarlos, y que así los recibiesen de paz. Parecioles bien a los infieles, y para mostrar su buen afecto, salieron a encontrar a los padres con dos ramos verdes en las manos, y los saludaron en su idioma, y los regalaron a su usanza. Con tan buena disposición fundaron allí cuatro pueblos con sus iglesias, manteniéndose en ellas bastantes días para dejarlos bien instruídos, y catequizados, y concluído esto. se volvieron a su convento.

Algunos días hicieron pausa el V. P. Fr. Francisco y el compañero de sus caminos Fr. Miguel, en el convento de su morada todos entregados a santos ejercicios, y en doctrinar los hijos de su pueblo. Pero como el celo de la casa de Dios les comía el corazón, salieron de nuevo a descubrir provincias idólatras, que se nombra de los frailes, porque los naturales de ella traían coronas en la cabeza abiertas, y redondas por encima de las orejas. Antes de llegar a esta provincia, bajaron al valle de Banderas, en que se crían muchos árboles de cacao, granjería muy apetecible de los españoles; y si los religiosos juntasen en pueblos los indios de este valle sólo sería para que los españoles se sirviesen de ellos, y no los diesen lugar de atender al negocio más importante de su salvación. Quedáronse por entonces Fr. Francisco y su compañero en las faldas de la sierra, donde formaron siete pueblos con sus iglesias. Pasaron de allí a la provincia de los frailes, y tomaron posada en la casa del ídolo del sol, y allí los visitaron los naturales. Su modo de saludar era bajar la cabeza, y diciendo algunas palabras en su lengua, se iban luego. Otro día se juntó mucha gente, y el V. Padre les hizo una plática declarando el fin de su venida. Los indios recibieron sus palabras con gusto, ofreciéndose a admitir la fe con tal que los españoles no entrasen en sus tierras. Sosegó sus temores el V. P., y con gusto de todos edificó una iglesia consagrada a la imagen que en ella puso, de San Antonio de Padua, y se trazó el sitio para el nuevo pueblo.

En el mismo valle se delinearon otros seis pueblos, quedando edificadas sus iglesias; y para todas ellas les dieron imágenes de que siempre iban prevenidos. Acabado de poner todo en orden, dijeron los religiosos a los indios querían pasar a otras gentes por

nombre "los coronados" que también usaban coronas, aunque distintas de los otros. Mucho se lo contradecían los indios, que se les habían dado por amigos, temiendo no les matasen; mas viendo no desistían de su propósito, los fueron acompañando veinte capitanes con mucha gente armada. Al primer pueblo que llegaron fué Chacalla, y sus moradores viendo aquel aparato se huyeron a las selvas. Conociendo el varón de Dios que huían de miedo de los que los acompañaban, rogó a los capitanes que se volviesen con su gente, y los dejasen solos. Mucho costó reducirlos a esta propuesta, por los bien fundados temores de dejar aquellos dos corderos entre carnívoros lobos, mas por último los dejaron solos, y se volvieron muy tristes a sus pueblos.

Viendo a los PP. solos, se vino a ellos un indio viejo, el más principal de aquel pueblo, por saber el motivo de su venida, y entendiendo venían de paz, les hizo buen cortejo; y después de varias conferencias, le preguntaron, qué tantos pueblos había en aquella punta de serranía que llegaba hasta el mar del sur (porque toda la jornada de los religiosos era por la costa del mar) y el indio le respondió que había diecisiete pueblos. Envió Fr. Francisco indios mensajeros a llamar los moradores de ellos, y todos vinieron. Saludaban a los religiosos extendiendo la mano, y besándola luego, como lo usan hasta hoy algunos españoles. Detuviéronse en estas naciones los PP. algunos días que necesitaron para darles alguna luz con que conociesen a Dios, y supiesen el camino del cielo. Pasaron para Amaxocotlán, donde tenían los naturales de aquella tierra recogidos todos sus ídolos para hacer sus sacrificios; aposentáronse en la casa del ídolo del sol donde los recibieron alegremente. Pasando adelante vieron otras dos casas de ídolos en la costa del mar, y preguntó Fr. Miguel a los que los acompañaban a que Dios estaban dedicados aquellos templos, y fuele respondido que el uno era dedicado al dios de la guerra, y el otro al dios del pescado. Quisiéronlos ver, y subieron a lo alto de ellos y vieron ambos ídolos con sus insignias, al dios de la guerra con una saeta en la mano y al del pescado con un pece. Sacó Fr. Miguel secretamente fuego de un pedernal que traía y pegó fuego a las casas que como eran pajizas, presto se volvió todo llamas, y por huir de ellas salió un sacerdote de los ídolos que estaba oculto en este adoratorio. Par-

tiéronse luego de aquel lugar para proseguir su camino; y tuvieron noticia que los bárbaros de aquella tierra trataban de matarlos; y sabido esto por cosa cierta, el V. P. Fr. Francisco dijo a su compañero, que de su parte se aparejase, como él lo hacía, y que el Señor dispusiese de ellos según su voluntad santísima.

Para esto, toda aquella noche se estuvieron aparejando lo mejor que pudieron, para recibir la muerte por Jesucristo. Fr. Miguel se confesó con su guardián, y éste se postró por el suelo derramando muchas lágrimas, y pidiendo a Dios misericordia de sus culpas, y ambos hincados de rodillas delante de un Crucifijo, que habían puesto sobre un banquillo de la tierra, a ratos rezaban, y a ratos se consolaban el uno al otro, animándose a poner todas sus esperanzas en aquel Señor por cuyo solo amor, y por buscar almas perdidas se habían engolfado en tan manifiestos riesgos. En este mismo tiempo, que más fervorosos clamaban al Señor sus amantes siervos, oyeron el alarido de los bárbaros, que pasaban de doscientos, y cercando a los benditos varones daban voces diciendo: "mueran, mueran los enemigos de nuestros dioses". Cuando puestas las saetas en las cuerdas tirantes de los arcos las asentaban sobre aquellas dos inocentes víctimas, por Providencia Altísima de Dios, y con maravilla portentosa, instantáneamente les mudó el Señor el corazón, y arrojando en tierra los arcos y flechas que es la mejor señal de paz entre estas gentes, se sentaron pacíficos como mansos corderos.

Con tan estupendo milagro, alegre y encendido en caridad el siervo de Dios Fr. Francisco, les propuso los documentos de nuestra santa fe, y les persuadió que dejada la vanidad de sus ídolos diesen sólo culto al verdadero Dios, que en aquel Crucifijo les mostraba haber dado la vida y sangre por ellos. Escucharon los bárbaros muy gustosos todo su razonamiento, y le dijeron gustarian mucho se quedasen con ellos, pues el motivo de haber querido matarlos había sido sólo por temer viniesen con ellos los españoles, de quienes sólo se recelaban por las extorsiones que sabían habían padecido otros que los admitieron en sus pueblos. Sosegaron los religiosos estos temores, y aunque no les querían dar permiso para irse, con blandas razones les persuadieron era preciso volverse a su convento por haber muchos días que faltaban de él, y que en

otra ocasión, si Dios lo dispusiese podrían volver a consolarles. Fueron los padres al convento de su morada, que era Ahuacatlán, en donde, según nuestro Ilmo. Gonzaga, se hallaba por accidente el V. P. Fr. Alonso de Segovia, Custodio entonces de Michoacán antes de ser provincia, y habiendo recibido a sus dos súbditos con mucha humanidad, les mandó con precepto formal de obediencia, no repitiesen viaje a aquellas regiones, así por estar distante treinta leguas de camino, como por haber estado tres meses ausentes y reputados ya por todos entre los muertos. Obedeció con toda prontitud el V. Guardián a su prelado, y dejadas aquellas naciones distantes procuró emplear los talentos con que lo había enriquecido el Soberano Padre de Familias en cultivar las tierras más cercanas, porque no podía disimular el fuego que ardía en su pecho, que le ocasionaba ardentísima sed de la conversión de las almas.

Lo que más cuidado le daba era visitar los pueblos que tenía ya reducidos, y así, con su siempre fiel compañero, enderezó su viaje para la tierra de los Tecoxquines, donde fueron recibidos en sus moradores con mucho gusto, y después de haberlos catequizado, les administraba el santo bautismo por este orden: a los niños sin dilación les confería este saludable sacramento; y a los adultos se los dilatava todo el tiempo que necesitaban para detestar sus errores, y estar bien instruidos en todo lo necesario que debían creer, y observar para salvarse. Persuadiales que no se embirasen (que es teñirse el cuerpo de negro, o de otros colores), y que le trajesen los ídolos que tenían guardados; que el que tenía dos o tres mujeres se quedase con la primera casado según la Ley de Xpto. Los catecúmenos ejecutaban todo esto de buena gana por el deseo que tenían de bautizarse. Usaban estos indios de Amaxocotlán traer barbas postizas de oro, plata o cobre; y para esto se arrancaban las pocas que les concedió la naturaleza. Traían presas las barbas postizas con unos clavitos algo larguillos, y una cabezuela ancha, como de medio real; y poníanse dos órdenes de ellas alrededor de la boca. Mandáronles que se las quitasen por la deformidad con que desfiguraban sus rostros; y estaban tan reducidos, y obedientes a sus padres espirituales, que al punto depusieron toda aquella afectación fantástica. Del oro, plata y cobre, que arrojaron al fuego, era tanta la abundancia que hubo metal para fundir diecisiete campanas de a quintal

cada una, y las pusieron en otras tantas iglesias que de nuevo fabricaron en aquella parcialidad.

Al tiempo de volverse para su convento pasaron por Cacalotlán, y teniendo ya bien preparados los ánimos de aquellos gentiles, les administraron el santo bautismo a cuatrocientas personas, que quedaron sumamente gustosos por los admirables efectos que causan en las almas las aguas saludables de tan soberano lavacro.

CAPITULO XXIV

*Corona este bendito Padre todos sus especiosos pasos con
la laureola de un glorioso martirio.*



ACE mención el eminentísimo Aresio en su libro de Tribulación, tom. I. Discurso 9, de la invención que en Inglaterra introdujo el Rey Artus criando caballeros de la mesa redonda a los capitanes más esforzados de su ejército. Sentábalos por honra en su mesa, y para que no altercasen sobre la procedencia de lugares, dispuso una mesa rotunda con que se celebraba el convite, sin alternar los asientos.

Tal se declaró el bendito P. Fr. Francisco Lorenzo, pues no sólo asistía como sacerdote al convite de la mesa rotunda del Altar, sino que alcanzó por el martirio hacerse digno de sentarse en la Mesa de la Gloria, que siendo eterna, se simboliza en la mesa rotunda. Pasado algún tiempo en su convento pidiendo al Señor la conversión de los gentiles, le inspiró la Majestad Divina fuese en busca de los indios Tecoxquines, por tener noticia que los sacerdotes de los ídolos se habían retirado a su monte, donde tenían su adoratorio. Rogó el Padre a los indios del pueblo le trajesen los fugitivos a su presencia; ellos respondieron que no se atrevían por el mucho temor de que les quitasen la vida. Viendo el celador del culto de Dios defraudado su deseo, agitado del espíritu, preguntó a su compañero Fr. Miguel Estivales si confiando en Dios se atrevía a subir al monte, y traerle aquellos sacerdotes fugitivos. Confiado, le respondió

el compañero haría lo que le ordenara, con tal que se lo mandase por obediencia. Mandolo hincar, y le impuso el precepto de que subiese a la sierra, y trajese de ella maniatados aquellos sacerdotes. Partió Fr. Miguel para la montaña, y llegado a la casa de los ídolos se puso a la puerta, y con voz imperiosa los mandó salir fuera.

No muestran tanta sujeción los corderos al pastor que los cria, como la que mostraron estos rebeldes a la voz de este humilde religioso. Conforme iban saliendo los iba maniatando; entre ellos uno que se llamaba Juan, por excusarse siendo cristiano, dijo había subido allí por llevar de comer a los sacerdotes. Dejolo sin prisiones, y le mandó le ayudase a atar a los demás, como lo hizo. Bajolos de esta manera al llano a la presencia de su guardián, quien les reprendió sus idolatrías, y atados como estaban los llevó a su convento de Ahuacatlán, y allí los tuvieron un mes enseñándoles la doctrina cristiana, y después de bien instruidos los remitieron a sus pueblos, amonestándoles seriamente, que como habían sido ministros del demonio, si querían salvarse, lo fueran del verdadero Dios. Tuvieron después noticia el V. Fr. Francisco y su compañero, de unos indios bien distantes del lugar donde se hallaban, los cuales habían desamparado sus pueblos, y retirándose como fieras a lo intrincado de los montes. Luego que llegaron los PP. los recibieron muy en paz; porque siempre que veían al bendito guardián les parecía ver un ángel del cielo, y así se redujeron a tomar asiento en sus pueblos, donde les dejó trazada su iglesia. Lo mismo sucedió con otros indios remontados en las sierras de Xocotlán, que por consejo del V. Padre edificaron en las mismas sierras cinco pueblos, con sus iglesias, y en ellas pusieron doctrina, como lo acostumbraban en todas las demás provincias. Sabiendo de mucho tiempo atrás estos compañeros, que los indios caxcanes, homicidas del V. Mártir Fr. Juan Calero mantenían el hábito que le desnudaron, y con él vestida una estatua, a quien cada año el día que lo mataron le celebraban fiesta, en memoria de haber quitado la vida al que les destruía sus ídolos; luego que intrépidamente se entraron los padres entre ellos, les reprendieron el gloriarse de tan mal hecho, cuando debían llorar toda su vida para alcanzar perdón de su pecado. Pidiéronles el hábito del V. Mártir, y lo entregaron con mucha sumisión, convencidos de las devotas exhortaciones del V. Fr. Fran-

cisco, y formaron tres pueblos con sus iglesias, dando al parecer buenas muestras de que habían aceptado su doctrina; y después se volvieron los religiosos al convento de su morada que era el de Ahuacatlán.

Celebrose por aquel tiempo capítulo custodial en el convento de Guadalajara en el cual salió electo el guardián del convento de Etzatlán el P. Fr. Francisco, y su amante compañero Fr. Miguel de Estivales lo destinó la obediencia para que fuese a morar a otro convento de la custodia, y este apartamiento le privó de morir a manos de los indios, como siempre lo había deseado. Veneremos las ocultas providencias que usa Dios con sus amantes siervos, sin meternos en investigar razones para conjeturarlas.

Separados los dos finos compañeros en los cuerpos, siempre unidos en las almas, se volvió el insigne Fr. Francisco Lorenzo a tomar posesión del convento de Etzatlán, que poco tiempo después había de ser depósito de su martirizado cuerpo. Como el fuego que el Espíritu Santo enciende, nunca dice: basta, con mayor propiedad que el material incendia; aunque tenía convertidas innumerables almas el fuego de este pecho todo apostólico, sintió en su corazón especial impulso de lo alto para ir a visitar los indios de Calotlán, en la provincia de Amaxocotlán; y es de advertir, que de estos indios había profetizado este santo varón, y lo había dicho a su compañero Fr. Miguel, que ellos le habían de quitar la vida. Con toda esta previsión que tenía tan de antemano, todo resignado en manos de su Criador, emprendió su jornada, llevando consigo a un religioso mancebo llamado Fr. Juan, de quien calla la historia el apellido. Apenas llegaron a las rancherías de los indios, fueron recibidos y hospedados con alegría de todos. Súpose esta venida de unos indios vecinos llamados tacotecanes, enemigos declarados del nombre de Cristo, y de sus seguidores, vinieron de mano armada, y quitaron la vida a diecisiete personas de los indios cristianos. Despertó el soldado de Cristo Fr. Francisco con el estruendo de los enemigos, y voces lastimeras de los que morían a sus manos, y llamando a su compañero le dijo con alentadas voces: ea, hermano, levántate presto, y ten valor, y esfuerzo, porque ahora es el tiempo aceptable, y el día de la salud, en los cuales (momentos) con corto tiempo de padecer, podremos conseguir el reino de los cielos. Encendió luego unas candelas delante del altar, y tomando en las ma-

nos un devotísimo crucifijo se postró de rodillas, sacrificando en manos del Rey de los Mártires su vida y su espíritu.

Entrábase a su celda el virtuoso mancebo Fr. Juan para ofrecer a Dios su alma y espíritu, y al entrar de la puerta le quitaron la vida con repetidos macanazos. Fueron luego a la iglesia donde estaba el bienaventurado Fr. Francisco puesto de rodillas con el Crucifijo en la mano, y le dieron con una macana tan desmesurado golpe en la cabeza, que le quitó las fuerzas y le hizo soltar el Crucifijo de las manos. Entonces el sacrilego verdugo prorrumpió en estas sacrilegas voces: "¿Piensas que te ha de valer Ese que está en la Cruz Crucificado?" Entonces una, dos y tres veces repitiendo golpes, y heridas por todo el cuerpo, hizo que volara aquel seráfico espíritu al eterno descanso merecido y comprado con su sangre. No contentos aquellos lobos carniceros con ver tanta sangre derramada, por satisfacer más su bestial apetito, y por dar a conocer que aquellas muertes eran ocasionadas del odio, y aversión que tenían entrañada en sus corazones, quemaron la iglesia reduciendo a cenizas las sagradas imágenes, y las celdas donde se hospedaban los religiosos; y se fueron a refugiarse entre los montes, imitando a las fieras cuando después de haber ensangrentado sus uñas en los mansos corderos se retiran fugitivas y temerosas a sus cuevas. El día siguiente (68) reconocieron los indios cristianos, que en las cercanías se habían ocultado por temor de los enemigos, todo el estrago que padeció su pueblo, fueron a dar noticia a los españoles que asistían en unas minas dos leguas de aquel sitio. Juntos los españoles con los indios amigos fueron a Cacatlán, y con muchas lágrimas y cristianos sentimientos llevaron los cuerpos de los benditos mártires Fr. Francisco y Fr. Juan su dichoso compañero para enterrarlos en su monasterio de Etzatlán, en compañía de otros dos mártires que descansaban años antes sus gloriosas cenizas en aquella iglesia. Luego que supieron los indios de las serranías, por donde el siervo de Cristo Fr. Francisco Lorenzo había predicado el Santo Evangelio, la muerte de su apóstol, y predicador, fueron a pedir justicia de ella, presentando su justa querrela delante de los oidores, que por entonces asistían en la ciudad de Compostela. Oyeron la demanda con notable sentimiento, y se determinó que fuese uno de la dicha Audiencia a informarse del hecho, y castigar con todo rigor a los delinquentes.

LAMINA No. 24.



FRAY JUAN FRANCISCO O. F. M., compañero de martirio
de Fr. Francisco Lorenzo.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

Fué señalado un oidor por apellido Contreras, con cien hombres españoles, y cuatro mil indios cristianos de los mismos que el V. P. Fr. Francisco había bautizado. Quedáronse los españoles en los llanos y vertientes de las sierras, por ser aquella tierra muy fragosa, y áspera y los indios subieron a lo más alto, y dificultoso por ser muy prácticos en trajinar las sendas de las montañas más escabrosas. Acorralaron de tal suerte a los enemigos, que a ninguno de ellos dejaron con vida, salvo ocho o nueve los más principales de ellos, que trajeron vivos; a los cuales convencidos de su enorme delito y sacrilego atrevimiento los mandó la Audiencia ahorcar para castigo ejemplar de los bárbaros, y de toda aquella comarca. Serían como seiscientos los tecotecuanes que murieron; y desde entonces quedó despoblada aquella su tierra. Es digno de notar que la vida y hechos de este bendito mártir tuvieron la fortuna de haber hecho menuda relación de ella el compañero que tuvo en sus jornadas Fr. Miguel de Estivales, de lo cual carecieron los otros mártires, a quienes faltaron testigos oculares que depusiesen sus heroicos hechos para poder explayarse en su historia.

Cierro la del invicto mártir Fr. Francisco Lorenzo colmada de tantos laureles como consiguió triunfos entre tantas gentes bárbaras exaltando el estandarte de la Cruz entre sus mismos enemigos, y fabricando setenta y siete iglesias, y otros tantos pueblos para que fuese adorado y conocido el Nombre de Cristo, a quien sea toda la gloria de haber elegido tan singular ministro. Al mismo tiempo que estaba para concluir este capítulo, me encontré con la vida del V. siervo de Dios Fr. Andrés de Córdova, religioso lego, y el undécimo de los doce campeones seráficos que juntos aportaron a estos reinos. Consta de ella que en sus últimos años anduvo peregrinando por Michoacán y Xalisco, convirtiendo infieles, mandado de la obediencia, y que en esta ocupación le cogió la muerte pasando a mejor vida. Sus huesos (según Torquemada) estaban guardados con mucha veneración en una caja de piedra detrás del altar de la capilla mayor del convento de Etzatlán, con los huesos de los cuatro mártires, que en éste, y los antecedentes capítulos, tengo referidos.

CAPITULO XXV

Mueren a manos de los bárbaros otros dos religiosos y se da razón de dos donados venerables.



S cosa muy digna de notar, como advierte el muy erudito Torquemada, que no se había descubierto tierra en toda esta Nueva España en la cual no hubiesen sido los primeros maestros de la doctrina evangélica los hijos de N. P. S. Francisco, quienes con el sudor de sus rostros, y con el derramamiento de su sangre regaron los campos de la gentilidad, y se ocuparon incansablemente en la conversión de innumerables idólatras, que sujetaron después sus indómitas cervices al yugo suave de Cristo.

Apenas contaba tres años de fundación la provincia del Santo Evangelio, y otros tantos de su erección la custodia de Michoacán, cuando el año de 1539 determinó el Excelentísimo Señor Virrey D. Antonio de Mendoza se hiciese una jornada para el descubrimiento de los llanos de la Cibola, seiscientas leguas la tierra adentro hacia el norte, yendo por capitán general Francisco Vázquez Coronado, hombre de ilustre sangre, y de mucha cristiandad (69).

Para esta expedición se aprestaron cinco religiosos, siendo el primero el M. R. P. Provincial del Santo Evangelio Fr. Martín de Niza. Entre los otros compañeros, de sólo dos cuenta sus nombres la Monarquía Indiana. El uno principal, digno de eterna memoria, fué el varón de Dios Fr. Juan de Padilla, quien habiéndose criado

para la religión franciscana en la santa provincia de Andalucía, por el celo de la conversión de los gentiles se vino a la provincia del Santo Evangelio donde estuvo algún tiempo, y fué el primer guardián del convento de Tulantzinco; mas viendo que por aquella comarca estaban ya reducidos los indios a doctrina, pidió tránsito para la custodia de Michoacán y Xalisco que eran fronteras de los chichimecas hasta entonces bárbaros y gentiles. Hiciéronle guardián de Tzapotlán (70), y en este tiempo se ofreció la jornada que hemos apuntado, y se incorporó en ella este siervo de Dios con Fr. Juan de la Cruz, religioso lego, según advirtió nuestro Ilustrísimo Gonzaga. Emprendieron todos juntos su viaje en que tardaron más de dos años; no perdió tiempo el V. Fr. Juan, siempre ocupado en estorbar las libertades licenciosas de los soldados, y en predicar a los infieles que encontraba por los caminos. Al cabo de este tiempo se volvieron los españoles para México, y tres religiosos con ellos, sólo los siervos de Dios Fr. Juan de Padilla y Fr. Juan de la Cruz se resolvieron a permanecer constantes entre los gentiles. Escogieron para su habitación un pueblo que se llamaba Tiguex, y con ellos quedaron Andrés del Campo, portugués, y dos indios con el hábito de donados nativos de Michoacán. Estuvieron estos religiosos en aquel pueblo algunos días, con mucha aceptación de sus moradores; mas como el deseo y celo apostólico que ardía en el pecho del V. P. Fr. Juan Padilla no le dejaba descansar, suspirando por descubrir nuevas gentes para traerlas al conocimiento de Cristo, inquirió si había otros pueblos en la tierra más adentro; le respondieron los indios que encontraría pueblos de poca gente, mas que caminaría tres lunas que son tres meses, y encontraría muy buena tierra, y muy poblada de gente. Alegrose mucho con esto el varón santo, y queriendo ver con sus propios ojos se despidió de ellos y se partió para una jornada llevando consigo los dos hermanos donados, y al portugués. Dejó en el pueblo de Tiguex a Fr. Juan de la Cruz para enseñarlos en las cosas de nuestra santa fe y religión cristiana. Apenas pasó el siervo de Dios la comarca de los indios amigos, cuando se halló cercado de innumerables indios bárbaros armados de arcos y flechas que venían en forma de guerra dando formidables alaridos. Como los vió venir en aquella triste figura en que se ponen cuando se embiran, no queriendo que los compañeros peligrasen, rogó al portugués, que pues llevaba caballo huyses de

aquellos crueles lobos, y que se llevase consigo a los donados, que por ser indios ligeros le podrían seguir, y escaparse mientras aquellas bestias carniceras se ocupaban en su persona, a quien principalmente venían a buscar; y así se hizo. El siervo de Dios se hincó de rodillas, y puesto en oración aguardó la furia de los bárbaros, que ya venían cerca, encomendando su alma al Señor, por cuyo amor y fe la ponía. Los crueles carniceros apenas llegaron a su presencia dispararon tanta multitud de flechas sobre aquel inocente cuerpo, que por tantas bocas como eran las heridas, confesando el Nombre de Cristo, cerró con glorioso fin la carrera de esta mortal vida, y voló su bendita alma a recibir la corona que tiene Dios prometida a los que como mártires son testigos, que dan a conocer en el mundo su Santo Nombre.

Del V. Fr. Juan de la Cruz, que fué de profesión lego, según N. Ilustrísimo Gonzaga, sólo nos consta que se quedó en el pueblo de los Tiguex doctrinando los indios, que se quedaron con él muy gustosos, y en señal de su regocijo lo cogieron en brazos haciéndole muchos festejos. Era religioso muy observante, y de vida tan ejemplar que cuando acompañó al capitán D. Francisco Vázquez Coronado, tenía dada orden a sus soldados que en oyendo nombrar a este siervo de Dios se quitasen los sombreros, reverenciando su persona. Lo restante de su vida nos lo callan los cronistas, y sólo conjeturan que después de haber catequizado a los Tiguex, pasó a otras gentes bárbaras donde logró la palma del martirio, y como entró tan solo, no se pudo saber dónde, ni de qué suerte murió, quedando reservada esta noticia a sólo Dios, que le premiaría los gloriosos trabajos que padeció por dar a conocer su Santo Nombre en aquellas tierras incultas.

Resta saber el fin que tuvieron los dos hermanos donados que escaparon con la vida cuando fué martirizado Fr. Juan Padilla. Para dar plena noticia de estos dos hermanos que lo fueron en la sangre, es de advertir que, según N. Torquemada, aquellos padres antiguos en los principios de la custodia de Michoacán recibían algunos indios dándoles el hábito de donados, entre éstos fueron los dos hermanos Sebastián y Lucas, de nación tarascos. Fueron ejemplarísimos en su vida, muy abstinentes, penientes, devotos, grandes predicadores en su lengua tarasca, y en la mexicana, y aun se dice supieron otras lenguas de los bárbaros chichimecas, porque andu-

vieron entre ellos, en compañía de los religiosos, ofreciéndose a morir de muy buena gana en sus manos por amor de Jesucristo, si el mismo Señor lo dispusiese. Eran tan estimados de los religiosos, que los apreciaban por su mucha virtud y méritos, como si fuesen frailes profesos.

Volviendo a la narración de su vuelta, fué maravillosa por dos circunstancias, y nuestro insigne Torquemada, no contento con lo que tenía dicho de estos dos virtuosos hermanos, refiere por menudo que cuando entraron los españoles, y religiosos a la provincia de Michoacán eran los dos hermanos niños tiernos. Sus padres juzgando que la gente española comía carne humana se los quisieron ofrecer y sacrificar; mas los niños huyeron de la muerte, se escondieron hasta que, manifiesto el engaño, se descubrieron y entregaron a los religiosos, que los criaron en buenas costumbres, y les enseñaron con fundamento la fe de Cristo. Imprimiose en ellos de tal suerte la buena enseñanza de sus maestros, que salieron en ella señalados, y muy hábiles, y virtuosos, tanto que ayudaron mucho en la conversión de los indios de aquellos primeros tiempos. Su penitencia (aunque es casi natural en los indios) era muy voluntaria, y gobernada por discreción de sus directores, y su conversación y palabras, como de muy perfectos religiosos. Predicaron muchos años a sus naturales convertidos, y por convertir, y ganaron muchas almas a su Criador. En esta entrada de Cibola acompañaron a pie, y descalzos a los religiosos, y les ayudaron mucho en la predicación del Evangelio. Dieron la vuelta a la Nueva España milagrosamente; porque como la tierra es tan larga, llana y sin término no atinaban a volver. Viéndose perdidos y rodeados de necesidad, que es madre de invenciones, les ocurrió a la imaginación una muy devota y santa, y ésta fué que hicieron una Cruz de madera, y con grande devoción propusieron de traerla consigo a costas remudándose para cargarla hasta llegar a puerto seguro, confiados que con tal compañía no se podían perder, y así les valió, y guió la Cruz, que cuando menos se pensaron se hallaron en Colhuacán, tierra de cristianos.

En este camino también les acompañó un perro, como a Tobías otro; y les valió mucho para su sustento, porque les cazaba liebres y conejos, de que se mantuvieron todo aquel tiempo que duró su peregrinación. Como traían la santa Cruz de Cristo con humildad devota, y vestidos con el hábito pobre de San Francisco, acertaron

a entrar por puertas de cristianos muy gustosos, y espiritualmente consolados. Pasados algunos días, enfermó Sebastián y acabó santamente el curso de esta vida mortal y piadosamente podemos creer que fué a gozar de Dios, y que recibió en la gloria el premio de sus buenas obras y trabajos.

Lucas perseveró con mucha constancia en la virtud por lo cual fué muy estimado de todos, así españoles seglares, y religiosos como indios. Hizo muchas entradas, y de mucho fruto entre la gente infiel, de cuyas manos le libró el Señor, y al cabo murió de enfermedad andando en la conquista de los chichimecas de Zacatecas. Hablando de este hermano Lucas el M. R. P. Cronista de la santa provincia de Zacatecas en la vida del glorioso mártir Fr. Juan de Tapia, dice que murió cubierto de saetas, y golpes de macana, dice éstas formales razones; la misma muerte, y con las mismas circunstancias dieron al hermano Lucas, su fiel achates en todo. Sabida la noticia fueron los religiosos de Zacatecas con alguna gente y hallaron los cadáveres frescos, incorruptos, pasados ya cuatro días de su muerte. Dióseles honorífico sepulcro en la capilla mayor del convento de Zacatecas. Los indios que ejecutaron estas muertes eran de nación Huachichiles, y habiendo caído los cómplices en manos de los españoles, afirmaron que desde el instante en que quitaron las vidas a estos siervos de Dios, los habían perseguido unos bultos resplandecientes, que les embargaban los pasos y que solo los que hicieron las muertes eran los aterrados por aquellos bultos lúcidos, esto sucedió el año 1557. No repugna para la narración histórica esta especial noticia de nuestro Lucas, pues pudo ocultársele el modo de su muerte a nuestro historiador Torquemada; y sólo advierto que este año el convento de Zacatecas estaba sujeto a la custodia de Michoacán y Xalisco; pues como consta de la referida crónica el año 1567, en tiempo del primer provincial de Michoacán se dió licencia por el señor Obispo para fundar este convento. Concluyo con nuestro hermano Lucas diciendo, que cuando supieron los religiosos su muerte, y la de Sebastián, se les hicieron los oficios y sufragios como si fueran frailes profesos.

CAPITULO XXVI

De otras cosas muy memorables acaecidas en aquellos tiempos.



L grano evangélico que sembró el Divino Labrador en los corazones humanos sólo dió fruto multiplicado en aquella tierra racional, que por su buena disposición no puso para su cultura impedimento. Mostrose fértil, y agradecida la tierra de los corazones tarascos, pues la semilla de la palabra divina, que en ella sembraron los apóstoles de Michoacán dió en muchos colmados frutos. Prueba de esta fertilidad fué un

mancebo llamado D. Juan, señor principal, y natural del pueblo de Tarecuato. Criose en la escuela de los religiosos, y aprendió muy bien a leer y escribir. Encontró por su dicha la vida de N. P. S. Francisco traducida por los religiosos en el idioma tarasco, y con su lección devota se le encendió el corazón en vivos deseos de imitar aquel ejemplar vivo de Cristo; y con muchas lágrimas hizo voto de vivir en el hábito, y vida que instituyó el seráfico patriarca para sus hijos. Para muestra de su buen propósito se desnudó de las ropas que vestía como señor, y cacique, y buscando sayal grosero se vistió de él pobremente, y dió libertad a muchos esclavos que tenía y les predicó y enseñó la Ley de Dios, exhortándolos a la guarda de sus santos mandamientos, y les rogó que como buenos cristianos se amasen unos a otros. Dijoles también que se dolía, siendo él pecador, de haberlos tenido por esclavos, siendo todos compra-

dos, y libertados por la Sangre de Jesucristo, y que de allí adelante supiesen que eran libres. Entonces, él desnudo por seguir a Cristo desnudo, renunció también el señorío, y las joyas, y muebles que tenía; repartiólo todo con los pobres, y con estos fervorosos deseos pidió muchas veces el hábito de N. Orden en la custodia de Michoacán. No tuvo efecto su petición, porque a aquellos santos varones se recelaran por ser el pretendiente tan nuevo en la cristiandad, temiendo no se volviese con el tiempo a las costumbres en que se había criado, y que aún tenía a la vista las idolatrías de otros de su misma nación. Viendo la repulsa de su pretensión, se fué a la ciudad de México al convento de N. P. S. Francisco, y volvió a pedir el hábito con muchas instancias y ruegos. No hubo cabida su pretensión, y como no se quitase su corazón, se fué a la presencia del santo Obispo Fr. Juan de Zumárraga y le dió cuenta de lo que tenía prometido. Bien quisiera el ejemplarísimo prelado darle todo consuelo, porque le cobró mucho afecto, vista su devoción y constante perseverancia; pero no empeñó su autoridad por saber que los religiosos no habían de venir en ello. De esta manera estuvo algún tiempo el virtuoso D. Juan, perseverando con su capotillo de sayal, y dando siempre muy buen ejemplo, hasta que llegó la cuaresma y se volvió a Michoacán por oír en su lengua los sermones de aquel santo tiempo, y confesarse, y cumplir con la iglesia. Después de pascua volvió a México, a tiempo que se celebraba Capítulo, repitiendo sus instancias y lo que pudo alcanzar fué que con el mismo traje ceniciento anduviese entre los religiosos, y que si les pareciese ejemplar su vida, perseverando en su propósito lo admitirían en el noviciado. Como al buen pagador no le duelen prendas, condescendió el bendito mozo con lo determinado, y se quedó a servir en el convento; mas aunque la bondad de vida y la perseverancia no faltó en el devoto indio, los religiosos después de haberlo largo tiempo consultado, dieron largas al cumplimiento de la promesa, por no abrir la puerta para otros. El dichoso don Juan perseveró constante con su hábito de donado, y en él le cogió la muerte, en que debemos piadosamente creer que N. P. S. Francisco, a quien tanto deseó imitar le otorgaría en el cielo el que se colocase entre sus hijos de la primera Regla por que tanto suspiró mientras fué viador en la tierra.

Por estos primeros tiempos vivía en la custodia de Michoacán

el V. P. Fr. Gaspar Rodríguez de quien hace mención nuestro Torquemada, refiriendo algunos casos muy memorables que le sucedieron con los indios en el reino de Xalisco. El primero fué en el pueblo de Xuchipila, con una india principal llamada Hernanda Alonso. Diole una enfermedad a la dicha india tan prolija, que le duró tres, o cuatro meses; al cabo de ellos estando ya muy debilitada la confesó el V. Fr. Gaspar, y le administró el Santo Viático para morir. La misma noche en que esperaban todos moriría, la visitó la Madre de Dios, dejándose ver de aquella india dichosa, a la medianoche, muy resplandeciente, y cercada de una gloriosa comitiva, y un fraile menor venía delante alumbrando con una hacha, y llegando la Santísima Virgen a la cama consoló a la enferma y le mandó abrir la boca dándole por su purísima mano unas cucharadas de cierto licor suavísimo, y le dijo que no la quería llevar hasta que pasase un mes; porque más mereciese con sus dolores, y luego desapareció la visión. Fué cosa maravillosa, porque al punto tuvo la enferma memoria, y por su pie fué a contar a su confesor lo que le había pasado. Para más certidumbre de haber sido verdadera la visión, cumplido el mes volvió a recaer, y recibidos otra vez los Santos Sacramentos, la llevó el Señor para su gloria.

Otra visión no menos prodigiosa acaeció en un pueblo llamado Apozol, de la provincia de Xalisco en el cual vivía una india casada, mujer sencilla y de buena vida, a la cual había confesado el dicho Fr. Gaspar Rodríguez, y su marido había caído enfermo de mal de ojos, y le duró muchos días, tanto que la pobre mujer vino a cansarse de tan continuo trabajo, y aburrirse con la enfermedad tan prolija del marido.

Un día que le daba de comer por no sé qué coalición de disgusto perdió la paciencia, y se ofreció al demonio, diciendo: "el diablo me lleve". El enemigo malo que no se descuida, acudió a su llamado, y le apareció en forma de un indio cantero, que algunos días antes había muerto. Asombrada ella de ver al que tenía por muerto, oyó que decía que se levantase y le siguiese. Cayó en tierra desmayada, y cuando volvió en sí, volvió a ella el enemigo disimulado, y le dijo: vente conmigo y si no, te he de ahogar, y diciendo ésto se llegó a ella, y le enclavó a su parecer un hierro por la garganta; con lo cual estuvo fuera de sí más de cinco días, sin comer, ni hablar, de suerte que los de su casa y vecinos que acudieron, no sabían qué

remedio hacerle, esto sucedió un lunes de la Semana Santa. La mañana de la Resurrección, vió su casilla toda entoldada, según ella misma después refirió, de paños de corte, y luego vió venir una procesión muy ordenada de mancebos muy hermosos, que excedían en hermosura a los hijos de los españoles, y traían en medio una cruz muy grande, y resplandeciente. Coronaba la procesión un Niño más hermoso que todos, con un libro muy precioso en las manos, el cual se llegó a su lecho, y la llamó por su nombre, y la consoló, y la dijo que El era el Tepapaquiltiani que quiere decir Consolador (71), y le declaró, como el demonio había querido llevar su alma, por las palabras que ella había dicho, ofreciéndose a él; y preguntole si quería que El la llevase en su compañía. Ella le respondió que en su mano estaba, que como El lo ordenase. Y dice que le mandó abrir la boca, y le quitó aquel hierro, que el demonio le había dejado clavado, y luego desapareció toda aquella visión, y ella se levantó muy confortada, y fué derecho a la iglesia adonde estaba el dicho Fr. Gaspar su confesor, que a la sazón había ido a visitar aquel pueblo, y le contó lo que le había sucedido con muchas lágrimas, y de cuando en cuando daba grandes sollozos, quejándose del dolor de la garganta, y decía que aquello le había causado el tormento del hierro que le había clavado el demonio.

Este V. P. Fr. Gaspar Rodríguez, en breves cláusulas nos dice Torquemada, fué religioso ejemplar y devoto, dado a la oración y vida espiritual, y con celo de la salvación de las almas, predicó entre los bárbaros chichimecas, y logró mucho fruto entre ellos; entre las cosas maravillosas que dejamos referidas que dicho Padre contaba haberle acaecido, no es de menos admiración lo que le sucedió andando entre los chichimecas infieles entendiendo en su conversión. Llegó a un pueblo distante diez leguas de Cinaloa, y supo haber muerto el señor de aquel pueblo pocos días antes, indio gentil que aun no se había bautizado, y recibéndole pacíficamente los del pueblo, le contaron cómo estando para morir el dicho indio les hizo una plática, diciendo: "que vendría presto allí un sacerdote cristiano que lo tuviesen en gran reverencia, y le creyesen, y guardasen sus palabras, porque iba de parte de Dios para su salvación de ellos"; y que acabada su plática murió, con lo cual aquellos indios se bautizaron y recibieron la fe de Cristo. El decir, tales palabras aquel indio principal pudo ser o por inspiración divina, muriendo él

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

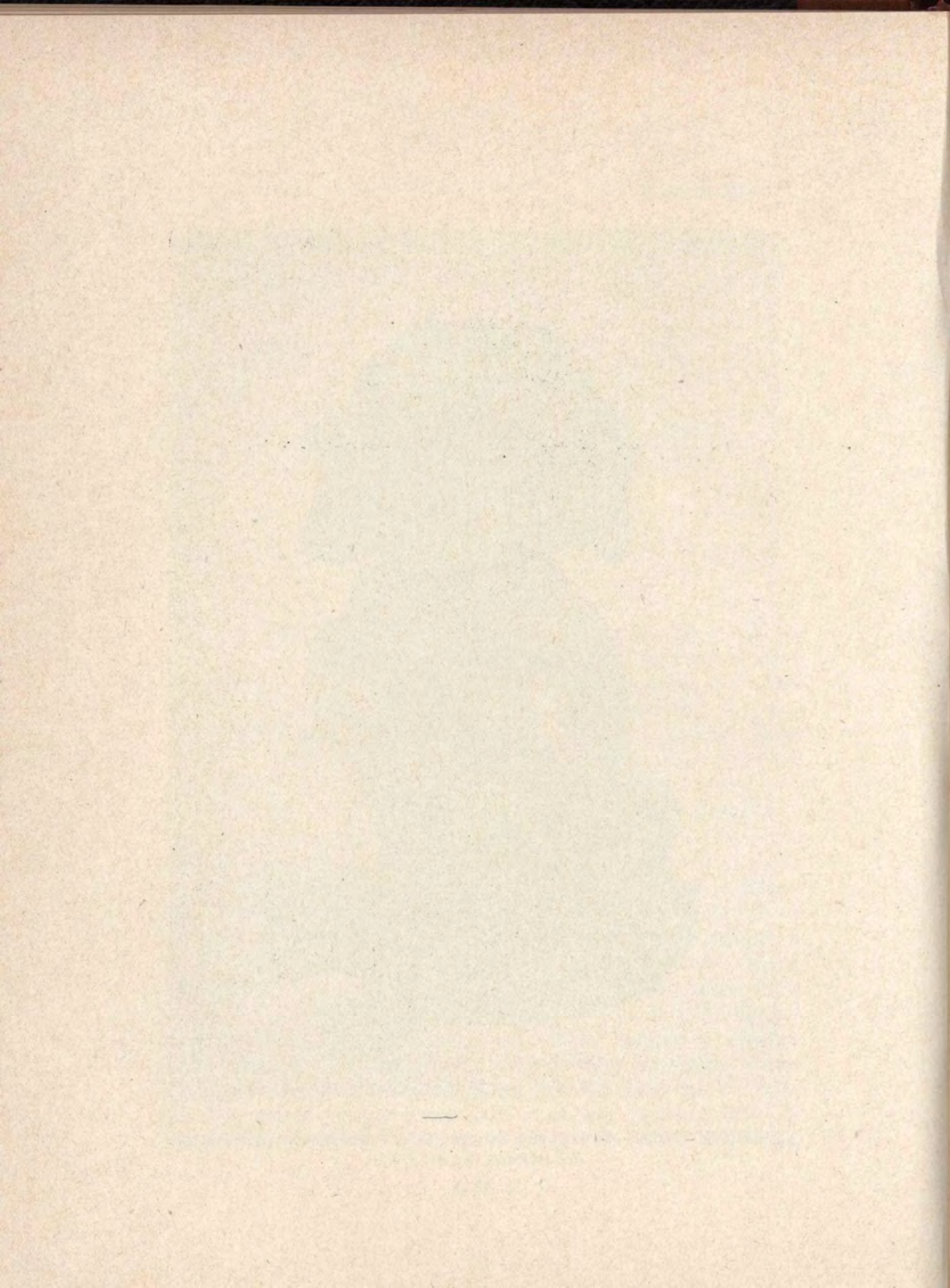
ya cristiano por el bautismo de deseo, y voto; o si murió gentil pudo hablar por su boca el demonio, compelido por mandato de Dios, como otras muchas veces ha sucedido en el mundo, haciéndole Dios que a su pesar diga algunas cosas que convienen para su servicio, y exaltación de su santa fe (72).

En Ahuacatlán, pueblo de la provincia de Xalisco, solía estar un buen indio llamado Pedro, que servía de intérprete a los frailes en las cosas de la doctrina. Este indio fué tenido por muerto, y el afirmó que realmente murió, y estando amortajado para llevarlo a enterrar, y su mujer e hijos llorando por él, llegaron dos frailes franciscanos, ya difuntos, de la dicha provincia, el uno de los cuales era Fr. Alonso de Cebreros, con otro su compañero, y dijo: "A éste dejémoslo acá, porque es intérprete de los frailes, y les ha de ayudar, y también tiene hijos pequeños y mujer"; y dicho esto desaparecieron, y el indio resucitó luego, y vivió después como buen cristiano.

Otra india mujer de un principal, en el pueblo de Culiacán, reino de la Nueva Galicia, vino a morir de cierta enfermedad, y estuvo casi un día muerta, y amortajada, y cuando la quisieron poner en las andas para llevarla a enterrar, se meneó, y descociéndole la mortaja, con admiración de los presentes, dijo: cómo había parecido en juicio ante N. S. Jesucristo, al cual había visto muy indignado contra toda aquella provincia, y que le mandó volver al cuerpo para que les dijese que oyesen la palabra divina que les predicaban los religiosos y guardasen lo que les decían; que ella, por la gracia y misericordia del Señor, era salva, y había de morir en breve, como sucedió al cabo de dos días. A esta dichosa india conoció y confesó el ya mencionado Fr. Gaspar Rodríguez, y certificó ser muy virtuosa, y sin vicio alguno (73).

Con tan colmados frutos de bendición, probó su fecundidad dichosa esta apostólica e ilustre custodia no sólo en sus venerables hijos, mas también en los memorables hijos que por el Evangelio engendró en Cristo.

----- o O o -----



CAPITULO I

*Historia de la creación de Michoacán en Provincia cuando por un
lado se creó la de Xalisco.*

NADA descolgó la vasta provincia de Michoacán en sus fecundas y multiplicadas fuentes de virtudes, leyes y religión que por un lado se de paraba una dilatada y hermosa castaña, al pasar a dilatada provincia. Para que esto se conseguiese se prescribió necesario por parte de todos los R. PP. que gobernaban la castaña de el capitulo general de nuestra orden celebrado en la noblezima ciudad de Valladolid año del Señor de 1585, en el cual se le electo en general de toda la Orden N. R. P. Fr. Luis del Pozo, de la provincia de Navarra, gobernador la Iglesia N. San D. P. IV, y los reinos de España el serenísimo y muy católico Rey D. Felipe II. Rey de Portugal y maestro del gobierno. La citada confirmación de provincia que se halla en la tabla de dicho Capitulo puede en resumir de esta forma: Se ordena que las dos castañas que tiene a saber la de Michoacán y otra que se llama de Xalisco, se unan en una sola provincia, y que se llame Michoacán, y que se llame a la otra Provincia de Xalisco.

LIBRO TERCERO

*De Michoacán siendo ya provincia
unida con Xalisco y después di-
vidida hasta el año de 1626.*

CAPITULO I

Erigese la custodia de Michoacán en Provincia, estando unida con todos los conventos de Xalisco.

HABIA descollado la santa provincia de Michoacán en tan fecundos y multiplicados frutos de virtudes, letras y religión que pedía ya de justicia tan dilatada y hermosa custodia, el pasar a dilatada provincia. Para que ésto se consiguiese, se presentó memorial por parte de todos los R. PP., que gobernaban la custodia, en el capítulo general de nuestra orden celebrado en la nobilísima ciudad de Valladolid año del Señor de 1565, en el cual salió electo en general de toda la Orden N. Rvmo. P. Fr. Luis del Pozo, de la provincia de Bononia, gobernando la Iglesia N. Smo. P. Pio IV, y los reinos de España, el prudentísimo y muy católico Rey D. Felipe II, idea de príncipes, y maestro del gobierno. La cláusula confirmatoria de provincia, que se halla en la tabla de dicho Capítulo puesta en romance, dice de esta suerte: Se ordena que las dos custodias, conviene a saber, de la custodia de Michoacán, y otra que se llama de Xalisco, se haga una provincia, la cual en lo de adelante se llamará Provincia de San Pedro y de San Pablo. Sobre llamar todo el capítulo general dos custodias a Michoacán y a Xalisco, me es preciso para evitar equivocaciones hacer crítico reparo, el que nunca fueron dos custodias separadas, y siempre se gobernaron por un mismo custodio, como consta de la Crónica de Michoacán y de lo que escribieron N. Ilmo. Gonzaga, nuestro Torquemada en su Mo-

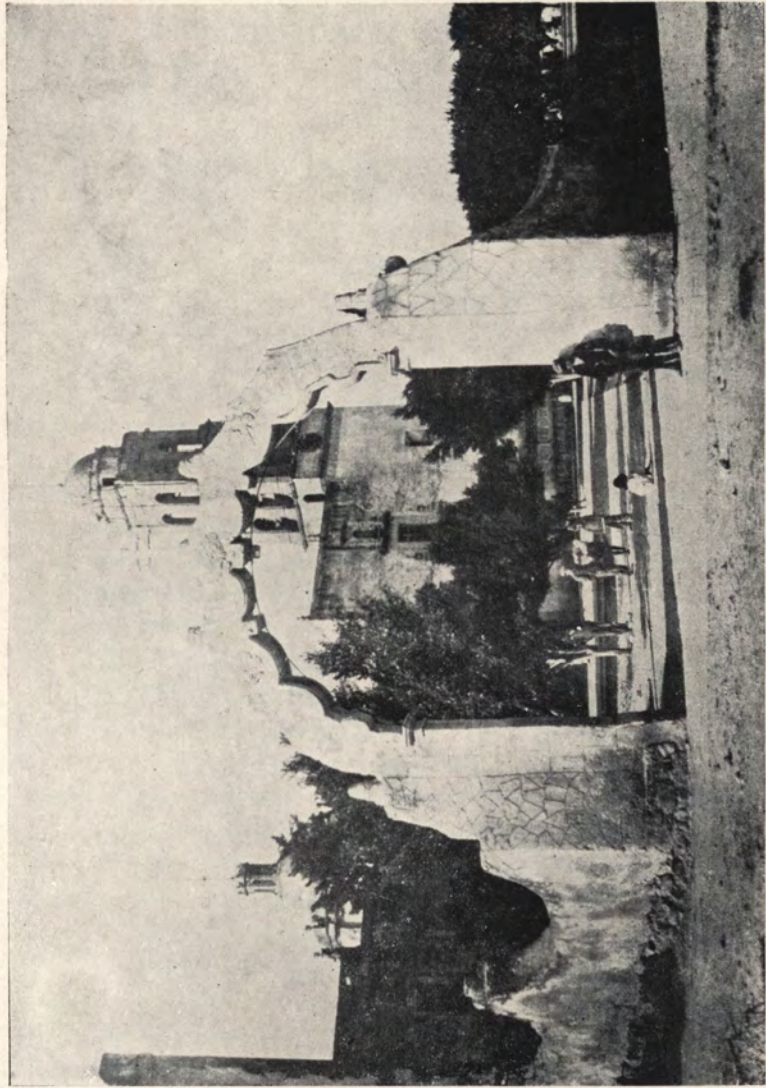
narquía, Vetancourt y otros. Pudieron llamarlas dos custodias, por ser dos diversos reinos, y dos provincias en lo material; o porque habiéndose dilatado tanto la custodia de Michoacán ponía el custodio para su mejor gobierno en aquella parte que no asistía un comisario, como se verá en las vidas que me restan por describir, y no hay otro motivo de llamarles dos custodias.

Aunque celebrado el capítulo general por el año de 1565, llegó a estos reinos la gustosa noticia de que la custodia se erigiese en provincia, con todo no encuentro la ejecutoria de lo determinado hasta el año de 1567, en el cual por un instrumento que me ministra la nueva Crónica de la santa provincia de Zacatecas, encuentro el año fijo en que se celebró el primer capítulo provincial de Michoacán. Cierto es que el M. R. P. Fr. Alonso de la Rea no menciona este primer Capítulo expresándonos el año de su celebración, y el mismo silencio observó N. Torquemada, y los demas autores que trataron este punto contentándose con sólo decirnos lo que se determinó en el General Capítulo. Por el tiempo en que se retardó la erección de provincia, se deja conocer haberse ofrecido muchas dificultades, y no era la menor el faltar el Comisario General, que estaba electo el año de 1563, quien, según nos refiere Torquemada, era señalado para este oficio el M. R. P. Fr. Juan de San Miguel, de la provincia de Andalucía; y aunque al principio aceptó la comisión poco después la renunció, y no pasó a estas partes. Es cosa asentada, que en aquellos tiempos faltando el comisario electo, quedara con el oficio de Vice-Comisario General el M. R. P. Provincial del Santo Evangelio. Por este año de 1567 se hallaba gobernando aquella santa provincia el M. R. P. Fr. Diego de Olarte, hijo de la misma provincia, quien fué el Presidente de este primer capítulo de Michoacán como Vice-Comisario General, como todo se hace manifiesto por el rescripto del Ilmo. Sr. Obispo de Guadalajara a favor de la fundación de nuevo convento en Zacatecas, y es a la letra de esta forma:

"Nos Don Fray Pedro de Ayala, por la Divina Miseración, y de
"la Santa Iglesia de Roma, Obispo de este nuevo reino de la Galicia,
"del consejo de su majestad, etc.

"Por quanto por el M. R. P. Fr. Diego de Olarte, y por el M.
"Fr. Angel de Valencia, primero provincial de esta provincia de los
"bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, en que incluye

LAMINA No. 25.



CONVENTO FRANCISCANO DE ACAMBARO.—Fot. de la Dir. de M. C.

"este nuevo reino de la Galicia de la provincia de Michoacán, y por
 "los Reverendos PP. Fr. Antonio Beteta, Fr. Juan de Ayora, y Fr.
 "Pedro de Palacios Difinidores, por sí, y en nombre del pleno Capi-
 "tulo provincial que en esta ciudad de Guadalajara se ha celebrado,
 "Nos ha sido hecha relación de la calidad, y mucha cristiandad de
 "las personas que residen en las minas de Zacatecas, y de Pánuco,
 "pues es lo principal después de México, así en calidad como en
 "cantidad de estas partes, y la devoción que a la Orden del Sr. San
 "Francisco tienen, con deseos de tener monasterio de ella, para su
 "consuelo espiritual, así en las minas como en los sermones y confe-
 "siones; y para que haya abundancia de ministros, porque cada día
 "se aumenta más, y con el favor de Dios esperamos mayor aumen-
 "to; habiendo acordado de Nos pedir, y suplicar les diésemos nues-
 "tro beneplácito y licencia para fundar monasterio de su Orden en
 "dichas minas de Zacatecas, y por Nos reconocida esta necesidad,
 "su santo celo, y servicio de Dios, de su Majestad y provecho de las
 "almas, y ser así como estamos informados de dichas minas; cons-
 "tándonos haber muchos españoles y muchos indios de diversas par-
 "tes, y habernos su Majestad mandado, y encargado tengamos espe-
 "cial cuidado de los naturales de este Obispado, y que habiendo
 "monasterio en las minas, la conciencia de su Majestad, estará más
 "bien descargada y la nuestra y los moradores más consolados y ser
 "calidad de las dichas minas tener monasterio de tan santa orden,
 "y justamente ser Nos hijo y muy devoto, como tenemos obligación
 "de serlo; Aprobamos su santo celo, dándole muchas gracias por
 "ello, y por las presentes, usando de la autoridad que tenemos por el
 "santo Concilio de Trento, damos nuestra licencia para que en di-
 "chas minas se funde monasterio de dicha orden en la parte más aco-
 "modada, con acuerdo de los señores Justicia y diputados, para la
 "misa, sermones, doctrina y administración de sacramentos, la cual
 "han de hacer como en esta ciudad de Guadalajara, y rogamos, y
 "encargamos a dichos padres tengan especial cuidado en proveer di-
 "cho monasterio de tales personas como convenga; y en virtud de
 "tanta obediencia, y so pena de excomunión mayor mandamos a to-
 "dos los estantes, y habitantes en dichas minas, no vayan contra el
 "tenor de esta provisión, antes den todo favor para que haya efecto
 "todo lo en ella contenido, y lo contrario haciendo los habemos por
 "incurridos en dicha excomunión. Y para más firmeza de los dichos,

“mandamos dar esta nuestra Provisión, firmada de nuestro nombre, y sellada con nuestro sello, y refrenada de nuestro Secretario”.

“Dada en Guadalajara a veintiséis de Julio del año del Señor de mil quinientos sesenta y siete.—Fr. PEDRO (74) Obispo de la Nueva Galicia.—Por mandado de su Señoría Reverendísima.—“Juan de Andrada, Secretario”. (75).

Por el tenor de este testimonio se deduce claramente el año, y mes de la elección de primer Provincial, y éste fué el M. R. y V. P. Fr. Angel de Saucedo o de Valencia, y que fué en la ciudad de Guadalajara; y así mismo consta de los nombres de los RR. PP. Difinidores Fr. Antonio Beteta, Fr. Juan de Ayora, y Fr. Pedro de Palacios, y nos dejó en silencio el doctísimo escrito, otros tres nombres del cuarto difinidor, y del custodio, y pro ministro, y no siendo fácil en el decurso de más de dos siglos, borrada ya la noticia, poder averiguarlo, queda como otras cosas entre las sombras del olvido. Infiérese también con toda claridad, del Capítulo IV, parte 1a. de la erudita Crónica de Zacatecas, como el año 1558 envió la custodia de Michoacán tres religiosos a petición de los mineros de Zacatecas, y que hicieron hospicio en el mismo sitio donde hoy está el convento de N. P. S. Agustín. De allí salían a predicar, y administrar a los indios, edificando con su ejemplo al pueblo, que con tanto amor los había solicitado, y recibido. Para su permanencia solicitó la república de Zacatecas licencia y permiso del Excmo. Sr. Virrey que entonces era, y del Ilmo. Señor Obispo, y de todo el Capítulo Provincial (como queda dicho) feliz despacho para la fábrica del nuevo monasterio, y se fabricó a expensas de los mineros, en el sitio que hoy tiene el convento de N. P. S. Francisco de Zacatecas. No puede ponerse en duda que en este primer capítulo se establecieron de nuevo las constituciones, que se observaron puntualísimamente todo el tiempo que Michoacán fué custodia, y me persuado que si la desgracia de nuestros tiempos no hubiera perdido los primeros libros en que puntualmente se escribían las tablas capitulares, y las municipales constituciones dictadas del espíritu de aquellos primitivos varones, que fueron las piedras fundamentales del espiritual edificio de tan santa y apostólica provincia, pudiera correr la pluma, y explicar multiplicadas líneas, para que en cada una de las clausuras se conociese ardía en los corazones de todo aquel capitular congreso el espíritu, celo, y vigilancia que se lee en los primeros capítulos gene-

rales celebrados en vida de Nuestro Patriarca Seráfico. Por lo que he podido rastrear casi brujulando en la distancia de 183 años, que tantos tiene esta santa provincia de su fundación desde su primer capítulo, hasta el año presente de 1750, conjeturo por los prelados que entonces se elegían, que todo el empeño de los votos era mirar como blanco, el acierto, la virtud más acendrada de los sujetos para colocarlos en el candelero de la prelación, y si en la provincia del Santo Evangelio se lee con admiración en N. Torquemada que juntos aquellos venerables religiosos en Capítulo, después de tener electos M. RR. PP. Provinciales, y Difinidores, se iban todos los vocales al coro a pedir el acierto de la elección de los prelados conventuales, mientras un religioso venerable ponía la tabla de los guardianes, y luego que la tenía concluída se tocaba la campana de la comunidad, y se leía delante de todos, siendo cosa muy notable y digna de toda la veneración, que todos sin réplica aceptaban el cargo que los ponían, y esto no sería mucho lo copiase la provincia de Michoacán, como hija primogénita de su madre la provincia de todas estas provincias de Nueva España, la del Santo Evangelio de México.

CAPITULO II

La serie de ministros provinciales que hubo en Michoacán hasta su división.



UNA queja justificada, no es otra cosa que un ay lastimero y si éste, aunque no alivie el dolor en las penas, sirve de lenitivo en las congojas, repetidos ayes se me ofrecen en esta crónica, por la omisión de los antiguos escritores, cuando me encuentro con noticias tan diminutas en cada asunto de los que quisiera mi cordial afecto explayar difusamente, y me veo precisado a dejar sedienta la curiosidad más devota. Motívame a repetir esta queja el silencio del M. R. P. Fr. Alfonso de la Rea, en su Crónica de Michoacán ciertamente docta; pero muy diminuta, en la cual sólo nos da noticia en su brevísimo capítulo de los M. RR. PP. Ministros Provinciales, que hubo en esta santa provincia desde que se dividió de la santa provincia de Xalisco. Para remediar esta omisión me valí de la industria de repasar con estudio la misma Crónica, y por ella encontré los prelados superiores que gobernaron en el tiempo de 36 años y algunos meses.

Por el capítulo precedente dejamos asentado haber sido el primero ministro provincial, el M. R. y V. Fr. Angel de Salcedo, o de Valencia, cuya vida tendrá lugar honorífico en este libro.

El segundo ministro provincial, que según los tiempos hallo fundamento para colocarlo en este lugar, fué el V. y ejemplarísimo varón Fr. Antonio Beteta que fué el primer Difinidor en el anteceden-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

te capítulo, y como constará de su vida fué electo ministro provincial cuando ya la edad mostraba en sus nevadas canas lo venerable de su persona.

Ocupa el tercer lugar en el provincialato el M. R. P. Fr. Juan de Ayora, digno de eterna memoria, así por su ejemplarísima vida, como por la estimación que hizo de su persona N. católico Rey D. Felipe II, remitiéndole cédula para obispo de la santa Iglesia de Michoacán, la cual sin dar noticia a persona alguna, renunció con humildad profunda, teniendo este real favor tan archivado en su pecho, que hasta hoy se ignora, si un compañero suyo después de muerto no lo hubiese encontrado por registro en el breviario en que el siervo de Dios pagaba al Señor las divinas alabanzas. Ya tuvo en este prelado tan benemérito esta santa provincia motivo para llamarse ilustrísima, pues lo fué su cabeza; pero habiendo puesto la mitra a sus pies con la renuncia, multiplicó los lustres, y adquirió mayores blasones. Corrían cerca de dos años en que el V. P. Ayora gobernaba su grey seráfica con suma paz, y acierto, cuando hizo renuncia para ir a acabar sus días en la conversión de los infieles de las Islas Filipinas, y por este motivo aunque con gran quebranto de sus súbditos lo dejaron ir, y quedó lo restante del trienio otro vicario provincial, que aunque no se sabe su nombre sería tal que llenase la dignidad, y el puesto, y esto lo fundo en que florecían por entonces en esta provincia varones santos.

Por el año de 1576 se celebró el cuarto capítulo provincial y en él salió electo con universal aplauso el M. R. y V. P. Fr. Juan de Serpa, quien habiendo ejercitado el oficio de guardián muchas veces en los principales conventos, y después difinidor lo eligieron por ministro provincial en que mostró el dón sobresaliente de gobierno con que lo había dotado el cielo. Acrecentó la provincia en puntos de religión, edificios de iglesias y ornamentos muy decentes; y todo el convento de San Buenaventura de Valladolid debió su fábrica y aumento a la vigilancia y celo de este V. Prelado.

Según el orden que he podido encontrar de aquellos tiempos, aunque por sólo discurso, y conjetura me inclino que por el año de 1579 celebrado el capítulo provincial salió electo el M. R. P. Fr. Juan Bautista de Lagunas, de quien da testimonio la Crónica de haber sido provincial por estos tiempos. Este M. R. P. fué uno de los escritores insignes en la lengua tarasca, de que quedó para nor-

ma de los ministros de doctrina, arte muy curioso (76), y así mismo escribió otro libro de doctrina cristiana, muy importante, docto y grave para todos tiempos, y de estas obras hace memoria N. insigne Torquemada en el Catálogo de Escritores que hubo en nuestra Seráfica Orden en el siglo de 500 (XVI).

En el sexto Capítulo Provincial amaneció a esta santa Provincia su mejor ventaja en el V. y M. R. P. Fr. Buenaventura de Marbella, quien habiéndose criado en la santa recolección de la provincia de Andalucía pasó en edad provecta a esta provincia de Michoacán, donde dió tan raro ejemplo de virtud, que era digno objeto de la admiración de todos. Al mismo tiempo que en su porte, y persona retrataba la sencillez de un párvulo evangélico, se le descubrió un gran talento en la inteligencia de las sagradas letras, y ser capaz de muchos gobiernos, por lo cual con votos de todo el capítulo fué electo ministro provincial, y lo ejercitó todo su trienio con tal ejemplo, que a pie y descalzo visitó toda la provincia, que entonces era dilatadísima, y como apunta la crónica, hizo grandes cosas de ella. Tuvo luz profética, y la descubrió aun siendo provincial pronosticando la muerte, y aseverando sería en el capítulo, luego que entrase en el oficio su sucesor. Todo se cumplió a la letra, como se podrá ver en su ejemplarísima vida. (Cap. XI).

El séptimo ministro provincial, que ciertamente me consta por la Crónica haberlo sido dos veces en esta santa provincia, aunque no pone el año, fué el M. R. P. Fr. Miguel López, varón de toda literatura, religión y monástico gobierno. Tuvo su nacimiento en el reino de Navarra, y renació para la religión en la santa provincia de la Concepción. Pasó a esta Nueva España, y se incorporó en ésta de Michoacán, donde tuvo tan buena dicha en la elección de la madre, como la madre en recibirle por hijo. Sus muchas prendas religiosas le hicieron acreedor a los oficios, y obtuvo todos los de la provincia gobernada con tal cordura y clemencia, que, como apunta la Crónica, se levantó con la monarquía de la provincia, y fué el oráculo de toda ella. No digo más de este muy religioso padre, porque volveré a hacer mención de sus prendas, y de su segundo provincialato antes de acabar este capítulo.

Corriendo el año de 1590 en que voy ajustando los capítulos provinciales debe advertir el curioso lector, aunque se ponga los anteojos de la nueva crítica, que en la relación antecedente, y en lo que

me resta, pudieron dilatarse los capítulos según leyes de la Religión antigua, y moderna seis meses más del trienio, y tomando estas medidas podrá ajustar el cómputo de los años en que se hicieron las elecciones sin mucho estudio. Esto asentado, pongo por octavo ministro provincial al M. R. P. Fr. Pedro de Palacios, pues aunque no lo menciona el M. R. P. La Rea en toda su Crónica, consta que fué electo Difinidor en el primer capítulo de esta santa provincia, y es muy verosímil, que quien fué apto para segundo Difinidor de una reciente Provincia entre tantos varones apostólicos, fuese digno que en los años siguientes lo colocase en el candelero de la prelación todo el capitular congreso.

De este varón memorable sólo encuentro en nuestro historiador Torquemada que escribió Arte y Vocabulacio de la lengua otomí, y siendo en ella tan excelente, se infiere lograría su celo apostólico muchos frutos en los conventos de esta santa provincia con los indios otomíes, que hasta hoy se conservan en ciudades y pueblos debajo de la obediencia de nuestros religiosos.

Entra el nono capítulo provincial, y en él, según el cómputo de los tiempos que he podido conjeturar fué electo el M. R. V. y señalado Padre Fr. Pedro Pila, quien sólo con sus relevantes prendas, virtud y religión pudo dar lustre no sólo a su santa provincia, sino a todas las de Nueva España de quienes pocos años después fué padre y superior prelado. Logró en esta elección esta provincia santa tener por padre a su mismo hijo, nacido para la religión en el primitivo, memorable y santo convento de Tzintzuntzán, en donde como digo en su vida (C. XIV) profesó, cantó misa, fué guardián, custodio, provincial, comisario general y obispo, cuya dignidad no admitió. Sus aciertos tengo por excusado expresarlos, cuando son a los que lean su vida tan notorios.

El décimo capítulo provincial encuentro, según las líneas que he corrido, haberse celebrado por el año de 1590 y tantos, sin poder señalar en estos punto fijo, por cuanto hasta el año de 1601 no hallo en la historia después del V. Pila prelado con que poder ajustar el cómputo de provinciales sino es valiéndome de lo que escribió la Crónica, de haber sido provincial dos veces el V. P. Fr. Juan de Serpa. Basta haber mencionado los aciertos de su gobierno en la primera vez que tuvo este oficio, para acreditar esta segunda vez su espiritual conducta pues estando en la senectud venerable, lo que podía fal-

tarle la robustez en lo natural, lo suplía lo vigoroso de su seráfico espíritu.

El año de 1601 se celebró capítulo en el convento de Santa Ana de Tzintzuntzan, y en él presidió, siendo Comisario General el M. R. y V. P. Fr. Pedro de Pila, que lo era en propiedad habiendo ejercido su oficio con universal aceptación de todos sus súbditos por más de seis años. Con el conocimiento que tenía, puso los ojos de su atenta consideración en el V. P. Fr. Diego Muñoz porque así lo pedía la provincia con todos sus vocales, y con singular gozo de su espíritu le confirmó en ministro provincial, siendo de todos generalmente aplaudida tan acertada elección, por ser de todos notoria la virtud, y letras del electo. Parece que el venerable anciano Fr. Pedro de Pila, que como otro Elías presagiaba su partida de este mundo, y quería dejar la capa del gobierno en su Eliseo seráfico, pues a pocos días de celebrado el capítulo se sintió herido de la enfermedad que había de quitarle de los hombros el peso del gobierno, y en el mismo convento de Tzintzuntzan pagó el débito natural del original contagio, y fué sepultado con asistencia de todo el capítulo y con muchas lágrimas de todos sus súbditos. Recayeron los sellos en el V. P. Fr. Diego Muñoz, recién electo ministro provincial, y entró en el gobierno hasta que le viniese sucesor, después de dar aviso a los superiores de la Europa. Dejó, con parecer del difinitorio vicario provincial, que por incuria de la Crónica no sabemos quién fuese, y pasó luego a la corte mexicana donde en su convento grande de N. P. S. Francisco de México le prestaron aquellos reverendos padres obsequiosa obediencia. Mantúvose en este superior oficio poco más de un año, pues como refiere nuestro Torquemada vino sucesor en el oficio el año de 1602, y lo fué el M. R. P. Fray Diego Caro, hijo de la santa provincia de Santiago. Entregó el V. P. Muñoz los sellos y se volvió a su santa provincia de Michoacán a continuar su oficio de provincial hasta completar los dos años que le restaban de gobierno.

El último ministro provincial, que me ofrece la Crónica, es el M. R. Fr. Miguel López, quien tuvo su nacimiento en el reino de Navarra, y tomó el hábito de nuestra sagrada religión en la provincia santa de la Concepción, como dejamos dicho en este capítulo, y siendo relevantes las prendas de su gobierno, ya bien conocidas en el primer trienio en que ejerció el oficio, no tuvieron los muy reve-

rentes padres vocales dificultad alguna en volver a elegir, aunque por lo que se dirá en la vida del V. P. Fr. Diego Muñoz, había otros muchos con más ventajas para el provincialato, y pudo ser que los juzgasen por entonces más dignos del oficio sin agravio de las muchas prendas del M. R. P. Fray Miguel López. Era comisario general el M. R. P. Diego Caro de la santa provincia de Santiago, y sacó por provincial al sobredicho M. R. P. Fr. Miguel López y a pocos días murió el comisario general, y entró en el gobierno superior como había sucedido en el trienio pasado. Gobernó las provincias de esta Nueva España con mucho acierto hasta que le vino sucesor, que lo fué el M. R. P. Fr. Juan de Cieza, de la santa provincia de Santiago, y éste, según la cronología del R. P. Vetancour, vino a estas partes el año de 1604. Debo advertir que en la Crónica del M. R. P. Fr. Baltasar de Medina, se da a entender estuvo de vicecomisario general el M. R. P. Miguel López desde el año de 1605 hasta el de 1608, y consta de la Crónica de Michoacán, que sólo se mantuvo poco más de un año, en que volvió a continuar su provincialato, y no debe admitirse lo que dicho M. R. P. La Rea dice, que le vino de sucesor el R. P. Fr. Juan Zurita, siendo constante que lo fué antes el M. R. P. Fr. Juan de Cieza. Otras cosas particulares dejo para la vida de este M. R. P. segunda vez provincial de Michoacán.

CAPITULO III

Memorial de los conventos que tuvo esta provincia de Michoacán y Xalisco.



IENDO especial obligación del que escribe una Crónica, no pasar en silencio cosa que pueda conducir al crédito, y buena fama de la provincia cuya historia cogió entre manos por orden de sus prelados superiores, hallándome yo obligado no sólo por patente y especial encargo de N. M. R. P. Comisario General Fr. Fernando Alonso González, quien repetidas veces por palabra, y por escrito, me estimuló a tomar a mi cargo la Crónica de esta mi amada, y muy santa provincia de Michoacán, en ocasión que mi salud con mortales quebrantos de enfermedades crónicas, no solo me permitían años para desempeñarme de la empresa; mas me abrevian los días de la vida, como es notorio a cuantos me favorecieron, y fueron oculares testigos de mis mortales accidentes; mas ya que el cielo me ha prolongado los días hasta los 71 años, menos tres meses, en que escribo este capítulo deseo cumplir con la voluntad del que réverencio como superior, y complacer a los votos de todos los M. RR. PP. que al presente han gobernado y gobiernan esta muy santa provincia. Valiéndose, pues, del memorial que representó por parte de la misma santa provincia a N. Rmo. e Ilmo. General de toda la Orden el V. Fr. Francisco Gonzaga, pongo a la letra la serie de conventos que por los años de 1586 tenía en Michoacán y Xalisco esta provincia, dejando para después, que fué provincia se-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

parada, la individual noticia, y estado en que hoy se halla cada convento de sola la santa provincia de Michoacán.

El primer convento que por todos títulos debe siempre en la estimación de todos llevarse la primacía, es el de Santa Ana de la ciudad de Tzintzuntzan, ennoblecida con la primera silla episcopal de aquel reino, y digno de eterna memoria por los VV. Religiosos que en su iglesia están sepultados, que por muchos pueden bastar los VV. PP. Fr. Pedro de Garrovilla, Fr. Maturino Gilberti, Fr. Pedro de Pila, y otros que, como me aseguró un R. P., se hallaron en el presbiterio de la iglesia tan enteros e incorruptos sin saberse sus nombres.

El segundo convento fué el de San Buenaventura de la ciudad de Valladolid, que en el tiempo que refiero ya tenía la grandeza de la silla Episcopal de Michoacán, que hasta hoy se mantiene crecida en dignidades, y grandeza. Era uno de los mayores conventos, pues, según N. Gonzaga vivían en él catorce religiosos.

El tercero es el convento de Santiago de Querétaro, pueblo entonces de solo indios, para cuya administración estaban solamente destinados cuatro religiosos.

El cuarto convento fué el de la Concepción de Celaya, habiendo en el lugar por entonces indios y españoles, y a devoción de estos últimos se fabricó el convento en que de ordinario vivían cinco religiosos, para la administración de la doctrina, y consuelo de sus habitantes.

El quinto convento fué el de N. P. S. Francisco de Pátzcuaro, en el que sólo moraban cinco religiosos por la mucha inopia que había de ellos, siendo necesario proveer a tantos conventos como voy diciendo. Este santo convento puede gloriarse entre todos los de la santa Provincia de Michoacán por ser depósito, y urna del V. cadáver del santo fundador Fr. Martín de la Coruña, cuya vida queda ya escrita (Lib. II, Cap. 2, 3, 4 y 5) y moraban en este convento solos los religiosos arriba dichos.

El sexto convento fué el de San Felipe, en que vivían españoles e indios, y a expensas de los conquistadores europeos se fundó, y vivían en él cuatro religiosos.

El séptimo convento fué el de Tzinapécuaro, fundado muy a los principios de la conquista de este reino por los indios, y dedicado con la advocación de San Pedro y San Pablo, en el cual frecuentemente

moraban cuatro religiosos, de los cuales uno se ocupaba en administrar a los españoles, que se habían avecindado al pueblo, y otro a los indios.

El octavo convento es el de la Asunción de María Santísima, del pueblo de Eronguaricuaro, fabricado a expensas de los indios y españoles recién venidos de la Europa; y vivían en este convento cuatro religiosos con mucha comodidad, y consuelo espiritual de todo el pueblo.

El nono convento que nos numera el Memorial, es el de Purenchécuaro, cuyo titular es el máximo doctor San Gerónimo, pueblo numeroso de que cuidaban cuatro religiosos para su espiritual cultura.

El convento décimo se fundó en el pueblo de Taximaroa, perteneciente al reino de Michoacán, teniendo cuatro religiosos para la recta administración de los santos sacramentos, y uno de ellos que se ocupaba en la predicación con mucho fruto de toda aquella comarca.

El undécimo convento fué el que se fundó en el pueblo de Acámbaro, en el cual vivían cuatro religiosos, y el título de la iglesia tenía por advocación Santa María de Gracia.

El duodécimo se fundó en honor de Señora Santa Ana en el pueblo de Tzacapo, tenía cuatro religiosos, y fué noble depósito del V. P. Fr. Antonio Beteta, quien acabó sus días con fama de santidad en este dichoso convento.

El décimotercio fué el convento que se dedicó a la Purísima Concepción en el amenísimo pueblo de Uruapan, situado en el centro de la sierra de Michoacán, y se mantenía con cuatro religiosos todos aplicados al bien de aquellas almas.

El décimocuarto, fundado más de cuarenta años antes que imprimiese su historia N. Ilmo. Gonzaga, se consagró en el pueblo de Peribán a N. P. S. Francisco, y en él vivían de ordinario cuatro religiosos.

El décimoquinto fué el del pueblo de Tancitaro, y el convento con su iglesia se dedicó con la advocación de la Cruz Santísima. Sus moradores eran cuatro, y el uno de ellos tenía la predicación por oficio.

El décimosexto se erigió en el pueblo de Tarécuato con la invocación de Santa María de Jesús, aunque según la capacidad del con-

vento pudieran vivir en él muchos religiosos, moraban solos cuatro por la inopia de operarios que había en aquellos tiempos. En este santo convento se conserva el cadáver del V. P. Fr. Jacobo Daciano, y aunque no han podido los religiosos en más de un siglo descubrir su cuerpo, es fama constante el tenerlo oculto los mismos indios; mas siempre es dulce su memoria. (V. Cap. XI. Lib. II).

El décimoséptimo es el del pueblo de Tzitácuaro con el título de San Juan Bautista, tenía cuatro religiosos para su doctrina, y después que se fueron congregando españoles en aquel sitio ha llegado a ser pueblo numeroso, como diré después.

El décimo octavo, que se fundó por los padres antiguos de la custodia, fué el de San Francisco de Xiquilpan con cuatro religiosos, y siempre desde aquellos principios, fué población grande de muchos indios, y no pocos españoles.

El décimonono se fundó en el pueblo de Apaseo consagrado su templo a N. P. S. Francisco, y asistían en este convento cuatro padres de los más ejemplares de la provincia.

El vigésimo se fundó en el valle de Tarimbaro con el título de N. P. S. Francisco, señalando para su asistencia cuatro religiosos, y la causa que da N. Ilmo. Gonzaga de no haberse empeñado aquellos padres primitivos por fabricar conventos grandes, y con mayor número de religiosos, fué atendiendo a que era más conforme a la caridad cristiana tuviese cada lugar pocos religiosos para su doctrina, aunque fueran pueblos pequeños, que el tener conventos grandes en solas las ciudades, y pueblos grandes donde pudieran vivir muchos religiosos.

El vigésimo primo, y último convento de los que tocaban entonces a Michoacán, fué el que se fundó en las chichimecas en el pueblo de San Pedro Tolimán, con cuatro religiosos de asistencia, y esto se efectuó el año del Señor de 1583, viviendo en este sitio los religiosos siempre expuestos a la barbaridad de los caribes chichimecos, que en todos tiempos han ocultado sus maldades al abrigo de la Sierra Gorda, y aun hoy en día se experimentan sus insultos.

Comienzan a aumentarse los conventos que tuvo esta santa provincia en el reino de Xalisco, y entra en el número veintidós el de N. P. S. Francisco fundado muy desde los principios de la conquista en la nobilísima ciudad de Guadalajara, metrópoli de todo aquel dilatado reino, ilustrada con la silla episcopal, ennoblecida con la

Real Audiencia, y con tantos títulos para ser aclamada, que sólo el muy erudito padre cronista de aquella santa provincia podrá, con su bien cortada pluma, pintar su descripción y yo con lo tosco de la mía sólo haré memoria de que este santo convento fué siempre relicario de varones santos, casa capitular muchas veces, cuando Michoacán era custodia, y provincia unida con Xalisco, y siempre moraban en él veinte religiosos, y a veces más. En su iglesia descansan las cenizas del V. P. Fr. Antonio de Segovia. Descansa también en este sagrado lugar el cadáver del M. R. y V. P. Fr. Angel de Valencia, y de los VV. PP. Fr. Francisco de Oropesa, Fr. Gerónimo de la Cruz, y el memorable Fr. Daniel Italiano, cuyas vidas, aunque compendiosas, se podrán leer en esta crónica. (Lib. II C. 16 y 18).

El convento veintitrés que tuvo en Xalisco la santa provincia de Michoacán y segundo en el reino de la Nueva Galicia fué el de San Francisco de Colima, asistido de cuatro religiosos, primero población de indios, después aumentada con muchos españoles.

El veinticuatro que se ofrece en la serie de conventos es el de la Purísima Concepción de Etzatlán en que vivían comúnmente cuatro religiosos, y es digno de toda estimación este convento por haber morado en él, y están allí sepultados los indios mártires Fr. Juan Calero, Fr. Antonio de Cuéllar y Fr. Francisco Lorenzo, quienes con la púrpura de su sangre vistieron de rosas rubicundas todo el ornamento de esta santa provincia. (77).

Al convento de Etzatlán, sigue por orden el de Ahuacatlán, y por número es el veinticinco, dedicado a N. Patriarca Seráfico, y en él asisten sólo tres religiosos; fué fundación del V. P. Fr. Bernardino Marmolejo, cuya memoria dejó escrita en el libro segundo, capítulo 18 de esta crónica.

Con el mismo título de N. P. S. Francisco se honra el convento de Xuchipila mantenido con cuatro religiosos, que para aquellos tiempos es de maravillar cómo tenía esta provincia santa tantos hijos para dar a basto a tantos pueblos.

Con expensas de indios y españoles encuentro fundado el convento de la Asunción del pueblo de Zapotlán habitado de cuatro religiosos, y en este convento era guardián el invicto mártir Fr. Juan Padilla, quien en la jornada que hizo con D. Francisco Vázquez Coronado el año de 1539 murió a manos de los indios bárbaros co-

mo consta en su vida. (Lib. II Cap. 25). Este convento en orden es el veintisiete.

El convento veintiocho nombrado San Juan Bautista de Tuxpan, situado en el reino de la Nueva Galicia, y poblado de españoles e indios con tres, y a veces cuatro religiosos para su especial cultivo fué el teatro en que viviendo y muriendo el V. P. Fr. Juan de la Cruz dió a conocer el tesoro de virtudes, y gracias sobrenaturales con que estaba enriquecida su dichosa alma.

El convento veintinueve de la Transfiguración del pueblo de Autlán, fué fundación tan antigua que cincuenta años antes que lo numerase N. Gonzaga ya estaba habitado de nuestros religiosos. Lo memorable de este convento es estar en él sepultado el V. P. Fr. Francisco de la Cruz, de cuya santidad dieron testimonio en su muerte las campanas del convento tocándose sin ajeno impulso.

El convento trigésimo, que se fabricó en honor de Santa María Magdalena fué el de Zapotitlán, en el cual fué prelado el dichoso mártir de Cristo Fr. Juan Serrato, en él vivió y murió el V. P. Fr. Francisco de la Torre, de cuyas virtudes haré mención en adelante.

El convento de San Francisco de Sayula fué el treinta y uno, a expensas de los pobres indios y era tal la puntualidad con que socorrian a los religiosos que con toda comodidad se mantenían cuatro de ordinario en aquel pueblo.

El convento treinta y dos consagrado a N. P. S. Francisco, se halla en el pueblo de Zacoalco, y aunque sus moradores no tenían muchos bienes de fortuna, su piedad era grande, y con ella fabricaron enteramente todo el convento.

El convento treinta y tres era el del pueblo de Techalutla, y se dedicó al glorioso mártir San Sebastián, y en él los religiosos pagaban con beneficios espirituales los corporales socorros que de sus habitantes recibían.

El convento treinta y cuatro, consagrado a N. P. S. Francisco fué el del pueblo de Amacueca casi en los confines de Xalisco, y lo memorable de este convento que apunta N. Ilmo. Gonzaga fué haber fallecido en él el V. Fr. Simón de Brucelas, profesor en la Germania inferior, quien se conservó en este convento más de cincuenta años con singular ejemplo, y murió a los ochenta años cargado de méritos y virtudes.

El convento treinta y cinco fué el del pueblo de Atoyac, con el título de San Juan Evangelista, y en un terremoto que se ofreció por aquellos años en esta provincia, se arruinó toda la fábrica del convento, y oprimido de la ruina murió el V. P. Fr. Hernando de Segura, conocido de todos por Fr. Hernando el pobre, como diré en su vida.

El convento treinta y seis fundado en el pueblo de Teoquitlán (78), lo consagraron nuestros primitivos religiosos al príncipe de la milicia celestial San Miguel, y no nos menciona el Memorial de N. Gonzaga cuántos religiosos vivían en él, aunque dejó advertido que en los conventos que no ponía número cierto, eran por lo menos tres sus moradores.

El convento treinta y siete fué el de San Andrés de Axiquique, y en él moraban cuatro religiosos para el consuelo de sus habitantes.

El convento treinta y ocho, fué el de San Francisco de Chapala, fundado a las orillas de su memorable laguna, y se hace más memorable por estar sepultado en su iglesia el V. P. Fr. Miguel de Boloña, venerado por todos los que le conocieron como varón santo.

El convento treinta y nueve, con título de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo fué el de Poncitlán y en él se ocupaban cuatro religiosos para mantener a los neófitos en la fe, por ser los de este pueblo muy inclinados a la idolatría.

El convento cuadragésimo se fundó en el pueblo de Cocula, consagrado al Arcángel San Miguel. Padeció ruina en el terremoto, y quedó oprimido en él el V. P. Fr. Esteban de Fuente-ovejuna, y por lo mucho que le amaban los indios reedificaron todo el convento y vivían en él cuatro religiosos.

El convento cuarenta y uno, fundado en el pueblo de Tlaxomulco, se consagró al taumaturgo paduano San Antonio, y está situado en el reino de Xalisco.

El convento cuarenta y dos, dedicado a N. P. S. Francisco, fué el del pueblo de Teul, donde asistían cuatro religiosos ocupados todos en el bien de aquellas almas.

El convento cuarenta y tres se consagró en honra de la Concepción Purísima de la Virgen María en el pueblo de Xala, y no nos refiere otra cosa de dicho convento el Memorial.

El convento cuarenta y cuatro dedicado al precursor San Juan Bautista, se fundó en Xalisco, lugar populoso que dió nombre a to-



Convento de Santa María de Gracia,
de Acámbaro, Gto.



Detalle del Convento de Acámbaro.



Convento de Santa Ana, de Zacapu,
Mich.



Claustro del Convento de Etzatlán, Jal.

CONVENTOS FRANCISCANOS DE LA PROVINCIA DE MICHOACAN.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

da aquella provincia, y era tan antiguo que habitaron en él los primitivos religiosos que entraron en aquel reino.

El convento cuarenta y cinco, último de los pueblos de Xalisco dedicado a N. P. S. Francisco fué el del pueblo de Zenticpac con cuatro religiosos, que incesantemente velaban en la doctrina de sus habitantes.

El convento cuarenta y seis, se fundó en la región de indios chichimecas, en el sitio de Guaynamota por el año de 1579, y habiendo morado sus fundadores seis años continuos en este convento consagrado a N. P. S. Francisco, padecieron en él cruel martirio el año de 1585 los VV. PP. Fr. Andrés de Ayala (79), y Fr. Francisco Gil, con las circunstancias que expresaré en sus vidas.

El convento cuarenta y siete, ilustrado con el título de N. P. S. Francisco, y es el último fundado entre los chichimecas, en que vivían cuatro religiosos, fué habitación del venerable mártir de Cristo Fr. Pablo de Acevedo, quien derramó su sangre por publicar la fe de Cristo; en uno de los pueblos de Sinaloa, como se puede leer en la Nueva Crónica de la Provincia de Zacatecas.

Colíjese de todo este Memorial, que los conventos que tuvo la santa provincia de Michoacán, los veintiuno, estaban fundados en el reino de Michoacán, y los veintiséis en el reino de Xalisco.

El número de religiosos que entonces tenía la provincia, haciendo cómputo racional, llegaron a doscientos catorce, sin hacer mención de religiosos coristas, legos y novicios (80).

de aquella provincia y en tan antiguo por haberse en el los pa-
 mistos religiosos que entraron en aquel reino.

El convento cuarenta y cinco años de los pueblos de Xalisco
 dedicado a N. P. S. Francisco por el del pueblo de Santiago con
 cuatro religiosos, que sucesivamente entraron en la órden de sus
 fundadores.

El convento cuarenta y seis se fundó en la región de Indios de
 chinca en el año de Guaymas por el año de 1579 y fundado
 do morado sus fundadores seis años entraron en este convento con-
 sagrado a N. P. S. Francisco, profeso en el año de 1585 el año
 de 1585 por Fr. Andrés de Ayala (17) y Fr. Francisco

CAPITULO IV

De algunos religiosos de santa vida que se señalaron en aquellos primeros tiempos.



DMIRABLE se mostró en la fecundidad de virtudes desde sus principios la apostólica provincia de Michoacán, debiéndose su cultivo a las copiosas influencias de los fundadores que con sus ejemplos y oraciones alcanzaron del Señor fuesen creciendo los frutos de santidad con mayor abundancia.

Uno de ellos fué el V. P. Fr. Francisco de la Cruz, originario del reino de Navarra, según Arturo, que en lo florido de su juventud cursó en la Universidad de París las humanas y divinas letras con todo esmero, y después desengañado de las falacias del mundo vistió el hábito franciscano en la santa provincia de Andalucía, de donde hizo tránsito a estas Indias llamado de Dios para la conversión de los gentiles. Fué destinado para Michoacán, y se entregó tan de propósito a la inteligencia de los idiomas de los indios, e hizo en ellas tales progresos, que el Ilmo. Gonzaga, con el Informe que se le remitió en aquel tiempo, asegura que apenas tuvo otro que se le igualase en la conversión de estas gentes. En este varón memorable, no se podía imaginar cosa más abstinerente, más casta, ni más humana; relució en él una castidad perpetua acompañada de una humildad profundísima; su sustento eran yerbas amargas, y sin sazón alguno, y su regalada bebida de agua simple mezclada con zumo

de naranja. En testimonio de su santidad (por decir en poco mucho) luego que su alma dichosa se desató de las cadenas del cuerpo, conmutando las corruptibles glorias de esta mortal vida por las coronas inmarcesibles de la celestial patria, se repicaron por sí solas las campanas del convento; sirviendo de campaneros los ángeles (81), (piadosa conjetura) para celebrar al que como ángel los había imitado en la pureza. Fué, según Arturo, su feliz tránsito el día 8 de junio cerca del año de 1580, y le servirá de epitafio este elogio del mismo V. Arturo: "En Autlán, pueblo de Xalisco en la India Occidental, la memoria del beato Francisco de la Cruz, confesor, en letras, humildad y castimonia excelente, con increíble abstinencia, era muy sobresaliente en el celo de la salud de las almas". En tan breves cláusulas va ceñido un dilatado panegírico.

Dejo hecha memoria de un Fr. Juan de la Cruz, (CXXVI, Lib. II) compañero del V. Mártir Fr. Juan Padilla, y por evitar confusiones advierto al lector piadoso, que aquel era religioso lego, y el que ahora refiero sacerdote de Cristo. En concisas cláusulas nos lo pone a la vista el Ilmo. Gonzaga, tratando en su Cronología del convento, de San Juan Bautista de Tuxpan. "En él floreció el piadosísimo, y religiosísimo P. Fr. Juan de la Cruz, de nación francés, y alumno de la provincia más antigua de Aquitania, cerró la cláusula de su vida con fama de máxima santidad. Fué este Padre adornado de candidísimas costumbres, insigne en religión, y predicador celebrísimo, tanto agrado se concilió con los indios que tenían por culpa sin remisión el no sujetarse hasta en lo más mínimo a sus consejos, y mandatos". Alabo la puntualidad de tan insigne cronógrafo que no perdió los ápices aun escribiendo en la Italia, cuando lamentó el corto aprecio que hacen de estas menudencias los que han escrito en las Indias. No pierde ocasión de hacer memoria este Ilmo. Arzobispo de Mantua (82) de los religiosos que fallecieron con fama de santidad en cada convento de esta santa provincia, y entre lo que ya tengo en sus vidas completas numeradas, que descansan sus cenizas en el insigne convento de Guadalajara, hace muy concisa memoria del V. P. Fr. Francisco de Oropesa, y dice, que después de haber tolerado inmensos trabajos la conversión de los gentiles, descansó en el Señor en este religiosísimo convento. No nos dice más; pero basta; pues a una vida toda ocupada en la salvación de las

almas, le daría el Señor tantos grados de gloria como dió pasos para que se lograra el fruto de su Sangre en sus redimidos. N. Arturo le da título de beato por la constante fama, inmemorial de sus heroicos hechos, y pone su fallecimiento dichoso a 25 de abril por los años de 1540.

Con el mismo esmero nos acuerda el Ilmo. Gonzaga en el convento de Zapotitlán, sujeto a esta provincia cuando era una con la de Xalisco, la dulce memoria de su guardián Fr. Juan Serrato, que murió en demanda de la propagación de la fe santa, traspasado de flechas de los bárbaros, como leerá el curioso en la Crónica de la santa provincia de Zacatecas, y porque no disputo si tocaba o no a Michoacán, no puedo omitir que si murió en los límites que hoy tocan a la provincia de Zacatecas, no es dudable salió de esta de Michoacán, donde era actual prelado para dejarlas a ambas más ilustres con su martirio. El que no tiene duda haber con sus virtudes hermoseedo este convento es el V. P. Fr. Francisco Turciano o de la Torre, de quien forma el panegiris el Rvmo. Gonzaga: "como fuese "observantísimo, dice, de la pobreza evangélica, de la castidad, y "obediencia, y hubiese aprendido de raíz el idioma de los indios desde el tiempo que entró en la provincia de Michoacán, hasta el último término de su vida, no pausó en sermones, pláticas, y exhortaciones, y administración de los sacramentos, con lo cual redujo casi "innumerables pueblos a la católica iglesia, y los constituyó herederos del reino celestial; y en este glorioso afán no respiró un instante hasta que expiró en el Señor."

En el convento de Amacueca (célebre por el milagroso crucifijo que en él se venera, y por ser convento con observancias de recoleto) murió el V. Fr. Simón de Bruselas, hijo de la provincia de la Germania inferior, lego de profesión, que por más de cincuenta años acompañó a los sacerdotes de aquel tiempo sirviendo en la conversión de los gentiles, y contando ya los 80 años en tan caritativa ocupación dejó este siglo por ir a gozar del eterno.

En el mismo convento le cogió el día último al V. P. Fr. Fernando Segura, a quien el R. P. Torquemada llama de la Puebla, conocido por Fr. Hernando Pobre. Tomó el hábito en Portugal, en la muy estrecha provincia de la Rábida, donde por sus colmados

méritos fué guardián tan riguroso en sus penitencias, y en la observancia de aquella reforma que no podían tolerar tanta aspereza los que con él moraban. Con el celo de salvar almas se vino a la provincia del Santo Evangelio, donde vivió algunos años con singularísimo ejemplo, fué varón de profunda humildad, mortificado en la guarda de los sentidos, todo dedicado a espirituales ejercicios, y singularmente a la oración, en la cual por mucho espacio de tiempo se arrebatava su espíritu en maravillosos éxtasis contemplando las cosas celestiales, quedando su cuerpo como muerto, y privado de sentidos. Andaba de continuo en su Dios tan elevado, que siendo hebdomadario muchas veces cantando nona, no había bajado a vestirse, y era preciso darle muchos golpes a la puerta de la celda para despertarle de aquel dulce sueño en que tenía absorta su alma. Varias veces para decir misa se salía fuera de sí, y sin reparar se encaminaba al altar con sólo la alba, hasta que le advertían de ello los que lo miraban. Morando en el convento de Xalapa una noche que estaba en oración en el coro, vió un religioso una luz como si fuera del día claro, y no sabiendo lo que podía ocasionar esta novedad, se salió con turbación y espanto. Otro día preguntado del siervo de Dios Fr. Fernando a qué hora había entrado en el coro, conoció que la luz era dimanada de estar allí en oración este varón admirable. Un vecino de Tlalmanalco vió muchas veces arrobado al siervo de Dios por espacio de dos horas, y de intento se iba tras él al coro cuando acababa de decir misa, y afirmaba que con ser feo de rostro se le inmutaba en los raptos de tal hermosura, que no se hartaba de mirarlo. Pasó en los últimos años de su penitente vida a vivir a la ejemplarísima custodia de Michoacán y en los terremotos, que llevo ya insinuados, viviendo en el convento de Amacueca con los temblores cayó sobre él una viga con mucho golpe de tierra, y con sumo trabajo y diligencia lo sacaron de la opresión, tan quebrantado, y molido que de allí a tres días, recibidos todos los santos sacramentos, dió su feliz alma a aquel Señor a quien había servido fielmente en toda su penitente vida. Fué su fama de virtud siempre constante, y dió de ella testimonio el V. P. Fr. Alonso de Escalona, varón extático con un elogio tan singular, que pareciera hipérbole si otro que él lo profiriera, pues llegó a decir que era uno de los más perfectos religiosos que había por aquel tiempo en la Orden de N. P. S. Francisco.

En el convento de Culiacán acaeció en este mismo año del terremoto, que arruinada la fábrica con los espantosos temblores se desplomó sobre el religiosísimo P. Fr. Esteban de Fuente Ovejuna, honor de toda la Extremadura, y lo dejó sepultado entre las ruinas. Fué su muerte tan llorada entre los indios como había sido su vida más útil para su consuelo, aprovechamiento y doctrina.

CAPITULO V

Vida ejemplarísima del V. P. Lector Fr. Miguel de Gorualez que en la flor de su edad dió sagrados frutos.



A isla de Mallorca, fecundo terreno de abundosos frutos, dió nativo suelo a este árbol racional, cuyas proezas, virtud y talentos pudieran ser bastantes para acreditar su fecundidad, cuando no tuviese tantos que la honrasen con heroicos hechos.

Fué Fr. Miguel de Gorualez dos veces hijo de Mallorca, primero por su nacimiento, padres y patria, y después tomando el hábito franciscano en aquella santa provincia. Vivió en ella hasta los 28 años con singular ejemplo, y estimaciones; cuando ya sacerdote, y por su mucha literatura pudiera anhelar a los ascensos de la cátedra lo llamó Dios para que luciesen sus prendas entre los excelentes ministros apostólicos de estas Occidentales Indias. Llegó a la provincia del Santo Evangelio el año de 1555; varón, aunque tan mozo, escogido entre millares de ciencia, y santidad de vida, dice el insigne Cronista Torquemada, y prosigue: Puédesse decir de este angélico varón lo que Alejandro de Alés solía decir del seráfico Doctor S. Buenaventura que parecía no haber pecado Adán en aquel hombre. A poco tiempo de llegado a esta tierra en el primer capítulo, le señalaron por lector de artes, y acabado su curso, leyó teología, con tanta autoridad, destreza, gracia, y provecho de los oyentes, como aprobación de los hombres más doctos de aquellos tiempos, que

le miraban como uno de los más famosos, y consumados doctores del mundo, no uso de hipérbole, que así lo recita Torquemada.

El Espíritu Santo, que en él moraba, y es Sabiduría Eterna, y verdadera, sabe hacer elocuentes, y fecundas hasta las lenguas de los niños; hácese todo, sin ninguna violencia creíble; porque si miramos las operaciones de este raro varón, vivía tan ocupado en las tareas de su espíritu, que por la continuación de espirituales ejercicios parecía no quedarle tiempo para acordarse de las necesidades corporales.

Tenía seis horas de oración mental, y con todo componía sus lecciones sobre el texto de Orbello (83), que cada día sin falta dictaba a sus discípulos, con tanta concisión, claridad y erudición, que muchos eruditos las conservaban con grande estimación y aprecio. Leía cada día sus lecciones, y tenía sus conferencias, sin falta alguna, y al mismo tiempo componía otros tratados de mucha substancia con tesón, y fuerzas todas venidas de lo alto. Celebróse capítulo en Huexotzinco (84) a que como vocal asistió el santo ciego Tobías franciscano Fr. Antonio de Segovia, y como oyese la fama del bendito mancebo Fr. Miguel tuvo lugar de comunicarlo, y ambos se conocieron los espíritus, y se estrecharon los corazones en vínculo de amor todo divino, y quedaron con deseos de comunicarse más de cerca, sin que lo estorbase la distancia de tantas leguas como se transitan de Huexotzinco a Xalisco, o de México a Guadalajara, donde uno y otro tenían asignado su domicilio. Persuadió el V. anciano al devoto mancebo se viniese con él a las partes de Xalisco donde haría gran servicio al Señor, y lograría más copioso fruto en las almas por haber en aquel reino de la (Nueva) Galicia crecido número de gentiles, y mucha falta de evangélicos operarios, y ministros, condescendió Fr. Miguel a tan cristianas y caritativas persuasiones, y empeñó su palabra de ir a Xalisco, si la obediencia se lo ordenase, con entera voluntad y mucho gusto.

El prelado superior de la provincia del Santo Evangelio que gustaba de favorecer la conversión de los gentiles en las partes más necesitadas, solicitado del V. P. Segovia, cuyas prendas, y virtud conocida eran dignas de condescender a sus súplicas dió una obediencia por escrito al ejemplar lector Fr. Miguel para que acabado el

curso de teología, que actualmente estaba leyendo, se fuese con su bendición, y la de N. P. S. Francisco a ser morador de Michoacán, que entonces era custodia de aquella madre universal de provincias, y contenía en sí también la parte de conventos del reino de Xalisco. Luego que con todo esmero puso fin a su teológico curso, le pareció conveniente detenerse algunos días para hacerse capaz de la lengua mexicana, y como su rara capacidad, aplicación y virtud era mucha, no necesitó mucho tiempo para hacerse dueño de aquel idioma. En alas de su deseo, a pie y mendigando como fraile franciscano, encaminó sus pasos apostólicos a la santa custodia de Michoacán, y por todo el camino venía confesando españoles, y también indios de los que encontraba que hablaban la lengua mexicana, y no omitía ocasión en todos los sitios por donde pasaba de predicar la palabra divina. Llegó por último a dar la obediencia al Custodio de Michoacán, y en el convento que le asignó para su morada, que fué sin duda en uno de los de la sierra se aplicó con todo esfuerzo a aprender la lengua tarasca, y se hizo capaz de ella con tal felicidad que en ochenta días la hablaba con expedición maravillosa.

Siendo ministro tan celoso de la honra de Dios, y tan amante de la salvación de las almas, acudía a las necesidades espirituales de los indios tarascos, y mexicanos con tanta caridad, y fervor de espíritu, que parecía un ángel de Dios en la tierra. Cuando parece que un talento tan bien empleado debía prometerse duración de larga vida, cortó el Señor el delicado estambre de los fines que sólo se reservan al misterio o arcano de sus soberanos juicios. Murió mozo; pero colmado de méritos, anciano en las costumbres, joven en los años.

Este mancebo justo muerto en la flor de la edad, condena la vida de los impíos cargados de años, y su juventud virtuosa arguye, y acusa la dilatada vida de los pecadores, que olvidados de la misericordia con que Dios los tolera, por darles tiempo para la penitencia, se valen de la misma paciencia del Señor para prolongar más sus iniquidades. En medio de sus años conoció nuestro Fr. Miguel se le llegaba el día de partirse para la eternidad, y como siempre gobernó sus acciones sin apartar la vista de este último día, se previno muy gustoso con todos los sacramentos, y con asistencia de sus hermanos los religiosos dió el último aliento muriendo como un án-

gel, él como ángel había siempre vivido, pues es proverbio asentado entre los santos, y místicos, que la muerte es eco de la vida. Sepultóse en el convento de N. P. S. Francisco de la ciudad de Pátzcuaro, donde sus estimables cenizas ya confundidas con los años, y el fatal descuido de los antiguos, esperan a su alma dichosa para reunirse en la resurrección, y en cuerpo y alma salir al encuentro al Juez Supremo, para recibir el premio que tiene a sus fieles siervos prometido.

CAPITULO VI

Glorioso martirio de los VV. Fr. Andrés de Ayala y Fr. Francisco Egidio en uno de los conventos de Xalisco.



BIENDO el martirio un hermoso compendio de virtudes y una rúbrica carmesí de la fe santa, no se puede dudar que los héroes dichosos que se sacrificaron en las cruentas aras del martirio son acreedores de las coronas que campean en sus sienes con singular hermosura. Entre los rubicundos granates que hermosearon la provincia de Michoacán fué uno de ellos el V. P. Fr. Andrés de Ayala, quien siendo hombre de madura edad tomó el santo hábito casi en la niñez en que gozaba Michoacán título de provincia. Fué religioso muy observante de su regla, estrecho en la pobreza, contentándose con vestir su persona con un solo hábito, y un manto de lo más desechado, y viejo que otros hubiesen ya tenido. Su silencio era muy singular, su oración fervorosa y diuturna. Hizolo el Señor muy manso de corazón, humilde sin disfraces, y siempre ocupado en cosas de virtud. Fué este insigne padre, teólogo consumado y en la lengua de los infieles tan versado con singular facundia en el decir, que conseguía de los bárbaros cuanto para su bien solicitaba. Luego que se ordenó de sacerdote comenzó a ejercitarse en la conversión de los indios chichimecas, en especial puso mayor conato en los infieles bárbaros que habitaban entre las breñas de la serranía de Guaynamota, que era en lo interior del reino de Xalisco, y a fuerza

de trabajos y sudores los convirtió a la fe santa, y los mantuvo con mucha paz, por espacio de once años, que vivió entre ellos.

Por el año de 1585, siendo guardián de este convento de Guaynamota vivían con él dos religiosos sacerdotes, llamado el uno Fr. Francisco Tenorio, y el otro Fr. Francisco Gil o Egidio, que es todo uno. Era este último nacido, y criado entre los mismos indios chichimecas de Guaynamota; porque sus padres españoles tenían una encomienda de indios cerca de los bárbaros, y tuvo ocasión de tratarlos, y aprenderles la lengua, con que era de dichos indios muy amado, por ser de condición muy cariñoso; y así lo trataban como a hijo aunque lo respetaban como a sacerdote. Era valiente, y muy esforzado nuestro Gil, y con un arco, y flechas en las manos hacía rostro a muchos enemigos juntos, y era tanta su destreza, que de muchas flechas que le disparaban (como se vió en ocasiones) se sacudía y escudaba, como si fuera uno de los muy diestros, y astutos chichimecas.

Sucedió, pues, que algunos españoles habiendo descubierto unas minas en los términos de aquel pueblo, pretendieron poblar allí contra la voluntad de los indios, que los resistieron. Acudieron los españoles a la Audiencia de Guadalajara con carta de favor del guardián Fr. Andrés de Ayala, quien lo tenía conveniente por estar más segura la conversión de aquellas gentes, teniendo a la vista quien refrenase su orgullo, puesto que no se tenía entera confianza en ellos. Volvieron los mineros con favorable despacho, y aunque con repugnancia de los indios hicieron asiento en el pueblo, y sabido de los naturales, que les habían amparado para esto los religiosos, concibieron contra ellos mortal odio, y comenzaron a maquinaries la muerte; poco habían menester para esconderse los que vivían mezclados con infieles enemigos capitales de la fe de Cristo. Hízose consulta entre once capitanes señores de once familias, todos cristianos, y quedó resuelto que el domingo siguiente cuando se juntasen a misa se hiciese el cruel sacrificio en los sacerdotes del Señor. Uno de los once, por nombre Miguel, que en el conciliábulo consintió, por temor a la muerte doliéndole en su corazón tal alevosía y en especial que a su P. el V. Fr. Andrés, quien lo había reducido, le quitasen la vida, le dió aviso muy en secreto, y le rogó que con sus compañeros se pusiesen en cobro para no perecer.

El siervo de Dios no se atemorizó, antes si puesta en Dios su confianza, agradeció el aviso, y respondió que otras veces lo habían intentado matar, y luego se habían retractado de su mal propósito. Instó el cacique: "Mire Padre que nunca han estado tan encarnecidos como ahora, y para que sepas ser verdad lo que te digo, verás cómo el domingo no vienen a misa niños, ni viejos, sino solo los esforzados y mancebos, con sus arcos y flechas porque así quedó concertado." Fuése el sábado uno de los religiosos, Fr. Francisco Tenorio a decir misa a las minas, receloso de lo que sabía se trataba en el pueblo contra él y sus hermanos. Comenzaron el domingo a venir los varones todos armados, y se certificaron el guardián y Fr. Francisco Gil ser verdad lo que se temía. Concurrieron por acaso en la iglesia dos soldados de un presidio que estaba cerca con sus escopetas, y les pidió el V. Fr. Andrés estuviesen con advertencia mientras él decía misa, para estorbar si se ofreciese algún sacrilego desacato. Comenzó el tremendo sacrificio de la misa, y después del Ofertorio (dice el Ilmo. Gonzaga) subió al púlpito y en su propio idioma de los rebelados les hizo un sermón de la constancia con que se debían mantener en la fe recibida, execrando lo detestable del homicidio, y poniéndoles a los ojos los castigos que de Dios, y de los hombres debían temer si se mantuviesen obstinados en su maquinada alevosía. Disimularon los amotinados por entonces; y como vieron los religiosos que por miedo de los soldados no se habían atrevido a ellos los indios, rogaron a los militares que no se fuesen aquel día hasta que se sosegasen los indios. Quedáronse hasta la tarde y temerosos de lo que recelaban aquella noche, alegando no tener munición y pólvora para defenderse, y defender a los religiosos, los persuadían se fuesen con ellos antes de acabar el día, que ellos los dejarían y pondrían en salvo, y no se atreverían los indios a acometerlos. El bendito guardián les dijo se fuesen, que él no podía desamparar su convento, ni se persuadía del todo fuesen aquellos sus hijos tan infieles a Dios por cuyo amor los estaba allí doctrinando, y que si era voluntad del Señor el que muriesen no rehusarían la muerte por su santa fe y por crédito de la divina palabra, que tantos años les habían predicado.

Fuéronse los soldados, y no bien habían salido del pueblo, cuando aquellas bestias carniceras, hambrientas de sangre todo aquel día, llegaron de tropel al convento dando voces, y alaridos, y armados

de arcos y macanas como si fuesen a pelear con un ejército de hombres.

Oyendo el tropel los dos religiosos se encerraron en la sacristía y uno a otro se confesaron como para morir, esperando la hora que ya se les entraba por los sentidos. Los crueles parricidas pegaron fuego por todo el convento, y entraron en la sacristía, donde había quedado solo el guardián, lo sacaron al patio y con un crucifijo en las manos se les hincó de rodillas afeándoles su hecho, y proponiéndoles con voces apostólicas la estrecha cuenta que habían de dar a Dios por su apostasía en la fe, y muerte de sus predicadores. A esta sazón llegó un indio servicial del monasterio, y por eso más ingrato, y le dió en la cabeza uno, y otro golpe con la macana (que es como alfanje de madera) tan despiadado que cayó en tierra despedida del cuerpo su bendita alma.

A este tiempo que el convento se quemaba se fué el compañero Fr. Francisco Gil a la huerta, y como se había criado entre aquellos indios por vivir en una hacienda allí cercana sus padres, y era tan diestro en manejar el arco, y flechas, y rebatir las de otros muchos juntos, como se vió algunas veces, comenzó al principio a defenderse, mas luego le pareció ser más acepto a Dios morir por su Majestad, e hincándose de rodillas depuestas las flechas y arco con mucho sosiego se entregó voluntario en manos de sus enemigos, que muy en breve le quitaron la vida a repetidos golpes de macanas. Cortáronles las cabezas a los dos benditos padres, y arrojaron trunco los cuerpos en un muladar que estaba junto a la iglesia. Echaron las cabezas a cocer, y la del V. Fr. Andrés estuvo tres días hirviendo al fuego, y no pudieron ablandarla para comerla, y viendo su dureza la arrojaron en el muladar con el cuerpo, como cosa inútil y sin provecho. La de Fr. Francisco la limpiaron de la carne, y la traían consigo en señal de victoria, costumbre diabólica y antigua entre los chichimecas. Pudieron estos malvados abrir los ojos al ver tres días aquella bendita cabeza sin cocerse, siendo carne tan delicada; mas con este prodigio, duros como Faraón, pareciéndoles poco haber quemado el convento, y saqueado la iglesia, rompiendo y echando al fuego las sacrosantas imágenes, deseando acabar con todos los cristianos de aquellos contornos, dieron sobre una estancia de españoles, y en sus propias casas los quemaron. Corrió la infausta noticia por toda aquella tierra, hasta llegar a la Audiencia Real de Gua-

dalajara, y mandó al capitán Juan de Caras viniese con su compañía de Zacatecas, y con otras dos escuadras de españoles, y dos mil indios amigos dieron sobre los malvados apóstatas, y aunque se habían refugiado entre los riscos de la sierra, y era casi impenetrable, por no tener para la entrada más que un solo puerto, con tesón, y cautelas los apresaron, y pusieron en collera, hombres, mujeres y niños, siendo más de mil los cautivos, que entraron en Guadalajara. Ahorcaron en el camino dos o tres culpados, y de los que llegaron con vida algunos los descocaron; otros eran azotados y a todos los demás chicos, y grandes los pusieron en perpetuo cautiverio. Los doce capitanes autores de la maldad fueron ahorcados, yendo con cada uno un religioso exhortándolo, como que eran todos cristianos. Uno de estos llamado Don Juan le tocó, según escribe el M. R. P. Torquemada, que se halló en la ocasión presente, y dice lo encontró tan pertinaz, que se persuadió bajó su alma de la horca al infierno. Pudo ser éste el principal motor de la tragedia, y que por haber causado tantos daños no mereciese reconciliarse con Cristo, a quien, como apóstata, había renunciado.

El P. Fr. Francisco Tenorio no se halló en estas muertes por haber ido a decir misa a unas minas de aquel distrito, y se mantuvo allí sabiendo lo que pasaba en su convento. Quiso Dios guardarlo por sus venerables juicios, o por la falta que haría a los que administraba, o porque no todos llegan a hacerse dignos de numerarse entre los que se coronan con la aureola del martirio. El del V. P. Fr. Andrés y Fr. Francisco Gil, no puede piadosamente dudarse, pues aunque los indios tomaron motivo de haber favorecido en su pretensión a los españoles, se verifica (que) tomaron ocasión buscada, como dice el Espíritu Santo, para desamparar a sus verdaderos padres, y amigos. Fué su feliz muerte el día 4 de agosto, día del gran Padre Nuestro Santo Domingo, año de 1585, y el destrozo que los apóstatas hicieron en la iglesia y sagradas imágenes son real prueba que su odio no era a las personas, sino a la Ley que los privaba de vivir en sus bárbaras idolatrías, y costumbres diabólicas. N. Arturo les da título de beatos mártires en su martirologio franciscano (85).

CAPITULO VII

*Vida y muerte ejemplarísima del M. R. P. Fr. Juan de Ayora,
tercero ministro provincial de Michoacán.*



A vida de los varones ilustres y la narración de sus heroicos hechos es muy estimable para todos los que suspiran por encontrar las hermosas sendas de la virtud. Semejantes héroes son como capitanes, y esforzados adalides para guiar las almas por el camino del cielo, y con su práctica experiencia, dirigen los pasos de sus seguidores, mostrándoles con rara prudencia cuando conviene apresurarse en los ejercicios de virtud, y cuando es loable atemperar, y contener la vehemencia de los afectos. Esforzado adalid se nos muestra en las cortas noticias de su vida el V. P. Fr. Juan de Ayora, pues aun su patria y padres nos deja pasar la crónica de la santa provincia de los Angeles, donde fué su primera mansión, entre las opacas sombras del silencio. Dolor es éste que oprime los vuelos de la pluma, y hace calmar las dos alas del corazón para respirar en los escritos. Para lenitivo de tan racional pena, di muchas vueltas a las cortas noticias que hallé esparcidas en los autores, y por no dejar esta vida tan sin aliento, no hallando patria, conjeturo lo fué la que se graba en su apellido, puesto que encuentra mi cuidado muchos venerables varones de la crónica de la provincia de los Angeles con el sobrenombre de su patria. No aseguro, pero discurro sería el nativo suelo del V. Ayora la villa de este nombre que se halla en la raya de Cas-

tilla, cuatro leguas de Almansa, según Méndez Silva, hermoseedada de fuerte castillo, plaza importante, perfil de todos mantenimientos, y con producción de piedras marquesitas. Esta piedra, según el tesoro de la lengua castellana, es de la que se funde el cobre, y es conocida por la piedra del fuego, de que formó una animada campana para convocar las gentes al culto de Dios, fundida con el fuego del divino amor, que siempre se dejó conocer en el V. P. Ayora, a quien le siguió la nativa producción de tales piedras, siendo piedra de fuego en la predicación apostólica. No nos dejó el tiempo ni aun memoria de quienes fueron sus padres; para que toda su genealogía se debiese a sí mismo, y con sus ajustadas operaciones se labrase estatua digna de la fama, sin partir sus glorias con otros más que consigo. Su primer nacimiento en la religión, nos lo muestra su historia en la santa provincia de los Angeles, y señala por cuna el Santuario de Santa María de los Angeles, entre las breñas de Sierra Morena, en que vivió algunos años este varón apostólico, dejando con sus raros ejemplos, de soledad, mortificación y penitencia santificados aquellos solitarios riscos.

Corría por este tiempo la fama de la mucha gentilidad que se mantenía sin luz del evangelio en estas Occidentales Indias, y como el siervo de Dios para serlo amaba la salvación de sus prójimos, se sintió herido de compasión al contemplar la perdición de tantas almas por falta de operarios. Con inspiración divina determinó ser uno de los que en estos reinos trabajaran incansablemente en la viña del Señor, y con singular consuelo de su espíritu se alistó en una de las misiones, que eran frecuentes en aquellos primitivos tiempos. Llegó a la provincia del Santo Evangelio de México, madre amorosa de cuantos evangélicos operarios venían de la Europa, y luego que el siervo de Dios vió por sus ojos tanta multitud de almas, se aplicó con todo conato a entender el idioma mexicano, y en poco tiempo era ya maestro en esta lengua, y predicaba con singular espíritu a los naturales, y les escribió de su letra varios tratados de doctrina cristiana, y en el mismo idioma dió a la prensa un tratado muy docto del Divinísimo Sacramento. Movido de los clamores de la inopia de ministros, con que se lamentaba la custodia de Michoacán, pidió a su prelado superior licencia para hacer tránsito a la custodia, y luego que llegó a ella como ardía en su pecho el celo de la conversión de los infieles y era la mies copiosa, hizo entre estas gen-

tes maravillosos frutos, especialmente en el reino de la Nueva Galicia, que en muchos pueblos se habla la lengua mexicana. Era el V. padre muy docto, y como lo aclamaron después doctísimo en todas facultades, aprovechó con grande literatura a muchos, así en la religión como en el siglo con saludables consejos, respondiendo a varias consultas, y todo empeñado en púlpito, y confesonario para emplear los lucidos talentos con que le había favorecido el cielo.

Tuvo diversas prelacías en la custodia, y cuando siendo ya provincia se celebró el primer capítulo el año de 1567 fué el segundo definidor en que se conce que sus colmados méritos lo llevaban como por la mano a los oficios. Corrió la fama de sus religiosas prendas por todo el ámbito de estas provincias, y pasó el eco clamoroso hasta la corte del gran monarca Don Felipe II, y reconociendo su perspicaz entendimiento lo mucho que importaba la promoción de preladados eclesiásticos de virtud, y letras en estas nuevas iglesias de las Indias, hallándose sin pastor la santa iglesia de Michoacán, envió cédula de este obispado a N. V. Ayora, como contestan todos los que escribieron su vida. Esta honorífica merced encontró en el humildísimo padre tan heroica resistencia, que sin dar a persona humana noticia renunció a la majestad católica el apreciable favor que le hacía, confesándose indigno para soportar sobre sus cansados años tan valiosa carga. Todo el tiempo que le restó de vida tuvo este real favor en silencio, y no se supiera de él, si en el breviario en que rezaba no lo hubiera encontrado un compañero suyo, que lo tenía por registro, y esto fué después de su muerte. Algunos en este tiempo escribieron ser dos los obispados que renunció; pero soy de parecer que no pasa la noticia de leve conjetura, pues en la crónica de esta provincia sólo se asegura la renuncia de la mitra de Michoacán, y no de otra, y en esto convienen los que en estas provincias han escrito.

Habiendo en aquellos tiempos excelentes sujetos en la reciente florida provincia de Michoacán, que descollaban en virtud, y letras, campeaba entre ellos el M. V. P. Ayora; y poniendo en el tercer capítulo Provincial los ojos aquellos apostólicos vocales en el siervo de Dios, lo eligieron ministro provincial, sin que para aceptar la dignidad le valiesen los muchos alegatos de su humildad profunda. Entró a gobernar por obediencia, y ésta con el conjunto de prendas religiosas que adornaban su meritada persona, hizo muy pacífico su

gobierno. Cuando más gustosos se hallaban los religiosos con tan acertada conducta, se hallaron defraudados del pastor que les guiaba por las sendas de su vocación, por lo que ya refiero. Corrían cerca de dos años que el V. P. Ayora a costa de interiores fatigas por su humilde genio gobernaba su grey con singular acierto, cuando teniendo noticia de haber llegado a la ciudad de México con misión para las Islas Filipinas el V. P. Fray Pedro de Alfaro, de la seráfica descalsez, resolvió en su interior alistarse en tan apostólica milicia para comenzar a trabajar de nuevo en la conversión de las almas, renovando como el fénix su espíritu, aun en los años que ya se contemplaba cercano a sepultarse entre cenizas, pues tenía ya cumplidos los 76 de su trabajosa ancianidad. Pidió postrado de rodillas al comisario general, que lo era a la sazón el M. R. P. Fr. Rodrigo de Sequera le admitiese la renuncia del provincialato para seguir los rumbos a que le conducía su apostólico espíritu, y aunque le costó mucho precio de lágrimas el que se la admitiesen, negoció con tan corriente moneda el beneplácito del superior, y aumentaron sus lágrimas las que vertían los religiosos de Michoacán por considerarse privados de tan vivo ejemplar de virtudes. Esto fué a los fines del año de 1576.

Entrado el mes de febrero del año de 1577, se hicieron a la vela los misioneros en el puerto de Acapulco, y a fines de junio aportaron a Manila. En todo el viaje (dice el R. P. Cronista de Filipinas Fr. Juan Francisco de San Antonio) no dejaron los religiosos sus espirituales y corporales ejercicios, y con prósperos sucesos dieron vista a aquellas islas 15 religiosos, y entre ellos N. Ayora, que imitador del Bautista, en cuyo feliz día fué la primera entrada en Manila, comenzó a mostrarse luz precursora de aquellas gentes. Día dos de agosto se estrenó la pequeña iglesia de Nuestra Señora de los Angeles émula de la de Porciúncula. Desde aquí el R. Custodio Fr. Pedro de Alfaro destinó a varias partes de aquel archipiélago sus misioneros, y puso por guardián del convento de Manila al V. P. Ayora, ilustre en letras, y en virtudes, que había de ser columna del nuevo edificio, y oráculo de aquellos ciudadanos. Este fué el primer empleo de este apostólico varón luego que llegó a Manila, y aunque la crónica de la santa provincia de los Angeles fundada en lo que escribió el R. P. Cronista Fr. Antonio de la Llave, afirma que pasó luego a la conversión de infieles, desvanece esta noticia la nueva Crónica de Filipinas con gravísimos fundamentos, y en este particu-

lar tengo por rumbo más seguro para la verdad de la historia, acomodarme a lo que en el año de 1738 dejó escrito el nuevo R. P. Cronista en la vida de este siervo de Dios.

Fundóse aquella primera comunidad de Manila con toda austeridad, y aunque los rigores del clima podían servir de obstáculo a la estrechez descalza, el V. Alfaro mantuvo su más estrecha observancia y aun añadió en su persona mayores estrecheces. Cuando el V. P. Custodio, Alfaro pasó a la China quiso N. Ayora acompañarle, y le sirvió de rémora su avanzada edad, pues a buena cuenta tendría ya los setenta años cumplidos. Sobre el cargo de guardián tuvo la sobre carga de Juez Eclesiástico que residía en el custodio, y quedando en el ejercicio del juzgado eclesiástico, el que renunció la dignidad de Obispo. Esta cruz fué la más pesada para sus hombros, viéndose precisado de puro obediente a tratar negocios seculares, quien siempre había suspirado o por los retiros del claustro, o por la conversión de los gentiles. No obstante como prudente y resignado dió feliz expediente a los dos oficios, y sacando fuerzas de flaqueza, ejercitó estos cargos hasta el capítulo que se celebró el año de 80. Era docto y virtuoso, y manejó los negocios con singular prudencia. Lo singular que debe admirarse es que abrumado de la prelación, y juzgado eclesiástico, le quedase tiempo para el púlpito, confesonario, visita de enfermos, correspondencias políticas, y lo que es más, atarearse a aprender tres idiomas diversos, como fueron el de la China, el de Tagalos y el de Ilocos que supo con perfección.

Ya que no pudo conseguir hacer viaje a la China, a que anhelaba su espíritu deseoso del martirio, y que para facilitar su jornada había aprendido aquel idioma, puso la proa a la gentilidad de los ilocos, de quienes ya sabía el nativo lenguaje, y con la obediencia de su prelado se embarcó para aquellas poco trasegadas islas. Fué admitido de sus naturales con singular amor, porque nos enseña la experiencia que el ministro evangélico que entra saludando a los gentiles en su idioma, se hace dueño de los corazones de todos. Predicó con ardor de espíritu la fe de Cristo, y ganó para Dios muchas almas. Pasmó sería ver un anciano de más de setenta años empeñado entre aquellas breñas, y tierras pantanosas abriendo sendas, trepando riscos, formando puentes, y calzadas, sólo para buscar un indio que tuviese noticia estaba en aquellos desiertos sin luz del cristianismo. Los indios lo amaban como a padre, y lo reverenciaban

como a santo, y era el fruto en las conversiones correspondiente al concepto que de su rara apacibilidad y modestia habían formado. Poco menos de dos años se mantuvo este varón eminente entre aquellos indios, con valor constante, y pocas veces tenía el consuelo de consolarse con el V. P. Fr. Pedro Muñique, que asistía en el pueblo de Agu, y en Bigan, y en la Fernandina.

Llegó el tiempo de coronar el cielo tan gloriosos trabajos, y avisando el Señor a su siervo con una enfermedad peligrosa que conoció sería la última; contemplándose solo en aquella fragosidad en que su celo lo había internado sin recurso al antiguo compañero, trató de componerse solo con Dios, que en las más incultas soledades sólo es el mayor consuelo, y el todo del más suspirado alivio. Llegándose ya la hora de su feliz tránsito, que conocía por la debilidad de sus fuerzas, hizo lo pusiesen sus neófitos en la desnuda tierra para renovar con la imitación las dulces memorias del tránsito del humano serafín su P. S. Francisco. Llamó después a un indio su confidente, y compañero, y le advirtió todo lo que había de ejecutar después de su muerte, encargándole no le desnudase su pobre hábito y que le cosiese sobre el pecho una cruz que tenía, y había cargado en todos sus viajes como fiel compañera. Luego que volaron las voces melancólicas de su dolencia por toda aquella comarca, acudieron a tropel los indios a tomar la bendición de su querido padre, y oír de su boca los últimos consejos.

Enternecióse al verlos aquel anciano venerable, y como ya de partida para la eternidad esforzó la voz, y les hizo una exhortación tan cariñosa, que si los peñascos fueran capaces de sentirlo, se hubieran deshecho en raudales de lágrimas. A vista de sus hijos reengendrados en Cristo con coloquios tiernísimos a su amado Redentor, entregó su espíritu, y el último aliento el año de 1582, sin decirnos su crónica el día, siendo de edad de setenta y dos años con corta diferencia.

Divulgóse el tránsito del V. anciano y acudió toda aquella comarca a darle sepultura. Bañados en lágrimas le besaban los pies, y daban voces lastimosas, huérfanos como hijos sin su padre, y deseando alguna prenda suya para consolar su ausencia le fueron cortando del hábito tantos fragmentos que casi le dejaron desnudo. Este devoto desacato remedió el cielo moviendo a un cacique a que le cubriese, y amortajase con su propia capa, y así lo sepultaron con co-

piosas lágrimas, y con la posible reverencia. Quizá permitió el cielo aquel devoto destrozo de su pobre mortaja para que admirasen los indios en aquel bendito cadáver las llagas de sus penitentes azotes y el cilicio, o arco de hierro que tenía su cintura, tan penetrado ya con la carne que no fué posible el arrancarlo, como que lo había engastado en su cuerpo veinte años antes. ¡Oh fuerza del divino auxilio! Confirmáronse más los neófitos en la fe católica a vista de tal espectáculo, y les quedó tan impresa su memoria que por muchos años lo invocaban en todas sus necesidades como a su mayor asilo. De entre estas gentes podrá haber faltado su memoria; pero yo aseguro con David que la memoria eterna no pierde de sus archivos al hombre justo.

No se sabe el sitio de su muerte, ni dónde se sepultó tan apreciable cadáver; el Señor que lo sabe si gustase lo descubrirá para su mayor gloria, y estimación de su siervo.

CAPITULO VIII

Vida del V. P. Fr. Angel de Valencia primer provincial de esta santa provincia.



ORALIZANDO un ángel en carne humana el erudito Berchovio nos lo presenta a semejanza de los ángeles como espejo clarísimo, y sin manchas, que en su luna recibe las luces divinas, y las manifiesta o comunica a los otros ángeles inferiores. Son admirables de los espíritus soberanos las propiedades.

Obran sin dilación, comprimen lo adverso, asisten a los hombres sin intermisión, y les sirven, son custodios de la humana naturaleza, sirven a Dios sin violencia al mandato de su Creador, se mueven sin tardanza, nos procuran lo más útil para nuestro bien, continuamente se emplean en contemplar la cara de Dios, presiden a los hombres sin serles gravosos, y entre sí disponen sus jerarquías sin rastro de emulación. Tales son los prelados, y varones eclesiásticos, dice el Padre de las Moralidades, pues deben ser espejos, y ejemplar de los demás, puros, sin manchas de defectos sensuales, receptivos de la luz interna de la gracia para comunicarla a sus prójimos. Deben adornarse con las propiedades angélicas, que es en lo moral ejecutar sin dilación los mandatos de Dios, y de los prelados, ejercer sin demora la obra de misericordia con sus hermanos. Deben evitar en los súbditos los daños espirituales, y socorrer sus necesidades con prontitud, sirviéndoles de amparo, y de refugio. Estos ángeles, prelados de hombres son sus custodios, y ministros que los defienden

de las acechanzas del tartareo enemigo. Sirven a Dios de voluntad, y procurando todos los bienes provechosos a sus súbditos, desean darse a la contemplación de lo eterno; mandar sin imperio, y vivir con tal orden que no les entre la ambición de gobernar, todo dirigido por la paz, y nivelado por la concordia.

No pudiera mi fantasía idear más apropiado retrato para pintar en lo escrito al M. R. y V. P. Fr. Angel de Saliceto, o de Valencia, que copió en sus heroicos hechos las acciones, y propiedades de que es capaz un hombre de retratar en sí lo que es perfección de un ángel, y quizá por eso su mismo nombre le trajo grabado en las aguas del bautismo el de Angel, porque lo había de ser en su pureza. Crióse desde su niñez en una de las ciudades del reino de Valencia, sin saberse a cuál le tocó la fortuna de varón tan insigne, ni nos dan las historias noticia de sus padres, contentándose con sólo relatar lo que podíamos imitar. Consta que en su juventud tomó el hábito de N. P. S. Francisco, señalando la provincia de Valencia, y no el convento. Yo me persuado que teniendo dos apellidos de Saliceto o Saucedo, y el de Valencia, el primero es indicio de lo ilustre de su linaje, por la rama de Salcedos, o Saucedos, que todo es uno, y por el renombre de Valencia formo conjetura sería nativo de la misma ciudad porque en aquel tiempo cosa muy usada al que entraba religioso de nuestra orden dejar el apellido paterno, y tomar solamente el de la patria. Con muy raro ejemplo de religiosas operaciones se mantuvo en su santa provincia de Valencia todo el tiempo que fué necesario para consumarse en los estudios, de que salió tan aprovechado como se vió después que pasó a ilustrar los términos de toda la serranía de Michoacán y Xalisco.

Cuando ya se hallaba condecorado con todos los sagrados órdenes y con licencias de predicador y confesor, llegó a sus oídos la clamorosa voz de la predicación evangélica, que ya resonaba en estas Indias Occidentales, y al mismo tiempo el lamento de la mucha inopia de ministros. Y aunque no tuvo la dicha de ser de los doce caudillos del evangelio en estas partes, tuvo la fortuna de ser de los que vinieron inmediatamente después de ellos; pues como notó N. Torquemada al cabo de ocho o nueve meses que habían aportado a México aquellos doce compañeros, vinieron otros de la Europa a ser coadjutores de su empresa, y entre ellos nuestro Fr. Angel de Saliceto o Valencia, pues aunque el erudito cronista sólo señala por

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

sus nombres cuatro venidos en esa barcada, prosigue diciendo, y otros religiosos de la misma provincia (habla de la de San Gabriel) sin decir cuántos.

No encuentro inconveniente en que siendo, como dejó escrito este venerable padre, criado en la provincia de Valencia, se hubiese incorporado en la de San Gabriel, pues había libertad entonces para pasar a esta nueva reforma de nuestras provincias, como se ve en los que siendo de la provincia de Santiago se incorporaron en esta de San Gabriel, aún siendo custodia, y de allí vinieron a las Indias.

En lo que no se pone duda es que fué el primer compañero del fundador de Michoacán el V. P. Coruña, como lo dice N. Ilmo. Gonzaga.

Fué el segundo misionero en la custodia de Michoacán, el que había de ser el primer ministro provincial, cuando se levantase en provincia. No pudo detenerse luego que vino de la Europa en la custodia del Santo Evangelio recién fundada; pues pasó con el V. P. Fr. Martín de la Coruña a fines del año de 1525. Desde que fijó el pie en Michoacán, se aplicó con tesón maravilloso a aprender las lenguas de los naturales, y hecho dueño de ellas catequizaba a los gentiles, y hacía prodigiosas conversiones de almas. En la parte que toca al reino de (la Nueva) Galicia resplandecía como luciente antorcha, bautizando, y reduciendo multitud de gentes al gremio de la santa Iglesia. Su vida era un claro espejo en que todos admiraban un retrato de todo género de virtudes. N. Ilustrísimo Gonzaga en breves cláusulas nos lo pinta diciendo haber sido varón de religión admirable, dotado de singular prudencia y rara mansedumbre. Para conocer lo heroico de sus hechos basta saber lo que trabajó en más de 48 años, sin interrumpir la labor de la predicación, y confesonario fundando conventos, y doctrinas, caminando siempre a pie por incultas soledades, y como verdadero pastor buscando entre las breñas las ovejas racionales de tanta gentilidad como se ofreció en aquellos tiempos primeros, donde se recrea el trabajo por ser tan pocos los operarios evangélicos. Fué sumamente pobre, humilde, devoto, penitente, y en todas sus acciones prudentísimo. No leo que en todo el tiempo que Michoacán fué custodia le tuviesen elegido por prelado superior, aunque no puedo persuadirme dejase de ser muchas veces guardián en los conventos, pues siendo sus prendas tan

sobresalientes no se privarían aquellos venerables religiosos de ponerlo en el candelero de las prelacías (86).

Pasó la custodia a ser provincia por el capítulo general el año de 1565, y en disponerse para celebrar el primer Capítulo llegó el año de 1567 en que, según instrumentos que dejo referido al principio de este tercer libro, con aplauso común de toda la V. Congregación de religiosos salió electo el V. P. Fr. Angel de Valencia, hombre ya consumado en letras y virtud, y de ancianidad venerable, pues según cómputo muy verosímil contaba ya más de 70 años, colmados de méritos y servicios. En este mismo tiempo de su elección, a petición suya se fundó un convento en la que ahora es nobilísima ciudad de Zacatecas, y fué el primero que allí hubo sujeto a la provincia de Michoacán, hasta que se reasignó a la custodia de Zacatecas, gobernó en su trienio con los aciertos que aseguraban su mansedumbre, y prudencia; y en aquel dorado siglo puede el lector persuadirse, que con tal prelado, y con súbditos tan dignos de toda veneración, como eran los que tenía, se verificó lo que dejó escrito el máximo San Gregorio que en donde reluce la paz, y concordia en los monasterios, cada monasterio es un paraíso, o un cielo terreno. En medio de las tareas del gobierno no perdió jamás este ángel en carne el trato con los ángeles, y con el Señor de ellos; andaba abstraído por ser en la oración incansable, y como los ángeles de la escala de Jacob subía a Dios por la contemplación, y bajaba la escala para acudir a la necesidad de sus súbditos.

Acabado su provincialato se entregó con más veras a comerciar en el cielo donde tenía su corazón, y tesoro, y pocos años después en el convento de Guadalajara (feliz depósito de venerables varones) lo llamó el Señor para sí, y en el término de su enfermedad, que toleró muy conforme siempre con semblante de ángel, era su único alivio levantar al cielo las alas de su corazón, y volar a lo alto. Eran repetidos los éxtasis de aquel ángel humano, y en un maravilloso que tardó largo rato, a vista de los religiosos, que con veneración lo observaban, como quien despierta de un suave sueño exclamó en estas voces, como contestan todos los cronistas: Unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me? ¿De dónde a mí tan inusitado favor que la Madre de Dios venga a visitarme? Pasmados los religiosos escucharon a aquel ángel reproduciendo las voces de la Santa Matrona Isabel visitada de su prima la Madre de Dios, Reina de

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

los Angeles y hombres; y se persuadieron por lo heroico de sus virtudes haber sido favorecido este fino amante de tal Señora con su celestial visita. Dió el alma a su Creador poco después, el día 12 de octubre del año de 1584, según cómputo muy racional, pues el año de 1586, que imprimió su libro N. Ilustrísimo Gonzaga hace memoria de él. Con tal visita podemos conjeturar cuan dulce sería su muerte, y cuan llorada con lágrimas de consuelo de aquellos religiosos, que merecieron hallarse presentes a tan inefable dicha. De tales preludeos infiera el piadoso lector cuál sería la solemnidad de su entierro, y la pompa de sus funerales honras en una ciudad tan noble como cristiana, como lo es la de Guadalajara, y en un convento siempre digno de llamarse santo. N. V. Arturo en el apéndice de este V. varón nos dice haber sido su patria la gran ciudad de Valencia, y que tuvo revelación de la hora de su muerte, dándole título de beato por la fama de su virtud de tiempo inmemorial. Yo, después de cerca de dos siglos, lloro, y me lamento que tales cosas no las hubiese expresado algún tanto más la pluma de los que gozaron, y pudieron con corta diligencia saber de raíz lo más memorable de este varón insigne, para que se diese a Dios la gloria, y sus fieles siervos fuesen con más expresión venerados, y propuestos para el común ejemplo.

CAPITULO IX

Vida del V. siervo de Dios Fr. Antonio Beteta, uno de los más insignes operarios de la provincia de Michoacán.



L tomar la pluma para elogiar las ceñidas noticias que han escapado de la polilla de los tiempos del M. R. y V. Fr. Antonio Beteta, lo primero que me encuentro son abrojos. No dan luz los cronistas de padres ni de patria que diesen ser natural a nuestro Antonio; y sólo nos expresan su espiritual nacimiento en la religión en el convento del Abrojo, uno de los que merecieron por prelado al primicerio de la regular observancia en las mantillas de su reforma, y que todo se dice con aclarar fué un San Pedro Regalado, que reciente goza ya los solemnes cultos de santo (87). Tomó aquel sacro convento el nombre del Abrojo por ser antes de fundarse campo eriazado lleno de espinas y abrojos, pues su estéril terreno no producía otro fruto. Hoy (dice el M. R. P. Monzaval en la vida del santo Regalado) tiene el convento este nombre, no tanto por los abrojos materiales, que el sitio produce, cuanto por las rigurosísimas penitencias que sus moradores hacen. Pero volviendo a hacer inspección de los abrojos encuentro en el tesoro de la lengua castellana llamarse así por ser desdichado fruto de una mala planta, dicha tribulo por las tres puntas que produce el abrojo.

De este vocablo se derivó tribulación, y lo es todo trabajo que aflige y molesta al hombre. Del abrojo formó la curiosidad una empresa con esta letra: "Quedará en pie por cualquier lado que caiga".

porque sembrando en el suelo siempre levanta en alto una punta, y con dos se mantiene en la tierra segura. Si no es que quisieran dar a entender que el varón prudente como abrojo en cualquier estado, próspero, o adverso, persevera en su buena fe, y santos propósitos. Mucho nos dicen los escritores con sólo referirnos fué este V. Padre hijo del convento del Abrojo, y más en aquel tiempo que vivían los primitivos observantes. Es el país del abrojo para la vida contemplativa muy conveniente. Cercado el sitio de montes no se miran más que altos pinos, sólo se ve desde el abrojo sin embarazos el cielo. Es, dice mi prelado algún tiempo por mi dicha el doctísimo Monzaval, este santuario del abrojo oráculo de la religión, templo de la virtud, seminario de santidad, castillo donde se ha hecho fuerte la regla de San Francisco, muro inexpugnable de la regular observancia, maravilla de recogimiento, ejemplo de penitencia, centro de la devoción de los fieles, y Sancta Santorum de sus veneraciones. En este vergel de virtudes cercado de los abrojos de mortificaciones se mantuvo todos los años de su virilidad el V. P. Beteta; y fué tan señalado en austeridad, y ejemplos de virtud que lo eligieron aquellos virtuosísimos padres, por maestro de novicios, y lo fué observando a la letra en su ministerio las reglas que ordenó para los tales maestros el Santo Regalado. Que hijos sacaría sino cortados al talle de su devoción. ¡Oh tiempos felices! ¡Oh frutos abundantes de la primitiva observancia renacida aún después de parecer casi sepultada! ¡Oh méritos del Serafín llagado! ¡Cómo se cumplen tus vaticinios de que nunca faltarían en tu religión verdaderos observantes de tu Regla Seráfica!

Con este santo empleo se mantuvo algunos años el virtuosísimo padre en aquel santuario, hasta que teniendo individual noticia de las muchas gentes que habitaban estas partes de las Indias careciendo de la luz evangélica por falta de ministros que las doctrinasen, resolvió pedir licencia a sus prelados, y venir a tener parte en tan gloriosa conquista. Logró su intento; y luego que pasó a estas partes lo destinó la obediencia para la custodia de Michoacán, casi a los principios de su erección. Aprendió luego el idioma tarasco, y con grande fervor de espíritu se ocupaba en el continuo trabajo de la predicación, con singular ejemplo de inculpable vida. Con la perseverancia que tuvo en tan alto ministerio hizo grandísimo fruto en las almas de aquellos bárbaros infieles. Era en la santa oración tan con-

tinuo que en ella pasaba todas las horas del día y de la noche que le quedaban desocupadas de la administración de los indios. Todas las noches se levantaba a la hora de rezar sus maitines, o acompañado cuando estaba en el convento, o solo cuando le cogía la noche en el campo. Sus vigiliias duraban desde la hora de maitines hasta después de prima, que en el coro gastaba estas horas en oración, disciplinas y devotos ejercicios. Vivía tan habituado en las observancias regulares, que en su aspecto, pasos, palabras y modestia era un vivo espejo de disciplina, copiado del que escribió el Doctor Seráfico. Aunque estuviese solo en algún pequeño convento no perdía ceremonia de las que observan los devotos religiosos en el mayor concurso; porque sabía que aunque faltase el registro de los ojos humanos, nada se oculta a los ojos linceos divinos, que son los que deben respetarse, y los que siempre miran con agrado las acciones de los que deben respetarse, y los que siempre miran con agrado las acciones de los que sólo a Dios aman y temen.

Era para sí muy áspero, y para los prójimos muy caritativo y benigno, y con estas prendas se hizo siempre de todos amado sin perder los fueros debidos al respeto. Este lleno de virtudes lucientes como antorchas no le dejaron ocultarse entre los retiros de la sierra, y aquellos virtuosos religiosos de la custodia lo eligieron varias veces por prelado. Fué en aquel tiempo guardián, difinidor, custodio, comisario de la custodia, y por último electo por segundo ministro provincial cuando ya la edad mostraba en sus nevadas canas lo venerable de su persona. Todos estos oficios ejerció con singular prudencia velando siempre sobre la guarda de su seráfica grey, y siendo regla viva en sus operaciones de lo que debían copiar sus súbditos en las suyas. Era muy pobre, vestía un hábito muy tosco, y aunque las avenidas de operaciones le eran indispensables en los oficios, jamás omitía las asistencias de coro. Sus caminos siempre eran caminados a pie, y descalzo, y siguiendo en todo los ápices de regulares ceremonias, y observancias de las comunidades. Llegó ya a fuerza de trabajos, años, y achaques a postrarse de naturales fuerzas, y en una gravísima, y diuturna enfermedad que fué la última, quiso Dios mostrarse los quilates de su virtud y paciencia. Cuando se hallaba más aquejado de agudos dolores tomaba por lenitivo cantar con tiernas voces el himno Tedeum Laudamus, y se embargaba tanto en esta canción su espíritu, que le suspendía lo sensible de su peno-

sa dolencia. Teniéndole ya el Señor acrisolado en el horno de tribulaciones le consoló con anticiparle el aviso de su cercana muerte; y como quien se miraba ya tan cercano a partir para el descanso eterno, suspiraba por los instantes en que se le dilataba su dicha. Deseaba tener en la última hora el consuelo de algunos de sus hermanos para confortarse con ellos; y como lo deseó, y pidió a su Señor así se lo otorgó su piedad inefable. Súpolo el V. anciano, y antes que viniesen dijo los que habían de asistirle, que concurrieron sin ser llamados sólo por la moción interior que sintieron. Consolóse con su presencia que era muy de estimar en aquel tiempo, que eran tan pocos los religiosos y gastando con ellos dulcísimos coloquios todos del cielo, convirtió su espíritu a su Creador, y con tiernas jaculatorias dió en sus manos el último suspiro, dejando a los circunstantes bañados de lágrimas y de gozo. Notóse en este siervo de Dios que dos horas antes que muriese pidió a los religiosos que el día de su entierro celebrasen todos por las benditas ánimas del purgatorio, y como le tenían por santo le obedecieron, persuadiéndose no necesitaría su alma de este sufragio para volar al cielo. Falleció en el convento de Señora Santa Ana de Tzacapú en la sierra de Michoacán y según cómputo acaeció su muerte por los años de 1575 poco después que había sido segundo ministro provincial. Vive siempre gloriosa su fama y su memoria endulza los labios de los que tratan de sus virtudes.

CAPITULO X

Martirio de los dos ilustres campeones Fr. Francisco Doncel y Fr. Pedro de Burgos.



UN no contaba esta santa provincia de Michoacán dos lustros pues no había cumplido los diez años de su fundación, cuando tuvo la dicha de esmaltar sus blasones con la purpúrea sangre de dos hijos suyos muertos por los bárbaros enemigos de la fe de Cristo y porque se supla algo de lo que nos dejó en silencio la Crónica de esta provincia, fué según Arturo, y el R. P. Vetancourt el martirio de estos dos religiosos el día 8 de enero del año de 1575, aunque N. Arturo lo alarga al de 1585; más no pudo ser, porque según la serie de los Virreyes de México por el año de 1580 no era ya Virrey D. Martín Henríquez, en cuyo tiempo sucedió lo que vamos refiriendo. A poco tiempo de su virreinato se había fundado la villa de San Felipe, frontera de chichimecos por el cuidado y celo de esta santa provincia de Michoacán que siempre se esmeró en poner allí religiosos muy ejemplares. En uno de sus Capítulos Provinciales eligió por guardián de aquel convento al V. P. Fr. Francisco Doncel, quien habiéndose criado para la religión en la santa provincia de Andalucía, pasó en la flor de su edad con celo apostólico a esta santa provincia, donde se incorporó, y en ella, aún siendo mozo, dió en sus costumbres evidentes pruebas de ser acreedor de las veneraciones de una senectud respetable. Puesto ya en el oficio, procuró

dar buen expediente a los encargos que tenía hechos el Excmo. Virrey a los religiosos de aquella nueva villa para el buen gobierno del presidio, y que se mantuviesen en toda cristiandad los recién convertidos.

Parecióle conveniente al V. Guardián allanar algunas dificultades que se ofrecían, conferenciando personalmente con el Excmo. príncipe, y para esto se puso en camino, y negoció a toda su satisfacción todo lo que le pareció conveniente para reprimir el orgullo de los indios huachichiles que tenían contaminada con sus hostilidades toda la tierra. Ofrecíanse a cada paso a sus ojos todo el ejército de bárbaros, y riesgos manifiestos de perder la vida, cuando andaba ocupado en administrar los santos sacramentos a los convertidos; pero no le atemorizaba la misma muerte, antes la miraba con sereno semblante por los fervientes deseos que siempre tuvo de sacrificar su vida en las aras del martirio. Aunque el R. P. Cronista F. Alonso de la Rea dificulta haber pasado el V. P. Doncel a la ciudad de México no puedo dejar de asentir a lo que dejaron escrito N. Torquemada, con el Ilmo. Gonzaga, Arturo, y novísimamente Vetancourt, que todos dan por motivo del viaje de este siervo de Dios a México el tratar negocios de aquella tierra con el señor virrey como llevamos dicho.

Volvió, pues el V. Guardián muy consolado de la ciudad mexicana, y llegando al convento de la Purísima Concepción de la villa que hoy es nobilísima ciudad de Celaya, en donde se mantenía el V. anciano Fr. Pedro de Burgos, hijo de la provincia del Santo Evangelio, quien poco antes se había mudado a la de Michoacán con celo de acabar sus años en la conversión de los infieles, se agregó por compañero del V. guardián, y ambos se pusieron en camino.

La Crónica de Michoacán dice, que en esta ocasión llevaron los siervos de Dios una imagen de escultura de un Santo Crucifijo, que es el mismo que hoy se venera en el convento de San Felipe; mas causándome dificultad lo que por mis ojos he visto en la villa de San Miguel el Grande de conservarse un devotísimo crucifijo en una capilla de la parroquia con tradición constante de ser el que traían consigo los V. Mártires, procuré saber de los ancianos cuál de los Crucifijos era el que trasportaron los benditos padres, pues siendo uno solo, como supone la Crónica, no era razón se privase de tan devota imagen el convento para donde era destinado. Para solución

de esta duda encontré salida en que los antiguos de San Felipe y San Miguel aseguran haber sabido de sus antepasados, que fueron dos los crucifijos, y que éstos los remitió el Emperador Carlos V desde la Europa para las villas de San Miguel y de San Felipe recién fundadas, como lo había hecho en otras muchas poblaciones de las Indias, con esto pueden quedar en su pacífica posesión los de una villa, y otra villa, y verificarse que vinieron dichas santas imágenes por mano de los dos VV. Mártires. Antes de referir su martirio debo advertir ser así mismo tradición constante que el Santo Crucifijo que remitieron a San Felipe lo hallaron con un brazo menos; y hecha diligencia de suplirle con otro que mandaron hacer nunca ajustaba porque lo hallaban dividido hasta que con nuevas diligencias movidas del prodigio lo buscaron de nuevo en el lugar del martirio que era montuoso, y lo hallaron, y puesto en la santa imagen le quedó tan ajustado como hoy se ve.

Venían los religiosos con escolta de algunos soldados muy desimaginados de los insultos de los bárbaros, cuando pasado el Portezuelo, que hasta hoy llaman de Chamacuero, dos leguas de la villa de San Miguel el Grande, que ya lo era desde el año de 1560, en un arroyo muy pedregoso, que está al descolgar el puerto, y baja de la serranía inmediata, salieron de emboscada multitud de bárbaros chichimecos, y el espantoso alarido con que siempre acometen, les faltó el aliento a los pocos soldados que venían escoltando a los religiosos, y huyeron despavoridos cada uno por donde pudo escaparse, dejando a los desarmados religiosos corderos expuestos a la voracidad de aquellos carnívoros lobos. Viendo los siervos de Dios ser inexcusable el morir, se abrazaron cada uno de uno de los Santos crucifijos, puestos de rodillas a sus sacratísimos pies, y acometiendo sobre ellos los bárbaros los cubrieron todos de flechas hasta que vertiendo por cada herida un plumero de sangre cayeron muertos. Desnudáronles las pieles cruentas de sus pobres hábitos a aquellos ya sacrificados corderos, y haciendo escaramuza se gloriaban del impío destrozo que miraban con triunfo. Llegaron después a los VV. cuerpos, y les aserraron por el casco las cabezas con el cerquillo de las coronas, y se les ponían a modo de capacetes, mojando aquellas insignias sacerdotales, que en dignidad, y aprecio hacen ventaja a las imperiales diademas. Pudieron los bárbaros cercenar de las cabezas las materiales coronas; pero ¿qué importa? Si el cielo ciñó en lu-

gar de aquéllas a cada uno con la corona de piedras preciosas que brillará en sus sienes siglos de duración eterna.

Un soldado de los que iban de escolta, o por más animoso, o por haberse quedado a favorecer a los padres manteniéndose corto tiempo a la vista del sangriento espectáculo, visto por los infieles fué blanco de sus saetas, y reconociéndose herido de muerte, soltó a su caballo la rienda, y se fué a la Villa de San Miguel, en donde dando aviso de lo sucedido con los padres sin poder restañarle la sangre de las heridas murió luego. Lastimó los oídos del Beneficiado, y nobles vecinos tan funesta noticia, y resolvieron salir con todo el pueblo para recoger aquellos venerables despojos de los invictos soldados de Cristo con la mayor presteza que ofrecía el tiempo. Llegaron todos al lugar donde se había ejecutado el sacrificio, y apenas daban lugar los ojos ocupados con las lágrimas a registrar los destrozos de la bárbara tiranía, ni reconocer por las señas a aquellos dos VV. sacerdotes que habían sido de sus estimaciones tan conocidos, como venerados. Pusiéronles en unas andas con respetuoso recato, cubriendo con ropas de los seculares, que las ofrecían a porfía, aquellos desnudos cuerpos y cargándolos sobre sus hombros llevaban como suave peso aquellos templos muertos, que fueron cuando vivos templos del Espíritu Santo. Tomó el devoto Beneficiado uno de los devotísimos crucifijos enarbolado en sus manos, y otro el que era Justicia Mayor, y comenzaron a ordenar una lúgubre aunque majestuosa procesión, que con lágrimas de todos iba regando el árido camino hasta la Villa, y después sucediéndose los nobles vecinos fueron cargando así las imágenes como los cuerpos de los religiosos, caminando todos a pie las dos leguas de distancia que hay desde el arroyo hasta la Villa de San Miguel antigua. Llegados a ella dieron sepultura a aquellos venerables cadáveres, revertiéndose en los republicanos a un mismo tiempo las lágrimas de gozo por la dicha de sus benditas almas, y de dolor por la falta de varones tan apostólicos como seráficos.

Debo notar que la Villa de San Miguel a este tiempo estaba fundada en donde ahora llaman San Miguel el Viejo, y es puntualmente en la estancia hoy nombrada de la Viuda de Arteta, en donde, según me he informado muy despacio se registran todavía los cimientos de la iglesia antigua, y se pudiera con mediana diligencia descubrir el lugar de lo que fué entonces presbiterio, y al lado del

evangelio tengo sabido se sepultaron estos dos santos religiosos (88). Me opondrá la crítica que no perdona los ápices, el que años pasados hizo exquisitas diligencias el R. P. Fr. Domingo Sedano siendo guardián de San Miguel por descubrir los huesos de estos varones santos y no los encontró, porque buscaba la veta el minero donde no estaba la mina. Solicitó buscarlos en el lugar que fué pueblo de otomites, en tiempo del M. R. P. Fr. Juan de San Miguel, y este sitio está arriba de la Soledad, donde llaman Santa Cruz, y cuesta del Tecolote. Si los buscó cerca de Guadianilla, menos podía encontrarlos, pues desde que se erigió San Miguel en villa sólo ha tenido dos sitios cuales son el de Arteta, ya dicho, y el que hoy conserva, y en esto convienen los ancianos, y lo que es más, los papeles de los archivos. Más porque en todo tiempo no se encuentren sobre ser dos o una sola las imágenes de los devotos Crucifijos la narrativa de la crónica antigua, y la pintura del claustro del Colegio de la Purísima Concepción de Celaya con lo que en esta nueva Crónica llevo dicho, vuelvo a reproducir que las imágenes de San Felipe y San Miguel son tan parecidas en la escultura, tamaños y facciones, que se viene a los ojos son fabricadas de una misma mano. Y pues cada una de estas nobles villas está en pacífica posesión de ser la imagen que cada una venera transportada por los VV Mártires dejámoslos a todos en su buena fe, pues no se hallan razones que hagan evidencia de ser una sola la santa imagen, y adoremos (89) una y otra, pues sus devotísimos simulacros con sus cruentas llagas como con otras tantas lenguas nos convidan a que le sacrificuemos llorosos nuestros pobres corazones.

CAPITULO XI

Vida del V. y R. P. Fr. Buenaventura de Marbella.



LUCINADOS los amantes del mundo con la indiscreción e ignorancia; no advirtiendo que es consejo del Soberano Maestro dado a sus discípulos el que tuviesen la sencillez de la paloma, y la prudencia de la serpiente. La sencillez virtuosa no es más que una sana intención sin dobleces, ni artificios de lisonjas; derrama los tesoros del corazón por la boca sin tener llave sus secretos; juntando con amigable concordia obras, y palabras con el corazón. Estos son los niños, que entran con libertad en el reino de los cielos. De éstos se mostró ser el que con el nombre heredó la buena ventura en la religión seráfica.

Fué Fr. Buenaventura de Marbella hijo de la misma ciudad de su apellido, y si el nombre lo hizo venturoso, el apellido lo acreditó de bien nacido. Mirase la ciudad de Marbella puesta a la lengua del mar, con fuertes y amplísimos muros, cuyas serranías brotan minerales de profundísima plata; su marina abundante de regalada pesca, en particular sardinas afamadas, bien proveída de los demás alimentos. En este fértil suelo se crió hermosa flor, hasta que se transplantó al paraíso de la religión seráfica, tomando el santo hábito en uno de los conventos de la recolección de la provincia de Andalucía. Aunque todos los conventos son huertos donde se cultivan las flores racionales, las recolecciones se levantan con el glorio-

so timbre de ser huertos cerrados, con que mantienen sus flores más rosagantes, y menos expuestas a que las manosee mano atrevida. En uno de estos huertos se mantuvo en su juventud nuestro Marbella con tanto ejemplo, y con tan rara abstracción de criaturas, que era su conversación en los cielos. Cuando ya el Señor lo vió apto para ser insigne operario en estas Indias le habló en aquella soledad recoleta al corazón, dándole voces interiores, y haciendo llegasen a sus oídos los clamores de tantos gentiles como se perdían en estas partes por falta de bastantes ministros.

Dió pronta audiencia a la inspiración de Dios, y en la primera misión que supo venía para las Indias, se alistó con el ánimo generoso para trabajar como fiel siervo en la vida de su Señor. Pasó directamente a la provincia de Michoacán, y vivió en ella apostólicamente, observando, dice la Crónica, los ápices de la Regla con la perfección que prometió en su primer propósito. Con sola esta cláusula nos da margen el R. P. Cronista para colocar a este bendito varón entre los primitivos compañeros de N. Seráfico P. S. Francisco, quien observó hasta los ápices de su Regla. No cabe duda fué en la obediencia puntualísimo, en la castidad integérrimo, en la pobreza austerísimo. Prueba de esta virtud, a quien mi serafín patriarca llamaba mi señora la santa pobreza, era el hábito pobre, y remendado que le servía de abrigo, sin túnica interior, y los paños menores de gamuza con que renovaba el penitente vestido de nuestros primeros padres en las pieles con que cubrieron su desnudez vergonzosa. Su mortificación fué continua, cumplió con todos los ayunos de la Regla, y añadió otros muchos en todo el discurso del año. A sus muchas penitencias, se le juntó una abstracción de criaturas, que parecía no haber tal hombre en los conventos, y sola la obediencia o la caridad de sus prójimos le hacían tratar con ellos, y esto sólo en puntos que importasen para ganar sus almas y llevarlas a Dios. Desnudo de todo afecto terreno se arrojó en los brazos de la Cruz para correr más ligero en la palestra de la perfección. Corrió fervoroso la carrera hasta el fin, sin que se le conociese desmayo o tibieza en sus obras, que corrieron parejas con sus deseos.

De las virtudes hizo escala subiendo de una en otra, y para que no temiese ruinas la fábrica, profundó los cimientos de una humildad profunda que llegó a elevarlo a una virtud eminente. Fué tan dado a la oración, que en ella logró las medras de su espíritu, y por la car-

tilla de Jesús Crucificado llegó a participar luces de la divinidad tan excelsas, que lo sacaban fuera de sus sentidos, y lo arrebataban en profundos raptos, y éxtasis a una contemplación altísima. Pidióle el Dueño de su alma le concediese la inocencia de los niños, cuando no ha manchado sus candores la malicia, y se la concedió su Divina Majestad tan singular, dice su vida, que parecía un nuevo Adán en la flor de su estado. O niño grande. O varón perfectamente reducido a los candores de la niñez. Cumplió este varón la doctrina de Cristo, que afirmó no entrarían en el cielo los varones si no se redujesen en sus costumbres a la parvulez de los niños. Explica esta reversión de grandes a niños, el grande Obispo San Hilario diciendo, que por la sencillez, y simplicidad pueril se han de revocar los vicios de cuerpo y alma. Llama niños, prosigue el santo, a todos los creyentes que observan sus preceptos, los niños siguen a su padre, aman a su madre, no quieren mal para su prójimo, desprecian las riquezas, no son insolentes, no aborrecen a otros, no saben mentir, creen lo que les dicen y tienen por verdad lo que les cuentan. Por este nivel hemos de mensurar los hechos de este varón memorable, reducido a las candideces de niño, siendo en su porte respetuoso, digno de ser estimado, erudito en las Divinas Letras, capaz de muchos gobiernos, habiendo llegado al estado de niño, se veían en él cosas que entre las risas causaban admiraciones, y parecían de un niño inocente. Una por muchas cuenta su historia, que sirva de conjeturar las candideces de este varón bendito.

Siendo provincial era tan pobre como cuando era súbdito, y lavaba por su mano los paños menores de gamuza, poniéndolos a secar al sol. Como naturalmente se encogían, y se quemaban no le venían ajustados al ponérselos, y muy admirado, y afligido decía: ¿qué será ésto, que no me alcanzan los calzones? ¿qué haré para que me ajusten? Reíanse los religiosos, y él pasaba con sus zaraguelles ajustados sin buscar otros. Que juntó este varón insigne la madurez circunspecta con la sencillez pueril lo comprueba el haberlo elegido por provincial, y lo fué todo su trienio con tal ejemplo que a pie, y descalzo visitó toda la provincia, e hizo grandes cosas en ella, dice la Crónica. En estas grandes cosas debemos discurrir el celo con que mantuvo la Regular observancia, el aumento de los conventos, la fábrica de las iglesias, la puntual asistencia en las doctrinas, el

buen ejemplo en los religiosos, y cuanto en una provincia tan religiosa pudo llamarse cosa grande.

Parece que con lo dicho bastaba para dar a conocer a este siervo de Dios; pero he reservado el mejor vino para la postre. Apunté su sencillez y santidad de intención, falta decir fué tanta, que jamás malició de acción humana cosa que desdijese a la pureza de su corazón. Con los ojos que se miraba a sí, veía a los otros y no acertaba a ver en los demás cosa que no fuese buena, porque los empleaba todos en mirarse a sí; al pobre desnudo aunque no fuese voluntario lo miraba con santa emulación como más pobre; al rico ataviado de sedas creía de él ocultaría cilicios; nada creía que pudiese ser malo en sus prójimos. Podrá el crítico decir; pues ¿cómo pudo un hombre tan sencillo ser buen prelado? A esto le opondré que de esta calidad fué el santo Fr. Bernardo de Quintaval, hijo primogénito del Serafín de Asís, y fué prelado sin dejar por su sencillez de intención de cumplir su oficio con acierto. Los de este Buenaventura dichoso resplandecieron en su gobierno, y la luz profética con que le ilustró el Señor la descubrió aun siendo provincial pronosticando su muerte, y aseverando sería en el capítulo luego que entrase en el oficio su sucesor. Cumplióse a la letra, pues acabada la elección se fué a la cama, y recibió todos los santos sacramentos con tanta paz, y tranquilidad como había vivido, entre la asistencia numerosa de los Reverendos Padres Capitulares, que lo veneraban, entregó su espíritu al Creador, y con demostración de ternura le dieron lugar en que su cuerpo se sepultase en el convento de Acámbaro, casa en que se había ese año celebrado el capítulo. Su eterna bienaventuranza nos la asegura su bienaventurada vida, buena ventura de la provincia de Michoacán de haber tenido tal varón, y buena ventura la que esperamos tenga por eternidades este virtuoso padre de la gloria.

CAPITULO XII

Vida ejemplar del Siervo de Dios Fr. Juan Galván Maldonado.



ENTRE los muchos hombres que a costa de escarmientos supieron comprar las felicidades de los desengaños, y de entre los peligros del golfo contaron su fortuna ya libres de las seguridades del puerto, fué uno nuestro Juan Galván Maldonado, cuyo nativo suelo fué en la Extremadura, sin darnos la historia más señas de sus padres ni del lugar en que salió a ver la luz de este mundo. Corrió con libertad los años de su juventud, y hecho árbitro de sus acciones, pasó a esta Nueva España, dice la Crónica, donde siguió el camino del vicio y libertad con resolución, y desafueros, porque los de su condición eran terribles. Con estas voces nos lo pinta su vida, y nos dan bastante campo para conjeturar haber sido nuestro Juan de ingenio travieso, de corazón osado, inclinado a jugar la espada, tirar la barra, y la escopeta, correr, saltar, y otras cosas que son embeleso de los mozos, y ocasión de fatalidades. Poco cauto mezcló los rigores de Marte, con las delicias de Venus, mas al mismo tiempo que corría nuestro joven precipitado a los vicios, le atajó el Señor los pasos con los mismos desengaños, y escarmientos que le ministraban sus propios desafueros. Ilustrado de la vocación divina, trató de mejorar de vida, y correr presuroso en busca del camino del Cielo, quien en la Religión Franciscana se le mostraba patente, y más en aquel dorado siglo de 500 en que la provincia

de Michoacán era un ramo de oro del fecundo árbol, que floreció en lo primitivo de la Orden Seráfica.

Obtenida la licencia de los prelados para vestir nuestro santo hábito, procuró aligerarse del peso de los bienes temporales, y alistarse en la milicia del Alférez de Cristo, para hacer guerra a sus pasiones, y rendir su natural orgullo a las leyes de una mansedumbre cristiana, y religiosa. Comenzó su noviciado, y como aunque procuraba mortificarse, no estaba muerto, brotaban tal vez las fogosidades de su natural en acciones opuestas a la sujeción, y mansedumbre que debe observar un novicio. Reprendióle este exceso, y se esperó con produncia tiempo para ver si se amortiguaban aquellos bríos con que había venido del siglo; viendo los prelados que no se reducía a las leyes del nuevo estado, trataron de desnudarle el hábito, y lo hubieran ejecutado, si el siervo de Dios, Fr. Juan Gallina, que se hallaba a la sazón en el convento, llevado acaso de motivo superior, y oculto no hubiera interpuesto fervorosas súplicas al Señor, para que le mudase el natural, presagiando había de ser este indómito novicio mansa oveja en el rebaño franciscano. Desde este punto se vieron tales mudanzas en nuestro F. Juan que con aprobación de todos hizo su profesión, y tomó con tal empeño la senda de la virtud que no se apartó de ella hasta la muerte. Empezó aunque tarde tan fervoroso que mereció por su trabajo el premio de los primeros.

Profundó con la azada de su conocimiento propio hasta el abismo de su nada, y arrancó las malas raíces de viciosas operaciones, plantando en su corazón hermosa variedad de flores de virtudes.

Vivió algún tiempo en la santa provincia creciendo cada día su buen ejemplo, y como en este tiempo llegase a su noticia la santidad de vida que en la nueva custodia de San Diego de reverendos padres descalzos observaban aquellos VV. PP. primitivos, solicitó y consiguió de los prelados hacer tránsito a la más estrecha observancia por tener más desembarazo para darse a la oración, y por tener más oculto el caudal de su virtudes, que ya en Michoacán corrían peligro de marearse con la estimación que se hacía de ellas. Esta mudanza bien lejos estuvo de liviandad, tanto por ser dirigida de superior impulso, como por ser después calificada con felices sucesos. Recibieron los padres descalzos a nuestro Fr.

Juan con singular complacencia, porque la opinión que ya tenían era de varón santo, y así lo llamaban todos a boca llena. Llegó esta aclamación a tal extremo que los preladados de la santa descalcez pusieron precepto de obediencia para que no le llamasen con este título; mas era en vano, porque el concepto que de él todos tenían, y lo que es más la muda elocuencia de sus obras, sin saber cómo proferían las voces del Santo, sin acordarse de su precepto, y después que lo advertían se maravillaban y confundían atribuyendo esto a providencia superior, y oculta que les obligaba a decir lo que procuraban ocultar.

Por la ocupación que siempre tuvo saco haber sido de profesión lego, aunque la Crónica no lo expresa. En todo género de virtudes fué extremado, particularmente en la secuela del coro, donde pasaba toda la noche, fuera de un rato que tomaba alivio, para mantener las fuerzas naturales forzosas para el trabajo. Tenía para descanso de sus fatigas una celda muy pequeña, y por cama dos tablas muy angostas, y un trozo de madera por hacecico de su cabeza. De día no parecía por el convento, y sólo lo encontraban en la huerta trabajando; allí tenía muy cultivado un rosal que había elegido para su retiro. Entre estas rosas lo veían muchas veces arrebatado en maravillosos éxtasis, levantado en el aire, y encendido su rostro, y más hermoso, y rubicundo que las rosas mismas cuando más heridas de los rayos del sol, siendo el cielo el blanco donde fijaba sus ojos, tan inmóviles como sus astros, y planetas. En estos se ejerció toda la vida que tuvo de religioso; y en lo que más resplandeció fué en la oración mental. Movidó por la opinión que en todas partes tenía de santo, quiso cierto eclesiástico con otros confidentes suyos hacer curiosa experiencia con preguntas disfrazadas en traje de consulta. Para este fin llegados a la portería del convento suplicaron al portero les llamase al P. Fr. Juan porque tenían que comunicarle algunas cosas de desconuelo espiritual, avisóle el portero diciéndole le buscaban; y el siervo de Dios conociendo interiormente el fin que los había traído, respondió con severidad al portero les dijese a aquellos señores que se fuesen con Dios, pues Dios no los había traído por la vana curiosidad con que venían: con esto callados y confusos se fueron del convento. Este desprecio merece una curiosidad que pretende investigar los secretos que sólo descubre el Señor de los

humildes a los que se conocen hijos de la nada, y que sola la gracia los introduce en los triclinios de un Dios altísimo quedando su Suprema Majestad más elevado mientras se considera el hombre más abatido.

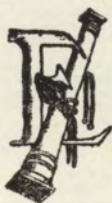
La emulación de los mejores charismas que son dones, y favores espirituales es digna de emulación en pluma del Doctor de las gentes; mas querer uno por fuerzas humanas sin el auxilio de lo alto levantarse a la cumbre de la contemplación por sí solo por ver a otro elevado, siempre lo juzgaron los místicos, y santos padres por tentación embozada con el velo de imitación virtuosa. Dos religiosos buenos en la substancia e indiscretos en los accidentes, desearon imitar la oración del V. Fr. Juan de quien eran afectuosos amigos. Propusieron entablar su modo de vida al modelo del que veían como claro espejo de religiosas perfecciones, gastaban muchas horas en darse a la oración, aunque consumían el humido radical sin provecho, pues siendo la santa oración don especial de Dios, la criatura puede procurarla; pero no tenerla cuando, y como se lo propone a sus deseos. Fatigaron estos no aconsejados amantes de la virtud, sus fuerzas en trasladar al lienzo de sus almas los colores que veían en aquel religioso verdadero siervo del Altísimo, y como les faltaba la humildad, y conocimiento propio para no querer más perfección que la que Dios quiere dar por su bella gracia a cada uno, lo que resultó fué que el uno de ellos perdió el juicio, y el otro contrajo tales achaques que estuvo en los umbrales de la muerte; con que se conoció con evidencia que aquel fervor de espíritu era propio del siervo de Dios, y de solos aquellos a quienes gusta su Majestad de concederlo.

Cuando ya nuestro Divino Dueño conoció estar de sazón el fruto de virtudes de nuestro religioso hortelano dispuso recogerlo en su heredad con modo maravilloso. Vivía nuestro Fr. Juan en uno de los conventos de la custodia fuera de México, y teniendo noticia de que el V. P. Fr. Diego de San Pedro, que era custodio actual, a quien amaba cordialísimamente se hallaba en los últimos periodos de la vida se partió luego a visitarlo, y cuando llegó a verle lo encontró sin pulsos, perdida la habla, y ya casi expirando. Condolido de la falta que hacía un varón a todas luces voceado por santo, se fué a la presencia del Divinísimo Sacramento, y bañado en lágrimas con oración prolija pidió a su Majestad se con-

mutase en su persona el decreto de muerte que amenazaba a aquel varón santo. ¡Cosa rara! Al mismo punto comenzó a enfermar Fr. Juan, y a mejorar el enfermo. Hizo crisis la enfermedad en el V. P. Fr. Diego, y en breve dió fin a su virtuosa vida el que se ofreció a Dios en sacrificio por su hermano. Cuando lo sintieron gravemente enfermo lo llevaron a la enfermería de nuestro convento de México y allí dió su espíritu a quien había entregado tan de veras su dichosa alma. La opinión que se había granjeado con su virtuosa vida conmovió la imperial ciudad acudiendo en tropas a su entierro, y quitándole a pedazos fragmentos de su pobre mortaja que estimaban como reliquia. Después de muerto declaró su confesor cómo muchas veces en su celda fué visitado de la Reina de los cielos y tierra María Santísima. Mucho me admira no hallar ni aun memorias de este memorable varón en la eruditísima crónica de San Diego; podrá ser que como falleció por los años de 1599 o el de 1600 no hubiese quien diera noticia, y así sólo la tengo de la Crónica de esta santa provincia que se escribió año de 1639, más vecina de su muerte.

CAPITULO XIII

Vida austera y penitente del V. Fr. Miguel de Estivales.



NTRE las generosas propiedades con que se esmeró la naturaleza en los elefantes se lleva el llegar primero la animosidad de su corazón, cuando al ver en la guerra sangre derramada cobra nuevos espíritus para hacer rostro a los mayores peligros. Así se me figura el insigne soldado Estivales, que nacido entre las montañas de la Vizcaya, llevado del ardor de su generoso ánimo gastó mucha parte de sus floridos años en la milicia, sirviendo al Emperador Carlos V en el Castillo de Tanger. Pasó después a estas Indias a la milicia del comercio deseando las temporales conveniencias porque se hacen transitables los mares; y no maraville el llamarle a este trato milicia, pues lo es en pluma del Santo Job toda la vida del hombre sobre la tierra. Corrió nuestro Estivales gran parte de estos reinos de las Indias, y en ocasión que martirizaron al siervo de Dios Fr. Antonio de Cuéllar de quien dejamos ya escrito vivía en las cercanías del pueblo de Etzatlán, y vino con otros españoles a ser ocular testigo de los destrozos que habían hecho los bárbaros en los dos insignes Mártires Fr. Juan Calero, y su guardián Fr. Antonio de Cuéllar, y asistió al funeral que se les hizo con amargas lágrimas de los recién convertidos, y de los españoles que se hallaron presentes.

Considerando, pues, Miguel de Estivales las mercedes que Dios hace a sus siervos no solamente en la vida, mas también en la muerte, honrándolos con corona de martirio, compungido de devoción, y deseoso de imitar a aquellos bienaventurados, determinó alistarse en la milicia seráfica, y sin dar lugar a la tardanza que suele resfriar los buenos propósitos, se fué luego a pedir nuestro santo hábito al convento donde asistía el prelado de la custodia de Michuacán, y fué luego admitido al noviciado. Hizo su profesión, y vivió siempre con singular ejemplo, y mucha edificación de todos los religiosos que lo amaban por sus virtudes. Este V. varón fué el testigo ocular que viviendo en Tzintzuntzan, y ayudando misa a su guardián Fr. Pedro de Reyna, vió volar la Forma Consagrada a la boca de aquella dichosa india que deseaba recibir a su Señor y no se le concedía, como en la vida del V. P. Reyna queda escrita.

Sucedió este prodigio el año de 1546, según la Crónica de esta provincia, y no el de 40 como otros escriben, pues este año aun no era religioso nuestro Estivales, que lo depuso muchos años después de haberse mudado a la provincia del Santo Evangelio de México.

Cuando el Mártir de Cristo Fr. Francisco Lorenzo, de que se ha hecho larga narración en su vida, se ocupaba en la conversión de los bárbaros del Nuevo Reino de Galicia fué su individuo, e inseparable compañero nuestro Fr. Miguel; como varón apostólico trabajó mucho entre los indios infieles, trayéndolos de paz, y fundándoles pueblos, con otras cosas dignísimas de memoria que pueden leerse en la vida del V. P. Fr. Francisco, y fuera molesto reproducirlas, puesto que allí se expresa lo particular de este bendito religioso en la conversión de las almas. En esta misma vida podrá leerse cómo en Capítulo Custodial lo nombraron por morador de otro convento, separándolo la obediencia de su más amante compañero Fr. Francisco Lorenzo; y no dudo, que si se mantuviera en su compañía hubiera logrado morir por Cristo según era su celo, y virtud heroica; pero el Señor que quería mantenerlo para ejemplar de virtudes dispuso que su voluntad no faltase al martirio, y que el martirio le faltase a su voluntad, que siempre lo deseaba como puede hacerse patente con los peligros de la vida en que lo empeñó muchas veces su celo apostólico.

De Michoacán después de muchos años lo pasó la obediencia a la provincia del Santo Evangelio, para que una y otra provincia tuviesen la gloria de un hijo que las colmase de frutos de santidad y perfección. Era Fr. Miguel muy austero, y penitente no bebió vino sino pocos años antes de su muerte en edad cansada de 80 años, y esto por la mañana para cobrar algunas fuerzas con que trabajar todo el día. Cuidaba de la huerta, y cavaba en ella como un joven de poca edad, y su pobreza la publicaban su hábito remendado, y ningunas alhajas de celda. Todo dado a la oración mental, nunca faltaba en los conventos y si no había podido asistir a la de completas la tenía después en el coro sin faltar a todas sus devociones y ejercicios. Viviendo en el convento de Tlaxcala se le apareció un religioso amigo suyo, que había quedado en Michoacán con quien tenía pactado que el primero que muriese, siendo voluntad de Dios, le avisase al vivo del estado de su alma; y habiendo pasado muchos años un día de cuaresma a puestas del sol vió entrar en la oficina del refectorio un religioso, y no hizo mucho caso pareciéndole sería alguno del convento que entraba a tomar su necesidad del trabajo del día. Para cerrar la puerta, viendo que el religioso no salía, llamó, y registró aquel lugar sin encontrar cosa alguna, y lo atribuyó a que sería fantasía de su representación. Segunda vez lo vió en el coro, con el rostro encendido que se iba para él, y conoció era el religioso su amigo; pero no tuvo ánimo de preguntarle qué era lo que buscaba. Confuso se fué a la celda del guardián, que era el P. Fr. Francisco de Languarte, y le manifestó lo que había pasado. El prelado que era prudente lo animó a que si otra vez le apareciese le dijera de parte de Dios lo que necesitase. Aquella noche al bajar a atizar la lámpara se le hizo en contradicho el difunto, y casi lo deslumbró con el fuego que del rostro despedía. Turbóse más, y no tuvo valor para hablarle aunque conoció ser su amigo, y que era ya difunto. Encomendólo a Dios con oraciones y disciplinas, y el guardián con los religiosos hicieron sufragios, y nunca más pareció, aceptando sin duda el Señor los clamores caritativos de sus hermanos que pedían el descanso para aquella alma dichosa. Era este religioso de mucha virtud, como se comprueba con tener tan estrecha familiaridad con el V. Fr. Miguel; pero en los ojos purísimos de Dios pesan hasta las aristas, y estorban las notas de

defectos más pequeños, tuvo que purificar esta alma, y para escarmiento de virtuosos, ordenó el Señor que fuese visto.

Nuestro Estivales se conservó hasta morir con mucha edificación de sus hermanos, pues veían florecer en las canas los mismos alientos de mortificación, que en los jóvenes se hacen respetables. Llegó a la edad decrepita aunque siempre, por beneficio del cielo, mantuvo en su natural, asiento la entereza de su juicio. Lleno de años, y de virtudes cumplió el débito de todos los mortales, le cogió la muerte en el convento de Tlaxcala, donde al compás de su ejemplar vida resonó el eco de su dichosa muerte.

Concurrieron a su entierro todos los nobles caciques y el resto del pueblo sin ser llamados, y atraídos de la fama heroica de su virtud tan anciana como venerable, sin poder impedir el ímpetu de la aclamación le rompieron el hábito para prendas de su memoria, y vistiéndolo segunda, y tercera vez acaeció lo mismo siendo tan codiciada la devoción, como lo es de dineros la avaricia. Por último a fuerza de diligencias lo sepultaron los religiosos por obviar nuevos concursos. Murió el día 12 de septiembre de 1599, con opinión de grande religioso, y su memoria siempre será digna de celebrarse.

CAPITULO XIV

*Vida del M. R. y V. P. Fr. Pedro de Pila, insigne
en virtudes y prelacias.*



ARA sacar de este varón famoso una intelectual pirámide encuentra la piedra ya labrada en su mismo nombre el que se hace cargo de sus famosos hechos. Fué columna, mejor diré pirámide de la Custodia y después provincia de Michoacán, y cuando ya se miraba columna excelsa se vió exaltado como pirámide a la suprema prelación de todas las provincias seráficas de la septentrional América. Fué pirámide, que si ésta por la figura triangular, cuando remata en su punto céntrico no admite sombras, y se ve bañada por todos lados de las luces del Sol que le hiere de recto, este varón como espiritual pirámide, dejándose alumbrar de sola la luz del Sol de Justicia, no admitió los honoríficos resplandores con que le pudo ilustrar la mitra, ofrecida mas no aceptaba, como todo se irá viendo en la suscita relación de su vida. Dióle cuna en su nacimiento la famosa Villa de Bilbao en la provincia de Vizcaya. Está situada seis leguas de la Ciudad de Orduña y dos al mar Cantábrico. Es puerto frecuentado de todo género de embarcaciones, tiene el muelle en la playa mayor; Villa alegre, hermosa, con vistosos muros, y soberbios puentes. Son sus armas dos arcos sobre el río Nervio con su puente, y sobre él un templo con su torrecilla, y en lo más alto dos lobos. Así la des-

cribe Rodrigo Méndez Silva con otras muchas excelencias, que la adornan.

Con la concurrencia de las embarcaciones, y multitud de gentes diversas que comerciaban en Bilbao le fué fácil a nuestro Pila en su edad florida hacerse capaz del descubrimiento de estas Americanas Indias y de las muchas conveniencias que se franqueaban a los europeos, que trajinaban estas tierras, sea por esto, o por ver mundo nuevo, pues no nos consta del designio que lo trajo, nos hallamos con él en estas partes, sin decirnos el R. P. Cronista cuánto tiempo, y en qué se ocupó antes de tomar nuestro santo hábito. Por el convento donde lo recibió deduzco fué muy a los principios de ser Michoacán custodia, puesto que fué en Tzintzuntzan, y duró allí el noviciado hasta que se mudó a Tarécuato donde se conservan los tugurios de los novicios, y yo el año de 1713 los registré con ternura de mi corazón, cuando hice misiones en la sierra. Profesó en este convento de Tzintzuntzan, que fué el primero, y cabecera de toda la custodia, y le dieron estudios hasta quedar apto para ser digno ministro de los altares. Cantó su primera misa en este convento y aprendió la lengua tarasca con toda perfección, que parecía había nacido sólo para eso, con que salió gran ministro. Su doctrina iba apoyada con sus obras, y así vino a ser la gran piedra imán de las voluntades de los tarascos, que de los más retirados montes de aquellas sierras venían a participar sus cariños, y a gozar de sus saludables documentos.

Con el dominio que ya había adquirido sobre los afectos de aquellos naturales, le fué fácil desarraigat muchas supersticiones que se conservaban de la gentilidad, poniendo todo su conato en plantar el culto divino en aquellos sitios donde había sido adorado el demonio con los falsos ídolos, y aun se conservaban aquellos antiguos resplandores después de pasado un siglo. En donde más cuidado puso fué en la metrópoli de Tzintzuntzan, porque como cabeza de Michoacán, los humores de la gentilidad, que aunque estaban revueltos en el cuerpo no se subiesen a prevaricarla, y desvanecerla, pues los convertidos estaban todavía en las infancias de la fe en aquel reino. Como a los principios se contentaron los fundadores religiosos con iglesias de materia pobre, y conventos, o de madera y paja, o de terrado que no podían durar mucho tiempo, le pareció a este bendito padre ser ya tiempo que para la

duración, se fabricase iglesia decente, y convento capaz para conservar una comunidad religiosa y porque era casa capitular, y la primera de la provincia. Con la multitud de indios que había en sola la comarca de Tzintzuntzan, teniéndolos gratos el V. Pila emprendió la fábrica de la iglesia sacándola de cimiento, y tuvo el consuelo de verla acabada con tanta latitud, y suntuosidad, como hasta hoy se registra. Prosiguió levantando de nuevo todo el convento con tanta dilatación, firmeza y hermosura que fué entonces y puede ser hoy norma de conventos. Concluída la fábrica dió orden para que los indios acudiesen a la doctrina todos los días a la iglesia. Impuso cofradías con renta, órganos, y altares; criando una capilla de cantores que pudieran cantar en las iglesias más principales. Dió leyes al gobierno de su república en lo político y así en las elecciones de justicias, repartimientos de solares, censos, gracias y donaciones, y hasta en cosas domésticas, era el oráculo de las decisiones el Santo Pila, así lo nombra la crónica, así lo voceaban los indios.

Crecía en los neófitos el amor a su bienhechor, y en él se aumentaban los deseos de obsequiarlos, y procurar en todo sus espirituales crecimientos. Mucho cuidó de su política; pero mucho más de su cristiandad, y para que la ejercitasen con más devoción llevados de la hermosura de los templos, teniendo el que dijimos, se fué a Tzacapo, pueblo distante poco más de siete leguas de Tzintzuntzan, y sacando el templo de aquellos humildes principios con que lo fabricó el V. P. Fr. Jacobo Daciano, lo labró de nuevo con tal primor de cal y canto, que en aquel tiempo fué magnífico, y muy costoso. Viendo Michoacán cuando custodia, y reflejando cuando provincia los afanes así espirituales como materiales de este gran operario, lo eligieron por guardián del convento que había renovado en Tzintzuntzan, y como concurrían en el siervo de Dios prendas amables con que se hizo venerar de los indios, mucho más era deseable su gobierno de sus domésticos y hermanos. Procedió en todo con tan singular acierto, que concluíde su trienio puso en él los ojos todos el Capítulo para elegirlo en custodia al Capítulo General, que se había de celebrar en París, poniendo a su cargo todos los negocios de la provincia. Partiósse luego a España, y de allí pasó a Francia, donde el año de 1579 fué electo por ministro general de todo el orbe seráfico N. Rvmo. P.

Fr. Francisco Gonzaga, y en las juntas decretadas para los negocios de las provincias consiguió el V. Pila cuanto se deseaba para el mejor régimen de su santa provincia. Disuelto el Capítulo General se vino a la corte de Madrid, y no olvidándose de favorecer a sus indianos hijos, consiguió del Rey Católico, y de su Consejo de Indias la confirmación del título que gozaba de ciudad, la grande población de Tzintzuntzan.

Digno es de advertirse que esta Ciudad, ni fué ni es poblada de españoles, y que sólo los indios tienen, y gozan todos sus favores. Por entonces le era muy debida esta gracia, pues fué corte de los reyes de Michoacán, y en ella tuvo su asiento la primera Silla Episcopal; con que por muchos títulos debe mantener sus privilegios, como los conserva la gran Tlaxcala gobernada de sus naturales aunque para los españoles se pongan superiores jueces.

Quedóse después de volver de España el V. P. Pila en el dicho convento de Tzintzuntzan, y en el Capítulo Provincial inmediato, haciéndose cargo aquellos VV. PP. del cúmulo de méritos, rara prudencia, persona venerable, y virtudes religiosas de este sujeto lo eligieron con todos los votos Ministro Provincial. Como fué electo de Dios, y de su parte no puso la menor diligencia, tomó el Señor a su cargo los buenos sucesos de su gobierno. Fué de todos sus súbditos obedecido por ser de todos muy amado; su ejemplo era la más eficaz persuasión para practicar las virtudes; veían todos un prelado amante de la pobreza, recogido, prudente, y celoso, y se dejaban guiar de su discreta conducta.

Siendo los méritos justos acreedores de las honras, llegó la voz de la fama a los oídos superiores de la Religión Seráfica, quienes cerciorados de las relevantes prendas de virtud, y gobierno del V. P. Pila, le remitieron sus Letras Patentes para comisario general de todas estas provincias. Tenía cumplido el oficio N. M. R. P. Fr. Bernardino de San Cebrián que vino el año de 1589, y entró sucediéndole N. Pila el de 1594, como expresamente lo refiere el R. P. Cronista Vetancourt en la serie de los comisarios generales. Fué el primero de esta provincia de Michoacán, y estrenó el oficio con tanta felicidad, que su promoción fué generalmente aplaudida, y celebrada de todos sus súbditos, por ser de todos notoria su sabiduría, virtud, y rara prudencia con que había antes gobernado su santa provincia. Fuése luego que tuvo los despachos

a tomar posesión de su oficio a nuestro convento grande de la imperial ciudad de México, y como la provincia del Santo Evangelio se glorió siempre de tener por hija primogénita a la de San Pedro, y San Pablo de Michoacán, se le recreó el gusto de tener ya por padre al que no perdió en sus relaciones, y respetos el reconocimiento de hijo. El año siguiente a su gobierno, siendo Virrey el Excmo. señor don Luis de Velasco, el segundo, se determinó hacer entrada para la Nueva México con gente militar, y estándose levantando gente para la expedición vino por virrey y el Conde de Monterrey Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, quien por su mano dió el Estandarte Real a Don Juan de Oñate. Faltaba reclutar soldados de Cristo, y éstos los señaló el M. R. P. Comisario Pila, escogiendo ocho religiosos, y por presidente de ellos el R. P. Fr. Rodrigo Durán, exhortándolos con espíritu apostólico para la conversión de aquellos infieles y dándoles su paternal bendición.

No expresa el R. P. Cronista de Michoacán en la compendiosa narración de este varón memorable lo que ejecutó en su comisariato, contentándose con decirnos lo ejerció con acierto que tenía empeñado con el crédito de su persona. Venero la concisión de palabras; pero no llenan la expectación de los lectores acciones divulgadas solamente por cifra; y para satisfacer la devoción que a las dulces memorias de tan V. Prelado tiene toda esta santa provincia de aquel corto elogio correspondiente al acierto de su gobierno, y crédito de su persona, se me ofrece a la vista de la consideración (la) de su gobierno. ¿Quién pondrá en duda que un hombre amantísimo de la santa pobreza la observó estrechamente en su hábito, alhajas, comida, y porte de los de su familia? ¿Quién haciendo memoria de la rígida observancia de aquel dorado siglo, no advertiría a un comisario general caminar a pie de una a otra provincia para celebrar sus capítulos con las penurias de pobre evangelista; y el imaginar en su tiempo (que pasó de seis años) las muchas leguas que se ofrecen desde Zacatecas a Guatemala y Nicaragua? Todo lo trasegaban a pie y con indios aquellos varones apostólicos.

Cuando tenía algún descanso de ocupaciones, morando en el convento grande de México, asistía a la oración, y no faltaba a la media noche a los maitines. A todas horas tenía las puertas de

su corazón y las de la celda abiertas para que sus amados súbditos tuviesen consuelo en sus aflicciones, y alivio en sus necesidades. Era verdadero hijo de N. P. S. Francisco y así no hará fuerza diese entero cumplimiento a las obligaciones de su oficio. De su paternal benignidad, y prudencia me ofrece un rasgo el R. P. Cronista de la provincia de S. Diego N. Baltasar de Medina cuando haciendo relación de la controversia que se ofreció con un visitador descalzo venido de la Europa, dice se suspendió el litigio, informando la custodia con parecer, y consulta del M. R. P. Fr. Pedro de Pila, Comisario General de Nueva España aprobando la división pretendida, y remitiendo para su última determinación informaciones a los prelados generales, y al Sumo Pontífice Clemente VIII, y surtió tan buen efecto que la custodia se erigió en provincia. Otro apunte de N. V. Pila hace N. Torquemada en la vida del V. siervo de Dios Fr. Pedro Oroz. Murió dice en el convento de Santiago Tlaltelolco donde a la sazón estaba el comisario general, que entonces era el P. Fr. Pedro de Pila. Dijéronse tres misas cantadas, la primera dijo el guardián del convento, la segunda otra persona de mucha dignidad, y la tercera, que fué con la que se enterró, el comisario general Fr. Pedro de Pila. Esto sucedió a diez de junio de 1597, la virtud del difunto era acreedora de tal fianza en tal prelado, y el ver que no sólo hace el oficio sepulcral tal superior (como hoy suele hacerse con singulares personas) sino que cantase la misa indica su grande amor a sus súbditos, y el poco engreimiento que tenía de verse superior prelado. Tuvo la gloria de que en tiempo de su comisariato se estrenase el convento de Sta. Isabel de monjas de N. M. Sta. Clara, y por último su gobierno fué pacífico, y mantuvo en todo su vigor la regular observancia.

En este tiempo que deseaba ya exonerarse de tan trabajoso oficio le remitió N. Católico Monarca D. Felipe II, cédula de Obispo de Camarines, y fueron juntamente propuestos para esta mitra tres sujetos grandes franciscanos como el R. P. Fr. Luis Maldonado, Comisario de Filipinas, San Pedro Baptista, y N. Fr. Pedro Pila, y habiendo los dos primeros renunciado hizo éste lo mismo, apeteciendo más el retiro de su pobre celda que el Palacio Episcopal. El año de 1601 vino a celebrar Capítulo a su provincia de Michoacán en la casa Capítular de Tzintzuntzan, y con suma

paz, y consuelo de los vocales salió electo el M. R. P. Fr. Diego Muñoz hijo de aquel mismo convento. Concluidas todas las funciones capitulares, se sintió el V. Comisario con indisposición en la salud, y conociendo lo llamaba el Señor para la celestial patria, se dispuso para aquel trance forzoso de la muerte con todos los santos sacramentos, pidiendo a todos los capitulares con mucha humildad lo tuviesen presente en sus oraciones, y encargándoles mantuviesen siempre aquellas santas costumbres con que, por merced del cielo, se había señalado en la observancia tan santa provincia. Asistido de todos sus amantes hijos dió la alma al Creador, y lamentando aquella grey la pérdida de su pastor le hicieron sus funerales con aparato nunca en tal ciudad visto; y fué general en los indios de toda la comarca el llanto, y sentimiento porque lo miraban siempre como padre, y lo veneraban como hombre santo. Por todas las provincias seráficas de Nueva España se le hicieron sus honras debidas de justicia por padre de todos, y muy especiales por estar tan querido de sus súbditos, quienes lo respetaban como a espejo de verdaderos prelados.

Lo que es muy digno de memoria fué haber sido este santo convento de Tzintzuntzan el teatro de las cosas más particulares que sucedieron a este siervo de Dios. En este santo convento tomó el santo hábito, y profesó; en él se hizo capaz de los estudios, cantó su primera misa, hizo estreno de la predicación; fué restaurador de la iglesia, y convento; fué en él guardián, de aquí salió por custodio para el Capítulo General celebrado en Paris; aquí fué electo en Provincial de Michoacán; viviendo en este convento tuvo los despachos para comisario general, y recibió la Cédula para obispo. Por último, este convento que fué siempre el de sus mayores cariños, por haberse criado en él, y haber en él vivido tantos años le dió el último albergue, siendo fiel depósito de sus cenizas, y con ser ya pasados ciento y cuarenta y siete años desde su fallecimiento, hasta este de 1748 en que lo escribo, no ha podido borrarse su memoria, ni entre los religiosos, ni aun entre los indios, y cuando pudiera haber olvidado en unos, y otros, son mudos panegíricos de este V. P. la pintura antiquísima que se ve con su retrato en las paredes de la portería; la iglesia, el convento con todo lo interior de los claustros, que si callasen los hombres, los maderos de la fábrica y hasta las piedras clamarán diciendo quién las colocó en aquel convento.

CAPITULO XV

Vida del V. P. Fr. Juan de Serpa dos veces ministro provincial



E la manera que antiguamente se ponian estatuas y erigian arcos triunfales, en que se miraban grabadas las proezas y el simulacro de los varones egregios para conservar su recuerdo; y que los que las viesien se fervorizasen a copiar con la imitacion sus heroicidades; a este modo se dan a la estampa hechos illustres de NN. VV. Padres, para que, los que los leen, o los oyen se enciendan animosamente a seguir sus pisadas, y copiar sus virtudes. Aunque es corta, la noticia que nos dejó la Crónica de las que ejerció el V. P. Fr. Juan de Serpa fuera indecoroso pasar en silencio las memorias de varón tan insigne.

La Villa de Serpa, que está en los dominios de Portugal, fué el lugar de su nacimiento. Hállase plantada en una eminencia cerca de Guadiana por la parte de Morera, raya de Andalucía. Tiene buenas murallas, y fuerte castillo con otras excelencias, que leerá el curioso en la "Población de España" de Méndez Silva. Notó mi cuidado que no le señala escudo de armas, y puede grabar por armas las proezas de este hijo, que basta para ennoblecer su patria, y coronarla de laureles. Sábese que en la flor de su edad vino a las Indias atraído del imán del oro y plata, que hacen dejar las patrias, la sangre y los parientes. Con elegancia decía Picinelo, que lo que es en el cielo el sol, es entre los metales el oro. En tanto lo estiman los hombres, que por adquirirlo no temen naufragios ni se

horrizan de peligros. Con el oro se hacen gradas para los más altos puestos, y se facilitan los imposibles humanos. Atraído de este imán encantador nuestro Serpa no le arrastró las inclinaciones a buscarlo entre las vetas de los minerales, porque no era tanta la apetencia de enriquecer, como la de mantener su pundonor con la decencia de honrado portugués.

Escogió la labranza del campo; y como por los empleos se acreditan los espíritus, se declaró que nuestro Serpa buscaba ocupación sólo para ser amigo de Dios, o santo. En un soberano sirve de peligro el ocio, en un soldado la ira; en el juez la pasión; en el mercader la codicia; en el estudioso la vanagloria. Los bienes del mundo son rosas por lo fugitivo, y están llenas de espinas; sólo el labrador no tiene espinas que punquen, sino espinas que coronen, si sabe ser labrador a lo cristiano. Todo su logro depende de la lluvia del cielo y por eso si se sabe entender nunca quita del cielo los ojos, así para lograr la cosecha de los granos, como para cultivar su corazón con virtudes. Labrador inocente se mostró nuestro Serpa en el siglo; y con el sudor de su rostro adquirió mucho caudal, con que podía mantenerse el crédito de su persona. Hallábase en postura, con esperanzas de mayor fortuna, y su corazón fluctuaba en la misma opulencia combatido por los riesgos que a un hombre rico, y de su juventud lozana brinda con sus delicias el apetito. Sentía en sí poderosos impulsos de seguir a Cristo y sentando con seguridad los pasos reconoció, que el aligerarse del peso de mundanos bienes, era el más cierto, para lograr el eterno descanso. Dejólo todo, y se dejó a sí mismo, y se consagró entera víctima en las aras de la religión seráfica escogiendo el santo convento de Tzintzuntzan para descanso de sus labores, donde tomó nuestro santo hábito. Ya profeso dió tales muestras de ser de Dios su vocación, que como dice su vida; fué después el espejo de aquellos tiempos, y el crédito de la provincia.

Aprendió con primor la lengua tarasca, y en ella como gran ministro se ocupó toda su vida en el ministerio de los indios, sin que lo estorbasen los oficios en que lo ocupó la religión, y se conservó en esta laboriosa tarea como estrella en el firmamento. Fué muy observante de la pobreza evangélica, que fué la que heredó de sus maestros y santos fundadores; y es cosa rara lo que sucedió la primera vez, siendo guardián de Valladolid. Puso en la sacristía un

incensario de plata, que fué el primero que hubo en la provincia, y apenas lo supo el provincial, cuando lo privó del oficio; juzgando por temeridad el ponerlo, por contravenir a los aranceles de la estrecha pobreza, que entonces tenía la provincia. No era reprehensible en el guardián poner de limosna de bienhechores un incensario de plata para el culto divino, pues como hombre literato tendría presente el Breve de Sixto IV que concede a nuestra religión cosas preciosas en las sacristías, como no sean redundantes y superfluas; y esta concesión, como dice N. Manuel Rodríguez, la aceptó todo el Capítulo General celebrado en Aquila año 1472. En esto pudo fundarse nuestro Serpa, para estrenar su incensario; pero en la estrechez que observaba la santa provincia en materias de pobreza, fué laudable la resolución del M. R. Provincial; pues aunque era lícito usar de cosas de plata en el divino culto, no era conveniente por entonces hasta que lo juzgase oportuno todo el capítulo. Esta deposición de oficio llevó el siervo de Dios con notable resignación, porque siempre fué de corazón humilde y de generoso ánimo.

La santa provincia siempre miró sus prendas por muy dignas de los oficios, y así fué muchas veces guardián en los principales conventos, difinidor y después ministro provincial, en que acabó de mostrar el don de gobierno sobresaliente entre otros tales prelados. Acrecentó la provincia de religiosos, edificios de iglesias, y ornamentos de oro y plata sobre rico fondo. Todo el convento de San Buenaventura de Valladolid en sus edificios y sacristía, fué testigo mudo de la aplicación con que los engrandeció este prelado. Pasó algunos años en el gobierno, mas nunca hizo paréntesis en el trabajo; que siempre lo hallaban predicando en los pueblos, doctrinando a los indios, dando ejemplo en la escuela del coro a sus hermanos, y procurando la salud espiritual de todos. Quedaron los religiosos tan satisfechos de su primer provincialato, que luego cumplida la vacancia de oficios que prescriben nuestras leyes, volvieron a hacerlo provincial; y si la primera vez fué con aceptación aplaudido su gobierno, en esta segunda siendo mayores las experiencias, y la madurez de la edad más remirada, sería duplicado el gusto de sus súbditos, que ya lo miraban como padre, y el auge que tendría la provincia en un prelado que reverenciaba virtuoso, y atendía como hijo siempre agradecido a sus cariños.

Entre muchas virtudes que resplandecieron en este varón todo

apostólico campea, como entre la república de las flores la rosa coronada de espinas, la virginidad que conservó toda su vida, y parece endurecerse su creencia en un hombre que salió de Portugal, joven, y corrió tantos lugares de España hasta embarcarse. Pasó a las Indias, como llora la experiencia, no se dan tantos pasos como tropiezos. Mantúvose algún tiempo, como hacen todos los comerciantes en el delicioso laberinto de la ciudad imperial de México donde no deja el común enemigo de armar lazos para la juventud incauta, y más si la ve en traje de forastera. Pasó de allí a la tierra adentro sin más sujeción que el favor del cielo que lo defendía de peligros. Tuvo hacienda de campo, vióse con caudal propio, conversaba con todo género de sexos, y después de haber surcado un mar tan dilatado de peligros, verle llegar al puerto de la muerte con el tesoro de la virginidad intacto, y sin disminución, obliga a tributar alabanzas a aquel Señor que conservó indemne al justo Loth entre las llamas de Sodoma; a la zarza de Oreb entre las llamas, al profeta Daniel entre los leones, y a los tres mancebos del horno de Babilonia. Sirve de esmalte la virginal pureza en este varón angélico si se considera haber sido siempre de complexión más que robusta, y de estatura y corpulencia tan grande, que confiesa el cronista, no haberse visto en las Indias otra que lo igualase. Todo lo vence la gracia, que valiéndose de ella el hombre pone debajo de los pies todos los resabios de la naturaleza, ella es virtud celestial que asemeja a los hombres con los ángeles. ¿Quién podrá dignamente elogiar una virtud valiéndose de discurso humano que excede toda elocuencia? ¿y no pudo la naturaleza enclaustrarle en sus leyes? Alabemos a Dios que es maravilloso en sus Santos, y a tiempo nos pone a los ojos tan tersos espejos que es confusión ver lo que fueron aquellos primitivos varones, y lo que ahora somos! Y no hay que decir eran otros tiempos aquéllos; todos los tiempos son unos como nosotros, consideremos nos obliga ser buenos en todo tiempo, y si nos costare más trabajo lograremos en la muerte duplicado premio. Llegó la hora de la cuenta a este purísimo varón, y como la tenía tan de antemano ajustada, no se asustó con la muerte; recibíola como quien venía a libertarle del destierro, y confortado con todos los santos sacramentos, dió el último aliento en el convento de Valladolid, en cuya restauración de fábrica, labró su sepultura.

CAPITULO XVI

*De los Venerables y esclarecidos Padres Fr. Cristóbal Martínez.
y Fr. Rodrigo Alonso.*



OS varones insignes, que con sus virtudes honraron sus patrias, y dieron mucho lustre a esta santa provincia son digna materia de este capítulo.

Se me representan por los designios a aquellos singulares hombres de quienes preguntaba el Profeta Isaías: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y baten como palomas las alas a sus nidos? (90) Pónese a contemplarlos el eminentísimo Hugo, y aplica la semejanza a unos varones que agitados del viento de las tentaciones se resuelven en nubes de lágrimas y vuelan de lo malo a lo bueno, y de lo bueno a lo mejor, admirando el profeta (dice Hugo) la velocidad de los penitentes y su generosidad para lo bueno, en lo cual no sólo vuelan como nubes sino que se asemejan a las palomas que se acogen desaladas a sus nidos, y estos son en lo místico los claustros, y los conventos donde se refugian los que del mundo ya desengañados se entran en las religiones.

Nació el P. Fr. Cristóbal Martínez en la Villa de Huelva situada en la Andalucía en el condado de Niebla, y dejando en lo florecido de sus años, su patria, y padres pasó a la América a buscar, como dicen, la vida. Y aunque por sus honrados proceder no le faltaron conveniencias, conoció, que cuantas ofrece el mundo suelen

ser doradas píldoras con que brinda lastimosos engaños; y así trató de dar libelo de repudio a los mundanos gustos, y acogerse penitente a las seguridades del claustro.

Escogió para esto la santa provincia de Michoacán y en el convento de Tzintzuntzan se vistió con el hábito de un nuevo hombre alicionado del magisterio de aquellos varones penitentes, cuya sangre tenían esmaltadas las paredes de aquel santuario; ya profeso corrió la línea de los estudios, ordenándose a sus tiempos, y desde los principios imitó las huellas de sus predecesores hasta hacerse lugar entre ellos. Fué observantísimo de la regla, siendo tan perfecto en lo mínimo como en lo máximo, y toda su vida no se le cayó del pecho, para nivelar por sus preceptos todas sus operaciones. Dormía vestido del mismo modo que lo habían de poner en la sepultura, contemplándose todas las noches en ella, siendo una tabla desnuda el lecho que se figuraba el féretro en que lo habían de llevar para enterrarlo. Todo lo que hablaba eran cosas de edificación, y espíritu, y tocantes a la regla seráfica pronunciando su lengua aquello de que abundaba su corazón. Huyó cuanto pudo de obtener oficios, y sólo los admitió cuando se vió obligado con la obediencia de sus superiores. Dos veces fué vicario provincial en ocasión que por estar junto el gobierno de la provincia de Michoacán y Xalisco, era forzoso dejar vicario provincial mientras se visitaban los conventos de Xalisco. Ejercitó estos oficios con tanta integridad, y crédito que los religiosos lo aclamaron muchas veces por provincial, y lo hubiera sido si su abstracción y profundísima humildad con que alegaba sus deméritos no se lo hubieran estorbado.

Fué toda su vida un ensayo de una preciosa muerte, y cuando llegó el tiempo de partirse a región más dichosa, se preparó con todos los santos sacramentos, y entre ternuras de sus hermanos se despidió de ellos con la última boqueada dejando señales de su eterna dicha. Diéronle sepultura en el mismo convento de Tarimbaro, donde falleció, y después de cinco años abriendo su sepultura, para enterrar otro religioso, hallaron el cadáver fresco y entero sin señales de corrupción alguna. Lo más notable y digno de toda admiración fué que al descubrir la tierra con la azada le alcanzó un golpe en un pie, y con la herida corrió la sangre tan fresca y roja como si estuviese vivo. Aunque la incorrupción no es prueba convincente de santidad por sí solo, pero recayendo en persona de virtud tan se-

ñalada y con el prodigio de ver correr sangre en un cadáver, siempre debemos atribuirlo a que quiso Dios mostrar sus maravillas en su siervo.

El V. P. Fr. Rodrigo Alonso, nativo de la R. Ciudad de Lisboa, corte de reyes, y metrópoli de ciudades corrió cual ligera nube desde Portugal hasta las Indias, y como paloma por su buena índole no hallando descanso en el siglo, extendió las alas de sus deseos hasta el nido seguro de la religión franciscana. Tomó el hábito, y profesó en el convento de Acámbaro de esta provincia, que luego concibió sería de mucho lustre suyo este honrado portugués. Estudió artes y teología en que salió eminente, y después se dejó ver predicador de singular espíritu. Parecióle ser corto empleo de sus talentos aprovechar en sus sermones a la gente española, y trató de aprender los varios idiomas de los indios que habitaban en los términos de la provincia, lo cual consiguió sabiéndolos con singular eminencia. Predicaba en todas estas lenguas con tal espíritu, y celo de que todos sirviesen a Dios, que hubo día que en el convento de Acámbaro hizo consecutivamente cuatro sermones en la española uno, y tres en la tarasca, mexicana y otomí; y en cada uno con tanto primor, y valentía, como si los hubiese aprendido en su niñez, o mamado la lengua con la leche. Prueba real de que su corazón amante batía las dos alas, la una de amor de su Dios y la otra del amor de sus prójimos. Predicador digno de tal nombre, pues, como dice el magno San Gregorio, no debe tomar este oficio el que no arda en caridad de su prójimo.

Fué varón penitentísimo, de singular humildad, muy paciente en las adversidades, abstraído de criaturas que pudieran impedirle el trato con Dios, y tan amante de la oración que lo más de la noche se estaba en el coro conversando en los cielos, y siempre buscaba tiempo para este santo ejercicio, reconociendo que es la oración escuela donde se estudian con acierto las virtudes, es la fuente de donde manan los buenos propósitos, y el tribunal donde siendo juez la razón toma residencia o la alma de sus operaciones sin disimularle las faltas más ligeras, ni los pensamientos más ocultos. Para tener avasallada la rebeldía de su carne le era muy familiar el ayuno; y fuera de lo que prescribe la regla seráfica, en las vigili-
 as de la Reina de los cielos, vísperas de sus festividades ayunaba con sólo pan y agua, y lo mismo observaba en la víspera de

Santa María Magdalena de quien fué cordialísimo devoto, juntando sus lágrimas con las de este terso espejo de almas penitentes. Extendióse la fama, y el buen olor de las virtudes de este siervo de Dios por todo el ámbito de la provincia, y como en aquellos primitivos tiempos donde reconocían los padres antiguos mayores ejemplos, allí ponían los ojos para premiarlos, fiaron dos veces el oficio de vicario provincial al V. Fr. Rodrigo, que en su amable trato hizo su gobierno muy pacífico.

Los súbditos quisieron fueran más los años del oficio por lo bien hallados, que estaban; pero el humilde prelado dejando aligerarse del gobierno, le comunicó a un religioso, a quien tiernamente amaba, que quería renunciar el oficio. Pareció al religioso conveniente lo hiciese, y que fuese cuanto antes. A esto el bendito padre replicó, que no era todavía tiempo. Quería consultarlo con Dios, y así pasada hora y media llamó a su confidente, y le dijo, ya es tiempo, y renunció con admiración de todos. No pasó mucho tiempo, que se mantenía en el convento de Acámbaro, y adoleciendo cuando no se esperaba, conoció en el curso de la enfermedad eran sus días llegados, y alcanzó a saber la hora de su muerte. Viendo que se acercaba, pidió los santos sacramentos, que recibió con lágrimas y ternuras muy fijadas hijas de aquel corazón amante. Ya que era llegada su hora hizo llamar a los religiosos, y bajándose del pobre lecho a una estera, él mismo se amortajó, y cruzando las manos, pidió le cantasen el Credo, y entonándolo, o mejor diré, llorando en tono de lamentación los religiosos al Incarnatus expiró con tanta tranquilidad como si la muerte fuera blanda marea, que la había suspendido los sentidos. Quedóle el rostro tan risueño, hermoso y blanco, que parecía los gozos del alma se asomaban a certificar los de su gloria.

CAPITULO XVII

Vida del V. P. Fr. Antonio Pérez.



UN religioso desnudo, pero de punta en blanco armado contra todo el orgullo del infierno, presento a los lectores devotos en este corto capítulo, para que su ejemplar vida sea común edificación de sus hermanos, y especialísimo decoro de la santa provincia de Michoacán, palestra donde este soldado invicto venció al mundo con todas sus vanidades, y lo que fué más se venció a sí mismo, como pondera la pluma suprema del Pontífice San Gregorio. Su nombre, y su apellido tuvieron el lleno de las estimaciones del siglo, pues siendo (como fué) rico y poderoso, bastaba esto para conciliarse los aplausos, y ser dueño de los obsequios. Su nombre nos descubre concisamente la Crónica sin decir su patria, padres, ni otra nobleza, más de que fué rico ni hallo vestigio para saber si vino de la Europa, o fué nacido en estas americanas indias; persuádome, que siendo en aquellos principios tanta su opulencia, no era tiempo en que se viesen descollar los nativos de esta tierra, como verá el que registre las historias de Indias, y que vino de alguna de las ciudades de nuestra España antigua. No le encuentro tener Don, heredado de sus padres, como pudo ser, pero ya sabemos por larga experiencia que sobran dones a los que tienen muchos pesos. Lo que es digno de alabar en este opulento varón, es que no se dejó aprisionar, ni de su oro, ni de su plata porque siempre estuvo temeroso no fuesen su plata, y oro cadenas, que le privasen

la libertad de sus pasos, para buscar el seguro camino de la salvación eterna. Entre las mismas pompas del siglo encontraba desengaños, y en su pecho se formaba una reñida contienda entre su resolución de abandonarlo todo, y los temores de atinar con el acierto. En esta perplejidad lo ilustró el Señor con internas inspiraciones, y se resolvió a dejarlo todo por seguir a Cristo desnudo en la vocación religiosa.

Eligió para este fin el vestirse del hábito de N. P. S. Francisco, teniendo fijo en su consideración este ejemplar de la mayor pobreza, que siempre respeta y apenas conoce el mundo. Repartió entre los pobres cuanto había adquirido en el siglo, buscando por este medio comprar el reino de los cielos, que a los pobres de espíritu aseguró con su palabra el mismo Cristo. En la santa provincia de Michoacán donde se le ponían a la vista tantos ejemplares del Patriarca Seráfico, cuantos veneraba religiosos perfectos, halló lo que su corazón deseaba, y vistiendo el santo hábito se mudó en otro varón tan perfecto, que ya presagiaban aquellos VV. PP. sería su desengañada resolución de mucho lustre a tan apostólica provincia. Después de profeso enterado en las letras, y condecorado con todos los sagrados órdenes, lo destinaron por ministro de la sierra de Michoacán, donde hecho capaz de la lengua tarasca predicase, y administrase los santos sacramentos a los naturales de aquellos pueblos. Muchos años (dice la Crónica) ejercitó este ministerio, y vivía con tanta desnudez y mortificación de sentidos que parecía un Bautista en el desierto. Traía el hábito a raíz de las carnes, y por túnica una cinta de malla que no era otra cosa el cilicio tejido de armadas puntas de alambre, con que maceraba el medio cuerpo. Las disciplinas, ayunos, y mortificaciones eran tan ásperas y rigurosas, como el jubón de puntas con que estaba siempre armado de punta en blanco para avasallar las pasiones.

Era frecuente en la oración, que era el mejor nutrimento de su alma, y quien le ministraba fortaleza al penitente cuerpo para no desfallecer con penitencia tan continua. Vivía con tal abstracción de criaturas, como si él solo habitase en las soledades de aquella sierra; sólo bajaba como otro Moisés del Monte donde confabulaba con Dios para tratar con sus pueblos lo que conducía al bien de sus almas, y dar entero cumplimiento a su alto, y apostólico ministerio; pues lo es bautizar, catequizar, predicar y administrar debidamente

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

todos los santos sacramentos, que toca por derecho a un cura de almas; no tenían como tales otra ocupación los santos apóstoles. Con este porte de vida tan áspera vivió muchos años en tierra caliente tan fragosa que casi es inhabitable, expuesto de día y de noche a los agujijones de los mosquitos, y otras ponzoñosas sabandijas con las plagas comunes de tales tierras. Muchos son los calores que causan tales sitios; pero podemos decir sin hipérbole, que le eran a este siervo de Dios tolerables, por ser más activos que los rayos del sol los incendios de su espíritu. Y porque no les quedase rigor en que acrisolarse de paciente, humilde, rendido y obediente, solían mudarle los prelados a otros conventos de tierras muy frías y húmedas, cuando lo pedía la necesidad de los pueblos. Siendo esta mutación de temples totalmente contraria a su salud, no se contristaba, pues poco cuidaba de su cuerpo, quien lo tenía tan cargado de cilicios, y que sólo ponía todo su cuidado en salvar su alma, y las de sus prójimos.

Colmado de méritos y hecho ejemplar de religiosas virtudes, quiso el Señor mudarle a otro temple tan feliz, y dichoso que ni los calores le molestasen, ni los fríos lo pusiesen yerto, ni las tierras humedecido, ni la aspereza de las sierras cansado, y tomando por instrumento de acabar con los trabajos de su siervo, el mismo instrumento de su penitencia dispuso que las puntas del cilicio le abriesen en la carne otras tantas llagas, que manando podre se corrompieron, y por último lo colocaron en los últimos términos de la mortal vida. Cogióle la suerte para él dichosa en el convento de Tarímbaro, que era entonces la enfermería de toda la sierra, y como quien todos los días de su religiosa vida, no habría hecho otra cosa, que prepararse para una buena muerte después de haber recibido con mucha devoción todos los sacramentos, pidiendo a sus hermanos perdón de sus malos ejemplos, dió con mucha paz su espíritu a aquel Señor, a quien siempre sirvió como fiel operario de su viña. No nos dejó memorias el corto lienzo de su vida del año, y día de su fallecimiento; nuestro Dios amante, que en el libro de la vida tenía de buena letra apuntados todos los trabajos, y méritos de este fiel siervo, sabe sólo numerarlos y remunerarlos con premio eterno; todo lo que se le rebaja de estimación para con los hombres, por ignorar sus virtudes, se le acrecienta para con los ángeles, que son oculares testigos del eterno galardón que habrán teni-

do sus penitencias. ¡Oh dichoso varón! Imitador de un Santo Domingo Loricato. ¿Quién me diera la dicha de ver en mis manos tu penitente malla, teñidas las puntas con el carmín de tu sangre? Maravilla de penitencia fué el eremita Loricato tener su cuerpo tantos años ceñido de cadenas; mas leo en San Pedro Damiano, que por huir de mundanas estimaciones no pudiendo ocultar su penitencia, pidió al Señor le mostrase lo que debía hacer en proseguir o no en austeridad tan extremada. Estando en maitines se le rompieron los cilicios o mallas de hierro, y los otros se ablandaron tanto que parecían de plomo. La malla de nuestro Fr. Antonio conservó su rigor hasta la muerte; y aun pasó con el cadáver al sepulcro. Digno espectáculo para sus hermanos, y para todos, y estímulo de alabar a Dios, que tanta fortaleza de espíritu depositó en su siervo.

CAPITULO XVIII

Vida del M. R. y V. P. Diego Muñoz insigne en letras y virtudes.



N varón que en el gobierno, virtud y prudencia, pudo ponerse en balanza con los prelados, que dejamos escritos, lo encuentro tan desamparado de noticias que el M. R. P. Cronista de Michoacán, que sólo por apuntes me dejó sendas para explayar algún tanto las prendas de este varón heroico; cuando en tiempo en que se escribió la Crónica podían recogerse las flores sin marchitarse para tejerle la corona de vida a su benemérita persona. Si el M. R. P. La Rea, que ha 110 años que escribió se ve precisado a comenzar esta vida con lamentos, ¡qué voces de querrela no pudiera articular mi pluma después de tantos años? El R. P. Cronista comienza diciendo: "Quisiera dar a las palabras el sentimiento, que generalmente conozco en la memoria de todos los que conocieron a aqueste apostólico varón, para que se supiera apreciar su valor, virtud y religión". Esto decía cuando sólo 26 años habían pasado de la muerte del siervo de Dios, en tiempo que había muchos religiosos vivos, que lo habían tratado, con que lo poco que añadiere mi narración dará muestras de cómo solicito el honor de los hijos de tan santa provincia.

Fué natural de la ciudad de Cholula en el obispado de Puebla de los Angeles, cuatro leguas del señorío de Tlaxcalan. Se halla situada en espaciosa llanura, y se deja ver de toda comarca. Cuando entraron nuestros españoles, le cuentan más de cuarenta mil veci-

nos, y es así dice Torquemada; porque sola la ciudad tenía veinte mil casas, y otras veinte mil estaban repartidas fuera en estancias, y aldeas. Eran los edificios de estas insignes casas de calicanto, y tenían tantos tempos como días tiene el año. En cada templo había su torre, y se contaron en los principios cuatrocientas. Ver por fuera esta ciudad era de grandísima recreación por estar tan torreadas con almenas, y hermosos edificios. Sus calles anchas, y tan derechas, que dejan ver de un cabo a otro la ciudad hasta el día presente.

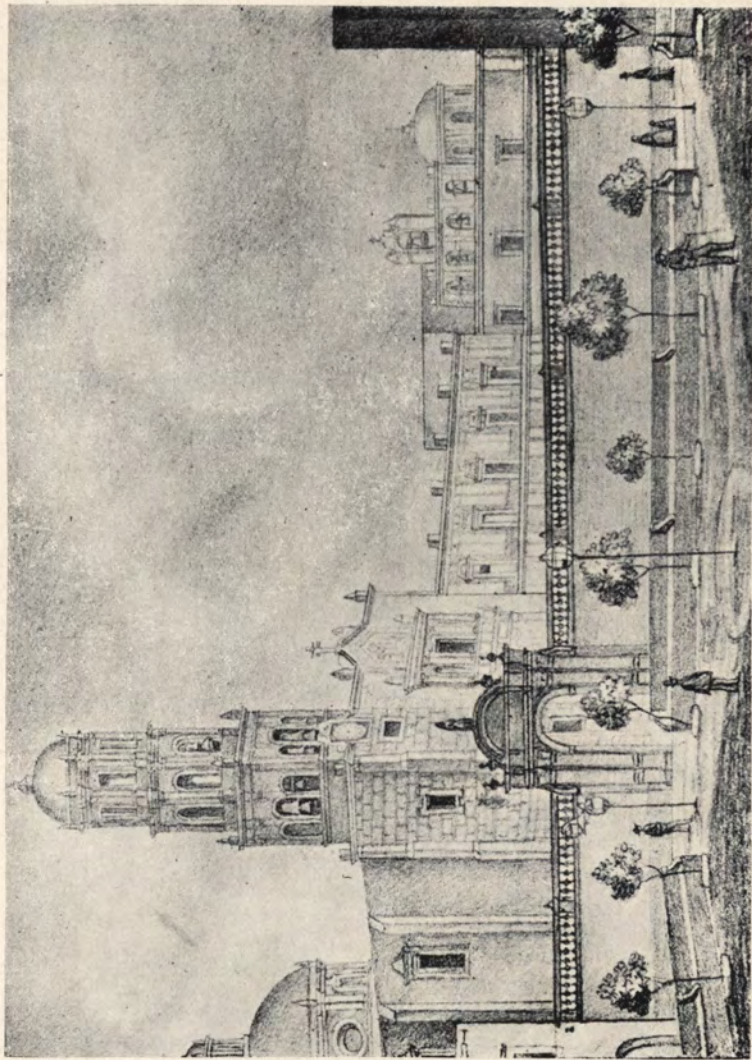
Fué en tiempo del gentilismo la metrópoli de la idolatría, y venían de ciento y doscientas leguas a ofrecer sacrificios, y se averiguó, que cada año eran seis mil criaturas de ambos sexos las que tributaban holocaustos al demonio con sus vidas. En este lugar se comenzó un edificio remedo de la torre de Babel, y fué en esta forma: su estructura es como cerro formado de adobe, y piedra con sus gradas, tendrá un cuarto de legua en redondo, y de alto más de cuarenta estados y aquí era su mezquita. En este sitio pusieron nuestros religiosos una cruz, luego que tomaron la doctrina de estos indios y después edificaron en el mismo plan del cerro una ermita de Nuestra Señora de los Remedios, donde cantaban misa todos los sábados. Poblóse después de conquistado México con muchos vecinos españoles esta ciudad, y hoy hace crecido su comercio el tener fábrica de paños, y muchas tiendas. Aquí vivieron de asiento los padres de N. Diego, que sin expresar sus nombres, sólo nos dice la Crónica haber sido nobles, y virtuosos. Bastante prueba de su cristiandad, y nobleza dieron en la educación de su hijo, a quien aplicaron al estudio de las primeras letras, en que descubrió tal presteza de ingenio, que fundaba esperanzas de llegar a ser en el ejercicio de las letras muy famoso. Apenas llegó a la edad en que puesto el hombre entre dos diversos caminos, la amenidad del uno lo convida a tomar y seguir sus sendas; la esperanza del otro le intimida los pasos, hasta que la luz del cielo muestra patentes los fines de cada senda rematando la florida en espinas; y la llena de espinas en florecientes rosas (que para la luz de todos, es decir; que el camino de los gustos del mundo acaban en acibar; y las amarguras de la penitencia rematan en inefables dulzuras) fué por beneficio del cielo llamado a las esperanzas de la religión seráfica, y dió con alegre corazón la cerviz al yugo de la perfección evangélica.

Mucho me ha hecho discurrir, cómo este joven ya desengañado, si su inclinación era a ser fraile francisco, teniendo tan a mano el convento grande de la ciudad de México, cuyo noviciado ha sido siempre taller de santos, vino a las serranías de Michoacán a buscar el descanso de sus fervorosos propósitos. No afirmo; pero conjeturo, o que sus padres (como cada día se ve) se vinieron a mantener su honrada pasadía a estas tierras de Michoacán; o que (déjenme discurrir con no poca congruencia) siendo el pretendiente de N. santo hábito de genio silencioso, amante de la soledad, y deseoso de la mayor abstracción de conocidos y parientes, se vino a la soledad de Tzintzuntzan a buscar lo que le dictaba su espíritu. Tomó el hábito en este santo convento, y en él profesó con general aprobación de aquellos venerables padres, que llenaron de resplandores de virtudes a esta dichosísima provincia. Su noviciado fué ensaye de lo que había de observar toda su vida, y así aunque corrió la palestra de estudiantes atareado en las divinas letras, nunca discrepó del primer blanco del agrado divino a quien dirigió siempre todas sus operaciones. En todos tiempos lo encuentro desnudo, abstinerente, recatado, muy puro, y dado a la oración mental, con tales circunstancias, tanta oración ¿qué puede producir sino un varón santo? Del trato interno con Dios le resultaba en lo exterior una compostura de miembros respetuosa, y edificativa; tan rara que cuantos lo trataban, y hablaban con él se veían precisados a componer a su vista sus acciones. Sus palabras eran sentenciosas, y elocuentes, y con dolor de mi corazón digo, que en tiempo del R. P. La Rea se guardaban sus escritos, como si fueran de un justo Lypso; así por su narración, como por el primor de la letra, en que fué muy elegante. Ya todo lo consumió el tiempo, que a todos nos va sin sentir acabando y sólo permanece la memoria del justo.

Fué tan versado en leyes de derecho que pudiera fundar archivos, mas con la excelencia, que sólo se valía de los textos para apadrinar la razón y justicia. En la memoria fué fecundísimo, en quien como en propia estampa se podían registrar las historias con toda la ingenuidad, y verdad de los hechos; pues faltando la verdad ni los hechos merecen crédito, ni las historias merecen nombre alguno. En la teología moral pudo poner escuela, y para la resolución de casos arduos tenía tan pronto las resoluciones de los sumistas, que con gran presteza daba salida a las dificultades que le

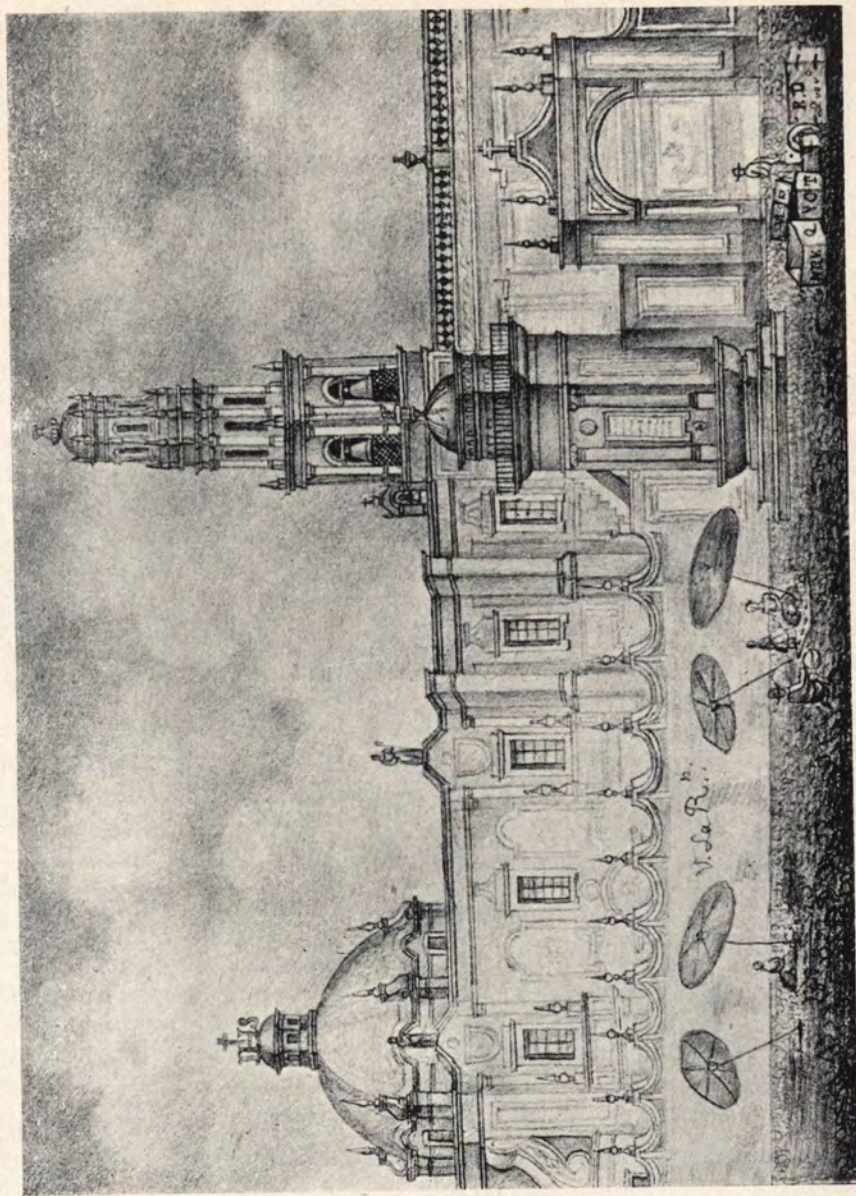
consultaban tocantes al fuero de la conciencia. Con este crédito excedió su memoria los cortos límites de la provincia, y llegó hasta los retretes del Santo Tribunal de la Inquisición el crédito de sus bien empleadas letras; y como en Tribunal tan justificado se da el debido peso a las prendas de singulares sujetos, le remitieron el título, (no sé si otra vez concedido) de ser Comisario General del Santo Oficio en toda la Nueva España, con las facultades, que para tan alta comisión eran necesarias, y concernientes. Tal concepto formaron de este sujeto los señores inquisidores, que no obstante el hallarse en las lobregueces de la sierra de Michoacán en una visita de indios le remitieron los negocios de mayor importancia, y duró este trabajoso ejercicio por tiempo de cuarenta años que mantuvo la comisión con singular crédito. En tan dilatado tiempo sin faltar un ápice a lo religioso, dió tal expediente a todos los negocios que le ocurrían, así del tribunal santo como de la religión, que llegó a merecer de todos los estados singular aplauso, y universal estimación, siendo venerado tanto de eclesiásticos, como de seculares, pues lo hizo el cielo acreedor de todos. Personas de mucha importancia, tomaban el trabajo de caminar por la sierra hasta el pueblo de Acahuato, que está en el centro de aquella montaña, donde vivía este voluntario anacoreta sólo por conocerle y tratarle. En los últimos años de su vida vino por comisario general el M. R. P. Fr. Alonso de Montemayor, persona en quien las letras, y prudencia tenían su más natural domicilio; y que sabía apreciar la virtud verdadera acompañada de sabiduría santa, lo llamó sólo por conocerlo motivado de la fama que corría de su proceder religioso. Sería la primera vez que vino a esta provincia. Luego que el humilde súbdito se puso de rodillas ante los pies de su prelado, reparando este la gravedad de su rostro, y lo venerable de su persona, el porte tan religioso de su costumbres, y la modestia de sus palabras junta con una elocuencia nada fingida, toda soberana, dijo a sus confidentes a solas: "Este hombre es una cosa grande". Dióle su grata bendición para que se volviese al convento de su retiro; y aunque el verse cortejado de un comisario general con señales de estimación, y aprecio pudiera causar en este venerable padre algún desvanecimiento de cabeza para engreírse, vivía tan absorto en su nada, que todo le sirvió de mayor confusión y encogimiento.

LAMINA No. 27.



CONVENTO FRANCISCANO DE SANTIAGO DE QUERETARO.—Lit. de T. Balvanera.

LAMINA No. 28.



FACHADA DEL REAL CONVENTO DE SANTA CLARA DE JESUS DE LA CIUDAD DE QUERETARO.

Lit. de T. Balbanera.

CAPITULO XIX

*De los oficios que obtuvo con singular acierto, y su
ejemplarísima muerte.*



ORMA la arpa una perfecta aristocracia compuesta del gobierno monárquico y democrático, según nos la pinta el erudito Saavedra en una de sus empresas. Preside un entendimiento, gobierna muchos dedos y obedece un pueblo de cuerdas todas templadas, y conformes en la consonancia común, y pública, sin que las mayores discrepen de las menores. Semejante a la arpa miro yo a una provincia religiosa en que el prelado con entendimiento gobierna los dedos, ya subiendo, ya bajando, ya apretando las cuerdas, ya pulsándolas, suavemente, de que resulta en los súbditos que obedecen como cuerdas bien templadas una armoniosa consonancia sin que discrepen los mayores con los menores, ajustados todos a las leyes de su religión. Con mucha destreza puso el V. P. Fr. Diego las cuerdas de la arpa de su santa provincia, comenzando a tocarla cuando lo eligieron por guardián, y repitió este oficio en las mayores casas de la provincia, siendo cada día los créditos que le granjeaba su prudencia más crecidos. Vivía este venerable religioso en todo muy concertado, su hábito pobre, y remendado sin que en su vida se pudiese uno nuevo, los pies desnudos, aun sin el corto alivio de unas sandalias. Todos los días, así en conventos de comunidad como en las doctrinas y visitas donde a veces estaba solo, rezaba las horas canónicas a su tiempo, y el oficio parvo de María Santísima, tenien-

do sus maitines a medianoche a que se seguía dilatada su oración mental, y áspera disciplina, portándose en la sierra como un anacoreta.

Fué electo difinidor, y siempre en su voto se ajustó a lo más recto. Corrieron algunos años, en que parece pedían de justicia sus religiosas prendas lo colocase la provincia en el candelero del provincialato; así fué el año de 1601 en que presidiendo el capítulo en el convento de Sta. Ana de Tzinzunzan el M. R. P. Fr. Pedro de Pila, que como hijo de la misma provincia conocía los sujetos, se inclinó al venerable padre Muñoz, porque así lo pedía la provincia por sus vocales, y con complacencia de su espíritu, lo confirmó ministro provincial, siendo de todos aplaudida tan acertada elección. Parece que el venerable anciano y comisario general sólo esperaba dejar en su santa provincia tan benemérito prelado para su regular observancia y que lo presagiaba substituto de su gobierno, pues a pocos días de la elección se sintió herido de la enfermedad que había de quitarle de los hombros el peso del gobierno, y como mortal pagó el débito natural a la muerte, con muchas lágrimas de sus amantes súbditos. Por muerte del comisario general, recayeron los sellos en el M. R. P. Fr. Diego Muñoz, recién electo provincial (según lo que entonces tenían establecido las leyes de nuestra religión) y entró en el gobierno hasta que le viniese sucesor, después de dar aviso a los superiores de la orden. Dejó con parecer del difinidor, vicario provincial en Michoacán, y a pie como un particular religioso, con sólo un compañero, se fué al convento grande de México, se presentó al real acuerdo y corrió las diligencias necesarias para comenzar su gobierno.

Mantúvose en este superior oficio, dice la crónica con los aciertos más celebrados que vieron jamás los de su era. Entre las concurrencias y ocupaciones del oficio en tantas provincias repartido, descubrió el fondo de su grande entendimiento, emulando religioso el dictamen supremo de otros mayores que como ejemplares puso a la vista de su consideración para ser uno de ellos. Hizo su oficio muy bien (dice N. Torquemada) por ser varón apostólico y cuerdo. Vinole sucesor el año de 1602 y lo fué el M. R. P. Fr. Diego Caro, de la provincia de Santiago. Con mucho consuelo de su espíritu entregó el venerable Muñoz los sellos y dió la obediencia al nuevo superior, y tan pobre y desnudo como había entrado en la comisia-

tura, se volvió a Michoacán a continuar el oficio de provincial (que aunque estaba suspenso, no le privó del derecho de proseguirlo), y puede creerse sin mucha repugnancia, que viéndole los hijos de esta provincia, como provincial renacido, acrecentaron las estimaciones y el júbilo de tan venerable prelado.

El año de 1604 en que acabó su provincialato el venerable P. Muñoz asistió presidiendo el capítulo en la ciudad de Tzinzunzan, el M. R. P. Comisario General Fr. Diego Caro. Vió (dice la Crónica) el venerable provincial que acababa; que el superior se inclinaba a un religioso a quien la provincia no se inclinaba, si bien era de muy grandes prendas, y que para sacarlo el comisario general usó de la absoluta potestad, con agravio de algunos vocales. Entonces el venerable varón con otros de su espíritu, hicieron una petición al Santísimo Sacramento, y firmada de él como provincial, y de los demás, aquella noche del capítulo abrieron el sagrario y la metieron dentro, pidiéndole mirase el bien de la provincia. Otro día que era el de la elección entraron a ella, y sacó el comisario general al que quería, y antes de salir de la sala capitular, le dió al comisario general el mal de la muerte, y de allí se fué derecho a la cama donde murió al quinto día, y le sucedió el P. Fr. Miguel López, provincial electo. Hasta aquí son palabras formales sacadas de la crónica, estampadas el año de 1643, con aprobaciones de varones muy doctos, y especial licencia del M. R. P. Fr. Juan de Prada, comisario general; y pues no pusieron tales sujetos algún reparo en que saliese a luz este suceso, no lo pondrán mis lectores en verlo en esta crónica reproducido, y más cuando queda a la discreción de los prudentes formar la crítica, sin olvidar la regla de una caridad cristiana.

Corrió algún tiempo el siervo de Dios, descansando de lo laborioso de los oficios, y entregando todo el cultivo de su alma en virtuosas operaciones, y cuando sus años fatigados de repetidas prelacias le aseguraban estaría muy olvidado para nuevo gobierno habiéndose congregado capítulo en el santo convento de San Buenaventura de Valladolid en que había de presidir, el M. R. P. Comisario General Fr. Juan Zurita, con votos de todos los vocales, salió este apostólico varón segunda vez por provincial, estando ausente del mismo capítulo; porque eran tantos sus méritos que los oficios lo iban a buscar al retiro de su celda, y lo hacían prelado de provincia tan ilustre. Y aunque él de su voluntad había dado de mano al gobierno, no pu-

do en esta ocasión excusarse de él, porque veía ser elección de Dios; conque rindió la cerviz al yugo y admitió el provincialato, para cubrir de nuevo con las alas de su protección su provincia, reformarla, y componerla. Más con fuerzas del espíritu que con alientos naturales se mantuvo gobernando hasta que cumplió el intermedio: y como reconocía ya en la falta de fuerza, se le iba acercando el fin de sus días, con humilde protesta renunció a su superior el oficio, y se le dió el consuelo de restituirse a su soledad amada. Tal es el conventito del pueblo de Acahuato, de pobres indios tan pocos en número, que sólo es visita del pueblo de Apatzingan.

Aquí como la luz de la lámpara, que vecina a apagarse levanta mayor llama ardía su corazón en divino fuego alimentado del aceite de la continua contemplación, sólo con solo Dios, pues no tenía otro compañero, de continuo desnudo, pues su pobre hábito por las roturas le descubrían parte de sus carnes, sin más abrigo interior, que el que le prestaba su corazón fervoroso, y amante. Como siervo fiel estaba siempre velando, y con las puertas abiertas esperando a su Señor, para que lo mismo fuese tocar a la puerta, que responderle. No le cogió la muerte entre las tinieblas de la noche, que la hacen más temerosa, aunque siempre es terrible, antes como quien no viene a robar, sino a saludar al que busca sin dobleces, estando el venerable padre para celebrar el santo sacrificio de la misa una mañana, le cogió la última hora sin dar más que treguas de pocas horas, y con mucha conformidad actos de amor, y confianza dió su espíritu en manos de su Criador, después de setenta años de edad y más de cincuenta de religioso perfecto, y verdaderamente seráfico. Los pocos religiosos del pueblo de Apatzingan que le habían asistido dieron forma de bajar el cadáver a la cabecera, donde apenas se divulgó la noticia entre los naturales se conmovió toda la comarca, y le dieron sepultura, contribuyendo para sus exequias abundantes y generales lágrimas, y sólo nos queda a nosotros la bien fundada esperanza de su eterna dicha.

CAPITULO XX

*Vida y memorables proezas del M. R. P. Fr. Miguel López,
y aciertos de su gobierno.*



N el celeste firmamento no se registra estrella alguna, que no tenga su singular caridad, y aunque a nuestra vista se representa como una luciente ascua es tal su grandeza, que la menor, a juicio de los astrónomos, excede en muchos grados la magnitud de este material y terráqueo orbe. Hemos visto en el firmamento seráfico de esta apostólica provincia muchas estrellas de las más conocidas por sus nombres, luciendo con sus ejemplares virtudes, y aunque, según el Apóstol de las Gentes, una estrella se diferencia de otra en la mayor o menor claridad, todas son hermosas, y lucido ornato del firmamento. Entre la ordenada milicia de vivientes estrellas, con que se ostentó lucida esta santa provincia tiene especial lugar el M. R. P. Fr. Miguel López, quien no como estrella errante, sino siempre fija en sus buenos propósitos, y que se movió sólo al compás de los mismos cielos místicos, haciendo tránsito de la provincia de la Concepción a esta de Michoacán, que en todas las provincias seráficas sólo se debe considerar un mismo cielo. Tuvo su nacimiento en el reino de Navarra, y toda su prosapia la trajo consigo mismo, no dándonos márgen la diminuta narración de su vida, ni aun de brujulear su patria, padres, ni parientes. Profesó la Regla Seráfica en la santa provincia de la Concepción en tiempo que ardía

más de cerca la llama del Santo Regalado, y en uno de sus conventos aprendió, dice la crónica, toda la religión y buenas letras: y se hizo tan capaz en las materias de su estado, que supo darle a las más dificultosas que se le ofrecieron. Pasó a la Nueva España y se incorporó en esta provincia de San Pedro y San Pablo, donde tuvo tan buena dicha en tomarla por madre, como ella en admitirle por hijo. Vino de la Europa con mucho caudal de letras, religión y prudencia; halló la provincia ilustrada con santos varones, con que no le fué dificultoso, cuando años después entró a gobernar, mantener el lustre, grandeza y religión con que la había encontrado.

Muy adornado de religiosas prendas nos lo pinta la crónica, y éstas lo pusieron con gusto de todos, en los oficios. Fué guardián en varios conventos, difinidor, y por dos veces ministro provincial. La primera vez ejerció loablemente este oficio, según el cómputo, que dejo referido en el capítulo II de este libro, siendo el séptimo Provincial de Michoacán, y es prueba del acierto de su gobierno lo que nos relaciona el M. R. P. La Rea haber mantenido la regular observancia de esta santa provincia con la misma grandeza, en que la dejaron los padres primitivos, y aun haberle acrecentado aumentos. Esmeróse mucho en la clemencia, con que se hizo dueño de las voluntades de sus súbditos. No sólo favoreció a sus confidentes, mas con su rara prudencia, atrajo la voluntad de los poco afectos a su persona. Por cosa maravillosa refiere el cronista, que ponía particular estudio en reducir a aquellos que él sabía no le miraban con inclinación, ya con cariños, ya con palabras muy corteses, y tal vez con dádivas de las que permitía su religioso estado: por estas prendas tan hijas de la caridad, fué el oráculo de la provincia, y como suele decirse, el monarca de ella. No sé (dice el Ilmo. Cornejo en la Vida del Doctor Seráfico) por qué siendo la benevolencia y el agrado quien quita todo el peso al yugo de la sucesión, haya quien puesto en la dignidad ponga estudio en disimularla con afectaciones de severidad y entereza, queriendo más ser temido que amado, y queriendo por ser temido vivir siempre temeroso.

Pasaron bastantes años desde la primera vez que fué Provincial y en el segundo provincialato dice la crónica, haber solicitado la segunda elección los empeños y medras de la primera. Esta elección segunda fué el año de 1601: en que acabó su trienio el V. P. Fr. Diego Muñoz, en cuya vida dejé anotado, como el M. R. P. Comi-

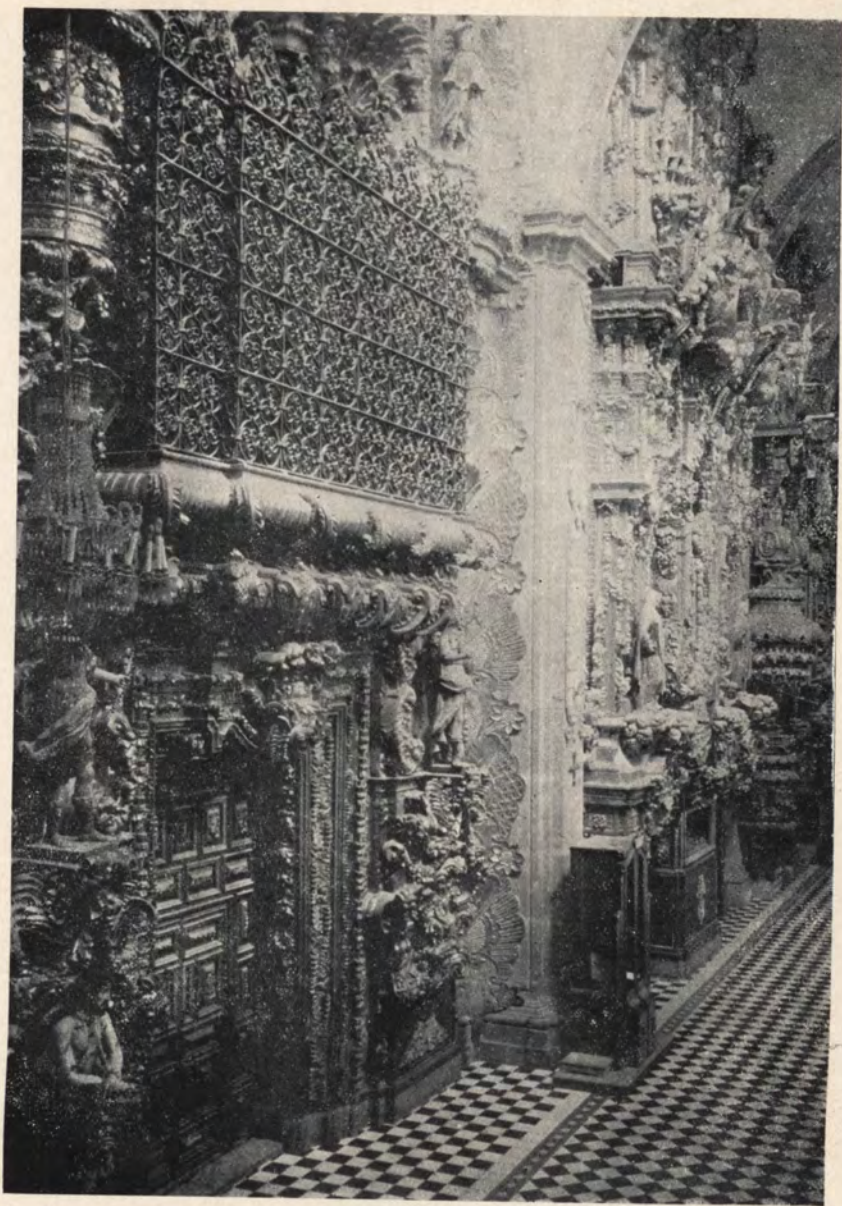
sario General de poder absoluto solicitaba hacer provincial a un sujeto a quien no se inclinaba por entonces la provincia, y que por último sacó al que deseaba. Siendo como fué el electo nuestro F. Miguel López, no alcanzo en qué estrivaba la renuencia de aquellos venerables padres para que fuese segunda vez Provincial, cuando, nos asegura el cronista, solicitaban esta segunda elección los empeños y medras de la primera. Todo pudo consistir en el agravio de la libertad de los vocales; como dice la crónica, y en que tendría el capítulo propuesto otro sujeto de tan conocida virtud, que formaron dictamen no se le debía privar entonces de esta dignidad, y más cuando ya el M. R. P. López la había tenido. Sea lo que fuere, la elección fué confirmada y admitida: pero de la misma sala capitular salió ya herido de muerte el prelado superior, fuése a la cama, dispuso su alma con los Santos Sacramentos, y al quinto día falleció en el mismo convento de Tzinzunzan. Preciso, pero raro trabajo, por poco ponderado, es el de un pobre cronista: pues no sólo le consume el calor natural, la inopia de noticias de los que tocaron algo de lo que escribe, sino que a cada paso cuando le parece va caminando por tierra llana, se le ofrecen a la vista tales barrancas, que le hacen encogerse de hombros. Confieso, me sucede esto muchas veces; pero puesto ya en el empeño no omito diligencia para sacudirme de las dudas que me ocurren.

No es pequeña la que ofrecen los que escribieron la cronología de los comisarios generales de Nueva España, que no pasan de tres los que han llegado a mis manos, y encuentro en el R. P. Vetancourt por vice-comisario general al M. R. P. Fr. Miguel López al año de 1603, y al sucesor año de 1604. En la crónica de San Diego de México, me hallo haber entrado por Vicecomisario general N. López año de 1605, y el año de 1608, coloca el M. R. P. Cronista al Comisario que sucedió Fr. Juan de Ciesa, bien que el discretísimo P. Medina, advierte que en algunos de los comisarios generales por no haber puesto el año, N. Torquemada no se alega puntualmente, porque no consta. Por accidente encontré en nuestro insigne Torquemada, que cuando fué acompañado de secretario a la fundación de la santa provincia de Zacatecas, por orden M. R. P. Comisario General Fr. Diego Caro, era por el mes de febrero de 1601, con que por esta narrativa y otra que diré después, este año de 1604 fué la muerte del comisario, y cuando entró por vicecomisario nuestro Fr.

Miguel López dejó con parecer de los padres capitulares, vicario provincial en Michoacán, y se partió luego a la ciudad mexicana para dar expediente a los negocios de su superior oficio. Mantúvose en él con mucho crédito y consuelo de las provincias, hasta que vino de la Europa el sucesor, que lo fué el M. R. P. Fr. Juan de Ciesa, de la santa provincia de Santiago, y esto sería el año de 1605, en que hubo tiempo para dar esta provincia.

Luego que entregó los sellos se vino a esta provincia a continuar su provincialato, siendo plausible a sus súbditos así por la mansedumbre de su gobierno, como por tener un prelado tan experto, ya calificadas sus prendas en la primera vez que fué su ministro provincial, y en el año que con todo lucimiento y aceptación de las provincias franciscanas, se mantuvo en el superior oficio de Vicecomisario general. En el tiempo que lo fué vivía en Querétaro (entonces pueblo numeroso) Don Diego de Tapia, indio muy principal, hijo del insigne pacificador de este lugar, Don Fernando de Tapia, de quien había heredado no sólo la generosidad, sino cuantiosas haciendas. Tenía D. Diego una hija de prendas estimables, y tratando de darle estado correspondiente a la nobleza de su sangre y a los bienes con que podía dotarla, se hallaba dudoso en elegir, porque sus deseos eran de lo mejor. Amaba mucho este noble cacique al muy M. R. López, y le propuso con toda confianza sus perplejidades en orden al estado de su hija. Después de largas conferencias le aconsejó el M. R. P. la aplicase a religiosa de Santa Clara, y que con sus rentas fundase un convento en su mismo pueblo, donde ella fuese la fundadora. Parecióle bien al piadoso D. Diego, y se resignó en un todo a que el R. Fr. Miguel sacase la licencia, fundase el convento e impusiese las rentas, dándole plena facultad para ejecutarlo todo en su nombre.

Obras insignes no se consiguen sino a precio de años y continuados trabajos, y sudores, por lo que he sacado de varios instrumentos, que precedieron a la fundación del convento de N. M. Sta. Clara, de esta nobilísima ciudad de Querétaro, hallo que el año de 1601 con parecer del M. R. P. Fr. Miguel López, Vicecomisario General, presentó D. Diego de Tapia petición ante D. Alonso de Ulloa corregidor de Querétaro, para la fundación que intentaba, y para que se hiciese vista de las haciendas que daba para dicha fundación. Las dos haciendas que señalaba para dote de su hija doña Luisa se apre-



INTERIOR DE LA IGLÉSIA CONVENTUAL DE SANTA CLARA
DE JESUS.—*Fot. Cervantes.*

ciaron en veintiséis mil pesos. Lo que ofreció para el convento con la hacienda de minas del Palmar se apreció en cincuenta mil pesos. Señaló a su hija por fundadora, y patrona con voz activa y pasiva, y con facultad de entrar para religiosa tres doncellas honradas españolas sin dote. Señaló entierro para sí y sus sucesores por razón del patronato que había de tener en el convento. Doña Maria de Tapia Vda., hermana de don Diego, hizo donación del sitio para la fundación del convento y de la hacienda llamada Jurica. Hernando Cardoso, vecino de Querétaro, dió como uno de los patrones, para el convento dos mil ciento noventa y tres ovejas de veinte y el sitio de tierras, que llaman de Cardoso en Jurica, y determinó entrar religiosa en este convento a su hija Cecilia de Jesús, y dió también dos casas en la calle llamada del Hospital. Todo esto se refiere aquí por ceder en crédito del benemérito padre Fr. Miguel López, quien comenzó con su dirección esta fundación de esposas del Divino Cordero, la fomentó después de tomar posesión del convento, y tuvo la dicha de ver florecer antes de su muerte este jardín espiritual, que tanto ha fructificado para el cielo.

CAPITULO XXI

De la fundación del Real Convento de religiosas de Santa Clara.



LGUNOS años se dilató esta fundación, pues obras grandes sólo las saca a luz en un instante el Artífice Supremo. Para conseguir el R. P. López esta gloriosa empresa confirió esta materia con los vecinos españoles que por el año de 1604, tengo visto en testimonio auténtico pasaban de doscientos cincuenta toda gente honrada, y con caudales gruesos, por ser los más dueños de las haciendas de ovejas que con el curso de los años ha pasado esta negociación a los señores de la ciudad de México. El año de 1606 a 11 de marzo dió permiso y muy grata licencia el Excmo. Sr. Virrey Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, para la fundación, y dice ser muy pingüe este lugar y el caudal de sus vecinos. Vino también por este año la licencia con cédula real del católico monarca de las Indias nuestro rey y señor don Felipe III. Por este mismo año viendo el muy R. P. Provincial Fr. Miguel López estar en buen estado la fábrica del nuevo convento, y las licencias todas ya conseguidas, dió providencia para que Doña Luisa de Tapia, hija del fundador que había estado de niña algún tiempo en el convento de religiosas clarisas de San Juan de la Penitencia de México, tomara el hábito en el convento primario de N. M. Sta. Clara, para que a su tiempo viniese con las fundadoras que habían de salir de este mismo convento. Siendo ya tiempo de

ajustar este religioso empeño impetró licencia del M. R. P. Comisario General Fr. Juan de Ciesa, y con votos de las religiosas de N. M. Sta. Clara, salió electa por primera abadesa para el nuevo convento, la R. M. Elvira Sánchez de Figueroa, en quien competían la virtud, la prudencia y la nobleza para componer una heroína fundadora. Después se votaron difinidoras, y demás oficios en esta forma: Difinidora y Tornera Mayor la M. Mariana de Sta. Clara; 2a. Difinidora y Sacristana la M. Catalina de Cervantes; 3a. Difinidora y Maestra de novicias, la M. María de S. Cristobal; 4a. Difinidora y portera la M. Ana de la Circuncisión; Vicaria del convento la M. Ana de S. José, Vicaria de Coro la M. Florencia de los Angeles; Ayudante de vicaria de Coro y Pedagoga la M. Catalina de S. Ildelfonso; Escucha la M. Juana de S. Miguel. Todas estas señoras religiosas eran hijas del principal convento de Sta. Clara, menos las MM. Juana de S. Miguel y Juana de S. José que eran hijas del ejemplarísimo convento de San Juan de la Penitencia.

Las novicias que vinieron con las fundadoras fueron cuatro: Sor Luisa del Espíritu Santo, patrona del convento, Catalina de Cristo, Francisca de la Purificación, que tomaron el hábito nueve meses antes en el observantísimo convento de Sta. Clara, y Gerónima de la Concepción, que como diré en breve le vistieron el hábito de Ntra. Sra. de Guadalupe las fundadoras. Esta individual noticia se debe al R. P. Fr. José Gómez, predicador jubilado, y capellán que fué de este real convento en el preámbulo de la vida de la V. M. Antonia de S. Jacinto, con que se corrige algo de lo que nos refiere la crónica.

Prevenido, pues, todo lo conducente para venir a su nueva fundación las señoras religiosas que quedan mencionadas concurrió a la portería en el convento de N. M. Sta. Clara, acompañado de la nobleza de México el Excmo. Señor Virrey Marqués de Montes Claros (que este año acabó su gobierno) y entre tiernos cariños, repetidos abrazos con abundantes lágrimas se despidieron las fundadoras de sus queridas hermanas, y se fueron acomodando en varios coches con señoras de la primera clase dirigiendo su viaje al santuario de la santísima portentosa imagen de Guadalupe. Venían en su compañía tres religiosos graduados, a quienes hacían beneméritos su virtud, canas, y letras de la provincia del Santo Evangelio, y de ésta de Michoacán, para custodios de tantas vírgenes y para ecónomos del

necesario hospedaje del camino. El día 1o. de enero del año del Señor de 1605 llegó esta religiosa comitiva a venerar a aquella imagen milagrosa Guadalupana, y después de gastar en devotos obsequios la mayor parte de la mañana, dieron forma los conductores para que las esposas de Cristo tomasen alimento, y descansasen al mediodía. La tarde fué muy festiva, y en presencia de tan autorizado concurso dieron el hábito las fundadoras a una noble doncella de la ciudad de Celaya, que se nombró Gerónima de la Concepción, y a esto debe estar en adelante la crítica de esta historia; porque evidentemente se convence por el libro de las profesiones de este real convento no pudieron honrar el hábito la M. Luisa y las que nos menciona la crónica, puesto que de las cuatro que dice tomaron en esta ocasión el hábito en el Santuario, sólo se verificó en la dicha novicia Gerónima, y las otras tres venían con nueve meses de novicias, pues profesó la M. Luisa en el nuevo convento de esta ciudad el día 22 de abril de 1607, y las otras dos el día 23 del mismo mes y año, y está firmada la partida del M. R. P. Provincial Fr. Miguel López, y de las MM. fundadoras, como se puede ver en la vida de la V. M. que arriba queda citada.

Despidióse el virrey y todo el lucidísimo concurso de las religiosas, y al día siguiente comenzaron su viaje para Querétaro las nuevas columnas del Instituto de Clarisas en la tierra llamada de Chichimecas, ennobleciendo el pueblo que fué fundación de solos indios en los principios, y hallando tal nobleza en los indios de este pueblo, que uno de ellos fué el principal patrono de esta fundación, digno por sólo esto de ser su nombre memorable en los siglos. Verdad es que este año se habían multiplicado los vecinos españoles en tanto número, que, como dejo dicho, sólo de los más nobles y acaudalados se presentaron para pedir esta fundación a la R. Majestad doscientos y más de cincuenta. En todo el camino fueron recibidos con aquel cortejo que se supone, y no se duda por ser tan debido a las esposas de Cristo, saliendo a encontrarlas a los caminos todos los pueblos con festivas aclamaciones, venían encerradas las religiosas en sus coches con notable modestia, y compostura, oían todos los días misa y rezaban su oficio divino a sus horas como si estuviesen en el coro de su convento. Antes de llegar a este dichoso pueblo favorecido del cielo en su pacificación con la milagrosa Cruz de piedra, alborotados los ánimos de los nobilísimos españoles, que entonces ya

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

pedía su crecido número desnudarse de la lana tosca de los naturales para vestirse de paños de Castilla, y pasar como hoy se ve de pueblo de sólo indios a ciudad populosa, nobilísima de españoles, salieron en numerosas y lucidas tropas de a caballo, los republicanos (que no habían entrado por este tiempo en el ruido de los coches), y acompañaron a aquella comitiva de sagradas vírgenes que habían de ser estrellas claras en el hemisferio de Querétaro. No es fácil explicar el alboroto de los naturales, ni las demostraciones con que el generoso patrón y señor del pueblo D. Diego de Tapia mostró su complacencia en ver a su hija acompañada de tan ilustres religiosas; y tengo por asentado hicieron este día los indios mayores fiestas, que las que vemos acostumbradas en funciones de su mayor gusto.

Tenían ya prevenida una casa inmediata al convento de N. P. S. Francisco (que según tradición fué de las primeras que se celebraron en este lugar cuando era pueblo), y allí concurrió toda la comunidad del convento para recibir a las religiosas con singular complacencia. Allí se mantuvieron pocos días mientras se acabaron de componer todas las oficinas del nuevo convento, y fueron cortejadas las fundadoras de las señoras españolas principales, siendo muy particulares los obsequios a la señora abadesa, Dña. Elvira Sánchez de Figueroa, como nacida en este lugar, según nos dice la crónica, retornando a su patria con su virtud, y rara prudencia el beneficio de haber salido a la luz de este mundo en este florido hemisferio. Eligiose para la entrada en el pobre convento, nada suntuoso, pero capaz de ser nido de aquellas palomas castas el día 13 de enero del mismo año de 1607 con toda solemnidad que una función tan religiosa por sí misma se requería. Por ser este tan señalado día el en que tomaron posesión del convento, de común acuerdo tomaron este dulcísimo nombre por titular llamándolo de Santa Clara de Jesús. Con un nombre que es sobre todo nombre quedaron las clarisas con escudo para sus armas, protección para su defensa, luz para no errar su camino, medicina para sus dolencias, miel para sus labios, dulzura para sus corazones, consuelo para sus tristezas, remedio para las tentaciones, y un todo para todo, pues lo es todo sólo con decir de corazón un Jesús.

Para formar un diseño de la regularidad con que se fundó y se mantiene hoy este ilustre convento, me ocurrió por fortuna el curio-

so emblema del erudito Piscinelo, quien en una colmena, figura simbolizando un convento de religiosas vírgenes, que imitando a las castas abejas conservan la flor de la virginidad, siendo cada día más fecundas en el número de vírgenes que agregan a su convento. Muchos días ha, tenía yo apuntadas las raras propiedades de las abejas acomodadas para las almas religiosas, y de entre ellas sacaré las principales para nivel de conventos.

Nacen sin pies las abejas, pues los tienen como ligados, y las religiosas por su clausura no tienen pies para salir al mundo. Viven como las abejas debajo de una puerta, en todas es común el trabajo, y común el sustento. Tienen aguijón para defender con celo santo su monasterio. Con la flor del almendro fabrican panal dulcísimo, y las almas puras con la meditación de las finezas de Jesús crucificado. Observan las abejas su regular disciplina, como las religiosas sus constituciones, y reglas. Al son de una campanilla se recogen de noche, y se levantan las abejas, y lo mismo ejecutan las vírgenes a la hora de rezar, y de recogerse al dormitorio. Nunca dejan a su rey solo, y las religiosas de Santa Clara de Jesús desde su fundación tienen por estatuto asistir de dos en dos por sus antigüedades en el coro de día y de noche velando ante el Divinísimo Sacramento. Hacen por último las abejas obsequios muy particulares a su rey muerto, y les exceden las hijas de Clara en este su convento todos los viernes santos en la noche, como es a toda esta ciudad manifiesto. Estas cosas y muchas más observa este real convento con que mantiene su loable crédito, y cada día florece más en virtudes. Pudiera ser que atenta la humana imbecilidad hubiera faltado con el tiempo a aquella primitiva observancia con que se fundó este convento. No dudo que en algún tiempo decreció el fervor, y la aplicación de estas místicas abejas en recoger flores para labrar su panal; pero al mismo tiempo no faltaron ejemplares admirables que estimularan a las tibias para el trabajo de sus labores. Y si las abejas resucitan cubriéndolas de ceniza, y puestas al sol, a este modo con la consideración de las cenizas de otras religiosas muertas, y al calor del divino sol de justicia han cobrado muchas nuevos alientos para la vida espiritual y aspirar a la eterna.

CAPITULO XXII

Padece el nuevo convento notables quiebras en sus rentas, y cómo reparó la santa provincia estos daños.



A poca consistencia que tienen las cosas humanas se experimenta cada día aun en lo que está dedicado para cosas sagradas. Mucho caudal ofreció con generoso ánimo el patrón de este monasterio, y entregó con escritura a la disposición de este convento 6 labores grandes de trigo de riego, y 4 de maíz de temporal con otros muchos sitios de estancia de ganado mayor y menor, y otras posesiones que rentaban todos los años en su primera fundación 13,500 pesos. Duró este anual subsidio mientras vivió el patrón, que con su actividad no dejaba descaecer las fincas, y por su muerte se vió precisada la santa provincia de Michoacán a poner en las haciendas administradores seculares, y mayordomos para evadirse del embarazo de tan crecidas rentas. Corrió algún tiempo, y se fueron experimentando notables menguas de esta administración, así en el mantener lo principal como en reeditar lo necesario para mantener con decencia a las religiosas. Llegaron las rentas a descaecer tanto, que de 13,500 pesos sólo se entregaban 9 mil. Apenas alcanzaba este socorro para mantenerse las religiosas en lo muy ordinario, y la obra del convento nuevo se suspendió casi a la mitad de su fábrica, pues siendo a toda costa la iglesia y el convento pedían puntualidad en los gastos, y éstos se duplicaban por falta de socorros pecuniarios. Con maduro acuerdo se resolvió el V. Difinitorio a en-

tregar el gobierno de las rentas a los mismos religiosos, nombrando los más graves y expertos para el buen acierto, dándoles autoridad ordinaria de vicarios con título de administradores para que sin manejar los dineros a las rentas, como se prohíbe en la de seráfica regla, estuviese a su disposición la superintendencia en los demás mayordomos, para que no hiciesen cosa alguna sin parecer, y acuerdo del P. Administrador. Dióse asimismo al P. Vicario plenaria potestad para todo lo tocante al convento, haciendo del cuerpo del difinitorio para que consultase, definiere y determinase todos los negocios tocantes a la dotación, y rentas, nombrándole también para que concurriese a la caja del depósito y arbitrarse con la M. abadesa. Este fué el medio más eficaz, dice la crónica, que pudo hallarse para la reformatión de las rentas, y juntamente para que se acabase el convento nuevo y cobrasen sus réditos ya extenuados, pues habían casi perdido las esperanzas de tener alivio en tanto grado, que pensaban sería necesario dentro de pocos años solicitar cada una nuevo dote para mantenerse con decencia en su claustro. Verificose en esta ocasión en estas hijas de N. M. Santa Clara, aquella soberana promesa que el mismo Cristo con voces claras hizo a esta matriarca ilustre para sí y sus hijas de que siempre sería su fidelísimo custodio. Léase en la crónica de Cornejo este caso. Llegó la escasez del convento al mayor apuro y entonces siendo el Divino Esposo custodio de sus vírgenes, con los suaves medios de su altísima, indeficiente providencia dispuso llegase la necesidad de las religiosas a oídos del M. R. P. comisario general Fr. Francisco de Apodaca, quien informado del V. Difinitorio de esta santa provincia, nombró por sus letras patentes por vicario administrador al M. R. P. Fr. Cristóbal Vaz, religioso de todas prendas para el oficio y le cometió toda su autoridad para que hiciese y deshiciese en la administratión de las haciendas, y en la obra del nuevo convento. Sucedió esto el año de 1629, y lo he anticipado por dar juntas las noticias de este convento, como lo haré en la traslación que se hizo pocos años después al nuevo monasterio.

Puesto ya en el empeño el muy religioso vicario se hizo capaz del estado que tenían las haciendas, las rentas que producían, registró las escrituras, y se hizo cargo de todas las posesiones en que estaba repartido todo el principal del convento. Pasó a reconocer lo que se había fabricado en la nueva iglesia, y convento, y lo halló en menor

EXPLICACION

- 1.—Casa en buen estado.
- 2.—Hornos de pan.
- 3.—Casa en buen estado.
- 4.—
- 5.—
- 6.—
- 7.—
- 8.—
- 9.—
- 10.—
- 11.—
- 12.—
- 13.—
- 14.—
- 15.—
- 16.—
- 17.—
- 18.—
- 19.—
- 20.—
- 21.—
- 22.—
- 23.—
- 24.—Aposento en buen estado.
- 25.—Casa en buen estado.
- 26.—Capilla.
- 27.—Aposento en buen estado.
- 28.—
- 29.—
- 30.—Casa en buen estado.
- 31.—Aposento en buen estado.
- 32.—
- 33.—Casa en buen estado.
- 34.—Letrinas comunes.
- 35.—Aposento en buen estado.
- 36.—Casa en buen estado.
- 37.—
- 38.—Lavaderos y baños.
- 39.—Casa en buen estado.
- 40.—Casa con caballeriza en buen estado.
- 41.—Casa en mal estado.
- 42.—Casa en buen estado.
- 43.—
- 44.—
- 45.—Casa en mal estado.
- 46.—
- 47.—
- 48.—
- 49.—
- 50.—
- 51.—
- 52.—
- 53.—
- 54.—
- 55.—
- 56.—
- 57.—
- 58.—
- 59.—
- 60.—
- 61.—
- 62.—
- 63.—
- 64.—
- 65.—
- 66.—
- 67.—
- 68.—
- 69.—
- 70.—
- 71.—
- 72.—Casa en mal estado.
- 73.—
- 74.—
- 75.—
- 76.—

PLANO DEL REAL CONVENTO DE LA CIUDAD LEVANTADO POR EL EJERCITO FRANCES



E SANTA CLARA DE JESUS QUERETARO

RVENCIONISTA, EN EL AÑO DE 1864.



En este interesante plano se aprecia la magnitud del Convento de Santa Clara de Jesús, que ocupaba una gran manzana, con calles, jardines, fuentes públicas y más de sesenta casas en buen estado, para habitación de las religiosas y de su servidumbre. Era un pueblo de Dios cerrado para el mundo.

La iglesia principal era riquísima por sus retablos tallados y dorados, por sus rejas, modelos en el arte de la forja y por sus bellas esculturas y pinturas. Tenía más de diez capillas, estando dedicadas las principales a Nuestra Señora del Rosario; "La Degolladita"; "Capilla de la Espada; Los Desterrados; San Antonio; El Santo Entierro; "El Compadrito" (Jesús Nazareno); La Soledad y Señor San José.

Llegó la nefasta exclaustación y por orden del Gobernador liberal José Linares, se abrió una calle por enmedio del claustro principal, destruyendo al efecto los arcos, capillas y celdas del interior hasta dejar abierta una brecha con montañas de escombros y absolutamente innecesaria para el tránsito. Don Desiderio de Samaniego siendo Prefecto Político durante la reconquista de la ciudad por las tropas intervencionistas, restituyó el Convento a las monjas y mandó cerrar la brecha con las dos bardas que se ven en el plano.

Con la caída del Imperio se consumó la obra de destrucción y en la actualidad casi nada queda de este maravilloso Convento.

M. S. S.

de la mitad, advirtiendo su gran talento muchos defectos en lo fabricado; pero fáciles de corregirse, y así se resolvió a enmendar lo que estaba errado y continuar lo que faltaba por concluir. Después de exactas averiguaciones halló a ver descaecido las rentas de trece mil y quinientos pesos, a nueve mil, y esto en ditas tan quebradas, que muchas escrituras y arrendamientos no parecían por haberlas ocultado su propia confusión y el poco cuidado de los que manejaban estos negocios. Lo que primero emprendió el R. P. Vaz (91) fué el aviar las haciendas, asegurar los arrendamientos de modo que fuese tal el abono de su palabra, que calificase mejor a las personas, que aun los mismos fiadores ofrecidos. Iba personalmente a las haciendas, y con su industria, arbitrio, y disposiciones alumbraba a los mayordomos y demás operarios, y con esto cada día iban experimentando creces las fincas. No le quedó escritura, ni papel en favor del convento que no lo descubriese con mayores desvelos que los de un padre amante de dejar heredados a sus hijos. Dispuestas en esta forma las cosas, puso mano en la prosecución a la obra creciendo la fábrica al compás que se aumentaban las rentas con tan lindo despejo que parecía curso natural, como el que usa en sus labores la misma naturaleza. Parece haber venido la bendición de Dios sobre el trabajo de sus manos, pues en tres años que obtuvo este ministerio acabó más de la mitad que faltaba del convento, dejando con todas las oficinas, dormitorios, claustro, y cuanto se necesitaba para poder mudarse las pobres religiosas del convento primitivo, donde padecieron por la cortedad de las viviendas, bastantes aprietos y fatigas.

Concluida toda la obra material de iglesia y convento, y puesto en buen cobro todo el gobierno de las haciendas, se presentó el R. P. Administrador ante el M. R. y V. Difinitorio para dar cuentas de lo que había estado a su cargo, por ellas se halló haber gastado en los tres años más de setenta mil pesos en obras y avíos de las haciendas, desempeñando el convento y las rentas acrecentadas mitad por medio. Cuando entró en la administración, ya dejamos apuntado, eran sólo nueve mil pesos los que se cobraban de réditos, y no obstante lo mucho que consumió la obra, se halló rentaban ahora las fincas: dieciocho mil pesos, de que se le dieron, como era debido muchas gracias de parte de todo el V. Difinitorio de la santa provincia.

De todo su trabajo no solicitó ni quiso este religiosísimo padre más retorno que el mérito de la santa obediencia, y el consuelo especial de haberlo tomado Dios por instrumento para acrecentar su divino culto, dejar morada más decente para aquel sagrado coro de vírgenes, y la gloria de haber consumado lo que al parecer de los políticos no tenía esperanza de llegar en muchos años a su debido colmo. No fué menos estimable para las señoras religiosas el trabajo que tomó sobre sus hombros este nuevo atlante del cielo de su convento, y agradecidas solicitaron remunerarle con alguna limosna para alivio de sus necesidades religiosas, mas no fué dable admitirse en cosas temporales el menor obsequio y se dió por satisfecho de sus bien empleados sudores; con que para alivio de su alma le cantaran cada año una misa el convento. Admitiose la propuesta con gusto, y por voto de todas, se puso esta misa como especial obligación del convento, y hasta hoy se canta con toda solemnidad el día asignado, y renuevan las memorias de su Vicario administrador, y restaurador de las ruinas con que se lamentaba este religioso monasterio.

Pudieran tener aquí debido lugar los encomios de la singular prudencia, economía y religiosidad del R. P. Fr. Cristóbal Vaz; pero en ocasiones más oportunas hablaremos de su meditada persona en la serie de esta crónica y en sus mismas memorables acciones le formarán el más ajustado elogio.

CAPITULO XXIII

Trasládanse las religiosas al nuevo convento, y se da noticia de cosas especiales de este tiempo.



ABIANSE mantenido las hijas de N. M. Sta. Clara muchos años formando su dulcísimo panal de flores de virtudes abrigadas, o por decirlo mejor, enclaustradas en su colmena, que lo era por entonces el pobre convento de su fundación; y según me lo pinta una docta pluma, era todo de terrado de vivienda baja, iglesia pequeña, y en todo con tanta angustia, que estaban las religiosas como las castas abejas en su colmena (92). Quiso el Señor, como esposo amante, disponer la perfección del nuevo convento, y que sus esposas le fuesen a tributar en él gracias y alabanzas por tan concido beneficio, el año, pues, de 1633 solicitó el M. R. P. Fr. Cristóbal Vaz el beneplácito del M. R. P. Fr. Tomás de Zavala, ministro provincial de esta santa provincia en la cual había profesado, y previno a todos los religiosos que había en la comarca para que concurriesen a ella. Obtuvo también el P. Administrador especial licencia del M. R. P. Comisario General Fr. Francisco Apodaca, que gobernaba entonces todas las provincias seráficas. Convidó también para esta célebre función a todo el V. Clero y sacratísimas religiones que ilustraban en aquel tiempo la población de Querétaro. El día 20 de julio del año sobredicho, víspera de la traslación, se compuso con flores muy curiosas la custodia del Divinísimo Sacramento para que fuese galanteando a sus esposas, y las acom-

pañase hasta su propia casa donde se había de colocar para asistirles de día y de noche, y morar siempre con ellas. El día 21 a las siete de la mañana se fueron juntando en la iglesia antigua todas las señoras del pueblo, rica y costosamente adornadas convidadas para madrinas, y conductoras de las religiosas.

Ordenóse una solemnisima procesión con toda la asistencia de los eclesiásticos y de los seculares en tanto número que era poco ámbito el de toda la cale del Hospital, para el concurso. Vestido el preste, que fué sin duda algún padre graduado, abrió la puerta del Sagrario con mucha ostentación y armoniosa música, y tomando el Sacramento en sus manos fueron saliendo al mismo tiempo las señoras religiosas de una en una por sus antigüedades, con unos velos que las cubrían de alto abajo, y como iban saliendo se ponían en medio de dos señoras que eran las madrinas, y cada una llevaba en sus manos una antorcha encendida de cera virgen. Iba por delante la Cruz alta que les abría el camino, para irse a encerrar en la clausura de su convento. Seguíanse luego las sagradas religiones alternándose en incensar al Santísimo Sacramento hasta llegar a la nueva iglesia. Conforme iban llegando las religiosas se iban derechas a la portería y se despedía cada una con tiernas demostraciones de las que las habían acompañado. Todo se dispuso con tan buena orden que cuando llegó el Santísimo Sacramento a colocarse en el altar ya estaban todas las religiosas en el coro esperando para officiar la misa, prevenidas mucho antes de todo género de instrumentos para hacer este día más plausible. Cantóse la misa con toda solemnidad y se predicó, cantando el evangelio, el sermón con todas las circunstancias de la fiesta, aunque el nombre del orador nos lo dejó el cronista cubierto de un velo más opaco que el que las religiosas, en esta ocasión, llevaban por modestia al trasladarse a su convento.

Mucho tiene andado para llenar los capítulos de una crónica general de toda la orden, el que tiene a mano todos los anales del Wadigno, y las crónicas generales de la orden, y juntamente las crónicas particulares de cada provincia seráfica; pero quien no tiene de dónde apelar más que a una crónica tan corta, aunque muy elegante, que no tiene más que cuarenta y un pliegos impresos, y de letra bien grande, no puede correr la pluma al compás de los deseos, ni fabricar un suntuoso palacio, cuando los materiales se encuentran tan escasos, y de esto hago jueces a los mismos que tienen casi de

memoria lo que hay escrito de esta santa y apostólica provincia. Para completar este capítulo no será fuera de propósito insertar algunas cosas memorables que tocan a las mismas religiosas de quien hablamos y declarar algunas dudas que se ofrecen así en la crónica como en el libro de elecciones de este santo convento. Sea lo primero dejar por asentado, que Doña Luisa de Tapia no tomó el hábito de novicia en Nuestra Señora de Guadalupe, y que lo había recibido ya nueve meses antes en el convento de Nuestra Madre Sta. Clara de Mexico, esto afirmo, con venia del M. R. P. Cronista y del M. R. P. Lector jubilado y Ministro Provincial Fr. José Picazo, quien lo que dejó escrito en el libro de elecciones, por salvar lo que se dice en la crónica, pone el que pudo suceder la profesión de la M. Luisa a los quince meses de novicia, y yo no puedo asentir sin otro fundamento a esta dilación y más cuando está la posesión del hecho autenticado en el libro de profesiones firmada la partida por el M. R. P. Fr. Miguel López, y de la M. R. M. Abadesa con sus difinidoras. Conduce también al crédito de la M. R. M. y Sra. Doña Elvira Sánchez de Figueroa, fundadora y primera abadesa de este real convento, el haber sido tan singular su prudencia y talento de gobierno que se mantuvo en la prelación por espacio de catorce años, tiempo en que se ajustó competente número para nueva elección, la cual se hizo el año de 21 en la M. R. M. Juana de San José que había sido todos estos años su vicaria. El año de 24 fué segunda vez electa en abadesa la dicha M. R. M. Elvira Sánchez de Figueroa, viviendo todavía en el convento antiguo. Después que pasaron las religiosas al convento nuevo en el primer capítulo que se celebró el año de 1633, fué tercera vez electa abadesa la misma doña Elvira Sánchez de Figueroa.

No es fuera del intento dejar algunas memorias en este escrito de la muy noble fundadora y patrona de este real convento la M. doña Luisa del Espíritu Santo y Tapia. Fué hija legítima del insigne capital general de los Chichimecas, D. Diego de Tapia, indio por su naturaleza, cacique principal, y señor natural de los indios que habitaban en Querétaro, muy católico, y buen cristiano, y como tal cuidó de la crianza de esta hija, en quien tenía depositados sus cariños y afectos. Cuando ya tenía edad para elegir estado, con consejos de varones doctos y espirituales, la destinó para esposa de Jesucristo, Rey de Reyes y Señor de Señores. Tomó el hábito en el convento

de N. M. Sta. Clara de México, y vino, de novicia, y profesó en el nuevo convento con mucha aceptación de todas las nuevas fundadoras porque siempre fué muy humilde e inclinada a todo género de virtud. Pasados algunos años, cuando estaban las religiosas en el convento nuevo, la eligieron por tercera difinidora el año de 1633. Llegado el año de 49 del mismo siglo, siendo ministro provincial el M. R. P. Fr. Alonso de la Rea, originario de Querétaro, lector jubilado y cronista de esta provincia, fué electa en abadesa la M. R. M. y Señora Doña Luisa del Espíritu Santo y Tapia, patrona de este real convento, y según la tradición de las antiguas religiosas, fué su gobierno muy acertado, y dejó dulces memorias por su gran virtud, celo y prudencia, y no encuentro en el libro de elecciones otra mención de esta indiana ilustre, de que infiero moriría pocos años después, y haciendo un cómputo conjetural llegó a contar cerca de los setenta años, y todos empleados desde su niñez a servir a Dios, y nos dejó bien fundadas esperanzas de haberla escogido el Señor para primicias de las muchas almas que se habian de salvar de los indios naturales convertidos en la conquista de estos reinos; y se ve claro cómo el Señor mira piadosamente todas las naciones, que se consagran a su culto, y no es aceptador de personas.

CAPITULO XXIV

*Dáse noticia del cacique D. Diego de Tapia, digno
de las memorias de la historia.*



ACER grandes los hombres lo atribuye el mundo a tener origen de padres nobles; pero el Espiritu Santo pone la nobleza verdadera en nacer cada uno de sus virtudes, y ésta es heredada de Dios. Es el origen de la sangre como el nacimiento de una fuente, nace el agua del mar, y en él es toda una; pero alambicada por diversas venas de la tierra, se altera tanto que unas fuentes la brindan dulce, y otras amarga. La nobleza más estimada en todos tiempos, es la que cada uno adquiere con obras heróicas, con las cuales labra el mejor escudo de sus armas. De todo este género de nobleza fué favorecido del cielo en este reino americano D. Diego de Tapia, pues tuvo por padre legitimo a D. Fernando de Tapia, indio muy principal, y cacique de la nación otomita, originario de la provincia de Xilotepec, quien se bautizó a los principios de la conquista de este reino, y tenía su domicilio en el pueblo de Xilotepec, cabecera de toda la provincia otomí, y allí se casó con una india principal de su misma nación (93). Estimulado su noble corazón del celo de propagar la fe de Cristo se vino con muchos amigos y parientes suyos acompañado de un religioso misionero franciscano, y por su diligencia quedó formado el pueblo de San Juan del Rio, y de allí pasó a la pacificación del pueblo de Querétaro con las menudas circunstancias que dejé expresadas en el primer capítulo de la

Crónica Apostólica impresa el año de 1746. Fué capitán general y conquistador de todas las chichimecas, sustentó a su costa 500 indios de arco y flecha, y acompañó mucho tiempo a los capitanes españoles, que por orden de su majestad estaban en la frontera de las chichimecas.

Más de cuarenta años se mantuvo en este ejercicio de la guerra, y en este tiempo tuvo por hijo a D. Diego de Tapia, y cuando éste llegó a la edad varonil, murió D. Fernando y dejó heredado al hijo no sólo en cuantiosas haciendas, sino en su generosidad y valor. (94). Quedó por capitán general de chichimecas D. Diego y como la inclinación venía envuelta con la sangre, trató luego de alistar gente y hacer las entradas a tierras de gentiles, conquistando a unos y pacificando a otros. Salió con muchos indios flecheros llevados a su costa hacia las partes del Norte, y tuvo parte en el descubrimiento de las minas de San Luis Potosí, llamadas entonces de Tangamanga, cuya riqueza de oro y plata le grangeó a aquel lugar el nombre de Potosí a semejanza del cerro llamado así en el Perú. Ganó a fuerza de armas el pueblo de San Francisco, y lo que llaman Los Bledos. Aquí fundó grandes haciendas e hizo molinos de metal grandiosos. Descubrió las Minas de los Pozos, que llaman del Palmar, donde tuvo haciendas y molinos. Haciendo una guiñada hacia el mediodía en prosecución de sus conquistas encontró las Minas de Escanela, Tonicato, y Guasquiluco, donde levantó haciendas y molinos con la grandeza que arguyen descubrimientos tan grandes. Con todos los gastos considerables que tenía en la guerra mantenía en la población de Querétaro tan copiosas haciendas, que pudo sacar de su caudal la grande suma con que dotó al convento de Santa Clara, y le quedó tan sobrado caudal para mantenerse con tanta grandeza, que se cuenta de él no haber dejado jamás de socorrer a los que de él se valian en lo poco, o en lo mucho, y que hacía grandes convites, y presentes muy considerables, con que se hizo señor absoluto de las voluntades de todos los que moraban en Querétaro así españoles como indios.

Cuando ya nuestro insigne D. Diego tenía meritada su persona con obras tan heróicas, como las que quedan dichas, se le ofreció viaje para Europa a su íntimo amigo y director el M. R. P. Fr. Miguel López, que había sido ya dos veces ministro provincial, y vicescomisario general. Antes de referir el empeño con que favoreció a su



CAPITAN DON DIEGO DE TAPIA.—Lit. de T. Balvanera.

querido Don Diego, me veo precisado a persuadirme que el motivo de su ida para España fué el haber sido electo en custodia para el capítulo general, como dejó escrito en el libro de elecciones el M. R. P. Fr. José Picazo, que esto no fuese antes de la fundación del convento de Santa Clara, se deduce de lo que apunta la crónica diciendo se le ofreció viaje para España, y no nos dice el M. R. P. cronista la incumbencia que llevaba aunque la supone el tiempo que D. Diego había ya llenado la medida de sus méritos. Y porque cada cosa se coloque en su lugar, no omito el que cuando iba embarcado para España el M. R. P. López padeció una tormenta tan deshecha su navio a vista de Campeche, que en una tabla escapó maravillosamente la vida invocando a María SSma. de Valvanera, como lo escribió de su mano, en el mismo santuario de la Señora confesando sobre la ara este beneficio y maravilla que se puede ver en su historia, y esta noticia dejó apuntada el M. R. P. Fr. José Picazo en el citado libro de elecciones del convento de Santa Clara.

Después de concluidos los negocios, y encargos de su santa provincia en el capítulo general en que había votado, se vino a la presencia del Rey Católico, que por este tiempo ya reinaba D. Felipe Tercero; y le representó a S. Majd. Católica los grandes servicios de D. Diego de Tapia, y que eran dignos de que se premiasen con su autoridad, y asimismo le pidió confirmase la conducta de capitán general de chichimecas y juntamente autorizase y confirmase sus armas y sus blasones. Estaban éstas pintadas en campo blanco en una columna, y a ella arrimando el arco y flechas. Al lado derecho un león coronado, y en las manos una cruz, y un letrado, que saliendo de la boca del león, remata en el capitel de la columna, que dice lo de los Hércules: Non plus ultra. Al lado izquierdo está un águila coronada con una flecha en la mano derecha. En el campo de abajo, al pie de la columna, está una cabeza de león y una argolla muy grande pendiente de la boca, con una cadena colgada, y por los lados de la argolla grande, pendientes y engarzadas otras dos pequeñas que vienen a estar trabadas de dos fajas que atraviesan de alto a bajo. Al lado derecho de estas argollas, una laguna con sus patos, y un chichimeca emboscado en ella atalayando como centinela, con un arco y una flecha. Al otro lado está un árbol coposo. Las cuales armas confirmó su majestad, con la grandeza que esperaba de su generoso pecho, y condición, quedando los merecimientos de Don

Diego de Tapia con la autoridad que merecían y los deseos del padre Fr. Miguel López premiados. Llegó a las Indias, y tratando con D. Diego, qué blasón quería que orlase sus armas, respondió: Padre, yo me he visto en grandísimos riesgos y peligros en la conquista de las chichimecas, y a mis pies muertos insignes capitanes, y de todos estos peligros conozco que me libró Dios para ver mis hechos premiados, y así a él sea la honra, y gloria que es el blasón que puedo poner por orla de mis armas, y así lo pusieron alrededor de ellas: "Soli Deo honor et gloria".

En los capítulos pasados se ha hecho frecuentemente mención del M. R. P. Fr. Miguel López, quedando estampada su memoria en todas las obras particulares del real convento de Santa Clara, y para concluir con el período de su vida no resta otra cosa más que decir en que se mantuvo algunos años en este convento grande de N. P. S. Francisco de Querétaro tratando de los mayores aumentos de esta santa provincia, le cogió la muerte en el pueblo y convento de Apaseo, y apenas llegó la noticia al capitán D. Diego de Tapia, cuando pidió a los prelados le concediesen traer su cuerpo a este pueblo de Querétaro, para honrar con fúnebres exequias a quien debió tanto mientras era vivo. Remitió luego muchos indios caciques para transportar al cadáver del difunto y con la mayor ostentación que pudo haber en aquellos tiempos le dieron sepultura en el convento con muchas lágrimas de los naturales, señalándose entre todos el piadoso D. Diego, mostrando con este hecho, que pasaba su fineza más allá de la muerte.

Muchos años se mantuvo nuestro cacique D. Diego haciendo obras memorables en su pueblo de Querétaro, y entre ellas no debe olvidarse que el año de 1615, siendo gobernador actual de los naturales, impetró en Roma Breve de N. Smo. P. Paulo Quinto para que la ermita que entonces tenía nuestra Sma. Cruz de piedra se erigiese cofradía con título de la Santa Cruz en Jerusalem y todo lo concedió Su Santidad con muchas gracias e indulgencias. Pocos años después de esto, le cogió la muerte tan bien prevenido que tuvo lugar de hacer su testamento muy cumplido, dejando de su última voluntad a su religiosa hija la M. Doña Elvira, y a la M. R. M. Abadesa del convento que había fundado. Dejó impuestas muchas capellanías con cargo de misas por su alma, así en el convento de su patronato, como en nuestro convento grande, y en la que llaman capi-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

lla de los indios. Fué sepultado en el convento antiguo de las señoras religiosas, y el año de 33 luego que tomaron posesión del convento nuevo, trasladaron los huesos del patrón y los colocaron al lado del Evangelio, pintando su efigie en un nicho de la pared armado de caballero, y sus armas a un lado para que la memoria celebrase su generosidad, y sobre su sepulcro, muy bien labrado de piedra, se grabó el escudo de sus armas, y su nombre, por vínculo perpetuo de su memoria. Mucho antes de morir renunció con su hija el derecho de patronato que tenía en el convento de Santa Clara en N. Católico Rey de España, y Su Majestad lo admitió bajo de su real patrocinio, y desde entonces tiene el timbre de llamarse a boca llena el Real Convento de Santa Clara de Jesús.

CAPITULO XXV

Pártese la provincia de Michoacán en dos provincias quedando la una con su título antiguo de S. Pedro y S. Pablo, y la otra de Santiago de Jalisco.



OS inconvenientes y dificultades que a cada paso se contraban en la apostólica provincia de Michoacán, cuando era una con lo que ahora es de Jalisco, se deja entender en el cómputo y demarcación de tan largas distancias pues de longitud se contaban 360 leguas, y de latitud 150, y así el gobierno de un provincial si no es que se calzase de fuego los pies, y de llamas los ojos, no era posible acudir con tiempo a la necesidad de cada convento, ni ver lo que pasaba por cada súbdito para darle su espiritual consuelo. Haciéndose cargo de todas estas dificultades aquellos cordatísimos padres, que gobernaban la provincia conferían en sus capítulos y venerables difinitorios sería muy conveniente el que atenta la suma distancia y multiplicidad de conventos, pues eran cuarenta y seis los que se contaban el año de 1586, y después pasaban de setenta, y que para su gobierno tenía necesidad de un comisario, que asistiese en la parte que faltaba el provincial; el que se pidiese en el capítulo general, división de provincias. No faltaron dificultades para disolver esta unión, que consideraba tan estrecha como la que tiene el cuerpo de su misma alma. Pasáronse algunos años en este amoroso combate donde la razón militaba contra el fraternal afecto. Hasta que se resolvieron a solicitar la división en el capítulo general celebrado

el año de 1606 en la imperial ciudad de Toledo en que salió electo por general el V. Rmo. P. Fr. Archangel de Mecina. Pareció bien la propuesta a todo aquel general conjunto, y se expidió el decreto de que la provincia de Michoacán se partiese en dos, quedando la una con el título antiguo de Michoacán, y la otra con el de Guadalajara o Jalisco.

Vino la comisión remitida al M. R. P. Comisario General Fr. Juan de la Ciesa, que gobernaba estas provincias, dándole plenaria autoridad para que se hiciese un capítulo cuasi general; en que se repartiesen los conventos de Michoacán y de Jalisco, y reeligiesen provinciales de la una y otra parte con sus difinidores y demás oficios a contento de los padres de provincia y demás vocales. Expidió sus patentes convocatorias el prelado superior, para que corriesen por uno y otro reino, avisando de su división, y señalando el día en que se había de celebrar el capítulo en la ciudad de Guadalajara, y el año cierto, según el V. Torquemada fué el de 1607, aunque algunos en sus escritos ponen este capítulo el mismo año de 1606, lo cual no se hace creíble porque a lo menos dos meses tardaría en llegar la noticia a estas partes, y para correr la patente por tanto número de conventos, y tomar parecer de todos los padres de provincia no había tiempo para ejecutar la división dicho año de seis, y así es preciso asentir se hizo este capítulo el año de siete, para no atropellar un negocio tan importante a las dos provincias, y hay el ejemplar en la provincia del Santo Evangelio, que tardó un año después de estar concedida la gracia en el capítulo general para ser provincia, y hasta el año siguiente no celebró su primer capítulo, y en esta división de Michoacán concurren muchas mayores dificultades, para prolongar el tiempo del capítulo.

Llegó el día del capítulo, y después de haber hecho la división de religiosos y conventos se eligieron dos provinciales, y ocho difinidores, votando los de cada provincia de por sí su provincial y difinidores. Quedaron treinta y cuatro casas en la provincia de Xalisco, y en la de Michoacán más de treinta. Hízose la elección de Xalisco en que fué electo el M. R. P. Fr. Juan de la Peña, lector jubilado hijo de la santa provincia de Santiago, y por ser el comisario general que presidió la de la misma provincia, acordaron ambos se le pusiese por nombre a esta nueva provincia Santiago de Jalisco; luego se hizo el capítulo de Michoacán, y salió por su primer provincial el

M. R. P. Fr. Juan de Revilla, hijo de la provincia de la Concepción, tan prudente como virtuoso, y tan religioso como experimentado: para que las primicias del gobierno fuesen prometiéndolo la prosperidad de la provincia, y la sucesión de tan grandes prelados como ha tenido. Hechas ya las elecciones de los provinciales, hicieron las de los difinidores y guardianes. Otro día domingo salió de N. convento la procesión de capitulares en concurso numeroso de ambas provincias, y fué a la iglesia catedral, y cantaron la misa nuestros religiosos, y en ella predicó el Ilmo Señor don Alonso de la Mota, obispo dignísimo de la Sta. Iglesia con las galas del ingenio que siempre ostentó en el púlpito, en que siempre fué tan celebrado como aplaudido en muchas de las iglesias catedrales de este reino. Quedó con esto tan autorizada la congregación capitular, como contenta, y alegre con sus prelados escuchando los debidos parabienes de la elocuentísima lengua de tan singular orador. Advierto, para los críticos, que este año estaba todavía en Guadalajara el Ilmo. señor Mota, pues como advierte Torquemada aunque el año de 1606 (95) estaba asignado para coadjutor del Ilmo. Don Diego Romano, Obispo de Puebla, antes de cumplirse esto murió el obispo y le vinieron las bulas al Ilmo. Don Alonso de la Mota, y entonces pasó a la Puebla, con que nos deja bastante campo para asegurar que el año de 1607 ilustró la función capitular ya dicha con los grandes talentos de su predicación y fuera defraudar a la religión de esta honra sin grave fundamento.

Vuelta la procesión al convento con el orden y concierto que pedía tan solemne concurso, hicieron las provincias sus constituciones muy reguladas para su ajustado gobierno. Entre otros muy memorables, quedó hecho compromiso de los dos difinidores, en que se obligaban, protestando de la antigua unión a que quedase mutua obligación de una a otra provincia de celebrar por los difuntos cierto número de misas cada sacerdote, y los religiosos coristas, y legos otros tantos oficios, con orden que en muriendo un religioso. En virtud de este compromiso, cuando moría en Michoacán algún religioso se le despachaba patente al provincial de Xalisco, que corría por toda la provincia, y lo mismo hacía el de Xalisco con el de Michoacán, y así se conservaron muchos años. Disolviose aquella memorable congregación de tantos religiosos y se fué cada uno para el convento que se le asignaba, separándose los cuerpos, y quedando

siempre unidas las almas por tan estrecho vínculo de verdadera amistad, que ni los días ni los años han podido disolver el amor, fraternidad, y reconocimiento en que se han conservado estas dos provincias hasta el día presente. En lo que únicamente no pudo subsistir esta unión fraternal, fué en el compromiso de sufragios por los difuntos, pues habiendo corrido veinte años esta mutua correspondencia se experimentaron tales inconvenientes que en el Capítulo celebrado en el convento de Acámbaro el año de 1626, siendo provincial el M. R. P. Fr. Pedro de Leiba, lector jubilado, con acuerdo de todo el capítulo se decretó el que cesase con la provincia de Guadalajara el compromiso en cuanto a los sufragios. Fueron los motivos que obligaron a esta separación el haber crecido el número de los religiosos, y con él el número de misas, con que se hacía pesado el yugo de la obligación, y no podían cumplir con ella en muchos días, y así exoneraron a los religiosos de aqueste embarazo para que pudiesen con puntualidad decir las misas a que está obligada la provincia. Otro inconveniente más fundado en piedad, que (96) atendiendo a la mucha distancia de una provincia a otra, y que forzosamente se debía remitir el aviso de la muerte de cada religioso con un indio destinado sólo para este fin, que tal vez por su mucha pobreza venía expuesto a muchos infortunios, se determinó atajar estos inconvenientes. Dióse aviso a la provincia de Xalisco, y aunque a costa de fraternales sentimientos se convinieron ambas partes en lo decretado, quedando siempre el amor de ser unos y otros criados y alimentados con la leche y doctrina de la que siempre supo ser madre así cuando era custodia, como cuando fué provincia.

Quedó esta provincia de Michoacán, según la crónica, con treinta y nueve casas y conventos, los 33 eran entonces guardianías, y las 6 presidencias con iglesias muy decentes, y lo necesario para el divino culto. En la administración de los sacramentos, y enseñanza de los indios se ha guardado siempre el antiguo arancel de los primitivos y apostólicos legisladores. Era entonces Michoacán en sus pueblos tan abundante de indios que apenas cabían en su recinto, y aunque en las pestes generales del siglo XVI aseguran las historias que de seis partes de los antiguos tarascos, habían muerto las cinco, con todo se mantienen hasta hoy en bastante número sin haber sido necesario desamparar algún convento antiguo. En lo principal del reino de Michoacán no había otras lenguas que la tarasca, matlalt-

zinga y teca. En otros pueblos se administra la lengua otomita, que es la más dificultosa por la pronunciación y siempre ha tenido en esta provincia ministros excelentes en este idioma. También se administra la lengua mexicana que como señora ha penetrado todas las provincias, y en ella hay grandes ministros, y hubo tiempo que algunos religiosos predicaban en seis lenguas, con tal naturalidad, como si se hubiesen criado en ellas.

En toda esta santa provincia desde sus principios se fundaban hospitales todos dedicados al misterio de la Purísima Concepción, en ellos acudían los religiosos a la multitud de enfermos en tiempos de las pestes con tanta puntualidad, que servían de enfermeros aplicando por sus manos los remedios, y en esta caritativa asistencia murieron muchos. Porque esta obra de la hospitalidad no se acabase con el tiempo, se ha puesto muy gran cuidado en la conservación de las rentas impuestas por el primer fundador Fr. Juan de San Miguel y si alguna vez sobra alguna cantidad de la cura de los enfermos, se emplea en ornamentos para su iglesia parroquial o en la fábrica de los mismos hospitales. Hay fundadas en todos los pueblos muchas cofradías con sus rentas y hasta el día presente se mantienen con tanto tesón como a los principios. Es también en toda la provincia general la devoción con la Santa Cruz y el 3 de mayo le hacen fiestas, así en la iglesia como en las plazas públicas con notable esmero.

CAPITULO XXVI

Vida ejemplar del V. P. Fr. Juan de Espinosa.



ON la gracia que ministra el nombre de este V. religioso hago fácil trasunto a su apellido y lo veo místicamente figurado en aquellos maderos vestidos de espinas, que condujo Hiran en sus naves para el templo de Salomón. Thinos los llama el Sagrado Texto de los Reyes al libro 3, capítulo 10 y Piafano Mauro afirma eran unos leños espinosos. Arboles vestidos de agudas puntas deben ser los que han de sustentar el templo: pues como dice Huestro, citado en la Biblia de Duhamel, eran estos maderos incorruptibles como cedro, y defendidos de espinas, en que se ofrecen, para el discurso, misteriosos enigmas. No es la facultad histórica una misma con la encomiástica aunque a veces tira los rasgos de su pluma por sus vergeles sin usurparle los ámbitos de sus límites. Escribo en tiempo que es forzoso hablar al paladar de todos, y como hoy con la crítica se han estragado los gustos, me veo precisado a sazonar los escritos de modo que puedan todos digerirlos. Del Libano trajo Hiran esos aromáticos e incorruptibles maderos, que sirvieron de gradas y columnas en el salomónico templo, y de otro místico Libano como lo es la santa y siempre cándida provincia de la Concepción, trasportó el mejor Hiran de las Españas N. Rey Católico en las naves que venían a las Indias entre otros muchos leños vitales al V. P. Fr. Juan de Espinosa, criado y nutrido en la Concepción, que con deci:

fué su hijo se abrevia en referir sus cándidos principios en la religión seráfica. En uno de sus muy religiosos conventos tomó el hábito y con ellos se crió varón perfecto, hasta pasar a las Indias, para comunicar los suaves olores de su fama, y lo rígido de sus penitencias a la provincia de Michoacán para donde vino desde sus principios incorporado.

La sucinta Crónica de Michoacán hablando de este V. Varón Fr. Juan de Espinosa, dice, fué en esta provincia un nuevo Adán, para que guardase y mantuviese los frutos del místico Paraíso de las nuevas plantas convertidas por los primitivos evangélicos operarios y que de nuevo cultivase las que como pámpanos silvestres se mantenían infructíferas en los campos de la gentilidad. Llegó a la provincia y empezó a trabajar en la viña ya plantada, y para su cultivo aprendió la lengua tarasca y la administró y predicó como gran ministro, teniendo de singular entre sus coetáneos la gravedad de sus palabras que hacían estremecer a sus oyentes, al escucharlo no podían resistirse a ejecutar lo que las persuadía caritativo y eficaz en sus repetidos sermones. Fué muy observante y tan celoso de la regularidad, que muchos tenían por nimios sus consejos: más eran todos partos legítimos de un celo todo apostólico, y sus palabras llanas que brotaban de su caritativo pecho que no pudiendo reprimirlas le salían a la boca a desahogar sus íntimos sentimientos. Fué guardián muchas veces de comunidades y estudios, y sabía con tal primor mezclar lo severo de prelado, con lo amoroso de padre, que mientras los estudiantes estaban en la clase iba en persona a sus celdas a registrar sus necesidades; y si hallaba los paños menores rotos, él mismo los remendaba; y si no estaban para servir les hacía otros nuevos, y los ponía donde los hallasen, procurando en todo darles en sus necesidades alivio, para que pusiesen los jóvenes sólo su cuidado en ser ajustados y en su estudio. Más de cuarenta años se mantuvo en un tesón de vida todo apostólico, y en todos ellos no faltó a medianoche a maitines, aun cuando estuvo solo en el convento, ni hizo intervalo en la oración, y disciplina, manteniéndose siempre como si estuviera en el convento más poblado de religiosos observantísimos. En todas sus acciones fué muy severo y circunspecto, y dió muestras en el tiempo que fué prelado: pues cuando la santa provincia lo votó vicario provincial, corregía cualquier defecto sólo con su nombre, sin necesitar lo respetuoso de su persona.

En lo político, y cortesano pudo fundar repúblicas, como lo hizo notorio en el pueblo de Tarecuato, pues estando ya deteriorado, lo fundó de nuevo con calles, plazas, casas y costumbres, con tanta perfección que cada indio en lo político parecía un español y en lo cristiano un religioso. Enseñóles a andar delante de sus ministros con los brazos cruzados; y les dió reglas y modo para mantener en todo buen gobierno su república, ordenando que la comunidad del pueblo repartiase las tierras baldías a los vagos, y a los que de otras partes quisiesen avecindarse, dándoles los sitios conforme al número de familias, y personas, para que cultivasen las tierras de trigo y maíz proveyéndoles en los principios de semillas, con que creció mucho el pueblo, y se aumentó de indios y de trato, y contrato con otros pueblos. Fundóles un hospital, que es uno de los mejores de la provincia, así de edificio, órgano y ornamentos, como de rentas fincadas para cura de los enfermos. En la iglesia del convento adornó su sacristía con muy decentes ornamentos, que entonces pudieran competir con la iglesia más pulida del reino. Puso candeleros de plata, ciriales y custodia con el primor que su devoción le dictaba. Fundó escuela para los niños en que aprendiesen a leer, escribir y contar: y con esto dió capilla para la iglesia del convento y misas del hospital. Verdad es que no fundó este pueblo de Tarecuato de nuevo, pero lo reformó todo con tanto esmero que mereció el nombre de fundador del pueblo.

El que desde los cimientos levantó a que viese la luz de las atenciones, fué el pueblo de San Angel, muy cercano al de Tarecuato: allí levantó iglesia y convento capaz, curioso, y alegre: puso ornamentos, alhajas de plata, y todo lo que permite en un fraile franciscano el divino culto. En el pueblo formó calles planas y habitaciones con tal orden y simetría, que pudiera ser emulación de muy populosas ciudades. Dió industria para que las tierras se cultivasen, y detestando la ociosidad que en todas las repúblicas es perniciosa, decretó a los que no hallasen ocupados en oficios, los obligasen a labrar las tierras, dándoles para ello aperos y semillas. Persiguió crudamente a los amancebados, y como a peste de los pueblos los desterraba, si no se corregían. Puso en orden la doctrina y estableció cantores y organista en su iglesia, que enseñasen a otros. Para los casamientos se examinaban a los novios por los fiscales, y si no estaban capaces en la doctrina los depositaban hasta que la su-

piesen. Tanto amaba a los indios, que los servía personalmente en sus enfermedades, y hasta verlos morir bien dispuestos no los desamparaba. No sólo empleó su caritativo celo en la sierra, sino en otros conventos por los años de 1601 hasta 1604. Tengo leídas muchas partidas de bautismo que hizo en el pueblo de indios de Xichu convirtiendo a la fe muchos gentiles de aquellos contornos, que hasta hoy tienen aquella doctrina sus rancherías de chichimecas. En los últimos años vivió en S. Angel, y Tarecuato, y llegando a contar más de los 70 de edad, y más de 50 de religión lo llamó el Señor para darle el digno premio de tan gloriosos afanes y con disposición muy pensada recibió todos los Santos Sacramentos, y lleno de confianza dió su espíritu a su Creador en el convento de Tarecuato, donde fué tanto el sentimiento de su muerte, que de toda aquella montaña bajaban como corderos balando los pobres indios, y diciendo a voces: ya murió el Santo. Después le hicieron sus honras muy solemnes y quedó costumbre de ofrendarle todos los lunes su sepultura y hacerle todos los años su aniversario, lo cual como testifica la crónica, duraba todavía por los años de 1640. Su dulce memoria se trasfunde de padres a hijos, y aunque les dura el sentimiento de su presencia por perdida, les templa el dolor la seguridad de tenerlo por su patrocinador en el cielo.

CAPITULO XXVII

*Vida y muerte dichosa de los VV. PP. Fr. Salvador
Hernández y Fr. Juan de Ocaña.*



AR dilatado, espacioso, y lleno de peligros, decía el meliflúo doctor S. Bernardo, es este mundo en que se ven sumergidas muchas almas, y para escapar del naufragio dispuso el Señor tuviesen a mano la navicilla de las religiones, de que fueron arquitectos los santos fundadores. Con singular propiedad llamó S. Antonino de Florencia otro Noé a N. S. P. Francisco quien deseando la salvación de todos los hombres del mundo, con orden de lo alto fabricó la arca de tres mansiones en la institución de las tres órdenes, para que se escapasen los mortales del diluvio de las culpas. Ser navicilla segura la religión seráfica para llegar al puerto de la salvación, lo mostró el Señor en sueño misterioso a nuestro auxiliano doctor insigne en leyes, cuando se vió fluctuando en un mar tempestuoso sin esperanzas de escapar del peligro, que dormido se lo presentaba. Vió a lo lejos una navicilla que surcaba con bonanza las salobres aguas, y con ansias fué nadando para ella, y reconoció que iba llena de religiosos menores, quienes advirtiéndole el fatal peligro del naufragante le arrojaron una cuerda de que se asió con ansias, y se libertó en la navicilla. Conoció despierto los naufragios del mar del siglo, y escapó acogiéndose a la nave de la religión seráfica, como lo refiere N. Ilmo. Cornejo en su vida.

Muchos años batalló en las olas el sujeto de quien escribo, que es Fr. Salvador Hernández, quien habiendo tenido su primera cuna en las islas de Canarias, desde su mocedad se engolfó en los mares, y por su pericia en la marítima fué muchos años piloto gobernando su nave con mucho acierto. No sé si antes de batallar con las tormentas en el agua, batalló con la espada en varias tierras, pues consta fué animoso soldado por mar y por tierra, en que fatigó lo florido de su edad hasta los 40 años, en que advertidos los riesgos a que tenía expuesta su vida temporal tanto en manejar el timón, como la espada, y que en tanto tropel podía peligrar su vida eterna, trató de mudar de empleo, y se acogió a la nave de la religión seráfica, donde piloto más diestro gobernase con la obediencia todas sus acciones, y le enseñase el rumbo de la eterna salvación. Vinose a Michoacán y pidió con humildad nuestro santo hábito, y conociendo los prelados ser verdadera su vocación lo admitieron de novicio en el santo convento de Tzintzuntzan. Como era de ánimo, y de corazón generoso presentó batalla a todos los vicios, no con menos denuedo que cuando en el siglo supo triunfar de sus contrarios y salir victorioso de entre las enfurecidas tormentas. Avasalló sus pasiones, y se acomodó tanto a la observancia regular, que pudiera ser pauta de la misma doctrina que le enseñaban. Hizo su profesión, y atenta su religiosidad y talentos desmintiendo la edad estudió las artes, y sagrada teología en que salió tan aprovechado, que, como nos dice su historia, pudiera regentear con crédito las cátedras.

Hecho ya gran predicador, y excelente teólogo, advirtió que el fruto principal de su vocación era la administración de los Sacramentos a los pobres indios, y para hacerlo con acierto se puso a estudiar las lenguas que se administran en la provincia, como son la tarasca, mexicana y otomí, y las aprendió con tan gran perfección y latitud que parecía haberlas infundido alguna superior inteligencia, pues predicaba y administraba como un apóstol. Y porque no le quedase cosa útil por saber, aprendió canto llano, y figurado, y supo pulsar los órganos con tal destreza que enseñó a muchos indios no sólo el canto sino tocar el órgano. Fundó capillas de cantores y reformó las que estaban, corriendo este beneficio de convento en convento, de modo que en breve tiempo se le debió a este siervo de Dios toda la música de la provincia. Lo principal de este virtuosísimo varón fué la observancia puntualísima de su santa regla, y entre las flores

de sus virtudes se señalaron la de su contemplación y abstinencia. Sólo comía cada 24 horas, y el alimento que cercenaba a su cuerpo lo daba a manos llenas a su espíritu ocupando horas enteras en la oración. Siempre velando sobre su alma le cogió la última hora en el convento de Santiago de Querétaro, prevenido con los Santos Sacramentos puso término a sus días con grande opinión de santidad, y se le dió sepultura con mucha solemnidad en el sobredicho convento. Lástima es no saber el lugar de su sepulcro, ni el día y año de su feliz fallecimiento.

El V. siervo de Dios Fr. Juan de Ocaña debió todos sus encomios a lo raro de sus virtudes, pues parece no tuvo raíces en la tierra, cuando ni se halla memoria de sus padres, y patria, ni de su mocedad, ni se encuentra otro vestigio más de haber sido excelente latino, y haber cursado los sagrados cánones con aplauso.

Ordenóse de sacerdote, y cuando podía lucir en el estado de eclesiástico secular con muchas prendas de docto, mostró lo claro de su entendimiento en investigar el canon más inevitable que a todos los mortales les señala término prefijo para la muerte. Desengañado de la poca consistencia de las estimaciones del mundo, eligió seguro puerto en la religión seráfica pidiendo el hábito en la santa provincia de Michoacán, que difundía el olor de sus ejemplos por todas partes. Hasta en señalar el convento donde su paso de noviciado, nos dejó la crónica corrido el velo, y lo mismo observo en el año de su muerte. Tan concisa nos da la noticia de hombre tan singular que toda se reduce a que aprendió después de profeso la lengua tarasca, y fué en la predicación de los indios gran ministro. Dice más como en cifra: que fué muy observante de su regla, y en sola esta cláusula nos dió en compendio pintada, o escrita toda la vida de un varón apostólico. Toda su vida caminó a pie por más de 40 años en que fué religioso. Su vida fué un claro espejo en que se podían registrar los ápices de perfección en todo género de virtudes, y habiendo llegado a la edad de 70 años, viviendo en el convento de Uruapan, que está en el centro de la sierra de Michoacán, se sintió acometido del dardo de que mueren heridos los hijos de Adán: y para tan duro trance se dispuso con todos los Santos Sacramentos, y gastó el tiempo de las enfermedades en casi continua oración, saludando desde su pobre lecho aquellas eternas mansiones donde esperaba verse por merced de su Dios dentro de pocos días. Llegó la dolencia a los términos

de la vida, y entonces con la inmediación del bien que ya su felisísima alma con ojos interiores registraba, absorto en mares de dulzura se arrebató su espíritu fuera de los sentidos, y quedó su rostro en presencia de los religiosos que asistian a su muerte revertiendo tantas luces que parecian llamas de fuego. Después de un cuarto de hora volvió en sí, con semblante tan sereno, que se conocia en él la copia de la alegría en que revoaba su alma. Volvió sus ojos risueños mirando a sus hermanos, y exclamó en estas voces: "Misericordias Domini in aeternum cantabo": "Cantaré eternamente las misericordias que conmigo ha hecho el Señor. A descansar me voy, encomendaré a Dios a vuestras reverencias" y en estas últimas palabras, como quien cierra los ojos para tomar un dulce sueño, cerró los suyos y expiró. Parece estaba mirándolo el R. P. Cronista, y que suspenso de ver aquella maravilla, se le cayó la pluma de las manos, semejantes ocasiones. Yo no pongo duda serian abundantes las lágrimas devotas, y tiernas de sus hermanos, testigos oculares de muerte tan dichosa, y con circunstancias tan admirables. Ni dejaré de conjeturar le hicieron sus funerales con todas aquellas solemnidades que pedía tan venerable difunto y que todo aquel numeroso pueblo de Uruapan, así españoles como indios tributarían afectuosos llorando al que miraban como a padre, veneraban como siervo de Dios, y se consolaban pidiéndole vivo, de tener su cadáver para llorar sobre su sepulcro.

CAPITULO XXVIII

Vida del penitentísimo varón Fr. Francisco de Castro.



NA piedra engastada con fino oro en un anillo se ostenta más lucida, que cuando se mira en su nativo suelo, y en los términos de su origen, y por esto el simbólico le grabó este epígrafe: "Más clara mientras más alejada de su patria".

Piedra preciosa por sus raras virtudes contempla mi atención al V. siervo de Dios Fr. Francisco de Castro, de cuyo origen, nobleza y patria, lo encuentro tan lejos en la crónica, que no me deja senda por donde investigar sus principios en los años que se mantuvo en el siglo. Con exclamaciones da exordio a la vida de este varón extático el M. R. P. cronista deseando para referirla la virtud de un San Hilarión y las voces de elocuencia de un San Pablo. "Si miro, dice, sus raptos, sus penitencias y atiendo a sus profecías: el mismo sentimiento arrebatando las palabras de la pluma, las remite al silencio". Piedra engarzada en fino oro de caridad en el anillo de los votos religiosos se me propone a la vista al leer la vida del V. Fr. Francisco de Castro, depositada por un año entero de noviciado en el siempre ejemplarísimo convento de San Buenaventura de Valladolid, donde le encuentro en la crónica ya novicio, sin saber el año, ni el tiempo de su vacación religiosa; pero me sirve de lenitivo lo que el Doctor Máximo dejó escrito en sus enérgicas epístolas: que en la senda de la virtud más se deben atender a los fines que a los principios. Comenzó bien Judas, y acabó

muy mal: comenzó Pablo muy mal y acabó muy bien. Con que dejándonos la crónica tan bien dibujadas las virtudes, fin dichoso de N. Castro, ya podemos perdonarle su religioso silencio en haber sido escaso en los principios.

Apenas se alistó en la milicia seráfica, cuando comenzó a demostrar unos quilates de virtud tan eminente que era en el noviciado el recreo de su maestro, el vivo ejemplo de sus connovicios, y el honor de todo aquel santo convento. En la humildad comprobada con actos repetidos, era asombro de los que le miraban atentos: en las mortificaciones raro: en obedecer ciego, pues lo mismo era escuchar la más leve insinuación de sus prelados, y maestro que poner en ejecución lo que se le ordenaba, aunque fuese en lo más arduo del precepto. Pasó un año de noviciado con general aprobación de todos los religiosos, siendo tan dificultoso obrar a gusto de todos, que muchos siervos de Dios tuvieron sus contrastes en la variedad de humanos juicios, aun cuando eran más rectas sus virtuosas operaciones. Recibió la profesión, y luego haciéndose cargo de ser ya verdadero hijo del patriarca seráfico se entregó con todas sus potencias al estudio de la oración mental, y a la observancia liberal de la apostólica regla, que no parecía sino un ángel bajado a la tierra. Lo más de la noche era su delicia estar en el coro en oración, ejercicios penales y ásperas disciplinas: gastando el día en lo que le ocupaba la santa obediencia y en oración vocal; sin perder instante que no fuese a consolar al prójimo o estar enviando jaculatorias al cielo. Viendo los prelados aquella ejemplarísima vida, cuya fama ya salía de los ámbitos del convento, le señalaron por limosnero perpetuo de aquel santo convento, que por este tiempo como seminario de toda la santa provincia necesitaba de un operario semejante. Comenzó a recoger su limosna, dando en repetidos ejemplos, digna compensación a los que socorrian con limosnas las necesidades del convento y remunerando con bienes espirituales lo que en lo temporal recogía de sustento. Corrió en esta demanda la mayor parte de esta Nueva España haciendo sus caminos a pie, y descalzo con el hábito pegado a las carnes y por túnica la que le formaban varios y punzantes cilicios. Amante de la cruz no se saciaba con traerla cargada mientras hacía sus ejercicios dentro de los conventos, llevábala también en todos los caminos, haciendo Vía Crucis toda la tierra que caminaba, y esta cruz tenía dos varas y cuarta de largo, y no la deponía de sus

hombros hasta llegar a la posada, donde se recogía con toda humildad y pobreza.

Parece cosa increíble que sin hacer intermisión en los dilatados años de su penitente vida transitase en el ejercicio de limosnero, como asegura el M. R. P. cronista, la mayor parte de estos dilatados reinos, sin perdonar los ásperos riscos de las minas de Tasco, en que recogía limosnas para la fábrica del convento de Valladolid, que en su tiempo se estaba levantando de calicanto, y puede gloriarse aquel santuario de haber tenido tan religioso atlante para ser hoy modelo de todos los conventos de esta siempre apostólica y muy santa provincia. Era singular el ejemplo de nuestro Castro: sus virtudes sin afectación, se dejaban registrar de todos los seculares, y le miraban con tan piadosa afición que no dudaban poner a su disposición cuantiosas limosnas en cédulas firmadas de su mano, con que crecía la obra del convento como espuma y el bendito religioso se quedaba de todas estas limosnas tan desnudo como antes. ¡Oh!, cómo deseara mi cordial afecto al instituto seráfico, nos persuadiésemos todos los que militamos debajo de tan santa y apostólica regla lo que dejó escrito N. Smo. Patriarca en el cap. IX de su primera regla, donde dice: que la limosna es herencia y ésta de justicia que nos la ganó N. Redentor Jesucristo: "Hijos míos, decía el serafín humano, si amáreis de corazón la santa pobreza el mundo cuidará de vuestro sustento. Púsonos Dios en su iglesia para consuelo, para reposo, y para remedio del mundo; con El tenemos hecho contrato, y comercio, para que nuestra necesidad sea socorrida de su misericordia. Nosotros nos obligamos a asistirlo con doctrina y con ejemplo, El se obliga a darnos entera provisión para lo necesario. Siempre que vivamos perfectos y ejemplares seremos del mundo justos acreedores, no hay que temer que niegue la deuda, ni endure la paga, si hallare en nosotros de lo prometido buena correspondencia. Pero si le faltáremos con el buen ejemplo, y enseñanza, quedará libre de su obligación, y nosotros sin título ni razón para la queja". Palabras que debían grabarse con letras de oro en los corazones de todos los que por nuestra dicha somos hijos del glorioso Patriarca S. Francisco.

Bien puede el erudito Padre Sandeo numerar entre los amantes finos de la Cruz, que con tanta erudición dió a la stampa en su libro de oro intitulado *Sthaurophilorum* a este siervo de Dios tan amante de la Cruz, que no sólo en su convento vivía abrazado con

ella, mas no le permitió el amor a su Crucificado dueño dejar la mejor prenda de sus cariños, ni aún en las ásperas sendas, ni frágosos caminos. Imitador dichoso del portentoso de penitencia San Pedro de Alcántara, quien no contento con cargar en sus hombros la Cruz de Cristo en el corto recinto de su pobre claustro, salía en ocasiones de su convento cargado de cruces pesadísimas, y caminaba largas para no expresarnos en breves cláusulas lo que es tan natural en distancias acompañado de los pueblos para colocarlas en los más altos collados en donde estuviesen patentes para servir de columnas, pirámides y memoria perpetua de las finezas que obró el Redentor del mundo en aquel sagrado leño, como puede leer el curioso en la vida de este pasmo de la penitencia. Maravillas raras sucedieron con la Cruz de este santo glorioso, y en nuestro humilde religioso lego se registraron no pocas maravillas, siendo una de ellas lo que le aconteció muchas veces que yendo camino por la tierra de Michoacán cargado con su cruz donde las aguas son tan continuas y generales que siempre está lloviendo, llevar a su limosna y algunos indios y otras personas españolas se la ayudaban a llevar, yendo ellas a caballo por tener cuentas con las cargas. Acontecía, pues, muy de ordinario llover aguaceros tan recios, que duraban toda una tarde sobre el bendito religioso, y sus compañeros, y cuando éstos llegaban a la posada empapados en agua encontraban a nuestro limosnero enjuta la ropa sin haberle caído gota de agua por todo el camino, y lo que es más de admirar, que con su Cruz a cuestas llegaba primero que ellos caminando a pie y descalzo, sin poder darle alcance los que venían a caballo.

Toda esta penitencia y mortificación vivió siempre acompañada de un lucido ejercicio de virtudes. Fué siempre humildísimo de corazón, y al mismo paso tan abstigente, y parco en la comida, que sólo tomaba para sustento lo que era muy preciso para mantener las fuerzas corporales, desviando con disimulo todo lo que era regalo cuando se sentaba a la mesa de los bienhechores, que con tanta caridad le hospedaban en los caminos. Su pobreza la daba a conocer el hábito pobre y remendado con que nadaba vestido, sin cargar otra ropa más que el pobre manto, que le hacía la costa, cubriéndose con él para tomar un escaso sueño. La caridad con sus hermanos lo traía siempre transitando caminos sin perdonar las mayores distancias de este dilatado reino, no de otra suerte que girando como sol, dando continuas

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

vueltas para ser más propicio a los que esperaban todo el alivio de sus trabajosas expensas. Era continuo en el ejercicio, santo de la oración, y lo levantó el Señor a un grado de contemplación tan sublime, que como dice su vida, lo encontraban muchas veces elevado de la tierra y aun parece que la pesadez del cuerpo se le aligeraba en los caminos, y lo arrebatava cargado con su cruz por los mismos aires. Siempre se ostenta maravilloso Dios en sus humildes siervos, y en éste nos dejó patentes muchas de sus maravillas.

CAPITULO XXIX

*Del don de profecía que tuvo este siervo de Dios
y su preciosa muerte.*



NTRE los muchos favores con que el Cielo enriqueció la alma dichosa de nuestro humildísimo Fr. Francisco, fué el don de profecía que recayendo sobre lo sólido de sus virtudes acredita mucho su rara santidad. Muchas fueron las cosas que con luz profética predijo antes que sucediesen: como supone la crónica de éstas sólo expresaré las que encuentre en su vida.

Estando este siervo de Dios en las minas de Tasco le dijo a Gaspar López de aquel lugar: que escusase mucho ver animal con cuernos, porque había de morir en ellos y como el crédito de la santidad del V. Castro era tan grande, tuvo el buen hombre por cierta la profecía, y se escusaba salir de su casa particularmente el día que había fiesta de toros. Sucedió, pues, que un día que los hubo, después de acabado el torneo, a la oración de la noche lo enviase a llamar el alcalde mayor para un negocio de importancia; él temeroso de los toros, envió a un hijo suyo fuese a ver si había quedado alguno en la plaza. Fué, y vió que había quedado uno muerto, volvió, y le dijo que no había ninguno vivo sino uno muerto. Con lo cual el Gaspar López salió con luz encendida de su casa, y al entrar por la plaza se le apagó, y prosiguiendo su camino, sin pensarlo erró el camino, y fué a dar con el toro muerto, y tropezando con él cayó sobre los

cuernos, y se pasó por el corazón quedando muerto en ellos: como si fuera su vida símbolo de la luz que al entrar de la plaza se apagó. Con esto el pueblo levantó las voces, y aclamó la profecía del V. Castro.

A otro hombre llamado Alonso Delgado, sastre, en las mismas minas de Tasco le rogó este siervo de Dios que no se hallase en alguna pendencia o riña porque lo habían de matar. El buen hombre escarmentado en su vecino, y satisfecho de la santidad del que le avisaba, vivió con gran cuidado, y excusó todo lo posible las ocasiones. Un día estando trabajando se armaron en su puerta unas cuchilladas, y él de improviso salió a meter paz, y tirando uno de la pendencia a su contrario la daga se le clavó por las sienes al dicho Alonso Delgado, y murió como lo había dicho la profecía.

En el pueblo de Taximaroa donde de ordinario llegaba este siervo de Dios en la misión de sus limosnas, vivía don Diego de Lira y Sayas, y satisfecho de su santidad y profecía, le rogó que le dijese dónde estaba un tesoro que su suegro había dejado enterrado. El siervo de Dios se encogió con la humildad que profesaba para que Dios hiciese público lo que él encubría, y se excusó confesándose indigno de aquella gracia. El buen caballero se valió de la autoridad del guardián de aquel convento, y le rogó se lo mandase; así lo hizo llevándolo casi de por fuerza, y el V. Castro por entender que era voluntad de Dios, obedeció; y así los guió a un paraje donde el siervo de Dios no había estado en su vida, y subiendo en un alto hizo pausa, y con él todos los que le acompañaban, y levantando la mano hizo un círculo, y dijo que allí estaba la plata tan pura, y blanca como la habían enterrado. Empezaron a cavar, y como cerró la noche lo dejaron para el otro día, que fué en el que el venerable pasó de largo; y así volvieron a cavar y no pudieron dar con ella; y se levantaron nuevas opiniones contra el crédito del siervo de Dios sin ver que el defecto estaba en ellos. De ahí a algunos días volvió el siervo de Dios por allí, y haciéndole el don Diego de Lira cargo del engaño, le respondió: que no era la voluntad de Dios que hiciera carrozas, engordara caballos, y festejara damas, y que por eso no había hallado la plata. Y como le dijo al Don Diego los mismos pensamientos, y devaneos que había tenido aquella noche con la esperanza del tesoro, conoció su culpa, y confirmó la santidad por verdadera: lo cual juró el Don Diego diciendo que le había dicho el

V. Castro sus pensamientos, del mismo modo que los había tenido: y así le quedó tan aficionado que viendo que no tenía hijos, deseándolos tener, le rogó se lo pidiese a nuestro Señor. El siervo de Dios se volvió a él y le dijo que había de tener tantos que se espantaría: y porque lo creyese le dijo que ya estaba su mujer preñada de una hija; y así fué, como se vió en el parto, y después tuvo doce hijos, con que se tuvo por cierto, que hablaba por boca del Espíritu Santo. Otras muchas profecías dejó de escribir por no encontrarlas en la historia.

Estando este siervo de Dios en el convento de Acámbaro donde estaba por entonces el noviciado de esta provincia, tocando a medianoche a maitines un novicio se le volteó la esquila para arriba, y no pudiendo volverla con el cordel subió arriba para voltearla con las manos. Al mismo tiempo que iba a ejecutarlo salió el bendito Castro del coro dándole voces para que se detuviera. Hizolo el novicio asombrado, y subiendo el V. Castro al campanil, tomando la cuerda en la mano comenzó a azotar al demonio diciéndole en voz clara muchos improperios, y se ausentó el enemigo malo de aquel lugar con mucho estruendo. Volvióse entonces el siervo de Dios a confabular con el novicio, y con singular espíritu le dijo diese muchas gracias a Dios Nuestro Señor por haberle libertado de las garras de aquel furioso león infernal, cuyo intento había sido precipitarlo de lo alto, y hacerle pedazos en la caída.

A pocos días de haber estado morador en este convento, lo llamó el Señor con instinto superior para que se fuese a recoger los últimos días de su vida al primer nido donde se creó para la religión, que era el santo convento de Valladolid. Aquí le asaltó la enfermedad última, y al punto que aquella piadosa ciudad escuchó las voces funestas de sus dolencias, se atropellaban las más ilustres personas de los cabildos eclesiásticos, y secular, solicitando todos consolarse con su presencia, y ver si podían dar algún remedio a su mortal dolencia. Todos le encontraban con tanto sosiego y tranquilidad de ánima, como permitía su siempre virtuosa vida, pues es cosa casi siempre experimentada, que se vea en la muerte lo que antes se trabajó en la vida. Recibió los santos sacramentos como quien hacía la última prevención para la jornada de la eternidad. Pidió a todos sus hermanos religiosos, con muchas lágrimas le perdonasen los defectos que como hombre miserable hubiese tenido, y como todos te-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

nian presentes sus ayunos, sus mortificaciones, su rara humildad, su continua oración y estupendo ejemplo que como luz clarísima se dejaba ver de todos, así dentro de los conventos, como entre los seculares, no es ponderable el torrente de lágrimas que vertían por los ojos todos los que asistían a su dichoso tránsito. Lleno de confianza, y con muestras muy singulares de que su bendita alma comenzaba ya a gustar destellos de los eternos goces, entregó su espíritu a su Creador dejando seguras esperanzas de su salvación eterna. Diéronle sepultura en el mismo convento con asistencia, y aclamación de toda la ciudad de Valladolid, que le veneró siempre como a varón santo. Quiso el Señor calificar la virtud de su siervo con el raro prodigio que observaron todos en su sepultura, pues después de muchos días que había sido enterrado su cuerpo, salía de la tierra tal olor y fragancia que nunca todos los olores juntos, y compuestos por manos de los hombres la pudieron causar semejante. Sólo un dolor, y sentimiento nos deja significado el M. R. P. cronista en la muerte de este varón justo, y es que con la nueva fábrica de la iglesia se ignora el lugar donde se le dió sepultura, y mucho menos esperanzas nos queda a los presentes (de) encontrar sus huesos después de casi dos siglos.

CAPITULO XXX

Vida del contemplativo Fr. Juan Gallina, de apellido Lozano.



UNQUE este V. religioso fué muy conocido en el siglo por el noble apellido de Lozano, después que tomó el hábito en el santo convento de Valladolid, no lo conocian los religiosos con otro nombre que el que le granjeó su mucha caridad de Fr. Juan Gallina, porque era tan caritativo con los jóvenes, y novicios de la religión, y con los pobres, y con los niños necesitados, que se apropió cabalmente las mejores cualidades de la gallina. Esta ave generosa, se señala entre todas las otras aves en el cariño con que cría a sus polluelos, en que (se) enferma por darles vida, en que busca el grano para sustentarlos, manteniéndose ella con abstinencia, y por último porque se expone a las garras del milano por defender debajo de las alas sus polluelos. La crónica de esta santa provincia comienza la vida de este varón contemplativo dando a conocer (le) desde su noviciado, en que fué contemporáneo del V. Fr. Francisco de Castro, y tan igual en el espíritu, y en la santidad de sus vidas, que pudieron ambos ser atlantes de su provincia, querubines de su templo. Profesó la regla seráfica, y la observó toda su vida con tanto esmero, que si no hubiera habido tanta omisión en nuestros padres antiguos, pudiera este V. religioso estar el día de hoy venerado en los altares; pues como dijo el apóstol de Valencia S. Vicente Ferrer, sólo con verificarse que un fraile menor había

guardado la regla seráfica a la letra tenía bastante prueba para declararlo por santo. Ya que nos hallamos en tiempo en que los años nos han consumido las noticias, que en el libro de la vida tiene el Señor mejor que con letras de oro escritas, nosotros que sólo leemos las cortas líneas, que por beneficio de los moldes escaparon en los libros, valiéndonos de ellas pondremos a la vista de todos un diseño de este humildísimo religioso.

El fundamento de toda la regla seráfica es la pobreza evangélica, y en esta se señaló tanto nuestro Fr. Juan Gallina, que como asegura la crónica fué tan pobre que en toda su vida no tuvo más que un hábito a raíz de las carnes, y ese tan roto, y remendado que más parecía composición fingida de remiendos como acostumbran los perdularios, que hábito religioso. Andaba de ordinario con los pies totalmente descalzos, y no tenía por cama más que una tabla de dos cuartas de ancho, donde apenas el cuerpo podía contenerse, y por cabecera un pequeño trozo de viga donde reclinaba la cabeza. Su ejercicio en que se mantuvo muchos años, fué de hortelano, en que cultivando los árboles y cavando la tierra cavaba al mismo tiempo tan profundamente en la consideración de su nada, que era pasmo de humildad a cuantos llegaban a tratarlo. Allí comenzó a ejercitar la santa oración en que fué tan singular, que cuantos instantes le sobraban de su ejercicio corporal los gastaba en la celda en altísima contemplación, y cuando lo buscaban para alguna cosa precisa, lo encontraban arrebatado media vara del suelo, todo absorto en las finezas de su Creador. Asistió toda su vida a las horas en que se reza el oficio divino, y mientras cantaban los religiosos las divinas alabanzas, se arrebatava su espíritu tanto en Dios, que cuando salían de los oficios lo admiraban todos inmóvil como una estatua, y tan fuera de sí como si fuese de piedra. Muchas costosas experiencias hicieron los religiosos en estos raptos, y trasportaciones del siervo de Dios, y como dice el insigne Torquemada jamás hizo sentimiento en ellas por el arrebatamiento de su santa alma, que la tenía toda en Dios.

Floreció con particular excelencia en la virtud de la caridad con sus prójimos, y era tanto el amor con que miraba a los cronistas y novicios de la religión que a todos los abrazaba, regalaba, y consolaba con tan tierno afecto que en viéndoles en cualquier desconsuelo, se iba a ellos desalado como la gallina a la protección del polluelo, y

lo congregaba debajo de sus brazos con los arrullos, y cariños que ella debajo de sus alas, llorando con el afligido tan tiernas lágrimas, que parece le daba a beber en ellas toda el alma derretida. ¡Oh!, y cuántos con estas lágrimas se lograrían plantas fecundas en el ameno huerto de esta santa provincia! De esta virtud de la caridad le nacía una fuente continua de lágrimas que siempre se miraban en su rostro, y eran tan permanentes que como dice su vida le tenían hechos dos surcos en las mejillas como en el santísimo rostro de N. P. S. Pedro. Esto bastaba para mí para hacer altísimo concepto de este varón admirable. De ordinario traía el rostro tan lloroso, y tierno que con sólo verle le amaban todos, y reverenciaban sin conocerle, y no dudaban darle el título de santo, cuando su humildad tiraba a ocultarle el de ser todo bueno.

En los años últimos de su edad, que fueron poco más de 20, vivió en el convento de Guantzindeo (97), que es hoy Salvatierra, donde siguió las mismas huellas que en todo el discurso de su vida. Era entonces el pobre convento de celdas bajas, de terrado, como que estaba a los principios de su fundación, y en el tiempo que habitaba en él este venerable ya las paredes por sus roturas descubrían los secretos de las celdas. Caía pared y media la celda del siervo de Dios, de la casa en que moraba un vecino piadoso llamado Martín Hernández. Este tenía una familia copiosa, y como tenían observada la singular virtud de Fr. Juan Gallina, y oían raros prodigios del siervo de Dios lo acechaban toda la noche por un agujero que había en su celda, y con asombro escuchaban los combates que tenía con el demonio, despreciando sus batallas con palabras de vituperio, y en medio del estruendo, y del horror de tan funesta lucha, observaron que el siervo de Dios tomando unas sangrientas disciplinas se daba tan crueles azotes que ahuyentaba al demonio, y los que lo estaban observando se retiraban a su casa llorosos, y compungidos.

En estos últimos años continuó su oficio de hortelano el V. siervo de Dios, y después que acababa su labor en la huerta, salía a la portería, y llamaba a todos los indezueros del pueblo, y después de él buscaba entre bienhechores, divertía su caridad en espulgarlos y remendar sus andrajos, como hiciera una madre con sus hijos. Viendo los guardianes de aquel pobre convento tan bien empleada la limosna de los bienhechores en las manos de este fiel siervo, le daban licencia amplia para que repartiase entre los pobres todo lo que hicie-

se falta al sustento cotidiano de los religiosos. ¡Oh!, dichoso convento donde así se observaba la santa pobreza. En cada pobre, si no le alcanzaba la limosna nuestro caritativo Gallina eran tantas sus lágrimas, que parecía querer con ellas suplir la falta del alimento. Renovóse en esta santa provincia en el espíritu de un San Diego de Alcalá, y quien leyere su vida encontrará dechado de aquella santidad canonizada en este varón verdaderamente caritativo y digno de las aclamaciones de venerable. Supone la relación de su vida haber tenido el don de profecía, y no refiere alguna en particular, por no haberlas averiguado cuando era la voz común en aquella comarca. No puedo omitir lo que la Crónica de Carmelitas Descalzos dice en el tomo VI pág. 247. Hablando de la fundación del convento que en la ciudad de Salvatierra tiene esta sagrada religión, hace honorífica mención de Fr. Juan Lozano nombrado Gallina. Entre otras profecías de este extático varón se conservaba una en la memoria de los antiguos, que le oyeron muchas veces decir, mirando desde su convento el montecito donde hoy está el de N. Sra. del Carmen estas formales razones: "Vendrá tiempo cuando en aquel lugar se obrarán grandes cosas. Allí habrá unos varones divinos, grandes siervos de Dios, y entre aquellos pedregales deposita Su Majestad un tesoro de soberanos bienes". Los varones ejemplares que desde entonces han ilustrado este santo convento acredita la verdad profética de este bendito religioso.

En este tenor de vida se mantuvo el V. Gallina por más de 70 años, y queriendo el Señor premiar sus trabajos le anticipó la noticia de su muerte, lo cual se supo de esta suerte. Una señora llamada Francisca de Raya, muy afectá de la orden, y particularmente del siervo de Dios, estando para morir pidió para su consuelo fuese a visitarla el guardián con el siervo de Dios; pidióle a éste le diese algo para su partida, y él todo lleno de caridad le respondió, que le daba todos los actos meritorios que podía, si acaso tenía algunos, pero que fuese consolada, que dentro de 8 días se verían allá juntos. Despidióse con éste y a puestas del sol de aquel día murió la señora, y al día siguiente asistió el siervo de Dios al entierro, y funeral sin muestras de achaque alguno. Corrió el novenario, y enfermó nuestro venerable de dolor de costado. Era tanta la valentía de su espíritu que no pudo derribarlo en la cama la enfermedad, hasta el último día de su vida, en que conociendo era llegada su hora recibió todos

los Santos Sacramentos el lunes a las 5 de la tarde, y pidió perdón de sus defectos con muchas lágrimas, y una sepultura de limosna. Expiró puntualmente a los 8 (días) cumplidos que prometió a la difunta, al ponerse el sol de aquel mismo día, dejando a sus hermanos cierta esperanza de que aquella alma bendita sólo se había separado del cuerpo para hacer el tránsito a las felices moradas de una eterna gloria.

Al tamaño del alto concepto que todos tenían de la singular virtud de este grande siervo de Dios, fué el sentimiento de su muerte, y las honras con que le hicieron su funeral llamándole a voz en cuello varón santo. Causaba indecible ternura a todos los religiosos y vecinos españoles de aquel pueblo los clamores de los pobres, y de los niños, y huérfanos, que como polluelos piaban por su espiritual madre el V. Gallina, que había sido el universal consuelo de todas sus necesidades. Duró después de su muerte la aclamación de sus virtudes por tan largo tiempo que pasados más de 30 años determinó el M. R. P. ministro provincial con su V. difinitorio dar comisión especial al R. P. Fr. Alonso de Santa María, para que fuese al convento de Guantzindeo, y abriese la sepultura del siervo de Dios para colocar su cadáver con más decencia. Convocó para esto la gente del pueblo, y quiso el señor mostrarse maravilloso en esta honra que se hacía a su siervo, porque toda la cal que echaron sobre su cuerpo cuando le enterraron, se levantó arriba y formó una como bóveda, que parecía hecha a mano, y por la parte cóncava quedó el cuerpo tan estampado que parecía aquella bóveda de cal, haber servido para vaciar la estatua del difunto. Quedaron todos asombrados con este prodigio, y se radicaron más en el crédito de la santidad del siervo de Dios; y teniendo dispuesta una caja de madera con piadosa veneración, colocaron en ella todos los huesos del venerable difunto, que estaban tan blancos, sólidos y macizos, como el marfil bruñido, burlándose del tiempo, pues en más de 30 años que éstos estuvieron debajo de la tierra, salieron tan tersos como si los sacaran de una arca libre de todo polvo, colocaron la urna en que se depositaron los huesos al lado del Evangelio, y el día de hoy con la translación del convento e iglesia al sitio en que se halla, que es en el centro de la nobilísima ciudad de Salvatierra, no he tenido noticia en dónde puedan estar depositados estos venerables despojos de varón tan memorable, pues corriendo más de un siglo ha borrado el

tiempo la memoria de lo que debía estar estampado en los archivos de esta santa provincia para eterno padrón de sus ilustres y venerables hijos. Nota la crónica que nuestro ilustre Torquemada, en la compendiosa relación que hace del V. Fr. Juan Gallina en el tomo III de su Monarquía, padeció equivocación señalando su sepulcro en Guayangareo, que era el nombre antiguo de lo que hoy es el convento de Valladolid, y es constante que se le dió sepultura en el convento de Guantzindeo, que hoy se intitula la muy noble ciudad de Salvatierra, donde hasta hoy vive floreciente la memoria de este varón santo.

CAPITULO XXXI

Vida del ejemplarísimo varón Fr. Alonso Ortiz.



OMANDO la fuente de su origen, encuentro haber sido la patria de nuestro Ildefonso, la Villa de Almendralejo, una de las fertilísimas en toda Extremadura cuatro leguas distante de la ciudad de Mérida, teniendo por escudo un verde almendro, y la multitud que tiene de almendros le grangeó el nombre de Almendralejo. Aquí se creó nuestro Ortiz, y en la lozanía de sus verdes años se pasó a estas partes de Nueva España, gastando toda la flor de su edad en los devaneos, y entretenimientos del siglo. Hallábase a los cuarenta años de su edad como almendro infructífero, todo flores de vanidad sin fruto de buenas obras. Notó el gran naturalista Bercorio que si al almendro estéril le clavan en la raíz algunas puntas de hierro, es remedio eficaz para que purgue los malos humores que impiden su fecundidad, y con esta diligencia se carga de sazoados frutos. Almendro infecundo hasta 40 años encuentro a nuestro Ildefonso; pero mirando su conversión a la religión seráfica ya le hallo mudado en otro varón, que fijando en su corazón los clavos de la cruz de Cristo, y los que tuvo en pies y manos el alférez seráfico N. P. S. Francisco, se resolvió con entero corazón a alistarse en su milicia, y profesar su seráfica regla. Pidió el hábito de nuestra religión tan allá a los principios que se conservaba la casa de noviciado en el santo convento de Tzintzuntzan. Allí hizo su profesión para religioso lego venciendo para esto no pocas dificultades. Fueron éstas: el que vien-



Convento de Santiago de Querétaro.



Convento de Salvatierra, Gto.



Convento de la Purísima Concepción,
de Celaya, Gto.



Convento de Zitácuaro.

CONVENTOS FRANCISCANOS DE LA PROVINCIA DE MICHOACAN.

do sus prelados su grande capacidad, y talento de letras, quisieron abrirle la corona, y que profesase para el coro. El, como verdadero humilde no se atrevió a admitirlo, y pidió tiempo para consultarlo con Dios. Aquella noche inmediata a la profesión la gastó en fervorosa oración pidiendo al Señor con lágrimas de su corazón se hiciese en aquel punto su santísima voluntad, y si no que amaneciese con una calentura ardiente que estorbase los designios de sus prelados. A la mañana amaneció con tan grande, que el cuidado de curarlo borró el de abrirle la corona, y así profesó para lego cumpliendo su primera vocación.

Mucho le costó a los principios el vencer la fogosidad de su natural; pero con las armas de la mortificación, y penitencia se redujo a una vida toda apostólica. Fué su humildad perfectísima, su pobreza extremada, su recogimiento interior y abstracción de criaturas tan rara que era confusión de los religiosos aun en aquellos tiempos que tanto floreció en santidad esta santa provincia. Su oración era tan continua, que a todas horas del día no perdían los ojos de su alma la interior presencia de su Señor y dueño. Sus penitencias y mortificaciones fueron no sólo dechado sino admiración de todos. Entre otras basta lo que voy a decir, para inferir de esta mortificación las demás. Siendo refitolero del convento de Tzintzuntzan tuvo unas palabras de pesadumbre con otro religioso, y siendo así que el peso de la razón estaba de su parte, se aplicó la pena sin haber cometido la culpa. Al mediodía estando los religiosos comiendo en el refectorio entró por medio de él, desnudo en paños menores, dándose unos azotes tan crueles que atemorizó a los circunstantes, y habiendo dado la vuelta entera, se fué a los pies de su contrario y arrojándose a ellos confesó a voces su culpa, y se los besó con tanta ternura que pudieron sus lágrimas ser lavatorio de aquella ligera culpa. De este tamaño fueron todas las mortificaciones de este siervo de Dios, así subió tan de punto lo aquilatado de sus virtudes que parecía hombre endiosado. La opinión de santo religioso no pudiendo contenerse en los claustros de los conventos se difundía como aroma derramado entre las personas del siglo, por lo cual atraídos del olor de su buena fama lo buscaban para consultar sus dudas, y pedir remedio para sus necesidades.

Viviendo en el convento de Querétaro, cuando todavía era pue-

blo, murió una niña, y sus padres arrebatados de sentimiento llevaron a la niña muerta a la presencia del siervo de Dios y con muchas lágrimas le pidieron interpusiese sus ruegos, para que Dios les volviese lo que les había quitado. Entonces el siervo de Dios, herido de estas voces y lastimado de estos ruegos, levantó los ojos al cielo, y hecha una breve oración, hizo la señal de la cruz sobre la niña, y la resucitó, con que quedaron los padres consolados, y Dios engrandecido en su siervo. Este prodigio le grangeó al humilde religioso mucha mayor estimación entre todas las personas de la república, y al paso que todos le veneraban por santo, él se abatía más en su propio concimiento, dándole a Dios toda la gloria, y quedándose él sumergido en el polvo de su nada, confesando a voces, como verdadero humilde, que todo don perfecto es de sólo Dios, y que la criatura si el mismo Dios no le da la mano no puede levantarse del suelo. Entre los republicanos había uno que miraba con gran reflexión las acciones del siervo de Dios, y se había estrechado con él en grande amistad, por lo cual le visitaba de continuo. Un día que entró en su celda lo encontró espulgando su túnica, y el buen hombre se puso a ayudarle con mucha caridad y llaneza; a poco rato levantando los ojos advirtió que el V. lego se había quedado arrobado en el aire, y sobre su cabeza advirtió una luz tan hermosa, que le servía de corona resplandeciente, y quedó asombrado dando muchas gracias a Dios, que así se da a conser en sus más humildes siervos.

Algún tiempo fué morador del convento de Tarecuato, y allí movido del recogimiento y soledad que ofrece el sitio, soltó todas las velas del espíritu hasta engolfarse en el mar de altísima contemplación. Un día se dignó la Majestad divina darle una consolación tan interna que le penetró toda el alma, y fué tan superabundante que, como él mismo refirió a su confesor, si duraba un credo más hubiera acabado la vida. Quedó desde esta ocasión tan caldeado en el divino fuego, que a cada paso se arrevataba en éxtasis, y vivía como fuera de sí sólo pensando en Dios, hablando de Dios, y de cosas del cielo. Después de muchos años de edad, estando en el pueblo de Querétaro, le cogió la muerte tan bien prevenido como puede el lector inferir de su penitente vida; y viendo llegaba el tiempo de su partida, recibió todos los Santos Sacramentos con grande edificación, y ternura de sus hermanos, y con suma paz se despidió de su espíritu la

peregrino, y pasó a ser ciudadano de la Jerusalem celestial. La grande opinión de su virtud sacó en su muerte muchas lágrimas de los que asistieron a su entierro, y como testifica la crónica, impresa muchos años después, enternecía a todos los religiosos que hacían memoria de él por la falta que hizo en la provincia de este ángel en el nombre y en la vida.



CAPITULO XXXII

*Vida y muerte preciosa del angélico varón
Fr. Miguel de San Gabriel.*



N todo el cúmulo de grandezas con que celebra el insigne autor de la Población de España a la imperial ciudad de Toledo, y del escudo que le pone por armas, sólo me pareció entresacar las que tuvo en lo primitivo, que eran dos estrellas, y dos mundos, para ajustar la vida del V. P. Fr. Miguel de San Gabriel quien tuvo su primera cuna en esta ciudad de Toledo. Las dos estrellas me simbolizan a los dos príncipes celestiales San Miguel y San Gabriel, grabados en su nombre, y apellido como estrellas de primera magnitud en la celestial esfera. Los dos mundos me representan el considerar los pasos de éste varón apostólico, lo que hizo en el mundo antiguo de la Europa donde tuvo su oriente, y lo que ejerció en este nuevo mundo de la América donde tuvo su ocaso. En lo florido de su edad, desengañado de las falacias del siglo, pidió el hábito de nuestra santa religión en la siempre santa provincia de Castilla, y aunque ignoramos el convento donde fué recibido nos da luz la crónica, que por su natural angélico pasó el año de noviciado con tan raro ejemplo que sus virtudes eran centellas de amor divino, y daban a los religiosos en los ojos, para alabar al Señor que tan liberal se mostraba con esta planta reciente de la religión. Con universal aprobación profesó la vida evangélica epilogada en la regla de N. P. S. Francisco, y en tiempo oportuno según las leyes, y estatutos de la

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

religión le dieron estudios hasta quedar enterado de la santa teología, y después lo promovieron los prelados a las sagradas órdenes de epístola y evangelio.

En este estado se hallaba N. Fr. Miguel acabado ya sus estudios cuando se ofreció recoger misión para provincia, y tocado de divina inspiración, pidió patente para venir a estas Indias, a comerciar en la conversión de las almas, especialmente de los pobres indios, asignado desde su principio para esta santa provincia. Incorporóse en ella y como los prelados reconcieron sus grandes prendas de religioso, pocos años después de ordenado de sacerdote lo pusieron en el oficio de guardián, porque su vida inmaculada le suplía la edad de la senectud. A la tercera vez, que en diversos capitulos lo eligieron prelado de uno de los conventos principales, conociendo con grande discreción, y humildad que el estar siempre colocado en altos puestos suele causar desvanecimientos en la cabeza, y exponerse a la caída, renunció el oficio con propósito de no admitir otro en toda su vida, y aunque le costó muchas súplicas y lágrimas con los superiores, por último consiguió no tener más oficio de prelado en todo el resto de su vida. Desembarazado ya nuestro ángel Gabriel de las pensiones que trae consigo todo cargo de gobierno, pues siempre es carga que abrumba los hombros del espíritu lo que es carga que da lustre a lo exterior de la persona, pidió obediencia para el pobre convento de Erongaricuaro, mansión de pocos religiosos, y muy apropiado para su genio retirado, y para la quietud de su espíritu.

Aquí como quien había encontrado lo que vino a buscar a las Indias, que era la conversión de los pobres naturales, y la salvación de todas las almas, se dedicó con toda eficacia a la administración de los santos sacramentos entre los pobres indios, que componían aquel numeroso pueblo. Puesto en el convento de Erongaricuaro, que en su situación domina toda la laguna de Pátzcuaro, se halló su espíritu como la ciudad puesta sobre alto monte a vista de las aguas que la circundan sin llegar a ofenderle y se entregó todo a la observancia, no sólo de la regla seráfica, en que aun en los ápices no se le conoció defecto, mas se le advirtió siempre una continua secuela del coro y una oración a todas horas, de suerte que viviendo entre hombres, toda su conversación era en el cielo con los ángeles. Esmeróse en la pobreza evangélica tanto que no se le conocieron en su celda más alhajas que un hábito, paños menores, un breviario, y una cruz

de palo, que adoraba tierno como lecho en que dió la vida el Crucificado dueño de sus afectos, y de su alma. Siempre anduvo descalzo y era tan honesto, y agradable su aspecto que con sólo mirarlo infundía amor reverencial en los que lo trataban. Fué muy silencioso, tan cándido en sus palabras que en toda su vida no hubo persona que le pudiese notar siquiera una palabra supérflua, virtud es ésta calificada por el Apóstol Santiago el menor en su epístola canónica; pues si el que no refrena su lengua muestra ser vana su religión, por el contrario quien la sujeta a las leyes de la razón da pruebas de verdadero religioso.

Muchas veces observando con cuidado los religiosos la templanza con que se portaba en las palabras nuestro Fr. Miguel, introducían alguna conversación tocante al gobierno de la provincia, por ver si se descuidaba en carearse alguna de las partes; pero apenas escuchaba la primera palabra, cuando encogido de hombros, se iba levantando, y se partía derecho al coro a encomendar a Dios aquellas materias, pareciéndole que el oírlas era lo mismo que acatarlas. Esta experiencia introdujo en los religiosos un respeto tan reverencial para con el siervo de Dios que delante de él no se trataba más que del servicio de Dios, y de materias espirituales, y a cuanto le preguntaban en este punto respondía con tanta afabilidad y dulzura que dejaba enternecidas las almas, y llenas de consolación interna, que les daba a conocer la perfección de ida que tenía este varón apostólico. Era por esto el común recurso de los afligidos y en quien con sólo escuchar sus palabras encontraban todo su consuelo. Paralelo lo hace la crónica en este punto del Seráfico Doctor San Buenaventura, de quien dice su vida, que sólo con mirarle el rostro se aplacaba el iracundo, y con oírle sus palabras, el más afligido se reducía, y quedaba con la serenidad, que el valle con la presencia del sol.

En este bendito religioso se dejaba ver que en los dos nombres de ángel, que por elección de Dios le tocaron en suerte, fué para que discurriésemos tenía mucho de ángel en lo interior, y en lo exterior así en los adornos del alma como en la compostura del cuerpo, siendo su conversación, y palabras instrumentos con que acreditaba esta verdad. Sólo mirarle era bastante para que el iracundo se compusiese, el triste alegrase, el que con él hablaba ahuyentase de su corazón los temores, y de todo esto fueron testigos los que tuvieron la dicha de conocerle. Un religioso de todas prendas, que trató, y

comunicó mucho tiempo a este siervo de Dios, dijo muchas veces que le causaba admiración el que este V. Padre no hubiese hecho muchos milagros, porque cuando miraba su vida, examinaba su mucha oración, y atendía la candidez de sus palabras, y observancia de su regla, se encogía de hombros, y remitía el caso a los incomprendibles juicios de Dios. Es cierto que no es de esencia de la santidad el hacer milagros pues del mayor de los santos por boca del mismo Cristo, que es el Bautista, dice el mismo evangelio que no hizo milagro alguno.

Aquí se me ofrece para el curioso que hubiere leído al siempre erudito Paoletto, que hace empeño de predicar a S. Juan Bautista en todo semejante a Cristo, y él mismo se hace cargo de que le podrán oponer que a N. Redentor se leen en los evangelios muchos milagros, y de San Juan ninguno; pero que de esta desemejanza se arguye la mayor conformidad, y semejanza entre Cristo y Juan. Tomad, dice el elegante augustiniano, unas balanzas en las manos, poned una moneda de oro, en una y en la otra colocad en el mismo peso del mismo metal, otra moneda, levantad las balanzas, y hallaréis el fiel en equilibrio: para que una suba, y otra baje, quitad de una balanza algo, y cargadlo a la otra, y veréis como una sube y otra baja. Cristo y Juan en la estimación de los judíos parecían iguales, y para que no se equivocase con Cristo dispuso la eterna sabiduría quitarle a la balanza de Juan los milagros y colocarlos todos en la de Cristo, para que no tuviesen por Mesías al Bautista.

Volviendo a nuestro Angel Gabriel, cuya virtud, y santidad de vida en la estimación común de los religiosos de su tiempo, pudiera poner en opinión la virtud acrisolada de los primeros fundadores de esta santa provincia, acreditada con manifiestas maravillas y milagros, dispuso el cielo no obrase maravilla alguna, siendo toda su vida un continuo milagro, para que en el peso de la estimación de los religiosos subiese en alto la balanza de la virtud de los fundadores, y quedase sin perder punto de estimación este hijo suyo, que aunque no se cuentan de él raros prodigios, merece el más subido aprecio en la opinión de todos. Sin llegar a la senectud lo llamó el Señor para sí, y este aviso le encontró en el mismo convento de Erongaricuaro, donde con la preparación de todos los santos sacramentos, y ejemplares disposiciones dejó este mundo en que siempre se miró como

mortalidad para ir a gozar los premios que tiene Dios para sus escogidos. Diéronle sepultura en la iglesia del antiguo convento, y sus venerables huesos con el tiempo están ya confundidos con los de otros muchos V. religiosos que se han sepultado en este mismo convento.

CAPITULO XXXIII

De un caso memorable sucedido en el Convento de Uruapam.



COMO el que escribe una crónica está obligado, según leyes de la historia, a referir todas las cosas memorables sucedidas en la provincia de quien escribe, me veo precisado a reproducir un caso tan memorable, de que es digno de que no se sepulte en el silencio.

En aquellos tiempos primitivos, siendo guardián del convento de Uruapam el P. Fr. Alfonso Templado, religioso de mucha virtud, y observancia, y de los primeros que tomaron el hábito en esta provincia, aconteció que un secular, nacido en Europa, quien venía de tratar y contratar en la tierra más adentro de la sierra, siéndole preciso volver atrás para cobrar cantidad de pesos que le debían suplicó a este siervo de Dios le guardase una poca de plata que traía consigo, y que la depositase donde le pareciese con la seguridad de que se prometía de su mucha virtud, y religiosidad porque su ánimo era cobrar lo que le debían, y junto con lo que dejaba en depósito, volver a España donde era casado y con hijos. Oyó el virtuoso padre la súplica, y aunque por ser tan observante de su regla vivía muy lejos de ser custodio de la plata, se hizo cargo de que si no le daba algún corte a lo que se le pedía, podía perder el buen hombre su dinero, y hacerle mucha falta a su mujer y a sus hijos aquel socorro. Con prudencia y caridad dispuso llamar a los prios-

tes en aquel pueblo de quien fiar el depósito y les encargó a los indios tarascos llevasen al hospital aquella plata, sin tener curiosidad de verla ni contarla, y que en el aposento más retirado de dicho hospital la ocultasen con todo secreto debajo de la tierra hasta que él la pidiese para volvérsela a quien se la dejó en depósito, que todo esto les hizo patente el virtuoso guardián a los indios caciques, para que no imaginasen ser cosa suya, y bien lo sabía todo el pueblo que nunca vieron en sus manos un medio real. Ejecutaron los tarascos lo que se les ordenaba, con tanta puntualidad y secreto como profesan reverentes a la obediencia de sus ministros, y esto relucía más en aquellos primitivos tiempos. Con esta diligencia se fué el hombre a su cobranza y murió en la demanda sin hacer testamento, ni declarar de palabra ni por escrito lo que dejaba depositado en Uruapan, que llegaba hasta la cantidad de seis mil pesos. Fué corriendo el tiempo, y el guardián no hizo recuerdo de lo que le habian encargado, y los caciques que depositaron en la tierra la plata murieron con la peste general que hubo en aquellos años, murieron todos, y quedó la plata tan olvidada, como las cenizas en los sepulcros. En una de estas pestes generales que fué la mayor el año de 1576, en la cual según el puntualísimo Torquemada se averiguó haber muerto en toda esta Nueva España más de DOS MILLONES de personas; y por asistir caritativo el guardián murió tocado de la misma peste sin haberse acordado de la plata que le dejaron en depósito, desgraciada plata que tan olvidada estuvo tantos años debajo de la tierra. Pasaron muchos años sin que se descubriese este secreto, hasta que siendo guardián de este mismo convento el P. Fr. Antonio Hernández, religioso de acreditada virtud, y excelente ministro en la lengua tarasca, quien tenía por costumbre irse al coro todos los días de cinco a seis de la tarde a hacer su ejercicio de oración vocal y mental. Saliendo una tarde de esta santā ocupación cerca de la noche se arrimó a un antepecho del claustro enfrente de la puerta que salía al dormitorio. Volvió accidentalmente el rostro hacia un lado movido acaso en lo anterior, y vió venir para él un religioso calado de capilla, las manos metidas en las mangas sesgado el cuerpo, y desconociéndolo le preguntó quién era. El difunto le respondió ¿no me conoce, padre guardián? Yo soy Fr. Alfonso Templado, que siendo guardián de este convento me entregó fulano tanta cantidad de plata para que se la guardase, porque quería irse a España, donde era casado y con

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

hijos: se murió él y también yo sin acordarnos de ella. Este descuido y falta de memoria, ha más de treinta años que estoy pagando en el purgatorio, y así vengo, de parte de Dios a decírselo a V. R. para que vaya a tal parte, y cave la tierra, que allí hallará la plata sin que falte nada, para que la despache a tal parte en España a sus hijos y nietos, de los que le dijo sus nombres y el de su padre. Esto me mandó Dios dijese a V. P. de su parte, y yo por misericordia me voy a descansar.

El P. Guardián Fr. Antonio Hernández fué otro día al lugar señalado por el difunto y cavando la tierra encontró la plata sin que le faltase un maravedí, liada y puesta como si no hubiera estado enterrada. Hizo toda diligencia para despacharla teniendo a mano la ocasión de salir la flota que estaba surta en el puerto, por no remitirlo a la memoria, que tan caro cuesta en la otra vida. Si un olvido, sin malicia, se paga, con más de treinta años en el purgatorio, ¿en qué confían los que sin hacer lo que tienen de obligación para con los difuntos, que se pasan más de treinta años sin hacer memoria de lo que se encomendó a su cuidado? Si una culpa leve así se castiga, mucho tiene que temer, quien habiendo cometido muchas culpas graves, aunque las haya confesado no ha hecho por él la digna penitencia. (98).

CAPITULO XXXIV

Del origen y milagros de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del pueblo de Tzitácuaro.



ENTRE los santuarios que venera la devoción en los límites de esta santa provincia, tiene lugar prominente el de Ntra. Sra. la Virgen María conocida en este reino por la Virgen de San Juan de Tzitácuaro (99) que se venera en nuestro convento siendo su origen y maravillas las que han dado crecimiento a aquella santa casa, conservación a toda la comarca y consuelo universal de todos los vecinos de todo aquel pueblo. Descubrióse, pues, esta perla de los cielos con este suceso maravilloso. Venía de los reinos de Castilla Juan Velázquez de Salazar a tomar posesión de una encomienda de Taximaroa, y traía consigo esta peregrina hermosura, venía en una caja bien guardada la imagen, cargada en una mula, y al pasar por delante de la iglesia se salió de entre las otras mulas, que eran muchas las que venían cargadas, y se entró por el patio de la iglesia yéndose derecha a la puerta donde hizo pie; haciendo muchas diligencias para sacarla de allí no pudieron. Juntóse con la novedad mucha gente, y viendo que no era posible apartarla de allí, ni a golpes, ni a palos, conoció el dueño y se persuadieron todos los circunstantes que era voluntad de la Señora quedarse en aquel templo que elegía con esta maravilla por Tabernáculo, y así descargaron la mula,

y pusieron la santa imagen en la iglesia. Repitióse en el bruto animal otro maravilloso suceso, porque apartándose un poco de la puerta, volvió a pararse sin ser dable juntarla con las demás mulas, y aunque llamaron gente que la estirase, se dejaba caer sobre las rodillas, vuelta la cabeza para adonde había quedado al imagen, sirviéndose el Señor de honrar el simulacro de su Madre Santísima con las adoraciones de un bruto sin entendimiento para que los que lo tienen alaben sus misericordias, como lo hicieron en esta ocasión todos los que se hallaron presentes, y divulgándose el milagro de esta imagen por todo el reino.

Venían a visitar de todas partes, llamándola en sus necesidades, e invocándola en sus aprietos. Llegó la noticia de las maravillas de esta imagen a los piadosos oídos del Siervo de Dios, Fr. Francisco de Castro, cuya vida queda escrita en el Capítulo XXVIII de este mismo libro, y con ardientes deseos de dar culto a tan peregrina imagen se fué a la iglesia a visitarla, y le ofreció los más puros afectos de su corazón, que era la mejor víctima que podía consagrar en obsequio de tan gran Señora, detúvose algunos días recreando su alma con este simulacro de su Reina, y considerando que no estaba con todo aquel culto que a tan milagrosa imagen se debía, determinó llevársela consigo para el convento de Valladolid donde era perpetuo limosnero, y para este efecto mandó labrar una caja muy curiosa, tomando el oficial la medida con todo cuidado. Hecha la caja, bajó con sus propias manos la imagen del altar, y al querer meterla en la arca, advirtió que sobrepujaba tres dedos. Llamó al oficial, y allí en su presencia le tomó otra vez la medida, con acuerdo que la hiciese un poco mayor para que cupiese. Hízose así y queriéndola meter en la arca no cupo, y sobrepujó otros tres dedos, no obstante forcejeando para que cupiese le lastimó la punta de la nariz, y también sobre una ceja. Viendo el siervo de Dios que se le resistía con milagros, conoció la voluntad de la Señora, y mudó la suya dejándola en su casa, donde hasta hoy está obrando continuas maravillas.

Era entonces la iglesia muy pequeña, pobre y necesitada; pero siendo casa escogida por tan Soberana Reina corría por su cuenta el que se mejorase su templo, pidiendo nuevo edificio con voces mudas las paredes que eran de terrado, y cada día amenazaban su ruina. En este mismo tiempo un vecino honrado de Tzítacuaro nombrado Manuel de Santa Cruz padecía tantas ruinas en su caudal, aque-

jado de la pobreza, que determinó dejar su mujer e hijos, y desamparar su casa, que antes había sido opulenta, y partirse a lejanas tierras, por no escuchar los clamores de sus hijos, ni lidiar por sus deudas con escribanos y procuradores. Con este designio caminando para el poniente, prometió hacer una novena a esta Señora, y proponerle sus necesidades, esperando de su liberal mano el socorro de ellas. Hizo su novenario con todo aquel afecto que dicta la necesidad, la cual siempre es devota, y saliendo para proseguir su viaje, el amor de los hijos le hizo torcer la rienda, y determinó ir a escondidas a ver a sus hijos, y darles los últimos abrazos porque ya se consideraba de una vez perdido. Yendo muy pensativo por su camino, se encontró de improviso con un indio, que le preguntó para dónde iba, que cuando mozo se acordaba le había servido, y Manuel de Santa Cruz no se acordaba haberle visto en toda su vida. Después de estos primeros cumplimientos, como le dijo el indio que qué tenía, pues parecía iba triste, que se lo dijese, y podría ser que él le remediase. El caballero le respondió que sus trabajos no se remediaban con contarlos, y le pareció cosa ociosa darle cuenta de ellos a aquel pobre indio. Por fin instado de él, le hizo relación de los quebrantos que había padecido su caudal, y que por estos se ausentaba de su casa. El indio le dijo que no tuviese pena, que él se acordaba haber visto una mina cuando mozo, que se fuese con él, y se la mostraría para que se remediase, con condición que pagadas sus deudas hiciese iglesia a la Virgen de Tzitácuaro donde había tenido las novenas. Fuese con él aunque receloso de algún engaño, y llegando a Sultepeque le mostró el indio la mina, y le dijo que la cavase, y antes de una vara encontraría una grande riqueza, y que se acordase de lo que le había dicho, que él volvería a ver, y a vuelta de ojos se le desapareció, dejándolo envuelto entre sospechas y esperanzas. Comenzó a cavar la mina, y luego descubrió la veta que prometía grande riqueza. Fuese a México y la registró. Después saca tanta plata que pagó sus deudas, y quedó con tanta prosperidad que hizo la iglesia de la Santísima Virgen de cal y canto y le puso retablo en su altar, y órgano en su coro, reconociendo a esta Soberana Imagen por autora de sus felicidades, y remedio de toda su familia.

Todos debemos venerar este portentoso milagro, y celebrar la magnífica liberalidad de esta gran reina que dispuso, con modo

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

prodigioso, el que primero se remediase este hombre, y que después le labrase templo, y le dedicase altar para su culto. Dije al principio haber sido este hombre vecino de Tzitácuaro, porque si no lo fué cuando hizo sus novenas, me persuado se vendría con su familia a vivir donde había encontrado su remedio.

CAPITULO XXXV

Cuéntanse otros insignes milagros de la Imagen Peregrina.



ORRIO la voz de los milagros que obraba esta Soberana Imagen por toda esta América Septentrional, y venían de todas partes los que se hallaban enfermos, y necesitados a buscar la fuente de la salud. Motivado de la necesidad se puso en camino Hipólito Rodríguez, vecino de las minas de Temascaltepeque, trayendo consigo una hija suya de ocho años. Viendo que no había remedio humano, apeló a buscarlo en la que es la salud de los enfermos viniendo a Tzitácuaro a hacer unas novenas con su hija. Estaba la enferma ya tan falta de fuerzas, que con mucho trabajo pudieron traerla en hombros de indios, pareciendo a todos que su vida más que natural era dispensada por misericordia divina. Llegó en fin a la Iglesia de la Señora, y en tan buen tiempo empezó su novena desde la misma cama, que al tercero día se sentó sola, al sexto se levantó y anduvo por su pie, y al noveno estaba tan sana, fuerte y rozagante que parecía haber sido cosa soñada toda su prolongada enfermedad, causando a todos pasmo, y admiración una mudanza tan repentina, y milagrosa, pues vieron con sus ojos en nueve días tornada la palidez de la muerte en hermosura rozagante, los miembros tullidos con agilidad de un cuerpo sano, y la enfermedad de ocho años convertida en robustez en nueve días. Divulgóse este milagro



IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS, que se venera en Zitácuaro, Mich.—*Cortesía del Sr. Pbro. Luis G. Cerda.*

por toda la tierra, y llegó a oídos de un fulano Jiménez, síndico del Convento de N. P. S. Francisco del que entonces era pueblo de Toluca, hombre muy rico, y poderoso, y dijo a los que le contaban el milagro: que mujer con quien la Virgen había osado tamaño prodigio era buena para que él honrase su casa con ella, y así la casó con un hijo suyo sin reparar en su mucha pobreza (estorbo que a la nobleza misma sirve de impedimento para ser solicitada la que es pobre aunque tenga muchas prendas para un decente estado) dotóla el caballero con mucha cantidad de pesos, siendo esta tan rara maravilla, que pudiera competir con la de haber sanado, pues la piedad se persuade que todo se debió a la Señora del mundo, que a la tullida dejó buena, y sana y a la que era pobre movió el corazón de este caballero para que la dejase acomodada y rica.

Otra mujer de la jurisdicción del pueblo de Tzitácuaro llamada Jerónima de Bautista, estando tullida de ambas piernas, y de un brazo; viéndose sin remedio prometió unas novenas a esta Señora, y habiendo ido a cumplirlas, al subir unas gradas que están en la puerta de su iglesia, la subieron dos personas por los brazos, y otras dos por las espaldas. El primero día confesó, y comulgó, con que el otro día volvió a la iglesia más aliviada; el tercero fué por su pie, sin que la ayudase nadie, y al último se sintió tan buena que anduvo por el pueblo. Volviéndose a su casa pasó por el pueblo de Tuxpam, y (se) encontró con el guardián de aquel convento y otro religioso, y refiriéndoles el milagro, tiró una naranja con el brazo que la había sanado, con la destreza que pudiera el vigor nativo. En reconocimiento de este milagro, y vínculo de su memoria, se llevó esta mujer una camisa de esta Señora, y la tenía con la veneración que se merece, y socorre con ella los mayores aprietos. Estando de parto una negra esclava de esta señora, que la quería mucho por su buen servicio, el niño que parió salió ya muerto. Movida toda la casa del sentimiento, trajeron la camisita de la Virgen, y la pusieron sobre el cuerpecito muerto, y dentro de tres Credos empezó a bullirse, y calentarse, con que resucitó, y vivió ocho meses, obrando Dios esta maravilla con sola la reliquia de la Imagen de su Madre Santísima.

Juan Rodríguez, natural de la Ciudad de Almagro, en el reino de Castilla tuvo una pendencia, y en ella le llevaron de tajo una oreja, y dos arterias de las cuales corría tanta sangre, que parece se llevaba la vida en los raudales con que se apresuraba. Llamaron

a los cirujanos, y hechas cuantas diligencias tiene la medicina no pudieron restañar en dos días la desatada corriente de la sangre, por lo cual lo desahucieron, por verle ya sin pulsos, ni alientos que prometiesen algún alivio. El enfermo entre los parasismos y desmayos pidió una reliquia de esta Soberana Imagen y le trajeron un puñetito de los suyos, que aplicado en la cisura o venas rotas, por donde manaba la sangre al punto se estancó, quedándose el enfermo dormido, y cuando despertó se halló bueno, y sano.

Estándose haciendo la iglesia de esta Señora, se ofreció subir dos vigas a lo alto del crucero, para cuyo efecto se pusieron dos morillos, por donde subirlas, al tirar de una se cortaron los cordeles, porque era muy grande, y pesada, y se despidió con tan grande violencia, que hubiera hecho pedazos a muchos indios sobre quienes ella iba cayendo a no detener su furia con las voces y plegarias a la Santísima Virgen, que parecían estribos con que la detuvieron en medio del precipicio, hasta tanto que se apartaron, y luego al punto cayó, estremeciendo a todos los circunstantes que daban gracias a su Libertadora por tan manifiesto milagro.

Pedro Fernández de Mata, se partió de estos reinos a los de Castilla para traer una sobrina suya que necesitaba de su amparo, y libró el buen viaje en la intercesión de esta Señora, cuyas maravillas divulgó por todas partes que pasaba. Llegó a las islas de Canaria, que era a donde iba, y se embarcó de vuelta con la sobrina para estas Indias. Engolfados ya en mar alto le sobrevino una tormenta tan deshecha que ya parecía hundirse el navío en los abismos y a poco tiempo se estrellaba con las nubes. Tanta fué la confusión de los navegantes que todos se confesaban a voces. Cerróse la noche con tinieblas tan espesas sin parar la tormenta, y los bramidos del mar, y golpe de las olas confundían las voces de los que ya se daban por perdidos. En tan terrible aprieto se acordó este hombre de la Virgen de Tzitácuaro, y convocando a todos los marchantes contaba sus prodigios, exhortándoles a que invocasen su fervor para que los librase de tan conocido riesgo. Como la necesidad es tan devota, clamaron todos pidiendo el favor de esta Señora, y al punto cesó la tormenta, se serenó el aire, y quedó la mar en leche, confirmando todos en la devoción de esta Imagen con milagro tan patente.

Otros milagros, dice la crónica, que pudiera referir; pero los dejó en silencio, y yo sólo puedo decir que son muchos los que hasta el día presente hace esta Soberana Imagen, y aunque la voz pública de la fama extiende por todas partes sus prodigios, no puedo singularizarlos porque me faltan instrumentos auténticos, sin los cuales, faltaría la fe debida a una historia verdadera.

Para concluir las memorias de este santuario y satisfacer en algo a la curiosidad devota, advierto que la santísima imagen es de escultura, y de perfección peregrina en todas sus partes, y en el tamaño de la imagen según me he informado, tendrá con peaña, y todo tres cuartas con corta diferencia. Es imagen de Concepción, y sólo tiene de diferencia, que abriga en su pecho un Niño Jesús muy pequeño con ademán gracioso de apretarlo con las manos. Al presente está muy adornada la soberana imagen, y para dilatar más su devoción ha tomado a su cuenta el culto de la Señora el M. R. P. Fr. Felipe Velasco, segunda vez ministro provincial de esta santa provincia, disponiendo se haga la iglesia de bóvedas como se está ya ejecutando este de 1750, en el pasado de 49 dió en la estampa S. P. M. R. un cuaderno pequeño del origen, y milagros de la Señora y juntamente una novena muy devota para celebrar el Misterio de la Concepción de MARIA Santísima (100) venerada en este santuario de la villa de San Juan de Tzítácuaro (101).

CAPITULO XXXVI

Dáse noticia del M. R. P. Fr. Juan López, y de lo que hizo en honra de esta santa provincia.



NSTE ilustre religioso es acreedor de las memorias especiales de esta crónica, así por sus singulares prendas, como por los oficios que obtuvo en la religión, y lo mucho que ilustró esta santa provincia. Créose para la religión en la santa provincia de los Angeles, donde con mucha religiosidad estudió artes, y teología, y siendo ya sacerdote pasó a esta Nueva España, y se incorporó en Michoacán. Mantúvose muchos años con singulares créditos de religión, y púlpito, de que dejó honoríficas memorias en esta provincia. Fué electo ministro provincial el año de 1613, siendo el tercero en orden, después que se dividió esta provincia de la de Guadalajara. Dió cumplimiento con su acertado gobierno al oficio en que la puso la religión, pues no sólo conservó en los conventos la observancia de la regla, sino que dió singular aumento en lo temporal a toda la provincia, fundándole un colegio de estudios mayores en la villa que era entonces de Celaya, con las circunstancias que diré en este capítulo.

Vino por comisario general de estas provincias el año de 1613 el M. R. P. Fr. Cristóbal Ramírez de la misma provincia de los Angeles, y después de haber acabado el oficio de provincial N. Fr. Juan López viniendo el sobredicho comisario general a celebrar capítulo a esta provincia, que para quitar la confusión fué el año de

1616, se lo llevó consigo haciéndole secretario general, y lo incorporó en la provincia del Santo Evangelio, y el mismo con votos del capítulo que se celebró en la Puebla de los Angeles, hizo a éste su comprovinciano provincial del Santo Evangelio. Pocos días después de su elección murió el comisario general, y entró subrogando el oficio el M. R. P. Fr. Juan López, y se mantuvo en él poco tiempo, pues la Cronología de Comisarios del Teatro Mexicano pone la venida del sucesor Fr. Diego de Otalora el año de 1617. Después de haber tenido todos los oficios sobredichos, siendo guardián de la Puebla murió en aquel santo convento bien desengañado de que todo se acaba con el tiempo, y habiendo tenido en estas partes todos los oficios de la orden, y fuera de ella el haber sido calificador del Santo Oficio, y tres veces consultado para obispo sólo nos dejó la crónica por remate de tantos cargos el decir con voz enfática: quiera Dios haberle dado la última felicidad.

Gobernando esta provincia el sobredicho M. R. P. Fr. Juan López, enfermó en la villa de Celaya Pedro Núñez de la Roja, hombre muy rico, y tan devoto de nuestra santa religión, que habiendo de hacer su testamento, llamó al dicho provincial que entonces estaba allí, y le dijo que le hiciese el testamento, con tal que toda su hacienda la dejase al Convento del Señor San Francisco. Obligado de esta resignación, y empeñado en su cumplimiento, confirió el modo, trazó el testamento y acordó de fundar un colegio donde los religiosos estudiasen artes y teología y juntamente los hijos de la villa. Resuelto ya el punto comunicó lo acordado al mismo testamentario, y complaciéndose de él, se puso en obra, y se otorgó en toda forma dejando en él por heredero de toda su hacienda al colegio para que le rentase lo necesario al sustento de los colegiales, que fueron tres mil, y ochocientos pesos todos los años, en labores de trigo, y otras posesiones. Dejó nombrado en el testamento por rector perpetuo del colegio al mismo M. R. P. provincial, y después a todos los que le sucedieran en el oficio, para que así tuviese mejor expediente la conservación de una cosa tan importante.

Muerto Pedro Núñez de la Roja trató el rector, como provincial actual, con el difinitorio de la provincia de enviar a Roma por la dispensación, y confirmación del colegio, por cuanto en nuestra regla no se permiten rentas, ni patrimonios, ni en común, ni en particular. Debo advertir para evitar toda confusión a los lectores, que en el

tiempo que se despachó, para solicitar el breve de su Santidad para la fundación del colegio, era provincial el M. R. P. Fr. Francisco Villalva, hijo de la Santa Provincia de la Concepción, y me fundo para esto en que se hizo la súplica a la Santidad de Urbano VIII, y este pontífice el año de 1624 estaba en el segundo de su pontificado, y ya por este tiempo no estaba de provincial el M. R. P. Fr. Juan López primer rector nombrado para el futuro colegio. Llegó la petición suplicatoria a los oídos de N. Smo. P. Urbano VIII para que dispensase en esta forma de legado, por lo que se oponía al estilo común de toda nuestra seráfica religión; en la misma forma a lo substancial de la regla se habían erigido otros muchos colegios para estudios en muchas provincias de la orden.

Todo lo concedió su Santidad como se pedía, con los privilegios que gozan los demás colegios de nuestra orden por mostrarse siempre padre de toda ella, cuyas palabras pondré aquí como las refiere la crónica: "Praeterea que dicto Collegio vigore praesentium erigendo, constituendoque, illius Rectori, Lectori seu scholaribus et alius personis pro tempore existentibus, quoad omnibus et singulis privilegus, facultatibus, libertatibus, immunitatibus, exemptionibus, etc. Quibus caetera Ordinis et Provinciae praedictae Collegia illorum Rectores, Lectores, scholares seu collegiales, et aliae personae pro tempore existentes de iure, usu, privilegio, consuetudine et concessionibus Apostolicis ac Regis vel alius quomodolibet utuntur, fruuntur potiuntur et gaudent: ac uti frui et potiri et gaudere possunt et poterunt quomodolibet in futurum, dummodo familia sint in uso nec hactenus revocata aut sub aliqua revocatione comprehensa, similiter et pariformiter, ac sine ulla prorsus differentia, uti, frui, et potiri et gaudere libere licite valeant. Itidem perpetuo concedimus et indulgemus etc. Datum Romae, apud Sanctam Mariam Maiorem, sub Annulo Piscatoris. Anno 1624 secundo sui Pontificatus".

El patrón de este colegio ha sido siempre por voluntad del testador el síndico del convento, quien corre con las rentas y provee de todo lo necesario en propia especie a los colegiales, según la disposición del R. P. Guardián del convento. La concesión del Colegio no se limita tan solamente para los religiosos, sino también para los hijos del lugar conforme con la voluntad del testamentario concediéndole todas las gracias, exenciones, inmunidades, y privilegios que a todos los demás colegios de nuestra orden que son muchos, y exce-

lentes. Recibido el buleto se remitió a la provincia en tiempo que el edificio material del colegio estaba ya algo adelantado, aunque le faltaba mucho para su perfección. Celebróse capítulo provincial en el mismo colegio el año de 1637, presidiéndolo el M. R. P. Comisario general Fr. Luis Flores, y con acuerdo de todos se decretó que en virtud del buleto de su Santidad se pusiesen los estudios de gramática, y arte para los hijos de Celaya, y un día después de San Lucas del mismo año el M. R. P. Fr. Cristóbal Vaz, provincial electo en este capítulo, puso maestro de gramática, y se abrieron los estudios, y el año siguiente de 38 se puso lector de artes a 8 de noviembre día octavo de todos los santos. Desde este día quedaron corrientes los estudios, y siempre han ido en aumento, como lo haré patente, siendo Dios servido, cuando vuelva a hacer mención de este insigne colegio tratando de él con más extensión en llegando a escribir el libro V de esta crónica. (102).

Lo que más ilustra a este noble colegio es el estar dedicado a la Concepción Inmaculada de MARIA Santísima a cuya advocación estaba fundada desde sus principios la villa de Celaya, de cuyo origen daré más individual razón cuando trate de la fundación de este convento, y se conoció que la Purísima aceptaba el obsequio en haber deparado a la devoción de aquellos primeros vecinos una imagen suya tan bella, y milagrosa que parece el más vivo retrato de su original, siendo lo más apreciable para la estimación, el ignorarse quién la fabricó, ni por qué mano la consiguió la villa. Es de vara y media de alto, con tan singular proporción, y donaire, que cada vez que se mira con lo risueño del rostro, y modestia del aspecto, trueca las admiraciones en gozos, y los gozos en admiraciones, y así se atribuye a obra soberana. Es esta divina imagen el imán de todas las voluntades, y el común refugio en todas las necesidades. Como toda aquella tierra es de labores, y ganados, cuando les falta a sus tiempos la lluvia, no tienen otro asilo que implorar el patrocinio de esta soberana aurora. Hubo año que por los principios de agosto no había llovido, y estaban los campos perdidos, las hambres ciertas, y la peste en los indios evidente. En este aprieto libraron sus esperanzas en esta imagen, y le prometieron un novenario muy solemne, y para darle principio ordenaron sacar la imagen en procesión, para el convento de San Agustín. Sacáronla como a las nueve del día estando el cielo tan raso, y sereno, como en el canicular más

ardiente. Apenas los cielos vieron el rostro de su Señora; cuando en-
ternecidos le inclinaron la cabeza, y al volverse a su convento como
a las once se levantó sobre esta villa una nube tan pequeña como
un vellón de lana, y extendiéndose por toda ella, a las tres de la
tarde despidió tanta agua, que cada calle era un río y la circunfe-
rencia era un mar, sin que lloviese en otra parte alguna, con que se
mejoró el año. Otras muchas veces han experimentado el socorro
de las aguas con esta misma diligencia como es patente a todos
los vecinos de Celaya hasta el día presente, y el caso referido tuvo
por testigo ocular al M. R. P. Fr. Alonso de la Rea, que lo dejó es-
tampado en su crónica impresa el año de 1640.



IMAGEN DE LA PURISIMA CONCEPCION, que se venera
en la ciudad de Celaya. Gto.

CAPITULO XXXVII

Descubrimiento del Río Verde, y quién fué el primer ministro que puso los cimientos de aquella custodia.



UANDO se dividió esta santa provincia de la de Guadajajara quedó tan ceñida que no le quedaba rumbo, por donde poder explayar sus conventos. Advierte en su Monarquía N. Torquemada, que a la provincia de Jalisco le quedaban muchas tierras para acrecentar el número de sus conventos; pero que a la de Michoacán no le quedaba esa comodidad, por estar cercada por la parte del Oriente de la provincia del Santo Evangelio; por la parte del Norte de la de Zacatecas; por la del Poniente de la de Jalisco; y por la parte del mediodía del Mar del Sur y partidos y beneficios de clérigos, y sin esperanzas de ser más en algún tiempo. Esa puerta, para salir de este laborioso círculo en que ya no meditaba extensión el grande Torquemada, la descubrió el V. P. Fr. Juan de Cárdenas, honra, y lustre de la población de Querétaro. Este V. religioso fué nativo del pueblo de Santiago de Querétaro del linaje de los Cárdenas, familia tan ilustre, como opulenta. Sus padres tenían muchas haciendas de ganados mayores y menores en estos sitios de Río Verde, y con esta ocasión llevado de su celo el V. P. Cárdenas, y con la ayuda del socorro de sus padres, y parientes, siendo como era insigne ministro en la lengua otomita se fué introduciendo con la predicación apostólica por todas las naciones, y pueblos de este idioma hasta

llegar a la cabecera de Río Verde donde redujo a la fe de Cristo a innumerables gentiles.

Hizo su asiento en la cabecera de Río Verde, y fundó el pueblo de Santa Catarina Virgen, y Mártir, fabricó convento regular con morada suficiente, para que hiciesen allí pie los religiosos, que después entrasen, y desde este sitio hizo muchas jornadas a las naciones bárbaras de todo aquel contorno, y como aprendió con perfección el idioma de estos gentiles, fueron muchos los que se sujetaron al yugo de nuestra santa ley, y recibieron el santo evangelio; con que podemos decir que él puso las primeras bases de este espiritual edificio, y habiendo gastado en esta empresa muchos años, se vino a la presencia de sus prelados a dar noticias de la copiosa mies que había descubierto de gentiles que pedían a voces el santo bautismo, y que eran necesarios muchos ministros para que se fundasen nuevas misiones, y pueblos, y hallándose el V. P. Cárdenas muy cargado de años, y trabajos se retiró al convento de Tzintzuntzan para echar la clave de sus virtuosas operaciones, y en una peste general que vino sobre los indios, se aplicó con tanto fervor, y celo a su asistencia curándolos personalmente, que se le pegó el contagio, y reconociéndose herido, recibió todos los Santos Sacramentos, y murió en la demanda de su apostólico oficio con grande ejemplo, y edificación de los religiosos, y general sentimiento de todos los indios, que con voces lastimeras publicaban habérseles muerto su padre, y todo su consuelo. El Teatro Eclesiástico del maestro Gil González, hace honorífica mención de este V. Fr. Juan de Cárdenas diciendo en breves palabras lo mucho que trabajó su celo en la conversión de los gentiles de Río Verde.

Para qué se vea cómo esta provincia, aun estando unida con la de Jalisco procuraba la conversión de estos gentiles, quiero referir los apuntes que encontré en el libro de bautismos del pueblo de Xichu, y en uno de ellos dice: "El P. Fr. Lúcas de los Angeles, uno de los primeros misioneros, viviendo en este convento hizo una entrada el año de 1601 en las sierras inmediatas al Río Verde, y Huasteca desde 7 de enero hasta 18 de febrero, y en el pueblo, y ranchería de S. Diego de los Quacancores, tres leguas más allá de las Minas de Xichu, bautizó algunos párvulos. Pasó al pueblo de Santa María de Xixingúa, y bautizó los párvulos. Después en el pueblo de Santiago, cabecera de toda la nación Xuxingúa, bautizó muchos.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

En el pueblo de S. Gabriel Beyutlán, que después fué de PP. Augustinos bautizó algunos párvulos. En el pueblo de Ntra. Sra. de la Concepción de Escanela, hizo lo mismo, y en el de Santa María Ahuacatlán. Pasó de aquí a Xalpa, y después entraron los PP. Augustinos, y en Tancoyoli visita de el Valle de Xalpa bautizó los niños. En Santa Cruz Huasquilico, que después fué de Augustinos hizo lo mismo. En el pueblo de San Diego del Río, principio de el Valle de Conca, que pasó a los Augustinos hizo lo mesmo en Conca. En San Juan X ha lo mesmo. En San Marcos, en San Miguel Goniz, y en sus serranías lo mesmo, en San Francisco de el Río Atengo dijo la primera misa, y cae a las orillas de el Río Verde, y visitó dos pueblos de la Huasteca, de la Guardianía de Tamapache. Fueron todos los bautizados, en esta entrada, entre adultos, y párvulos trescientos setenta y cuatro”.

Siendo obligación del que escribe no pasar en silencio todo lo que conduce al crédito, y lustre de la provincia, que es el asunto de la crónica, aunque sean posteriores las noticias según el orden de los tiempos, siempre serán estimables para que no quede olvidado lo que sucedió en los principios de esta santa provincia. Fueron en aquel tiempo primitivo tantos los pueblos que tenían a su cargo los religiosos franciscanos, y tan crecidas las mieses de gentiles, que no daban lugar a los obreros evangélicos para cultivarlas, y aunque uno de los primeros fundadores valió por muchos, con todos aquellos varones venerables viendo que entraban operarios del doctor de la iglesia de San Agustín, y que ya había eclesiásticos seculares, que pudiesen administrar las doctrinas les cedieron muchos pueblos y doctrinas que hoy son curatos muy considerables. El convento de Tlaximaloyan tenía por visitas a Tuxpan, y a Tzitáquaro, y por ser entonces tan dilatada su administración se hicieron por entonces tres guardianías, del pueblo de Tarécuato se visitaban los pueblos de Patanban, Charapan, Periban, y Xiquilpa, a distancia un pueblo de otro de seis a siete leguas, y otras tantas, y más de la cabecera, todo lo cual visitaba un religioso pie, descalzo y desnudo. Estaban también a cargo de Tarequato los que ahora son beneficios de Ixtlan, Tlazazalca, y Chilchota, y el pueblo de Xacona, después priorato de padres Augustinos; también era visita Tancítaro con la tierra caliente y con el tiempo lo que antes era visita, se convirtió en cabecera. La ciudad de Pátzcuaro que era toda administración de

nuestros religiosos con haberse mudado a ella la silla episcopal, quedó con sola la administración de un barrio de indios. Los pueblos de Charo, Cuitzeo, y Yuririapundaro eran el principio administración de frailes franciscos, y ellos abrieron los primeros cimientos de la fe, en que después levantaron primorosos edificios, e iglesias los hijos del sol del mundo el siempre grande Augustino. También la villa de S. Miguel fué en los principios pueblo fundado por el V. P. Fr. Juan de S. Miguel con todas las circunstancias que dejo expresadas de su vida. De otros lugares no hace mención la crónica porque los referidos bastan para entender que siendo los frailes franciscos los primeros a quienes entregó todo su reino el rey de Michoacán fueron ellos los que tenían a su cargo todos los pueblos que fueron fundando en aquellos tiempos.

CAPITULO XXXVIII

*Vida del V. y apostólico varón Fr. Juan Bautista Molinedo,
insigne operario en la custodia de Río Verde.*



UNA idea aunque sólo bosquejada con las sombras de la tinta, y rasgos de la pluma me ofrece el sujeto de este capítulo, que en el nombre, y predicación de los desiertos reconozco las huellas del precursor de Cristo, luego de que se alistó en la milicia seráfica. Fué natural de un lugar nombrado Portugalete, muy cerca de la famosa villa de Bilbao, en el señorío de Vizcaya; sus padres muy nobles le dieron en la pila bautismal el nombre de Juan Baptista, y por su padre tuvo el apellido de Molinedo; criáronle en santas costumbres, y lo aplicaron tierno al estudio de la santidad, en que por su buena índole salió muy aprovechado. Fue creciendo y como los bríos de la sangre rompen, si no se reprimen, los términos más precisos, y cortan la coyunda de la sugestión paterna, por gozar de la libertad engañosa pareciéndole a nuestro Baptista, que sus prendas nativas no podían lucir en los cortos límites de su patria se ausentó de sus padres sin darles noticia de sus designios, y se embarcó para esta Nueva España a buscar conveniencias humanas, y con ellas adelantar su fortuna. Poco tiempo gastó en conocer los engaños que prometen las riquezas, y las libertades del siglo, y con las luces de lo alto resolvió desviarse de los peligros en que de ordinario naufraga la juventud, y tomar puerto seguro para salvarse. En estos pensamien-

tos de desengaño ocupaba mucho tiempo, llamándole por un lado el mundo y por otro Dios, y venciendo perplejidades ayudado del cielo, conoció claramente que todo su remedio era tomar el hábito de N. P. seráfico San Francisco.

Presentóse para esto ante el M. R. P. Provincial que era entonces de esta santa provincia, y le pidió con todo rendimiento lo admitiese en el noviciado y con consejo de otros RR. PP. se le dió la patente para que entrara a tomar nuestro santo hábito en el convento de Acámbaro, donde a la sazón estaba el santo noviciado. Desde luego se aplicó tan exactamente a los empleos de novicio, que no sólo llenó las esperanzas que todos concibieron de su vocación a la orden, sino que las dejó notablemente excedidas. La obediencia para con su maestro fué siempre ciega, la humildad en los ejercicios penosos del convento fué siempre rara, la caridad con todos era continua y en el porte de su modestia podía servir por arancel de la más discreta compostura, y honestidad religiosa. Cumplió ejemplarmente su año de noviciado, y con aprobación de todo el convento hizo su profesión atándose a los tres votos solemnes de la religión con singular júbilo de su espíritu, y echando sobre su cuello el yugo suave de la cruz retratado en la regla seráfica. Poco después conociendo los prelados su buena índole, y capacidad lo aplicaron a los estudios mayores, y sin perder un punto en la observancia de religioso, salió tan capaz, y aprovechado en las letras, que pudieran aplicarlo sin dificultad a cualquier ministerio. Después de estar promovido a todos los sagrados órdenes, y teniendo ya licencias de predicar, y confesar le pareció que ninguna otra cosa podía hacer de mayor obsequio a Dios, y servicio a su provincia que ocuparse en la doctrina, y enseñanza de los indios. Para este fin con bendición de sus prelados, se aplicó a aprender la lengua otomita, y como sólo miraba en esto la conversión de las almas, le concedió el Señor especialísima luz para la inteligencia de tan rústico idioma.

Desde que tomó el hábito se mostró amante de la santa pobreza sin tener en la celda adorno alguno, y su pobre hábito siempre andaba remendado, usando del consejo de su padre seráfico según el tenor de su regla. Siempre andaba a pie, y descalzo, habiendo transitado innumerables leguas, como veremos en el discurso de su penitente vida. En la oración mental gastaba todas las horas que le so-

braban del ministerio en que le tenía la obediencia, y eran tantos los favores que le comunicaba en la oración la Majestad Divina, que de ordinario andaba como embelesado, y fuera de sí, los ratos que volvía en su acuerdo, estando solo, todo se le iba en rezar salmos, y oraciones como si estuviera en el coro. En todo el discurso de su vida tuvo muchos raptos, y éxtasis admirables, particularmente se le notaron en el tiempo que fué guardián del convento de Celaya en que se iba después de las Ave Marías al coro, y se estaba en oración y disciplina hasta después de medianoche, y esto con tal tesón que no vacaba día alguno. Como el convento era entonces corto de religiosos, por ser de doctrina y administración, acudían los indios al oficio de las campanas, y sucedió en varias ocasiones, que yendo a tocar a maitines los indios encontraban al siervo de Dios arrebatado en el aire delante de un devotísimo crucifijo, que hasta hoy se venera en la reja del coro, y salían corriendo, y asombrados dando voces por el convento hasta que los religiosos los aquietaban diciéndoles que era el guardián el que miraban como cosa fantástica, y así en adelante aunque lo miraban con respeto, no tenían miedo de ser testigos oculares de tan singular espectáculo.

Por la mañana a las cinco en punto se levantaba a prima, y rezada tenía su rato de oración, y tenido salía del coro y se iba a la celda donde leía, y se ocupaba en lo que se le ofrecía, hasta las once, que bajaba a decir misa, con tanta preparación, honestidad y espíritu que edificaba el verlo: y así usó este estilo toda su vida sin desayunarse jamás aunque caminase muchas leguas, y si acaso alguna vez decía misa de mañana por ocupaciones o negocios andaba tan elevado, y fuera de sí, que a las once se iba otra vez a vestir para decirla, porque no se acordaba que la había dicho hasta que se lo decían. Fué muy penitente, y así trajo siempre un tunique de cerdas, que le cogía de medio cuerpo para arriba, y en la honestidad castidad, y abstinencia parecía un ángel del cielo. Fué tan eminente en la lengua otomita y la predicó con tanto fruto y aceptación que en su tiempo no tuvo igual, y fué el ministro más amado y venerado que tuvieron los otomites, pues siendo gente tan bárbara e inculta no saben estimar al ministro si no es a fuerza de virtudes y de ejemplo. Por este amor con que los indios lo estimaban se le encendió el corazón en vivos deseos de la conversión de todos ellos, y a este fin

ofrecía a Dios sus lágrimas, penitencias, y continuados ejercicios. Viendo este amante de Dios, y de las almas las muchas que se perdían en la gentilidad del Río Verde por la mucha inopia de ministros que padecía la provincia alcanzó la licencia del superior para entrarse solo en aquella tierra, donde veremos fué el Bautista de aquel desierto, y el apóstol de aquellas gentes.

CAPITULO XXXIX

*Cómo llegó este apostólico varón a la custodia de Río Verde,
y lo mucho que trabajó, y descubrió en aquella tierra.*



ON mucho fervor de espíritu enderezó sus hermosos pasos nuestro precursor minorita a la suspirada tierra del Río Verde, y luego que llegó al convento de Santa Catarina que años antes dejó fabricado el V. P. Fr. Juan de Cárdenas, y había de ser cabecera de aquella custodia, que se deseaba formar para propagación del santo evangelio en todas aquellas naciones de indios bárbaros metidos hasta entonces entre peñascos y riscos, manteniéndose de raíces, y frutos silvestres, y de lo que les deparaba la industria del arco y flecha en animales terrestres, y en volateria de los aires, y de la que se mantiene sobre las aguas en las muchas lagunas, y ríos de toda aquella tierra. Antes de contarle los pasos a este varón apostólico, me pareció conveniente hacer una breve descripción de esta tierra. Sus campos, valles, y riberas son fertilísimas, y abundantes de aguas que sirven para hacer toda aquella tierra más fecunda; el río principal, que da nombre a toda aquella custodia, es el que por su profundidad y abundancia de aguas se ha levantado con el renombre de Río Verde, que atraviesa toda la custodia, y no se llama así por ser sus aguas de este color, pues son muy cristalinas, sino que mirándolas desde las orillas verdeguean con la mucha yerba que producen las aguas. Tiene este río mucho pescado, y es capaz de regar mucho trigo, y otras semillas, por lo cual muchos españoles desde aquellos

principios tuvieron muchas haciendas de ganado mayor, y menor en aquellas tierras, y las cultivaron con trigo, y otras semillas, sembrando caña dulce, y otras frutas, porque para todo ofrece comodidad lo fértil de aquel país. Con esto se asentó el comercio de los indios ya domésticos, y le facilitó la comunicación con los bárbaros, que habitaban en las serranías, con lo cual se concibieron esperanzas de que se domesticasen con el tiempo.

Puesto ya nuestro misionero en la cabecera de todas estas naciones, fué cortejado de los que ya estaban domesticados en aquel pueblo de Santa Catarina, y renovó en ellos la doctrina que había tenido mientras vivió con ellos el V. P. Fr. Juan de Cárdenas, y bautizó a todos los que encontró capaces de este Sacramento, y les hizo patentes las leyes que debían observar como cristianos y lo que era necesario para salvarse, y puso a muchos en el estado del santo matrimonio, advirtiéndoles las obligaciones que trae consigo este vínculo maridable. Comenzó a apuntar a todos los niños del pueblo para instruirlos en la doctrina cristiana, y a todos los párvulos los lavó en la sagrada fuente del bautismo. En este lugar tuvo noticia de la multitud de naciones que como fieras silvestres habitaban en aquellas serranías, y enternecido su piadoso corazón comenzó a llorar la pérdida de tantos que habían muerto sin bautismo, y se resolvió a entrarse por aquellos páramos a recoger tantas ovejas perdidas. Visitó los puestos más comarcanos, como fué el de Piniguan donde congregó algunos indios y les hizo una capilla de maderos y paja silvestre, y en ella celebró el Santo Sacrificio de la Misa, llevando siempre consigo el ornamento, y les predicó enseñándoles todo lo que era necesario para entrar al gremio de la iglesia por las puertas del sagrado bautismo.

De aquí pasó al pueblo de Las Lagunillas donde hizo lo mismo, como también en los lugares de Camotes y Valle de Maíz, y aquí dejó formado un pequeño convento e iglesia aunque todo como casa pajiza. Pasó después al puesto de Tula, Xaumave, Rucias, San Francisco y San Bernardo con las estaciones grandes que tiene la tierra, atravesando sus montañas hasta llegar, y ponerse en sus cumbres. En esta primera entrada no se dilató mucho tiempo en volver a la cabecera, para dejar bien instruídos a los del pueblo de Santa Catarina, y habiendo demorado en ella el tiempo que le pareció necesario, determinó salir en demanda de otras naciones de que tenía noticia se

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

abrigaban por la parte del norte, y sin tener la fiereza natural de tantos bárbaros, descubrió muchas y diversas naciones a quienes predicó, y catequizó, prometiéndoles ministros, para que les fundasen iglesias y los instruyesen en la fe de Cristo. A pie, solo, y sin más sustento que un poco de maíz tostado, penetró todas aquellas serranías caminando hasta el último término de Río Verde, en que anduvo más de ciento veinte leguas entre indios bárbaros tigres en la fiereza de sus costumbres, y hombres racionales sólo en la apariencia.

Considerando a este ángel humano en aquellos desiertos, y a este nuevo Colón de regiones tan incultas sentado tal vez sobre una dura peña en las cumbres de aquellos montes, desnudo, descalzo, a pie, y fatigado de la sed y del hambre, como cordero entre sangrientos lobos, pues a cada paso escuchaba sus aullidos en las algazaras y mitotes, que hacen de continuo en sus rancherías, cuando oyen decir alguna novedad inusitada para ellos, me admiro tuviese aliento este varón apostólico para entrarse en sus rancherías sin más aparato que un báculo con su cruz y un pobre religioso con su hábito remendado. Aquí se ostentó grande la omnipotencia del Todopoderoso con una patente maravilla: lo es, y muy grande que viendo de repente aquellos salvajes a un hombre vestido de solo un pobre hábito a pie, descalzo y sin recomendaciones de un galán vestido, ni acompañamiento de soldados, lo admitiesen a su compañía tan gustosos, y no sólo lo córtejasen con sus agrestes viandas, sino que escuchasen su predicación y se moviesen a admitir la nueva Ley de Cristo que les anunciaba. Tanto amor y cariño le cobraron generalmente todas las naciones que visitó este nuevo apóstol del Río Verde, que lo seguían como los polluelos a la madre, y le pedían a voces el sagrado bautismo, detestando la vida bárbara en que se habían criado, y sujetándose en todo a su obediencia, quedando en ellos tan radicado el amor de este varón apostólico que, como testifica la Crónica, hasta el año de 1640 estaban dando voces todos aquellos indios por su padre Bautista.

Concluída esta peregrinación apostólica, y conociendo el siervo de Dios, que tan copiosa mies como había descubierto no podía cultivarse sin muchos ministros evangélicos se resolvió a dar vueta a esta su santa provincia, para hacer notorio a sus prelados lo que sus ojos habían visto, y sus manos habían tocado. Quince son las nacio-

nes descubiertas después de la muerte de este V. varón, que no pongo sus nombres por excusar la molestia a los lectores que ordinariamente deletrean los cognomentos de estas naciones como palabras griegas; baste saber que la conversión de estos indios se debió principalmente a este siervo de Dios. Antes de partirse del convento de Río Verde dejó instruídos a aquellos neófitos en el modo que habían de mantener la doctrina, acudiendo todos los días a la iglesia, dándoles esperanzas de que vendran religiosos para doctrinarlos, y asistirlos. Despidióse de aquellos amados hijos que había reengendrado en Cristo con tan tiernas lágrimas, y demostraciones de afecto que ni el padre podía articular razones para consolarlos, ni los pobres indios tenían voces con que despedirse de su padre: todo era gemir y llorar porque parece presagiaban no habían de volver a ver a quien tanto habían estimado. Llegó, en fin, a la provincia con los gozos que reparte el sol cuando nace, en ocasión que se celebraba el capítulo provincial en el convento de Acámbaro el año de 1617 donde fué recibido con sumo aplauso de los capitulares, a quienes propuso sus descubrimientos, y representó sus propósitos, con la caridad activa que ardía en su pecho.

Oyéronle todos los RR. PP. del capitular congreso con la atención que tenían merecida su santidad y persona, y tratando con toda madurez el aumento que podía tener negocio tan importante, decretaron unánimes, y conformes, se le diesen al V. P. Molinedo plenaria comisión con autoridad de todo el difinitorio para que él mismo en persona escogiese los ministros más idóneos para tan apostólica empresa. Discurrió por toda la provincia exhortando a unos, y rogando a otros; pero como los religiosos eran pocos se recrecieron algunos inconvenientes, que dilataron por entonces los buenos deseos de este varón apostólico. Antes de continuar las diligencias, que puso este venerable padre para que el Río Verde se hiciese custodia, advierto para la fidelidad de lo que voy escribiendo, que en el libro de bautismos del pueblo de Xichu encontré algunas partidas del P. Molinedo del año de 1613 hasta el de 1615, y en el año de 1616 encontré en el mismo libro que era guardián de aquel convento, y el año de 18 se mantenía dicho padre en el mismo pueblo, como consta de los bautismos que allí hizo, de que infiero haber estado este V. P. en Xichú mientras no se dispuso el que pasase a la Europa, como diré en el capítulo siguiente.

CAPITULO XL

Erigese el Río Verde en custodia; pasa el V. P. Molido a la Europa, remite una Misión, y de su dichosa muerte.



NTRE tanto que el V. P. Molido no dejaba piedra por mover para fomentar las conversiones de Río Verde, conociendo que por más que se alentase la santa provincia a darle el consuelo que pedía, imposibilitaba el efecto la cortedad de ministros, que todos los que había se necesitaban para los conventos fundados. Con parecer de la misma santa provincia, despachó al capítulo general las relaciones, y memoriales de la nueva conversión, suplicando se erigiese en custodia con título de Santa Catarina, y que se separase de la provincia de Michoacán, dejándola inmediatamente sujeta a los comisarios generales, para que de todas las provincias se proveyese de ministros. Llegaron con prosperidad los informes al capítulo general celebrado en la ciudad de Segovia el año de 1621, y fué la propuesta bien admitida de los M. RR. PP. Vocales, y se decretó se formase la custodia por estas formales palabras que se hayan en las constituciones generales hechas para estas provincias: "Erijase la "custodia del Río Verde debajo del título y protección de Santa Catarina, separada en todo de la provincia de Michoacán, y sujeta inmediatamente al comisario general de la Nueva España". Teniendo ya con esto mucho consuelo el bendito padre; entretanto que le venía la noticia de su suspirada custodia, procuraba prevenirse entre los bienhechores de las cosas necesarias para la nueva fundación.

Ofrecióse por este tiempo la controversia sobre puntos de doctrinas que hubo con el Ilmo. Sr. Arzobispo Don Juan Pérez de la Serna, y las sagradas religiones, y con este motivo determinó la provincia de Michoacán enviar de su parte un procurador para representar al Rey N. S., los inconvenientes que eran manifiestos en la total sujeción de los señores obispos, y que con toda formalidad renunciaba la provincia de Michoacán todas las doctrinas y curatos que había mantenido tantos años, y que quería mantenerse con sólo los conventos regulares, que pudiesen sustentarse con la limosna de los bienhechores. Esta misma renuncia se hizo solemnemente ante el Excmo. Sr. Virrey Don Diego Carrillo Mendoza y Pimentel representándole las tres sagradas religiones de Nuestros Padres Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, muchos inconvenientes que se le recrecían a los regulares de encontrarse las jurisdicciones eclesiásticas a cada paso, si se pusiese en práctica lo que los Ilmos. señores obispos en varias cédulas de la Católica Majestad habían procurado por el dilatado tiempo de más de un siglo, la total sujeción de los curas ministros regulares, y que se conturbaba todo el orden regular, y se originaba sumo desconsuelo a los indios de ver de dejar aquellos primeros padres, que los criaron en las niñeces de la santa fe, los mantuvieron por más de un siglo, y los conservaron en cristiandad, y política, congregándolos en pueblos, y enseñándoles a cultivar sus tierras, y fabricar sus casas, educar sus hijos, y por último transformarse de salvajes en hombres racionales, y esto estaba manifiesto, y evidente desde los principios de la conquista de este reino que quien lo negara como mal filósofo, negara los primeros principios, y contra el que los niegue no se debe usar razones, sino de otros instrumentos, que tiene bien sabido el que saludó los estudios, si entró con ellos con aplicación de sus potencias.

Vistas estas representaciones tan justificadas, determinó el Virrey se sobreyese el cumplimiento de la real cédula, por cuanto de ella se seguirá la ruina total de los indios, por lo cual como lugarteniente de su Majestad, en virtud del Real Patronato, expidió provisión de ruego, y encargo al Sr. Arzobispo de México, para que no usase de la facultad que le daba la cédula ni inovase cosa alguna en las visitas de las doctrinas, sino que las dejase en su corriente ordinario, compeliendo a los fiscales, notarios, y ministros seculares y eclesiásticos de los tribunales, no usasen de autos, y otras dili-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

gencias acerca de las doctrinas de los religiosos pena a los ministros eclesiásticos de las temporalidades y a los seculares de mil ducados, aplicados a la Cámara de su Majestad, y a otros gastos al arbitrio de su Exca. Suspendida esta cédula, despachó el Marqués un navío extraordinario a su Majestad, remitiéndole todo lo actuado; ordenando así mismo, que en él fuesen los tres procuradores, para que cada uno informase, de los aprietos e inconvenientes de la cédula; suplicando a su Majestad les conservase sus antiguas excepciones. Y de no, pedirle les concediese la dejación de las doctrinas, para que así quedasen exoneradas del inminente apremio y más reconocidos a los favores de su real grandeza.

Con este acuerdo, cada una de las religiones envió la persona más capaz, religiosa y grave que había en sus provincias, para fiarle negocio tan grave. Apenas la muestra se vió en él, cuando se le vino a los ojos nuestro Bautista Molinedo, librando en su santidad, celo, y amor de estas conversiones, de la solicitud de él. Y apenas se lo propusieron, cuando sin reparar en inconvenientes, y peligros de la navegación, por ser en tiempos tan apretados, y cuando la mar estaba poblada de herejes acechando las naos de España para acometerlas; y lo que más es, sin matalotaje, sino el de sus esperanzas apostólicas, vió el cielo abierto así para seguir a la religión, y cumplir con la obediencia, como por concluir en España los negocios de su custodia, y pedir ministros que la engrandecieran. Partiósse de México con los demás procuradores, llevando por orden inviolable, conservarse en sus antiguas exemptions y dejar in totum las doc-

Embarcóse nuestro Juan, y como si el mar fuera otro Jordán obrinas.

deció aqueste, como al otro procurador, y le hizo tan apacible el hospedaje, que en dos o tres tormentas furiosísimas, a la oración de este siervo de Dios enfrenaba el orgullo, y cesaba la tempestad, como si la obediencia fuera ley inviolable en ella; y así fué el viaje maravilloso, con que llegó a la corte, donde trató desde luego el negocio con tanto fervor y espíritu que hablaban en él con el presidente, y consejeros, como un apóstol, admirando a unos, y edificando a toda la corte, y estimáronle con grande aplauso así dentro como otros, con la candidez de sus palabras, remitiendo su eficacia, a impulso superior y oculto. Creció con esto el crédito de su santidad por fuera de la religión. Y como el fuego nunca para, no sólo trató el ne-

gocio de las doctrinas, con el fervor que hoy sabe nuestra religión, sino con los prelados de ella, y con su Majestad alcanzó diecisiete religiosos para que viniesen a la conversión del Río Verde, y los cuales despachó desde Madrid, con el gozo que tiene el que ve el fin de una poderosa esperanza. En esta ocasión enfermó de la orina; y apenas vió el accidente, cuando conoció su muerte, y se despidió de sus compañeros tiernísimamente. Murió en el convento de Madrid, con las esperanzas que le aseguró su apostólica vida. Y conmovióse toda la Corte, y asistieron a su entierro las mayores personas de ella. Enterráronle con envidia de su provincia, y sentimiento de todo este occidente, particularmente todos los que bautizó, y convirtió en el Río Verde, donde hoy en el día no se han enjugado las lágrimas llamándole a voces de padre y pidiendo ministros como él.

Luego en la misma flota donde vinieron sus diecisiete religiosos, remitió N. Rmo. Gral. el Ilmo. Fr. Bernardino de Sena, su patente a esta provincia dándole el aviso de su muerte, para que le hiciesen los sufragios que acostumbra por sus hijos, diciéndole en ella que se tuviese por muy dichosa de tener un hijo tan santo, y tan singular en la observancia de su regla, la cual patente despachó el año de 1628. Parece muy conveniente para crédito de este V. varón, insertar las cláusulas que el M. R. P. Cronista de la Santa Provincia de San Diego Fr. Baltasar de Medina pone en la vida del V. P. Fr. Gabriel de los Angeles con quien tuvo estrecha familiaridad espiritual nuestro Bautista; dice pues: "El venerable padre F. Juan Bautista Molinedo, que murió en España, con opinión, y fama de santidad, comunicó a este apostólico varón las materias tocantes de la conversión de Río Verde, custodia de la santa provincia de Michoacán; proponiéndole los inconvenientes, y contradicciones que tenía. Alentóle el ánimo, y vocación el siervo de Dios pronosticándole todos los progresos, aumentos y servicios, que en esta misión hacen los religiosos de N. Seráfico Padre S. Francisco. Autorizaron las fundaciones de conventos, reducción de indios a nuestra santa fe, y las entradas de ministros evangélicos a aquellas regiones, que el anuncio y promesa del V. Fr. Gabriel de los Angeles fué cierto; pues todas las circunstancias que él previno entonces, se ven cumplidas ahora, como después en su declaración el Padre Fr. Juan Muñoz Sanabria, Predicador y guardián que fué del convento grande de Querétaro de la

Santa Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, hasta aquí dicho M. R. P. Cronista en su lib. 2, cap. XII, Núm. 239.

Pudieron temerse según el juicio humano, que con la muerte del V. P. Molido se hubiesen desanimado los 17 religiosos que remitía para su custodia; pero como no duerme ni dormita el que guarda la Casa de Israel, que es la religión franciscana, infundió ánimo en los operarios de esta misión para entregarse a los mares sin recelo de los peligros que ofrece tan dilatada embarcación. Llegaron a tomar puerto en esta Nueva España, cuando la gobernaba el Marqués de Cerralvo, y las provincias de nuestra religión el M. R. P. Fr. Francisco de Apodaca, varón tan observante que visitaba a pie los conventos de las provincias, el cual recibió a nuestros misioneros con entrañas de padre, y considerando que en la custodia no había conventos en que se hospedasen para ejercitar su ministerio, los remitió a la provincia para que los remitiese a la custodia cuando le pareciese conveniente. Como la empresa era ardua, los medios para remitirlos muy escasos, y los negocios en que estaban ocupados los preladados muy urgentes, se hizo moralmente imposible dar paso a la provisión de ministros para la custodia. Viendo los religiosos misioneros todas estas dificultades trataron de hacer pie firme, y asegurarse en los sufragios, si alguno muriese, y pidieron ser incorporados en la santa provincia, lo cual se trató en junta particular del V. Difinitorio, que se tuvo en el pueblo de Querétaro, y se admitieron con votos de todos, para ocuparse en la provincia mientras se facilitaba el fin primario con que habían venido para la custodia del Río Verde. En todo este intervalo de tiempo que estuvo la custodia sujeta a los M. RR. PP. Comisarios Generales no faltaban ministros, que celosos de la conversión de aquellas almas daban vueltas a tiempo, por aquellas regiones para que no se extinguiese del todo una conversión que prometía colmados frutos. Reservóse esta empresa para los años siguientes en que la Divina Providencia dispuso, pudiese todo su conato para levantar la custodia un prelado provincial de esta santa provincia, lo cual se expresará, Dios mediante, en el libro cuarto de esta Crónica, pues lo que voy refiriendo no alcanza todavía a aquel tiempo.

CAPITULO XLI

Ilustre martirio de los siervos de Dios Fr. Luis de S. Francisco y Fr. Bartolomé de Santa María.



AS purpúreas, y encendidas rosas de admirable belleza produjo el pensil seráfico de esta Santa provincia en dos hijos suyos, que rubricaron con su sangre la fe de Cristo en el dilatado reino del Japón. Uno de ellos fué el siervo de Dios Fr. Luis de S. Francisco que fué hijo de uno de los mártires del Japón Fr. Pedro Bautista, y sus compañeros. Quedó muy niño Luis Sansanda, que así se llamaba en el siglo, cuando su glorioso padre dió la vida por Cristo. Tuvo su crianza en el convento de Nangasqui, donde aprendió a leer, y escribir, y la gramática con mucha aplicación y singular estudio, años después entró por comisario del Japón el V. P. Fr. Luis Sotelo, persona de tanta santidad, y prudencia que le cautivó la voluntad al Rey de Bojú, quien le dió permiso para que en todo el Imperio del Japón predicase la fe de Cristo, y convirtiese todos los que quisieran reducirse a las verdades católicas. Este Rey llamado Mazamune libró al Santo Fr. Luis Sotelo de la muerte a que estaba sentenciado por el Emperador de ser quemado vivo, y teniendo deseos de ser cristiano determinó enviar su embajada con el siervo de Dios, y un caballero privado de su corte, a la Santidad del Romano Pontífice Paulo V. y a la Majestad del Rey Católico Felipe III, pidiéndole ministros, y ofreciéndoles de su parte los reconocimientos justos. Partiósse del Japón para la Europa

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

y se trajo consigo a esta Nueva España a Luis Sansanda, donde lo llamó Dios para que tomase el hábito de N. P. S. Francisco.

Con recomendación de su V. maestro Fr. Luis Sotelo, fué admitido a la religión en esta santa provincia, y pasó su noviciado en el convento de San Buenaventura de Valladolid, con tanto fervor y espíritu, que era recreo de todos los religiosos su rara candidez, y aplicación a todo género de virtudes; mas ¿qué mucho se señalase tanto entre sus conovicios, quien tenía por padre natural un santo mártir, y se había criado con los religiosos manteniéndose con la leche de celestial doctrina el tiempo más florido de su juventud? Hizo su profesión muy a gusto de todos, y se puso por nombre Fr. Luis de San Francisco, y era tan grande religioso en la guarda de sus reglas, que era el espejo de aquel tiempo, y el Benjamín celebrado en la provincia. Mantúvose en ella hasta el año de 1617 en el cual bajó de Roma, y España el V. P. Sotelo colmado de dones y halagos para el Rey Mazamune, y se mantuvo en la ciudad de México hasta el año siguiente, que a primeros de abril se embarcó para Filipinas con otros misioneros nombrado ya comisario, y prelado de todos en el Japón. No le permitió el amor de padre partir para aquel dilatado Imperio sin su querido hijo Fr. Luis prometiéndose de su virtud, que haría mucho fruto entre los de su nación. Pidió al prelado de esta santa provincia le concediese su grata licencia para llevar en su compañía al que había criado desde sus niñeces, y atendiendo a su justa petición se lo remitieron con mucho gusto por lo que podía servir para la propagación del santo evangelio en aquellas regiones tan remotas, y por otro lado con cariñoso sentimiento de privarse de un mancebo, que por sus prendas de virtud, y naturales se había hecho amado de Dios, y de los hombres.

Llegaron a Manila por julio del mismo año de 1618, y en cuatro años que estuvo en Filipinas el bendito comisario aguardando la mejor oportunidad de entrar en el Japón, se ordenó de sacerdote nuestro Luis, y con la escuela de tal maestro se consumó en la virtud. Allí se le juntó otro japonés llamado también Luis, de catorce años, que servía en el convento, a quien el V. Sotelo le dió el hábito de tercero, y la profesión año y diez meses después de esto, y era muy parecido en el genio angélico al otro Luis, y ambos a su santo maestro. Embarcóse el V. Fr. Luis con sus dos compañeros en Cagayan en un navío de chinos año de 1622 y llegaron al Japón al reino de Sazuma.

Supo el capitán que pocos días antes habían martirizado a los santos PP. Fr. Luis de Flores, dominico, y Fr. Pedro de Zúñiga, agustino (103) y al capitán que los condujo, y temeroso de semejante suerte, se determinó a entregar a los religiosos. Vióse que la Divina Providencia quería consolar a sus siervos en las ansias de padecer por su nombre hasta el sacrificio de la vida, pues aunque se hicieron algunas diligencias por los misioneros que estaban en tierra, para libertar sus personas, todas se frustraron. Dieron aviso los chinos al gobernador de Nangasaqui, y al punto despachó embarcación y gente de armas que se los trajesen. Aunque iban disimulados en traje secular el Santo Fr. Luis fué concido de muchos japoneses, y así habló a solas al gobernador declarándole que era Fr. Luis Sotelo, religioso de San Francisco, que había ido a España por embajador de Mazamune, cuya respuesta traía, que no habiendo quien le quisiese embarcar con hábito religioso se había disfrazado en aquél, que diese cuenta al consejo del emperador, que estaba dispuesto a lo que determinase aunque fuese darle la muerte por la fe verdadera, que pretendía predicar y dilatar.

Prometió el gobernador tratar su negocio con atención y respeto, pero como ciego idólatra lo mandó luego prender, y llevar a la cárcel de Vomura. También mandó prender a sus compañeros, Fr. Luis de San Francisco, sacerdote, y a Luis el japonés secular, dejándolos en la cárcel de Nangasaqui con mucho sentimiento de que los separasen de su maestro, y esto lo hizo el tirano con el de querer pervertirlos con ruegos, caricias, y largas promesas, y cuando esto no bastase con hambre y sed, palos, azotes y otras trazas diabólicas; pero en todo se portaron los dos Luises con generosa constancia, y extremado valor. Desengañados los gentiles que perdían tiempo en combatir sus ánimos fieles, los llevaron a la cárcel de Vomura, en que se renovó el júbilo espiritual del maestro, y los discípulos refinándose en la preparación de nuevos y exquisitos trabajos para conseguir la eterna felicidad de su martirio. Un año y diez meses duró la estrechez de esta prisión, y para que el lector haga aprecio de lo que allí padecieron estos VV. varones, baste decir, que era hecha de vigas a modo de jaula, de tres brazas de largo y dos de ancho, y en ella solían estar enclaustrados treinta y dos cristianos. A los fines de esta larga prisión viendo el V. P. Sotelo que se le iba acercando el tiempo de morir por Cristo escribió al prelado, que queda-

ba en su lugar dándole cuenta por extenso en qué parte encontraría todos los despachos, y presentes muy ricos que remitió por su mano al rey Mazamune N. S. P. Paulo V., y viendo que procurase presentárselos, y procurar cumpliese lo que tenía prometido de que se predicase la fe de Cristo en todo su reino.

El día 25 de agosto de 1624, domingo por la mañana notificaron al siervo de Dios la sentencia de ser quemado vivo con sus dos compañeros Luises y los VV. PP. Fr. Pedro Vázquez de Sta. Catarina, dominico, y el P. Miguel Carballo de la Cía. de Jesús. Fué increíble el gozo que todos estos fieles siervos de Dios tuvieron viéndose ya con el fruto de sus peregrinaciones, y fatigas, dieron gracias a la Majestad Divina, porque los ponía en aquella prueba de su amor, que sería el último examen y purificación de sus almas. Llegó después el Gobernador de Vomura, y les preguntó quiénes eran, y de qué religión. Por todos respondió el santo Fr. Luis, y se escribió su confesión que fué así: "Yo soy religioso de San Francisco, y me llamo Fr. Luis Sotelo: estos dos padres son de la orden de N. P. de Santo Domingo, y de la Compañía de Jesús, y se llaman Fr. Pedro de Santa Catarina, y el Padre Miguel Carvallo. De estos dos japoneses el uno es sacerdote, y religioso de mi orden, y se llama Fr. Luis de San Francisco, y al otro he dado en la cárcel el hábito, y profesión de la orden de penitencia de N. P. San Francisco. Todos predicamos la fe de Jesucristo Redentor del mundo, y estamos dispuestos a morir por ella.

Ataron luego a los siervos de Dios, a cada uno una sogá a la garganta, y a los mollidos de los brazos, dejando las manos sueltas: los cuatro llevaron cruces, y el V. Fr. Luis un crucifijo: iban todos con sus hábitos religiosos. Pusiéronles en dos embarcaciones, en la una a los tres sacerdotes españoles, en la otra a los dos japoneses. A poco más de media legua los desembarcaron, y fueron por tierra como un cuarto de legua al campo, donde poco antes ardieron, olorosas aromas de la fe, el santo Fr. Apolinario Franco, y sus compañeros. Iban los mártires predicando valerosamente a jueces y verdugos, no pudiendo la más gente acercarse, por la pena del bando. Un donado franciscano llamado Matías se mezcló entre los criados de los jueces, y estuvo a todo presente. Otros religiosos estuvieron desde la orilla del mar, y sólo vieron el fuego y el resplandor de las armas.

Ataron a los benditos PP. a los maderos, y encendida la leña entonaron el Te Deum, que los ministros de maldad querían impedir con gritería confusa. Quemó el fuego las ataduras, y viéndose los dos japoneses Luises sueltos, se vinieron a su V. P. y Maestro Fr. Luis a darle gracias por haberlos traído a tan soberana empresa, y de rodillas le pidieron su santa bendición, la cual recibida, se volvieron a sus maderos, y arrodillándose al pie de ellos cayeron muertos sus cuerpos, y sus almas volaron a la gloria. Luego murió el siervo de Dios Fr. Pedro, después el P. Carvallo. Al bendito Sotelo, por estar en medio de los cuatro, y más distante del fuego se dilató su martirio, y viendo los verdugos que no moría, trajeron mucha paja, con cuyo humo cayó en el suelo, y sobre él echaron los ornamentos de la misa que tenía en la cárcel y (no se pudieron librar) y añadiendo cantidad de leña. Juntaron todos los cuerpos para reducirlos a cenizas que esparcieron por el mar. Toda la serie, y circunstancias del martirio de estos siervos de Dios la recopilé de un libro impreso en cuarto cuyo título es: "Varones, Santos, Apostólicos y Ejemplarísimos Religiosos", escrito por el M. R. P. Fr. Francisco Nicolás Serrate. Cronista, y ex provincial de franciscos descalzos de Andalucía, y no encontrando cosa opuesta a lo que dejó escrito la Crónica en la vida de nuestro Fr. Luis de San Francisco, antes si dando mayor luz para hacer más apreciable su martirio, no quise privar de este gusto a mis lectores. Lo que sí tomo a la letra de dicha Crónica es la reflexión que hace de haber sido martirizados día de San Luis Rey de Francia, y los que recibieron la corona del martirio tres Luises vestidos del sayal franciscano, el primero Fr. Luis Sotelo, Comisario en el Japón, el otro nuestro Fr. Luis de San Francisco, y el tercero Luis de Nangasaqui, tres rosas purpúreas teñidas con el carmín de su propia sangre. No es mucho estén brotando continuamente en la tierra del Japón tanta multitud de mártires como refiere el libro de "Varones Santos" ya citado, pues la sangre de los primeros mártires fué el fecundo riego de tan purpúreas rosas. Sirva la erudición de N. Ilustrísimo Cornejo con estas floridas palabras: "Dicen del rosal, los naturales que si al plantarle nuevo se mojase en sangre sus raíces se apresurará a coronarse de flores, agradeciendo en el encendido color de sus purpúreas hojas el beneficio del riego, con anticipado fruto"; la metáfora es tan propicia que es ocioso gastar cláusulas en su explicación.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

Fué también rosa rubicunda nacida en el huerto del noviciado de Valladolid el Hermano Fr. Bartolomé García que siguió los mismos pasos que el venerable mártir Fr. Luis de San Francisco no sólo en el convento de Valladolid, sino que consiguió ir a buscarlos hasta el Japón. Profesó para lego, y se llamó Fr. Bartolomé de Santa María, y en la primera ocasión que se ofreció embarcarse algunos religiosos para Manila, sacó licencia de sus prelados para incorporarse en la provincia de San Gregorio de Filipinas, y de allí pasaron al Japón. Hizo su viaje a Manila, y de allí pasó al reino del Japón, y no tardó mucho tiempo sin que fuese preso, tolerando innumerables trabajos, hambres, y tormentos. Por último el año de 1627, el día 17 de agosto fué sentenciado a ser quemado vivo, por mandato de Vavachideno Gobernador de la ciudad de Nangasaqui, y al mismo tiempo fueron quemados vivos en odio a nuestra santa fe católica el P. Fr. Francisco de Santa María, natural de Montalvanejo, predicador, hijo de la santa provincia de San José, y nuestro Bartolomé de Santa María, a quien la historia del capítulo general de Toledo del año de 1633 le da el apellido de Laurel y consta por letra de mano que puso en el mismo libro algún religioso de los antiguos ser este mismo Fr. Bartolomé el hijo de la provincia de Michoacán, (104) y a estos dos acompañó en el martirio Fr. Antonio de San Francisco, japonés religioso laico.

Este mismo día fueron quemados vivos los hermanos Gaspar Vaez y Francisco Igayo, japonés de la Tercera Orden de N. P. S. Francisco, en el quemadero de Nangasaqui. El mismo día fueron degollados en Nangasaqui María, mujer de dicho Gaspar Vaez, Tome, Miguel, Luis y Lucas, todos cinco de la Tercera Orden de N. P. S. Francisco. El M. R. P. Cronista Fr. Alonso de la Rea dice: que no escribe más por extenso el martirio de este siervo de Dios Fr. Bartolomé de Santa María porque la relación jurídica, que remitió desde el Japón al Ilmo. Sr. Obispo de aquellas partes se ha perdido por incuria de aquellos tiempos. Si no puede hallarse esta escritura tan digna de ser archivada, en el tiempo de diecisiete años al tiempo que escribió su crónica dicho M. R. P. ¿Qué esperanza me pudiera quedar de encontrar este testimonio en los archivos de esta santa provincia? Lo que sí pude conseguir a fuerza de estudios y desvelos fué trasegar los fragmentos de historia de aquellos años y me en-

contré por dicha con la referida historia del capítulo general de Toledo, para suplir el día y el año del glorioso martirio de este siervo de Dios que no encontró el M. R. P. de La Rea, y hago juicio, que para dejarnos estampado lo que dijo en su crónica fué muy coartada de tiempo, y sin el espacio que una historia neecsita.

CAPITULO XLII

De los MM. RR. Padres Provinciales que ha habido desde la división hasta el año de mil seiscientos veintiséis.



UANDO salió el caudillo del pueblo de Dios Moisés de la tierra de Egipto sacando los huesos del Patriarca José de su sepulcro y colocándolos en una arca, los hizo llevar por delante del pueblo, pareciéndole que aquellos huesos predicarían desengaños a los hijos de Israel, y les pondrían freno en sus desórdenes, y servirían de recuerdo, y de asegurar las promesas de Dios. En esto dice el autor del Gobernador Cristiano, nos dió documento el Espíritu Santo de la veneración que hemos de tener a los huesos de los preladados, que gobernaron las repúblicas religiosas, trayéndolas siempre a los ojos para acordarnos de su doctrina, y refrenar con su memoria nuestros desaciertos. Desde sus sepulturas nos están predicando, y dando voces, no olvidemos la doctrina con que nos rigieron, gobernaron y enseñaron. Y en el mismo púlpito que hoy nos predicen, que es el ataúd, y la sepultura, predicaremos mañana a los que nos sucedieron en esta vida mortal. Este motivo tuvo el M. R. P. La Rea para hacer memoria del número de los provinciales, que ha tenido esta provincia desde la división, para poner a los ojos sus huesos en la sepultura desde donde nos están predicando y dando voces, para no errar el camino en el desierto de este mundo, y enderezar nuestros pasos a la verdadera tierra de promisión.

En el primer capítulo celebrado en la ciudad de Guadalajara, con la autoridad y pompa que queda referida en el capítulo XXV de este mismo libro salió electo el M. R. P. Fr. Juan de Revilla, hijo de la provincia de la Concepción, que entró a gobernar a la mitad del año de 1607 y se mantuvo con singular prudencia todo su trienio hasta el año de 1610.

Celebróse segundo capítulo provincial en el convento de San Buenaventura de Valladolid, en que presidió N. M. R. Comisario General Fr. Juan de Zurita, y estando ausente el V. P. Fr. Diego Muñoz, hijo muy benemérito de esta santa provincia, fué electo segunda vez su ministro provincial después de haber obtenido el honroso cargo de Vice Comisario General, como queda dicho en el capítulo XIX de este mismo libro. Como ya se hallaba cargado de años, sólo pudo mantener el cargo del oficio hasta el capítulo intermedio en que renunció con toda humildad el oficio, y entraría a completar el trienio alguno de los VV. varones, de quienes dejamos dichos en sus vidas tuvieron el oficio de vicarios provinciales, sin asignarnos la crónica el tiempo en que lo fueron.

El tercero capítulo provincial de los que se celebró esta santa provincia, siendo todavía comisario general el M. R. P. Fr. Juan de Zurita, sin saber en qué convento fué electo el M. R. P. Fr. Juan López de cuyo acertado gobierno, y haber sido el primer fundador del colegio de estudios de Celaya, queda hecha menuda relación en el capítulo XXXVI de este mismo libro.

El Capítulo cuarto celebrado en Michoacán a fines del año de 1617, en que gobernaba estas provincias de Nueva España el referido M. R. P. Fr. Manuel López como Vice Comisario General, por muerte del M. R. P. Fr. Cristóbal Ramírez, fué electo en Ministro provincial el M. R. P. Fr. Andrés Nieto, hijo de esta provincia, cuyas virtudes, celo de la santa observancia, y prudencia en su gobierno, aunque no quedaron estampadas en la crónica, se mantuvieron grabadas en los corazones, y en las memorias de cuantos le conocieron.

El quinto Capítulo celebrado en esta santa provincia, ENCUENTRO HABER SIDO a principios del año de 1620, en que era Comisario General, el M. R. P. Fr. Diego de Otalora, de la santa provincia de Cantabria, y fué electo el M. R. P. Fr. Sebastián Alemán, criado en la santa provincia de la Concepción, y después incorpo-

rado en esta de Michoacán, donde dió bien a conocer sus religiosas prendas, con mucho consuelo y alivio de sus súbditos.

El año de 1623 estaba ya electo el M. R. P. Fr. Francisco de Villalba, cuando era Comisario General Fr. Alonso de Montemayor, y no pongo a punto fijo el día y año de su elección porque no tengo por dónde rastrearlo, y sólo advierto, que era hijo de la provincia de la Concepción como el antecedente, y que si por este tiempo se había comenzado la alternativa en estos prelados mayores, no se guardó el orden en ésta, cuando en las que llevamos referidas era provincial en un trienio. Uno nacido en España y otro en las Indias. Por el cómputo, que con algún cuidado tengo hecho hasta llegar al año de 1623, saco en limpio haber habido siete provinciales, con el que diré en el pasagrafo siguiente; y sólo pueden componerse los años para no errar en la historia, con que se haga cargo el lector curioso y crítico, que pudieron anticiparse o posponerse las celebraciones de capítulos con que se compadece haber yerro en el cómputo de los años; pero no lo puede haber por constar de la Crónica, el que fueron siete los M. RR. PP. Provinciales, que gobernaron esta santa provincia hasta el año de 1626 en que concluyó su oficio de provincial, el muy R. P. Fr. Pedro de Aguilar, hijo de esta santa provincia, y séptimo provincial según la Crónica.

Elijióse este M. R. P. criado, y enutrado en esta santa provincia, siendo Comisario General Fr. Alonso de Montemayor, y gobernó diestramente a sus súbditos con palabras y ejemplo, pues según la relación de los antiguos de que se hace memoria en su crónica manuscrita, el M. R. P. Fr. Alonso Guerrero, fué religioso de virtud aprobada y que dió mucho crédito a esta santa provincia, y es bastante testimonio de sus prendas religiosas el ser escogido para prelado entre tantos como descollaban en virtud y letras, en aquellos tiempos primitivos.

Llegamos ya, por beneficio de la Bondad Divina al año de 1626 en que sin conjeturas podemos referir todos los capítulos provinciales, porque desde este año tuve la fortuna de encontrarme con el becerro de provincia de que tengo entresacada toda la substancia, y sólo me queda el dolor de que consta por el mismo libro de haberse entregado el libro antiguo de elecciones, para que se guardase en el archivo de Valladolid, y por más que lo han solicitado de catorce años a esta parte, los M. RR. PP. Provinciales y otros religiosos a

quienes he instado para que los solicitasen, no se ha podido descubrir, y sólo hay noticias vagas de que lo llevó prestado un visitador de la santa provincia de Xalisco.

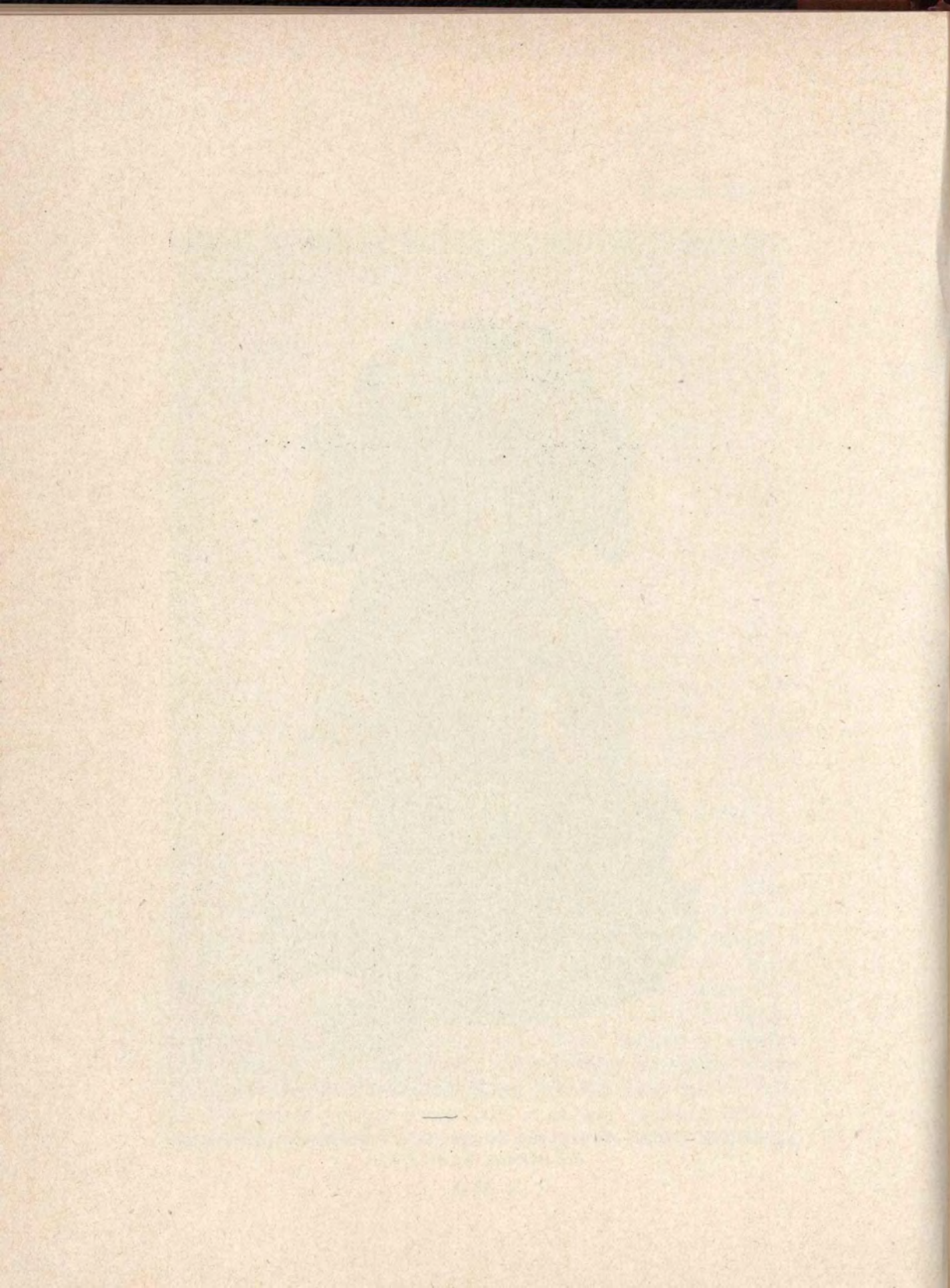
Este sobre dicho año de 1626 a tres de octubre en la vigilia de N. P. S. Francisco, se celebró capítulo en el convento de Acámbaro, que entonces era casa capitular, presidiendo N. M. R. P. comisario general Fr. Alonso de Montemayor, Lector Jubilado y padre de las provincias de Andalucía, y con común aclaración de los vocales salió electo el M. R. P. Pedro de Leyba, hombre ya de muy madura edad, y de mucha literatura y experiencia. Crióse en la religión en la santa provincia de Andalucía, y de allí vino a la del Santo Evangelio en la que se mantuvo algunos años con mucho crédito de su persona, y en ocasión, que la provincia de San Diego de México, de la más estrecha observancia, necesitaba poner casas de estudios, consiguió de los prelados superiores, el que este V. P. Leyba viniese a leer Teología, como lo hizo, incorporándose en la provincia de San Diego, que le honró y premió el trabajo de la cátedra haciéndole custodio y después guardián del convento de Santa Bárbara de la Puebla, en donde estando de prelado llegó a hospedarse el V. Fr. Gerónimo de Abrego y Ortigosa, íntimo amigo suyo, y viéndole tan cargado de años, y que tenía viaje para México, lo detuvo y a pocos días pronosticando su suerte, murió cantando como un cisne asistido de su amante guardián Fr. Pedro Leyba como se puede leer no sin ternura en la doctísima Crónica del M. R. P. Baltasar de Medina, en el libro 2o. y en el Capítulo VII, digno de repasarlo todo entero.

Volviendo a nuestra provincia, no puedo pasar en silencio otras cosas que sirven de decoro a su benemérita persona, como es haber sido el primer lector de Teología en la Seráfica descalzós de estos reinos, en donde aprovechó en virtud y letras a muchos religiosos, y después hizo tránsito a esta santa provincia de Michoacán donde como va dicho fué su provincial. El M. R. P. Agustín de Ventancourt, en su Teatro Mexicano, hablando del convento de Atrizco trat. 4 cap. V. dice, que aquel convento de religiosas clarisas tiene en el coro una hechura de barro colorado del Niño Jesús, que en el día de Navidad reclinan en el pesebre; fué el caso, que viniendo camino el R. P. Fr. Pedro de Leyba provincial de Michoacán una madrugada oyó llorar una criatura, siguió el eco, y vino a dar a un

lugar desierto, y entre malezas, donde halló esta hechura hermosa como flor de campo y dedicola, para la M. Marina de la Trinidad, a que fuese flor del jardín y huerto cerrado de Atrizco. Un día que estaba el coro lleno de rosas, y de juncia llevando la imagen cayó con ella en tierra, y como de barro, y delicada se hizo toda pedazos la hechura, y puesto de rodillas fué recogiendo los menudos pedazos y reliquias, y llorando su desgracia en presencia de las religiosas, quedó tan entera como antes estaba sin faltarle cosa, caso que aumentó la veneración que le tenían. Hasta aquí son formales palabras de dicho R. P. y para dar ceñida en estas breves noticias a la dulce memoria del provincial, concluyo este capítulo con la cláusula del M. R. P. Medina que dice: pasó después a la santa provincia de Michoacán, donde habiendo sido provincial, murió con grande ejemplo de virtuosas costumbres. Lo que se determinó en este memorable capítulo de Acámbaro, y el estado que tenía la santa provincia lo hará notorio el primer capítulo del libro cuarto, que ya comienza.

LIBRO CUARTO

De la Provincia con lo sucedido
desde el año de mil y setecientos



CAPÍTULO I

Actas del Capítulo Provincial del año de ochocientos y
nada de memorable de esta Nueva



RESEANDO el V. P. Provincial con todo el capítulo
que esta Santa Provincia de San Agustín se man-
tiene en la observancia de grande tiempo con
que se le ha criado desde sus principios, de esta
manera hacer constituciones municipales dirigidas
todas a la mayor perfección, y muy acomodadas a

la necesidad de aquellos tiempos, que por ser de tanto crédito para
la provincia las pudiese a la letra, y así como se siguen.

Primero se asigna para el convento de Valde-
lla, y otras algunas apostólicas, para que se observe.

Segundo que el provincial determine por el capítulo el número
de conventos que se han de tener en la provincia, que a saber
de la provincia que se han de tener, para que se observe, y así como
dices, ha hecho todo de acuerdo con el capítulo de este convento
y otros y otros de los que se han de tener, para que se observe.

LIBRO CUARTO

*De la Provincia con lo sucedido
hasta el año de mil y setecientos.*

Como encargo al provincial para que se observe a los conventos

vivir si no es en convento de comunidad, y que estos y los estudiantes ni salgan al pueblo ni a pedir limosna con la pena a los guardianes, y presidentes del Estatuto General.

I I

Primera, que se rece en todos los conventos el Oficio Divino en el coro, y donde no lo hubiera en oratorio dedicado para ello, después del cual se tenga el cuarto de la oración mental, y maitines a medianoche, aunque no haya en el convento más que dos religiosos, y que no se dispense la disciplina, y el *De Profundis* antes de comer y cenar, y al que faltare en algo de lo referido, suspenso de su oficio por dos meses.

Segunda, que en altar, coro y refectorio observen todas unas mismas ceremonias por evitar, etc.

Tercera, cada lunes en todos los conventos misa de ánimas con procesión, y en conventos de comunidad después de comer el lunes oficio de difuntos, el miércoles Salmos Graduales y viernes Penitenciales, que haya siempre lección de mesa.

Cuarta, que todos los religiosos, súbditos y guardianes hagan hebdamada por sus antigüedades, salvo los que han sido provinciales, difinidores actuales, y los que actualmente leyeren teología o artes.

Quinta, que ningún guardián, ni presidente señale asunto particular a alguna persona secular, pena de privación de oficio, y si alguno se pidiere sea con las circunstancias, que allí se mencionen.

I I I

Primera, se ordenó que hubiese dos enfermerías, una en Valladolid y otra en Querétaro, y se encargó al M. R. P. Provincial pusiese para su cuidado un religioso caritativo, fiel y diligente.

Segunda, ordenaron que para el gasto de dichas enfermerías acudiesen todos los conventos, según lo dispuesto en el capítulo próximo pasado, y que no se consienta que enfermo alguno se cure en casa de seglares.

Tercera, provean los guardianes a sus súbditos de vestuario, y sandalias, y que el tiempo sea por N. P. S. Francisco, y el guardián que faltare sea privado de su oficio.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

Cuarta, el vestuario sea llano, y sin curiosidad, y ninguno traiga anillos de oro, o plata, ni en los rosarios cruces, ni medallas de lo mismo, ni en las celdas haya láminas preciosas, ni escritorios ricos, ni otras curiosidades superfluas:

I V

Primera, todos los domingos y fiestas principales del año los PP. Guardianes y Presidentes hagan que se declare el Evangelio a los naturales, explicándoles lo que deben saber, y que la misa se diga a tiempo que la puedan oír todos, y que en las visitas se les den misa, y se visiten los enfermos, etc.

Segunda, pongan en cada convento dos libros nuevos, uno de bautismos, y otro de casamientos y en los pueblos de españoles, otro aparte para ellos foliados, y autorizados por el M. R. P. Provincial.

Tercera, en cada convento haya cabalgaduras de comunidad, para administrar, y a los particulares si las tuvieren se les quite, y se aplique lo que valiere para las enfermerías y a él se le castigue como propietario.

Cuarta, que ningún religioso mande a los indios para hacer sementeras para el convento, y que si algo de esto se hiciere sea con licencia del provincial, y dando cuenta en qué se gasta, y que no den indios para las haciendas de los españoles, pena de privación de oficio al prelado, y a los súbditos por un año de los actos legítimos

Quinta, que no se eche derrama entre los indios, para obra, ornamento, o retablo, ni se saque limosna de hospital sin licencia del provincial, y sin que quede escrita en el libro de hospital y convento para qué fin se sacó.

Sexta, que el provincial examine o haga examinar a los confesores, y a los ministros de indios, y suspenda a los inhábiles y haga que todos aprendan lengua.

Séptima, que ningún religioso contienda con jueces eclesiásticos, o seculares, sino que dé aviso al provincial sin ocurrir a otro juez pena de privación de actos legítimos por un año.

V

Primera, que ninguno salga fuera de su guardianía, o del conven-

to, sin licencia del guardián o Presidente, y el que saliere se castigue como apóstata, y si el guardián no le castigare sea privado de su oficio.

Segunda, que ninguno salga sin compañero, y en donde hubiese convento ninguno se hospede entre seglares debajo de la pena del Estatuto General.

Tercera, ninguno pase a España, aunque tenga licencia de los prelados generales, sin presentarse al comisario general de aquellas partes.

Cuarta, en el convento de Valladolid, que es la cabeza de esta provincia, haya un archivo para todas las escrituras de ella, y en los otros conventos otro para sus particulares escrituras.

Quinta, el que jugare a los naipes sea privado de los actos legítimos por seis años.

Sexta, que por muerte o vacante del provincial, tenga el sello el padre de provincia más antiguo, y en su falta el definidor actual más antiguo, el cual avisará al comisario general para elección de vicario provincial.

Séptima, que cese la hermandad en la provincia de Guadalajara por razones congruentes; y que en adelante por cada religioso de esta provincia que muriese, se cante en cada convento una misa de Requiem con su vigilia, y cada sacerdote diga veinte misas rezadas, los coristas veinte oficios, y los legos dos mil veces el Padre Nuestro, y otras tantas Aves Marías, y por cada religiosa de Santa Clara una misa de Requiem con su vigilia en cada convento.

Octava, por cada donado profeso, cada sacerdote, una misa, cada corista un oficio, y cada lego cien Padres Nuestros, y otras tantas Aves Marías, y que los donados retornen lo mismo.

Noveno, que estas constituciones se lean cuando los estatutos generales, y a los transgresores se castiguen rigurosamente.

Todas estas constituciones se presentaron al M. R. P. Comisario General Fr. Alonso de Montemayor, y las confirmó.

El número de religiosos que había el año de 1626 en este Capítulo de Acámbaro fueron 35 gachupines, hijos de provincia, 37 criollos, 40 coristas, 27 legos, 16 donados, y que por todos hacen 155.

El orden y número de conventos que en este año tenía la provincia era este: Acámbaro, casa capitular. Valladolid, Querétaro, Tzintzuntzan, Tlaximaloyan, Tarécuato, Tzinapécuaro, Pátzcuaro, Uruapan. Erongarícuaro, Tzacapo, Peribán, Tantzítaro, Celaya, Puren-

chécuaro, San Felipe, Tzitácuaro, Xiquilpan, Apaseo, Tarimbaro, Tolimán Xichu, León, Pichataro, Charapan, San Buenaventura de Guazindeo, Patamban, Tuxpan, Santa Ana de Amatlán, Apatzingan, Tzirandaro, Chamacuero, Acapulco, San Francisco de San Miguel, todas estas eran guardianías, hacen el número de treinta y cuatro, sin contarse las vicarías, y presidencias, que había en las visitas de cada convento. Lo que tengo que advertir en esta tabla de conventos es acerca del de San Miguel el Grande, tocante al año de su fundación, por haber encontrado en los papeles del archivo de la Villa de San Miguel, que el año de 1615 pretendió la religión fundar convento, y el cabildo no admitió la propuesta alegando estar pobres los vecinos y no tener con qué mantener los religiosos. No obstante ya el año de 26, se había comenzado la fundación con permiso del Sr. Virrey de México, y el año de 28 se decretó en el capítulo intermedio que se hiciese guardianía con voto en capítulo como las demás. El año de 30 a 9 de octubre se presentó al cabildo de la Villa una cédula del Rey Nuestro Señor sacado años antes para esta fundación por el M. R. P. Fr. Juan López, cuando fué provincial de Michoacán, y aunque se encontró alguna resistencia en los vecinos el alcalde mayor la obedeció y desde entonces quedó fundamentado el convento.

Se hizo el intermedio a 31 de marzo de 1628, siendo ya comisario general N. M. R. P. Fr. Francisco de Apodaca, Padre de la santa provincia de Cantabria y se decretó que el maestro de novicios de Valladolid tuviese voto en capítulo como los guardianes, y no haga fuerza esta determinación porque siempre se elegían para maestros de novicios hombres graduados y muchos que habían sido difinidores, y tal vez entró por maestro el que acababa de ser ministro provincial. Decretóse también, que de veinte misas que se decían por cada religioso, se redujesen a doce, y en cada convento su vigilia, y misa cantada, quedando los religiosos coristas y legos con los mismos oficios que antes. También se decretó hubiese hermandad con los religiosos de la custodia del Río Verde tocante a los sufragios, en que se conoce estaba separada la custodia de la provincia, y corría por el gobierno del M. R. P. Comisario General, pidió todo el difinitorio al Rmo. Comisario General de Indias para que remitiese padres de España, porque de cincuenta que debían ser había sólo veintiocho, y de éstos cuatro ya muy enfermos, e impedidos. Advierto que la celebración de este intermedio fué el día primero de abril de 1628.

CAPITULO II

*De algunos religiosos de esta provincia que
resplandecieron en santidad.*



LOS granos de trigo después de muertos, y sepultados en la tierra se multiplican en macollas, que acreditan, y coronan la virtud de su fecundidad. Como granos sepultados en la fértil tierra de esta santa provincia contempla mi cuidado tantos varones justos como dejo escrito en sus vidas, y de estos granos muertos se multiplicaron hermosas macollas cuya fecundidad daré ceñida en hacecillos pequeños por las cortas noticias que hay de cada uno; pero se conocerá la flor de su virtud por sólo el grano.

Florecieron en el siglo que vamos historiando, dos hermanos de padre y madre naturales de la ciudad de México, que fueron el padre Fr. Bartolomé de la Concepción, gran ministro en mexicano y otomí, y el padre Tomás de la Cruz excelente predicador en la tarasca y mexicana; ambos dos observantísimos de su regla, y muy dados a la oración mental, y tan continuos en el coro, que de día y de noche no salían de él. Anduvieron siempre a pie, descalzós y desnudos, en la administración de los sacramentos, sin comer más que una vez al día. Fueron honestísimos en el rostro, y en las palabras, con que se llevaban la inclinación de cuantos los miraban, y así fueron muy amados de los religiosos, y estimados de todos, y adorados de los indios, con quienes fueron unos apóstoles en enseñarlos, doctrinarlos y defenderlos. Era opinión común entre los naturales de Mi-

choacán que aquellos dos varones eran santos, como a tales los miraban y se rendían humildemente a sus consejos. La pobreza que observaron fué tan extremada, que no tenían más que el hábito, que les cubría las carnes, roto y remendado, y descubrían los crisoles de su acendrada virtud dando a conocer a todos que la hermandad de la sangre había pasado a ser hermandad de almas tan unas en el empeño de sólo servir a Dios, que pudieron renovar el cántico de David cuando cantaba en uno de sus Salmos: O cuan bueno, y cuan alegre es habitar los hermanos en un mismo modo de vivir.

El V. P. Juan de Villena tomó el hábito en esta provincia y desde luego se ajustó a la más pura observancia de su regla, adornando su alma con las virtudes de una pobreza evangélica, de una humildad profunda, de un recogimiento (de) anacoreta, y de una oración tan elevada, que absortas sus potencias en Dios, y en el mar inmenso de sus perfecciones se arrebatava por los aires, para contemplar más cercano el cielo. Ejercitó la paciencia en los trabajos que el Señor le permitió, y especialmente en la enfermedad de la gota de que adoleció muchos años. Obraba el Señor por virtud de su siervo muchos casos maravillosos, y entre ellos es muy singular el que voy a referir, por estar enteramente comprobado. Viviendo en el convento de la villa, que era entonces de Celaya, le aquejó un día mucho la gota, y por divertir su dolencia se fué a la casa del síndico del convento, en ocasión que había amasado su mujer, y teniendo el pan cubierto en una cama, ya para meterlo en el horno, entró el siervo de Dios en el aposento, y descuidada la síndica se acostó en la cama sobre el pan, y volviendo después de gran rato la señora, le dijo: "Ay, padre, mire que me ha echado a perder el pan, levántese y perdone". El padre le respondió que no tuviese pena que no era nada. Levantóse el siervo de Dios, y hallaron el pan tan intacto como si fuera sombra el cuerpo que había tenido encima, y lo cocieron, y llamaron comúnmente el pan del milagro, estimándolo como tal. Desde entonces creció más el afecto, y devoción de aquella república a este siervo de Dios, a quien estimaban como santo. Murió con todos los santos sacramentos ejemplarísimamente en el mismo convento de Celaya, y con mucha aclamación de su virtud, se le dió sepultura en la iglesia antigua al lado del Evangelio, y hoy en día se ignora el lugar de su sepulcro, y sólo vive su dulce memoria para el recuerdo.

Florecieron por estos tiempos dos admirables varones, ambos extranjeros de las provincias que están fuera de España, llamado el uno Fr. Gil Clemente, gran lengua tarasca, y excelente ministro, y el otro se nombraba Fr. Juan Gerónimo siempre ocupado en los ministerios a que lo destinaba la obediencia. Fueron ambos observantísimos de su regla y muy dados a todo género de mortificaciones, y penitencias. En la oración mental, fueron tan señalados, que parecían hombres extáticos, y que vivían fuera de la región de este mundo teniendo todo su comercio con el cielo. Pasaron de esta vida a la eterna cargados de merecimientos y dejando a la provincia llena de esperanzas bien fundadas del seguro premio, y felicidad que tiene Dios prevenida para sus siervos y escogidos.

Señalóse también por este tiempo el V. Fr. Lorenzo de Herrera, religioso lego, conocido entre todos por ejemplar de virtud. Varón penitentísimo, y tan frecuente en la oración y en las demás virtudes religiosas, que, como dice la crónica, pudo competir en santidad de vida con los religiosos más venerables de aquel tiempo; siendo esto uno de los mayores elogios de su virtud, pues a competencia, y con emulación santa pretendía cada uno ser ejemplo de los demás, y todos juntos, si se mira con reflexión, pueden servir de confusión nuestra.

Por último haciendo memoria el M. R. P. Cronista de otros varones venerables parece que cansada la pluma no pudo formar líneas más que de los nombres de muchos siervos de Dios que en aquellos tiempos habían florecido, y no teniendo ya más materiales para copiar sus virtudes, que los apuntes de la crónica podré sólo decir lo que ella me ministra. Los V. Fr. Antonio Flores y Fr. Angel de Barriaza fueron lustre de esta santa provincia, y de contemplación, y de virtud tan singular, que sólo ellos bastaran para crédito del hábito seráfico. El apostólico varón Fr. Francisco de Bilbao, contemporáneo del V. P. Fr. Pedro de Pila y según el apellido de su compatriota, trabajó incomparablemente en la conversión, y administración de los indios, y fué uno de los que más se señalaron en edificar la iglesia y convento de Tzintzuntzan en donde vivió muchos años, y en la portería de este convento estaba su pintura y retrato de vivos colores en la pared para memoria de sus hechos, y allí puso fin a sus días, habiendo sido en sus días un retrato de N. P. S.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

Francisco. A este Francisco siguieron otros dos que fueron el siervo de Dios Fr. Francisco Martínez de Jesús, y el apostólico Fr. Francisco Muñoz, santo, doctor, y prudente cuyas vidas pedían libros de por sí dice la crónica, y no nos deja otras memorias de estos varones tan señalados, con que me veo precisado a correr en este punto las cortinas del silencio.

CAPITULO III

De las elecciones capitulares que se hicieron en la provincia hasta el año de 1637



CUANDO más confiado mi buen deseo de correr la pluma sin estorbo en la narración puntual de los capítulos provinciales, que celebró esta santa provincia, me encontré con la falta de 39 hojas cortadas del Protocolo de la provincia, habiendo sido el motivo cercenarlas, por contener cosas, y causas de religiosos ya difuntos. Bien veo tenían razón de quitarlas de un libro que debe parecer en todo tiempo; pero me parece haber sido poca curia de aquellos tiempos no haber entresacado las elecciones capitulares de aquellos años, y sus intermedios, los cuales sólo a bulto podré referir en esta crónica. Desde el año de 1626, hasta el de 1637 sólo encuentro haber sido ministros provinciales el M. R. P. Fr. Tomás de Zavala, hijo de esta santa provincia, quien la gobernaba el año de 630 por el mes de julio cuando se trasladaron las religiosas de N. M. Sta. Clara a su nuevo convento. Después fué electo el M. R. P. Fr. Juan de Iraizos, hijo de la santa provincia de Aragón, como consta en la tabla de provinciales que pone el M. R. P. La Rea. Lo que falta que averiguar para que corra sin reparos la historia, es saber en qué años se celebraron estos dos capítulos; pues teniendo certidumbre que el de 626 se celebró capítulo a 3 de octubre, y el de 37, por el mes de enero saco por cuenta ajustada, que los tres provinciales referidos pasaron de los tres años gobernando, según es

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

permitido en la constitución general de nuestra orden, pudiendo anteponer, o posponer los prelados superiores los capítulos según les pareciere más conveniente, y sólo de esta suerte podrá componerse la vacante de año y medio, con poca diferencia, que hubo en diez años de un Capítulo a otro.

A principios del año de 1637, presidiendo el M. R. P. Comisario General Fr. Luis Flores venido de la provincia de Santiago cuyo celo, y prudencia fueron notorios en todas estas provincias seráficas, fué electo en ministro provincial el M. R. P. Fr. Cristóbal Vaz, hijo esclarecido de esta santa provincia, quien luego que fué electo dió principio a los estudios del Colegio de Celaya en su primer año, como dejamos dicho en el Cap. XXXVI del libro 3. En todo procuraba el nuevo provincial los aumentos de su provincia, y como en su primer año llegasen las noticias de los clamores de los indios del Río Verde pidiendo ministros, se conmovieron los diecisiete ministros, que había remitido para la custodia el V. P. Molido, y quisieron al pronto partirse; pero la gran prudencia del provincial, los detuvo prometiéndoles que llevaría consigo los que conviniessen, porque quería ir en persona a remediar las necesidades de aquellos gentiles. Muchos años se pasaron sin que aquella pobre custodia fuese visitada de provincial alguno, o por viejos, o por impedidos, y ser el camino tan largo, áspero, y fragoso, y principalmente, por estar su dependencia indiferente, porque unos años la administraba esta provincia, y otros los comisarios generales; y así dilataban el visitarla hasta verla fija en la sujeción a esta provincia.

Y como la providencia de Dios es la que mira el bien universal de las cosas, miró el bien de esta custodia en la elección del padre provincial Fr. Cristóbal Vaz para que en persona fuese a reformar las ruinas del tiempo en aquel gentilismo, y así después que dió vuelta a su provincia, fué a la custodia, año de 1637, llevando por delante muchas cosas de que necesitaba una nueva conversión; como son cálices, casullas y ornamentos. Y fué tan dichosa su llegada, que como, las plantas con el rocío, se refrigeraron aquellos gentiles con ella, de la sed que tenían del agua del bautismo. Luego que se conmovió aquella tierra comenzaron a darle voces de aquellas serranías, y en el prelado las lágrimas a substituir las aguas que pedían, hasta darles visita, o ministros, que lo hiciesen por él. Después que

visitó la cabecera, que es el convento de Santa Catarina, se partió al puesto del Piniguan donde halló una iglesia de madera, y varas silvestres que había hecho el V. P. Bautista, y la congregación de indios remontada por la falta de ministros.

Dieron voces, y enviaron mensajeros a las rancherías a llamarlos, para que viniesen a reconocer al superior de sus ministros. Bajaron de los montes más de cuatrocientas personas, y refrescando la memoria de su Bautista se enternecieron.

Otro día se les dijeron tres misas, y se bautizaron 21 personas, y se casaron otras. Quedó tratando con los que hacían cabeza el que se hiciese iglesia en forma, en el mismo lugar, y que se congregase el pueblo, y se les daría ministro perpetuo, como se hizo, y se dió traza, para formar el convento, y población. Pasó adelante, y llegó al puesto de Las Lagunillas donde halló una iglesia como la pasada, y más de 200 personas congregadas aguardando quien les diese pastor que cuidase de aquella grey desamparada. Consolólos el P. Provincial, y les puso ministro, que cuidase de su conversión, y doctrina, propagándolos así en lo espiritual como en lo temporal. Dijoles misa aquel día, y bautizó treinta personas y entre ellos de 30 y 40 años, poniéndoles fiscales, y cabezas que los gobernasen, y sujetasen al custodio de la cabecera distante de allí 12 leguas, hasta que el Rey N. S. los pudiese gobernar.

Prosiguió su visita sin atemorizarle los gritos, y algaras de los chichimecos, que retumbando, por las bóvedas de aquellos montes se hacían formidables a los oyentes. Llegó al Valle del Maíz, 18 leguas de la cabecera, donde hay ministros, convento, e iglesia de madera, y se dice misa todos los días a más de trescientos indios allí congregados de nación alaquines, de quien se esperaba muy grande población; porque a las voces del Evangelio bajaban cada día de los montes. Detúvose cinco días el M. R. P. Provincial en este pueblo, procurando apaciguar algunas naciones que estaban de guerra, y se temía una rebelión que estragase todo el Río Verde. Para disponer los ánimos, y poner en las manos de Dios estas causas como suyas, el día de la Purísima Concepción se cantó una misa muy solemne, y se les predicó un sermón exhortándolos a las paces, y unión que es la que conserva las repúblicas. Con esta disposición se partió la tie-

rra adentro hacia el norte a hacer las paces, y componer las partes para que así quedase, el camino libre para el Xaumave donde se podían hacer muchas poblaciones, por estar allí la gruesa de la gente, y un ministro como cordero entre lobos, aguardando cada día la muerte, y padeciendo muchas extorsiones, y penalidades, forzosas pensiones del apostólico ministerio.

Las guerras que conmovían todo el Río Verde eran entre los del pueblo de Tangantzin, del Salto del Agua, y otras rancherías contra los del pueblo de Tula originadas de ciertas muertes que habían cometido contra el decoro de la amistad. Por este motivo se amotinaron los unos, y los otros, y levantando velas, publicaron guerra, y se alborotaron de manera que discurrían divididos por aquellas laderas persiguiéndose los unos a los otros en tropas feroces, con que estaba inquieta toda la tierra, y se rebelaron los pueblos, de suerte que por espacio de catorce meses no acudieron a la misa, ni a la doctrina, con muchos votos de sus ministros. En esta ocasión de tanta turbulencia llegó el celoso provincial a la custodia, e informándose de un religioso lego, oráculo de aquellos indios, y gran siervo de Dios, muy experto en aquella tierra, de la causa de los motines, confirió con él el modo de apaciguarlos, por cuanto estas naciones caían en el camino de Xaumave, y cerraban la puerta para la gran mies que ofrecía la tierra adentro.

Resolvió el prelado, por último expediente ir en persona dispuesto a cualquier peligro, y puesta en Dios la confianza. Comenzó su empresa por los indios de Tula, y los convenció, y redujo a los medios que quiso. Con este compromiso se los llevó consigo a cierto puesto que señalaron, y envió por delante al religioso lego, y al gobernador del Valle del Maíz, para que diesen la embajada a las naciones contrarias de los tulas, y les avisasen que iba en persona a verlos el padre superior de sus misiones, para hacer las paces, que los aguardaba en el río de los Papagayos, porque iba en lugar del P. Molido a componerlos, y hacerlos amigos para que la conversión fuese adelante, y la población también. Oyeron la embajada, y la admitieron muy gozosos, por ver el bien a las manos que tantos años habían deseado.

Pusiéronse en camino guiándolos los embajadores, y llegaron a

una campiña a las orillas del río, donde estaba el padre provincial tres días antes esperándolos, sin más compañía que la de un desierto, expuesto a algún asalto de alguna cuadrilla errante de los foragidos, que hambrientos pudieran despedazarle. Llegaron los embajadores, y fueron recibidos del P. Provincial con aquellos regocijos, que forman los afectos entre temores y esperanzas.

Escuchó las nuevas y apenas acababan de contárselas, cuando por una ladera se fué deslizando una hilera de chichimecos, desnudos en carnes vivas, con arco y flecha en las manos, cuyo aspecto pudiera infundir temores, si no se tuviese anticipada la noticia que bajaban en paz de aquellos cerros. Entonces el M. R. P. Provincial, previno a los indios de Tula, y sentándose en la tierra esperó a los bárbaros, y cuando llegaron los fué estrechando entre sus brazos a todos con paternal cariño. Sentados todos en la tierra les hizo una plática, que después explicó el intérprete, dándoles a entender los daños que se seguían de vivir encontrados unos con otros, y las muchas muertes que pudieran ocasionarse de una, y otra parte. Escucharon el razonamiento, y se dió lugar para que unos, y otros se diesen sus cargos y descargos, y con la prudencia del superior quedaron satisfechas sus quejas, e hizo que se abrazasen unos con otros. Entonces ellos a su usanza, en señal de paz tocaron las armas, y las fueron ofreciendo a los pies del M. R. P. Provincial.

Con esto quedaron todos muy contentos, prometiendo conservar en adelante mucha paz, y conformidad, y estar prontos para asistir a las iglesias, y doctrina, y manteniéndose cada nación en su pueblo. Hecho esto se tocaron chirimías, y trompetas que para el efecto se habían llevado de la cabecera; todos juntos formaron un baile que duró toda aquella noche. Otro día por la mañana les repartió el caritativo prelado, sayal, fresadas, cuchillos y sombreros, para que se cubriesen las carnes, y tomasen amor a sus ministros, con que quedaron tan pagados y contentos, que desde luego apaciguaron toda la tierra, y se fueron a sus doctrinas. Concluída empresa tan importante se volvió el M. R. P. Provincial a la cabecera de la custodia, y envió luego un religioso a Xaumave para que levantase aquella iglesia, y fomentase su congregación, en el interim que remitían más ministros, como lo hizo luego que volvió a la provincia. Muy celebrada fué esta venida por los padres más graves de esta santa provincia.

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

quienes informados de su provincial de la mucha necesidad de operarios evangélicos, que tenía aquella custodia, determinaron en difinitorio pleno se diese noticia a N. Rmo. P. Comisario General de Indias, pidiéndole ministros, para la custodia y también para esta santa provincia, cuya resulta veremos con toda claridad, y lo demás perteneciente a la custodia en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV

En que se continúa todo lo acaecido en la custodia del Río Verde hasta el estado que mantiene al presente.



CONTINUAR escribiendo cuando ya la edad está gravada de años hace soltar la pluma al más apasionado de extender noticias en las planas, como sucedió al santo Cardenal Damiano que declara su sentimiento en el tomo 3 en la prefación del opúsculo 33, en esta forma: "Me atemorizo ya de escribir, porque la edad madura me engendra sospechas de mi cercana muerte. Aunque en verdad para los demás incierta, sin la menor duda está muy cerca para los ancianos, la edad que no tiene sucesión amenaza ya de próximo el fin de la vida".

Podrían decirme que es loable morir cada uno en su oficio y que pues me hice cargo de la santa provincia de Michoacán habiendo escrito la mayor parte, no debía desmayar en lo que resta. Si como son mis deseos fueran de mi salud los alientos ya pasara gustoso, y les diera el gusto de no levantar la mano de la obra hasta concluirla, con sólo lograr un amanuense que pusiese en el papel lo que mi desvelo juntaba de noticias, mas en dos años y más, sólo he pasado el tiempo como un artifice que registra las ruinas de una casa comenzada, y por falta de obreros no puede colocar cada piedra antigua en nuevo sitio. Mientras el Señor dispone darme amanuense voy apuntando lo que sigue a la crónica en aquellos cortos intervalos que

los quebrantos de ancianidad dan lugar a los alientos. Ya con esto voy continuando mi crónica por morir en mi oficio con sólo el alivio de mis tres dedos, y constará a quien lo viere no me obligase a tanto, mas hago de ello a Dios entero sacrificio.

Atando ya el hilo de la historia, se remitió informe a los preladados generales de la Europa pidiendo con instancias ministros para la custodia del Río Verde, y siendo todavía provincial el M. R. P. Fr. Cristóbal Vaz le vinieron en misión doce religiosos el año de 1639, y de éstos pasaron seis a la custodia, y los otros seis quedaron ocupados en los ministerios de la santa provincia. En este tiempo estaba la custodia separada, y corría por disposición de los M. RR. PP. Comisarios Generales de esta Nueva España, por decreto de capítulo general desde el año de 1621, como lo había pedido el V. P. Fr. Juan Bautista Molinedo; mas como un prelado superior de tantas provincias seráficas se halla de ordinario gravado con el peso de tan dilatado gobierno, aunque fuese mucho su celo no podía aplicar a esta mínima parte de la custodia, aquel cuidado que necesitaba la conversión, y por esto la provincia, para que del todo no desfalleciese, solía en ocasiones remitir ministros, aunque pocos, y fomentar aquella pobre custodia con algunos socorros temporales.

Corría con pasos muy lentos la conversión del Río Verde, aunque la multitud de gentiles ofrecía copiosísima mies a los pocos obremos que la asistían, y poniendo en la consideración de la santa provincia esta necesidad tan urgente, resolvió todo el V. Difinitorio el año de 1643 que el R. P. Fr. Bernardino Hermoso Estrada que iba de proministro al capítulo general pidiese misioneros para el Río Verde, y que atento a haber sido desde sus principios aquella custodia descubierta por los hijos de esta provincia era muy conveniente corriese su gobierno por los ministros provinciales, quienes, aun estando separada, la habían visitado, y promovido. Llegado el proministro a España se celebró el capítulo general en San Juan de los Reyes de Toledo el año 1645 en que salió por General de tido el orbe seráfico N. Rmo. P. Fr. Juan de Neajoli, de la Santa Provincia de Terrae Laboris y propuesto a todo el General Difinitorio lo que llevaba encargado por la provincia, se decretó acerca del Río Verde lo siguiente, que doy traducido en romance: "Porque la custodia de Santa Catarina del Río Verde no puede cómodamente asistirse a la conversión de los infieles por la penuria, y cortedad de reli-

“giosos se manda, y ordena que se vuelva a incorporar con la provincia de Michoacán de la cual antes se había segregado”.

Concedieron también al proministro juntase religiosos aptos para poblar la custodia sacando el real permiso en lo restante del año de 645, recogió 16 religiosos más de su satisfacción, lectores, predicadores, religiosos muy capaces que mostraron ser alacres en celo de la conversión de aquellos infieles. Llegaron a la provincia con próspero viaje el año de 646 según hallo escrito en el M. R. P. Fr. Alonso Guerrero, que vino en esta misión. Todos de espíritu, pasaron vía recta a la custodia del Río Verde para donde venían signados. La morada que encontraron fué todo el convento e iglesia de paja, y palmas silvestres, y así fueron haciendo otros tugurios en que mantenerse mientras el tiempo mejoraba sus horas. Dieron noticia de todo al M. R. P. Comisario General Fr. Buenaventura de Salinas, y Córdova, lustroso hijo de la Santa Provincia de Lima, y presentó ante el Supremo Gobierno del Excmo. Sr. Virrey la necesidad de aquellos pobres misioneros, la falta de ornamentos, y cosas de iglesia lo cual visto por éste, mandó librar mil pesos, seis mil dice Guerrero, para remediar necesidad tan urgente.

Estaba para hacerse capitulo intermedio de esta santa provincia que fué a 1o. de 1648 y asistiendo a él el M. R. P. Comisario General Salinas, a quien dió todo el Difinitorio las veces para instituir custodia, y guardianes en el Río Verde como lo hizo, teniendo ya empleada la limosna que sacó de las cajas en ornamentos, cálices, campanas, y vestuario con lo demás necesario para los misioneros de la custodia, y otras alhajas de mercería para contentar a los indios; se partió más gustoso para aquella tierra, que nunca más pudiera ufanarse como ahora viéndose visitada del Superior General de tantas provincias. Alegráronse los humildes hijos con su padre, y se conmovieron a visitar a su pastor aquellas ovejas racionales, que muchas aún no habían entrado por el bautismo en el redil de la iglesia santa. Vió el celoso prelado ser aquella mies muy copiosa, y registrando parajes a propósito fundó 10 misiones abasteciendo las iglesias de lienzo con su santo titular, ornamentos y campana, así lo dice en su Teatro Mexicano el R. P. Cronista Vetancourt, Part. I. Trat. 2o. N. 40. Cuan gustosos quedaron los religiosos en sus nuevos conventitos, no necesita decirse, sino suponerse. El contento que los infieles chichimecos tuvieron al ver la benignidad de un tal Supe-

rior tan amoroso, y los presentes que les hizo de ropa, cuchillos, abalorios, y otras bugerías, para ellos tan estimados, lo mostraron dándoles los principales un risco de piedra de las minas de Guadalcázar, con los hilos de plata y otro virgen, que a la manera de árboles con ramas estaba como una espesa cabellera, la plata virgen en otros. Vuelto a México el M. R. P. Comisario General presentó el curioso risco al Excmo. Sr. Virrey, Conde de Salvatierra, y éste por cosa exquisita y preciosa lo remitió al Católico Rey Felipe IV que hizo de él mucho aprecio. Todo lo dicho es del R. Cronista mexicano, que en otro no he encontrado esta noticia.

En los apuntes de Crónica del M. R. P. Guerrero, tratando de los religiosos que en este tiempo pasaron a la custodia del Río Verde, dice era muy señalado en la virtud y celo de las almas el P. Fr. Pedro de los Angeles, hijo de la provincia de este nombre y asistido de la protección de estos misioneros celestes hizo el oficio de Angel, que es ser enviado por Dios, en todo el largo tiempo que se mantuvo entre aquellos gentiles. No fué menos en el empleo de este apostólico ejercicio el P. Pr. Fr. Manuel Alvarez, criado en la provincia de Santiago, imitando al patrón de las Españas en la conversión de los gentiles, y educación de los neófitos. Siguió este mismo empleo el P. Fr. Alonso de S. Buenaventura, hijo de la dicha provincia incorporado en esta provincia de Michoacán. Dió el lleno a su apellido, pues por venturosa aplicación pasó lo mejor de sus años en reducir al gremio de la Santa Iglesia aquellos bárbaros que se ocultaban como fieras entre las grutas de aquellos campos dilatados. El último de los señalados fué el P. Pr. Fr. Juan de Xauregui, que habiendo profesado la regla seráfica en la Santa Provincia de Cantabria pasó a Michoacán llamado de Dios para la custodia del Río Verde, y puesto en ella se afaná tanto en su sagrado ministerio, que rindió en él gloriosamente la vida para asegurar el galardón que tiene Dios prometido a los celosos operarios de su viña. Este, según el M. R. P. Guerrero, fué el primer misionero que falleció en aquella custodia, y como grano puro sembrado en la tierra de su sepulcro se vió fecundo en la multiplicación de otros celosos misioneros que le fueron sucediendo.

Por dar ceñidas las noticias, que por los capítulos provinciales he encontrado tocantes a la custodia, las referiré en compendio, aunque se anticipe la relación por no volver a tocarlos en ocasión que

se trate de otros puntos más diversos. El año 1640, en que era provincial el M. R. P. Fr. Buenaventura Velazco se decretó en pleno difinitorio, que los guardianes y custodios del Río Verde que por tres años lo ejercitasen loablemente, y en volviendo a la provincia estuviesen exentos de hacer hebdomada; y los que por seis años ejerciesen dichos oficios, gozasen el privilegio de los difinidores.

El año de 1664 en que fué electo ministro provincial el M. R. P. Fr. Alonso de La Rea, decretó el capítulo que para aliento de la custodia fuese en persona el recién electo a visitarla, llevando ornamentos, y otras cosas necesarias para los misioneros, e indios, como habían hecho antes el provincial Fr. Cristóbal Vaz y el M. R. P. Comisario General Fr. Buenaventura de Salinas. El año de 1667 se determinó por el difinitorio hubiesen diez y doce religiosos en la custodia del Río Verde, y que se premien los que con buen ejemplo hubiesen asistido en ella, y para el vestuario de los seis se les hizo cargo al provincial, y a los demás se acudiese con la licencia de los conventos que tuvieren más forma sin falta alguna. Por el año de 1671 encuentro se pedía informe al M. R. P. Comisario General de estas partes para solicitar diese N. Rey Católico limosna para los religiosos de la custodia, que sólo percibían los socorros que les daba su Majestad.

El año de 1681 se encargó al R. P. Pro Ministro Fr. Gaspar López pidiese a su Majestad veinte religiosos para el Río Verde, más no se lee la respuesta en el protocolo de la provincia. Por último encuentro el año de 1692 que se dió orden al P. Custodio Fr. Angel Serra, que iba a Roma al capítulo general trajese veinticuatro religiosos, los doce para la provincia y los otros doce para el Río Verde, y que para estos empeñase la provincia en lo que se le señalase. De aquí se deja conocer que nunca abandonó la amorosa provincia, como madre, a su hija. La custodia, pues, fuera de la solicitud con que siempre pedía para ella ministros, proponía premios o los daba a los que con ejemplo cultivaban aquella evangélica viña, y a los que sin legítima carga se excusaban de pasar a la custodia ordenó, en un capítulo fuesen como penitenciados a los conventos de Valladolid y San Miguel a hacer la hebdomada. Dejo lo sucedido en este siglo (XVIII) presente porque son casi uniformes los varios acaecimientos que se han visto en nuestro tiempo, y sólo rela-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

cionaré el número de doctrinas que mantiene, según la tabla capitular del año de 1751 que tengo a la vista.

El convento principal donde asiste el custodio, y guardián es Sta. Catarina de Río Verde, y aquí asisten por lo ordinario tres religiosos. El convento donde se reconocen españoles, es la villa del Nombre de Jesús, y tengo noticia se estaba labrando iglesia muy curiosa a beneficio de un bienhechor generoso. La doctrina de Pini-guan es la tercera que administra la custodia, y se mantienen muchos indios a su protección, y abrigo. Es la cuarta en doctrina de Lagunillas, y en ellas pesca el religioso que asiste, a imitación del apóstol, muchos peces racionales. La quinta es el pueblo y doctrina de Gamotes, y en este distrito se extiende la administración a mucho número de personas de varios colores y costumbres. Los alaquines, gente reducida en aquel paraje desde los principios tienen el sexto lugar en la tabla, mantiene su iglesia, y doctrina, y siempre se les señala ministro. El Valle del Maiz, nombre que se le ha dado por la abundancia con que se cria en él esta importante semilla, tiene a fuer de fecundo muchos que lo habiten, y para que no les falte así a españoles como a los indios el sustento de sus almas, se les provee cada capítulo un sacerdote religioso, que está de pie en esta doctrina. Ocupa otra doctrina la Misión de Tula con su ministro. Siguese el Xaumave misión muy antigua, y San Nicolás de los Montes, población de indios alaquines. Nuevamente se puso nombre de Santa María de la Peña Mellera a una de las misiones antiguas de la custodia, y a otro sitio en que hay un ministro, el Real de los Infantes. Son por todas doce doctrinas, que con mucho esmero se cultivan al presente por influjo del M. R. P. Provincial, quien ha procurado socorrer de celosos operarios aquella mies copiosa y con su cultivo se prometen crecido aumento en la conversión de tantas almas, como abriga aquel ameno territorio. (105).

— F I N —

APENDICES

EN LAS ACTAS DE LA CATEDRAL DE MEXICO SE LEE:

En el cabildo del martes 16 de septiembre de 1597 se recibió carta del Chantre Dr. D. Alonso Larios de Bonilla que andaba en la administración de los diezmos de Querétaro, con fecha del 7, en la cual decía haber tenido noticia de que muchos reinos de aquella comarca trataban muy de veras de ir a poblar el Río Verde por ser tierra muy fértil y muy a propósito para grandes sementeras y crías de ganado mayor, y así le parecía se enviase persona que a nombre del señor Arzobispo aprendiese posesión en aquella población. Tratado esto con el señor gobernador por lo tocante al señor arzobispo dijo que haría su diligencia y que el cabildo hiciese también lo que pareciese convenir. Se envió el poder a Diego Franco, Capitán nombrado para esta jornada, de quien entendía el Chantre acudiría con buena voluntad a este negocio pues se le había ofrecido a desempeñarlo. (Lib. 4o. de actas capitulares).

En el Cabildo del viernes 2 de octubre de 1598 manifestó el Arced. Gobernador lo que importaba hacer diligencia para que la nueva población de Río Verde, jurisdicción de Querétaro, reconociese a esta Catedral y se le pagase los diezmos, que según informaban diversas personas sería buena cantidad de ganado mayor y semillas expuso haber escrito sobre esto a algunos vecinos para que no acudiesen por la doctrina al obispo de Michoacán, como pretendía el obispo enviando ministros y concluyó diciendo que él que aunque indignamente, hacía las veces del señor Arzobispo, despa-

CRÓNICA FRANCISCANA DE MICHOACÁN

charía ministro con recaudos de Vicario y cura y poder para cobrar los diezmos. Convino en ello el cabildo y dispuso que de la mesa capitular se le diese el salario necesario que le señalase el mismo señor Gobernador, y que de la sacristía de esta santa iglesia se le proveyese de todo lo necesario para celebrar, y lo que no hubiese se comprase. (Lib. 4o. de actas capitulares).

En el Cabildo del martes 6 del mismo octubre (de 1598) dijo el señor Arced. Gobernador haber nombrado ministro para Río Verde al padre Garci Ruiz de Alarcón, persona idónea, hábil y de buena lengua y pidió al Cabildo lo tuviese por bien, y confirmase y ratificase el auto del día 2. Se acordó de conformidad (Lib. 4o. de actas capitulares).

En el mismo día 20 de octubre (de 1598) se ordenó que se pida al señor Viso-rey mande vacas al Río Verde que nuevamente también se ha descubierto por doctrina nueva perteneciente a este Arzobispado y que lo otro lo mande hacer el Sr. Arcediano, persona que ahora representa la del prelado. (Lib. 4o. de actas capitulares).

En el mismo cabildo de 4 de diciembre (de 1598) dió cta. personalmente el señor Garci Ruiz de Alarcón, vicario nombrado por el Sr. Gobernador para la nueva población del Río Verde de las diligencias que por escrito allí había hecho por mandato del mismo gobernador y de estos cabildo y del estado en que dejaba aquella población. Se le aprobó lo que había hecho, se le dieron las gracias y se mandaron guardar en el archivo los papeles que sobre estos asuntos trajo. (Lib. 4o. de actas capitulares).

En el Cabildo del martes 26 del mismo enero (de 1599- propuso el Arced. se diesen al Br. Garci Ruiz de Alarcón, vicario de la nueva población de Río Verde por salario o para ayuda de costa de su vuelta allá alguna cantidad. Mandó el cabildo se le diesen por ahora para aviarse 100 pesos de tipusque. (Lib. 4o. de actas capitulares).

SUPERIORES
DE LOS
FRANCISCANOS DE MICHOACAN

Desde su origen hasta el año de 1945

CUSTODIOS

- 1536.—Fr. Martin de Jesús, o de la Coruña.
- 1539.—Fr. Alonso de Rosas.
- 1542.—Fr. Antonio de Beteta.
- 1545.—Fr. Alonso de Rosas. 2a. vez.
- 1548.—Fr. Antonio de Beteta. 2a. vez.
- 1551.—Fr. Antonio de Segovia.
- 1554.—Fr. Jacobo Daciano.
- 1557.—Fr. Antonio de Segovia. 2a. vez.
- 1560.—Fr. Maturino Gilberti.
- 1563.—Fr. Pedro de Reyna.

PROVINCIALES DE JALISCO Y MICHOACAN

- 1567.—Fr. Angel de Valencia.
- 1570.—Fr. Antonio de Beteta.
- 1573.—Fr. Juan de Ayora o Aora.
- 1576.—Fr. Juan de Serpa.

A P E N D I C E S

- 1579.—Fr. Juan Bautista de Lagunas.
 1582.—Fr. Buenaventura Marbella.
 1585.—Fr. Miguel López.
 1588.—Fr. Pedro Palacios.
 1591.—Fr. Pedro de Pila.
 1594.—Fr. Juan de Serpa. 2a. vez.
 1597.—Fr. Diego Muñoz.
 1600.—Fr. Miguel López. 2a. vez.
 1603.—Fr. Juan de Salas o Salazar.

PROVINCIALES DE MICHOACAN

- 1607.—Fr. Juan de Revilla.
 1610.—Fr. Diego Muñoz. Por su fallecimiento
 Fr. Rodrigo Alonso, Vicario Provincial.
 1613.—Fr. Juan López (*)
 1617.—Fr. Andrés Nieto.
 1620.—Fr. Sebastián de Alemán.
 1623.—Fr. Francisco de Villalba.
 1625.—Fr. Pedro de Aguilar. (*)
 1626.—Fr. Pedro de Leyva.
 1630.—Fr. Tomás de Zavala.
 1633.—Fr. Juan Iraizos.
 1637.—Fr. Cristóbal Vaz.
 1640.—Fr. Buenaventura Velasco.
 1643.—Fr. Andrés Medrano.
 1646.—Fr. Juan de Iraizos. 2a. vez.
 1649.—Fr. Alonso de la Rea. Primer Provincial criollo.
 1652.—Fr. Bernardino Hermoso Estrada.
 1655.—Fr. Juan Lobo.
 1658.—Fr. Pedro de Armas y por su fallecimiento
 Fr. Juan Calderón, Vic. Prov.
 1660.—Fr. Juan Ceballos.
 1663.—Fr. Diego de Santa María y por su fallecimiento
 Fr. Juan Calderón, Vic. Prov.
 1667.—Fr. Diego Ramírez y por su fallecimiento
 Fr. Andrés Madera, Vic. Prov.
 1669.—Fr. Antonio Alonso.
 1672.—Fr. José de la Cruz.
 1676.—Fr. Alonso Guerrero.
 1679.—Fr. Nicolás de León.
 1682.—Fr. Antonio Alonso. 2a. vez.
 1685.—Fr. Bartolomé de Campo Verde.

A P E N D I C E S

- 1688.—Fr. Tomás de Larrauri.
 1691.—Fr. Domingo de Ojeda.
 1694.—Fr. Pablo Sarmiento.
 1696.—Fr. Benito de Figueroa.
 1699.—Fr. Jerónimo Sierra.
 1702.—Fr. Juan Rico de Luarca.
 1705.—Fr. Juan de la Cruz. Por su ascenso a Comisario General,
 Fr. Jerónimo Sierra, Vic. Prov.
 1708.—Fr. Antonio de Trejo.
 1712.—Fr. Francisco Contreras.
 1714.—Fr. José Picazo.
 1718.—Fr. Fernando Alonso González.
 1721.—Fr. Juan Guevara.
 1724.—Fr. José Díaz del Prado.
 1726.—Fr. Juan Antonio Landeros y por su fallecimiento
 Fr. José Malagón, Vic. Prov.
 1729.—Fr. Antonio Villalba.
 1733.—Fr. Blas de Aguilar.
 1736.—Fr. Felipe Velasco.
 1739.—Fr. Cristóbal Javier de Urrutia.
 1741.—Fr. Antonio Villalba. 2a. vez.
 1745.—Fr. Domingo Barreto.
 1748.—Fr. Felipe Velasco. 2a. vez.
 1751.—Fr. Francisco Antonio de Rivera.
 1754.—Fr. José de los Santos.
 1757.—Fr. Diego Ortiz de Parada.
 1759.—Fr. Cristóbal Grande.
 1762.—Fr. Miguel Sedeño de Figueroa.
 1765.—Fr. Domingo de Ocaranza.
 1768.—Fr. Andrés Picazo.
 1771.—Fr. Antonio Fernández.
 1774.—Fr. Francisco Antonio de Rivera. 2a. vez y por su fallecimiento
 Fr. Francisco Domingo Villaseñor.
 1777.—Fr. Santiago Cisneros.
 1780.—Fr. Antonio Vicente Arias.
 1783.—Fr. Manuel Avella.
 1786.—Fr. José Arias.
 1789.—Fr. Antonio Fernández. 2a. vez.
 1792.—Fr. José de Soria.
 1795.—Fr. José La-Rode.
 1798.—Fr. José Ma. Carranza.
 1801.—Fr. Antonio Canales.
 1804.—Fr. Mariano Olmedo.
 1807.—Fr. Francisco Javier Ramírez.

A P É N D I C E S

- 1810.—Fr. Pedro Pro.
- 1813.—Fr. Bernardo Sala.
- 1816.—Fr. Francisco Gómez.
- 1819.—Fr. Manuel Agustín Gutiérrez.
- 1823.—Fr. Luis Ronda.
- 1826.—Fr. Bernardo Sala. 2a. vez. Ultimo Provincial español. Por su fallecimiento
Fr. Francisco Mogrovejo, Comisario Provincial.
- 1830.—Fr. Antonio Valenzuela. Por su fallecimiento
Fr. Vicente Victoria, Vic. Prov.
- 1833.—Fr. Francisco Mogrovejo.
- 1836.—Fr. Antonio Echeverría. Por su muerte
Fr. José Ma. Vázquez, Vic. Prov.
- 1839.—Fr. José Ma. Vázquez.
- 1842.—Fr. Francisco Mogrovejo, 2a. vez.
- 1846.—Fr. Manuel Garnica.
- 1849.—Fr. Mariano Sánchez Eguiluz.
- 1852.—Fr. José Ma. Vázquez. 2a. vez.
- 1856.—Fr. Macedonio Romero.
- 1860.—Fr. Manuel Garnica. 2a. vez. Gobernó hasta 1866 en que murió. El R. P. Comisario General Fr. Manuel Alfaro, nombró a Fr. José Ma. Vázquez (3a. vez) como Vicario Provincial. A los cuatro meses de ejercer su cargo renunció por causa de enfermedad, y el dicho Comisario nombró a Fr. José Rico, como Vicario Provincial. (*)
- 1866.—Fr. José Ma. Vázquez, Vic. Prov.
- 1866.—Fr. José Rico como Vic. Provincial. Después, por el año de 1876 ejercía su oficio con el carácter de Ministro Provincial. Fué promovido a la dignidad episcopal en abril de 1883. Murió en agosto de 1885.
- 1883.—Fr. Antonio Villarreal, Vic. Prov.
- 1885.—Fr. Antonio de Jesús Muñoz y Ortiz.
- 1888.—Fr. Antonio de Jesús Muñoz y Ortiz, 2a. vez.
- 1891.—Fr. Antonio de Jesús Muñoz y Ortiz, 3a. vez.
- 1894.—Fr. Antonio de Jesús Muñoz y Ortiz, 4a. vez. Por su muerte
Fr. Francisco Ma. Arroyo, Vic. Prov.
- 1897.—Fr. Buenaventura Chávez.
- 1901.—Fr. Angelo Ruiz y Ruiz.
- 1904.—Fr. Angelo Ruiz y Ruiz, 2a. vez.
- 1908.—Fr. Pedro Errejón. Fué admitida su renuncia en noviembre de 1910.
- 1910.—Fr. Buenaventura Chávez. También se le admitió su renuncia.
- 1910.—Fr. José Bottaro. Gobernó la Provincia en carácter de Comisario General.
- 1912.—Fr. Odorico Peñafior, como Subcomisario Provincial.
- 1913.—Fr. Buenaventura Tovar.
- 1923.—Fr. Domingo Reséndiz.
- 1926.—Fr. Domingo Reséndiz, 2a. vez.
- 1929.—Fr. Domingo Reséndiz, 3a. vez.

A P É N D I C E S

- 1932.—Fr. Gabriel M. Soto.
 1935.—Fr. Gabriel M. Soto. 2a. vez.
 1938.—Fr. Gabriel M. Soto. 3a. vez. Por su muerte
 Fr. Buenaventura Tovar.
 1940.—Fr. Buenaventura Tovar.
 1942.—Fr. Leopoldo Campos.
 1945.—Fr. Leopoldo Campos. 2a. vez.

NOTA.—Las fechas anteriores a 1607 y las marcadas con un (*) están tomadas de la lista publicada por el Dr. León en la primera edición de esta Crónica por no existir en los Libros de Gobierno de la Provincia.

NOTAS

— LIBRO PRIMERO —

1.—Debido a la gentileza del señor Lic. Manuel Septién y Septién puedo dar a conocer en la presente nota un extracto debidamente autorizado de la fe de bautismo del autor de esta Crónica, R. P. Fray Isidro Félix de Espinosa, O. F. M.

El documento que tengo a la vista es del tenor siguiente: Al margen un sello que dice: "Parroquia de Santiago.—Querétaro". Dentro: "**HAGO CONSTAR**: Que en el Archivo Parroquial de Santiago, de esta ciudad, en el libro de bautismos que comprende desde agosto de 1670 hasta diciembre de 1692, en la foj. 79 fte. se encuentra la partida que se refiere a: **ISIDRO**, hijo legítimo de **Isidro de Espinosa** y de **Gertrudis Miraelrio Tovar**; bautizado el día veintiséis de noviembre de mil seiscientos setenta y nueve, habiendo sido su padrino el Bachiller Francisco de la Rea.—Al margen de dicha partida, están las anotaciones siguientes: "Se dió certificado de esta fe de Baustismo al Ilmo. Sr. Obispo Dr. Dn. Rafael S. Camacho, Obispo de Querétaro, Noviembre 10 de 1898".—"Este niño **fué cuando religioso cronista de los Colegios Apostólicos**".—Para los fines a que haya lugar, expido la presente en Querétaro, Qro., a 8 de marzo de 1945".—Firmado: "Gonzalo Vega, Pbro." (J. I. D. G.)

2.—El mismo autor ha dado a conocer su propia genealogía, en la biografía que escribió de su hermano, el R. P. Juan Antonio Pérez de Espinosa, del Oratorio de San Felipe Neri, cuyo retrato, lo mismo que el de su hermano Fray Isidro, se conserva en la galería iconográfica de "**La Santa Casa**" de San Miguel de Allende, Gto.

Según esta relación genealógica los padres del autor se llamaron Isidro Pérez de Espinosa y Gertrudis de Miraelrio y Tovar, vecinos de la ciudad de Que-

rétaro, en cuyo templo parroquial fueron casados y velados según el orden de la Santa Iglesia.

Abuelos paternos: Cristóbal Pérez de Espinosa y Da. Inés de Iniestra; vecinos nobles y dueños de haciendas y muy conocidos, y bien emparentados en el Valle de Temascaltepec del Obispado de México.

Abuelos maternos: Luis Alvarez de los Ríos y Gertrudis de Miraelrio Tovar; vecinos de Huaniqueo en Michoacán, dueños de haciendas; pasaron a residir a Querétaro.

Conocidos por nobles y de muy limpia sangre, entroncados con familias notorias e ilustres de la Nueva España.

Don Isidro Félix de Espinosa tuvo ocho hermanos y hermanas:

1o.—*Don Juan Antonio Pérez de Espinosa*, originario de Querétaro.—Nació el 6 de septiembre de 1676.—Fundador de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri en San Miguel el Grande, Gto.—Su biografía fué escrita por su hermano Isidro en 1753 y publicada en 1942 por los Padres de San Felipe Neri en San Miguel.

2o.—*Rosa María Pérez de Espinosa*.—Murió de un mes y seis días.

3o.—*Fr. Isidro Félix Espinosa*. (en el siglo Isidro Pérez de Espinosa).—Nació en Querétaro en 1679.

4o.—*El P. Francisco Xavier Pérez de Espinosa*.—Sirvió en el Oratorio de San Miguel de Segundo Fundador.

5o.—*Juana Rosalía Pérez de Espinosa* que casó y tuvo cinco hijos y dos hijas y un niño que murió al nacer.—Tres de sus hijos fueron sacerdotes.

6o.—*Luis Pérez de Espinosa*.—Murió niño.

7o.—*María Gertrudis Regalada*.—Toda su vida suspiró por ser religiosa y acabó sus días en el recogimiento de Señora Santa Ana de la Villa de San Miguel el Grande, llegando a ser Rectora de esa comunidad.

8o.—*Josefa Teresa*.—Conservóse célibe al lado de su madre y muerta ésta fué a pasar sus últimos días a la Villa de San Miguel el Grande con singular edificación.

9o.—*Teresa*.—Murió niña.

Fray Isidro suprimió el patronímico Pérez y agregó a su nombre de pila el de religión Félix.—(J. I. D. G.)

3.—El último comisario general de la Nueva España que trae el P. Vetancourt, al fin de su *Menologio Franciscano*, es el P. Fr. Manuel de Monzabal, que comenzó su oficio en 1685, a quien llama Miguel el P. Torrubia y fué el 37o. Después le sucedieron: en 1698 Fr. Bartolomé Giner; en 1704, Fr. Juan de la Cruz.

provincial de Michoacán; en 1711 Fr. Luis Morote, de la provincia del Santo Evangelio; en 1716 Fr. Agustín Mesones; el 42o. Fr. Fernando Alonso González electo en 8 de junio de 1722. Torrubia, cuyas son estas noticias, dice: "Fué este prelado muy abstraído de comercios de seculares y obró siempre con religioso des- embarazo, libre de sus empeños. En su tiempo y a diligencias de su actividad y celo, se fabricó desde sus cimientos el insignísimo *Colegio de Celaya*, obra que entre las magníficas de Europa puede numerarse..." Nuestra *Gaceta* del mes de enero y de diciembre de 1729 y la de febrero de 1733 lo confirman, en la primera citada añade que el 8 de diciembre de 1728 lo bendijo el Sr. Obispo de Honduras, Fr. Antonio López de Guadalupe, franciscano. En febrero de 1730 estuvo en Guatemala para la celebración de Capitulo, así como estuvo con igual motivo en Valladolid, Guadalajara y Zacatecas. En la *Gaceta* de diciembre de 1734, anunció la muerte de este Comisario acaecida el 28 en el convento de Santa María la Redonda de esta capital y nos da estos otros datos biográficos: que era natural de Medina del Campo, en Castilla, que fué hijo de la provincia de la Concepción, lector jubilado y provincial de Michoacán. Después refiere las honras que hubo en varios conventos. *Beristain* añade que fué hijo de la provincia de Michoacán, contra lo dicho en la *Gaceta* y la *Biblioteca Franciscana*; enumera que además de los oficios que desempeñó, antes referidos, fué guardián, custodio, secretario de la Comisaría, visitador y padre de la provincia de Yucatán, que dotó al colegio de Celaya con una copiosa biblioteca, que en él erigió las cátedras de latinidad, filosofía y teología, alcanzó cédula real para que los estudios que en ese colegio se hacían fuesen válidos en la Universidad de México y por fin, que se publicaron dos panegíricos a San Francisco de Asís, pronunciados por él en 1717 y 1720, este segundo fué el 4 de octubre en el convento de Querétaro; en la portada se le llama Calificador del Santo Oficio. Le sucedió en el cargo en 1736 Fr. Pedro Navarrete, del Santo Evangelio; en 1743 Fr. Diego José de la Fuente; en 1743 Fr. Juan Fogueras; en 1747 Fr. Juan Antonio Abasolo; en 1754 Fr. José Antonio de Oliva, hijo de la Provincia de Zacatecas, la cual había gobernado. Hasta aquí el P. Torrubia en su 9a. Parte de la *Crónica de la Religión Franciscana*. L. T. c. 42. Roma, 1756.—Fr. Manuel Nájera ocupaba el cargo de comisario después del P. Oliva, hasta 1767; fué el último, pues se suprimió este cargo en la Nueva España. Después de nuestra Independencia de España, el Ministro General de la Orden Franciscana ha nombrado para México, varios comisarios, como los PP. Suárez, Palomar, Cardona, Alfaro, Portillo, Camacho, Sancho y Alva. (Dr. N. León).

4.—Este padre, según el Dr. Romero, en su Estadística del Obispado de Michoacán, fué cura de Pátzcuaro antes de ser felipense, esto es, en 1712 juntamente con su hermano el P. D. Francisco Pérez de Espinosa; pág. 111 de opúsculo que se publicó en 1782 acerca de la resistencia a la visita episcopal del Sr. Rocha, obispo de Michoacán. (Dr. N. L.).

5.—En 1942 los PP. Felipenses de San Miguel de Allende, sacaron a luz esta interesante biografía, en homenaje a su V. Fundador y como contribución a las fiestas del IV Centenario de la Ciudad.

N O T A S

El título de la obra es el siguiente:

"Biografía del | M. R. P. Dr. D. | Juan Antonio Pérez | de Espinosa. | Fundador de la | Congregación del Oratorio de Ntro. Sto. P. Felipe Neri | en la Villa de San Miguel de Allende Edo. de Guanajuato, México | 1942 | "

Fr. Isidro Félix de Espinosa la escribió con este título:

"EL FAMILIAR DE LA AMERICA Y DOMESTICO DE ESPAÑA. | EXTRAÑO DE SU PATRIA Y NATURAL DE LA AJENA. | VIDA MUY EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE DOCTOR | D. JUAN ANTONIO PEREZ DE ESPINOSA CLERIGO SECULAR | FUNDADOR DEL | ORATORIO | DE LA CONGREGACION DE S. FELIPE NERI DE LA VILLA DE | S. MIGUEL EL GRANDE EN ESTAS INDIAS SEPTENTRIONALES | Y PROPAGADOR DE OTROS EN DOMINIOS DE ESPAÑA QUE | FALLECIO EN LA NOBILISIMA CIUDAD DE CORDOBA DEL | REINO DE ANDALUCIA, CON FAMA DE VARON APOSTOLICO. | FUE ESCRITA POR EL MUY R. P. FRAY ISIDRO PEREZ DE | ESPINOSA RELIGIOSO FRANCISCANO, SU HERMANO UTERI | NO, PREDICADOR APOSTOLICO DEL COLEGIO DE LA SANTISIMA CRUZ DE QUERETARO, CRONISTA GENERAL DE LA | SANTA PROVINCIA DE MICHOACAN, Y DE LOS COLEGIOS | DE PROPAGANDA FIDE OBSERVANTES DE ESTAS AMERICAS, | CALIFICADOR DEL SANTO OFICIO, REVISOR DE LIBROS, Y | OBSEQUIOSO VENERADOR DE LOS ORATORIOS. | AÑO DE 1753, 2 DE MAYO. | AD MAJOREM DEI GLORIAM. |

16o.—port. a dos tintas con grab.—port. int. retrato del biografiado.—Censura.—dedicatorias.—port. original.—retrato de autor.—prólogo.—La obra con siete grabados más y 185 págs.—fe de erratas e índice.

Escrita en buen estilo, proporciona valiosos datos sobre el biografiado y su ilustre familia, así como sobre la fundación del Oratorio de San Felipe Neri de San Miguel. (M. S. S.).

6.—Tomo I, págs. 22, 24 y 26. *Crónica de Michoacán* por Fr. Pablo Beaumont.—México, 1873. Edición de la Biblioteca de la Iberia. (Dr. N. L.).

7.—*Michhuacán*, corrompido en Michoacán, compuesto de: *michin*, pez; *hua*, posesivo; *can*, posposición que significa donde; donde hay peces. (N. del P. Espinosa).

Con mayor exactitud: región de pescadores. De *michhua*, poseedor de pescados, pescador, y *can*, región. (J. I. D. G.).

8.—Tal vez se refiere a la anona que en Filipinas, según Santa María (Diccionario General de Americanismos, Vol. I, pág. 150), se le llama *ate*. En México, *ate* es un vocablo genérico con que se designa cierta clase de dulces que se hacen

N O T A S

con frutas de sabor ácido y agradable como guayaba, membrillo, perón, etc. Así se dice guayabate o ate de guayaba; membrillate o ate de membrillo, etc., etc. (J. I. D. G.).

9.—La primera edición es de 1607 en Valencia; la segunda de 1729 en Madrid. (EE. 1a. Ed.).

10.—De *aztlatl*, garza. (EE. 1a. Ed.). *Aztlán* es síncopa de *Aztátlan* y significa lugar de garzas. (J. I. D. G.).

11.—Los elementos constitutivos del vocablo son: *chicome*, siete, *oztotl*, cueva y *c*, aféresis de *-co*, locativo. (J. I. D. G.).

12.—Según el Dr. D. Antonio Peñafiel (Nomenclatura Geográfica de México. Segunda Parte, pág. 304). *Tzintzuntzan* equivale al nombre geográfico náhuatl: *Huitzitzilan*, lugar de colibríes, de *tzintzun*, chupamirto y la posposición locativa correspondiente. (J. I. D. G.).

13.—La explicación que con tan débiles argumentos da el P. Espinosa acerca del cambio repentino de la lengua de los *purepechas*, está muy lejos de convencer. (J. I. D. G.).

14.—Probablemente los tarascos oyeron mal el vocablo *Cactzontzin* que le aplicaron los nahuas al rey de Michoacán y mal pronunciado: *Caltzontzin*, por el cambio de la *c* en *l*, se popularizó y así ha llegado desde el siglo XVI hasta nuestros días. *cactzon* en náhuatl significa babucha, calzado viejo y despreciable, de *cactli*, calzado y *-zon*, partícula sumamente despectiva, que convierte algunos vocablos en verdaderos insultos. *-tzin* es el sufijo reverencial propio de reyes y grandes señores. (J. I. D. G.).

15.—Esta voz es mexicana: compuesta *tentli*, labio y *tetl*, piedra. En tarasco *angamequa*, becote. (EE 1a. Ed.).

16.—Lib. II, c.-82. (N. del A.).

17.—Se trata de *Motecuhzoma II.* por sobrenombre *Xocoyotzin*, para diferenciarlo de su bisabuelo *Motecuhzoma Ilhuicamina*, o *Huehuemotecuhzoma*.

Motecuhzoma adaptado a la evolutiva fonética del español se convirtió en *Moctezuma*. (J. I. D. G.).

18.—El nombre correcto es *matlatzinca*. (J. I. D. G.).

N O T A S

- 19.—Correctamente: *Tetzoco*. (J. I. D. G.).
- 20.—Desde aquí comienza lo que copió el autor de Herrera, Dec. III, lib. III, cap. III y siguientes, tomo II, pág. 81 de la edición matritense de 1726. (EE. 1a. Ed.).
- 21.—35,156 \$2 reales. (N. del A.).
- 22.—La ortografía de este nombre es muy variable según puede verse en escritos e impresos de diversas épocas: *Sisincha*, *Sintzicha*, *Zincicha*, etc., etc. (J. I. D. G.).
- 23.—El Dr. D. Nicolás León y otros peritos en la lengua tarasca escriben *Tangasuán*. (J. I. D. G.).
- 24.—Lo que sigue es el principio del cap. XI de la Crónica de Herrera. (Dr. N. L.).
- 25.—Carta del 13 de enero de 1524. (EE. 1a. Ed.).
- 26.—Electo en Burgos en 1523 gobernó hasta el 27 de septiembre de 1528 que fué creado Cardenal, murió el 27 de octubre de 1540. (EE 1a. Ed.).
- 27.—No es exacto, antes del P. Valencia hubo otros misioneros. Véase: *Los Conquistadores Espirituales de la Nueva España* por el señor Canónigo Andrade. (EE 1a. Ed.)
- 28.—Nueve sacerdotes, pues aquí se ordenó de presbítero el padre Jiménez. (EE. 1a. Ed.).
- 29.—Los franciscanos, también Melgarejo, Toro, Tecto, Ayora y Gante. (EE 1a. Ed.).
- 30.—Otras noticias referentes a la apostólica labor de este insigne apóstol de la Nueva Galicia hallará el lector en varias crónicas e historias particulares de Jalisco. (J. I. D. G.).
- 31.—Español. de la provincia de Cartagena, electo en el Capítulo de Niza en 1535, gobernó 6 años. (EE 1a. Ed.).
- 32.—Torquemada dice que fué hurto, vide en el tom. I, lib. 3 cap. 43, pág. 338. (N. del A.).

N O T A S

— LIBRO SEGUNDO —

33.—Cap. XXXV, lib. XX, tomo 3o. (N. del A.).

34.—Antes del Concilio de Trento los señores obispos no exigían libros de bautismos, matrimonios y entierros en las parroquias y doctrinas de Indios. Los religiosos eran quienes, por regla general, llevaban registros especiales sobre este particular, que quedaban en los archivos de sus respectivos conventos. En el curso de los tiempos la mayoría de esos registros han desaparecido. (J. I. D. G.).

35.—Los PP. Tecto, Ayora, Melgarejo, Toro y el hermano Gante. (EE 1a. Ed.).

36.—No hay exactitud en tal concepto. Los que llegaron antes, siempre serán primeros y tanto más que se dedicaron a su sacro ministerio. Error común en que incurrió el autor, en así llamar a los doce que vinieron en 1524. (EE 1a. Ed.).

37.—Plagió el P. Torquemada del cap. XV, libro III de la *Historia Ecclesiastica Indiana* de su antecesor el P. Mendieta, pero que no se imprimió sino hasta 1870 gracias al Sr. García Icazbalceta. (EE 1a. Ed.).

38.—En las *Cartas de Indias* y después en el tomo 2, pág. 117 de los *Documentos para la Historia de México*, que dió el Sr. García Icazbalceta en 1889, se lee una carta del P. Valencia al emperador fechada en Tehuantepec el 18 de enero de 1532 en defensa del Ilmo. Sr. Zumárraga y firmada por dicho padre y los siete siguientes: Fr. Martín de Jesús, Fr. Ildefonso de Herrera, Fr. Juan de Padilla Fr. Toribio Motolinía, Fr. Francisco Ximénez, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo y Fr. Alonso de Guadalupe. Estos quizá fueron a los que alude en el texto el P. Espinosa. (EE 1a. Ed.).

39.—Por lo que toca a los apostólicos trabajos que este insigne religioso llevó a cabo en la Nueva Galicia, hay abundantes noticias en las obras de Tello, Mota Padilla, Santoscoy, de Palacio y Basave y otros distinguidos historiadores de Jalisco. (J. I. D. G.).

40.—Entre nuestros historiadores regionales ha sido costumbre escribir *Xalisco*, cuando se trata del hueytlatoanazgo de ese nombre: *Xalisco*, cuando se refieren a la Santa Provincia Franciscana de Santiago y *Jalisco*, cuando nombran a la entidad federativa que actualmente ocupa la porción principal de lo que antaño fué la Nueva Galicia. (J. I. D. G.).

41.—Con permiso del autor, la voz es mexicana, compuesta de *Itzcuintli*,

N O T A S

perro y *apan*, sobre el agua, de modo que la traducción no es la que da Herrera, sino: perro sobre el agua. (EE. 1a. Ed.).

Itzcuinapan si es toponímico náhuatl y significa río o abrevadero de perros, de *itzcuintli*, perro y *-apan*, posposición locativa compuesta de a radical de *atl*, agua, y *-pan*, en. (J. I. D. G.).

42.—Lo fué desde el 23 de marzo de 1552 al 12 de febrero de 1556. (EE. 1a. Ed.).

43.—Además de estos autores se ocupan: el P. Mendieta, pág. 378 de su *Teatro Eclesiástico*; el P. La Rea, lib. I, caps. 23, 24, 25, 26 y 27; Beaumont, lib. II, cap. XVI; Granados, Tarde XI; el Dr. Romero en su *Estadística del Obispado de Michoacán*, en varios lugares; en los *Fragmentos de la Crónica de Santiago de Xalisco* publicados en 1871 por el Lic. Eufemio Mendoza, págs. 330, 335, 349 y 381. En un retrato que existe en el Colegio de San Nicolás de Morelia se lee esta inscripción: "El venerable P. Fr. Juan de San Miguel, del Orden de San Francisco, infatigable misionero en esta provincia. Fundó en el pueblo de Guayangareo (hoy la ilustre ciudad) el Colegio de San Miguel, el que se incorporó con el de San Nicolás Obispo, trasladado de Pátzcuaro el día 1o. de octubre de 1580". Vetancourt, sólo en el índice. En la *Vida del Sr. Quiroga*, por Moreno, págs. 1, 3, 56 y 71. En el segundo *Almanaque Michoacano* para 1883, pág. 99. *Los Conquistadores Espirituales*. De la Torre *Bosquejo de la Ciudad de Morelia*, pág. 168. (EE 1a. Ed.).

A la nota bibliográfica que antecede conviene agregar que con motivo del cuarto centenario de la fundación de San Miguel de Allende, se escribieron varios artículos históricos en los cuales se habla elogiosamente de Fray Juan de San Miguel. Importantes datos acerca de este infatigable apóstol están contenidos en la obra de Francisco de la Maza que lleva por título "San Miguel de Allende, su historia, sus monumentos", prologada por Manuel Toussaint y publicada por el Instituto de Investigaciones Estéticas en 1939. (J. I. D. G.).

44.—Fué el 21 de septiembre de 1558. (N. del Dr. N. L.).

45.—En los *Anales de Tarequato*, publicados por primera vez en *El Estan-darte* de San Luis Potosí, el año pasado de 1898, se lee que en 1543 entró el R. P. Fr. Jacobo Daciano a dicho Tarecuato; y en 1566 que se lo llevó Dios para sí. (EE 1a. Ed.).

46.—El señor García Icazbalceta, en su *Bibliografía del Siglo XVI*, pág. 207, escribió que el P. Gilberti fué guardián de Zinapécuaro poco antes de morir, y que esto sucedió en 1575 a fines de dicho siglo. Menciona también las obras que este benemérito fraile dió a luz. (EE 1a. Ed.).

N O T A S

47.—En el cap. XIV, lib I, de la *Vida de la V. M. Sor María de Jesús*, concepcionista de Puebla, escrita por Fr. Félix de Jesús María, carmelitano, se refiere también que la Sagrada Forma voló a la bendita boca de esta religiosa. (EE 1a. Ed.).

48.—Fué en 1530 cuando entró en la histórica ciudad de *Tonállan*, centro y emporio de la nobleza chimalhuacana. (J. I. D. G.).

49.—La lengua a que se refiere el autor es más conocida en Jalisco con el nombre de *cazcana*. (J. I. D. G.).

50.—Véase sobre este particular el Capítulo Sexto del Tomo I de mi *Bosquejo Histórico de Teocaltiche* (J. I. D. G.).

51.—Consúltese para mayor abundamiento la interesantísima biografía del V. P. Fray Antonio de Segovia, escrita por el erudito Fray Luis de Refugio del Palacio y Basave, O. F. M. y publicada por la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en el Tomo VII de su Boletín. Guadalajara, Jal., 1941-1942. (J. I. D. G.).

52.—De esta gran rebelión se ha ocupado ampliamente el Ing. José López Portillo y Weber en su magnífica obra intitulada *La Rebelón de la Nueva Galicia*. Publicación No. 37 del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.—Tucubaya, D. F., 1939. (J. I. D. G.).

53.—Vocablo náhuatl que significa gato. Es incorrecto escribir *Mixton*, como suelen hacerlo algunas personas. (J. I. D. G.).

54.—Según Fray Luis de Palacio, el V. P. Segovia en esta memorable ocasión se presentó entre los enfurecidos indios, llevando la hermosa imagen de María, que con el título de la *Expectación* y coronada con autoridad pontificia, se venera actualmente en su basílica de Zapopan, Jal. (J. I. D. G.).

55.—Vide: Tello, de la Mota Padilla, Ornelas, de Palacio, etc., etc. (J. I. D. G.).

56.—Murió el 19 de septiembre de 1569. (EE 1a. Ed.).

57.—En 1574. (EE 1a. Ed.).

58.—Muchos son los que después del P. Florencia han escrito sobre esa taumaturga imagen. Su bibliografía es ya muy interesante y copiosa. (J. I. D. G.).

N O T A S

59.—Otras noticias acerca de la actuación de este religioso en la Nueva Galicia, puede encontrarlas el lector en la *Crónica Miscelánea de la Conquista Espiritual de la Santa Provincia de Xalisco*, escrita por el M. R. P. Fray Antonio Tello. (J. I. D. G.).

60.—No era una, sino muchas las lenguas del Jalisco prehispánico: *cazcana, coana, coca, cora, huichola, pina, tecuexe, tepeguana, tolorame*, etc., etc. (J. I. D. G.).

61.—Según los *Fragmentos de la Crónica de Santiago de Xalisco*, publicados en México por el Lic. Eufemio Mendoza en 1871, consta que Fr. Gerónimo de la Cruz fué guardián de Tzapopan, Tzapotiltic y Tlaxomulco. Págs. 26, 61 y 281. (EE. 1a. Ed.).

62.—Estas tres lenguas se han perdido, la primera se habló en Zacatecas y Jalisco según el Sr. Orozco y Berra, págs. 61 y 63 de su *Geografía de las Lenguas*. (EE 1a. Ed.).

De estos y otros varios idiomas chimalhuacanos me ocupó en el estudio que presenté en la VII Reunión del Congreso Mexicano de Historia efectuada en la ciudad de Guanajuato, Gto., en septiembre de 1945, ya en prensa con el título: *Los idiomas de Jalisco y el problema de filiación de los ya desaparecidos*. (J. I. D. G.).

63.—Véase mi estudio intitulado *Fray Antonio de Segovia y Fray Miguel de Bolonia*. Editorial "San Ignacio de Loyola", México, D. F., 1943. (J. I. D. G.).

64.—En los *Fragmentos* citados en la nota núm. 61 se lee que el P. Bolonia fué guardián de Zapotlán, (pág. 25). Fundó Xuchipila (pág. 43) conquistó espiritualmente a los de Amacueca, Chapala, Atoyac, Sayula, Techalutla y Teocuitatlán (págs. 88, 94, 119, 142, y 154), presidente de Mescala (p. 95) guardián en 1560 de Tlaxomulco (p. 179). Finalmente se asigna su muerte al 14 de julio de 1580 (p. 96). El P. Tello en el C. 203, está conforme en el año; pero no en el mes, pues dice que el día de su muerte se vió un cometa. Dicho cometa según los *Anales de Chimalpain* se vió el 9 de octubre. (EE 1a. Ed.).

65.—En varios impresos y manuscritos antiguos se da este nombre a *Etzatlán*. (J. I. D. G.).

66.—En el conventual templo de Etzatlán se conservaba todavía en 1914 un retrato de pintura al óleo, que representa a este santo mártir, de pie y tamaño natural, con una inscripción que al pie de la letra dice:

"R^o del Siervo de Dios Fr. Juan Calero, Religioso Lego, morador del Convento de Etzatlán, y primer Mártir de la Iglesia Indiana por la fe de Jesucristo.

N O T A S

en el serro de Tequila, a manos de los Indios infieles Chichimecas, a 10 de junio de 1541; y después de cinco días, fué hallado su cadáver incorrupto y vertiendo sangre; y | con tres Indios que murieron en su compañía fué conducido a sepultarse en su Iglesia. A.—procura reducir el V. P. a los Indios apóstatas que de varios Pueblos se alzaron y agregaron | a los infieles de Tequila; se vuelven pero resisten y lo despiden.—B. saben ésto unos Indios que no se hallaban presentes a la exhortación y ban enfurecidos al religioso; y éste incado les habló humildemente y ellos le responden | con flechas, macanas y piedras, quebrantando sus dientes muelas y huesos de todo su cuerpo.—C. Muere con tres Indios compañeros, rogando a Dios por sus ofensores, y éstos le quitan el avito y lo llevan en señal de triunfo | D.—Conducción de los cadáveres para sepultarlos en la | Iglesia de Etzatlán”.

La pintura de que se trata, así como otras tres, también de mártires franciscanos cuyas vidas se refieren en esta crónica, fueron copia de otras pinturas del siglo XVI, cuyas fotografías mandó sacar en 1923 el Excmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, Dr. y Mtro. D. Francisco Orozco y Jiménez y fueron publicadas en el Tomo II de la Colección de Documentos Históricas Inéditos o muy Raros, Referentes al Arzobispado de Guadalajara, como ilustración de un artículo que publiqué en la Sección de Variedades (2a. Parte, pág. 29), bajo el título: *Iconografía de los Mártires de Etzatlán*. Estimo pertinente reproducir fielmente en esta nota las inscripciones de los otros retratos que representan a los VV. PP. Fray Antonio Cuéllar, Fray Francisco Lorenzo y Fray Juan Francisco:

“Rº del Siervo de Dios Fr. Antonio Cuéllar; segundo Mártir de la Iglesia Americana - por la fee de Jesucristo y primer Guardián del Convento de Etzatlán en la Sta. Prova. | de Jalisco. Causó su muerte la tiranía de los Indios infieles chichimecas, en la serranía de Ameca, en donde predicándoles las verdades católicas, lo flecharon | y quebrantaron los huesos, con las porras y macanas, y cargado de piedras lo dejaron por muerto a 12 Agto. de 1541; murió a 14 del dicho, pidiendo a Dios por sus | ofensores; y conducido en el siguiente día a su Convento, quedaron depositados sus huesos en el centro de una pared del Presbiterio, al lado del Evangelio, en donde se hallan todavía | A.—Viene el V. P. de bautizar y predicar y le dejaron por muerto los Indios en el cerro de Ameca.—B. Lo conducen a Ameca y allí muere.—C. Van sus Religiosos y conducen el cuerpo para sepultarlo en su Iglesia”.

“Rº del Siervo de Dios Fr. Francisco Lorenzo tercer Mártir | por la fee de Jesucristo, y segundo Guardián del Convento de Etzatlán. Hincado | con un crucifijo en las manos ante el altar mayor de la Iglesia que erigió en el pueblo de Cacalotlán en el año de 1541, a la media noche le quitaron la vida | los Indios gentiles con las macanas, porras y flechas y a su compañero el hermano Juan Francº y 17 indios cristianos, e incendiaron la Iglesia y convento huyeron | Se les dió sepultura en la Iglesia de Etzatlán; y en el año de 1630 se trasladaron sus huesos y los de otros Religiosos mártires a la de N. P. Sn. Francisco de Guadalajara. A.—Martirio del V. P. a manos de los Indios. B.—Acaba abrazado con

N O T A S

las maderas incendiadas de la Iglesia. C.-Lo conducen a enterrar a la Iglesia, en donde estaba de Guardián”.

“Rº del Siervo de Dios y Religioso Donato Fr. Juan Francisco, morador del convento de Etzatlán, y Mártir de la Iglesia por la enseña de la doctrina de Jesucristo en el año de 1543. Saliendo a la media noche de la Iglesia del pueblo de Cacalotlán, murió a la entrada de su habitación, a manos de la crueldad de Indios infieles: y en el día siguiente fué llevado su cadáver con el de su Guardián Fr. Francisco Lorenzo a sepultar a la Iglesia de Etzatlán. A.-Fr. Juan Francisco pone rosarios a los Indios recién bautizados, para distinguirlos de los por bautizar. B.-Su martirio y muerte. C.-Conducción de su difunto cuerpo con el de su Guardián”. (J. I. D. G.).

67.—Los elementos constitutivos de este nombre geográfico son: *ez*, radical de *eztli*, sangre; *a*, radical de *atl*, agua, y *-tlan*, locativo. Significa, pues, lugar de agua ensangrentada o por hipébole, como dice el autor: lugar de arroyos de sangre.

Es incorrecto escribir *Etzatlán*; tan incorrecto, como escribir *Atzacapotzalco*; a ambos vocablos les sobra la *t* que sigue a la vocal inicial, pues el primero viene de *eztli*, sangre, según queda dicho y el segundo de *ázcatl*, hormiga, sustantivos que se escriben con *z* y no con *tz*. (J. I. D. G.).

68.—Enero 16 de 1560 según Arthuro. (N. del A.).

69.—“Casa del Gobernador Francisco Vázquez Coronado, poblador de esta Nueva España, pasó el dicho Gobernador a ella el año de 1537, y vino por Gobernador y Capitán General al reino de la (Nueva) Galicia, y conquistó una gran parte y salió herido dos veces, de que llegó a la muerte, y repartió aquella tierra en conquistadores y pobladores. hizo en ella otros muchos servicios de consideración y fué por Capitán General de la conquista del reino de Cibola, y a Zuni, y a las siete ciudades, que en todo hizo muy grandes y calificados servicios a su majestad, y gastó de su patrimonio y hacienda más de tres mil ducados.

“Casó el dicho Francisco Vázquez Coronado en esta ciudad (México) con doña Beatriz de Estrada, hija 2a. de Alonso de Estrada, Gobernador y Capitán General que fué de esta Nueva España. Tuvo Francisco Vázquez Coronado los hijos siguientes:

I.—A don Juan Vázquez Coronado que murió mozo. II.—A doña Isabel de Luján, que casó con Bernardino Pacheco de Bocanegra, sin hijos. III.—A doña Marina Vázquez Coronado, que casó con Nuño de Chávez Bocanegra y Córdoba, tuvieron a don Francisco Pacheco de Córdoba y Bocanegra y a doña Beatriz Pacheco de Estrada. IV.—Al mayor llamado don Fernando de Córdoba y Bocanegra, que renunció su mayorazgo, se ordenó y murió dentro de pocos días habiendo hecho vida ejemplar. V.—A doña Luisa de Estrada, casó con Luis Ponce de León y después con el Factor Martín de Iriguyen y de entre ambos matrimonios

NOTAS

no dieron hijos.—Doña Gerónima Vázquez Coronado, murió moza y por casar.

"El sucesor que el dicho Gobernador hoy (1604) tiene es don Francisco Pacheco de Córdoba Bocanegra, hijo de Nuño de Chávez Pacheco de Bocanegra, y de doña Marina Vázquez de Coronado, hija tercera del dicho Gobernador. Los hijos de doña Beatriz Pacheco de Estrada, hermana del dicho Francisco, que casó con Juan Rodríguez de Figueroa, Alguacil Mayor de Corte fueron Alvaro, Fernando, Nuño". (Baltasar Dorantes de Carranza, pág. 556).

70.—Hoy, Ciudad Guzmán, aunque la mayoría de los pobladores le llama Zapotlán el Grande, y así se le nombra en lo que depende de la jurisdicción eclesiástica: seminario, parroquia, etc. (J. I. D. G.).

71.—Con permiso del autor, esta palabra según el *Vocabulario* del P. Molina, significa *el que causa alegría*. (EE. 1a. Ed.).

72.—El P. Fr. Antonio Tello en el libro segundo de la *Crónica Miscelánea de la Provincia de Xalisco*, publicada en Guadalajara en 1891, pág. 28, refiere este caso, así como el que se lee después de la india. (EE. 1a. Ed.).

73.—En los *Fragmentos de la Crónica de Franciscanos* publicados por el Lic. D. Eufemio Mendoza en esta Capital el año de 1871, en el cap. 28, dice que el convento de Tlaxomulco se fundó en 1551, y que el tercer guardián de él fué el P. Gaspar Rodríguez. (EE. 1a. Ed.).

— LIBRO TERCERO —

74.—Desde el siglo XVI entre nosotros hasta la actualidad, como nos sería bien fácil comprobarlo, todos los Ilmos. Arzobispos y Obispos mexicanos, desde que fueron consagrados han usado en sus firmas el nombre sólo de su bautismo, y han suprimido su apellido, en esto no han hecho más que seguir el ejemplo del Obispo de los Obispos, el Romano Pontífice; para indicar así que desde el momento de su consagración ya no son sino siervos de sus súbditos, según lo indica el Santo Padre cuando en sus Letras Apostólicas se da el título: *Servus Servorum Dei* (Servidor de los Servidores de Dios). Bajo tal supuesto, no cuadra que un siervo emplee un apellido que indique grandeza. ¿Qué mayor que servir en la casa del Señor y no en los tabernáculos de los mundanos? Esta misma conducta observaron entre otros el Ilmo. Sr. Castañiza, a pesar del título nobiliario que poseía, pues era Marqués, siempre se firmó en esta humilde forma: *Juan Francisco, Obispo de Durango*. El Ilmo. Sr. Diez de Sollano, igualmente tenía por su familia título de nobleza, descendía del conde de Casa Loja, y también se firmó durante su pontificado: *José María de Jesús, Obispo de León*. El Ilmo. Sr. Labastida, ni cuando fué Regente del Imperio, semejante efímero título le hizo cambiar en esa época su firma, siguió la huella de sus Ilmos. antecesores cuando fue-

NOTAS

ron Virreyes, empleó asimismo en su firma tan sólo el nombre que recibió en el bautismo, pues él y ellos creyeron ser mayor nombre de verdadera nobleza, ser príncipes de la Iglesia que las detestables posiciones mundanales y que los títulos de una ilustre cuna, ora los tuviera realmente, ora que sus apellidos indicasen descender de ella, como los Moya y Contreras, Cuevas y Dávalos, Enriquez de Rivera, Aguiar y Seijas, Lizana y Beaumont, etc., etc.

Desgraciadamente ha habido una que otra excepción en el Episcopado Mexicano, quizá por olvido de estas antiguas enseñanzas y loables costumbres de nuestros mayores, se ha querido introducir esta moderna usanza de conservar el apellido, unas veces junto con el título de Obispo, otras suprimir éste y firmarse como antes de su consagración. Lo primero es asimilarse a los Excmos. Cardenales quienes son los únicos que los usan y lo segundo cae por su peso, para que nos abstengamos de calificar y sólo recordar aquel principio: *neque in bonis, neque in malis esto singularis*. (EE. 1a. Ed.).

75.—Este edicto ha sido publicado en varias obras referentes a la Nueva Galicia, entre otras en la Crónica de Zacatecas, del P. Arlegui y también lo fué en la *Colección de Documentos Históricos*, Inéditos o muy Raros, referentes al Arzobispado de Guadalajara. (J. I. D. G.).

76.—El *Arte* se imprimió en México, 1574. El P. Lagunas profesó el 14 de junio de 1551. En 1575 consta que era provincial, pues dió su licencia al P. Gilberti para que imprimiera *El Tesoro Espiritual de Pobres*. V. la Bibliografía del Siglo XVI del Sr. García Icazbalceta, pág. 191. (EE. 1a. Ed.).

77.—Ya en la nota marcada con el número 66 me refería a los retratos de esos mártires que ilustran esta Crónica, aunque de tamaño reducido. (J. I. D. C.)

78.—Forma adulterada de Teocuitatlán, del náhuatl *Teocuitlátlán*, lugar de plata, de *teocuitlatl* plata y *-tlán* locativo que abunda en los toponímicos de este origen. (J. I. D. G.).

79.—Según el V. P. Fray Antonio Tello, la cabeza de Fray Andrés, la tuvieron cociendo los indios varios días y no pudo ablandarse. (J. I. D. G.).

80.—En los *Fragmentos de la Crónica* del P. Tello publicados por D. Eufemio Mendoza en México 1871 se encuentra la relación de los conventos de Xalisco en este orden cronológico: 1531 Axixic, 1532 Zapotlán, 1534 Etzatlán, 1536 Tuxpan y Teul, 1540 Xalisco, 1542 Xuchipila, 1543 Guadalajara, 1547 Autlán, 1547 Amacueca, 1548 Chapala, 1550 Zacoalco, que no está referido ni por Gonzaga ni por el autor de esta Crónica, 1551 Ahuacatlán y Tlaxomulco, 1554 Colima, 1568 Atoyac y Cocula, 1569 Zenticpac, 1573 Zaulam, 1576 Techalutla, 1579 Zapotitlán, 1580 Poncitlán y Acaponeta (no mencionado) como tampoco Ayahualuco fundado en 1594, 1597 Teocuitatlán, 1599 Tecolotlán, omitido igualmente, 1582 Xala, 1601 Huayamotla. Estos otros nueve asimismo no se nom-

N O T A S

bran: 1604 Xuchitepec, 1605 Izcuintla, 1607 Ayotuxpan, 1610 Huaximic y Chacala, 1620 Amatlán, 1621 Huaxicori, 1629 Tamazulan y Zapotiltic. (N. del Dr. L.).

81.—Se hizo mención en el capítulo anterior al tratar del 29º convento de Autlán. (N. del A.).

82.—Según Gams, fué electo el 13 de noviembre de 1671, le llama *Fernando Tiburcio* y murió en 1674. (EE 1a. Ed.).

83.—Tal vez es el autor Fr. Nicolás Orvello: de *remathematica* 1476. (N. del A.).

84.—En enero de 1558 dicen los *Anales de Tecamachalco*. (EE 1a. Ed.).

85.—En los fragmentos citados de la Crónica publicada por el Lic. Mendoza, se lee que la mina a donde fué el P. Tenorio se llamaba Nahuapan (pág. 162) y que los cuerpos de los PP. Ayala y Gil se enterraron en la iglesia del convento de Xala (pág. 175). El P. Tello (cap. 220) dice que el P. Ayala era hermano del señor obispo D. Pedro. (EE 1a. Ed.).

86.—Según los fragmentos ya citados fué 4º Guardián de Zapotlán (C III). (EE 1a. Ed.).

87.—Benedicto XIV en su Bula *Negotiatores Coeli*, del 29 de junio de 1746 le canonizó. (EE 1a. Ed.).

88.—El año de 1750 fui de propósito a registrar la iglesia arruinada de S. Miguel el viejo, y allí mismo supe con fundamento que cuando se fundó la Villa se trasladaron todos los huesos: con que en la iglesia vieja que hoy no sirve pueden estar sepultados los venerables huesos de estos varones dichosos. (N. del A.).

89.—Veneremos. (N. del A.).

90.—Cap. LX, 8. (N. del A.).

91.—Creemos prudente conservar la ortografía de este apellido que a su vez conservaron los editores de la primera edición. En México, generalmente se escribe *Baz* y esto desde hace varios siglos, por lo menos en Jalisco, según puede verse en la documentación que acerca de la familia Baz existe en el archivo parroquial de Zapotlán el Grande, actualmente Ciudad Guzmán, Jal. (J. I. D. G.).

92.—El primitivo convento de Santa Clara concluído en 1607, se encontraba ubicado en la calle de *Cinco Señores* (hoy Av. Juárez Sur) y sus numerosas re-

jas dieron nombre a la calle que va a San Agustín. El nuevo convento en la actualidad casi totalmente destruido, fué sin duda uno de los más grandes y suntuosos de la América. En el plano que publicamos puede apreciarse su enorme área. (M. S. S.).

93.—Da. Magdalena Ramírez, sobrina del conquistador indígena Nicolás de San Luis Montañez. Grandezas Queretanas. *Conin.*—Valentín F. Frias. Pág. 17. (M. S. S.).

94.—A más de Don Diego, tuvo otros cuatro hijos legítimos: Da. Catalina, Da. Magdalena, Da. María y Da. Beatriz de Tapia.

Don Diego de Tapia casó con Da. María García en primeras nupcias y de ella tuvo por hija a Da. Luisa de Tapia, patrona del convento de Santa Clara; en segundas nupcias casó con otra Da. María García, de la cual tuvo tres hijos que murieron niños. A pesar de sus piadosas costumbres tuvo otra hija natural llamada Catalina, a la cual legitimó *in artículo mortis*.

Da. Catalina de Tapia casó con Don Gaspar de Salazar, enviudando a los pocos años sin sucesión.

Da. Magdalena de Tapia casó con Don Pedro Huitzimengari indio cacique y principal de los descendientes del Rey de Michoacán, quedando después de algunos años viuda y sin sucesión.

Da. María de Tapia casó con Don Miguel Avalos, sin sucesión.

Da. Beatriz de Tapia, fundadora del hospital y baños de San Bartolomé Aguascalientes, casó con Don Francisco de León, enviudando poco después sin quedarle familia. (M. S. S.).

95.—Marzo 26. (EE 1a. Ed.).

96.—Dice el texto: *otro motivo fué que*, lo cual no da sentido, por esto se suprime. (EE 1a. Ed.).

97.—*Guacindeo*, que es nombre tarasco, significa: amenidad de río. (Crónica General de los Carmelitas, tomo VI, pág. 248), y *Huatzindeo*, según dice el Dr. Romero, en su Estadística de Michoacán, pág. 223. (EE 1a. Ed.).

98.—El autor parece educado en la escuela rigorista, pues debió añadir para la fuerza del ejemplo que el religioso difunto, no ganó ninguna indulgencia plenaria, por la cual se perdona la pena de la culpa. Doctrina consoladora para los mortales a fin de que se empeñen en vida por lograrla, y para ayudar con ella a los difuntos. (EE. 1a. Ed.).

99.—Zitácuaro, antiguamente se escribía *Tzitáquaro* y en tarasco significa "lugar de la resurrección", según el Dr. Romero en su Estadística de Michoacán. (M. S. S.).

100.—En el presente año de 1945, se hizo una reimpresión de esta rarísima Novena que escribió Fr. Felipe Velasco el año de 1749. Fué editada por el Lic. Manuel Septién y Septién, por loable empeño del Sr. Pbro. Don Luis G. Cerda, para conmemorar la solemne coronación pontificia de la venerada imagen de Nuestra Señora de los Remedios de San Juan Zitácuaro, verificada el día 21 de noviembre último.

La portada de esta edición fué adornada con un precioso grabado en cobre de la Imagen y se reprodujo en *facsimil* el primitivo título de la obrita que a la letra dice:

"NOVENA | PARA CELEBRAR EL MYSTERIO DE LA | IMMACULADA CONCEPCION | DE MARIA | SANTISSIMA. | En la Sagrada Imagen de los Remedios, que | fe venera en el Convento de N. S. P. S. Fran- | cisco de la Villa de S. Juan Tzitaqua | ro, Provincia, y Obispado de | Michoacán. | LA ESRIBE | EL PADRE FRAY PHELIPE VELASCO, | Predicador Jubilado, Calificador del Santo Oficio, | Guardián, que ha sido dos veces | de la Santa Provincia de los Gloriosos Apóstoles San | Pedro, y San Pablo de Michoacan, Hijo de la | Santa Provincia de la Purísima Concep- | cion en Castilla la vieja. | QUIEN LA SACA A LUZ | Para defahogo de la obligación en que lo tiene la | Madre de Dios MARIA Santíssima Nueftra | Señora de los Remedios. | Reimprefsa en Mexico en la Imprinta del Real, y mas | Antiguo Colegio de S. Ildefonso. Año de 1762. | " (*)

La portada interior de la reciente edición dice:

"ORIGEN DE LA SAGRADA IMAGEN DE | MARIA SANTISIMA DE LOS REMEDIOS | DE SAN JUAN ZITACUARO | Y | NOVENA | Escrita por el R. P. Fr. Felipe Velasco el año de 1749, mu | chas veces reimpressa y la presente editada bajo los | auspicios de todos los fieles y sacerdotes de | esta Parroquia, quienes con filial | cariño y unidos en un solo | corazón | la dedican a | su tierna madre | la Sma. Vir- | gën de los | Remedios, | con motivo | de su próxima | solemne coronación ponti- | ficia que se verificará D. M., el | 21 de noviembre del año en curso. | San Juan Zitácuaro, Mich. Septiembre de 1945".

Tamaño 32º—con licencia eclesiástica—indulgencias—Historia de la Imagen y Novena, en 50 págs. (J. I. D. G.)

101.—La Iglesia era de 60 varas de largo, 13 de ancho, con cruceros de 7 varas por 11, de altura 17 varas. El 2 de enero de 1812 fué incendiada con el pueblo

*. Por no haber en la imprenta la antigua s larga se empleó en su lugar una f.

N O T A S

por el jefe español Calleja; la imagen se llevó a Valladolid, hoy Morelia, hasta 1813 que se permitió volver a Zitácuaro y se llevó el sagrado simulacro a su destruido y profanado Santuario; después el Sr. Cura D. Mariano Carreón construyó el nuevo templo. (EE 1a. Ed.).

Conviene agregar a esta nota algunos datos interesantes publicados por el señor Roberto Ramos, en el No. 17, Tomo III, de la Revista de la Universidad Michoacana, de los que se desprende que la iglesia de San Juan Zitácuaro, fué construída cuatro veces antes del incendio decretado por Calleja. La primera vez, se construyó de adobe y esto sucedió el año de 1526; por segunda vez, en el año de 1543, se reedificó de cal y canto a expensas del rico minero Manuel de Santa Cruz; en el año de 1654, se construyó nuevamente la iglesia y convento, siendo Padre Guardián Fr. Melchor de Carpio; el año de 1659 la bendijo y celebró en ella la primera Misa, Fr. Pedro de Armas; por cuarta vez fué reconstruída por los franciscanos en 1748 bajo la dirección de Fr. Felipe Velasco, terminándose las obras en 1755.

Después del incendio de Calleja y de otro incendio sufrido durante las sangrientas guerras de reforma, ha sido nuevamente decorada, y concluída su hermosa torre por el señor Pbro. D. Luis G. Cerda, quien la inauguró el día 21 de junio de 1944. (M. S. S.).

102.—Desgraciadamente el autor murió sin comenzar lo para completar la noticia de este Colegio, trasladamos lo que escribió el Dr. Romero en su Estadística de Michoacán, único que se ha ocupado de él; "La casa primitiva no tenía la magnificencia y grandeza que hoy admiramos; ésta se debió a los esfuerzos del R. P. Fr. Fernando Alonso González, ilustrado religioso que había hecho sus estudios en el Colegio de Celaya; siendo Guardián del Convento el año de 1715 levantó la iglesia grande, fabricó el colegio, le dejó una copiosa y selecta librería, erigió las principales cátedras, y alcanzó cédula real para que la Universidad de México pasara por los cursos ganados en él. Este infatigable sacerdote, que llenó de grandiosos monumentos a los conventos de la Provincia de franciscanos de Michoacán, fué nombrado Comisario General de Indias, y a pocos años falleció en Santa María la Redonda de México el 28 de diciembre de 1734 a la edad de 64 años. En principios del siglo actual (XIX) el Sr. D. Francisco E. Tresguerras levantó los bellísimos altares que decoran el templo, y el R. P. Fr. Mariano Sánchez, siendo Guardián del convento el año de 1843 construyó la cúpula que corona el edificio. Este religioso no cesó de trabajar en el ornato de la iglesia hasta haber concluído la fachada, que era lo único que faltaba para darle a la parte exterior del templo alguna unidad con la reforma de la parte interior que había hecho Tresguerras. Las estatuas, pinturas y relieves de la iglesia son magníficos: su sacristía está enriquecida con muy buenos ornamentos y vasos sagrados. Los cuadros de los claustros pintados por Ibarra y otros artistas de la escuela de Cabrera son de un mérito indisputable. El culto se hace en este templo con tal magnificencia y tanto esplendor que compite con el de las primeras catedrales; hay frecuentes funciones en que se ilumina la iglesia con cien arrobas

N O T A S

de cera, en que la música es compuesta de más de cincuenta instrumentos, y en que se despliega toda la majestad del culto católico". (Pág. 125). (EE. 1a. Ed.).

103.—Ambos beatificados el 7 de julio de 1867 por el S. Pío IX. (EE 1a. Ed.).

104.—Según informaciones del Sr. Portillo, obispo de Chilapa, era originario de Acapulco, y como este puerto nunca perteneció a la diócesis de Puebla o Angelópolis la lección historial del *Brevario* está errada. También nuestro Laurel fué beatificado. (EE 1a. Ed.).

— LIBRO CUARTO —

105.—Desafortunada la provincia franciscana de S. Pedro y S. Pablo de Michoacán en la persona de sus cronistas, quedó incompleta la narración de las hazañas de sus ilustres hijos y el panegírico de sus glorias a causa del fallecimiento del R. P. Fr. Isidro Félix de Espinosa. Consecuente con el consejo evangélico "*Colligete fragmenta ne pereant*" (Joan VI, 12) se ha arreglado la impresión de este precioso fragmento en pro de la historia patria.

El Sr. Lic. D. Primo Feliciano Velázquez ha dado a la imprenta una colección de documentos para la historia de San Luis Potosí. Véase en el tomo III, que allí se imprimió en 1898, en la pág. 243, el *Informe de las Misiones de la Custodia de Santa Catarina Virgen y Mártir del Río Verde 1626*, acaba en la 391 y está tomada del tomo XXX de los Mss. del Archivo General a expensas del Sr. Velázquez. (EE. 1a. Ed.).

— FIN —

INDICES



INDICE ONOMASTICO

- 2 -

- Abadía Fr. Juan Anselmo—109
 Abel—161, 162
 Abellan—131, 135, 161
 Abrego y Ochoaga Fr. Juan—95
 Abrego—254, 255
 Abrego—318, 321
 Abreu—17, 271, 414, 418, 461, 478, 484, 485, 489, 494, 497, 498
 Abreu—180
 Abreu—151, 291, 492
 Acosta Fr. Pedro de—277
 Acosta Fr. José de—39
 Acosta—157, 283, 315, 322, 323
 Acuña Fr. 78
 Acuña y Sánchez José María de—10
 Acuña y Solís Francisco de—50
 Acuña Fr. Juan de—194
 Acuña Fr. Grego de—269
 Acuña Fr. Pedro de—423, 424
 Aca—29
 Acasua—149, 221, 223, 242, 244, 257, 274, 331, 332
 Acasua—121, 224, 241, 246
 Acuña Fr. Sebastián de—194, 242
 Aca Acasua de—241
 Aca Fr. Miguel—477, 478
 Aca Fr. Pedro de—293, 294
 Aca—41
 Aca—246
 Aca—24
 Aca—131, 241, 242
 Aca Fr. Juan de—17, 31
 Aca Fr. Anselmo—83
 Aca Fr. Rodrigo—37, 174, 175, 181, 182
 Aca—183
 Aca—184
 Aca Fr. P. 1—184
 Alvarado Pedro de—78
 Alvarado Fr. Miguel—477
 Alvarado de Toledo (Alvarado)—135
 Alvarado de las Casas Juan—189
 Alvarado—277, 283, 284, 294, 320
 Alvarado—284, 285
 Alvarado—37, 132, 241
 Alvarado—224, 278, 491
 Alvarado—38, 39, 50, 212, 213, 214, 414, 417, 418, 421, 491
 Alvarado—112
 Alvarado—112, 212, 217, 218, 242, 244, 248, 249, 251, 252, 254, 490
 Alvarado—45
 Alvarado Juan de—182
 Alvarado Vicente de P.—16, 49
 Alvarado San Francisco de la—135
 Alvarado Fr. Gabriel de la—241
 Alvarado Fr. Lucas de la—477
 Alvarado Fr. Pedro de la—477
 Alvarado San Francisco de la—135
 Alvarado (Alvarado de) 181—292, 293, 294, 424
 Alvarado y Ochoaga Fr. Sebastián de la—17, 181
 Alvarado—21, 22
 Alvarado—273, 282
 Alvarado—282, 283
 Alvarado—284, 285
 Alvarado—285

INDICES

- 2 -

INDICE ONOMASTICO

— A —

- Abasolo, Fr. Juan Antonio.—489.
Abel.—161, 162.
Abraham.—121, 128, 162.
Abrego y Ortigosa, Fr. Jerónimo.—456.
Abrojo.—304, 305.
Acahuato.—348, 352.
Acámbaro.—42, 272, 316, 339, 340, 379,
398, 434, 440, 456, 457, 462.
Acaponeta.—500.
Acapulco.—131, 295, 462.
Acevedo, Fr. Pablo de.—277.
Acosta, Fr. José de.—89.
Adán.—197, 283, 315, 382, 387.
Adriano VI.—79.
Agreda y Sánchez, José María de.—10.
Aguiar y Seijas, Francisco de.—500.
Aguilar, Fr. Blas de.—484.
Aguilar, Fr. Diego de.—202.
Aguilar, Fr. Pedro de.—455, 483.
Aguo.—297.
Ahuacatlán.—211, 232, 239, 242, 243,
255, 274, 431, 500.
Ahuaxcotlán.—232, 234, 235, 236.
Alemán, Fr. Sebastián de.—454, 483.
Alés, Alejandro de.—283.
Alfaro, Fr. Manuel.—485, 489.
Alfaro, Fr. Pedro de.—295, 296.
Almagro, 421.
Almanza.—293.
Almendralejo.—404.
Almonacir (El Doctor).—217.
Almonte, Fr. Diego de.—82, 92.
Alonso, Fr. Antonio.—483.
Alonso, Fr. Rodrigo.—337, 339, 340, 483.
Alonso, Hernanda.—253.
Alva, (R. P.)—489.
Alvarado, Pedro de.—79.
Alvarez, Fr. Manuel.—477.
Alvarez de Toledo (linaje).—115.
Alvarez de los Ríos Luis.—488.
Amacueca.—275, 280, 281, 496, 500.
Amatlán.—462, 501.
Amaxocotlán.—237, 239, 243.
Ameca.—223, 225, 497.
América.—36, 94, 99, 212, 213, 214, 326,
337, 408, 420, 490.
Aminadab.—212.
Andalucía.—82, 208, 247, 260, 266, 278,
308, 313, 337, 450, 456, 490.
Andaparapeo.—44.
Andrada, Juan de.—262.
Andrade, Vicente de P.—10, 492.
Angeles, Sor Florencia de los.—359.
Angeles, Fr. Gabriel de los.—444.
Angeles, Fr. Lucas de los.—430.
Angeles, Fr. Pedro de los.—477.
Angeles, Sor Florencia de los.—359.
Angeles (Provincia de los).—292, 293,
295, 424.
Angeles y Quiñones, Fr. Francisco de los.
—78, 120.
Angulo.—23, 24.
Apaseo.—273, 462.
Apatzingán.—352, 462.
Apodaca, Fr. Francisco de.—364, 367,
445, 463.
Apozol.—253.
Aquila.—335.

INDICE ONOMÁSTICO

- Aquitania.—82, 185, 207, 279.
 Aracoeli.—97.
 Aragón.—468.
 Arancaragua.—179.
 Araró.—25, 35.
 Aresio.—241.
 Arias, Fr. Antonio Vicente.—484.
 Arias, Fr. José.—484.
 Arias, Fr. José.—484.
 Arlegui, Fr. José de.—500.
 Armas, Fr. Pedro de.—483.
 Arroyo, Fr. Francisco María.—485.
 Arteta (Viuda de).—311, 312.
 Arthuro.—114, 127, 137, 140, 154, 156,
 171, 184, 189, 201, 205, 206, 208, 209,
 211, 213, 221, 278, 279, 280, 291, 303,
 308, 309, 498.
 Artus.—241.
 Asia Mayor.—100.
 Asunción de María Santísima, la.—225,
 226, 272, 274.
 Atengo.—431.
 Atoyac.—276, 496, 500.
 Atrizco.—456, 457.
 Autlán.—279, 500.
 Avalos (linaje).—115.
 Avella, Fr. Manuel.—484.
 Axixic o Axixique.—276, 500.
 Ayahualuco.—500.
 Ayala, Fr. Andrés de.—277, 287, 288,
 289, 290, 291, 500, 501.
 Ayala, Fr. Pedro de.—204, 260, 262.
 Ayora, Fr. Juan de.—261, 262, 265, 292,
 293, 294, 295, 296, 482, 492, 493.
 Ayotuxpan.—501.
 Azcapotzalco.—498.
 Aztlán.—27, 491.

— B —

- Babel.—346.
 Babilonia.—336.
 Badilla o Babia, Fr. Juan.—82, 207, 208.
 Banderas (Valle de).—236.
 Barreto, Fr. Domingo.—484.
 Barriaza, Fr. Angel de.—466.
 Basalenque, Fr. Diego de.—43, 116.
 Bautista, Fr. Juan.—169, 192.
 Bautista, Fr. Pedro.—446.
 Bautista, Jerónima de.—421.
 Beaumont, Fr. Pablo.—11, 490, 494.
 Benavente, Fr. Toribio de.—Véase: Mo-
 tolinía, Fr. Toribio.
 Benjamín.—447.
 Beristáin.—6, 9, 489.
 Bercorio.—299, 404.
 Bermejo (mar).—212.
 Betancourt, Fr. Agustín de.—Véase: Ve-
 tancourt, Fr. Agustín de.
 Beteta, Fr. Antonio de.—112, 114, 261.
 261, 264, 272, 304, 305, 482.
 Bigan.—297.
 Bilbao.—326, 327, 433.
 Bilbao, Fr. Francisco de.—466, 467.
 Bledos, Los.—372.
 Bobadilla, Nicolás de.—205.
 Bojú.—446.
 Bocanegra (linaje).—115.
 Bolonia.—209, 259.
 Bolonia, Fr. Miguel de.—82, 209, 276.
 Booz.—195.
 Bottaro, Fr. José.—485.
 Brucelas, Fr. Simón de.—275, 280.
 Burgos.—492.
 Burgos, Fr. Pedro de.—308, 309.
 Bustamante, Fr. Antonio de los Angeles.
 —6.
 Bustamante, Fr. Francisco.—213.

— C —

- Cacalotlán.—240, 243, 244, 497, 498.
 Caqayán.—447.
 Calderón, Fr. Juan.—483.
 Calero, Fr. Juan de Esperanza o del Es-
 piritu Santo.—212, 213, 214, 215, 216,
 217, 218, 219, 220, 221, 223, 242, 274,
 322, 496.
 California.—133.
 Calzontzin.—43, 53, 61, 62, 67, 76, 77, 81.
 Camacho, Rafael Sabás.—487.
 Camacho (R. P.)—489.
 Camacho, Ramón.—XI.
 Camarines.—331.
 Camotes.—438, 479.
 Campeche.—373.
 Campo, Andrés del.—247.
 Campo Verde, Fr. Bartolomé de.—483.
 Campos, Fr. Leopoldo.—X, 486.

INDICE ONOMÁSTICO

- Canales, Fr. Antonio.—484.
 Canarias, Islas.—386, 422.
 Cantabria.—454, 463, 477.
 Cantábrico (mar).—326.
 Caras, Cap. Juan de.—291.
 Carballo, S. J., Miguel.—449, 450.
 Cárdenas, Fr. Juan de.—429, 430, 437, 438.
 Cardona, (R. P.).—489.
 Cardoso, Sor Cecilia de Jesús.—357.
 Cardoso, Hernando.—357.
 Carlos V.—122, 164, 175, 178, 186, 310, 322.
 Caro, Fr. Diego.—268, 269, 350, 351, 355.
 Carranza (linaje).—115.
 Carranza, Fr. José María.—484.
 Carrillo Mendoza y Pimentel Diego.—442.
 Cartagena.—492.
 Casa Loja, Conde de.—499.
 Castañiza, Juan Francisco de.—499.
 Castilla.—56, 58, 60, 65, 66, 71, 75, 76, 77, 81, 113, 148, 200, 292, 361, 408, 416, 421, 422, 489.
 Castillo (linaje).—115.
 Castro, Fr. Francisco de.—389, 390, 391, 394, 395, 396, 398, 417.
 Catoche (Cabo).—50.
 Cáucaso.—21.
 Ceballos, Fr. Juan.—483.
 Cebreros, Fr. Alonso de.—255.
 Celaya.—271, 309, 312, 360, 424, 425, 427, 428, 435, 454, 462, 465, 469, 489.
 Cerralvo, (Marqués de).—445.
 Cervantes (linaje).—115.
 Cervantes, Sor Catalina de.—359.
 César.—228.
 Cibola.—246, 249, 498.
 Cicerón.—114, 186.
 Cieza, Fr. Juan de.—269, 355, 356, 359, 377.
 Cihuatlán.—65.
 Circuncisión, Sor Ana de la.—359.
 Cismontana.—100, 127.
 Cisneros, (linaje).—115.
 Cisneros, Fr. García de.—111, 132.
 Cisneros, Fr. Santiago.—484.
 Ciudad Guzmán.—499.
 Ciudad Rodrigo, Fr. Antonio de.—94, 493.
 Clapión, Fray Juan.—78.
 Clemente VIII.—331.
 Clemente, Fr. Gil.—466.
 Cocula (Jal.).—276, 500.
 Colhuacán.—249.
 Colima.—22, 24, 77, 104, 274, 500.
 Colón, Cristóbal.—439.
 Compañía de Jesús (Colegio de la).—3.
 Compostela.—104, 244.
 Conca, Valle de.—431.
 Concepción, Fr. Bartolomé de la.—464.
 Concepción, Provincia de la.—114, 195, 210, 266, 268, 353, 381, 426, 454, 455, 489.
 Concepción, Sor Gerónima de la.—359, 360.
 Concepción de Nuestra Señora.—120, 151, 152, 153, 156, 271, 423.
 Contreras, (linaje).—115.
 Contreras (Oidor).—245.
 Contreras, Fr. Francisco.—484.
 Córdoba.—490.
 Córdoba y Bocanegra, Fernando de.—498.
 Córdoba, Fr. Andrés de.—245.
 Corinto.—138.
 Cornejo, Damián.—7, 207, 354, 364, 385, 450.
 Cornelia (Emperatriz).—111.
 Cortés Fernando o Hernando.—50, 51, 52, 53, 55, 57, 58, 60, 63, 64, 65, 66, 68, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 79, 81, 121, 126, 131, 133.
 Coruña (La).—118, 215.
 Coruña, Fr. Martín de Jesús o de la.—82, 83, 104, 114, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 128, 130, 131, 135, 138, 139, 140, 142, 183, 271, 301, 482, 493.
 Cossin, Fr. Bernardo.—213, 214.
 Covarrubias (linaje).—115.
 Coyoacán.—70, 74.
 Cozumel.—50.
 Cristo, Sor Catalina de.—359.
 Cristobalito (indio).—214.
 Cruz (Colegio de la).—3, 4, 5, 6, 8, 10, 490.
 Cruz (Convento de la).—10, 272.
 Cruz, Fr. Francisco de la.—275, 278, 279.
 Cruz, Fr. Jerónimo de la.—82, 274.
 Cruz, Fr. José de la.—483.
 Cruz, Fr. Juan de la.—247, 248, 275, 279, 484, 488.
 Cruz, Fr. Tomás de la.—464.
 Cuba.—50, 121.
 Cucupao.—32, 87.
 Cuéllar, Fr. Antonio de.—215, 217, 222, 223, 226, 227, 274, 322, 497.
 Cuernavaca.—126, 130, 133.

INDICE ONOMÁSTICO

- | | |
|-----------------------------------|---------------------|
| Cuevas, S. J., Mariano.—XI. | Cuitzeo.—23, 432. |
| Cuevas y Dávalos, Alonso de.—500. | Culiacán.—255, 282. |
| Cuincho.—24. | Curinacanerí.—34. |

— CH —

- | | |
|---|------------------|
| Chacala.—237, 501. | Cheran.—166. |
| Chamacuero.—310, 462. | Chiapas.—10. |
| Chapala.—22, 24, 209, 276, 496, 500. | Chicomoztoc.—27. |
| Characu.—43. | Chilchota.—431. |
| Charapan.—431, 462. | Chimalpain.—496. |
| Charo.—43, 44, 432. | China.—296. |
| Chávez (linaje).—115. | Cholula.—345. |
| Chávez, Fr. Buenaventura.—485. | Chucandiro.—24. |
| Chávez Pacheco de Bocanegra, Nuño.—499. | |

— D —

- | | |
|---|--|
| Dacia.—158, 159, 162, 168, 177. | Delgado, Alonso.—395. |
| Dáciana (Provincia).—160. | Díaz del Prado, Fr. José.—484. |
| Daciano, Fr. Jacobo.—88, 114, 158, 160, 161, 162, 164, 171, 175, 176, 177, 178, 179, 187, 273, 328, 482, 494. | Díez de Sollano, José María de Jesús.—499. |
| Damiano, Cardenal.—474. | Don Juan N.—(indio).—251, 252. |
| Daniel.—161, 162, 336. | Doncel, Fr. Francisco.—308, 309. |
| David.—121, 128, 143, 197, 222, 298, 465. | Dorantes de Carranza, Baltasar.—499. |
| Dávila Garibi J. Ignacio.—(Autógrafo). XII. | Duhamel.—381. |
| | Durán, Fr. Rodrigo.—330. |
| | Durango.—499. |

— E —

- | | |
|---|---|
| Echeverría, Fr. Antonio.—485. | Escolias.—212. |
| Eclesiástico.—124. | España.—5, 51, 78, 82, 94, 104, 105, 112, 118, 131, 133, 141, 154, 162, 180, 230, 259, 328, 333, 336, 341, 408, 413, 414, 415, 443, 444, 447, 448, 455, 459, 462, 466, 475, 489, 490. |
| Egidio, Fr. Francisco.—Véase Gil, Fr. Francisco. | España, Fr. Isidro.—381, 477. |
| Egipto.—134, 155, 453. | Española, Isla.—121. |
| Eleazaro.—212. | Espinareda, Fr. Pedro de.—213. |
| Elias.—128, 177, 268. | Espinosa (linaje).—115. |
| Eliseo.—268. | Espinosa, Isidro de.—3, 487. |
| Enriquez de Almanza, Martín.—308. | Espinosa, Fr. Juan de.—381, 382. |
| Enriquez de Rivera, Fr. Payo.—500. | Espinosa, Fr. Isidro Félix de.—IX, X, 1, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11, (Autógrafo), 17, 487, 488, 490, 491. |
| Erongaricuaro.—87, 272, 409, 462. | Espíritu Santo, Sor Luisa del.—Véase: Tapia, Sor Luisa del Espíritu Santo. |
| Errejón, Fr. Pedro.—485. | Estivales, Fr. Miguel de.—192, 226, 231, 233, 236, 237, 238, 241, 242, 243 |
| Esau.—164. | |
| Escalona, Fr. Alonso de.—204, 281. | |
| Escalona, Juan José de.—193. | |
| Escalona y Calatayud, Ilmo. Señor Obispo de Michoacán.—6. | |
| Escanela, Minas de.—372. | |
| Escipión.—16. | |

INDICE ONOMÁSTICO

- | | |
|--|--|
| <p>245, 322, 323, 324, 325.
Estrada, Alonso de.—498.
Estrada, Beatriz de.—498.
Estrada, Luisa de.—498.
Etna (monte).—21, 22.
Etzatlán, Etzatlán o Izatlán.—XI, 213,
215, 217, 218, 220, 221, 222, 223,</p> | <p>224, 225, 226, 227, 243, 244, 245,
274, 322, 496, 497, 498, 500.
Europa.—53, 165, 181, 214, 268, 300,
301, 331, 341, 354, 372, 408, 413,
440, 441, 446, 489.
Extremadura.—282, 317.
Ezequiel.—89.</p> |
|--|--|

— F —

- | | |
|---|---|
| <p>Facuencia, Fr. Francisco de.—105.
Faraón.—290.
Felipe II.—259, 265, 294.
Felipe III.—358, 373, 446.
Felipe IV.—477.
Fernández, Fr. Antonio.—484.
Fernández, Fr. Bernardo.—10.
Fernández de Mata, Pedro.—422.
Fernandina (La).—297.
Figueroa (linaje).—115.
Figueroa, Fr. Benito de.—484.
Filipinas.—295, 331, 447, 451.
Fischer.—10.
Florencia, Antonio de.—385.
Florencia, Fr. Francisco de.—204, 205,
495.
Florenlin, Mariano.—156.
Flores (padre).—222.</p> | <p>Flores, Fr. Luis (franciscano).—427, 469.
Flores, Fr. Luis de (dominico).—448.
Fogueras, Fr. Juan.—489.
Francia.—5, 185, 186, 226, 328.
Francisco (niño indígena). 220.
Francisco.—Véase: Sinzicha (a) Calzon-
tzin.
Francisco, Fr. Juan.—243, 244, 497, 498.
Franco, Diego.—480.
Franco, Fr. Apolinario.—449.
Fray Juan o Fray Juan Francisco (már-
tir de Etzatlán).—Véase: Francisco,
Fr. Juan
Frutos, Fr. Francisco.—4.
Fuenllana (linaje).—115.
Fuente, Fr. Diego José de la.—489.
Fuenteovejuna, Fr. Esteban de.—276,
282.</p> |
|---|---|

— G —

- | | |
|---|--|
| <p>Galicia (España).—118, 215, 261, 284
Galicia (de Nueva España). — Véase:
Nueva Galicia.
Gallina, Fr. Juan.—Véase: Lozano (a)
Gallina, Fr. Juan.
Galván Maldonado, Fr. Juan.—317.
Gamotes.—Véase: Camotes.
Gante, Fr. Pedro de.—492, 493.
García, Fr. Bartolomé de Santa María.
—451.
García, Fr. Gregorio.—26, 29.
García Icazbalceta, Joaquín. — 10, 493,
494, 500.
Garnica, Fr. Manuel.—485.
Garra.—Véase: Garrovilla.
Garrovilla (población).—180.
Garrovilla o Garrovillas, Fr. Pedro de.—
180, 184, 271.
Genebrardo.—222.
Gerión.—118.
Germania.—275, 280.
Gil, Fr. Francisco.—277, 287, 288, 289,
290, 291, 501.</p> | <p>Gilberti, Fr. Maturino.—114, 185, 187,
271, 482, 494, 500.
Giner, Fr. Bartolomé.—488.
Gomera, Isala de la.—120.
Gómez, Fr. Francisco.—485.
Gómez, Fr. José.—395.
Gómez de Mendiola, Francisco.—204.
Gómez de Orozco, Federico.—IX, XI.
Gonzaga, Ilmo.—Véase: Gonzaga, Fr.
Francisco.
Gonzaga, Fr. Francisco.—73, 102, 119,
125, 127, 140, 156, 171, 177, 184,
189, 201, 206, 209, 213, 221, 226,
239, 247, 248, 259, 270, 271, 272,
273, 275, 276, 278, 279, 280, 289,
301, 303, 309, 310, 329, 500.
González, Fr. Fernando Alonso.—5, 270,
484, 489.
González Dávila, Gil.—102, 115, 153,
430.
Goruaez, Fr. Miguel de.—283, 284, 285.
Granada (España).—228.
Granados, N.—494.</p> |
|---|--|

INDICE ONOMÁSTICO

- Grande, Fr. Cristóbal.—484.
 Grijalva, Juan de.—50.
 Guadalajara, (ciudad española).—104.
 Guadalajara, (ciudad neogallega).—10,
 28, 104, 114, 115, 195, 198, 201, 204,
 205, 206, 208, 210, 243, 260, 261,
 273, 279, 284, 288, 290, 291, 302,
 303, 377, 378, 379, 424, 429, 462,
 489, 495, 497, 499, 500.
 Guadalcázar.—477.
 Guadalupe, Fr. Alonso de.—493.
 Guadalupe, Nuestra Señora de.—5, 359,
 369.
 Guadiana.—333.
 Guadianilla.—312.
 Guanajuato.—10, 487, 488, 490, 496.
 Guasquiluco (minas).—372.
 Guatemala.—7, 204, 330.
 Guatzindeo.—400, 401, 402, 403.
 Guayangareo.—403, 494.
 Guaynamota.—277, 287, 288.
 Guerrero, Fr. Alonso.—476, 477, 483.
 Guevara, Fr. Juan.—484.
 Gutiérrez, Fr. Manuel Agustín.—485.
 Guzmán, Nuño de.—103, 104, 124, 131.

— H —

- Hércules.—118, 160, 373.
 Hermoso Estrada, Fr. Bernardino.—475,
 483.
 Hernández, Fr. Antonio.—189, 414, 415.
 Hernández, Fr. Salvador.—385, 386.
 Hernández, Martín.—400.
 Herrera, (linaje).—115.
 Herrera, Antonio de.—33, 51, 55, 73, 77,
 102, 103, 104, 115, 144, 145, 492,
 494.
 Herrera, Fr. Antonio de.—82.
 Herrera, Fr. Ildefonso de.—493.
 Hidalgo, Fr. Francisco.—4, 10.
 Hiran.—381.
 Hogal, José Bernardo de.—7, 8, 9.
 Hogal, Viuda de José Bernardo de.—9,
 10.
 Holofernes.—218.
 Honduras.—72, 489.
 Huaniqueo.—488.
 Huasteca.—430, 431.
 Huaximic.—501.
 Huaxicori.—501.
 Huaynamota.—Véase: Guaynamota.
 Huexocingo.—Véase Huexotzinco.
 Huejotzinco.—Véase: Huexotzinco.
 Huexotzinco.—80, 114, 173, 202, 284.
 Huelva.—337.
 Huestro.—381.
 Hugo.—212, 337.
 Huitzilopochtli.—27, 29.
 Hitziton.—28.
 Huitzitzila o Huitzitzilan.—77, 491.
 Hurtado (linaje).—115.

— I —

- Iberia.—490.
 Igayo, Francisco.—451.
 Ilocos.—296.
 Indias, o Indias Occidentales.—7, 78, 88,
 102, 112, 114, 122, 141, 144, 145,
 165, 177, 184, 185, 195, 211, 212,
 279, 310, 327, 329, 336, 339, 341,
 374, 381, 382, 409, 422, 463, 473,
 493.
 Infante, (linaje).—115.
 Iniestra, Inés de.—488.
 Iraizos, Fr. Juan de.—483.
 Iriguyen, Martín de.—498.
 Isaías.—117, 337.
 Isatlán.—Véase. Etzatlán.
 Israel.—134, 212, 445.
 Italiano, Fr. Daniel.—209, 210, 274.
 Itzcuinapan o Izcuinapan.—144, 145, 494.
 Izcuintla.—501.

— J —

- Jacob.—197, 212, 302.
 Jalisco (Estado).—IX, 492, 493, 495, 496.
 Jalisco (Provincia Franciscana).—Véase:
 Xalisco.
 Japón.—446, 447, 450, 451.
 Jauna.—23.
 Jeremías.—189.
 Jerónimo.—186.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Jerusalem.—47, 79, 118, 374, 407.
 Jesús (pueblo).—Véase: Nombre de Jesús.
 Jesús, Sor María de.—495.
 Jesús, Fr. Martín de.—Véase: Coruña, Fr. Martín de la.
 Jesús María, Fr. Félix de.—495.
 Jiménez (padre).—492.
 Jiménez, fulano.—421.
 Job.—322.
 Jonás.—147.
 Jonatás.—201.
 Jordán.—443.
 José o Joseph.—155 y 197.
 Josefo (historiador).—47.
 Josué.—155.
 Juan (indio).—242.
 Juchipila.—500.
 Judas (Iscariote).—224, 389.
 Judas (Hijo de Jacob).—212.
 Judith.—218.
 Julio III.—153.
 Juno.—111.
 Jurica.—357.

— L —

- Labastida y Dávalos, Pelagio A. de, (Ilmo. Sr. Arzobispo).—499.
 Lactancio.—185.
 Lafragua, José María.—10.
 Lagunas (padre).—500.
 Lagunas, Fr. Juan Bautista de.—265, 483.
 Lagunillas, Las.—438, 470.
 Landeros, Fr. Juan Antonio.—484.
 Laguarte, Fr. Francisco de.—324.
 Lara, (linaje).—115.
 Larios de Bonilla, Alonso.—480.
 La-Rode, Fr. José.—484.
 Larrauri, Fr. Tomás de.—484.
 Larrea, Fr. Alonso de.—Véase: Rea, Fr. Alonso de la.
 Laurel, Fr. Bartolomé.—Véase: García, Fr. Bartolomé de Santa María.
 Le Blanc (padre).—197.
 León.—463.
 León X.—78.
 León, Nicolás.—IX, X, XI, 11, 492.
 León, Fr. Nicolás de.—483.
 Leyba, Fr. Pedro de.—379, 483.
 Líbano.—381.
 Libia.—98.
 Licurgo.—88.
 Lima.—170, 476.
 Lira, Diego de.—395.
 Lisboa.—339.
 Lizana y Beaumont, Francisco Javier, (Ilmo. Sr. Arzobispo).—500.
 Loaiza, (linaje).—115.
 Lobo, Fr. Juan.—483.
 López, Gaspar.—394.
 López, Fr. Gaspar.—478.
 López, Fr. Juan.—424, 425, 463, 483.
 López, Fr. Miquel.—266, 268, 269, 351, 353, 356, 357, 358, 360, 372, 373, 374, 483.
 López, S. J., Eugenio.—7.
 López de Guadalupe, Fr. Antonio.—489.
 López de Zúñiga, Diego.—220.
 López Portillo y Weber, José.—495.
 Lorenzo, Fr. Francisco.—226, 227, 228, 229, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 274, 275, 323, 497, 498.
 Loth.—162, 336.
 Lozano (a) Gallina, Fr. Juan.—318, 398, 399, 400, 401, 402, 403.
 Lucas (indio tarasco).—248, 250.
 Lucas (japonés).—451.
 Lucina.—111.
 Luján, Isabel de.—498.
 Luis (japonés).—451.
 Lunel, Fr. Vicente.—97.
 Lutero.—159.

— LL —

- Llave, Fr. Antonio de la.—295.

— M —

- Madera, Fr. Andrés.—483.
 Madrid.—329, 444.
 Magdalena (laguna).—23.
 Malagón, Fr. José.—484.
 Maldonado (linaje).—115.
 Maldonado, Fr. Antonio.—82.

INDICE ONOMÁSTICO

- Maldonado, Fr. Luis.—331.
 Mallorca.—283.
 Manila.—295, 296, 447, 451.
 Mantua.—186, 279.
 Mar del Sur.—104, 429.
 Maravatio.—42, 43.
 Marbella (ciudad).—313, 488.
 Marbella, Fr. Buenaventura de.—266, 313, 314, 483.
 Margil de Jesús, Fr. Antonio.—5, 7, 8.
 Maria (mujer de Gaspar Váez).—451.
 Marín (linaje).—115.
 Marmolejo, Fr. Bernardino.—210, 274.
 Marte.—117, 118, 317.
 Martínez, Ramón.—XI.
 Martínez, Fr. Cristóbal.—337.
 Matias (donado franciscano).—449.
 Matlalzinco.—55.
 Maza, Francisco de la.—494.
 Mazamune.—447, 448, 449.
 Mecina, Fr. Anchanget de.—377.
 Medina (padre).—355, 457.
 Medina, Fr. Balthasar de.—369, 331, 444.
 Medina del Campo.—489.
 Medrano, Fr. Andrés.—483.
 Melchisedec.—118, 119.
 Melgarejo (padre).—492, 493.
 Méndez Silva, Rodrigo.—180, 293, 327, 333.
 Mendieta (padre).—493, 494.
 Mendoza (linaje).—115.
 Mendoza, Antonio de (Virrey de N. E.).—102, 115, 200, 246.
 Mendoza, Eufemio.—494, 496, 499, 500.
 Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, Juan de.—358, 359.
 Mérida (España).—180.
 Mescal.—496.
 Mesones, Fr. Agustín.—489.
 México.—VII, VIII, IX, 5, 7, 8, 9, 10, 23, 25, 31, 41, 46, 51, 52, 54, 55, 57, 62, 72, 73, 74, 75, 81, 87, 94, 96, 101, 102, 103, 104, 111, 114, 121, 122, 125, 129, 130, 132, 139, 178, 187, 215, 216, 217, 218, 252, 261, 263, 268, 284, 295, 300, 308, 309, 320, 321, 323, 330, 346, 347, 350, 355, 358, 359, 463, 464, 489, 491, 493, 496, 498, 500.
 Michoacán.—IX, 6, 10, 11, 15, 17, 21, 22, 23, 25, 26, 28, 29, 31, 32, 33, 35, 36, 41, 42, 43, 44, 47, 51, 52, 55, 56, 57, 58, 70, 72, 75, 77, 81, 82, 88, 96, 98, 102, 103, 104, 105, 109, 111, 112, 113, 114, 115, 117, 121, 122, 123, 125, 129, 131, 132, 133, 138, 139, 140, 141, 143, 144, 145, 147, 148, 152, 153, 156, 157, 165, 166, 168, 169, 171, 176, 177, 178, 180, 181, 184, 186, 189, 190, 191, 192, 193, 195, 196, 201, 202, 205, 207, 208, 209, 210, 213, 215, 217, 226, 230, 239, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 257, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 278, 280, 281, 285, 287, 292, 293, 294, 295, 300, 301, 304, 307, 308, 309, 314, 316, 318, 323, 324, 326, 327, 328, 329, 330, 332, 338, 341, 342, 345, 347, 348, 350, 351, 353, 354, 356, 363, 376, 377, 378, 379, 382, 387, 393, 429, 441, 442, 451, 457, 459, 463, 474, 477, 480, 489, 490, 494.
 Miguel (japonés).—451.
 Miraelrío Tovar, Gertrudis.—3, 487, 488.
 Mizton.—201.
 Moctezuma.—Véase: Motecuhzoma.
 Mogrovejo, Fr. Francisco.—485.
 Moisés.—126, 128, 133, 155, 223, 242.
 Molina (padre).—499.
 Molinedo, Fr. Juan Bautista.—433, 440, 441, 443, 444, 445, 469, 471, 475.
 Montañón (soldado).—56, 59, 60.
 Montalvanejo.—451.
 Montemayor, Fr. Alonso de.—348, 462.
 Montenegro.—169.
 Montezuma (linaje).—115.
 Monzaval, Fr. Manue de.—304, 305, 488.
 Monzón (linaje).—115.
 Morcillo (minas).—102.
 Morelia.—494.
 Moreno.—494.
 Morera.—333.
 Morote, Fr. Luis.—489.
 Mota y Escobar, Alonso de la.—378.
 Mota Padilla.—493, 495.
 Motecuhzoma Ilhuicamina.—491.
 Motecuhzoma Xocoyotzin.—41, 42, 48, 49, 50, 53, 82, 491.
 Motines.—182.
 Motolinía, Fr. Toribio.—99, 106, 173, 214, 493.
 Moya de Contreras, Pedro.—500.
 Muñique, Fr. Pedro.—297.
 Muñoz, Fr. Diego.—268, 269, 332, 345, 346, 349, 350, 351, 354, 483.
 Muñoz y Ortiz, Fr. Antonio de Jesús.—485.
 Muñoz de Sanabria, Fr. Juan.—444.

INDICE ONOMÁSTICO

- N -

- Nabuco.—162.
 Nachitooz.—5.
 Nahuapan.—501.
 Nájera, Fr. Manuel.—489.
 Nangasaqui.—446, 448, 451.
 Nangasaqui, Luis de.—447, 448, 450, 451.
 Natividad del Señor.—92.
 Navarra.—266, 268, 278, 353.
 Navarrete, Fr. Pedro.—489.
 Neajoli, Fr. Juan.—475.
 Nerón.—158.
 Nervio (río).—326.
 Nicaragua.—330.
 Niebla (condado).—337.
 Nieto, Fr. Andrés.—483.
 Niza.—111, 492.
 Niza, Fr. Martín de.—246.
 Nochistlán.—200.
 Nombre de Jesús (pueblo).—44, 479.
 Nonio, Ludovico.—118, 215.
 Nueva España.—6, 7, 11, 22, 102, 105,
 106, 111, 120, 130, 132, 153, 162,
 165, 181, 188, 196, 200, 214, 232,
 246, 249, 266, 267, 269, 317, 332,
 348, 354, 355, 404, 433, 441, 446,
 489, 498.
 Nueva Galicia.—X, 104, 105, 125, 131,
 204, 215, 255, 260, 261, 274, 275,
 284, 294, 301, 492, 493, 495, 496,
 498.
 Nuevo México.—27.
 Nuevo Mundo.—80, 214, 230.
 Núñez de la Roja, Pedro.—425.

- O -

- Oaxaca.—10.
 Ocaña, Fr. Juan de.—385, 387.
 Ocaranza, Fr. Domingo de.—484.
 Ofir.—26.
 Ojeda, Fr. Domingo de.—484.
 Olarte, Fr. Diego de.—260.
 Olid, Cristóbal de.—77, 102, 115.
 Oliva, Fr. José Antonio de.—489.
 Olmedo, Fr. Mariano.—484.
 Oñate, Juan de.—330.
 Orduña (ciudad).—326.
 Oreb.—126, 336.
 Ornelas (Fr. Nicolás).—495.
 Oropeza, Fr. Francisco de.—274, 279.
 Oroz, Fr. Pedro.—331.
 Orozco y Berra, Manuel.—496.
 Orozco y Jiménez, Francisco.—497.
 Orozcós (linaje).—115.
 Ortiz, Fr. Alonso.—192, 194, 404.
 Ortiz de Parada, Fr. Diego.—484.
 Orvello, Fr. Nicolás.—284.
 Otalora, Fr. Diego de.—425.
 Oztoticpac.—233.

- P -

- Pacheco de Bocanegra, Bernardino.—498.
 Pacheco de Córdoba y Bocanegra, Fran-
 cisco.—498, 499.
 Pacheco de Estrada, Beatriz.—498, 499.
 Padilla, Fr. Juan de.—82, 246, 247, 248,
 274, 279, 493.
 Palacio y Basave, Fr. Luis del Refugio
 de.—493, 495.
 Palacios, Fr. Pedro de.—261, 262, 267,
 483.
 Palmar (minas).—357, 372.
 Palomar (padre).—489.
 Pantoja (linaje).—115.
 Pánuco.—103, 261.
 Paoletto.—228.
 Papagayos (río).—471.
 Papantzin, María.—51.
 Paris.—278, 332.
 Parrillas (soldado).—55.
 Patambán.—463.
 Patiño de Herrera (linaje).—115.
 Pátzcuaro.—23, 31, 84, 102, 135, 137,
 138, 139, 153, 187, 271, 286, 462,
 494.
 Paulo III.—97.
 Paulo V.—374.
 Pedro (indio).—255.
 Peña, Fr. Juan de la.—377.
 Peñafiel, Antonio.—491.
 Peñafior, Fr. Odorico.—X, 485.
 Pérez, Fr. Antonio.—341, 344.
 Pérez de Espinosa, Cristóbal.—488.

INDICE ONOMÁSTICO

- Pérez de Espinosa, Fr. Francisco Xavier.—488, 489.
 Pérez de Espinosa, Fr. Juan Antonio.—3, 9, 487, 488, 490.
 Pérez de Espinosa, Fr. Isidro.—Véase: Espinosa, Fr. Isidro Félix de.
 Pérez de Espinosa, Josefa Teresa.—488.
 Pérez de Espinosa, Juana Rosalía.—488.
 Pérez de Espinosa, Isidro.—3, 387.
 Pérez de Espinosa, Luis.—488.
 Pérez de Espinosa, María Gertrudis Regalada.—488.
 Pérez de Espinosa, Rosa María.—488.
 Pérez de Espinosa, Teresa.—488.
 Pérez de la Serna, Juan.—442.
 Peribán.—23, 32, 103, 272, 431, 462.
 Perú.—372.
 Piafano Mauro.—381.
 Picazo, Fr. Andrés.—484.
 Picazo, Fr. José.—369, 373, 484.
 Picinelo.—333, 362.
 Piechátaro.—463.
 Pila, Fr. Pedro de.—267, 268, 271, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 350, 483.
 Piniquan. 438, 479.
 Pío IV.—259.
 Pobre, Fr. Hernando el.—Véase: Segura, Fr. Hernando de.
 Poggio, Cardenal Juan de.—153.
 Ponce de León, Luis.—498.
 Poncitlán.—276, 500.
 Porciúncula.—98, 295.
 Portillo (padre).—489.
 Portugal.—280, 333, 336, 339.
 Portugaleta.—433.
 Potosí.—372.
 Pozo, Fr. Luis del.—259.
 Pozos (minas).—372.
 Prada, Fr. Juan de.—351.
 Pro, Fr. Pedro.—485.
 Promisión, Tierra de.—155.
 Propaganda Fide (Sagrada Congregación).—7.
 Puebla.—10, 280, 495.
 Puerto Rico.—121.
 Purificación, Sor Francisca de la.—359.
 Purio.—111.
 Purenchécuaro.—272, 462.
 Purísima Concepción, la.—5, 272, 274, 276, 309, 312, 380.

— Q —

- Quaunahuac.—Véase: Cuernavaca.
 Querécuaro.—88.
 Querétaro.—IX, 3, 4, 5, 6, 8, 9, 10, 178, 356, 360, 361, 369, 370, 371, 372, 374, 405, 406, 429, 444, 445, 460, 462, 480, 487, 488, 489, 490.
 Quintaval, Fr. Bernardo de.—316.
 Quintero, Fr. Juan.—126.
 Quintiliano.—29.
 Quinto Máximo.—16.
 Quiroga, Vasco de.—116, 137, 153, 494.
 Quitupan.—24.

— R —

- Rábida, La.—280.
 Ramírez, Fr. Cristóbal.—424.
 Ramírez, Fr. Diego.—483.
 Ramírez, Fr. Francisco Javier.—484.
 Ramírez, José Fernando.—10.
 Ramírez Fuenleal, Sebastián.—104.
 Rangales (linaje).—115.
 Rapinep.—156.
 Raya, Francisca de.—401.
 Rea, Br. Francisco de la.—487.
 Rea, Fr. Alonso de la.—16, 28, 29, 43, 51, 82, 137, 138, 177, 260, 264, 267, 309, 345, 347, 354, 370, 428, 451, 452, 478, 483, 494.
 Real de los Infantes.—479.
 Reina, Fr. Pedro de.—114, 172, 190, 192, 194, 323, 482.
 Reséndiz, Fr. Domingo.—485.
 Revilla, Fr. Juan de.—378, 483.
 Rico, Fr. José.—485.
 Rico de Luarca, Fr. Juan.—484.
 Río Grande.—5, 22, 24.
 Río Verde.—429, 430, 431, 433, 436, 437, 439, 440, 441, 444, 445, 463, 469, 470, 471, 474, 475, 476, 479, 480, 481.
 Rivera, María de.—9.
 Rivera, Fr. Francisco Antonio de.—484.
 Rocha, (Ilmo. Sr. Obispo de Michoacán).—489.
 Rodríguez, Hipólito.—420.
 Rodríguez, Juan.—421.
 Rodríguez, Fr. Gaspar.—253, 254, 255, 499.

INDICE ONOMÁSTICO

- Rodríguez, Fr. Manuel.—335.
 (Rodríguez de Figueroa y Estrada) Alvaro.—499.
 (Rodríguez de Figueroa y Estrada) Fernando.—499.
 (Rodríguez de Figueroa y Estrada) Nuncio.—499.
 Roma.—29, 97, 148, 425, 489.
 Romano, Diego.—378.
- Romero (doctor).—489, 494.
 Romero, Fr. Francisco.—485.
 Ronda, Fr. Luis.—485.
 Rosas, Fr. Alonso de.—113, 114, 208, 482.
 Rucias.—438.
 Ruiz (linaje).—115.
 Ruiz y Ruiz, Fr. Angelo.—485.
 Ruiz de Alarcón, P. Garci.—481.
 Ruth.—195.
- S —
- Saavedra.—349.
 Sala, Fr. Bernardo.—485.
 Salas o Salazar, Fr. Juan de.—483.
 Salinas y Córdova, Fr. Buenaventura de.—476, 478.
 Salomón.—107.
 Salto del Agua.—471.
 Salustio.—16.
 Salvatierra.—400, 402, 403.
 Salvatierra, Conde de.—477.
 San Agustín.—116, 124, 146, 262, 431, 442.
 San Agustín (Convento).—427.
 San Andrés Tzirondaro.—Véase: Tziron-daro.
 San Andrés de Axixique (convento).—276.
 San Angel (pueblo).—383, 384.
 San Antonino de Florencia.—385.
 San Antonio (convento).—276.
 San Antonio (población).—5.
 San Antonio (Texas).—5.
 San Antonio, Fr. Juan Francisco de.—295.
 San Antonio de Padua.—7, 8, 236.
 San Bernardino de Sena.—98.
 San Bernardo (Doctor).—91, 385.
 San Bernardo (pueblo).—438.
 San Buenaventura.—98, 167, 192, 283, 410.
 San Buenaventura, Fr. Alonso de.—477.
 San Buenaventura de Guazindeo.—463.
 San Buenaventura de Valladolid (convento).—265, 271, 335, 351, 389, 447.
 San Cebrián, Fr. Bernardino de.—329.
 San Cristóbal, Sor María de.—359.
 San Diego (custodia).—318, 321.
 San Diego de Alcalá.—401.
 San Diego de México (provincia).—355, 444.
 San Diego del Río (pueblo).—431.
 San Diego de los Quacancores.—430.
 San Esteban.—219, 225.
- San Felipe (Convento).—271, 309.
 San Felipe (río).—23.
 San Felipe (tierras de).—131.
 San Felipe (villa).—308, 310, 312.
 San Felipe Neri (Oratorio).—3, 9, 139, 487, 488, 490.
 San Felipe Tzitácuaro.—463.
 San Fernando (Hospicio).—6.
 San Fernando Rey.—5.
 San Francisco (Pueblo).—372, 438.
 San Francisco, Fr. Antonio de.—451.
 San Francisco, Fr. Luis de.—446, 447, 448, 449, 450, 451.
 San Francisco de Ahuacatlán (convento).—274.
 San Francisco de Amacueca (convento).—275.
 San Francisco de Apaseo (convento).—273.
 San Francisco de Asís.—7, 77, 79, 78, 89, 90, 97, 104, 115, 140, 147, 159, 177, 178, 186, 194, 217, 249, 251, 252, 261, 281, 285, 297, 300, 305, 314, 331, 342, 385, 404, 408, 425, 434, 442, 444, 447, 448, 449, 451, 489, 494.
 San Francisco de Colima (convento).—274.
 San Francisco de Chapala (convento).—276.
 San Francisco de Guadalajara (convento e iglesia).—208, 273, 497.
 San Francisco de Guaynamota (convento).—277.
 San Francisco de México (convento).—94, 114, 252.
 San Francisco de Pátzcuaro (convento).—271, 286.
 San Francisco de Peribán (convento).—272.
 San Francisco de Querétaro (convento).—178, 361, 374.
 San Francisco de San Miguel.—463.

INDICE ONOMÁSTICO

- San Francisco de Sayula (convento).—
275.
- San Francisco de Toluca (convento).—
421.
- San Francisco de Xiquilpan (convento).—
273.
- San Francisco de Xuchipila (convento).—
274.
- San Francisco de Zacatecas (convento).—
262, 277.
- San Francisco de Zacoalco (convento).—
275.
- San Francisco de Zenticpac (convento).—
277.
- San Francisco del Río Atengo (pueblo).—
431.
- San Francisco del Teul (convento).—
276.
- San Gabriel.—79, 408.
- San Gabriel (provincia).—79, 82, 119,
301.
- San Gabriel, Fr. Miguel de.—408, 409,
410.
- San Gabriel Beyutlán.—431.
- San Gregorio.—302, 339, 341.
- San Gregorio (río).—23.
- San Gregorio Nacianceno.—212.
- San Gregorio de Filipinas (Provincia).—
451.
- San Hilario Obispo.—315.
- San Hilarión.—389.
- San Ignacio de Loyola (Editorial).—496.
- San Isidro.—158.
- San Jacinto, Sor Antonia de.—359.
- San Jerónimo.—197.
- San Jerónimo (convento).—272.
- San Jerónimo Purenchécuaro.—87.
- San José (Provincia).—451.
- San José, Sor Ana de.—359.
- San José, Sor Juana de.—359, 369.
- San Juan Bautista.—342, 411.
- San Juan Bautista de Río Grande (mi-
sión).—4.
- San Juan Bautista de Tuxpan (convento).—
275, 279.
- San Juan Bautista de Tzitzácuaro (con-
vento).—273.
- San Juan Bautista de Xalisco (convento).—
276.
- San Juan Capistrano.—98.
- San Juan Evangelista (convento).—276.
- San Juan X (pueblo).—431.
- San Juan de Ulúa.—50, 121.
- San Juan del Río.—371.
- San Juan de la Penitencia (convento).—
358, 359.
- San Juan de los Reyes.—475.
- San Lúcar de Barrameda.—120.
- San Luis Potosí.—10, 372, 494.
- San Luis Rey.—450.
- San Marcos (pueblo).—431.
- San Martín Obispo.—118.
- San Martín (castillo).—118.
- San Mateo.—124, 183, 187.
- San Mateo Atenco.—22.
- San Miguel.—408.
- San Miguel (colegio).—494.
- San Miguel (provincia).—181.
- San Miguel, Fr. Juan de.—88, 141, 153,
154, 260, 312, 380, 432, 494.
- San Miguel, Sor Juana de.—359.
- San Miguel Goniz (pueblo).—431.
- San Miguel de Allende.—3, 6, 487, 489,
490.
- San Miguel de Cocula (convento).—276.
- San Miguel de Teoquiltán (convento).—
276.
- San Miguel el Grande (villa).—9, 144,
145, 309, 310, 311, 312, 432, 463,
478, 488, 490.
- San Nicolás (colegio).—494.
- San Nicolás de los Montes.—479.
- San Pablo (Apóstol).—78, 79, 120, 127,
128, 138, 187, 389, 390.
- San Pedro (Apóstol).—113, 400.
- San Pedro, Fr. Diego de.—320, 321.
- San Pedro Damiano.—344.
- San Pedro Regalado.—195, 304, 305, 354.
- San Pedro Tolimán.—273.
- San Pedro de Alcántara.—392.
- San Pedro y San Pablo (convento de
Poncitlán).—276.
- San Pedro y San Pablo (convento de
Tzinapécuaro).—271.
- San Pedro y San Pablo (Provincia Fran-
ciscana de Michoacán).—IX, X, XI,
4, 6, 9, 10, 153, 156, 205, 259, 260,
330, 354, 376, 445.
- San Sebastián.—219.
- San Sebastián (convento).—275.
- San Vicente Ferrer.—398.
- Sánchez Eguiluz, Fr. Francisco.—485.
- Sánchez de Figueroa, Sor Elvira.—359,
361, 369, 374.
- Sancho (padre).—489.
- Sandeo (padre).—391.
- Sansanda, Luis.—Véase: San Francisco,
Fr. Luis de.
- Santa Ana.—83, 488.
- Santa Ana (templo).—123.
- Santa Ana de Amatlán.—463.
- Santa Ana de Tzacapu (convento).—272,
307.

INDICE ONOMÁSTICO

- Santa Ana de Tzintzuntzan (convento).—271, 350.
 Santa Anastasia.—153.
 Santa Apolonia.—220.
 Santa Catarina.—441.
 Santa Catarina (convento).—437, 470, 479.
 Santa Catarina (custodia).—475.
 Santa Catarina (pueblo).—430, 438.
 Santa Clara.—224, 331, 356, 358, 359, 362, 364, 367.
 Santa Clara, Sor Mariana de.—359.
 Santa Clara de Jesús (Real Convento de Querétaro).—5, 356, 357, 361, 372, 373, 375, 501.
 Santa Clara de México (convento).—358, 359, 369, 370.
 Santa Cruz (bahía). 131.
 Santa Cruz (castillo).—118.
 Santa Cruz (ermita).—374.
 Santa Cruz, Manuel de.—417, 418.
 Santa Cruz Huasquilico.—431.
 Santa Fe (hospital).—153.
 Santa Fe (pueblo).—87.
 Santa Fe del Río (hospital).—153.
 Santa Isabel.—331.
 Santa María (pueblo).—44.
 Santa María, Francisco J.—490.
 Santa María, Fr. Alonso de.—402.
 Santa María, Fr. Bartolomé de.—Véase: García, Fr. Bartolomé de Santa María.
 Santa María, Fr. Diego de.—483.
 Santa María, Fr. Francisco de.—451.
 Santa María María Magdalena.—340.
 Santa María Magdalena (convento).—275.
 Santa María de Ahuacatlán (pueblo).—431.
 Santa María de Gracia (convento).—272.
 Santa María de Jesús (convento).—175, 272.
 Santa María de la Peña Mellera.—479.
 Santa María de los Angeles (convento).—120.
 Santa María de los Angeles (santuario).—293.
 Santa María la Redonda (convento).—489.
 Santa Marta.—153.
 Santa Rosa de Viterbo (colegio).—10.
 Santiago Apóstol.—118, 233, 410.
 Santiago (Editorial).—IX, XII.
 Santiago (isla).—131.
 Santiago (parroquia).—487.
 Santiago (Provincia Franciscana).—215, 268, 350, 356, 377, 469.
 Santiago (pueblo).—430.
 Santiago Conguripo.—23.
 Santiago Tlaltelolco.—187, 331.
 Santiago Undameo.—44.
 Santiago de Jalisco (Provincia).—119, 376, 377, 493, 494.
 Santiago de Querétaro (convento).—271, 387.
 Santo Domingo.—78, 104, 442.
 Santo Domingo Loricato.—344.
 Santo Evangelio, Provincia del.—96, 97, 101, 111, 112, 113, 120, 133, 165, 202, 212, 214, 215, 246, 260, 263, 281, 283, 284, 293, 309, 324, 330, 359, 377, 425, 429.
 Santo Tomás Cantuariense.—220.
 Santo Tomás de Aquino.—127.
 Santos, Fr. José de los.—484.
 Santoscoy, Alberto.—493.
 Sarmiento, Fr. Pablo.—484.
 Saucedo (linaje).—116.
 Saucedo o Salcedo, Fr. Angel de.—Véase: Valencia, Fr. Angel de.
 Saúl.—201.
 Sayula.—496.
 Sazuma.—447.
 Sebastián (indio tarasco).—249, 250.
 Sedano, Fr. Domingo.—312.
 Sedeño de Figueroa, Fr. Miguel.—484.
 Segovia (ciudad).—441.
 Segovia, Fr. Antonio de.—114, 195, 199, 201, 203, 204, 205, 206, 239, 274, 284, 482, 495, 496.
 Segura, Fr. Hernando de.—276, 280, 281.
 Sena, Fr. Bernardino de.—444.
 Septién y Septién, Manuel.—XI, 487.
 Sequera, Fr. Rodrigo de.—295.
 Serpa (villa).—333.
 Serpa, Fr. Juan de.—265, 267, 333, 334, 335, 482, 483.
 Serra, Fr. Angel.—478.
 Serrate, Fr. Francisco Nicolás.—450.
 Serrato, Fr. Juan.—275, 280.
 Sevilla.—120.
 Sierra, Fr. Jerónimo.—484.
 Sierra del Agua.—24.
 Sierra Gorda.—273.
 Sierra Morena.—293.
 Siqüenza y Góngora, Carlos de.—187.
 Sihuanga.—51, 72.
 Sinai, Monte.—223.
 Sinaloa.—254, 277.
 Sinzicha (a) Calzontzin.—50, 51, 53, 72, 75, 81, 83, 103, 124, 492.
 Sirahuén.—31.
 Sixto IV.—335.

INDICE ONOMÁSTICO

- Sodoma.—162, 336.
 Solis (linaje).—116.
 Solórzano (linaje).—115.
 Solórzano (Pereira, Juan de).—89, 169.
 Soria, Fr. José de.—484.
 Sotelo (linaje).—116.
 Soteló, Fr. Luis.—446, 447, 448, 449, 450.
 Soto, Fr. Francisco de.—94, 128, 139.
 Soto, Fr. Gabriel M.—486.
 Suárez (padre).—489.
 Sultepeque.—418.

— T —

- Tabasco (rio).—50.
 Tacámbaro.—103.
 Tagalos.—296.
 Talpacatepeque.—23.
 Tamapache.—431.
 Tamazulan.—501.
 Tancitaro.—272, 431, 462.
 Tancoyoli.—431.
 Tangajuán.—75, 492.
 Tangamanga.—372.
 Tangantzin.—471.
 Tángier.—322.
 Tapia, Diego de.—356, 357, 361, 369, 371, 372, 373, 374.
 Tapia, Fernando de.—356, 371, 372.
 Tapia, Luisa de, o Tapia, Sor Luisa del Espíritu Santo.—356, 358, 359, 360, 370.
 Tapia, María de.—357.
 Tapia, Fr. Juan de.—250.
 Tarecuato.—88, 102, 154, 156, 166, 175, 176, 177, 178, 179, 251, 272, 383, 384, 406, 431, 462, 494.
 Tarimbaro.—193, 273, 343, 463.
 Tasco.—391, 394, 395.
 Taximaroa.—57, 58, 272, 395, 416.
 Tecamachalco.—501.
 Tecolote, Cuesta del.—312.
 Tecolotlán.—500.
 Tecto (padre).—492, 493.
 Techalutla.—275, 496, 500.
 Tehuantepec.—129, 130, 493.
 Tejas (provincia).—4, 5, 10.
 Tello, Fr. Antonio.—493, 495, 496, 499, 500, 501.
 Temascaltepec.—3, 420, 488.
 Templado, Fr. Alfonso.—413, 414.
 Tenorio, Fr. Francisco.—288, 289, 291.
 Teocaltiche.—495.
 Teocuitatlán o Teocuitatlán.—496, 500.
 Teoquitlán.—276.
 Tequila.—218, 497.
 Terrae Laboris (provincia).—475.
 Tesalia.—21.
 Testera, Fr. Jacobo de.—114, 186.
 Teul.—276, 500.
 Tetzoco.—48, 49, 80, 492.
 Texcuco.—Véase: Tetzoco.
 Thinos.—381.
 Tiguex.—247, 248.
 Tirepetio.—44.
 Tlalhuicole.—41.
 Tlalmanalco.—101, 281.
 Tlaltitlulco.—48, 51.
 Tlaltenanco.—200.
 Tlaxcala o Tlaxcalan.—52, 80, 106, 121, 214, 324, 325, 329, 345.
 Tlaximaloyan.—42, 431, 462.
 Tlaxomulco.—276, 496, 499, 500.
 Tlazazalca.—431.
 Tobias.—249.
 Toledo.—377, 408, 451, 452, 475.
 Tolimán.—463.
 Toluca.—22, 44, 421.
 Tome (japonés).—451.
 Tonállan.—495.
 Tonicato.—372.
 Toro (padre).—492, 493.
 Torquemada, Fr. Juan de.—11, 24, 27, 33, 36, 42, 51, 82, 88, 102, 103, 112, 126, 140, 143, 152, 153, 156, 169, 171, 172, 177, 180, 183, 186, 189, 196, 202, 210, 212, 213, 214, 245, 246, 248, 249, 250, 253, 254, 259, 260, 263, 266, 267, 268, 280, 283, 284, 291, 300, 309, 331, 346, 350, 355, 377, 378, 399, 414, 429, 492, 493.
 Torre, de la.—494.
 Torre, Fr. Francisco de la.—275, 280.
 Torrubia (padre).—488, 489.
 Toussaint, Manuel.—XI, 494.
 Tovar, Fr. Buenaventura.—485, 486.
 Transfiguración, La (convento).—275.
 Trejo, Fr. Antonio de.—484.
 Trento.—169, 261, 493.
 Tula.—438, 471, 472, 479.
 Tulantzincó.—247.
 Turciano, Fr. Francisco.—Véase: Torre, Fr. Francisco de la.
 Tuxpan.—275, 421, 431, 463, 500.
 Tzacapo o Tzacapu.—24, 34, 88, 166, 272, 307, 328, 462.
 Tzapopan.—495, 496.

INDICE ONOMÁSTICO

- Tzapotiltic.—496. 328, 329, 331, 332, 334, 338, 347,
 Tzapotlán o Zapotlán.—223, 247, 496, 350, 351, 355, 386, 404, 405, 430,
 500, 501. 462, 491.
 Tzinapécuaro.—25, 42, 115, 271, 462, 494. Tzirondaro.—34, 87, 463.
 Tzintzuntzan.—29, 31, 34, 43, 77, 83. Tzitácuaro.—42, 43, 273, 416, 417, 418,
 87, 102, 123, 124, 182, 183, 184, 188, 419, 420, 421, 422, 423, 431.
 189, 192, 193, 267, 268, 271, 327.

— U —

- Uchichilzi.—72, 73. Uruapan.—23, 88, 148, 152, 154, 156,
 Ulloa, Alonso de.—356. 272, 388, 413, 414, 462.
 Urbano VIII.—426. Urrutia, Fr. Cristóbal Javier de.—484.

— V —

- Vadiano o Vadilla, Fr. Juan.—Vease: Vázquez Coronado, Marina.—498, 499.
 Badilla o Babia, Fr. Juan. Vázque de Santa Catarina, Fr. Pedro.—
 Váez, Gaspar.—451. 449, 450.
 Valencia (ciudad).—8, 301, 303, 398, 491. Vega, Pbro. Gonzalo.—487.
 Valencia, Fr. Angel de.—82, 260, 262, 264, 274, 299, 300, 302, 482. Velasco, Luis de.—(Virrey de N. E.).—
 187, 330.
 Valencia, Fr. Martín de.—78, 79, 80, 82, 83, 94, 111, 119, 120, 122, 127, 128, 137, 139, 492, 493. Velasco, Fr. Buenaventura.—478, 483.
 Valenzuela, Fr. Antonio.—485. Velasco, Fr. Felipe.—423, 484.
 Valvanera.—373. Velázquez (linaje).—116.
 Valladolid.—23, 102, 115, 116, 194, 259, 265, 271, 334, 335, 336, 351, 389, 391, 396, 397, 398, 417, 451, 459, 460, 462, 463, 478, 489. Velázquez de Salazar, Juan.—416.
 Valle, Marqués del.—104, 129, 130, 131, 132, 133. Venus.—317.
 Valle de Santiago.—25. Veracruz.—50, 51, 52, 79.
 Valle del Maíz.—438, 470, 471. Veracruz, Fr. Alonso de la.—116, 187.
 Vargas (linaje).—116. Vetancourt, Fr. Agustín de.—171, 187,
 Vaz, Fr. Cristóbal.—139, 364, 365, 366, 367, 427, 469, 475, 478, 483, 501. 189, 213, 215, 260, 269, 308, 309,
 329, 355, 476, 494.
 Vázquez (linaje).—116. Victoria, Fr. Vicente.—485.
 Vázquez, Fr. José María.—485. Villadiego (soldado).—55.
 Vázquez Coronado, Francisco.—246, 248, 274, 498. Villalba, Fr. Antonio.—484.
 Vázquez Coronado, Gerónima.—499. Villalba, Fr. Francisco.—426, 483.
 Vázquez Coronado, Juan.—498. Villalobos (linaje).—116.
 Villarreal, Fr. Antonio.—485. Villaseñor, Fr. Francisco Domingo.—484.
 Villaseñores (linaje).—116.
 Vizcaya.—322, 326, 433.
 Vomura.—448, 449.
 Vulcano.—22.

— W —

- Wadigno.—368.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- X -

- | | |
|--|--|
| <p>Xacona.—431.
 Xala.—276, 500, 501.
 Xalapa.—281.
 Xalisco.—XI, 28, 88, 103, 104, 111,
 112, 113, 114, 115, 117, 121, 123,
 125, 127, 129, 131, 132, 138, 152,
 153, 195, 200, 201, 206, 208, 209,
 210, 211, 215, 217, 218, 231, 245,
 247, 250, 253, 255, 257, 259, 264,
 270, 273, 274, 276, 277, 279, 280,
 284, 285, 287, 300, 338, 376, 377,
 378, 379, 429, 430, 493, 494, 496,
 497, 499, 500.</p> | <p>Xalostitlán.—205.
 Xalpa.—431.
 Xaumave.—438, 471, 472, 479.
 Xáuregui, Fr. Juan de.—477.
 Xichú.—384, 430, 440, 463.
 Xilotepec.—144, 145, 371.
 Ximénez, Fr. Francisco.—210, 493.
 Xiquilpa o Xiquilpan.—431, 463.
 Xixingúa o Xuxingúa.—430.
 Xocotitlán.—72.
 Xuchipila.—200, 253, 274, 496, 500.
 Xuchitepec.—501.</p> |
|--|--|

- Y -

- Yuririapundaro.—432.

- Z -

- | | |
|--|--|
| <p>Zacatecas.—10, 213, 250, 260, 261, 262,
 277, 280, 291, 302, 330, 355, 489,
 446, 500.
 Zacatula.—23, 105, 181, 182, 183.
 Zacoalco.—275, 500.
 Zapopan.—Véase: Tzapopan.
 Zapotlán.—Véase: Tzapotlán.
 Zapotlán el Grande.—499.
 Zapotitlán.—275, 280, 500.
 Zapotiltic.—Véase: Tzapotiltic.
 Zaulam.—500.</p> | <p>Zavala, Fr. Tomás de.—367, 483.
 Zempoala.—52.
 Zenticpac.—277, 500.
 Zinapécuaro.—Véase: Tzinapécuaro.
 Zumárraga, Fr. Juan de.—94, 493.
 Zuni.—498.
 Zúñiga (linaje).—116.
 Zúñiga, Fr. Pedro de.—448.
 Zúñiga y Acevedo, Conde de Monterrey,
 Gaspar de.—330.
 Zurita, Fr. Juan.—269, 351.</p> |
|--|--|

INDICE DE ILUSTRACIONES

- 1.—FRAY ISIDRO FELIX DE ESPINOSA O. F. M., autor de esta Crónica.—*Fot. de G. Pafiño.*
- 2.—SELLO DEL MINISTRO PROVINCIAL DE LA PROVINCIA DE LOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.—Pintura al óleo por Nicolás Rodríguez Juárez.—*Fot. de P. Sosa.*
- 3.—CURINACANERI.—Idolo tarasco existente en el Museo Regional Michoacano.—*Fot. cortesía del Sr. Limón.*
- 4.—IMPOSICION DE CASTIGOS A LOS CRIMINALES ENTRE LOS TARASCOS.—Del código post-cortesiano llamado Relación de Michoacán.—*Cortesía del señor Manuel Toussaint.*
- 5.—ARBOL GENEALOGICO DE LOS SEÑORES DE MICHOACAN.—De la Relación de Michoacán.
- 6.—LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A MICHOCAN.—De la Relación de Michoacán.
- 7.—CONQUISTADORES Y PRIMEROS POBLADORES DE LA PROVINCIA FRANCISCANA DE MICHOACAN.—Don Fernando Cortés de Monroy.—Cap. Cristóbal de Olid.—Don Juan de Villaseñor Orozco.—Don Fernando de Tapia.
- 8.—LOS DOCE PRIMEROS FRANCISCANOS.—ESCUIDO DE ARMAS DE VALLADOLID.—ESCUIDO DE ARMAS DE TZINTZUNTZAN.
- 9.—LA EVANGELIZACION DE LOS TARASCOS.—De la Crónica de Michoacán de Beaumont.
- 10.—FRAY MARTIN DE VALENCIA O. F. M.
- 11.—LA CIUDAD DE TZINTZUNTZAN EL LAGO DE PATZCUARO Y SUS CONTORNOS.—Plano publicado en la Crónica de Beaumont.
- 12.—FRAY MARTIN DE LA CORUÑA O. F. M.
- 13.—CONVENTO FRANCISCANO DE SANTA ANA DE TZINTZUNTZAN.—*Fot. de la Dir. de Monumentos Coloniales.*
- 14.—CLAUSTROS DE LOS CONVENTOS DE TZINTZUNTZAN Y ERONGOARICUARO.—*Fot. de la D. de M. C.*
- 15.—FRAY JUAN DE SAN MIGUEL O. F. M.—*Fot. Cortesía de F. de la Maza.*

INDICE DE ILUSTRACIONES

- 16.—CAPILLA DEL HOSPITAL DE URUAPAN, con la estatua de Fray Juan de San Miguel.—*Fot. de la D. de M. C.*
 - 17.—FRAY JACOBO DACIANO O. F. M.—*Fot. de Manuel Septién S.*
 - 18.—CONVENTO DE SAN FRANCISCO, EN PATZCUARO.—*Fot. de la D. de M. C.*
 - 19.—CONVENTOS FRANCISCANOS DE LA PROVINCIA DE MICHOACAN: Convento de San Buenaventura de Valladolid.—La Asunción de Erongaricuaro.—Convento de San Pedro y San Pablo, de Zinapécuaro.—Convento de Tajimaroa.
 - 20.—EL ANTIGUO CONVENTO FRANCISCANO DE GUADALAJARA Y SUS SIETE TEMPLOS Y CAPILLAS.—Reconstrucción del R. P. Fr. Luis de Palacio y Basave O. F. M.—*Fot. Cortesía del Lic. José Ignacio Dávila Garibí.*
 - 21.—FRAY JUAN CALERO O. F. M., primer mártir de América.
 - 22.—FRAY ANTONIO DE CUELLAR O. F. M., mártir de Eztatlán.
 - 23.—FRAY FRANCISCO LORENZO O. F. M., mártir de los chichimecos.
 - 24.—FRAY JUAN FRANCISCO O. F. M., compañero de martirio de Fr. Francisco Lorenzo.
 - 25.—CONVENTO FRANCISCANO DE ACAMBARO.
 - 26.—CONVENTOS FRANCISCANOS DE LA PROVINCIA DE MICHOACAN: Convento de Santa María de Gracia, Acámbaro, Gto.—Detalle del Convento de Acámbaro.—Convento de Santa Ana, de Zacapu, Mich.—Claustro del Convento de Eztatlán, Jal.
 - 27.—CONVENTO FRANCISCANO DE SANTIAGO DE QUERETARO.—*Lit. de T. Balvanera.*
 - 28.—FACHADA DEL REAL CONVENTO DE SANTA CLARA DE JESUS DE LA CIUDAD DE QUERETARO.—*Lit. de T. Balvanera.*
 - 29.—INTERIOR DE LA IGLESIA CONVENTUAL DE SANTA CLARA DE JESUS.—*Fot. Cervantes.*
 - 30.—PLANO DEL ANTIGUO CONVENTO DE SANTA CLARA DE JESUS DE LA CIUDAD DE QUERETARO.—*Cortesía del R. P. don Ramón Martínez.*
 - 31.—CAPITAN DON DIEGO DE TAPIA.—*Lit. de T. Balvanera.*
 - 32.—CONVENTOS FRANCISCANOS DE LA PROVINCIA DE MICHOACAN: Convento de Santiago de Querétaro.—Convento de Salvatierra, Gto.—Convento de la Purísima Concepción, de Celaya, Gto.—Convento de Zitácuaro, Mich.
 - 33.—IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS, que se venera en Zitácuaro, Mich.—*Cortesía del Sr. Pbro. Luis G. Cerda.*
 - 34.—IMAGEN DE LA PURISIMA CONCEPCION, que se venera en la ciudad de Celaya, Gto.
- MAPA GEOGRAFICO DE LA PROVINCIA FRANCISCANA DE MICHOACAN.

INDICE GENERAL

	Págs.
PROLOGO	V
FR. ISIDRO FELIX DE ESPINOSA O. F. M.	1
INTRODUCCION.	13
LIBRO PRIMERO	
CAPITULO	
I.—Descripción del reino de Michoacán antes de la entrada de los Ministros Evangélicos.....	21
— II.—De la gente que pobló a Michoacán y de don- de vinieron	26
— III.—Pueblan la sierra de Michoacán los tarascos, eligen su rey, trátase de su gobierno, política y distribución de oficios militares y mecánicos... ..	31
— IV.—Solemnidad de los entierros que se hacían a los reyes tarascos, muy memorables.....	36
— V.—En que se demuestra el valor de los tarascos, y se cuenta un ardid memorable de guerra con- tra los mexicanos	41
— VI.—Prodigios y señales que precedieron antes de la venida de los españoles, y temor del rey de Mi- choacán del acabamiento de su reino.....	47
— VII.—Cómo quiso confederarse el emperador con el rey Sinzicha contra los españoles, y lo que éste ejecutó sobre este punto.....	50
— VIII.—De qué manera se descubrió la provincia de Mi- choacán y quién lo hizo.....	55
— IX.—Lo que pasó a los españoles con el rey de Mi- choacán, que intentó sacrificarles, si no se lo es- torba un caballero de su consejo.....	60
— X.—Salen los castellanos de Michoacán con los em- bajadores del rey, y llegan a donde estaba don Fernando Cortés	68
— XI.—Envía el rey un hermano suyo a visitar a Cor-	

INDICE GENERAL

	Págs.
tés, y después fué a verle en persona.....	72
-- XII.—Vuelve Calzonzin a Michoacán quedando muy afecto a todas las cosas de los españoles.....	76
-- XIII.—Teniendo el rey de Michoacán noticia de haber venido religiosos, fué personalmente a pedirlos para su reino.....	81
-- XIV.—Comienza el V. Fundador su ministerio bautizando a todos los indios de la corte de Tzintzuntzan	86
-- XV.—Raro ejemplo con que se portaban estos siervos de Dios en aquellos principios.....	91
-- XVI.—Pobreza extremada de estos varones apostólicos y los muchos gentiles que bautizaron estos primeros años	96
-- XVII.—Fúndanse otros conventos y se refieren cosas memorables de estos tiempos.....	102

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO		Págs.
I.—Erigese Michoacán en custodia, y los prelados que la gobernaron todo ese tiempo.....		111
-- II.—Vida admirable del primer caudillo, fundador y apóstol de Michoacán y de Xalisco, el bendito padre Fr. Martín de la Coruña, o de Jesús, piedra fundamental de esta santa provincia.—Patria y provincia donde tomó el santo hábito, y empleos religiosos antes de venir a las Indias.....		117
-- III.—Porte de vida ejemplarísimo que observó después que pasó a Michoacán y peregrinó por Xalisco		123
-- IV.—Jornadas trabajosas que emprendió el siervo de Dios en solicitud de la salvación de los gentiles.		129
-- V.—Muerte preciosa del V. Varón, y lo que sucedió después de ella		135
-- VI.—Vida del insigne varón Fr. Juan de San Miguel, uno después de los primeros apóstoles de Michoacán		141
-- VII.—De otras cosas muy memorables que emprendió el siervo de Dios.....		147
-- VIII.—Conclúyese la materia del capítulo pasado y se dice la feliz muerte del venerable padre y cómo le levantaron estatua los indios de Uruapan.....		152
-- IX.—Vida admirable del extático y V. P. Fr. Jacobo Daciano		158
-- X.—Pasa el V. P. a estas Indias y viene a ocuparse en el reino de Michoacán.....		164
-- XI.—Cómo este V. P. fué el primero que administró la Sagrada Eucaristía en Michoacán a los indios, contra lo que entonces comúnmente se dificultaba		169

INDICE GENERAL

	Págs.
XII.—Tiene revelación el V. Fr. Jacobo de la muerte del emperador Carlos V, y sabiendo antes de la suya propia, muere con mucha edificación, en opinión y fama de santo religioso.....	175
XIII.—Vida del V. P. Fr. Pedro de las Carrovillas, insigne misionero de Michoacán.....	180
XIV.—Vida del ilustre Varón y V. P. Fr. Maturino Gilberti	185
XV.—Admirable vida del siervo de Dios Fr. Pedro de Reyna	190
XVI.—Vida del apostólico varón Fr. Antonio de Segovia	195
XVII.—Prosiguen otras cosas bien raras de este V. Varón hasta su dichosa muerte.....	200
XVIII.—De algunos insignes religiosos que florecieron en Santidad en estos primeros tiempos.....	207
XIX.—Del V. Fr. Juan Calero, primer mártir franciscano en esta América Septentrional de las Indias..	212
XX.—Ilustre triunfo de la fe santa con el martirio del V. Fr. Juan Calero.....	217
XXI.—Vida y martirio del V. P. Fr. Antonio de Cuéllar, Guardián del convento de la Concepción de Izatlán	222
XXII.—Vida toda apostólica del insigne mártir de Cristo, Fr. Francisco Lorenzo.....	228
XXIII.—Prosigue continuando sus laboriosas tareas este incansable operario	234
XXIV.—Corona este bendito Padre todos sus especiosos pasos con la laureola de un glorioso martirio...	241
XXV.—Mueren a manos de los bárbaros otros dos religiosos y se da razón de dos donados venerables	246
XXVI.—De otras cosas muy memorables acaecidas en aquellos tiempos	251

LIBRO TERCERO

CAPITULO		Págs.
I.—	Erigese la custodia de Michoacán en Provincia, estando unida con todos los conventos de Xalisco	259
II.—	La serie de ministros provinciales que hubo en Michoacán hasta su división.....	264
III.—	Memorial de los conventos que tuvo esta provincia de Michoacán y Xalisco.....	270
IV.—	De algunos religiosos de santa vida que se señalaron en aquellos primeros tiempos.....	278
V.—	Vida ejemplarísima del V. P. Lector Fr. Miguel de Gorualez que en la flor de su edad dió sagrados frutos	283

INDICE GENERAL

	Págs.
VI.—Glorioso martirio de los VV. Fr. Andrés de Ayala y Fr. Francisco Egídio en uno de los conventos de Xalisco.....	287
VII.—Vida y muerte ejemplarísima del M. R. P. Fr. Juan de Ayora, tercero ministro provincial de Michoacán	292
VIII.—Vida del V. P. Fr. Angel de Valencia, primer provincial de esta santa provincia.....	299
IX.—Vida del V. Siervo de Dios Fr. Antonio Betea, uno de los más insignes operarios de la provincia de Michoacán.....	304
X.—Martirio de los dos ilustres campeones Fr. Francisco Doncel y Fr. Pedro de Burgos.....	308
XI.—Vida del V. y R. P. Fr. Buenaventura de Marbella	313
XII.—Vida ejemplar del siervo de Dios Fr. Juan Galván Maldonado	317
XIII.—Vida austera y penitente del V. Fr. Miguel de Estivales	322
XIV.—Vida del M. R. y V. P. Fr. Pedro de Pila, insigne en virtudes y prelacias.....	326
XV.—Vida del V. P. Fr. Juan de Serpa dos veces ministro provincial	333
XVI.—De los venerables y esclarecidos Padres Fr. Cristóbal Martínez y Fr. Rodrigo Alonso.....	337
XVII.—Vida del V. P. Fr. Antonio Pérez.....	341
XVIII.—Vida del M. R. y V. P. Diego Muñoz, insigne en letras y virtudes.....	345
XIX.—De los oficios que obtuvo con singular acierto, y su ejemplarísima muerte.....	349
XX.—Vida y memorables proezas del M. R. P. Fr. Miguel López, y aciertos de su gobierno.....	353
XXI.—De la fundación del Real Convento de religiosas de Santa Clara.....	358
XXII.—Padece el nuevo convento notables quiebras en sus rentas, y cómo reparó la santa provincia estos daños	363
XXIII.—Trasládanse las religiosas al nuevo convento, y se da noticia de cosas especiales de este tiempo.....	367
XXIV.—Dáse noticia del cacique D. Diego de Tapia, digno de las memorias de la historia.....	371
XXV.—Pártese la provincia de Michoacán en dos provincias quedando la una con su título antiguo de S. Pedro y S. Pablo, y la otra de Santiago de Jalisco	376
XXVI.—Vida ejemplar del V. P. Fr. Juan de Espinosa... ..	381
XXVII.—Vida y muerte dichosa de los VV. PP. Fr. Salvador Hernández y Fr. Juan de Ocaña.....	385
XXVIII.—Vida del penitentísimo varón Fr. Francisco de Castro	389

INDICE GENERAL

	Págs.
— XXIX.—Del don de profecía que tuvo este siervo de Dios y su preciosa muerte.....	394
— XXX.—Vida del contemplativo Fr. Juan Gallina, de apellido Lozano	398
— XXXI.—Vida del ejemplarísimo varón Fr. Alonso Ortiz.	404
— XXXII.—Vida y muerte preciosa del angélico varón Fr. Miguel de San Gabriel.....	408
— XXXIII.—De un caso memorable sucedido en el convento de Uruapan	413
— XXXIV.—Del origen y milagros de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del pueblo de Tzitzácuaro... ..	416
— XXXV.—Cuéntanse otros insignes milagros de la Imagen peregrina	420
— XXXVI.—Dáse noticia del M. R. P. Fr. Juan López, y de lo que hizo en honra de esta santa provincia... ..	424
— XXXVII.—Descubrimiento del Río Verde, y quién fué el primer ministro que puso los cimientos de aquella custodia	429
— XXXVIII.—Vida del V. y apostólico varón Fr. Juan Bautista Molinedo, insigne operario en la custodia de Río Verde	433
— XXXIX.—Cómo llegó este apostólico varón a la custodia de Río Verde, y lo mucho que trabajó, y descubrió en aquella tierra.....	437
— XL.—Erígese el Río Verde en custodia; pasa el V. P. Molinedo a la Europa, remite una misión, y de su dichosa muerte	441
— XLI.—Ilustre martirio de los siervos de Dios Fr. Luis de S. Francisco y Fr. Bartolomé de Santa María	446
— XLII.—De los M. RR. Padres Provinciales que ha habido desde la división hasta el año de mil seiscientos veintiséis	453

LIBRO CUARTO

CAPITULO		Págs.
—	I.—Actas del capítulo provincial del año de veintiseis, y todo lo memorable de este trienio.....	459
—	II.—De algunos religiosos de esta provincia que resplandecieron en santidad.....	464
—	III.—De las elecciones capitulares que se hicieron en la provincia hasta el año de 1637.....	468
—	IV.—En que se continúa todo lo acaecido en la custodia del Río Verde hasta el estado que mantiene al presente.....	474

APENDICES

Noticias del Río Verde en el siglo XVI.....	480
Superiores de los franciscanos de Michoacán.....	482

INDICE GENERAL

Págs.

NOTAS

Libro Primero	487
Libro Segundo	493
Libro Tercero	499
Libro Cuarto	505

INDICES

Indice onomástico	509
Indice de ilustraciones	525
Indice general	527

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA CRONICA
EL DIA 20 DEL MES DE MAYO DEL AÑO
DEL SEÑOR DE MCMXLVI. EN LA IMPREN-
TA "MANUEL LEON SANCHEZ", S. C.
L., DE LA CIUDAD DE MEXICO. LA
DIRECCION TECNICA DE LA OBRA
ESTUVO AL CUIDADO DEL LIC.
JOSE IGNACIO DAVILA GARIBI.
ILUSTRO MANUEL SEPTIEN Y
SEPTIEN. LA PRESENTE EDI-
CION CONSTA DE MIL
EJEMPLARES EN PAPEL
"BIBLIOS" Y CIENTO EJEM-
PLARES NUMERADOS
EN PAPEL "CA-
MEO PLATE".

O.S.C.S.M.E.C.A.R.



Mapa Geográfico

que muestra los límites jurisdiccionales de la
 Provincia Franciscana de San Pedro y San Pablo
 de Michoacán, se circunscribe a la división política de
 los Estados de Michoacán, Guanajuato y Chihuahua. Este último fue
 cedido recientemente por la Provincia de Jalisco. Esta Provincia tiene
 además en el Paso Texas, la Casa de Estudios Teológicos, más la
 Sorrería de Nra. Sra. de Guadalupe. En Los Cruces, Nuevo México, tiene una Casa de Estudios Filosóficos. Se formó de acuerdo con el A. S. Provincial Fray Rosendo Campos, O. P. M. Querétaro

MCMXLV

LÍMITES DE LA PROVINCIA EN SU ORIGEN
 LÍMITES DE LA PROVINCIA EN LA ACTUALIDAD



GOLFO
DE

MEXICO



